

R. J.
ELLORY

**Un simple acto
de violencia**

de

Lectulandia

Washington D. C., un gélido mes de noviembre. La ciudad se encuentra patas arriba por la campaña electoral... y por la presencia de un asesino en serie que ejecuta a mujeres solitarias, implacablemente y sin piedad.

A desgana, el taciturno inspector Miller recibe la orden de ocuparse del caso. Sus flaquezas personales afloran ante las presiones de la opinión pública y de sus propios jefes. Aunque su verdadero reto comienza al descubrir que las víctimas no constan en ningún registro. No existen. Nadie sabe nada de ellas. Las únicas certezas son que el «asesino de la cinta» volverá a matar y que alguien tiene que saber por qué.

Lectulandia

R. J. Ellory

Un simple acto de violencia

ePub r1.0

Titivillus 10.03.2019

Título original: *A Simple Act of Violence*

R. J. Ellory, 2008

Traducción: Jorge Rizzo Tortuero

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Un simple acto de violencia

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

Agradecimientos

Sobre el autor

Notas

PARA MI ESPOSA, VICKY, Y MI HIJO, RYAN,
QUE TOLERAN MIS PECULIARIDADES Y COMPRENDEN
QUE LOS QUIERO SIN LÍMITES

«El asesinato nunca ha cambiado la historia del mundo».

BENJAMIN DISRAELI

PRÓLOGO

Está de pie en la cocina, y por un momento aguanta la respiración.

Son poco más de las cinco de la tarde. Fuera ya está oscuro, y aunque recuerda haber permanecido de pie en aquel mismo lugar mil veces antes —junto al fregadero, la encimera a la derecha, la puerta al salón a su izquierda—, hay algo diferente.

Extraordinariamente diferente.

El aire es el mismo, pero le cuesta más respirar. La luz, en lo alto, es la misma, pero de algún modo le resulta dura e insolente. Incluso su propia piel, algo a lo que nunca presta atención, la siente más tensa. Empieza a sudar, y le pica el cuero cabelludo, siente la presión de sus ropas, el peso de los brazos, la tensión creada por los anillos sobre los dedos y por el reloj sobre la muñeca; siente la ropa interior, los zapatos, el collar, la blusa.

«Se acabó», piensa.

«Me llamo Catherine. Tengo cuarenta y nueve años, y se acabó».

«Mierda».

Se mueve hacia la derecha. Estira la mano y toca la fría superficie del borde del fregadero. Se agarra y, usándolo como punto de apoyo, se vuelve lentamente hacia la puerta.

Se pregunta si él ya estará dentro de la casa.

Se pregunta si debería quedarse quieta y esperar, o si debería moverse.

Se pregunta qué espera él que haga.

Pasa un tiempo sin poder tomar una decisión, y cuando la toma, la lleva a término.

Atraviesa la cocina y entra en el salón: funcional, práctico; coge un DVD de la librería de la pared y, con el mando a distancia en la mano, abre el reproductor, mete el disco, cierra el reproductor, toca unos botones y espera que empiece el sonido..., y entonces aparece la imagen y ella vacila.

Música.

Sube el volumen. Música de Dimitri Tiomkin. *Qué bello es vivir*.

Recuerda la primera vez que vio esa película. Recuerda cada vez que ha visto esa película. Fragmentos enteros de memoria, palabra por palabra. Al dedillo. Como si tuvieran que hacerle un examen. Recuerda la gente con la que estaba, lo que decían, los que lloraron y los que no. Recuerda cosas así, en un momento como este. Pensaba que recordaría cosas importantes de verdad.

Qué demonios, quizás esas sean las cosas importantes de verdad.

El corazón le oprime el pecho. ¿Cómo un puño? Aparentemente no. En su caso es más bien como dos puños, lo siente del tamaño de una pelota de fútbol.

Del tamaño de...

«¿Qué?», piensa.

«¿Del tamaño de qué, exactamente?».

Mira la pantalla del televisor. Oye el tañido de la campana, y luego la alegre melodía de los instrumentos de cuerda. El cartel que dice: ESTÁ USTED EN BEDFORD FALLS. Una calle de postal, la nieve que cae...

Catherine Sheridan empieza a sentir la emoción. No es miedo, porque hace tiempo que ha dejado de sentir miedo. Es más bien una sensación de pérdida, quizás algo parecido a la nostalgia, algo como la rabia y el resentimiento, o como la amargura porque todo tenga que acabar de este modo.

—Se lo debo todo a George Bailey —dice la voz del televisor—. Ayúdale, Dios mío. Jesús, José y María..., ayudad a mi amigo el señor Bailey...

Y una voz femenina:

—Ayudad a mi hijo George esta noche.

La cámara se distancia, se aleja de la casa y enfoca al cielo, perdiéndose en el espacio.

Es todo y nada a la vez. Catherine Sheridan ve toda su vida plegándose sobre sí misma como un acordeón, y luego estirándose de nuevo hasta que cada fracción y cada fragmento resultan claramente identificables.

Cierra los ojos, vuelve a abrirlos, ve niños deslizándose sobre palas de nieve, la escena en la que George rescata a Harry del agua helada. Y así es como George cogió aquella infección de oído, y así es como se quedó sordo...

Es entonces cuando Catherine oye algo. Piensa en volverse, pero no se atreve. De pronto siente una presión en las tripas. Quiere volverse. Desea volverse, desesperadamente, y mirarle con fijeza a los ojos, pero sabe que si lo hace se vendrá abajo, gritará, llorará y suplicará que todo esto ocurra de algún otro modo, y ahora es demasiado tarde, demasiado tarde para volver atrás..., demasiado tarde, después de todo lo ocurrido, de todo lo que han hecho, de todo lo que han sabido y de lo que significaba...

Y Catherine piensa: «¿En qué diablos estábamos pensando? ¿Quién diablos nos pensábamos que éramos? ¿Quién diablos nos dio derecho a hacer lo que hicimos?».

Piensa: «Nos concedimos el derecho a hacerlo nosotros mismos. Nos concedimos un derecho que solo Dios puede dar. ¿Y dónde narices estaba Él? ¿Dónde narices estaba Dios cuando moría esa gente, eh? Y ahora tengo que morir yo».

«Morir así».

«Morir ahora, en mi propia casa».

«Quien siembra vientos cosecha tempestades».

Eso es lo que Robey habría dicho: «Quien siembra vientos cosecha tempestades, Catherine».

Y ella habría sonreído, y habría respondido: «Siempre has sido un jodido budista. Con el trabajo que haces, con las cosas que has visto, y te crees que me puedes soltar

una de esas monsergas para quitarte responsabilidades de encima. Que te jodan, John Robey... ¿Alguna vez te escuchas a ti mismo?».

Y él diría: «No..., no, nunca me escucho a mí mismo, Catherine. No me atrevo».

Y ella habría sabido exactamente lo que quería decir.

Al cabo de un tiempo no te atreves a afrontar lo que has hecho. Te limitas a cerrar los ojos, aprietas los dientes y los puños, y te convences de que todo saldrá bien.

Eso es lo que haces.

Hasta que llega un momento como este.

Ahí de pie, en tu salón, con Jimmy Stewart en la tele, y sabiendo que está detrás de ti. Sabes que está justo detrás de ti. Tienes una idea de lo que va a hacer porque lo has leído en los periódicos.

Catherine mira el televisor.

George está en el banco.

—¡Eh! Quieto ahí, capitán Cook, ¿adónde vas?

—A ver a papá, tío Billy.

—Ya le verás en mejor ocasión, George.

—Es importante.

—Ahí dentro se ha levantado una borrasca que se va a convertir en tormenta.

Y Catherine siente su presencia tras ella, justo detrás de ella..., podría estirar la mano hacia atrás y tocarle. Se puede imaginar lo que está pasando por su corazón, por su cabeza, el cúmulo de emociones, que le resultarán casi insoportables. O quizá no. «A lo mejor es más duro que yo. Mucho más duro de lo que creí», piensa. Pero entonces oye el leve silbido de su garganta al inspirar. Oye ese leve silbido y sabe — sabe sin lugar a dudas— que él siente aquello tanto como ella.

Cierra los ojos.

—¡Qué simpático! —dice la voz de la tele—. Me agrada mucho el tal George Bailey. Óyeme... ¿Dijo algo por fin de lo de las píldoras?

—No, jamás.

—¿Se casó con tres o cuatro chicas? ¿Fue explorador?

—Paciencia... Ya lo verás...

Catherine Sheridan cierra los ojos, aprieta los dientes y los puños, y se pregunta si tiene que resistirse. Tendría sentido intentar resistirse. Si es que hay algo que tenga sentido ya.

«Dios, espero que estemos en lo cierto —piensa—. Espero que todo...».

Siente su mano en el hombro. Ahora está rígida, cada músculo, cada nervio y cada tendón, cada átomo de su ser está tenso y rígido.

Se echa ligeramente hacia atrás, hacia él, cuando siente aquellas manos cerrarse alrededor de la nuca. Siente la fuerza del apretón, y sabe que, para hacerlo, él ha tenido que reunir toda su fuerza de voluntad y disciplina. Sabe que a él le dolerá más —mucho, mucho más— que a ella.

Catherine intenta volverse un poco, y en el mismo momento en que lo hace sabe que eso solo conllevará que lo realice más rápido. Quizá sea por eso mismo por lo que se vuelve. Siente la presión de las yemas de los dedos en el cuello, siente cómo cambia en el momento en que él se mueve hacia la derecha, mientras mantiene la tenaza sobre su garganta, en el momento en que cambia de ritmo, presiona más, suelta un poco, usa el antebrazo para girarle la cabeza a la izquierda..., y los ojos le duelen mientras las lágrimas se le acumulan entre los párpados, pero no porque llore. Es algún tipo de reacción involuntaria, y la tensión en su pecho aumenta, en el momento en que los pulmones empiezan a debatirse ante la falta de oxígeno... Y empieza a marearse, y cuando parpadea ve ráfagas de colores inidentificables...

Un sonido emerge del interior de su pecho. Un sonido crudo y estentóreo, que le atraviesa el pecho y se frena en seco en la base de la garganta.

«Oh, Dios mío —piensa—. Oh, Dios mío... Oh, Dios mío... Oh, Dios mío...».

Siente todo el peso de su cuerpo, que empieza a caer, siente el esfuerzo que hace por mantenerse en pie, y aunque sabe que muy pronto todo acabará, hay algo en su interior —algo genético, algo básico, un instinto arraigado en su propio ser— que sigue luchando por sobrevivir aunque sabe que ahora ya no importa un carajo...

Ahora tiene los ojos inyectados en sangre; no ven nada más que rojo. Unas enormes pinceladas de color cereza, rosa y escarlata, carmín y granate...

«Oh, Dios mío...».

Siente el peso de la cabeza, que se le cae hacia delante.

Sabe que, aunque él parara en aquel mismo instante, aunque aflojara su tenaza y la soltara, aunque llegaran los médicos de urgencias, le pusieran un collarín y una máscara de oxígeno, y le dijeran: «Respire, por Dios, señora, respire...». Aunque el oxígeno fuera limpio y puro, y aunque la ambulancia la llevara a toda velocidad al Columbia Hospital o al University Medical Center... Aunque hicieran todas esas cosas, no habría modo de que sobreviviera.

En el último momento, hace un esfuerzo y abre los ojos, y ve la cara de George Bailey, que se ilumina en el baile, ve a Mary, que le devuelve al mirada, y es uno de esos momentos, uno de esos momentos en que se produce el flechazo, en que se para el mundo, que solo viven las mejores personas, y que solo ocurren una vez. Y si no te dejas llevar por ese momento, si no te dejas llevar por la magia espontánea que te llena el corazón, la mente, que llena hasta el último ápice de tu ser... Si no te dejas llevar, lo recordarás el resto de tu vida como algo que debiste haber hecho, lo único que realmente debiste haber hecho, algo que habría cambiado por completo tu vida, que le habría dado sentido, que te habría dado algo más de lo que al final has tenido...

Y Jimmy Stewart dice:

—Bueno, hola.

Catherine Sheridan no puede seguir luchando. No quiere hacerlo. Tiene rota el alma. Todas esas cosas que eran algo ya no cuentan nada. Deja de resistirse. Siente

cómo va cayendo al suelo, y siente cómo él la va soltando, y piensa: «No soy yo quien tiene que seguir viviendo sabiendo lo que hicimos... Gracias a Dios por las pequeñas cosas».

Para cuando él empezó a hacerle cosas, Catherine Sheridan ya llevaba un buen rato muerta.

Washington D.C. no era el centro del mundo, aunque un porcentaje significativo de sus habitantes puedan querer demostrar lo contrario.

El inspector Robert Miller no era uno de ellos.

La capital de Estados Unidos, sede del gobierno federal, con una historia centenaria... Y a pesar de su larga historia, a pesar del arte y la arquitectura, de las calles arboladas, de las galerías, de los museos, a pesar de poseer una de las redes de metro más eficientes del país, Washington aún tenía sus sombras, sus rincones oscuros, sus barrios peligrosos. Aún se cometían asesinatos cada día.

El 11 de noviembre se había presentado frío y desapacible, un día de duelo y recuerdo por muchos motivos. La noche había caído como una losa a las cinco, la temperatura se había hundido bajo cero a las seis y las farolas, que trazaban líneas paralelas hasta el horizonte, parecían poco más que invitaciones a seguir su trayectoria y salir de allí. Muy recientemente el inspector Robert Miller había pensado en marcharse, en aceptar otro trabajo en otra ciudad, y tenía sus motivos particulares y personales para considerar aquella opción. Los motivos eran muchos —y eran graves— y se había pasado muchas semanas intentando olvidarlos. En aquel momento, no obstante, estaba de pie, en el patio de atrás de la casa de Catherine Sheridan, en Columbia Street. Las luces rojas y azules de los coches patrulla aparcados se reflejaban en las ventanas; el parloteo y los nervios de demasiadas personas con demasiadas agendas: agentes de uniforme, forenses, fotógrafos, vecinos con niños y perros, y preguntas que nunca encontrarían respuesta, el silbido y el ruido de electricidad estática de las radios de mano y de las de los coches patrulla... El extremo de la calle era un carnaval de ruidos y confusión, y, con todo aquello, lo único que sentía Miller era ese cambio de ritmo repentino que sabía que tenía que llegar. Le aceleró el pulso. Sentía el corazón en el pecho y los nervios en la base del estómago. Una suspensión de tres meses —el primer mes en casa, el segundo y el tercero tras una mesa— y volvía a estar ahí. Había dejado la luz del día para sumirse en la oscuridad de las entrañas de Washington, y allí se sentía bienvenido, como si hubiera vuelto con su familia por fin. Y como muestra de su agradecimiento, la ciudad le había ofrecido un cadáver en un dormitorio con vistas a Columbia Street.

Miller ya había estado dentro, había visto lo que quería ver y más de lo que quería ver. Los muebles de la víctima, los cuadros en las paredes, todo ello recordatorios de una vida pasada. Y ahora esa vida había desaparecido, se había extinguido en un suspiro. Había salido por la puerta trasera, la de la cocina. Necesitaba coger aire, darse un respiro. Los forenses estaban allí, serios y asépticos, y Miller necesitaba tomar algo de distancia. Hacía un frío terrible, y pese a llevar abrigo y bufanda, pese

a hundir las manos en los bolsillos, sintió algo más escalofriante aún que el tiempo. Se quedó allí de pie, en silencio, en aquel patio trasero sin rasgos característicos, y observó la locura que se desplegaba a su alrededor. Escuchó las voces aparentemente indiferentes de hombres que de algún modo se habían vuelto inmunes a aquellas cosas. Pensaba que a él no le afectaría, pero le había afectado, enseguida, y aquello le asustaba.

Robert Miller —un hombre de aspecto anodino, quizá similar a muchos otros hombres— esperó a que llegara su compañero, el inspector Albert Roth. Miller había trabajado con Roth casi dos años. No podían ser más diferentes, pero Al Roth era su ancla, un hombre de una profesionalidad irritante, comprometido con el protocolo y las normas, que pensaba por ambos cuando hacía falta.

Miller llevaba tiempo en Homicidios, pero los últimos sucesos le habían superado y habían minado su determinación. Las cosas que había ido aprendiendo parecían tener tanto valor como las flores secas o el aire fresco. Había consultado sobre posibles puestos en Antivicio y Narcóticos, e incluso Administración, pero no se decidía. Agosto había sido un mes malo, septiembre peor y ahora —cuando aún se recuperaba de todo lo ocurrido, con una sensación como la de quien sobrevive milagrosamente a un accidente de coche mortal— aún no entendía qué era lo que había sucedido. Roth y él no habían hablado todavía de los tres últimos meses, era algo que pesaba, y aunque Miller tenía la sensación de que quizás hubiera sido mejor hablar de ello, no se decidía a iniciar la conversación.

Aquella tarde, en el momento en que recibió la llamada, Miller estaba en comisaría, en el Distrito Dos. Al Roth tuvo que ir a Columbia Street desde su casa, y cuando llegó, Miller y él se quedaron en silencio un rato en el patio de la fallecida. Solo un momento, quizá como señal de respeto.

Entraron por la puerta de la cocina. El pasillo de abajo estaba lleno de hombres; había gente por la escalera, y más allá del murmullo y de los flashes intermitentes de las cámaras se oía el sonido de una música de orquesta. Se quedaron inmóviles un momento, sin hablar, y luego Roth preguntó:

—¿Qué diantres es eso?

Miller hizo un gesto con la cabeza hacia el salón.

—Hay puesto un DVD... *Qué bello es vivir*, nada menos.

—Muy adecuado —respondió Roth—. ¿Está arriba?

—Sí, en el dormitorio de la derecha.

—¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Sheridan —dijo Miller—. Catherine Sheridan.

—Voy a ver.

—Cuidado con la pizza —le advirtió Miller.

Roth frunció el ceño.

—¿Pizza?

—El repartidor la dejó caer sobre la alfombra del pasillo. Vino a entregar un pedido y se encontró la puerta abierta. Dice que oyó la tele en el salón...

—¿Qué? ¿Y entró en la casa?

—Dice que tienen órdenes estrictas de no marcharse sin cobrar. A saber qué estaría pensando, Al. Le pareció que había alguien arriba, se imaginó que no le oían por el ruido de la tele y subió. Se la encontró en el dormitorio, tal como está ahora. — Miller parecía mirar a través de Roth mientras hablaba. Luego volvió en sí y consiguió coordinar de nuevo mente y habla—. Hay agentes de la Científica por todas partes. Van a echarnos de aquí en cualquier momento, pero puedes subir y dar un vistazo.

Roth se quedó allí un momento más.

—¿Estás bien? —preguntó.

Miller sentía la densidad y la oscuridad de sus propios pensamientos. Lo veía en su reflejo, en las arrugas de alrededor de los ojos, en las sombras de sus ojeras.

—Estoy bien —dijo, pero había algo indefinido y apagado en su voz.

—¿Estás preparado para esto?

—Nunca estaré más preparado —respondió Miller con tono de resignación filosófica.

Roth pasó junto a él, atravesó el vestíbulo y subió la escalera. Miller le siguió, y los dos se abrieron paso por el pasillo hacia el dormitorio de la mujer muerta. Había un grupito de tres o cuatro hombres concentrados en la puerta. Uno de ellos —un rostro que Miller reconoció de algún otro momento, de algún otro rincón oscuro de su pasado colectivo— los saludó con un leve movimiento de la cabeza. Sabían quién era Miller. Sabían lo que le había pasado, cómo lo habían desnudado los periódicos, exponiendo sus miserias al mundo. Todos querían preguntarle lo mismo, pero nadie lo hizo.

En el momento en que Miller entró en el dormitorio, tuvo la impresión de que el resto de agentes daba un paso atrás y desaparecía de su campo de visión. Se frenó un poco. No había nada semejante a los muertos.

Nada en el mundo.

Las personas vivas y las personas muertas no se parecían ni remotamente. A pesar de la cantidad de cuerpos que había visto, siempre había un momento en que Miller creía que la víctima abriría los ojos, que de pronto jadearía en busca de aire, que quizá compondría una mueca de dolor, esbozaría una sonrisa, que haría algo que dijera: «Aquí estoy... He vuelto... Lo siento, me había ido un momento».

Siempre había una primera vez, por supuesto. Pero algo de la primera vez se había quedado en su interior para siempre. Algo que hacía que se le parara el corazón —solo un segundo, menos de un segundo— y que decía: «He aquí lo que las personas son capaces de hacer a otras personas. He aquí otro ejemplo del modo en que la vida puede romper a alguien en pedazos».

En este caso, lo primero era lo irregular de su posición. Catherine Sheridan estaba de rodillas, con los brazos abiertos a los lados, la cabeza sobre el colchón, pero girada de modo que con la mejilla tocaba la sábana que tenía debajo. Una segunda sábana, atada alrededor de la muñeca, le tapaba gran parte de las piernas. Parecía mirar hacia atrás, por encima de su cuerpo, hacia la puerta. Era una posición sexual, pero ya no tenía nada de sexual.

Lo segundo era la expresión de su rostro. Miller no podía describirla. Se arrodilló en el suelo y la miró fijamente, de cerca; vio sus propios rasgos reflejados en aquellos ojos vidriosos e inmóviles. Era casi imposible explicar la sensación que le producía aquella expresión. Aceptación. Resignación. ¿Consentimiento, quizá? Contrastaba con el agresivo color púrpura de los hematomas que le cubrían los hombros y los brazos. Del cuello hacia abajo, lo poco que se veía de su cintura y de sus muslos, parecía que la habían apaleado sin compasión, implacablemente, de forma tan despiadada que le habría resultado imposible sobrevivir. La sangre ya se había laqueado y la hinchazón ya se había acentuado con el secado y la coagulación de los fluidos. El dolor debía de haberse prolongado indefinidamente, hasta que de pronto —igual que llega el silencio tras un ruido interminable— se había acabado.

Miller habría querido acercarse y tocarla, cerrarle los ojos, susurrarle algo que la tranquilizara, decirle que aquel horror se había terminado, que había llegado la paz..., pero no podía.

La sangre había tardado un rato en dejar de circular por sus venas, su corazón en saltarse latidos. Con cada nueva víctima, las antiguas volvían a hacer su aparición. Como fantasmas. Cada una de ellas buscando, quizá, comprender mejor lo sucedido.

Catherine Sheridan llevaba muerta dos o tres horas. El ayudante del forense les confirmaría más tarde que había muerto entre las cinco menos cuarto y las seis de la tarde del sábado 11 de noviembre. Habían pedido la pizza a las cinco cuarenta. El repartidor había llegado a las seis y cinco, y había encontrado su cuerpo en cuestión de minutos. Miller había recibido la llamada de comisaría justo después de las seis y media, y había llegado a las seis cincuenta y cuatro. Roth había acudido diez minutos más tarde, y eran casi las siete y cuarto cuando los dos contemplaban la extraña postura de Catherine Sheridan desde el pasillo del piso de arriba de su casa. Daba la impresión de estar fría, pero la piel aún no se había enfriado del todo.

—Igual que las otras —dijo Roth—. Muy parecido, vamos. ¿Hueles eso?

Miller asintió.

—Lavanda.

—¿Y la etiqueta?

Miller rodeó el colchón y miró a Catherine Sheridan. Señaló hacia su cuello, la fina cinta de la que colgaba una etiqueta de equipaje estándar de color beige. La etiqueta estaba en blanco, casi como si se tratara de una desconocida que hubiera llegado al depósito sin nombre, sin identidad, una persona sin ninguna importancia.

—Esta vez la cinta es blanca —dijo, mientras Roth se situaba en el otro lado de la cama.

Desde la posición que ocupaba, Miller veía muy bien el rostro de Catherine Sheridan. Había sido una mujer atractiva, de complexión ligera, casi menuda, con una melena morena hasta los hombros y un tono de piel aceitunado. Tenía magulladuras en la garganta y también en los hombros, en la parte superior de los brazos, en el torso y en los muslos, alguna de ellas tan brutal que se le había levantado la piel. El rostro, en cambio, no presentaba marcas.

—Mírale la cara —dijo Miller.

Roth rodeó la cama, se situó junto a Miller y no dijo nada. Luego meneó la cabeza lentamente.

—Cuatro —constató Miller.

—Cuatro —repitió Roth.

Tras ellos, una voz:

—¿Sois de Homicidios?

Miller y Roth se volvieron al unísono. Un agente de la Científica estaba allí, con el equipo en la mano, guantes de látex y, tras él, un hombre con una cámara.

—Lo siento, chicos, pero necesito que salgáis de aquí.

Miller miró una vez más la expresión casi plácida del rostro de Catherine Sheridan y luego se dispuso a salir de la habitación con Roth tras él. Ninguno de los dos dijo nada hasta llegar abajo. Miller se detuvo a las puertas del salón. Los créditos de *Qué bello es vivir* iban pasando por la pantalla.

—¿Y bien? —preguntó Roth.

Miller se encogió de hombros.

—¿Crees...?

—Yo no creo nada —le interrumpió Miller—. Yo no pienso nada hasta que sepa qué le pasó exactamente.

—¿Qué tenemos?

Miller sacó su cuaderno y repasó unas líneas que había garabateado al llegar.

—No hay señales de que hayan forzado la casa. Parece que entró por la puerta principal, porque la trasera seguía cerrada con llave cuando llegué. He pedido a los de la Científica que tomaran fotos antes de que la abriéramos. No hay señales de resistencia, nada roto, nada que se vea fuera de lugar.

—El porcentaje de agresiones cometidas por algún conocido de la víctima será... ¿de cuánto?

—¿Cuarenta, cincuenta por ciento?

—Más, creo yo —respondió Miller—. La encontró el repartidor de pizzas. Una pizza grande, con ingredientes a la carta. Hace pensar que era para dos. Si el tipo que lo hizo ya estaba aquí, quiere decir que era algún conocido de la víctima.

—O puede que no lo conociera en absoluto. A lo mejor a la mujer le gustaba la pizza, y ya está.

—También está lo de la familiaridad con el agresor —dijo Miller, refiriéndose a los numerosos casos de delincuentes que entraban en casas ajenas vestidos de agentes de policía, de técnicos del gas o del teléfono, y cosas así. La familiaridad del uniforme hacía que la gente bajara la guardia. El intruso entraba sin ningún problema, cometía el delito y, aunque el individuo lo hubiera visto, habitualmente no recordaba más que el uniforme—. Si no entraron a la fuerza, no hubo forcejeo ni resistencia aparente, es más que probable que nos enfrentemos a alguien que la víctima conocía, o a alguien que le inspiraba confianza.

—¿Quieres que empecemos por el vecindario? —preguntó Roth.

Miller echó un vistazo al reloj. Se sentía agotado, como vapuleado emocionalmente.

—En cuanto esto llegue a los periódicos, comenzará a volar mierda por todas partes.

Roth sabía de lo que le hablaba, y sonrió.

—Como si no hubieras tenido bastante con ver tu nombre en los periódicos.

La expresión de Miller le comunicó que aquel comentario estaba fuera de lugar.

Se alejaron de la casa de Catherine Sheridan, siguieron el seto que separaba su jardín del jardín del vecino y se quedaron un momento en la acera.

—Nadie lo diría, ¿verdad? —comentó Miller—. Si no supieras que hay un muerto en esta casa...

—La mayoría de la gente vive ajena a lo que le pasa al resto —respondió Roth.

Miller sonrió.

—¿Qué cojones es eso? ¿Filosofía yidis?

Roth no respondió. Señaló la casa que tenían a la derecha con un gesto de la cabeza.

—Empecemos por esa.

No encontraron a nadie en ninguna de las casas contiguas. La de enfrente estaba a oscuras y en silencio.

Dos casas más allá, también en la acera de enfrente, dieron con alguien: un anciano con mechones de pelos blancos en lo alto de las orejas, el rostro enjuto y los ojos hundidos tras unas gafas gruesas.

Miller se presentó y se identificó.

—Quieren saber lo que vi, ¿verdad? —dijo el viejo, mirando instintivamente hacia la casa de Catherine Sheridan, con el reflejo de las luces de policía en las lentes de sus gafas de pasta. Tenía claro que aquel espectáculo luminoso no podía significar más que malas noticias—. Fue hacia las cuatro, quizá las cuatro y media.

—¿El qué? —dijo Miller, frunciendo el ceño.

—Cuando ella volvió a casa..., hacia las cuatro y media.

—¿Cómo puede estar seguro?

—Tenía la tele puesta. Estaba viendo un concurso. El de las chicas guapas, ¿sabe? Lo veo casi cada día. Lo dan a las cuatro, y dura media hora.

—Entonces, si estaba viendo la tele, ¿cómo sabe que la señora Sheridan volvió a casa?

Hacía frío, un frío glacial, a la puerta de la casa de aquel hombre. Roth llevaba guantes, pero aun así se frotó las manos, como si estuviera estrangulando algo pequeño. Apretó los dientes y echó un vistazo a la calle, como si esperara que sucediera algo.

—¿Que cómo lo sé? Entren un momento.

Miller miró a Roth. Roth asintió. Entraron. La casa estaba ordenada, pero no le habría ido mal una limpieza.

El viejo les indicó el salón, les mostró su sillón, el televisor, la posición de cada cosa.

—Desde aquí puedo ver la casa —señaló.

Miller se agachó hasta situarse a la altura del sillón. A través de la ventana veía la puerta principal de Catherine Sheridan.

—¿La conocía?

—Un poco.

—¿Hasta qué punto?

—Caray, no lo sé. ¿Hasta qué punto se conoce a la gente hoy en día? No es como antes. Antes la gente era educada. Se saludaba de vez en cuando. Nunca la invité a cenar, si es lo que pregunta.

—¿Y la vio entrar en casa?

El viejo asintió.

—¿Y entonces?

—Un chaval con unas gafas de culo de vaso ganó tres mil dólares y casi me cago encima.

Miller frunció el ceño.

—En el concurso de la tele.

—Eso..., en el concurso.

—¿Y no vio nada más?

—¿Qué más tenía que ver?

—¿Alguien que se acercara a la casa?

—¿El tipo que la mató?

—Alguien..., cualquiera.

—No vi a nadie.

Miller le dio una tarjeta.

—Si recuerda algo, llámeme, ¿de acuerdo?

—Claro.

Miller se volvió y miró a Roth. Roth meneó la cabeza; no tenía más preguntas.

El viejo aspiró lentamente y suspiró.

—Es difícil de creer —dijo en voz baja.

—¿El qué?

—Que el tipo fuera a matar a mi vecina. Quiero decir..., ¿qué había hecho la pobre para merecer eso?

—Quién sabe —dijo Miller, encogiéndose de hombros. ¿Qué habían hecho todas las demás?

Roth y Miller siguieron adelante. Hablaron con los vecinos de tres casas más allá, pero no sacaron nada en claro. Nadie había visto nada. Nadie recordaba nada.

—Tal como te decía, la mayoría de la gente vive ajena a lo que le pasa al resto —repitió Roth.

Volvieron a la casa de la víctima para consultar a la Unidad de Rastros Forenses. Miller se quedó abajo, supervisó el escenario, intentó grabar cada detalle en su mente para cuando lo necesitara. Pensó en la película que habían puesto. Más para ver con la familia en Navidad, que para cuando vas a morir.

Roth bajó y esperaron juntos mientras la Científica repasaba la cocina de Catherine Sheridan, su baño, sus cajones y sus armarios, registraban sus pertenencias, pensando quizá que encontrarían algo que explicara lo sucedido. Sabían que solo buscaban una pista, un rastro, una sugerencia, una indicación..., algo que les permitiera cazar a aquel bicho por el rabo y lanzarlo a la cuneta.

Ya llegaría el momento. Vaya si llegaría. Pero no cuando ellos se lo esperaran, ni tal como se lo esperaban, ni por el motivo que esperaban.

Antes de irse, Miller preguntó por el jefe de la Unidad de Rastros y esperó a que uno de los agentes fuera a buscarlo al piso superior.

—¿Es usted el responsable del caso? —le preguntó el jefe de la Científica.

—El primero en llegar, nada más —respondió Miller.

—Greg Reid —dijo el CSI—. Le daría la mano, pero... —Levantó las manos, enfundadas en guantes de látex cubiertos de manchas de sangre.

—Le dejaré mi tarjeta en esta mesa —dijo Miller—. Solo quería que supiera quién soy, y mi número, por si me necesita.

—Tienen que darnos el tiempo que necesitamos —respondió Reid—. Un día o dos... Tengo toda una casa por procesar. Hable con quien tenga que hablar y luego vuelva, ¿vale?

Miller asintió.

—Si surgiera algo me llama, ¿de acuerdo?

—Ya tengo algo —dijo Reid. Hizo un gesto hacia la mesilla del teléfono, cerca de la puerta principal—. En ese bolso está su pasaporte y un carné de la biblioteca. Hoy ha ido a la biblioteca, parece que ha devuelto unos libros. La del pasaporte es la única foto suya que hemos encontrado hasta ahora. Necesitará una foto para sus interrogatorios. Quizás alguno de los suyos pueda limpiarla y darle aspecto de ser humano.

—Se lo agradezco —dijo Miller—. Infórmeme si hay algo más.

—¿Algo? —respondió Reid con una sonrisa socarrona—. ¿Como si descubrimos que el tipo dejó su nombre y su dirección?

Miller no respondió. Estaba cansado. El trabajo de un CSI acababa en la escena del crimen; Homicidios tendría que seguir con aquello hasta que se resolviera.

Roth y Miller salieron por la puerta trasera, se detuvieron una vez más en el patio y miraron la parte posterior de la casa. Se veía la claridad de las luces por las ventanas, y las sombras de los hombres que trabajaban en el interior. Miller se quedó allí hasta que sintió que el frío se le metía dentro. Roth estaba a su lado. Ninguno de los dos pronunció una palabra hasta que Miller le dijo a Roth que se llevara el coche.

—¿Estás seguro?

—Voy a caminar. Me irá bien el ejercicio.

Roth se quedó mirando a Miller con recelo.

—Tienes la impresión de que toda la gente con la que te encuentras quiere hacerte preguntas, ¿no?

Miller se encogió de hombros.

—¿Sabes algo de Marie?

—Ni una palabra.

—¿No fue a recoger sus cosas a tu casa?

—Creo que se ha ido por una temporada. —Miller negó con la cabeza—. Joder, ¿a quién quiero engañar? Creo que se ha ido para siempre.

—A Amanda no le gustaba para ti —dijo Roth—. Decía que tenía la cabeza demasiado en las nubes.

—Dile a Amanda que le agradezco que se preocupe por mí, pero no fue más que un desliz. Todos lo sabemos.

—¿Ya has pensado qué vas a hacer?

De pronto parecía que Miller estaba molesto.

—Vete a casa. ¿De acuerdo?

Roth echó otra mirada a la casa.

—Esto es lo que menos te apetece, ¿no?

Miller bajó la vista a la acera; no respondió a la pregunta.

Roth sonrió. Le entendía muy bien.

—Me voy a casa —anunció, y se dirigió hacia el coche.

Miller se quedó diez o quince minutos, con la mirada fija en las luces de la casa de Catherine Sheridan, y luego hundió las manos en los bolsillos y se puso en marcha. Eran casi las diez cuando llegó a su apartamento, situado sobre la tienda de Harriet's Delicatessen, en Church Street. Harriet, con su sabiduría ancestral, estaría atrás, bebiendo leche caliente con su marido, Zalman, hablando de cosas que solo ellos recordaban. Miller subió por la escalera trasera en lugar de atravesar la tienda, como solía hacer. Aunque eran unas personas maravillosas, en un momento así Harriet y Zalman Shamir le entretendrían una hora, insistiendo en que se tomara un sándwich de hígado de pollo y un trozo de pastel de miel. Cualquiera otra noche sí, pero ¿esa? No, esa noche no. Esa noche tenía que dedicársela a Catherine Sheridan, a encontrar el motivo de su muerte.

Miller entró en casa, se quitó los zapatos y se pasó una hora apuntando sus observaciones iniciales en un cuaderno. Luego vio un poco la tele hasta que el cansancio empezó a vencerle.

A las once, o quizá más tarde, Harriet y Zalman cerraron y se fueron a casa. Harriet le dio las buenas noches desde la escalera, y Miller le contestó.

No durmió. Se quedó estirado, con los ojos cerrados, pensando en Catherine Sheridan. En quién era. En por qué había muerto. En quién la habría matado. Pensó en todo aquello y deseó que llegara la mañana, puesto que la mañana traería consigo la luz del día, y la luz del día le ayudaría a dejar atrás sus fantasmas.

Usa un cuchillo. Los asesinatos a cuchillo son personales. Casi siempre son personales. Puñaladas múltiples en pecho, vientre, garganta: algunas superficiales, rozando las costillas; otras profundas, lo suficiente como para dejar hematomas ovalados en el punto donde acaba la hoja y empieza el mango. Sugieren una rabia descontrolada, la furia del odio o de la venganza. Cosas que confunden, que embarran y emborronan las conclusiones de forenses, psicólogos criminalistas y dibujantes de retratos robot. Todo tiene que parecer lo que no es.

¿Sabías que solo se resuelven menos de la mitad de todos los casos de violación? ¿Y eso, a pesar de que en la gran mayoría de los casos el agresor es alguien conocido por la víctima? ¿Que menos del diez por ciento acaban en el laboratorio de la Policía Científica? Solo en el seis por ciento de los casos se hacen extracciones y pruebas de ADN. Si el total de pruebas de ADN en la región ronda las doscientas cincuenta mil al año, ¿te das cuenta de que solo quince mil víctimas conseguirán que se haga justicia?

Hay gente que sabe todas esas cosas. Las puedes encontrar en internet. No hace falta ser un genio. En la todopoderosa red se puede encontrar un centenar de modos diferentes de tapar un delito. Con la lejía de uso doméstico se pueden eliminar huellas, rastros de saliva, semen, ADN. Ponte guantes, por Dios, y no guantes de cuero con textura. Ponte guantes de látex, como un médico, como un cirujano, como un dentista. No son tan difíciles de encontrar. Casi no cuestan nada. No lles los zapatos de siempre. Cómprate unas deportivas nuevas. Baratas. No vayas matando a gente con unas Nike de trescientos dólares, porque para todos los objetos físicos hay dos características básicas: de clase e individuales. Unas deportivas baratas tienen características de clase. Son un artículo producido en serie. Hay millones de ellas en circulación, y a todos los efectos son absolutamente idénticas a las demás. Cuanto más caras son las deportivas, más particular es la huella, y menos personas las tienen. Y antes de salir comprueba la pisada. La suela levanta cosas del suelo. Fibras de alfombra, restos de basura de la calle, de tu propio piso. Tal como he dicho, no hace falta ser un genio. Algunos objetos, los neumáticos de los coches, por ejemplo, tienen características de clase e individuales. La clase es la forma básica del neumático, las marcas, los surcos y el dibujo. Luego tienes diferentes elementos y ángulos de desgaste, dependiendo del tipo de vehículo y de terreno por el que ha circulado. Esos factores a veces pueden crear unas particularidades que se pueden relacionar con un único coche y, por tanto, con un solo conductor. Ahí está la

individualidad. Ves a esos tipos de la tele —los CSI, ¿sabes?— y da la impresión de que todo está chupado. De eso nada. Solo tienes que ir con cuidado. Usar el sentido común. Pensarlo todo bien. No complicar las cosas. El truco está en analizarlo empezando por el final. ¿Entiendes lo que te digo? Observa el cuadro final, la escena tal como la encontrarán, y es más que probable que te acuerdes del cigarrillo que te has fumado al otro extremo de la calle, de la colilla que has tirado entre las plantas, del envoltorio del chicle, de ese papel de aluminio suave y brillante, una superficie ideal para dejar marcadas las huellas dactilares... ¿Vas pillándolo? ¿Ves por dónde voy?

Y si no quieres sangre, estrangúlalas. Ahógalas. No hay mejor arma que tus propias manos. Luego desaparece. Desaparece rápido, porque si no te encuentran a ti, no encontrarán el arma.

Podría dar un seminario. ¿Qué os parece, amigos y vecinos? Organizar un seminario en la George Washington University. «Introducción al asesinato». Sería genial.

«La vida es mucho más dura cuando sabes que deberías estar muerto».

Era como un verso de una canción. Tenía una cadencia y un ritmo que lo hacían difícil de olvidar. Se quedó en algún rincón de la mente de Miller y, cuando empezaba, no paraba. Como las balas cortas de calibre 22s que usaba la mafia. Con suficiente fuerza de impacto para atravesar el cráneo, pero insuficiente para volver a salir, y esos gramos de plomo que rebotaban caprichosamente en el interior, golpeando contra las paredes internas de algún pobre capullo hasta convertirle el cerebro en sopa de pollo. No dejaba de pensar en ello, y quería parar de hacerlo. Pensó en la chica que había muerto, la chica que le había dejado, la investigación de Asuntos Internos, los periódicos. Pensaba en aquellas cosas, del mismo modo que lo había hecho los últimos tres meses, e intentaba que parecieran inconsecuentes e irrelevantes. Se sentó en el despacho del capitán Frank Lassiter, capitán del Distrito Dos. Se concentró en lo que había visto en casa de Catherine Sheridan la noche anterior; esperó pacientemente lo que sabía que llegaría.

Lassiter entró por la puerta como una exhalación. Dio un portazo tras él y se dejó caer en su silla. Negó con la cabeza y frunció el ceño, y cuando abrió la boca, vaciló un segundo. Quizá tuviera pensado decir otra cosa, pero cambió de idea.

—Ya sabes lo que es, ¿no? —Fue lo que preguntó.

—¿La serie, o el caso de esta mujer en particular? —respondió Miller. Lassiter hizo una mueca y volvió a negar con la cabeza—. Eso es ponerse en lo peor. Estamos presuponiendo que el modus operandi es el mismo que...

—No estamos presuponiendo nada —le cortó Lassiter—. Aún no tengo nada de la Científica. No tengo el informe del forense. Tengo una mujer asesinada, la segunda en el distrito, y como las otras dos estaban en otro distrito, como todo este sistema es un rompecabezas de mierda y burocracia, no tengo nada a lo que agarrarme. Lo único que sé es que el comisario jefe me ha llamado esta mañana a las siete y que me ha dicho que todo esto ahora es problema mío, que más me vale poner a alguien bueno al trabajo y solucionarlo pronto... Ya te conoces el discursito, ¿no?

Miller sonrió sarcásticamente.

—Así que aquí estamos —dijo Lassiter.

—Aquí estamos —repitió Miller.

—¿Y qué es toda esa mierda sobre pedir el traslado a otro departamento?

—No lo sé, capitán, alguna mierda sobre pedir el traslado a otro departamento.

—No necesito sarcasmos, Miller. ¿Vas a dejar Homicidios?

—No lo sé. A lo mejor es que pensaba...

Lassiter de pronto soltó una carcajada.

—¿Qué es lo que pensabas? Son muertos, eso es lo que son. Por eso se le llama «Homicidios». —Apoyó las manos en los brazos de su silla, como buscando apoyo. Por un momento miró a Miller de cerca—. No tienes muy buen aspecto —añadió.

—Solo estoy cansado.

—¿Aún te duele?

Miller negó con la cabeza.

—No fue más que un golpe, un hombro dislocado, nada grave.

—¿Has hecho fisio?

—Más que suficiente.

Lassiter asintió despacio.

Inevitablemente, Miller sintió la tensión de lo que se le venía encima.

—Habrás tenido que aguantar mecha, ¿eh? ¿Sabes cuántas veces ha aparecido mi nombre en los periódicos?

Miller negó con la cabeza.

—Yo tampoco, pero muchas. Demasiadas. Son unos moscones. Eso es lo que son. Revolotean por los cadáveres y van pegando mordisquitos —dijo Lassiter, meneando la cabeza—. A la mierda. No vamos a hablar de eso ahora. —Se levantó de la silla y se dirigió a la ventana—. Por cierto, que estoy cabreado con vosotros dos —dijo—. Por marcharos anoche. He leído vuestro informe. ¿Cuánto tiempo estuvisteis allí? ¿Media hora?

—La Científica —respondió Miller—. Era un escenario nuevo, y les estorbábamos. Hicimos una ronda por las casas vecinas, pero nadie tenía nada importante que decir. —Hizo una breve pausa—. Y, no, no estuvimos allí media hora, estuvimos casi tres.

—Tres casas, Robert. ¿Tres putas casas? No me tomes el pelo. Lo único que me toca las narices es la falta de profesionalidad. Puedo tolerar todos esos lloriqueos sobre los horarios, el sueldo, las horas extra, el que la gente no vea a sus mujeres, a sus niños, a sus gatos, a sus perros y a sus amantes, pero la falta de dedicación...

—Entendido —atajó Miller.

—Ese discurso también lo has oído antes, ¿verdad?

—Pues sí, sí lo he oído. Un par de veces.

—¿Y qué cojones vas a hacer? ¿Vas a dejarlo? ¿Vas a pedir el traslado?

—No lo sé. Había pensado considerarlo a final de mes, o quizá después de Navidad.

—Pues te necesito para este caso.

Miller no dijo nada.

—El jefe quiere que nos transfieran aquí todo el caso. Los cuatro asesinatos. En este momento no tenemos nada que diga que el autor es el mismo. Por tu informe parece que podría serlo, pero las apariencias no me sirven. La estrangulación, los golpes, la cinta con la etiqueta, todo eso. Da la sensación de que es el mismo modus operandi, ¿verdad?

—Así es.

—¿Cómo se llamaba la primera..., Mosley?

—Sí, Margaret Mosley, en marzo.

—¿El caso era tuyo?

—No, en realidad no. Yo solo fui el primero en llegar, porque estaba de servicio —explicó Miller—. Creo que al final se lo quedó Metz. No... Ahora recuerdo lo que ocurrió. Metz iba a quedárselo, pero no lo hizo. Acabó quedándose el Distrito Tres. Esta cosa ha llegado a todas partes, ¿eh?

—No tienes ni idea —dijo Lassiter con una sonrisa socarrona.

—¿Y por qué nosotros? ¿Por qué el Dos?

Lassiter se encogió de hombros.

—El primer caso ocurrió en nuestro distrito, el segundo en el Cuatro, el tercero en el Seis, y ahora el cuarto vuelve a ser en el Dos. Tenemos dos. Y el jefe nos adora, o quizá nos odie. Dios Santo, yo qué sé. Quiere que nos encarguemos nosotros, que seamos el centro de coordinación de las cuatro investigaciones. Que sea un solo dossier. Necesita tratarlo como un solo caso. Tiene sentido. Hasta ahora han trabajado en él, aunque en realidad no mucho, tres distritos diferentes. Los periódicos se han vuelto locos con el asunto, como era de esperar, y a lo mejor el jefe se cree que después de toda la polvareda que levantaste podemos limpiar nuestra reputación acabando con tanto caso abierto.

—Eso es una gilipollez...

Lassiter levantó una mano.

—La política y el protocolo son lo que son, nada más y nada menos. Parece algo personal, pero no lo es.

—¿Y el jefe ha sugerido que me encargue yo por lo que ocurrió?

—No exactamente...

—¿O sea?

Lassiter se alejó de la ventana y volvió a sentarse.

—Lo que tienes que entender es que siempre va a salir algún liberal de mierda con conciencia social que dé por hecho que nosotros nos dedicamos únicamente a tocar los cojones a civiles inocentes por gusto.

Miller sonrió socarrón.

—Ya sé cuál es la política del cuerpo de policía. No necesito que me den lecciones...

—Muy bien, pues entonces, no tengo que explicarme. Si estás aquí, estás de servicio. Si estás de servicio, tienes la obligación de aceptar los casos que yo te asigne. Y te asigno este, y a menos que me presentes tu renuncia aquí mismo y en este preciso momento, la verdad es que no puedes hacer nada para evitarlo.

—Yo también le quiero, capitán.

—Pues ve a hablar con el FBI.

—¿Con quién? —Miller frunció el ceño—. ¿El FBI?

—Me temo que sí... El jefe ha pedido ayuda al FBI. Han enviado a alguien para que nos enseñe a tratar con esta mierda.

—No es un caso federal... ¿Qué demonios tienen que ver ellos con esto?

—Nos van a echar una mano, Robert, y está claro que no nos irá mal. El jefe habló con el juez Thorne... No olvides que en Nochevieja celebramos nuestra fiesta de campaña. Nadie perderá el trabajo por esto, te lo aseguro. Necesito a alguien a la cabeza del caso, y tú eres mi hombre. Lo siento pero tiene que ser así. A lo mejor eso te motiva un poco más, ¿eh? Quizá te recuerde por qué trabajaste tan duro para llegar a ser investigador.

—¿Tengo otra opción?

—¡Sí, hombre! —respondió Lassiter—. ¿Desde cuándo tenemos ninguno otra opción en este tipo de cosas? Has estado tres meses de vacaciones. Llevas aquí una semana. Necesito que nos dejes bien delante del FBI, y luego que Roth y tú recuperéis todos los archivos, que los estudiéis bien y que pongáis el caso en marcha. Tenemos cuatro mujeres muertas, y yo al jefe en el cogote, como una urticaria. El asunto sale más en el periódico que el Día de los Veteranos, y necesito que te portes como un héroe y me arregles la vida, ¿vale?

Miller se levantó de su silla. Ya sentía el peso sobre sus hombros. Ya sentía la presión inminente que haría que el castillo de naipes en precario equilibrio que era su vida se viniera abajo. Caería en silencio. Sin aviso previo. Una mañana se despertaría y sería incapaz de articular una frase o de prepararse una taza de café. No necesitaba un asesino en serie. No necesitaba que le hicieran responsable de un caso de homicidio múltiple con presencia en todos los periódicos, pero mientras se planteaba todo eso, se preguntó si no se habría buscado aquello él mismo. Quizá se debía a su propia indecisión. Podría ser su final, o quizá su salvación. Miró a Lassiter, abrió la boca para decir algo, pero Lassiter levantó la mano.

—Me has preguntado si tenías otra opción. Ya tienes la respuesta. Ve a ver al FBI y dale algo de sentido a toda esta mierda, ¿quieres?

Miller se dirigió hacia la puerta.

—Una última cosa —dijo Lassiter. Miller levantó las cejas—. Marilyn Hemmings es la forense al cargo. Tendrás que hablar con ella. Seguro que la prensa lo airea. Después de la foto que salió en el *Globe*, no hace falta que te diga...

—Entendido —dijo Miller. Abrió la puerta del despacho.

—Si tuviera a alguien mejor... —oyó que decía Lassiter a sus espaldas, mientras cerraba la puerta suavemente.

«Conozco esa sensación», pensó Miller para sí, y se dirigió a la escalera.

A varios kilómetros de distancia, a las afueras de Washington, una joven llamada Natasha Joyce estaba de pie, junto a la puerta de su cocina. Era negra, apenas tendría treinta años, y algo en la tele le llamó la atención. Se volvió desde el fregadero, donde

estaba lavando la vajilla. Tenía un plato en la mano y un trapo de secar; ladeó la cabeza y entrecerró los ojos en dirección a la pantalla, más allá de la puerta, mientras daban las noticias.

Apareció un rostro en el televisor.

Un momento de duda, quizás algo próximo a la incredulidad, y luego el plato se deslizó entre los dedos de Natasha, y pese a tener la mirada fija en la tele, sintió cómo iba cayendo al suelo a cámara lenta.

Su hija, una preciosa niña de nueve años llamada Chloe, que estaba jugando en un lateral del salón, se volvió y vio a su madre de pie en el umbral, con los ojos desorbitados y la boca abierta.

Todo se volvió lento. Todo parecía insustancial. Todo lo que debía durar un segundo duraba un minuto o más.

El plato llegó al suelo. También pareció dudar un instante, pero luego explotó en veinte o treinta pedazos. Natasha chilló del susto, y su chillido hizo chillar a su hija, y por un momento Natasha quedó desconcertada, porque sabía que se le había caído el plato, sabía que llegaría al suelo y se rompería en pedazos, pero aun así el sonido le llegó como salido de la nada, y le sorprendió.

—¿Mamá? —dijo Chloe, levantándose de la moqueta, volviéndose y acercándose—. Mamá... ¿Qué ha pasado?

Natasha Joyce se quedó inmóvil, con una expresión de sorpresa innegable en el rostro, y lo único que pudo hacer fue contener las lágrimas.

Diez minutos más tarde Miller estaba de pie junto a la ventana de un despacho en un tercer piso. Las paredes eran de dos colores neutros, un beige abajo y un beige más suave encima. Muebles maltrechos. Radiadores que gemían y crujían en un intento por calentar el ambiente, emitiendo un olor a óxido y a agua estancada. A la derecha, a través de la ventana, Miller veía la esquina de New York Avenue y la Quinta. Tras él, sobre la mesa, había un ejemplar del *Washington Post*. Desde su posición podía leer el titular principal reflejado en el cristal. Sentía frío y silencio en su interior.

CUARTA VÍCTIMA DE UN POSIBLE ASESINO EN SERIE.

Tras una afirmación así había una historia. Los franceses lo llamaban el *monstre sacré*: algo que hemos creado pero que ojalá no lo hubiéramos hecho.

Washington tenía su propia versión. Lo llamaban el Asesino de la Cinta. Su historia se remontaba a ocho meses antes de la muerte de Catherine Sheridan y los otros tres asesinatos. La cinta que había dejado no era la misma en los tres casos anteriores. La primera era azul, la segunda rosa, la tercera amarilla. Azul pálido, rosa chicle, amarillo intenso. Y en todos los casos había atado a esas cintas una etiqueta de color beige que estaba en blanco, como las que se atan a los dedos de los pies de los cadáveres en el depósito. La cinta de Catherine Sheridan era blanca, era la cuarta víctima, y en el Distrito Dos de Washington, con el capitán Frank Lassiter a la cabeza, la noticia de su muerte había caído como un jarro de agua fría. La cinta y la etiqueta eran un detalle, quizá la firma, y si los investigadores encargados del primer asesinato hubieran previsto que se iba a tratar de una serie, habrían tomado nota de ello. La primera víctima había sido una bibliotecaria de treinta y siete años llamada Margaret Mosley, apaleada y estrangulada; su cuerpo había aparecido en su apartamento el lunes 6 de marzo. La segunda no apareció hasta el miércoles 19 de julio. Se llamaba Ann Rayner, cuarenta años, y era secretaria del bufete de abogados Youngman, Baxter and Harrison; también la habían apaleado y estrangulado, en el sótano de su casa. La tercera era Barbara Lee, florista de veintinueve años, con una pálida marca de nacimiento bajo la oreja izquierda, de Baltimore. Mismo modus operandi. Había aparecido el miércoles 2 de agosto en su casa, en la esquina de Morgan y Jersey. Y luego estaba Catherine Sheridan.

No parecía que las mujeres hubieran sido secuestradas ni torturadas. No había señales de abuso sexual ni violación. No parecía que se hubieran llevado nada de sus casas, por lo que también se había eliminado el robo como motivo. Según todos los indicios, las cuatro estaban en casa cuando entró el intruso, quizá las había apuntado

con una pistola, había hablado con ellas y les había dicho lo que quería... porque no había señales de resistencia, ni muebles rotos. Todas fueron apaleadas, y de un modo implacable, rápido y continuo. Los golpes se habían dado con ganas, sin ninguna contemplación. Y luego, después de estrangularlas, el asesino les había atado una cinta, —azul, rosa, amarilla—, ahora blanca, con una etiqueta en blanco alrededor del cuello. La policía había pasado por alto el detalle; los medios habían tomado nota; el populacho de Washington lo había adoptado y lo había hecho suyo: ahora era el Asesino de la Cinta.

Miller había leído libros, había visto películas. En la ficción era fácil. Cuatro mujeres morían, y un hombre —un criminalista, quizás alguien con flaquezas personales y una reputación difícil— repasaba las circunstancias de las muertes y encontraba lo que las conectaba. Había algo único y particular, y él arrojaba luz sobre aquella cosa única y particular, y decía: «¿Lo ven? Ya lo tenemos. Esto es lo que nos dice quién es». Y estaba en lo cierto, y encontraban al asesino, y el desenlace lo dejaba todo claro como la luz del día.

En la vida real no era así. Con el primer caso, el de Margaret Mosley, en marzo de aquel mismo año, Miller y Roth se habían pateado Bates, Patterson, Morgan y Jersey Avenue durante algo más de un día. Habían hecho preguntas, esperado a obtener respuestas, escuchado atentamente y las respuestas no habían llegado. Otros investigadores habían ocupado su lugar, y se habían celebrado reuniones para constatar que no habían descubierto nada de especial valor. Luego el caso se había derivado a otro distrito, Miller se había olvidado de él, se había enterado del segundo asesinato varias semanas después de que ocurriera. Para entonces ya estaba metido casi hasta el cuello en todo lo que le había pasado, en la investigación de Asuntos Internos, en la investigación forense, en la lenta y dolorosa muerte de una relación de catorce meses con una chica llamada Marie McArthur y, por tanto —lógicamente—, no había prestado gran atención al asunto.

Entre el primer asesinato, en marzo, el segundo, en julio, y la muerte de Barbara Lee, en agosto, pasando por septiembre y hasta la primera semana de noviembre, Miller sabía que no habían descubierto nada significativo que hubiera arrojado luz sobre el asunto. Si hubiera habido algo, se lo habrían dicho Roth o alguno de los otros investigadores. El Distrito Dos era una comunidad cerrada; todos sabían de la vida de todos. El caso era una pesadilla, y aunque los periódicos ya habían pasado a hablar de otras cosas, aunque la página de deportes y las elecciones de medio mandato volvían a ser lo que atraía la atención de la gran mayoría de habitantes de la ciudad, era evidente que el monstruo había seguido caminando, hablando y respirando el mismo aire que cualquier otro. Alguien había matado a cuatro mujeres. Las había matado rápidamente, con violencia, sin un motivo claro o racional, y el pesado lastre de la investigación, la identificación y la presentación de pruebas le había llegado ahora a Robert Miller.

Cuando llegó Roth, Miller le contó lo del FBI. Roth soltó una risita sarcástica, pero no quiso desafiar la autoridad de Lassiter.

El agente enviado al Departamento de Policía de Washington por la Unidad de Ciencias del Comportamiento del Cuartel General del FBI en Quantico (Virginia) era un hombre de cincuenta y pico años, con modos de profesor universitario. Llevaba una americana de franela y pantalones de algodón, con las rodillas polvorientas y desgastadas, como si se pasara gran parte de su vida arrodillado en una posición forzada, escrutando la oscuridad, haciendo crípticas anotaciones. Se llamaba James Killarney. No tenía aspecto de estar casado. Ni de ser el padre de nadie. Los saludó a cada uno con una sonrisa apenas insinuada, un gesto de la cabeza; sabía que su presencia resultaba algo incómoda: no era nada personal, un simple asunto de jurisdicciones muy arraigado en el sistema. Parecía estar tranquilo, no tener prisa, como si aquellos sucesos fueran algo natural.

Eran poco más de las nueve de la mañana cuando siete investigadores de la policía tomaban asiento en aquella reunión a puerta cerrada en la segunda planta del edificio del Distrito Dos. En el grupo había gente como Chris Metz, Carl Oliver, Dan Riehl o Vince Feshbach, veteranos de Homicidios, hombres que Miller consideraba más aptos que él mismo para dirigir un caso así. Todos ellos tenían la misma expresión. La de: «Lo he visto todo. No hay nada en el mundo que no pueda afrontar. Pronto, quizás antes de lo que yo mismo creo, no me quedará nada por ver». Era una expresión que él mismo, en otro tiempo, había identificado como algo que deseaba evitar. Pero ya la tenía. Ahora se daba cuenta. Aunque creía que la llevaba con mayor dignidad que todos ellos.

La tensión era evidente en las miradas, en los cambios de expresión, en el modo en que cada uno de los presentes miraban al hombre que tenían al lado, al de más allá y a Killarney, allí delante. Aquello era Washington, había cosas que no se podían permitir, pero aun así la sensación de resentimiento callado era tangible. El propio Miller se encontraba atrapado entre aquello y su curiosidad por lo que pudiera decirles del caso el visitante de Arlington.

Killarney sonrió. Se puso de pie un momento, frente a los demás. Y luego se recostó, apoyándose en el borde de la mesa. Como un profesor, como un conferenciante. Lo único que faltaba era la pizarra.

—Me llamo James Killarney —dijo. Tenía una voz suave, la voz de un hombre paciente y considerado—. Estoy aquí para hablar sobre la situación, porque tengo cierta experiencia en casos así, pero antes de que empecemos querría compartir con ustedes algunos puntos de interés.

Killarney hizo una pausa, como si esperara preguntas; luego volvió a sonreír y prosiguió.

—En Berkeley dan seminarios sobre psicología criminal. Analizan cada variación de las agresiones físicas, desde los ataques espontáneos y no provocados a mujeres, pasando por la violencia premeditada, hasta el secuestro, la tortura, los abusos, la

violación y por fin el asesinato. Profundizan en todo eso del duelo por la madre, ¿saben? —Killarney acompañó la exposición con movimientos de la mano derecha, y se metió la izquierda en el bolsillo—. Que si el superego es la parte de la personalidad del individuo que se ocupa de asuntos morales y éticos, y que si una persona se ve privada de la atención materna a una edad temprana luego el superego no se desarrolla plenamente. —Otra sonrisa, la sonrisa de un abuelo—. Básicamente, una sucesión de tonterías planteadas por tipos que no tienen nada mejor que hacer con su tiempo que inventarse historias de hadas sobre cómo piensa la gente.

Un murmullo generalizado, unas risas breves.

—No obstante, en una cosa tienen razón, y se trata del método y la motivación de los que cometen actos de violencia y asesinatos. —Hizo una pausa y miró a su público—. A partir de la observación, de la experiencia, se deduce que hay dos tipos de agresores. Los llamamos «merodeadores» y «viajeros». Los merodeadores son los que se quedan en un lugar y suelen llevar a la víctima a un punto determinado para cometer el crimen. Los viajeros son los que se mueven a diferentes ubicaciones. Las agresiones, por su parte, se clasifican en cuatro grupos diferentes. De reafirmación de poder, de aserción de poder, de venganza y de cólera o sadismo. Cada uno de estos tipos se corresponde con distintas motivaciones y, por tanto, se manifiesta de diversos modos.

Movimiento de papeles, los agentes de Homicidios buscando bolígrafos en sus chaquetas.

—¿Qué están haciendo? —dijo Killarney, frunciendo el ceño—. ¿Tomar notas? No hace falta que tomen notas. —Meneó la cabeza—. Solo estoy aquí para orientarlos sobre la dirección que debería seguir su investigación, para hacer un seguimiento de sus progresos. Esto no son más que categorías generales, y hay que considerarlas como tales. La primera es la que llamamos «reafirmación de poder». Tiene que ver con la necesidad de eliminar dudas sobre la propia sexualidad. Un hombre al que le preocupe la posibilidad de tener tendencias homosexuales ataca a las mujeres para demostrarse que siente un deseo sexual por ellas. Usa menos fuerza que otros tipos de agresores. Planea sus acciones con detalle. Tiende a atacar en el mismo lugar y se guarda recuerdos. —Killarney sacó la mano del bolsillo y cruzó los brazos por delante del pecho.

»Los casos de aserción de poder corresponden a agresores clasificados como “conocidos”. Son personas de trato amistoso y no amenazador. Se convierten en una amenaza más tarde, generalmente cuando sus avances se encuentran con un rechazo. Se asustan. Se sienten anulados, intimidados, debilitados. La tensión sexual se convierte en tensión física, que rápidamente se transforma en rabia, ira, odio. Pasan a expresar su deseo en forma de violencia. Si ellos no pueden tener a la víctima, nadie más la tendrá.

Killarney paseó la mirada por las caras que tenía delante, para asegurarse de que seguían prestándole atención.

—En tercer lugar tenemos los vengativos. Tal como suena, el motivo es la rabia y la hostilidad hacia las mujeres en general. La víctima es simbólica. El vengativo la humillará de algún modo. Los ataques en muchos casos son improvisados y violentos. Y el último tipo, el colérico, procede de una necesidad sádica de aterrar a la víctima, de causarle el máximo sufrimiento posible. Usa una violencia extrema, a veces tortura a la víctima y en muchos casos la mata. Esta suele ser una extraña, y el agresor tiende a guardar recuerdos de los ataques.

—¿Y cómo se aplica esto a las víctimas que tenemos? —preguntó Miller con un tono algo desafiante en la voz.

Aunque la invasión del territorio de la policía por parte del FBI a él le daba igual, consideraba que si no podía actuar agresivamente, no podría liderar el grupo. Le habían asignado el caso a él, y a partir de aquel momento tendría que demostrar su voluntad de dar siempre el primer paso.

—Tenemos un merodeador —dijo Killarney—. Pero no tenemos ninguna indicación precisa de a cuál de las cuatro categorías pertenece nuestro amigo. La que más se acerca es la del colérico, pero no se observa sadismo en sus acciones, ningún deseo de aterrar a la víctima. En este último caso incluso se contuvo, no le golpeó en la cara, como hizo con las otras tres. Pero hay anomalías. No tortura. No hay violencia extrema.

—¿Qué hay de la paliza? —preguntó Miller.

Killarney sonrió comprensivo.

—¿La paliza? La paliza que les dio no es más que una paliza. Cuando hablo de «violencia extrema» quiero decir «violencia extrema». La paliza que recibieron esas mujeres fue bastante comedida en comparación con otras cosas que he visto.

Silencio.

—¿Entonces...? —insistió Miller.

Killarney miró a toda la sala y luego se fijó de nuevo en Miller.

—¿Cómo se llama?

—Miller... Robert Miller.

Killarney asintió.

—Miller —dijo, aparentemente para sí, y luego levantó la vista, con los ojos muy abiertos—. Tengo entendido que usted es el responsable de la investigación.

—Sí, me lo acaban de comunicar —respondió Miller, y entonces cayó en el verdadero motivo de su provocación.

Estaba acorralado. Le habían dado algo que no deseaba. Quizá Killarney estuviera allí para ayudar, nada más y nada menos que eso, pero en cualquier caso no solo representaba la pérdida de capacidad de decisión de Miller, sino que también sugería que, aunque le hubieran asignado la responsabilidad final sobre la investigación a él, no lo veían capaz de gestionarla sin ayuda exterior. Así eran los casos importantes: el comisario jefe tenía que confiar en sus capitanes, que a su vez tenían que confiar en sus auxiliares y tenientes, pero siempre con cierta sensación de incertidumbre,

sabiendo que cuanto más se extendía la cadena de mando, más aumentaban las responsabilidades.

—Díganos qué piensa usted, Miller..., díganos lo que piensa del Asesino de la Cinta.

Miller se sintió de pronto cohibido. Tenía la sensación de que Killarney le había puesto en el estrado por haberle interrumpido en pleno discurso, con la intención de reafirmar su control sobre el procedimiento.

—Yo estuve en el primer caso —dijo Miller—. Margaret Mosley. —Paseó la mirada por la sala. Los otros policías le miraban—. Entré y la encontré..., o sea, no la encontré. Quiero decir que fui el primer investigador en entrar. Ya había agentes de uniforme cuando llegué. La forense ya venía de camino. Entré... en su dormitorio, vi la víctima allí tendida, sobre su cama. —Miller bajó la mirada y meneó la cabeza lentamente.

—¿Cuál fue su primera impresión, inspector Miller? —preguntó Killarney. Miller levantó la cabeza.

—¿Mi primera impresión?

—Lo primero que sintió.

—Lo primero que sentí fue como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el pecho. —Levantó el puño y se dio contra un punto en el centro de la caja torácica—. Como si me hubieran golpeado con un bate de béisbol. Eso es lo que sentí.

—¿Y se movió por la escena, o la examinó desde una posición estática?

—Estática..., como se nos ha enseñado. Siempre examinar la escena desde una posición estática... Buscar anomalías, cosas fuera de lugar. Buscar lo evidente, antes que cualquier otra cosa.

—¿Y?

—La cinta, por supuesto.

Killarney asintió.

—Sí..., la cinta, la etiqueta. ¿Y luego?

—Aquel olor a lavanda.

—¿Seguro?

—Seguro, era lavanda... Igual que con las otras dos.

—¿Participó en los otros dos casos? —preguntó Killarney.

—No —dijo Miller—. Estaba de servicio cuando se produjo el primero. No me asignaron el caso de forma oficial. Y también vi el archivo del tercero, y luego, anoche, este más reciente...

—¿Quién estaba presente en el segundo? —preguntó Killarney.

—El segundo se le asignó al Distrito Cuatro. Ninguno de nosotros tuvo nada que ver.

—Y el tercero... —Killarney ojeó las páginas que tenía en la mesa, a su lado—. Barbara Lee... ¿Alguno de ustedes estuvo presente en ese?

Carl Oliver, sentado a la derecha de Miller, levantó la mano.

—Yo, y mi compañero, Chris Metz.

Metz también levantó la mano para identificarse, y añadió:

—Ese, oficialmente, estaba bajo la jurisdicción del Seis, pero no tenían a nadie libre, así que nos llamaron a nosotros.

—Eso nos da uno de los principales motivos por los que este crimen en serie se ha pasado por alto durante ocho meses —apuntó Killarney—, y también explica por qué el comisario jefe ha decidido asignarlo a un solo distrito, con un único inspector al cargo... ¿Verdad, señor Miller?

Miller asintió. Killarney se volvió hacia Carl Oliver.

—Háblenos del tercer escenario, agente Oliver.

—Lo mismo —dijo Oliver—. Lavanda.

—Así pues, quizás ahí tengamos nuestra firma. La cinta en el segundo caso..., el de la señorita Ann Rayner, era...

—Rosa —dijo Al Roth.

—Y luego tenemos la etiqueta en blanco. ¿Una etiqueta de equipaje? ¿De depósito de cadáveres? ¿De objetos perdidos? Eso no lo sabemos, y solo podemos hacer elucubraciones.

Killarney asintió lentamente y se llevó las manos a los bolsillos.

—Margaret Mosley, Ann Rayner, Barbara Lee, Catherine Sheridan. Treinta y siete años, cuarenta, veintinueve, y cuarenta y nueve, respectivamente. Una cinta azul, otra rosa, otra amarilla y otra blanca. El mismo perfume en todas las escenas del crimen. Quizá nuestro amigo haya rociado el cuerpo, la cama y las cortinas con agua de lavanda para disimular el olor a sangre. Quizá pensara que así podía retrasar el descubrimiento del cuerpo. —Killarney ladeó la cabeza, miró a Miller con los ojos entrecerrados y luego fijó la vista en Roth—. O quizá no. Sea como fuere, en este último caso no funcionó, porque alguien había pedido una pizza.

—Puede que ni la etiqueta ni la lavanda signifiquen nada en absoluto —sugirió Miller.

—Desde luego, señor Miller. Qué complicados caminos teje la mente cuando jugamos con el engaño, ¿eh? Yo, personalmente, creo que la culpa es de la televisión.

Miller frunció el ceño.

—¿Y de internet! —añadió Killarney.

—No lo entiendo...

—¿Sabe cuántos engaños y fraudes se pueden encontrar en televisión y en internet? —preguntó Killarney. Miller abrió la boca para decir algo—. Era una pregunta retórica, señor Miller. Lo que quiero decir es que casi todo lo que buscamos en la escena de un crimen se puede encontrar en internet. Si se sabe lo que buscan los criminalistas y los forenses, se puede ocultar algo o, mejor aún, hacer que encuentren alguna cosa que no signifique nada en absoluto.

—¿Cree que volverá a matar? —preguntó Miller.

—¿Volver a matar? —Killarney sonrió—. ¿Nuestro amigo? Oh, sí, señor Miller... Casi puedo garantizárselo.

Los agentes presentes intercambiaron miradas incómodas, de incertidumbre.

—Y querrá saber cómo encontrar a este tipo, ¿verdad? Quiere saber lo que sé yo. Quiere oír las palabras mágicas que arrojen la luz de la verdad y de la razón sobre este asunto tan oscuro. ¿No es así?

Los agentes permanecieron a la espera, en silencio y ansiosos.

—Bueno, pues no hay palabras mágicas, ni hay luz de la verdad y de la razón —dijo en voz baja—. Encontrarán a este hombre con perseverancia..., nada más que con constancia y perseverancia. No es cuestión de suerte. No es cuestión de adivinar —dijo, sonriendo—. Sé que les estoy diciendo algo que ya saben, pero a veces todos necesitamos que nos recuerden las verdades más simples del trabajo de investigación. Y si quieren una razón, una justificación lógica... —Negó con la cabeza—. Bueno, puedo decirles una cosa: no pueden racionalizar su irracionalidad. La única persona que entiende perfectamente por qué el Asesino de la Cinta hace lo que hace es...

—Él mismo. —Fue Miller quien acabó la frase.

—Muy bien, inspector Miller. Premio para el caballero.

Me llamo John Robey, y sé todo lo que se puede saber sobre Catherine Sheridan. Sé la calle en la que vive, las vistas que tiene desde el patio de atrás. Sé lo que le gusta comer y dónde hace la compra. Conozco el perfume que se pone, y sé qué colores cree que le quedan mejor. Sé su edad, su lugar de nacimiento, lo que piensa de muchas cosas insignificantes, y por qué...

Pero también sé otras cosas. Las importantes. Las cosas que la asustan. Las cosas que le hacen preguntarse si ha tomado las decisiones correctas. Lo que cree que ocurriría si hubiera decidido mal.

Sé lo mundano, pero también lo complejo, lo sencillo y lo complicado. Conozco las sombras que siguen, y también las que esperan. Y tengo mis propias sombras, mis propios miedos, mis pequeños secretos. Como mi nombre, porque mi nombre no siempre ha sido John Robey...

Pero esos detalles ahora no importan. De esos detalles ya hablaremos cuando haya tiempo.

De momento seguiré siendo John Robey, y os contaré lo que sé.

Sé de amor y desengaño, de despecho y desilusión. Entiendo que el tiempo acaba por limar las pérdidas hasta que los recuerdos dejan de cortarnos con su afilada hoja, hasta que simplemente nos magullan con sus repetitivos golpes mientras intentamos olvidar.

Sé de promesas cumplidas y de promesas rotas.

Sé de Catherine Sheridan, de Darryl King y de Natasha Joyce. Sé de la hija de Natasha, Chloe.

Sé de Margaret Mosley; conozco su piso, en la esquina de Bates y la Primera. Conozco el diáfano ventanal que da a Florida Avenue.

Sé de Ann Rayner, y el sótano de su casa, junto a Patterson Street.

Sé de Barbara Lee, de su casa, en la esquina de Morgan y Jersey, apenas cinco manzanas al sur de donde me encuentro ahora.

Sé que soy un hombre agotado. No porque no haya dormido. Últimamente duermo mucho. No, no es ese tipo de agotamiento.

Estoy agotado de cargar con todo esto.

Está la Mitad Silenciosa. Todos tenemos una Mitad Silenciosa. Ahí se encuentran nuestros pecados y nuestras transgresiones, nuestros crímenes y nuestras perversiones, los momentos en que nos falla la razón, la fe o la honestidad, nuestros vicios y nuestras fechorías, y todas esas veces que hemos caído en desgracia...

La Mitad Silenciosa acecha; nos sigue como las sombras proverbiales, y luego espera con una paciencia y una fortaleza incomparables. Como dice la gente, al final lo que nos mata son nuestras maldades y la falta de aliento.

Yo llevo sobre mis hombros más de lo que me toca. ¿Verdad? Llevo encima suficientes verdades como para cinco o siete hombres. Forman parte de mí, supongo, y cuando miro mi Mitad Silenciosa, me doy cuenta de que solo hay un modo de exorcizar esta cosa. Diciendo la verdad. Llevando la luz de la verdad hasta los lugares más oscuros, sin pensar en las personas o las cosas que voy iluminando por el camino. En ese momento, todo acabará. Solo hay una cosa que pueda hacer... entre este momento y ese, puedo arrojar luz. Poner las sombras al descubierto. Mostrarle al mundo lo que hay. No quieren verlo: nunca han querido, nunca querrán. Demasiado tarde. Van a verlo igualmente.

Miller y Roth empezaron a trabajar aquella misma tarde. Miller ya tenía esa sensación de urgencia con respecto a lo que se le presentaba. Killarney había concluido su exposición, había respondido preguntas y luego Lassiter les había recordado que quería resultados. Killarney seguiría la investigación, no interferiría en ella, pero tenían que mantenerle al tanto de sus progresos.

La impresión inicial de Miller —que no tenía ningunas ganas de verse involucrado en un caso largo y de gran calado— había variado, y ahora sentía que quizás era lo mejor que podía pasarle, puesto que ya había empezado a distraer su atención de los acontecimientos recientes.

Las palabras pronunciadas por Killarney aún resonaban en la mente de Miller cuando, acompañado por Roth, salió de comisaría y se dirigió a Columbia Street. Roth llevaba consigo la fotografía de Catherine Sheridan. La imagen, obtenida de su pasaporte y retocada digitalmente para mejorar el contraste y el color, tal como había sugerido Reid, estaba impresa en formato de postal. Miller ya la había visto, y había intentado reconocer en ella a la mujer. Había algo en sus rasgos, algo particular y sorprendente, pero no conseguía distinguir qué era. Daba la impresión de que había tenido una vida tan dramática como su propia muerte.

El día anterior, el sábado 11, había sido el Día del Veterano. Había hecho un frío poco habitual, ya que en Washington siempre solía hacer el mismo sol, y las temperaturas de noviembre raramente bajaban de los diez grados centígrados. Al ser el Día del Veterano, los desfiles y las marchas conmemorativas habían ocupado el centro de atención de la mayoría de los habitantes de la capital; el cementerio de Arlington, los niños a los pies de las enormes estatuas de acero en honor de los estadounidenses caídos en Corea... Un día de recuerdo, de luto, en que adquiriría fuerza la inscripción del monumento en memoria de la Segunda Guerra Mundial: «Hoy los cañones callan... De los cielos ya no cae una lluvia de muerte, por los mares solo navega el comercio, los hombres en todo el mundo caminan erguidos a la luz del sol. El mundo entero está tranquilo y en paz». A lo lejos se oía la música de las bandas de viento, las marchas militares desafiando los murmullos y zumbidos del tráfico matinal. La gente, en actitud respetuosa, se volvía en dirección al sonido, recordando lo que significa el Día del Veterano para tanta gente. Un padre perdido, quizás un hijo, un hermano, un vecino, un amor de la infancia. Los paseantes se detenían por un momento, cerraban los ojos, asentían como si rezaran y luego seguían adelante. Los recuerdos quedaban flotando en el fresco ambiente matinal, y al caminar la gente entre ellos era como si sintieran la pena, la nostalgia, la calidez de

esas remembranzas. Por un día, Washington se había convertido en una ciudad de recuerdos, una ciudad de olvido.

—Después de la casa, a la biblioteca —dijo Miller, mientras arrancaban y se dirigían hacia Columbia—. Es decir, si la biblioteca está abierta hoy.

Roth no respondió, se limitó a asentir.

Cuando llegaron Roth y Miller, Greg Reid estaba en la cocina de Catherine Sheridan. Sonrió y levantó la mano a modo de saludo. A la luz del día recordaba a William Hurt, con unos rasgos abiertos a la vida, a los demás, quizá fuera de aquellos que dan más de lo que piden.

—¿Así que el caso es vuestro? —preguntó.

—Pues sí —respondió Miller—. ¿Qué pinta tiene?

—La envié al depósito. Hice el análisis preliminar, tomé huellas, fotos, lo típico. Tengo unas cuantas cosas para vosotros —dijo Reid, haciendo un gesto hacia la mesa de la cocina—. Tenéis un carné de la biblioteca, ¿verdad? También hay algo de comida de un *deli* en la cocina: algo de pan, mantequilla, cosas así. Es pan ecológico, ¿sabéis? Francés. Sin conservantes. Con fecha de elaboración de ayer.

—¿Qué *deli*? —preguntó Roth.

—La dirección está en el envoltorio.

Miller sacó su cuaderno del bolsillo.

—¿Algún mensaje en el contestador?

—No hay contestador —dijo Reid, negando con la cabeza.

—¿Ordenador?

Reid volvió a negar con la cabeza.

—Ni de sobremesa ni portátil, que yo sepa —dijo con una sonrisa extraña.

—¿Qué? —preguntó Miller.

—Nunca he visto nada parecido a este sitio.

—¿Parecido a qué?

—A esta casa.

—¿Qué quieres decir? —insistió Miller.

—Echa un vistazo alrededor. Está muy limpia. Casi demasiado limpia.

—Es más que probable que el agresor lo limpiara todo —apuntó Roth—. No habrá dejado ni rastro. Es lo que hemos conseguido con todas esas series de forenses, ¿no?

—No me refiero a ese tipo de limpieza —objetó Reid, negando con la cabeza—. Quiero decir que es como si aquí no viviera nadie. Como si fuera un hotel, ¿sabéis? No hay las típicas cosas que deja la gente normal por todas partes. La papelera del baño está limpia. Hay cepillos y cosméticos, pasta de dientes, todas esas cosas, pero es como si hubiera poco de todo.

—¿Cubriste tú los escenarios de los crímenes anteriores? —preguntó Miller.

—Hice el de Patterson, en julio.

—Ann Rayner —apuntó Roth.

—¿Crees que es el mismo tipo? —preguntó Miller.

—Da toda la impresión de que sí. —Reid hizo una pausa—. Ya le dejé una nota al forense para que lo mirara, pero puede que haya algo más... No puedo estar seguro al cien por cien con el examen preliminar.

—¿Y qué es?

—Esta, Catherine Sheridan..., estuvo con alguien ayer.

—¿Estuvo...?

—Parece que mantuvo relaciones sexuales con alguien.

—¿No estás seguro?

—Tan seguro como puedo estar tras un examen superficial. Tenía lubricante con espermicida en la zona vaginal. Nonoxinol-9. Confirmadlo con el forense; él puede hacerle un examen interno.

—Pero ¿no hay indicios de violación?

Reid negó con la cabeza.

—No hay ningún indicio externo que lo sugiera, no.

—¿Y la hora de la muerte está confirmada? —preguntó Roth.

—Lo más que podemos precisar por la temperatura del hígado y la del entorno es entre las cinco menos cuarto y las seis de la tarde de ayer. El forense quizá pueda hacer un cálculo más exacto.

—¿Has comprobado el último número que marcó? —preguntó Roth.

Reid negó con la cabeza.

—He tenido mucho trabajo con la señora; pensé que podríais hacerlo vosotros.

Roth se dirigió al salón. Se puso unos guantes de látex, levantó el auricular y marcó el botón de rellamada.

Miller le oyó intercambiar unas palabras con quienquiera que estuviera al otro lado de la línea, y luego colgó y volvió a la cocina.

—La pizzería —anunció Roth—. Tienen su nombre y su dirección.

—Bueno —concluyó Miller—. Vamos a investigar las casas de los alrededores, la biblioteca, el *deli* y luego la pizzería. ¿Cuánto tiempo te quedarás por aquí?

Reid se encogió de hombros.

—Aún no he repasado el piso de arriba a fondo. He analizado el cuerpo, se lo he enviado al forense..., me queda toda una planta por cubrir. Tardaré un rato.

—Volveremos más tarde —dijo Miller.

—Necesitaré todo el día —respondió Reid—. Aquí no queda nadie más que yo.

Reid los dejó en la cocina y se volvió a la planta superior. Roth encontró la bolsa del *deli*: pan francés, un cuarto de kilo de queso brie de Normandía, una pastilla de mantequilla sin sal, todo intacto. El pan tenía fecha del 11, tal como había dicho Reid. Horneado a diario. Sin conservantes. ¡MAÑANA ESTO ESTARÁ DURO COMO UN BATE DE BÉISBOL!, advertía la etiqueta. Miller sonrió al leerlo, Roth también, y entonces Miller recordó cómo habían encontrado a Catherine Sheridan, cómo la habían colocado, el

color de su rostro, la extraña rigidez de todo... Una visión así bastaba para borrar cualquier sonrisa. Durante días.

Roth tomó nota de la dirección del *deli*, y los dos se fueron por la puerta trasera de la cocina y salieron a la acera cruzando el patio.

Miller no podía imaginarse qué debió de pensar Catherine Sheridan. De momento, se conformaba solo con saber dónde había ido aquel sábado por la mañana, y quizá, si pudiera, intuir el motivo. Roth y él recorrieron la calle, arriba y abajo. Hablaron con un puñado de personas que no estaban en casa la noche anterior. Nadie más tenía nada que decir. Ahora tenían claro que la casa a la derecha de la de la víctima estaba vacía. La noche anterior no habrían podido saberlo, pero Roth fue hasta la parte trasera, pegó las manos a la ventana y miró con la cabeza entre ellas. Los muebles estaban tapados con sábanas, en las habitaciones reinaba el silencio y la calma. El vecino de la izquierda seguía sin aparecer. Miller y Roth cogieron el coche y se dirigieron hacia la biblioteca Carnegie.

—No solemos abrir los domingos —les dijo la bibliotecaria. Se llamaba Julia Gibb, y tenía aspecto de bibliotecaria; también hablaba como una bibliotecaria, muy bajito. Los miró por encima de unas gafas de media montura—. Hoy hemos abierto porque ayer fue el Día del Veterano. Ayer solo abrimos hasta las doce, y hoy abriremos otra vez hasta las doce para compensarlo.

Dudó por un momento, pero luego añadió:

—Es por la señorita Sheridan, ¿verdad? —Metió la mano bajo el mostrador y sacó un ejemplar del *Post*—. No sé qué decir. Es algo terrible, terrible...

Miller hizo las preguntas; Roth tomó notas. Julia Gibb no conocía a Catherine Sheridan, no más que a cualquier otro cliente. No había observado nada fuera de lo común en su conducta, salvo que había devuelto libros, pero no había retirado ninguno.

—No dejo de pensar si le dije algo —les confesó Julia Gibb—. ¿Ayer? Ayer no creo que le dijera ni una palabra.

—¿Qué libros devolvió? —preguntó Miller.

—Tomé nota de los títulos. Sé que no es nada importante, pero al ver que estuvo aquí ayer, imaginé que alguien querría saberlo —dijo, y puso una hoja de papel sobre el mostrador.

Roth la cogió y echó un vistazo a los títulos: *Of Mice and Men* y *East of Eden*, de Steinbeck, *Beasts*, de Joyce Carol Oates y un par más que no reconoció.

—¿Y a qué hora se fue?

—Bastante pronto..., quizás a las diez y cuarto, algo así. Sé que no hacía mucho que habíamos abierto.

—¿La vio marcharse?

—Bueno, yo estaba con otro cliente, y oí la puerta. Levanté la vista y no vi quién era, pero supuse que sería la señorita Sheridan, porque cuando el cliente al que estaba atendiendo se fue, vi que me había quedado sola.

Miller asintió y miró a Roth. Roth meneó la cabeza; no tenía más preguntas.

—Por hoy hemos acabado —dijo Miller—. Gracias por su ayuda, señorita Gibb.

—De nada —dijo ella—. Qué tragedia, ¿no? Que una cosa tan terrible le pueda pasar a una mujer así...

—Sí que lo es —respondió Miller con naturalidad, y luego volvió a mirar el papel en el que había escrito los títulos antes de guardárselo en el bolsillo del abrigo.

Mientras se alejaban de la biblioteca en el coche, Miller se dio cuenta del efecto que creaban aquellos breves instantes. Hacían que recordara a la gente. Catherine Sheridan era una persona; en algún lugar previo a su muerte había una vida. Igual que la de Julia Gibb. La gente normal observa cómo van destruyéndose las vidas de los demás a su alrededor. Explosiones de humanidad. Momentos de horror. Nadie los entendía, y en muchos casos nadie se molestaba en comprenderlos siquiera. Ahora, en su bolsillo, tenía una lista de los libros que había leído más recientemente. ¿Habría elegido otros de haber sabido que aquellos iban a ser los últimos que leería? Era un pensamiento curioso, pero a la luz de lo sucedido, era un apunte más que demostraba la fragilidad y la incertidumbre de la vida.

Lo mismo ocurrió cuando llegaron al *deli* en el cruce de L Street y la Décima. El dueño se llamaba Lewis Roarke y tenía un rastro irlandés en el acento, en aquella oscura melena y aquellos ojos azul claro. No recordaba a Catherine Sheridan, pese a que Roth le enseñó la fotografía mejorada. Iba muy liado. Era pronto. No paraba de entrar gente que quería mortadela, chorizo, salami italiano, surtidos de quesos para ir de pícnic o hacerse bocadillos. Padres con hijos, abuelos a remolque. ¿Algún piercing en la nariz, o una mecha azul? Algo así lo habría recordado, pero... ¿una señora normal? Sonrió, negó con la cabeza y se disculpó, pese a no tener nada por lo que disculparse.

Roarke cogió la tarjeta que Miller le pasó por encima del mostrador, esperó a que Miller y Roth estuvieran en la calle y la tiró a la papelera. Si no recordaba nada entonces, ¿cómo iba a hacerlo al día siguiente? Tenía clientes delante. «Sí, ¿en qué le puedo ayudar?».

Miller y Roth se sentaron en el coche, unos metros más allá.

—Así que va a la biblioteca —dijo Roth—. Devuelve sus libros pero no saca ninguno. Va al *deli*, y supuestamente todo eso lo hace a pie. Compra pan, mantequilla, queso, pero luego no vuelve a casa hasta las cuatro y media.

—Porque fue a algún sitio y se acostó con alguien —dijo Miller sin inmutarse.

—Quizás, o quizá no. ¿Quieres ver al forense o ir al sitio de las pizzas?

—El sitio de las pizzas —dijo Miller—. Quiero hablar con todos los que tuvieron contacto con ella.

Roth puso en marcha el motor.

—Lo cierto es que —añadió Miller—, si no hubiera pedido la pizza, a lo mejor ni siquiera sabríamos que estaba muerta.

A cierta distancia del Distrito Dos de Washington, ese tipo de distancia que se mide en términos de clase, cultura y color, Natasha Joyce permanecía de pie en el pasillo junto al aula de la clase dominical de su hija, esperando que fueran las once. El edificio de la escuela dominical, anexo a un vetusto centro municipal, conservaba cierta personalidad bajo la profusión de grafitos que cubrían el exterior. La puerta principal tenía más cerrojos y candados de los que Natasha podía contar, y por las paredes interiores, donde se exhibían los dibujos y los murales de los niños, aún se veía la áspera superficie de los bloques de cemento, la improvisada capa de pintura que los cubría, los desconchones y las cicatrices consecuencia del abandono y la falta de financiación. El lugar transmitía una desesperación silenciosa, un triste reflejo de los rincones desconocidos de Washington.

Desde la posición que ocupaba, Natasha veía a través del cristal esmerilado las difusas manchas de color que creaban los niños al correr al otro lado de la puerta, oía las carreras, las voces, los gritos y las risas. Sonó el timbre, y Natasha Joyce entró en el aula. Sonrió a modo de saludo a la maestra de Chloe, la señorita Antrobus. Una mujer agradable, pero algo remilgada. Era mulata, de una mezcla de razas. Un par de generaciones atrás, alguna de sus antepasadas se debió de trajinar a un negro, algo así. Ahora la señorita Antrobus no pertenecía ni a un grupo ni a otro. Ni al de los negros ni al de los blancos asustadizos de Georgetown. Quizá se refugiara en Jesucristo. O a lo mejor solo fingía.

La señorita Antrobus volvió a mirarla, sonrió y luego se abrió paso por entre los niños hasta la puerta, donde esperaba Natasha.

—Puede que no sea nada —dijo la señorita Antrobus, paseando la vista hacia un lado y hacia el otro. Daba la impresión de estar buscando algo inexistente—. Tenía un ejemplar del *Post* en mi mesa —prosiguió—. Hay un artículo sobre ese caso terrible..., la mujer que han asesinado.

Natasha Joyce se quedó paralizada. Era consciente de la tensión en su rostro, pero intentó que no se notara.

Chloe estaba junto a la puerta, muriéndose de ganas por marcharse, como si le picara todo.

—Chloe ha visto la foto de la mujer... y ha dicho que la conocía. —La señorita Antrobus sonrió nerviosa—. Sé que no puede ser cierto..., debe de haberla confundido con otra.

—Desde luego, tiene mucha imaginación —respondió Natasha, que miró a Chloe.

—¿Se ha enterado usted?

Natasha frunció el ceño.

—No sé si la sigo...

—El sábado mataron a una mujer. Han publicado su foto en el *Post*. Chloe me ha dicho que la conocía. Pero... usted no la conocía, ¿verdad, señorita Joyce?

Natasha negó con la cabeza.

—No. No se me ocurre quién se habrá pensado que es —respondió, y notó el tono de ansiedad en su propia voz.

Intentó sonreír, pero la sonrisa le salió tensa y artificial. Se acercó a la puerta, cogió la manilla y con la mano izquierda le hizo señal a Chloe de que se iban.

Al momento Chloe se situó a su lado, mirándola atentamente con aquellos ojos brillantes.

—Mamá —dijo de pronto—. Aquella señora..., ¿te acuerdas? Vino con aquel hombre cuando buscaban a papá, el hombre que te dio el dinero... ¿Recuerdas cuando te dio aquel dinero, que compramos la Polly Petal...?

Natasha ya había abierto la puerta y estaba sacando a Chloe al pasillo, mirando a la señorita Antrobus y sonriendo lo mejor que podía.

—Salía en el periódico de hoy... esa señora tan simpática...

Natasha se volvió y miró de nuevo a la señorita Antrobus, que las observaba, a ella y a Chloe, con cara de estar a punto de llamar a alguien.

—Era otra señora —le dijo Natasha a Chloe lo suficientemente fuerte como para que lo oyera la señorita Antrobus.

Estaba confusa y abatida. No entendía lo que estaba sucediendo, pero sabía que estaba mintiéndole a su hija.

A tres manzanas del colegio, Natasha Joyce compró el *Post*. Vio la foto de Catherine Sheridan; leyó los dos o tres primeros párrafos del artículo.

—Es ella, ¿no, mamá? —dijo Chloe.

Natasha negó con la cabeza.

—No lo sé, cariño..., se le parece. A lo mejor solo es alguien que se le parece —dijo, encomendándose a Dios para que así fuera.

Le pidió a Dios que el retrato en monocromo de aquella mujer que la miraba desde el papel fuera el de otra persona. Ahora ya la había visto dos veces, una en la tele y otra en el periódico, y estaba asustada. Más que asustada.

—Yo creo que es ella, mamá..., tiene la misma mirada.

—¿Qué mirada es esa, cariño?

—No lo sé. —Chloe se encogió de hombros—. Es... como si supiera que alguien iba a ir a por ella.

Natasha soltó una risa nerviosa. Recordaba haber estado ahí, de pie, con esas dos personas, sintiendo el frío de la brisa. Una mujer y un hombre. ¿Cuánto tiempo había pasado? Cinco años. Dios, hacía ya cinco años. El nombre de la mujer no era Catherine Sheridan. Y el hombre. Chicle, algún tic, como si estuviera siempre nervioso. Como si vigilara a alguien, como si le preocupara que alguien pudiera verlos.

Preguntaron por su novio, el padre de Chloe. Se llamaba Darryl King, y Natasha recordaba haber pensado: «¿Quiénes son estos tipos? ¿Cómo es que un par de personas así conocen a Darryl?».

Chloe levantó la vista, con aquellos ojos grandes de mirada dulce y diáfana, inocentes como la nieve:

—¿Quién crees que la habrá matado?

Natasha volvió a reírse.

—No es la misma señora —dijo—. Estoy segura de que no es la misma señora. —Dobló el periódico y se lo metió bajo el brazo. Cogió la mano de Chloe y echó a andar.

No dijo ni una palabra en todo el camino hasta casa, y cuando llegaron Natasha se sentó en el salón un rato. Como si esperara algo que tenía que pasar. Oía a Chloe jugando en su habitación. Natasha se preguntó hasta qué punto sería consciente Chloe. Parecía tranquila, como si no le preocupara nada en el mundo. Así es como Natasha quería que se sintiera siempre Chloe, como si no hubiera nada en el mundo que pudiera afectarle. Ella haría de barrera entre Chloe y el mundo. Ya lo había hecho con Darryl, y aunque Chloe solo tenía cuatro años cuando él murió, Natasha sabía que los críos se dan cuenta de todo, y que a veces los más pequeños son los más listos. Había sido duro. Bastante duro. Una misión a tiempo completo. Mantener el mundo de Darryl fuera del alcance de la vista, del oído, de la vida de Chloe. Algo duro, casi imposible, pero de algún modo Chloe había sobrevivido y parecía que estaba bien, que nada le había afectado..., hasta la aparición del periódico.

Volvió a echar un vistazo al diario, al rostro que la miraba desde la foto. Intentó recordar la última vez que había visto a esa mujer. Un par de semanas antes de la muerte de Darryl, antes de que Darryl King fuera asesinado por meterse en asuntos en los que nunca habría tenido que meterse. E independientemente de si era la misma mujer o no, aquello le dolió a Natasha. Le hizo darse cuenta de que Chloe había visto lo que había pasado, que se había percatado, de que la memoria alcanzaba hasta la muerte de su padre. Hasta el día en que aquella mujer se había presentado buscando a Darryl. Con aquel hombre, que tanto interés había mostrado por Chloe, como si se sintiera culpable o algo... Le había dado veinte dólares. Se sacó veinte dólares del bolsillo, sin más, y se los dio. Y ellas compraron aquella muñeca, la muñeca que durante tanto tiempo ocupó un lugar destacado entre todo lo demás. Polly Petal. La Polly Petal de las narices. Y ahora, cinco años más tarde, se encontraba el rostro de aquella mujer en el periódico...

La atravesó un escalofrío. Sintió un mareo, casi miedo. No quería pensar en aquellas cosas. No quería recordar el pasado. Quería que el pasado se quedara exactamente donde lo había dejado.

Al cabo de un rato salió de la cocina y se detuvo en medio del pasillo. Observó a su hija a través de la puerta entreabierta de su habitación. Sintió otro escalofrío

cuando vio aquella muñeca sentada justo delante de la niña, como si las dos estuvieran viendo la tele juntas.

«Todo se ha ido al garete, ¿no?», pensó Natasha, y al hacerlo recordó cómo había sido su vida con Darryl King todos los años anteriores. Lo mucho que le había querido. Lo convencida que había estado de que era el hombre para ella, el único, lo más importante que le había sucedido en la vida. Y luego, más tarde, cuando él se convirtió en otra persona. Recordaba su actitud, su arrogancia, cómo se había ido resquebrajando su vida.

«Esto es la bomba, nena. Esto es material del bueno, ¿sabes? Es mi caballo, mi reina, mi dama blanca... Un negocio perfecto, si no acaba conmigo. Pero ¿a quién le importa una mierda?».

«No, yo no vendo mercancía de baratillo, cariño. Llevo cristal, speed, éxtasis... Tengo crack, coca en pasta y en polvo... La tengo en pastillas, gominolas, en roca, terrones y “tornado”...».

«Tengo el puto mundo en mi bolsillo, pequeña. Deberías probar esta mierda, ¿sabes? ¡Esta mierda te va a poner cachonda!».

Y cuando a veces se dejaba llevar con aquella cantinela de que tenía el mundo en contra.

«¿Quieres que te diga lo que piensa el mundo de la gente como nosotros? Que a la gente como nosotros no le importa nada una mierda. Lo que necesitamos, lo cogemos. Atracamos a los ciegos. Les robamos a nuestras propias abuelas. ¡Que les jodan, a esos capullos! ¡Que les jodan! ¡Eso es lo que se creen que somos, y eso es lo que vamos a ser!».

¿Cuántas veces se había planteado Natasha abandonar esa vida? Había pensado en ello continuamente..., sobre todo cuando alguien llamó a Chloe «drogata de mierda».

«¿Qué es una drogata de mierda, mami?».

Nadie tendría que ser llamado «drogata de mierda» a los cinco años de edad.

¿La realidad? Últimamente Darryl King no era consciente de ella. Por mucho que Natasha le hubiera querido, y por mucho que se hubiera equivocado queriéndole, sabía que la visión que tenía él del mundo no era real. Ella no vivía como un animal. No vivía entre la mugre y la mierda, en habitaciones miserables con montones de televisores y PS2 apiladas, y grasientos envoltorios de comida china para llevar. No en todas partes había humedades; no en todas partes olía a orina y a vómito de bebé, y a gente moribunda. Por los pasillos de su edificio de viviendas protegidas no resonaban la tos rasposa de abuelos tuberculosos esputando flemas, el llanto de bebés no deseados enfermos de cólicos. Quizás alguien pensara que proceder de allí era motivo suficiente para despreciarla y aborrecerla, como quería hacerle creer Darryl. Pero ella no se lo creía. Al menos, no siempre.

Tenía una hija de nueve años. Se llamaba Chloe. No era una hija no deseada, ni la tenía cubierta de mugre. No se llamaba Delicia, ni Lakeisha, ni Shenayne-

LeQuanda...

El padre de Chloe estaba muerto. Se llamaba Darryl King. Estaba loco, pero Natasha le había querido: desesperadamente, incondicionalmente al principio, y luego, cuando todo se torció, había seguido queriéndole con la esperanza de que de algún modo pudiera volver a ser lo que había sido. Natasha Joyce había querido a Darryl King lo suficiente como para darle una hija y luego, cuando la cosa se puso mal, para sentarse a su lado durante los momentos de hipertensión, los sudores, las náuseas y la hiperventilación, la hipersensibilidad, las alucinaciones táctiles, las visiones de bichos introduciéndose bajo su piel, los episodios de euforia, de paranoia, de depresión y de júbilo, de pánico, de psicosis, los ataques...

Le había amado lo suficiente como para intentar por todos los medios que dejara de drogarse.

Pero la intensidad de su adicción había sido mucho mayor que la fuerza de todo su amor y su lealtad. Se llevó todo lo que tenían, y lo que no tenían también.

Una vez Darryl las dejó; no volvió a casa en dos días.

Natasha sabía que un día se iría y no volvería nunca más.

Natasha Joyce sabía que en la vida se trataba simplemente de huir de lo que no quieres, y de intentar agarrarte a lo que sí quieres. O lo intentabas una y otra vez, o aceptabas el papel que te asignaba la gente y decidías que no podías cambiar.

Darryl había hecho eso: se había convertido en lo que los demás pensaban que debía ser. En un perdedor. En un arrastrado. En un negro enganchado a la droga.

Y ahora aquello había vuelto a recordárselo todo. Una cara que la miraba desde la portada del *Post*. Natasha no quería que fuera la misma mujer que había venido preguntando por Darryl, perfectamente vestida y correctísima, y con ella aquel compañero del tic nervioso, mascando chicle, sin decir nada, dándole veinte dólares para Chloe antes de marcharse. Natasha se había imaginado que serían polis, pero no lo eran. La mujer era la única que había hablado. Parecía una persona decente. Aunque asustada. Se había presentado. Natasha no recordaba su nombre, pero estaba segura de que no era Catherine Sheridan. Y ahora algún loco, un loco al que llamaban el Asesino de la Cinta, la había matado. Decían que era su cuarta víctima. Una cosa sí sabía Natasha Joyce. Sabía que aquel loco sería blanco.

Eso, si es que eran la misma persona. Ella se le parecía. Eso era todo. Pero hay mucha gente parecida por el mundo.

Era la intuición la que se lo decía. La intuición, una sensación visceral, comoquiera que se le quiera llamar...

Chloe había visto la cara en el periódico y no había dudado.

Natasha miró a su hija y pensó: «Tengo que sacarte de aquí, pequeña. Tengo que sacarte de aquí, cueste lo que cueste. Tú no vas a llevar la vida que he llevado yo. Ni la mía, ni la de Darryl, ni la vida que esos tipos asustados de Georgetown creen que te mereces. Haré lo que haga falta».

Algo así ya lo había pensado antes, pero esta vez tuvo una extraña sensación de certeza, de urgencia, una sensación de importancia.

Volvió a pensar en Darryl; pensó: «Darryl, pese a todo lo que fuiste y todos los líos en que te metiste, pese a toda la gente que conociste, y a la que no..., tu hija, nuestra hija, merece algo mejor. ¿Qué te pensabas, Darryl, jodido perdedor, negro arrastrado, puto drogadicto? Joder, Darryl, no creo que pudiera quererte más de lo que te quise. Lo intenté todo. Lo puse todo de mi parte y mientras tanto iba viendo cómo te venías abajo. Y luego fingí que podría olvidarlo todo. No quería saber lo que había sucedido. Fingí que habíamos dejado atrás toda esta mierda, pero no fue así, y aquí está de nuevo: será verdad que los problemas a los que no te enfrentas acaban encontrándote...».

Y entonces echó otro vistazo al *Post*, y pensó: «Maldita zorra. ¿Por qué tenías que dejar que te matara algún loco cabrón?».

Natasha decidió que no podía esperar a ver si la señorita Antrobus se asustaba lo suficiente como para ir con el cuento a la poli. Se imaginó que la señorita Mulatametomeentodo-Diosestuamigo era de esas, así que decidió que era mejor que hiciera la llamada personalmente y decirles que quizá supiera algo.

Natasha Joyce tenía veintinueve años. El padre de Chloe llevaba muerto algo más de cinco. Tuvo que ver cómo iba perdiendo la poca vida que le quedaba a través de una aguja hipodérmica. Ahora volvería la policía. Si la señorita Antrobus llamaba, vendrían a verla. Querrían saber por qué había reconocido Chloe el rostro de aquella mujer del periódico. Natasha nunca había sabido mentir. Les diría que alguien se había presentado en su casa para hablar con Darryl King. Entonces ellos querrían saber en qué estaba envuelto Darryl King, cómo es que había conocido a la fallecida. Natasha diría que no estaba segura de que fuera la misma mujer. Ellos verían en sus ojos el miedo que tenía a verse envuelta en aquello. Natasha no había querido saberlo entonces y no quería saberlo ahora. Pero algo en su interior le decía que entender al menos en parte lo sucedido en aquel momento le haría sentirse mejor. No porque pudiera ser una buena noticia, porque desde que Darryl había empezado a meterse heroína no había tenido ninguna buena noticia, sino porque en cierto modo podía servir para cerrar heridas. Había sido una época muy jodida, realmente jodida, pero había sido parte de su vida. Una parte de su vida que le había traído a Chloe, que era el único motivo por el que valía la pena comprender algo. ¿Por qué? Porque así podría contarle a Chloe la verdad. Cuando Chloe tuviera la edad suficiente para entenderlo, podría mirarla a los ojos y decirle que su padre no era un completo desperdicio. Que era alguien. Que al menos hizo una cosa buena. Quizás aquellas personas fueran buena gente. A lo mejor intentaban ayudar a Darryl. O a lo mejor ya le habían estado ayudando. A lo mejor incluso estaba intentando dejar atrás aquella vida y aquellos tipos habían hecho algo para hacerlo posible.

O a lo mejor todo aquello eran gilipolleces.

Quizá no eran otra cosa que traficantes de Capitol Hill que habían ido a tratar con los negros. Y luego habían matado a la mujer. A esa Catherine Sheridan. Y si era la misma mujer que se había presentado buscando a Darryl, quizás el tipo que venía con ella fuera el asesino. A lo mejor también había asesinado a las otras tres, o quizá la había asesinado como a las otras tres para que todo el mundo pensara que se trataba de ese Asesino de la Cinta...

Aquello habría sido un truco inteligente, pensó Natasha.

Sabía que tendría que llamar a la poli, decirles quién era y dónde vivía, que la muerta de la foto de los periódicos había ido a ver a Darryl King cinco años antes, que quizás hubiera una conexión...

Tendría que decirles que Darryl King había desaparecido y que luego lo habían encontrado muerto, y que ella aún no sabía qué le había sucedido.

Natasha cogió el periódico. Arrancó la primera página y la tiró en el fregadero. Cogió un encendedor y le prendió fuego, y se quedó mirando cómo se retorcía y se iba convirtiendo en una hoja seca y negra.

Ardió desde los bordes hacia el interior, lentamente, pacientemente, y sintió el penetrante humo en la nariz.

Lo último que desapareció fue el rostro de la mujer, y la última parte de su rostro fueron aquellos ojos fríos e inanimados, unos ojos que miraban a Natasha Joyce como si de algún modo Natasha fuera responsable de su muerte.

Robert Miller y Al Roth estaban de pie, en la pizzería junto al cruce entre M Street y la Once. Miller consideraba que habrían aprovechado más el tiempo si Roth se hubiera dedicado a recuperar todos los archivos e informes de los tres asesinatos anteriores, pero en las visitas a domicilios y los interrogatorios se exigía la presencia de dos agentes. Y la norma era estricta y de obligado cumplimiento.

El encargado era joven; no debía de tener más de veintitrés o veinticuatro años. Un rostro agradable, de aspecto honesto, con el cabello claro y bien cortado.

—¡Hola! —saludó, sonriendo.

—¿Eres Sam? —preguntó Miller.

—Sí, soy Sam —dijo, mirándolos a los dos, uno tras otro—. Han llamado antes, ¿verdad?

Miller le enseñó la placa.

—Ayer por la tarde recibisteis un pedido, hacia las seis menos cuarto, y la entrega se hizo en una casa de Columbia hacia las seis.

—La mujer asesinada, sí. No sé qué decirles. El repartidor... Dios, no sé cómo habrá asimilado algo así.

—¿Tomaste el pedido tú mismo?

—Sí, fui yo.

—¿Y notaste algo en la voz de la mujer?

Sam frunció el ceño y negó con la cabeza.

—¿La mujer? No, no fue una mujer quien hizo el pedido. Fue un hombre.

Miller miró a Roth.

—¿Un hombre?

—Sí, desde luego, un hombre. No hay duda sobre eso. Yo tomé los detalles del pedido: masa rellena, queso Monterey Jack, doble de champiñones. ¿Sabe? Lo escribo todo, y luego le pido al tipo su número y me lo da. Le pregunto el nombre y me dice: «Catherine». Yo digo: «¿Cómo?». Y se ríe. Dice: «La pizza es para ella. Catherine». Y yo: «Vale, para Catherine». Le repito el pedido. Luego él me lo repite, muy, muy despacio. La conversación se me quedó grabada, ¿entiende?

—¿Era como si quisiera que recordaras la conversación?

—Eso es lo que me parece ahora. Quería que me acordara de él.

Miller miró a Roth. Todo lo que podía decir estaba ahí, en la expresión de Roth. El asesino de Catherine Sheridan había llamado pidiendo una pizza. Quería que la encontraran inmediatamente.

—¿Qué voz tenía? —preguntó Miller.

—Parecía de Washington, ¿sabe? Nada especial. Sonaba como cualquier otra persona. A lo mejor si hubiera sabido que me iban a preguntar sobre él, habría prestado más atención.

—No pasa nada. Lo has hecho bien. ¿Guardaste el número que te dio?

—Está en el otro listado.

—¿Lo tienes?

Sam rebuscó entre las cosas que tenía tras el mostrador, miró en dos sitios y les presentó un papel amarillo del tamaño de un naipe.

—Aquí está —dijo, entregándoselo a Miller.

—¿Puedo quedármelo?

—Claro.

Miller cogió la nota y le echó un vistazo.

—El prefijo es tres, uno, cinco —observó—. ¿Ese prefijo es de Washington?

—No lo sé —dijo Sam, encogiéndose de hombros—. No estoy seguro. A decir verdad, ni siquiera me lo planteé cuando tomé nota. Los sábados tenemos tanto jaleo...

—Está bien, lo comprobaremos —dijo Miller, que le dio a Sam una tarjeta—. Si se te ocurre algo más...

—... los llamo —apostilló Sam, sonriendo de nuevo como si estuviera contento de poder ayudar.

—Gracias —dijo Miller, y se despidió dándole la mano.

—De nada.

Miller se detuvo al llegar a la puerta.

—Otra pregunta. Sobre el pago. ¿No tomáis los datos de la tarjeta por teléfono?

—Sí, claro, a veces, pero la mayoría de los pagos son en efectivo.

—¿Y en este caso el pedido era en efectivo?

—Sí, era un pedido normal. Lo único raro fue lo del nombre de la mujer. Aparte de eso, la llamada fue como cualquier otra.

—Muy bien —dijo Miller—. Gracias por atendernos. —Levantó el papel amarillo—. Y por esto.

Ni Miller ni Roth hablaron durante el breve trayecto a pie hasta el coche.

Miller en el fondo tenía la certeza de que, en el futuro próximo, cualquier cosa parecida a una vida normal desaparecería. Desaparecería hasta que tuvieran a alguien, y no volvería a aparecer hasta que ese alguien fuera el que buscaban. Así es como solían ir las cosas.

Ya en el coche, miró el número impreso en la parte superior del albarán de pedido.

—La verdad es que no me parece que este prefijo sea de Washington. Creo que es de otro sitio.

—El caso es: ¿quién coño pide pizza para una muerta? —planteó Roth.

—Quería que la encontraran —respondió Miller sin pensárselo—. Quería que todo el mundo supiera lo que había hecho. A las otras tres las encontraron casi accidentalmente, por casualidad, algo normal. Pero este caso..., este es diferente.

Meneó la cabeza. Casi todo había sido igual: la entrada sin forzar la puerta, la paliza, la cinta y la etiqueta, hasta el aroma a lavanda. Todo lo mismo, solo que Catherine Sheridan no presentaba marcas en la cara, y ahora esto. Killarney habría dicho que el asesino había alcanzado su fase de embellecimiento. Modificaciones, cambios mínimos, convencido de que cada aspecto de su obra le reportaría mayor atención.

—Eso es lo que quiere —añadió Miller en voz baja—. Quiere que la gente vea lo que ha hecho.

En comisaría, Miller llamó al número para probar. No obtuvo más que un tono continuo. Pegó con cinta adhesiva la nota amarilla a la pared, junto a su mesa. No quería perderlo entre el montón de papeles que sabía que iría acumulando. Luego Roth y él redactaron las solicitudes necesarias para recibir los archivos relacionados con Mosley, Rayner y Lee en el Distrito Dos. Miller habló con Lassiter y le pidió toda la ayuda que pudiera facilitarle para darle algún sentido a toda la documentación que iban a recibir. Lassiter le asignó a Metz y Oliver y a un par de agentes de uniforme para el trabajo administrativo. Hacia las dos eran seis los que trabajaban apretujados en el despacho de la segunda planta.

—Necesito registros telefónicos —dijo Miller—. Del fijo y del móvil. Quiero movimientos bancarios, cualquier ordenador, de sobremesa o portátil, de cada una de las casas. Necesito historiales laborales, información detallada de pertenencia o afiliación a clubes, bibliotecas, gimnasios, asociaciones profesionales, revistas a las que estuvieran suscritas, todo eso. Hay que analizarlo todo con lupa, revisarlo todo milímetro a milímetro..., ver si hay algún denominador común, cualquier cosa que relacione a estas mujeres con un lugar, con una persona, y especialmente entre sí.

Después Miller llamó a la oficina del forense, donde le dijeron que aún no habían acabado la autopsia de Catherine Sheridan, que la forense auxiliar Hemmings no podría recibirlos hasta el día siguiente. Miller no había visto a Hemmings desde la investigación forense del 2 de noviembre, cuando su declaración le había exonerado de toda responsabilidad civil y criminal. Había sido un lío. En principio el departamento de policía pensaba que podrían mantener el caso en privado, pero no, había acabado siendo vox populi. Una investigación de asesinato rutinaria, una visita para interrogar a una prostituta llamada Jennifer Anne Irving como testigo potencial, la irrupción en un episodio de violencia, y Miller había acabado como objeto en una larga investigación de Asuntos Internos y con tres meses de suspensión.

Después habían venido las apariciones en público, las declaraciones de Lassiter y del comisario jefe, toda la fanfarria que solían acarrear esas cosas. Al salir del

juzgado, tras la presentación de las pruebas definitivas, por los claustros que separaban la vía pública de las salas de los respectivos jueces, Miller había intercambiado unas palabras con Hemmings. Ya lejos de las luces de curiosos y periodistas, se había detenido un momento a darle las gracias, y al despedirse le había dado un abrazo —simplemente para expresarle su gratitud—. Y justo aquel momento fue el que captó un fotógrafo del *Globe*, atento y muy oportuno. Aquella fotografía tenía unas implicaciones evidentes. Habían pasado nueve días desde aquel momento. Y, entretanto, la muerte de Catherine Sheridan. Ahora tendría que hablar de nuevo con Marilyn Hemmings. Resultaría incómodo, lo sabía. Y no era algo que le apeteciera demasiado.

El domingo por la tarde Roth y Miller se sumergieron en la documentación del caso. El día acabaría con más preguntas que respuestas. Miller sentía la tremenda presión de todo aquello, notaba un peso que le hundía. Leyó informes que no tenían sentido. Localizó puntos en los que podían hacerse preguntas que no se habían hecho. Hasta en el caso de Margaret Mosley, en marzo, había líneas de investigación que podían haberse seguido, pero ahora —como sucedía en todos los casos—, todo lo que podrían haber encontrado habría desaparecido. La gente seguía adelante. La gente olvidaba cosas. La gente pasaba de puntillas por aquellas tragedias y hacía todo lo posible por no volver a pensar en ellas.

A las seis los agentes de uniforme se fueron. Metz y Oliver se quedaron hasta las ocho para completar los paneles que contendrían todos los planos y fotografías relevantes de cada uno de los cuatro asesinatos. Hacia las nueve, Miller tenía un dolor de cabeza implacable, y no parecía que el café lo aliviara. Había cosas que no cuadraban en cada uno de los casos, sobre todo detalles relacionados con la identificación de las víctimas. Las fechas de nacimiento no coincidían con las de los hospitales o los registros. Las investigaciones anteriores habían sido chapuceras. Había mucho que hacer, y Miller —que ya sentía la emoción y la tensión de la investigación— era consciente del tiempo y la dedicación que requeriría todo aquel trabajo.

Roth se preparó para marcharse a las diez menos cuarto, se detuvo en la puerta del despacho y le preguntó a Miller si quería quedarse en su casa. Miller sonrió y negó con la cabeza:

—No me gusta estar de más en ningún sitio.

—Pues vete a casa —dijo Roth—. Date una ducha, duerme un poco. Todo esto seguirá aquí mañana.

—No tardaré mucho —dijo Miller—. Ve a ver a tus hijos..., aprovecha mientras puedas.

Roth no dijo nada más; se limitó a levantar la mano y se fue.

Miller se puso en pie y se acercó a la ventana; esperó hasta que vio las luces del coche de Roth pasando por la calle. Miller conocía a Amanda Roth, la mujer de su colega; apenas se habían tratado, pero le gustaba. Conocía a los hijos de Roth: tenía

tres, de catorce, once y siete años. Los padres de Amanda los habían ayudado a comprarse una casa de tres plantas cuando Al ganaba un salario miserable. Al y Amanda habían esperado pacientemente hasta que el MCI Center, ahora la telefónica Verizon, había empezado a atraer a gente al barrio. Habían esperado, alentados por las promesas de revalorización, habían visto cómo las promesas quedaban en nada, el cambio de alcalde, la renovación de las promesas, y por fin se quedaron satisfechos al ver que las cifras empezaban a mejorar. Ahora los Roth vivían en una casa que valía casi cuatrocientos mil dólares, pagada por completo, y tenían sus recibos que lo justificaban. Albert y Amanda Roth llevaban Washington en las venas. Todo lo que tenían, se lo habían ganado, y lo que se habían ganado se lo habían merecido. La gente como los Roth, aferrados con uñas y dientes a su legado judío, eran justo lo que la madre de Miller había deseado que fuera algún día su hijo, el tipo de persona que él nunca llegaría a ser.

Miller se subió a su coche, uno como cualquier otro, y se fue a casa. Por los ojos seguían pasándole imágenes de textos, la tupida letra impresa de las transcripciones de las entrevistas, los informes de los incidentes, los detalles que se habían pasado por alto y que le habían saltado a la vista, y recordó lo someros y superficiales que habían sido los exámenes preliminares de los escenarios de los asesinatos de Margaret Mosley, de Ann Rayner y de Barbara Lee. No ocurriría lo mismo con Catherine Sheridan. Siguió evocando imágenes: la de los libros de la biblioteca, la del almuerzo que no había llegado a comer, la que se había acostado con un desconocido en algún momento entre las diez y media de la mañana y las cuatro de la tarde.

Encontró los semáforos en verde a lo largo de todo el camino y poco antes de las once aparcaba en lo alto de Church Street. El *deli* estaba cerrado, pero había luces en la parte de atrás. Llamó a la puerta y Zalman salió a abrirle. Zalman Shamir, que apenas le llegaba al hombro, tenía la cara llena de arrugas y el cabello le clareaba; era todo lo que se esperaba de un anciano judío. Tras sus cuidados modales se ocultaba una gran profundidad de espíritu, y aunque dejaba que su mujer gestionara la tienda, Miller sabía que el *deli* no existiría sin la infatigable labor de Zalman.

—¡Tch, está enfadada contigo! —le dijo Zalman—. Te vas sin desayunar esta mañana. Anoche nosotros estábamos aquí, y cuando entraste no nos dijiste nada.

—Hola, Zalman —dijo Miller.

—¡Hola Zalman y un cuerno! —respondió él—. Tú ve ahí dentro y explícate. Ya está bien de tanto dolor de cabeza.

Miller atravesó las dos o tres mesas situadas en el lado derecho del *deli*, el puñado de sillas para los viejos amigos que acudían a jugar a ajedrez los lunes y los jueves. A la izquierda estaba la nevera, los estantes de cristal donde Harriet ponía los *latkes* de patata, las bolas de *matzoh*, el pescado *gefilte*...

Harriet y Zalman Shamir eran buena gente. Lo hacían todo despacito, tal como se hacía en 1956, cuando se quedaron con el café de la esquina de Church Street. Solían vivir en el piso de encima. A su hijo le fue bien, les compró una casa de tres plantas,

y ellos se habían mudado once años atrás. Miller había cogido el piso al hacerse policía, y desde entonces veía a los Shamir cada día. Harriet cocinaba, siempre de más; a veces le daba por pensar que Miller no comía lo suficiente y entraba en el piso para ponerle comida en la nevera. La mayoría de las noches, la mayoría de las mañanas, él se pasaba a charlar con ellos. Ella siempre hacía desayuno para tres, y había empezado a prepararlo para cuatro cuando Marie McArthur se quedaba. Y a veces, por la noche, cuando volvía y se encontraba el *deli* aún abierto, se sentaban juntos atrás, en la cocina, y ella le preguntaba por su vida, por las cosas que había leído en el periódico. Zalman no decía nada, se quedaba en segundo plano, cortando lonchas de pollo o *bagels*, haciendo zumo de naranja o algo así. Y Miller les hablaba, a aquella curiosa pareja de ancianos judíos, como si fueran sus padres adoptivos, un hogar donde evadirse por un momento de la oscuridad que reinaba en su vida fuera de aquellas paredes. Harriet le solía preguntar por sus casos, por los asesinatos, con una mirada que reflejaba fascinación, y Miller sonreía y le contaba todo lo que podía.

—Tú suavizas mucho esas cosas —le decía ella, cogiéndole la mano en señal de comprensión—. Zalman y yo éramos niños a finales de la Segunda Guerra Mundial. Vimos lo que las personas pueden hacerse unas a otras. Vimos a la gente que volvía de los campos de concentración.

Aun así, a Miller le parecía que no debía trasladar los detalles de su día a día a la vida privada de Harriet, y no lo hacía. Le sonreía, le cogía la mano, la abrazaba cuando se iba del *deli* y subía a su piso. Ella siempre le decía en el último momento que se buscara otra novia —«¡Y esta vez que sea una buena chica!»—, y Miller oía cómo Zalman Shamir le decía a su mujer que no se metiera, y cómo ella le contestaba: «Chist», que aquello era cosa de ella.

Aquella noche Miller oyó que Harriet le llamaba desde la trastienda.

—Hola, Harriet —respondió él, y esbozó una sonrisa.

—Te oigo —dijo ella—. Oigo cómo te ríes de mí. Yo no me río de ti.

Harriet apareció en el umbral, con el cabello recogido en un moño con una redecilla y las manos cubiertas de harina. Era bastante más baja que su marido y llevaba una bata sobre el delantal y un trapo de cocina sobre el hombro. Siempre tenía el mismo aspecto: vieja, pero como si nunca envejeciera.

—Fíjate —dijo en tono de desaprobación—. Hace dos días que preparo el desayuno, ¿y tú dónde estás?, ¿eh?

—Tuve que salir pronto. Lo siento.

—Lo siento, lo siento... Tienes aspecto de haber comido hamburguesas y bebido refrescos. Has comido hamburguesas y bebido refrescos, ¿sí o sí?

Miller se encogió de hombros.

—Entra en la cocina. Entra y come algo decente por una vez en tu vida.

—Harriet... No tengo hambre. —Miller se volvió y miró a Zalman—. Zalman... Dígaselo, ¿quiere?

Zalman levantó las manos en señal de rendición.

—Yo no digo nada. No puedo ayudarte en esto, Robert —dijo, encogiéndose de hombros. Se fue a la trastienda y se puso a hacer los preparativos para el día siguiente.

—Bueno, pues entra a tomar café y pastel de miel, ¿eh?

—Solo un trozo..., un trozo pequeño, ¿vale?

—Ay, qué tonto —respondió Harriet y, cogiéndolo del brazo, se lo llevó hacia la mesa de la cocina—. Así que estás en algún asunto gordo, ¿eh? —preguntó, mientras cortaba un trozo de pastel y le servía café.

—Un asunto gordo, sí —dijo él, asintiendo.

—¿Y qué asunto es tan gordo que no te permite saludar por la mañana?

Miller ya había pasado por aquello antes, y sonrió.

—No vamos a hablar de eso, Harriet. Ya se lo contaré cuando se resuelva.

—¿Y qué ha pasado con Marie? ¿No va a volver?

—Eso creo... Creo que se ha acabado.

Harriet meneó la cabeza.

—Qué tontería. Los jóvenes no aguantáis nada. Una discusión y todo se acaba, ¿no?

Miller no respondió. Miró a Zalman. Zalman negó con la cabeza. «Yo no quiero saber nada —quería decir aquel gesto—, y no te atrevas a meterme».

—Bueno, pues come —ordenó Harriet—. Come antes de que te desmayes de inanición.

Miller cogió el pastel de miel. Se quedó allí sentado un ratito, en su pequeño oasis, un ventanuco por el que podía colarse y desaparecer, dejándolo todo atrás.

El mundo y toda su oscuridad podían esperar hasta la mañana siguiente. El lunes 13 sería un día de datos sobre la autopsia, volverían a la casa de Catherine Sheridan, compararían y cruzarían todos los detalles que pudieran obtener de los casos anteriores. La perspectiva asustaba a Miller, pero al mismo tiempo le excitaba. Sintió que aquello daba sentido a su vida. Había pasado más de seis horas sin pensar en su ex novia, Marie McArthur, hasta que Harriet se la había recordado, y hasta que había visto las cajas en el pasillo junto al baño. Cajas con lo último que quedaba de ella, los restos de los meses que habían compartido. Aquello era una de las pocas cosas que le reconfortaba.

Se despidió de Harriet y Zalman poco antes de la media noche, y apenas pasada la una —después de ducharse y meter un montón de ropa en la lavadora— Robert Miller se echaba en la cama, oyendo el sonido de la ciudad a través de la ventana entreabierta, y cerraba los ojos.

No obstante, no se durmió enseguida. Estuvo allí tendido, pensando en una cosa. La misma que le susurraba en voz baja cuando no había nadie más.

Al final, cerca de las dos de la mañana, cayó rendido, pero en un sueño inquieto y quebradizo.

Hace mucho, mucho tiempo, antes de convertirme en John Robey..., estaba mi padre.

Big Joe. Big Joe, el carpintero.

Solía quedarse allí de pie, en silencio, a veces durante varios minutos. Y en momentos así yo sabía que lo peor que podía hacer era molestarle. Oía a mi madre hablándole, murmurando palabras que se volvieron cada vez más incoherentes con el paso del tiempo, y él escuchaba, con infinita paciencia, y luego se sentaba al borde de la cama con su aguja, su vial, su paciencia, su corazón roto, y le ayudaba a superar el dolor.

—Morfina —me decía—. Viene de las amapolas..., de las amapolas, de ese color rojo intenso. Rojo como la sangre. Campos que se extienden hasta donde alcanza la vista. Producen opio, y del opio hacen la morfina, y a ella le ayuda, ¿sabes? Le quita el dolor... durante un rato...

Los ojos llenos de lágrimas.

Aparta la mirada, y yo retrocedo y me quedo en el pasillo, junto a la puerta de su dormitorio.

Parece constantemente agotado. Es de aquellos hombres que se pueden agotar de tanto pensar. De los que, por pronto que salgan, por preparados que estén, siempre se les hace de noche antes de volver a casa. Creo que una vez se perdió. Se pasó el resto de la vida buscando el camino, y nunca lo encontró.

Aquella fue mi introducción a la morfina, al opio, a la heroína...

Heroína. Viene del griego «heros». Significa «héroe»..., «el guerrero»..., «mitad dios, mitad hombre»...

Significa muchas cosas, dependiendo del punto de vista.

¿Yo? Yo la he mirado desde ambos lados.

Conozco a mi padre, el carpintero, Big Joe. Sé por qué hizo lo que hizo, y lo mucho que nos costará a todos.

Recuerdo cuando estaba allí, de pie, en el pasillo. Con un sombrero puesto.

—Venga —dijo—. Nos vamos.

—¿Dónde? —pregunté yo.

Los niños siempre preguntan; yo no tendría más de seis años, quizás ocho o diez.

—Sorpresa —dijo él.

—Dame una pista.

—Primero a la carretera, y luego más allá —dijo con una sonrisa críptica—. Luego volvemos, solo para ver lo lejos que está...

—Jooo, papá...

Big Joe habría entendido lo que sucedió. Por qué sucedió. El motivo de todo.

Big Joe lo habría entendido, y luego me habría mirado a mí —el niño preguntón de seis años, o quizás ocho o diez— y habría dicho algo.

—Por mucho que se inventen... Te garantizo que yo he soportado algo mucho peor durante mucho más tiempo.

Algo así. Algo que demostraría que lo entendía.

El lunes por la mañana Miller llegó al Distrito Dos poco después de las ocho, y Roth quince minutos más tarde. A su llegada se encontraron una maraña de archivos, un montón de tazas de café usadas y latas de Coca-Cola vacías y el olor a humo de cigarrillos. Miller hizo sitio en una de las mesas y se llevó hasta allí un teléfono. Cogió la nota amarilla que había pegado a la pared y volvió a marcar el número. No tenía muchas esperanzas, pero lo intentó igualmente. No se dio ningún cruce cuando lo probó el día anterior. No era un número de teléfono. Miller lo marcó tres veces, y las tres obtuvo el mismo tono continuo que indicaba un número no válido.

Llamó a la centralita y les pidió que comprobaran el número con el sistema de la operadora. El resultado fue negativo: no solo no era un número en vigor o desconectado, sino que nunca había sido un número de teléfono.

Miller se quedó sentado frente a su mesa, mirando la nota de papel amarillo. «315 3477».

—Oye —dijo, dirigiéndose a Roth—. El número de teléfono no existe. ¿Qué otra cosa tiene siete cifras?

Sonó el teléfono y descolgó él mismo.

—Miller —contestó. Asintió, cogió un lápiz de la mesa e hizo sitio para poner una hoja de papel—. Sí, claro..., pásamela.

Miller escuchó un rato y echó hacia delante el cuerpo, con expresión de interés en el rostro.

—Claro —dijo—. Por supuesto que lo comprobaremos. —Hizo una pausa y siguió escuchando—. No, claro que no. Todas esas cosas se tratan con la máxima confidencialidad, pero lo comprobaremos. ¿Ha dejado su número en recepción? Muy bien..., dígame su nombre.

Se cortó la comunicación.

—¡Mierda! —exclamó, y colgó.

Volvió a levantar el auricular y preguntó en recepción si la última persona que había llamado había dejado un número. No lo había hecho.

—¿Qué tienes? —se interesó Roth.

—Una mujer..., algo de una niña de su escuela dominical, dice que ha reconocido a la tal Sheridan. Ha colgado cuando le he preguntado cómo se llamaba. Tampoco tenemos el número.

—¿Una niña? ¿Qué niña?

—Me ha dado su nombre, Chloe Joyce. Vive en un suburbio de viviendas subvencionadas. Dice que ayer vio una fotografía de Catherine Sheridan en el periódico y que hizo algún comentario al respecto.

Roth puso cara de decepción.

—Por Dios, Al, ya sabes cómo va esto. Tenemos algo, hacemos un informe, y si luego no seguimos la pista...

Roth levantó la mano y Miller se calló. Sonrió, resignado, y se acercó al ordenador. Lo encendió.

—¿Cuántas de esas llamadas crees que vamos a recibir? —preguntó Roth.

Miller sonrió.

—¿Unas cien mil, más o menos?

—¿Escrito como suena? ¿J-O-Y-C-E?

Miller asintió.

—Supongo.

—¿Alguna idea de qué barrio era?

—Ni idea. Prueba en el Mall.

Roth tecleó algo. Miller esperó con paciencia, dejando volar la mente de nuevo a la franja entre las diez y media y las cuatro y media del día 11, las seis horas de la vida de Catherine Sheridan de las que no sabían nada. La biblioteca, el *deli* y luego la vuelta a casa, contrastada por el anciano vecino que disfrutaba viendo a jovencitas en la tele. ¿Con quién había pasado aquellas últimas horas de vida?

Recordaba la conversación que había mantenido con el capitán Lassiter después de que Killarney se fuera, el día anterior. Los ojos de Lassiter eran como un accidente de tráfico, lo reflejaban todo: la muerte de su esposa, el suicidio de su hermana tres años antes, la frustración y la negación, aquella sensación que reconocía perfectamente, la convicción de que todo estaba jodido, o que si no lo estaba, lo estaría muy pronto. Unos ojos así lo habían visto todo, lo habían absorbido todo, y lo soportaban con profesionalidad.

Mientras Roth buscaba en el sistema, Miller llamó a la oficina del forense. Habló con Tom Alexander, el ayudante de Hemmings.

—Danos un par de horas más —le dijo—. Hasta el almuerzo. ¿Puede ser?

Miller le dijo que sí, y luego le preguntó si Marilyn Hemmings estaba allí.

—Sí que está —respondió Tom—. Metida en tripas hasta los codos, pero está.

Miller le dio las gracias y colgó.

—Tengo algo —anunció Roth—. Entre Landover Hills y Glenarden hay una mujer llamada Natasha Joyce, y tiene una hija que se llama Chloe.

—Nos vale —decidió Miller—. Vamos a hacerle una visita.

Condujo Roth. Miller se lo pidió. Quería pensar en lo que iba a decirle a la tal Natasha Joyce. Una llamada anónima, el nombre de la niña, era todo lo que tenía. Pero a falta de más, era algo.

Las calles estaban despejadas; fueron rápido y, antes de que Miller pudiera decidir qué iba a hacer, ya habían llegado.

Roth aparcó al borde del vial de acceso al complejo de viviendas. Sabía perfectamente que dejarlo en el interior suponía perderlo de vista para siempre.

Entraron juntos, y cuando estaban a punto de llegar, Miller se detuvo un momento. Se quedó un instante allí de pie, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo. Veía el vapor que emitía al respirar. Veía la mala vida que representaba aquel lugar. Veía los grafitos, la basura, los contenedores volcados, las botellas vacías aún en sus bolsas de papel marrón que resistían contra los elementos; veía la escalera que conducía a la frustración y a la desesperación, y a la sensación de vergüenza y humillación con que vivía mucha de aquella gente, y se preguntó por qué.

—Ahí arriba —indicó Roth, señalando con el dedo.

Miller le siguió entre aquellos edificios hechos con bloques de cemento donde vivía tanta gente que merecía algo mejor.

«Esta es la mierda que no queremos considerar parte de nuestra flamante capital», pensó.

—Dieciocho —dijo Roth—. Apartamento dieciocho, segunda planta.

Subieron rodeados de demasiadas sombras. Era temprano, pero había algo en aquel lugar que daba una sensación de anochecer a cualquier hora del día. Y luego estaba el olor a amoníaco, a meados y a mierda, a sangre, a basura y a periódicos mojados, a colchones viejos y a braseros quemados, a pretensiones y deseos de que todo pudiera cambiar. Pero no cambiaba.

«Vaya una mierda».

Roth llamó a la puerta y se apartó. Miller a la derecha, Roth a la izquierda. Roth tenía la mano sobre la pistola. Aún enfundada, pero con el cierre abierto, para poder sacarla en un momento.

«Desde luego, vaya una mierda».

Oyeron a alguien que se movía al otro lado. Cadenas, pestillos, candados..., para mantener dentro lo deseable, y todo lo demás fuera.

—¿Quién es? —preguntó una voz desde el interior.

—Policía, señora.

Silencio. Roth miró a Miller. Miller insistió:

—Abra la puerta, señora..., es la policía.

—Ya los he oído la primera vez —respondió Natasha Joyce, que giró la llave.

Se abrió la puerta. Miller entró primero, con Roth detrás, cerrando el seguro de la funda de la pistola. El recibidor era diáfano, estaba recién pintado; la alfombra del suelo, algo desgastada pero limpia. La casa olía bien, no como la escalera. Aquello era un pequeño oasis de algún tipo, un pequeño oasis luchando contra el desierto que se extendía al otro lado de las paredes.

Miller mostró su placa.

—Ya sé quiénes son —dijo Natasha Joyce.

—¿Es la señorita Natasha Joyce? —preguntó Miller—. ¿Tiene una hija llamada Chloe?

Natasha esbozó una sonrisa.

—La profesora, ¿verdad? ¿Los ha llamado?

Miller frunció el ceño.

—Por eso están aquí, ¿verdad? La mujer del periódico. La que mataron el sábado.

—Sí —dijo Miller, que echó una mirada por encima del hombro, en dirección a Roth—. ¿Nos esperaba?

Natasha movió la cabeza con gesto de resignación.

—La gente como nosotros siempre espera a gente como ustedes, ¿no es así?

Y entonces, mientras estaban en el limpio vestíbulo recién pintado del piso de Natasha Joyce, esperando a que los hiciera pasar a la cocina, se hizo el silencio y lo único que distinguió Miller fue el leve sonido de los dibujos animados en alguna tele cercana.

—Mi hija está en su habitación viendo la tele —explicó Natasha Joyce—. Hoy quería que se quedara conmigo, ¿saben? Un día sin colegio no le hará daño. Podemos hablar aquí.

Fue entonces cuando Natasha los hizo pasar a la estrecha cocina, les mostró unas sillas a ambos extremos de una mesa más estrecha aún y ella quedó de pie, de espaldas al fregadero, con las manos agarradas al borde cromado y los nudillos tensos, como si se esperara algo malo. Apartó la mirada y se aclaró la voz, y luego se volvió hacia Miller porque él había sido el primero en entrar, el primero en hablar. Y aunque era más joven que Roth, había algo en su rostro que decía que su vida había sido mucho peor. Natasha Joyce había elegido a Robert Miller como líder de la pandilla, había decidido que, si tenía que hablar, sería con él.

—Bueno, ¿qué quieren saber?

—Hemos recibido una llamada —dijo Miller.

Observó a Natasha Joyce de cerca. Había algo en ella que le decía que, independientemente de lo que le sucediera, la vida siempre le dejaría cierta sensación de decepción. Era una chica guapa, con el cabello trenzado por un lado y largo por el otro, prendido con un clip. Pero había algo en sus ojos. A Miller le recordó a otra chica, una a la que había intentado ayudar.

Natasha parecía distraída, incómoda. Por la camiseta se veía que había sudado mucho. En la encimera había unos guantes de goma, y en el aire flotaba un olor a desinfectante. Había estado ocupada con las tareas del hogar.

—De la profesora de la escuela dominical de Chloe, ¿no? ¿La señorita Antrobus?

Miller negó con la cabeza.

—No nos dio su nombre.

—Seguro que era ella. Me habló ayer, cuando fui a buscar a mi hija. Me imaginé que los llamaría. —Natasha Joyce esbozó una sonrisa y luego se rio—. Iba a

llamarlos yo misma. Joder, debería haberlos llamado yo. Esto va a parecer lo que no es.

—¿Y qué es, señorita Joyce? —preguntó Miller.

Natasha hizo como si no oyera la pregunta. Meneó la cabeza y siguió hablando:

—Es una zorra asustadiza, una pobre zorra asustadiza. Yo creo que le viene del hecho de ser una mezcla de razas, mitad y mitad, ¿saben? No es negra, no es blanca... Nadie la quiere. Debe de ser una faena.

—No nos dio su nombre —repitió Miller— y no presentó ninguna queja contra usted, contra su hija ni contra nada, señorita Joyce. Creo que la persona que llamó simplemente pensó que usted podría saber algo sobre Catherine Sheridan, la mujer que asesinaron el sábado...

—No se llamaba así —le interrumpió Natasha a modo de defensa, como si hubiera alguna manera de plantarles cara a aquellos capullos de polis blancos—. No se llamaba así, y no creo que fuera la misma mujer..., pero se presentó aquí un par de semanas después de la muerte de Darryl.

Miller frunció el ceño.

—Lo siento, creo que me he perdido. ¿Ha dicho que no se llamaba así?

—Sheridan. Catherine Sheridan. No me dio ese nombre cuando se presentó con aquel otro tío raro para hablar con Darryl.

—¿Darryl?

—El padre de Chloe. Darryl King. Era mi novio..., mi pareja, ¿saben? Era el padre de Chloe.

—¿Y está muerto?

—Sí, murió en 2001.

—Lo siento —dijo Miller, y luego volvió a lo suyo—. Y esa mujer, la que asesinaron..., ¿vino a ver a Darryl con otra persona?

—Bueno, no lo sé. No sé qué demonios pensar. Aquí vino una mujer a hablar con Darryl. Se parecía a la mujer del periódico. Vino con otro hombre, unas cuantas veces, por lo que yo sé. Conmigo solo hablaron una vez, aunque los vi dos o tres veces. Me dijeron que le buscaban, que si sabía dónde estaba. Joder, y para entonces él ya iba de bajada..., muy de bajada, ¿saben lo que quiero decir? Ya no sé cuánto se metía.

—¿Se metía?

—Heroína. Darryl era adicto, señor, un auténtico adicto como Dios manda... Así que pueden preguntarme por esa mujer, es posible que la viera un par de veces hace cinco años; eso, si es la misma mujer... pero si tenía algo que ver con Darryl King, y el motivo por el que Darryl King podía tener algo que ver con una mujer así, eso no lo sabe nadie. Y no sé cómo puedo ayudarlos. La única razón por la que les explico esto, y los habría llamado yo misma aunque esa zorra metomentodo no lo hubiera hecho antes, es porque se me ha ocurrido pensar que quizás esa gente tenga algo que ver con lo que le pasó a Darryl, ¿saben?

Miller miró a Roth. Su decepción era evidente. Aquella información era antigua, tenía cinco años nada menos, y de pronto lo que parecía ser algo se había quedado en nada.

—El hombre que iba con ella —preguntó Miller—, ¿cómo era?

Natasha señaló a Roth.

—Como él.

—¿Como yo? —dijo Roth, sintiéndose incómodo por un momento.

—Sí, como usted, ya sabe: camisa, corbata, traje, abrigo, pelo oscuro, algo más claro por los lados... pero estaba nervioso. Parecía nervioso. Joder, no lo sé, quizá no estuviera nervioso, quizás es que estaba atento, vigilando, ¿saben?

—¿Y qué aspecto tenía? ¿Se acuerda de su cara? ¿Tenía alguna característica particular?

Natasha se encogió de hombros.

—Quién sabe. Yo no lo recuerdo. Hace muchísimo tiempo. Tampoco prestaba una atención especial. Era la mujer la que hablaba. Él no dijo nada. Quizá lo reconocería si volviera a verle. No lo sé.

Hizo una pausa.

—¿Algo más?

—En realidad no —respondió ella—. El tipo me dio veinte dólares..., me dijo que le comprara algo bonito a Chloe. Le compré una muñeca. Esa muñeca le encanta, aún la tiene. Debe de ser el único motivo por el que se habrá acordado de esa gente.

—Y solo dijeron que querían hablar con Darryl. ¿Es eso?

Natasha asintió.

—¿No hay nada más que pueda contarnos de ese hombre? ¿Marcas distintivas? ¿Algo raro en su aspecto? ¿Tatuajes, cicatrices, marcas de nacimiento?

Natasha negó con la cabeza.

—No, no había nada más.

—Vale, de acuerdo. ¿Algo más que recuerde, señorita Joyce?

—No sé en qué se había metido Darryl. Joder, no lo sé... Podía ser que la señora viniera a buscar algo de coca para ella y para el tío raro que la acompañaba. La vi aquí dos o tres veces.

—¿Recuerda exactamente cuándo fue eso?

—Unas dos semanas antes de la muerte de Darryl.

—¿Y eso cuándo fue?

—El 7 de octubre de 2001.

Roth iba tomando notas en su cuaderno.

—¿Y no se le ocurre nada más que pudiera relacionar a Darryl King con esta mujer?

—Si se me ocurriera, se lo diría.

Miller guardó silencio un momento.

—¿Usted qué cree, señorita Joyce? —preguntó con un rastro de compasión y comprensión en su tono.

—¿Sobre qué? ¿Qué creo sobre qué?

—Sobre esa mujer. ¿Cree que es la misma mujer?

Natasha negó con la cabeza.

—Yo no lo sé... No puedo estar segura. Se parecen, joder, podrían haber sido hermanas. —Soltó una risa nerviosa, improvisada—. No lo sé..., la verdad es que no lo sé.

—Chloe parecía que estaba segura, ¿no?

—No la meta en esto. Por Dios, ¿qué quieren de nosotras? Una mujer vino a ver a mi novio muerto hace cinco años. No puedo decirles de qué se conocían ni lo que querían. Podría ser la misma...

—¿Era la misma mujer, señorita Joyce? —insistió Miller, que sacó del bolsillo la fotografía del pasaporte de Catherine Sheridan.

La fotografía era en color, había sido retocada y se veía muchísimo mejor que la del periódico, y cuando se la puso delante observó el cambio repentino en la expresión de Natasha, cómo se le abrían los ojos, cómo parecía coger aire en silencio, como sorprendida, como impresionada, quizás asustada.

—Creo que..., quizá..., quizá los ojos... Pero no estoy segura.

Miller sostuvo la fotografía. Los ojos de Natasha se llenaron de lágrimas.

—¿Señorita Joyce? —la interpeló Miller.

—S... sí —balbució ella—. Creo que es ella..., es la que vino...

Miller volvió a meterse la fotografía en el bolsillo de la chaqueta. Miró a Roth.

—No quiero verme implicada en esto —dijo Natasha—. Esta mujer no tiene nada que ver conmigo.

—Lo entiendo, señorita Joyce, pero vino aquí a ver a Darryl, y...

—Joder, tío, eso fue hace cinco años, ¿sabe? Darryl está muerto. Ahora esta mujer también lo está. Por Dios, tengo una niña. —Se interrumpió de pronto y miró a Miller fijamente—. ¿Usted tiene hijos?

Miller negó con la cabeza. Natasha se volvió hacia Roth.

—Usted tiene hijos... Tiene aspecto de tener hijos.

—Tres —dijo Roth.

Natasha se volvió hacia Miller.

—Él lo entiende. Pregúntele a él. Él sabe lo que es tener hijos. Yo no sé en qué lío se metería esa mujer, y desde luego no tengo ni idea de por qué vino por aquí en busca de Darryl, pero todo eso es la típica mierda que no quiero para mi hija. Dios sabe cuánto me ha costado mantenerla al margen de toda la mierda que se traía Darryl a casa. —Respiró hondo, intentando recuperar la compostura—. Sobrevivimos a eso, ¿saben? Sobrevivimos a todo eso. Dios, a veces pensé que no lo conseguiríamos, pero lo hicimos. Ahora eso forma parte del pasado, ¿me entienden? Les he dicho lo que

sé... No tengo nada más que contarles. Ustedes sigan buscando y encuentren a quien haya hecho esto, pero a nosotras no nos metan, ¿vale?

Se produjo un silencio en la cocina que duró un rato, y luego Miller se levantó de la silla y le entregó una tarjeta a Natasha Joyce.

—Si recuerda alguna cosa más...

Natasha cogió la tarjeta, la miró y le dio la vuelta. Se limpió los ojos con el dorso de la mano, se separó del fregadero y se dirigió hacia la puerta de la cocina.

Miller y Roth se pusieron en pie y la siguieron hasta la entrada. Miller hizo una pausa en el umbral de la puerta.

—Lo entiendo —dijo en voz baja—. No tengo hijos, pero lo entiendo.

Natasha asintió e intentó sonreír pese a tener los ojos llenos de lágrimas. Por un momento hubo un brillo de gratitud en su expresión, pero desapareció enseguida. Miller y Roth se dirigieron hacia la escalera. Natasha se quedó mirando cómo se iban, hasta que se esfumaron tras los escalones. Justo en el momento en que cerraba la puerta, Chloe apareció en la entrada de su dormitorio.

—¿Quién era, mami?

Natasha se limpió las lágrimas con las puntas de los dedos.

—Nadie, cariño. No era nadie.

Chloe se encogió de hombros, dio media vuelta y se fue.

Natasha Joyce se quedó allí de pie un momento, con una presión en el pecho y una sensación de frío, y se dio cuenta de que no sabía casi nada de lo que le había pasado en sus últimos tiempos a Darryl King, el padre de su hija.

De camino a comisaría se detuvieron a tomar café. Miller sabía que estaban haciendo tiempo hasta la hora del almuerzo. Quería ver a Marilyn Hemmings. Quería los resultados de la autopsia. Quería desarrollar la pista de que Natasha Joyce había visto a Catherine Sheridan cinco años antes.

Ya en su despacho, se quedó plantado junto a la ventana. Roth estaba en el pasillo; había ido a buscar un refresco. En la pared de la derecha había dos paneles de corcho —grandes, de unos dos metros por más de un metro— con fotografías de las cuatro víctimas, sus respectivas casas y apartamentos, un plano que abarcaba los diferentes escenarios, notas y recordatorios, y el papel amarillo de pedido con el número 315 3477.

Roth entró y le pasó una lata a Miller.

—Ese jodido número —dijo Miller—. No se me ocurre...

Roth se quedó de pie un momento, sorbiendo ruidosamente de la lata de Sprite. Ladeó un poco la cabeza.

—Siete números —observó—. ¿Las coordenadas de algo?

—¿Tú qué sabes de coordenadas?

Roth se encogió de hombros.

—Nada.

—Pues estamos igual.

—¿Y al revés? ¿7743513?

Miller frunció el ceño, pensativo.

—Si le pones un cero delante tienes un número de caso —dijo—. El prefijo 077..., todos los números son secuencias de tres-tres-dos números con el mismo prefijo, ¿no? Prueba a meterlo en el sistema.

Roth dejó la lata al borde de la mesa y encendió el ordenador. Esperaron, impacientes como un par de niños ante la llegada de la Navidad. Introdujeron el número. Esperaron un poco más. La CPU emitió un furioso zumbido.

Miller estaba junto a la ventana. El cielo era blanco y sin nubes. Por su mente iban pasando ideas fugaces: «¿Qué tipo de vida es esta, por Dios? Perseguir a gente que hace estas barbaridades a otra gente».

—Bingo —dijo Roth.

—¿Qué tienes?

—Nuestro amigo otra vez... Nuestro interesante amigo. Darryl Eric King, nacido el 14 de junio de 1974, detenido el jueves 9 de agosto de 2001 por posesión de cocaína. Número de caso 077-435-13.

—¡Estás de broma!

Roth negó con la cabeza.

—No puedo ir más en serio. Mira..., Darryl King... —Se echó hacia atrás para que Miller pudiera ver mejor la pantalla—. Número de caso 077-435-13. Darryl Eric King.

Miller guardó silencio un momento; se había quedado sin palabras.

—Esto no me lo puedo creer —dijo en voz baja—. Esto es demasiado. —Volvió a quedarse en silencio, moviendo la cabeza, escrutando la pantalla para intentar comprender el significado de lo que estaba viendo—. ¿Dónde fue? —preguntó por fin.

—Distrito Siete.

—¿Quién lo arrestó?

—Un tal sargento Michael McCullough... ¿Lo conoces?

Miller negó con la cabeza.

—¿Qué sucedió?

Roth fue pasando páginas.

—Liberado el mismo día, ocho horas más tarde. Sin cargos.

Miller frunció el ceño.

—¿Cómo puede ser que no presentaran cargos? Fue arrestado con... ¿cuánto?

—Tres gramos..., tres y medio, de hecho.

—Tuvo que ser un informador; o eso, o es que le pasó algo a ese tal McCullough. Quizás entregó al traficante, o algo así.

—Si hubiera sido un informador habría una señal en el archivo —dijo Roth, a quien todo aquello le parecía muy difícil de creer.

Frunció el ceño, se echó hacia delante y miró la letra pequeña que aparecía en la pantalla.

Miller sonrió, consciente de sus dificultades.

—Y tenemos el sistema de archivos más actualizado y mejor organizado del mundo, ¿verdad?

—Bueno, vamos a preguntarle a McCullough.

—Búscalo... ¿Aún está en el Siete?

Roth cerró el archivo de King y abrió otras ventanas; escribió el nombre de McCullough y esperó un momento. Se volvió y miró a Miller, que estaba de pie junto a la ventana, de espaldas a él.

—No aparece.

—¿No aparece? —Miller se volvió—. ¿Ha muerto?

—No, ya no está en el departamento. Lo dejó en marzo de 2003.

—¿Cuántos años de servicio?

—Veamos... 1987. ¿Dieciséis años?

Miller asintió.

—Y se ha quedado sin su pensión por veinte años de servicio. ¿Quién demonios abandona a cuatro años de conseguir la pensión de los veinte años? Si estás quemado,

puedes alegar alguna discapacidad y pasarte esos cuatro años detrás de una mesa, por Dios. Es un montón de dinero, como para tirarlo a la basura tras dieciséis años de trabajo.

—A menos que tuviera que abandonar —sugirió Roth.

Miller se encogió de hombros.

—Quién sabe. Ahora mismo eso no importa mucho. Lo importante es que lo encontremos. Tenemos que hablar con él. Es un vínculo directo entre el asesinato de Catherine Sheridan y un arresto anterior. —Miró hacia la ventana y negó con la cabeza—. Por Dios —dijo, más como expresión de sorpresa que de cualquier otra cosa—. Tenemos que encontrar a ese McCullough... Encarguémoselo a Metz, a alguien que no esté ocupado con algo más importante. —Miller cruzó la sala y se sentó a su mesa—. ¿Qué es lo que tenemos? Chloe Joyce dice que reconoce a la tal Sheridan. Descubrimos que Catherine Sheridan fue hasta aquel barrio desfavorecido para hablar con Darryl King hace cinco años. No podemos hablar con él porque está muerto. No obstante, fue detenido unos dos meses antes de morir por este tal sargento McCullough del Distrito Siete. Y el número de caso de King se corresponde con el número que el asesino de Sheridan dio a la pizzería...

—¿Podría ser que McCullough fuera quien acompañara a Sheridan a los suburbios?

—Yo no voy tan lejos —dijo Miller, meneando la cabeza—. Me pregunto por qué iría Catherine Sheridan a ver a Darryl King, y no una o dos veces, sino quizá tres. Y esas son solo las ocasiones en que él no estaba y se encontró con Natasha Joyce.

—¿Crees que Catherine Sheridan estaba enganchada?

—La forense lo sabrá —respondió Miller, cogiendo la chaqueta que tenía colgada en la silla.

Le costaba entender lo que había sucedido. Había salido del apartamento de Natasha Joyce cabreado y frustrado. Se había ido de allí con el nombre de un muerto, y el nombre del muerto había reaparecido en un caso de hacía cinco años. El número de la pizzería no era un simple número de teléfono, era un número de caso, era una pista, la mejor con la que contaban, y aquello le desconcertaba.

A apenas un kilómetro de allí, bajo el complejo del departamento forense del condado, la forense auxiliar Marilyn Hemmings estaba inclinada sobre el cuerpo de Catherine Sheridan, mostrándole a su ayudante, Tom Alexander, lo que había encontrado.

—¿Lo ves?

Marilyn Hemmings tenía poco más de treinta años; quizá fuera algo joven para el puesto, pero se había enfrentado ya a tantas críticas de quienes dudaban de su capacidad que se había creado una barrera de cinismo y dureza. Aun así era una mujer atractiva, pero la atracción que ejercía se debía sobre todo a la sensación de

independencia que transmitía. El forense titular de Washington estaba oficialmente de año sabático hasta enero, y Marilyn había ocupado su puesto sin vacilar. Hoy aquella seguridad se hacía evidente al mirar en el interior del pecho de Catherine Sheridan.

—Una pregunta —dijo Tom Alexander.

—Dime.

Alexander se encogió de hombros.

—Es simple curiosidad, supongo. ¿Cuánto tiempo habría durado?

—No hay modo de saberlo. Cada persona responde de un modo diferente. Depende de muchas cosas. ¿Ya has descubierto quién era su médico?

—Aún no.

—¿No está en la base de datos médicos del condado?

Alexander negó con la cabeza.

Hemmings frunció el ceño.

—¿Y qué es lo que tenemos aquí? El número de la seguridad social no da coincidencias. Su ficha dental, sus huellas, su ADN..., nada coincide con nada. Y ni siquiera está en la base de datos médica del condado.

—Bueno, no aparecerá en ninguna de nuestras redes a menos que haya sido arrestada alguna vez... Aunque incluso en ese caso se limitan a tomar huellas, y no te creerías la cantidad de ellas que se pierden.

—No me tires de la lengua —respondió Hemmings.

—Así pues, ¿qué hacemos?

—Acabar el procedimiento. Hacer lo de siempre. Luego llamar a quien sea que se ocupe de esto, decirle que baje y hacer el informe.

—Ya he hablado con ellos. Están bajando. Lo lleva Robert Miller —dijo Alexander, que hizo una pausa y miró a Hemmings, como si esperara respuesta.

Ella esbozó una sonrisa.

—¿Qué pasa?

—No, nada... Nada.

—Y una mierda, Tom. Intentas sacarme algo.

—No, yo no...

—No deberías creerte todo lo que lees en los periódicos —dijo Hemmings, pero le interrumpió el teléfono, situado sobre la mesa.

Alexander lo cogió, respondió, dio las gracias y volvió a colgar.

—Están aquí.

—Yo me encargo —respondió Hemmings—. Acaba el informe y ya puedes empezar a lavar las camillas.

Hemmings salió de la sala de autopsias y se dirigió a su despacho. Se quitó la bata de laboratorio y tomó el pasillo a la izquierda en dirección a la entrada principal. Cuando llegó se encontró con Miller y Roth, que ya la estaban esperando.

Sonrió al ver a Miller. Él también sonrió, evidentemente incómodo.

—Robert —le saludó ella afectuosa.

Miller le dio la mano.

—Marilyn —respondió, y luego señaló a Roth con un gesto de la cabeza—. ¿Conoces a mi compañero, Al Roth?

—El inspector Roth —dijo ella—. Sí, hemos coincidido unas cuantas veces.

—Encantado de verte —saludó Roth, que rompió la tensión añadiendo—: Bueno, estarás harta de toda esa mierda publicada en los periódicos, ¿no?

—Ni caso —dijo Hemmings, sonriendo.

—¿Ya has acabado la autopsia de Catherine Sheridan? —preguntó Miller.

—Justo ahora. Venid a mi despacho.

La siguieron por el pasillo. Miller se alegraba de tener a Roth al lado. No había ocurrido nada entre Miller y Hemmings, pero los periódicos habían hecho creer a la gente que sí. Era algo difícil de llevar; quizás habría sido más fácil si se conocieran un poco mejor. Ahora todo era tensión y miradas, y Miller se preguntaba si ella se sentía tan violenta como él, si aquella incomodidad procedía de que le habría gustado hablar de lo sucedido, o si prefería fingir que aquello no había ocurrido.

—Es un caso curioso —dijo Marilyn Hemmings, mientras se sentaba tras su mesa—. Bastante cercano a los tres anteriores, pero también diferente. —Les señaló una silla junto a la puerta y otra contra la pared. Roth y Miller se sentaron—. ¿Alguno de los dos ha estudiado patología forense, quizá? —preguntó.

Miller negó con la cabeza. Roth también. Hemmings asintió y siguió adelante.

—Bueno, encuentran un cuerpo en un sitio. Un cadáver, y solo hay cuatro clasificaciones de muerte, por lo que respecta a nosotros. Son: accidental, suicidio, asesinato o causas naturales. Un hombre que limpia su pistola y se dispara en el pecho. Se secciona la aorta y el pecho se le llena tanto de sangre que le oprime el corazón y le causa la muerte. El mismo hombre podría tomar la misma pistola, apuntarse al pecho y apretar el gatillo. El aspecto físico y los daños, y la causa de la muerte serían los mismos, pero la muerte en ese caso sería intencionada. Quería matarse y lo ha hecho. Pongamos que su mujer, harta de que le ponga los cuernos, le dispara en el pecho a bocajarro y lo mata. Misma causa, mismo aspecto, diferente motivo. Por último tenemos el tipo que fuma demasiado, que bebe demasiada cerveza y que sufre un pinchazo en la carretera. Está estresado, enfadado, intenta cambiar la rueda él mismo y una debilidad congénita de la aorta hace que sufra una rotura vascular, que se le inunde el pecho de sangre y muera. Lo que hacemos en todos los casos es lo mismo. Determinamos la identidad del sujeto siempre que sea posible, determinamos la causa de la muerte, la manera, el mecanismo o el modo, y por último hacemos todo lo que podemos por determinar el momento de la muerte. Todo eso es posible cuando tienes un cuerpo entero en el que poder realizar la autopsia.

Hemmings miró primero a Roth y luego a Miller.

—A las tres primeras las autopsiamos aquí. Examinamos las cintas, las etiquetas, las fibras, el cabello, todo. No había nada significativo..., nada en absoluto.

Miller asintió.

—Has dicho que Sheridan se acercaba bastante a las otras tres, pero que era diferente, ¿no?

—Sí, así es. —Hemmings sonrió.

—¿Cómo? ¿Diferente en qué? —preguntó Roth.

—Por eso os he hablado de los cuatro tipos diferentes de muerte... Yo no dudo de que fue asesinada; sino más bien de cómo fue asesinada. El modo y el mecanismo. Son diferentes de los de las tres víctimas anteriores.

—¿En qué aspecto? —insistió Roth.

—Las tres primeras fueron golpeadas y luego estranguladas, y les ataron la cinta al cuello post mórtem. Esta, Catherine Sheridan..., fue estrangulada primero.

—¿Primero? ¿Cómo que primero? —preguntó Miller.

—Las magulladuras producidas en una persona viva tienen unas características muy específicas. Son bastante diferentes de las que salen cuando la persona está muerta.

—¿Y qué es lo que tenemos aquí?

Marilyn Hemmings esbozó una sonrisa.

—Aquí tenemos una cosa que ni yo entiendo del todo, a menos que lo planteemos desde una perspectiva completamente diferente. Las magulladuras subcutáneas, hay muchas, y la decoloración de esas mismas magulladuras indican que las lesiones se produjeron post mórtem.

—No lo entiendo —dijo Miller—. Estás diciendo que en los tres casos anteriores las palizas se las dieron antes de estrangularlas, y que en este caso los golpes se los dieron después.

—Sí, parece que ese es el caso.

—Y la estrangulación... ¿Murió a causa de la estrangulación?

—Sí, la estrangulación fue sin duda la causa de la muerte. En el segundo caso fue difícil de determinar. Ann Rayner, la secretaria del bufete de abogados. La paliza que le dieron fue tan brutal que pudo haber muerto momentos antes de ser estrangulada. Tenía hemorragias en el cerebro, en las cuencas oculares, en la base del cuello. Fue una agresión muy, muy salvaje, y aunque había claras señales de asfixia, creo que habría muerto igualmente.

—¿Y aquí qué es lo que ves?

—Una muerte muy similar pero una secuencia de ataque diferente. Una mujer estrangulada, y luego apaleada violentamente, pero a diferencia de las otras no presenta marcas en la cara.

—¿Y qué te dice tu intuición? ¿Qué sensación te da?

—¿Que qué es lo que pienso yo? No creo que pueda responder a esa pregunta, Robert.

Miller la miró de pronto al oír su nombre. El modo en que lo había dicho. No podía negar que de alguna manera estaba en deuda con ella. Su testimonio le había exonerado de algo que habría podido suponer el fin de su carrera. Le había salvado de

algo gordo. ¿Era simple gratitud lo que sentía, o estaba experimentando alguna otra emoción inesperada?

—No tienes que ponerlo en el informe —dijo él—. Luego puedes negar incluso que lo has dicho, pero me interesa lo que piensas que puede haber ocurrido.

Hemmings echó una mirada a Roth. Roth asintió como para darle confianza.

—Yo creo que alguien... Creo que alguien quería que tuviera el aspecto de las tres anteriores. Quería que se pareciera mucho a las tres anteriores.

—Pero ¿no fue la misma persona?

Hemmings vaciló.

—¿Mi opinión, solo eso?

—Solo eso.

—Fue otra persona, inspector... Creo que fue un imitador.

Miller miró a Roth; ninguno de los dos abrió la boca.

—Hay tres cosas más —prosiguió ella—. Lo primero y más importante es el que no hayamos podido identificarla formalmente... —Miller quiso interrumpirla, pero Hemmings no le dejó—. ¿Su pasaporte? Sí, lo tenemos. Incluso tenemos su carné de conducir, pero no hay ningún vehículo registrado a su nombre.

—Eso no es tan raro —alegó Roth—. Hay mucha gente que tiene permiso de conducir pero no tiene coche.

—Lo sé, pero eso no es todo —dijo Hemmings—. Su número de la seguridad social no concuerda con su nombre. Me da el nombre de una mujer hispana, creo. Lo he escrito por aquí.

Miller negó con la cabeza.

—Perdona, no entiendo...

—Lo que he dicho —respondió Hemmings—: Que tengo su número de la seguridad social, al menos lo que se supone que es su número, y cuando lo introduzco en el sistema, me sale alguien completamente diferente.

—Eso es como en los otros casos —apuntó Miller.

Hemmings levantó la vista.

—Las otras mujeres también presentaban problemas de identificación —explicó Miller.

—Lo primero que intentamos hacer es identificar la víctima —prosiguió Hemmings—, y en este caso no hemos sacado nada en claro. Ni con el ADN, ni con las huellas, ni con la ficha dental, y su número de la seguridad social corresponde a un nombre completamente diferente... —Negó con la cabeza—. Además, pensaba que la encontraría en la base de datos médicos del condado.

Miller frunció el ceño.

—¿Estaba enferma?

—Más que enferma... Se estaba muriendo de cáncer.

La expresión en el rostro de Miller lo decía todo. En ella se veía su desorientación, como si fuera demasiada información y no pudiera procesarla.

—¿Hasta qué punto era grave? —preguntó.

—Tenía cáncer de pecho..., bueno, de pulmones, más exactamente. De pulmón derecho. Bastante avanzado, pero lo más importante es que no estaba registrada en la base de datos médicos del condado, y eso significa que no estaba siendo tratada por un médico colegiado.

—¿Bastante avanzado? —reaccionó Roth—. ¿Qué significa eso?

—Es difícil de decir —respondió Hemmings—. El cáncer es una cosa rara. Las células se reproducen solas de forma aleatoria, «células anormales», como las llamamos, y cuando hay suficientes y van suficientemente rápido, se desarrolla el tumor. El cuerpo está preparado para luchar contra algunos de ellos, y ciertos tumores crecen, pero no dejan de ser benignos. En el caso de Catherine Sheridan era maligno, mucho, y no creo que hubiera vivido demasiado tiempo más.

—¿Tomaba alguna medicación o se sometía a algún tratamiento?

—No había rastros de nada en su organismo. Ni analgésicos, nada. Y, tal como he dicho, no he encontrado datos suyos registrados en ningún sitio. Existen algunas clínicas alternativas, bastantes, de hecho, pero las legales necesitan una licencia, tienen que registrar los datos de los pacientes e informar de quién recibe tratamiento.

—Pero ¿hay lugares donde la gente puede recibir asistencia médica sin que se registren sus datos? —preguntó Roth.

—Desde luego —respondió Hemmings—. Abortistas de mala muerte, veterinarios que hacen operaciones menores, cirujanos cosméticos ilegales...

—¿Y gente que trate el cáncer?

Hemmings se encogió de hombros.

—Quién sabe. He oído hablar de homeópatas que usan la vitamina K para tratar el cáncer, pero normalmente la FDA los acaba pillando y huyen a México.

—¿Por qué?

—¿Por qué México, o por qué se les echa encima la FDA?

—¿Por qué los persiguen?

—¿Porque se supone que la vitamina K funciona mucho mejor que muchos tratamientos..., porque es barata, porque en realidad no hace falta una gran experiencia médica para administrarla, quizá? Solo es una suposición, pero por lo que yo sé, la FDA suele cabrearse bastante cuando alguien hace algo que tiene pinta de provocar que la gente mejore.

Miller sonrió, socarrón. Marilyn Hemmings podía ser muy cínica para ser tan joven.

—¿Y hay algún modo de demostrar que las tres primeras fueron asesinadas por alguien diferente del asesino de Catherine Sheridan? —preguntó Roth.

—Cualquier cosa que os sugiera podría rebatirse en un juicio —dijo Hemmings—. Tal como funciona la oficina del fiscal del distrito hoy en día, prácticamente hay que atrapar al tipo, conseguir una confesión firmada y una grabación en vídeo con las

manos en la masa para conseguir siquiera una orden para buscar en su cubo de la basura.

—Desde luego eres un filón de comentarios cínicos —observó Miller sorprendido otra vez por el tono usado por Hemmings.

—¿Cínica, yo? Más bien soy realista. Yo veo lo que estos cabrones hacen a la gente día tras día, inspector. Vosotros también, estoy segura, pero yo lo veo de cerca, personalmente. ¿A cuántos asesinatos habéis asistido este año?

—Bueno, no lo sé... Diez, quizá veinte.

—¿Cubríis un distrito, verdad?

—Eso es.

—¿Y hay otros inspectores que se ocupen de homicidios?

—Sí, seremos entre seis y diez.

—Bueno, pues ahora que no está el forense titular, estamos Tom Alexander y yo, y otra pareja en otro turno. Entre nosotros cubrimos once distritos policiales, quince si cuentas los que no pueden atender en Annapolis y Arlington. Tengo unas instalaciones en las que caben cuatrocientos cuerpos a la vez, y un congelador en el que pueden meterse otros ciento cincuenta si hace falta. Revisamos más de seiscientos al mes, y el sesenta y ocho por ciento son asesinatos, homicidios, ajustes de cuentas, ahogados y suicidas. De esos, unos doscientos setenta y cinco son homicidios dolosos, y algunas de las cosas... Bueno, no creo que haga falta que os explique lo que la gente es capaz de hacerse, ¿verdad, inspector?

—Ya te pillo —dijo Miller—. Has mencionado que había tres cosas... La Científica dijo que había la posibilidad de que hubiera practicado sexo con alguien el día de su muerte.

—Esa era la tercera, sí.

—¿Nos puedes decir algo de la persona con quien tuvo relaciones?

—No, salvo que practicaron sexo seguro. Él se puso un preservativo. Había rastro de un agente espermicida llamado Nonoxinol-9, es muy común; lo utilizan decenas de marcas. En eso no puedo ayudaros.

—¿No había pelo púbico ajeno en la vagina?

—No, ni tenía nada bajo las uñas, ni en el pelo, ni había nada en las marcas del cuello que me permita decir algo sobre el hombre. Diestro, creo, eso es todo. Las marcas en el lado izquierdo son algo más profundas. Los pulgares presionaron en el centro del cuello. Sabía exactamente dónde apretar, pero eso también pudo ser buena suerte. Se situó detrás de ella, y luego dio la vuelta y se le puso delante. Lo tenía delante cuando murió. Eso es todo lo que os puedo decir.

—Esto lo resolveremos con la identificación —dijo Miller, pero en su tono había algo que hacía pensar que lo decía para tranquilizarse a sí mismo.

—Te diré una cosa, Robert... Cuando no puedes identificar a alguien en ningún sistema, algo muy raro pasa.

—Dame el nombre que has obtenido al introducir su número de la seguridad social —dijo Roth.

Hemmings cogió una nota de papel de su mesa y se la entregó.

—«Isabella Cordillera» —leyó Roth—. ¿Es todo lo que tienes?

—Es todo lo que había. Cuando lo introduces, ese es el nombre que te da el sistema.

—A veces el sistema también falla —propuso Miller—. Habrá una explicación. Descubriremos qué ha pasado.

—Mantenedme informada, ¿de acuerdo? Este caso me interesa.

—Te contaré todo lo que pueda —respondió Miller—. Y te agradezco mucho tu ayuda.

Marilyn Hemmings se encogió de hombros.

—Me has pedido mi opinión, eso es todo. Y había una secuencia diferente, o un modo diferente de hacer las cosas. ¿Puedo presentarme ante un tribunal, poner la mano sobre la Biblia y jurar que el tipo que mató a las tres primeras no es el que mató a Catherine Sheridan? No, no puedo. ¿Puedo responder a tu pregunta sobre lo que me dice la intuición? Sí, eso sí puedo hacerlo, y mi intuición me dice que fue otra persona.

—Y que esa persona tendría que tener acceso a registros confidenciales de casos anteriores para haber ejecutado el asesinato y haber colocado el cuerpo de un modo tan parecido —añadió Roth.

—Desde luego. Por lo que yo sé, los periódicos no han detallado la posición en la que se encontraron los cuerpos, ni han dicho nada sobre la lavanda —respondió Hemmings.

—Exacto —confirmó Miller.

—Lo que significa que nos enfrentamos a alguien de dentro del departamento de policía, de la Científica, quizá, del equipo médico que asistió a los escenarios..., o a alguien de dentro de la oficina del forense del condado.

—O a alguien que tiene acceso a nuestros sistemas —añadió Roth.

Hubo un momento de silencio mientras los tres iban tomando conciencia de las implicaciones de todo aquello, y luego Hemmings se levantó de su silla y les tendió la mano. Miller se la estrechó, Roth también, y luego ella les mostró el pasillo de salida.

Al llegar al final del pasillo Miller miró hacia atrás y vio a Marilyn Hemmings observándolo a través del ojo de buey de la puerta. Hemmings hizo un gesto con la cabeza, esbozó una sonrisa forzada y luego desapareció.

¿Quieres saber lo que es el mundo real? Yo te hablaré del mundo real. Es el mundo en el que aprendí a odiar como un profesional. Un mundo en el que olvidé cómo se habla a la gente de verdad, y cuando digo «gente de verdad» me refiero a gente como tú: buena, amable, interesada en ayudarte simplemente porque eres un ser humano. No hay mejor motivo que ese. Tú no eras más que otro ser humano, y con eso bastaba.

Un mundo en el que olvidé cómo ser amable y compasivo. Olvidé cómo llamar por teléfono. Olvidé cómo pedir comida en un restaurante. Olvidé cómo decir lo que quería decir, cómo cuestionar mis creencias; olvidé cómo dar mi palabra, cumplir mis promesas y, más tarde, olvidé mi propio nombre. Dejé de ser el niño que iba al colegio, que se sentaba a escuchar mientras su padre le hablaba de maderas, de veteados y de densidades, y del ciclo de la naturaleza, que hacía que todo aquello, aparentemente imposible, fuera posible. Olvidé cómo mirar a la gente y ver más que lo que me habían dicho que tenía que ver.

Catherine y yo hablábamos de aquellas cosas. Ya habíamos hablado de todo. Y entonces hablamos de cómo moriría, y de cuándo, y de lo que yo haría después, y entonces le conté una historia sobre mi padre, Big Joe, el carpintero, y al final se rio, y lloró, nos cogimos de la mano un buen rato y no dijimos gran cosa.

No era la primera vez que hablábamos, pero creíamos que sería la última.

—Esto es el mundo real, ¿no, John? —recuerdo que dijo. Y entonces sonrió—. ¿Sabes una cosa? No se tarda tanto en llegar a ese otro sitio. —Suspiró, extendió la mano y me tocó la mía—. Pero ¿volver? Caray —susurró—. No sé si tengo tiempo suficiente para ese viaje.

Washington estaba sumida en una campaña electoral que llevaba meses echando chispas. Agresivos anuncios republicanos, difamaciones, calumnias y cosas peores. Y los demócratas, que contraatacaban con todo lo que tenían. Millones de dólares gastados para asegurarse que Bush mantenía su poder en el Congreso. Nadie quería saber nada de asesinos en serie y brutales homicidios. Nadie quería apartar la vista de la lucha que estaba teniendo lugar allí mismo, en su propio campo de batalla. Miller y Roth eran insignificantes, comparados con aquello, pero para Miller no había nada comparable con la sensación de urgencia que sintió al enfrentarse al informe de la autopsia de Catherine Sheridan. Fue como despertarse con un bombazo.

Eran más de las cuatro. Roth y Miller estaban sentados en mesas contiguas, en su despacho. A medida que Miller iba acabando cada página del informe de la autopsia, se lo pasaba a Roth. Con cada nuevo detalle volvían a ver los diferentes aspectos del escenario del crimen: la posición en la que la habían dejado, sobre la cama, la cinta alrededor del cuello, el lazo perfectamente hecho, la etiqueta en blanco, el penetrante olor a lavanda y, por debajo, el olor a muerto. Básicamente era el mismo modus operandi que en los tres casos anteriores. La cinta y la etiqueta no eran de marca. No había huellas dactilares ni células epiteliales en ningún caso. Ni pelos, ni fibras. Se confirmaba que la víctima había mantenido relaciones sexuales en algún momento del mismo sábado. No había señales de violación. Ninguna magulladura ni lesión interna. La presencia de Nonoxinol-9 se correspondía con el uso de un preservativo. No había secreciones internas que determinaran el ADN de su pareja sexual. La presencia de residuos de jabón en el pubis y entre los dedos de los pies de la víctima sugería que se había dado una ducha o un baño tras el coito.

—¿Estás bien? —preguntó Roth.

—Estoy bien —respondió Miller.

—Así que parece que iba a morir de todos modos.

—Todo el mundo va a morir de todos modos —dijo Miller—. Eso no cambia el hecho de que alguien la mató, y no tenemos nada nuevo, salvo que mantuvo relaciones sexuales con no sabemos quién... y que en realidad esta mujer no existe, claro.

Roth no respondió.

—Necesito ver la casa —dijo Miller—. Necesito verla bien. Los de la Científica y los forenses miran el entorno, no se fijan en las peculiaridades del lugar.

—¿De verdad crees que habrá algo que pueda orientarnos hacia ese tipo? ¿El que se acostó con ella, o el que la mató?

—De cualquiera, de ambos... Podría ser la misma persona. Espero por Dios que haya algo que nos hable de ese tipo.

—¿Y si no lo hay?

—Entonces, no estamos ni mejor ni peor de lo que estamos ahora. No tenemos nada que perder —dijo Miller, pasándole el informe de la autopsia a Roth mientras se ponía en pie, casi como si la presencia de aquellas páginas le molestara.

El coche de Greg Reid seguía aparcado frente a la casa. Eran casi las seis. Ya había oscurecido, empezaba a hacer frío, y una vez allí, en la entrada para coches de la casa —con la casa del anciano vecino a la vista y el precinto policial aún pegado al marco de la puerta principal de Catherine Sheridan—, Miller se sintió inquieto y violento. Las luces, el ruido y el jaleo de la noche del sábado habían desaparecido, pero la sensación era la misma.

«Aquí hay algo más —pensó—. Ya he estado aquí antes. En un lugar como este. En un lugar donde una cosa luego resulta que es otra. ¿Con quién había estado Catherine Sheridan?», se preguntó Miller de nuevo. Entre la biblioteca, el *deli* y su casa, ¿dónde había estado antes de que el viejo apartara la vista de las azafatas del concurso y la viera entrar en casa por última vez?

«¿Dónde fuiste, Catherine Sheridan... Dónde fuiste, por Dios?».

—¿Robert?

Miller se sobresaltó.

—¿Entras? —le preguntó Roth.

Estaba de pie, junto a la puerta. Había despegado el precinto policial de una de las jambas y lo sostenía en la mano.

—Sí, claro —dijo Miller, que siguió a Roth al interior.

Natasha Joyce marcó el número que había encontrado y esperó pacientemente. La pusieron a la espera, le pidieron que seleccionara un departamento, y volvió a esperar.

Por fin dio con alguien que parecía lo suficientemente interesado como para escucharla, y cuando hubo explicado con detalle su petición, le dijo:

—¿Cuál es su relación con el difunto, señora?

—¿Relación? Era mi novio.

—Entonces, no hay relación legal —respondió el hombre sin inmutarse.

—Era el padre de mi hija. Eso contará para algo, ¿no?

Natasha se daba cuenta de que el hombre intentaba ser amable, que intentaba mostrarse comprensivo con la pobre zorra negra que tenía al teléfono.

—Lo cierto, señora, es que no. Sé que parece injusto, y lo siento, pero no es suficiente para acceder a los registros legales, para que la policía o quien sea abra los archivos de un caso...

—Solo quiero saber dónde lo encontraron. Era el padre de mi hija, por Dios. Murió en algún sitio y ni siquiera sé dónde.

—Deme el nombre completo, señora.

—King... Darryl Eric King.

—¿Fecha de nacimiento?

—14 de junio de 1974.

—¿Y fecha de su muerte?

—7 de octubre de 2001.

—Oh..., ¿2001, ha dicho?

—Sí, 7 de octubre de 2001.

—Pues, lo siento, señora, pero en ese caso sí que no puedo ayudarla.

—¿Qué?

—Nuestra base de datos se archiva cada cinco años. Cualquier información que pudiéramos tener aquí, en el Registro Civil, se archivó el mes pasado y se borró del sistema.

Natasha Joyce guardó silencio por un momento.

—No puede estar hablando en serio —dijo en un tono de voz llano y monótono que denotaba su incredulidad.

—Sí, lo siento, señora. Así es, sin duda.

—¿Y si quisiera saber qué departamento de policía se ocupó del caso?

El hombre dudó por un momento.

—No lo sé, señora..., me parece que es buscar una aguja en un pajar. Probablemente tendría que llamar a la comisaría de cada distrito..., o quizá podría llamar a la Administración Central de Policía, en el ayuntamiento. Quizás ellos puedan ayudarle.

—¿Tiene el número?

—No, lo siento. Tendrá que llamar a información.

—De acuerdo..., la Administración Central de Policía.

—Sí, señora.

—Gracias.

—No hay de qué. Que tenga un buen día.

La llamada se cortó. Natasha Joyce se quedó allí de pie un momento, con el suave zumbido del auricular en el oído.

—¿Mamá?

Se volvió al momento. Chloe estaba en el pasillo, con los ojos legañosos y el cabello enmarañado, la mano en el pomo de la puerta y la cabeza ladeada.

—Mami..., tengo hambre.

Natasha sonrió.

—Muy bien, cariño... Voy a hacer la cena. Estará lista enseguida, ¿vale?

Chloe sonrió.

—Vale.

Natasha dejó el auricular en su soporte. Se quedó allí un momento, con una sensación incómoda en el vientre, como de frío.

La misma sensación que sentía Robert Miller al contemplar la cocina de la casa de Columbia Street.

En algún lugar del piso de arriba oyó que Al Roth hablaba con Greg Reid.

Miller tuvo una extraña sensación de familiaridad. Solo había estado entre aquellas paredes una vez, y no durante más de una hora, pero sentía como si el lugar hubiera conseguido penetrar en su interior.

Miró los armarios de la cocina de Catherine Sheridan, el horno, la nevera. Se sacó del bolsillo un fino guante de látex, se lo puso en la mano derecha y abrió la puerta de la nevera. Encontró embutido, un cuenco de chile con carne cubierto con film de cocina, una botella de leche de plástico en el compartimento de la puerta que había caducado dos días antes. Media botella de chardonnay, con el corcho bien ajustado. Todo ello, suficiente para una persona. Se volvió, intentó verlo todo y no ver nada, trató de identificar cualquier cosa que pareciera fuera de lugar. Se detuvo junto a la puerta trasera y observó el patio a través de la ventana. La quiso abrir, pero estaba cerrada con llave.

Recordó el aspecto que tenía Catherine Sheridan. Era una mujer atractiva. Y por lo que había visto, vestía bien. Miller se la imaginaba como una mujer segura de sí misma. Hasta que alguien le hizo aquello —aquella violación, aquel nauseabundo acto de degradación— y la dejó allí, a la vista del mundo, sobre la cama, a cuatro patas, como si quisiera que le mirara mientras se iba. Y luego estaba la cinta. Una fina cinta blanca atada con delicadeza, con un lacito en el cogote. La etiqueta sin nombre. Y el olor a lavanda, penetrante y empalagoso.

Miller intentó borrar aquella imagen de la mente. Estaba seguro de que la recordaría el resto de su vida. Oyó que Roth y Reid bajaban la escalera y que iban en su busca por el pasillo.

—Señor Reid —saludó Miller.

—Inspector —respondió Reid.

—Espero que haya pasado por su casa desde la última vez que le vi.

Reid sonrió; no dijo nada.

—¿Tiene algo para nosotros?

Reid le tendió una bolsita de plástico en cuyo interior había un recorte de periódico. Miller la cogió y la puso a la luz.

—Parece del *Post* —dijo Reid, mientras Miller lo inspeccionaba.

—¿Dónde estaba?

—Bajo el colchón, en el dormitorio de atrás.

—¿Crees que estaba allí por casualidad, o tenía pinta de que lo hubieran puesto adrede?

—Es como si lo hubieran puesto allí a propósito. Estaba liso, como si lo hubieran colocado sobre la base de madera y luego hubieran dispuesto el colchón encima.

Miller observó el pequeño recorte de cerca.

—«Los resultados no oficiales indican que tiene una clara ventaja sobre sus cuatro rivales —leyó—. Sus seguidores se echaron a la calle ayer cantando el himno de su campaña, *Give Peace a Chance*, de John Lennon. Una victoria le daría al presidente venezolano, Hugo Chávez, un fuerte aliado en la región, pero el gobierno de EE. UU. ya ha expresado sus serias dudas sobre la transparencia del proceso de...». —Miller levantó la vista—. ¿De qué?

Reid se encogió de hombros.

—¿Alguna idea?

Miller negó con la cabeza.

—Ni idea. Algo sobre algunas elecciones en Sudamérica.

—Creo que es del *Post*..., parece su tipo de letra —dijo Reid de nuevo—. Y tengo algo más para vosotros.

Retrocedió, se fue hacia la puerta principal y se agachó para recoger algo de un maletín. Cuando volvió, trajo otra bolsita, y en su interior un sobre marrón.

—¿Tienes guantes? —le preguntó a Miller.

Miller sacó un segundo guante del bolsillo interior de su chaqueta y se lo puso.

Reid abrió la bolsita, sacó el sobre y de su interior varias fotografías de un tamaño que no superaba los 15 × 11 centímetros. Había tres, dos en color y una en blanco y negro.

Era Catherine Sheridan, quince, o quizá veinte años atrás, y en todas ellas aparecía junto al mismo hombre. Él era al menos quince centímetros más alto que ella. Miller las cogió por el borde y las puso con cuidado sobre la encimera de la cocina.

—¿Dónde estaban? —inquirió.

—Bajo la alfombra del dormitorio. Justo debajo de la cama donde la encontramos.

Roth miró atentamente las fotos, una tras otra.

—¿Cuánto medía ella? —preguntó.

—¿Uno sesenta? —dijo Miller—. Quizás uno sesenta y tres. No era muy alta.

—Así que el tipo de la foto debe de medir metro setenta y siete o setenta y ocho.

—Altura media, complexión media, cabello castaño o moreno, ningún rasgo distintivo... —enumeró Miller con una sonrisa sarcástica—. ¿Por qué esta gente siempre tiene que tener el mismo aspecto que otros diez millones de personas?

—Eh, da gracias a que no trabajas en Tokio —dijo Roth.

—En esta hay algo escrito detrás —apuntó Reid, que le entregó una de las fotos en blanco y negro a Roth.

Roth la miró de cerca.

—NAVIDAD 1982 —leyó—. Eso puede ser de ayuda. —Volvió a observar la imagen—. ¿Qué narices es esto...? Parece un bosque, o algo. ¿La selva, quizá?

—Sea lo que sea, se me ocurre que quizás este es el tipo que fue a ver a Darryl King con nuestra dama misteriosa.

—Como si pudiera ser tan sencillo.

—Bueno, quizá lo sea, Al, pero lo que está claro es que eso no explica nada. ¿Quién cojones es este tipo? No tenemos nada. Ni un nombre, ni nada que le distinga de ninguna otra persona...

—Vamos a ver a Natasha Joyce —propuso Roth—. Veamos si reconoce al tipo.

—No puedes quedártelas —dijo Reid—. Tengo que llevarlas al laboratorio, buscar huellas, todo eso.

—¿Cuándo? —preguntó Miller.

—Aún no he acabado aquí —dijo Reid—. Venid a verme mañana por la mañana. Os puedo hacer copias. Llamadme para ver si están listas, ¿de acuerdo? Lo siento, pero no puedo hacer más.

—¿Y el recorte? —inquirió Roth.

—Eso sí que os lo podéis llevar. Tengo fotos. Pero traédmelo por la mañana.

Miller le dio las gracias. Roth se dirigió hacia la puerta de entrada.

—Una cosa más —dijo Reid.

Miller se volvió.

—Si mantuvo relaciones sexuales...

—Así fue —respondió Miller—. La forense lo ha confirmado.

—Bueno, entonces mantuvo relaciones sexuales, pero ahora mismo no hay rastro de semen en la cama. —Reid sonrió con naturalidad—. Eso no significa nada, pero...

—Tiene sentido —afirmó Miller—. El informe de la forense dice que se duchó después, lo que explicaría por qué no hay vello púbico de nadie más.

—Así que cabe la posibilidad de que estuviera en casa de otra persona.

—O en un hotel —dijo Miller—. Pero tal como has dicho, eso no podemos demostrarlo ni refutarlo.

—Queda en vuestras manos, chicos —concluyó Reid.

Miller dudó por un momento, allí de pie, en la luminosa cocina donde solo tres días antes Catherine Sheridan estaba preparándose algo de comer, quizá tomándose una copa de chardonnay y escuchando la radio.

Y entonces vino a verla alguien. Alguien que ya había hecho algo así tres veces antes.

Ocho meses. Cuatro víctimas. Ni una palabra.

—Perdona —dijo Miller—. Se me ha olvidado preguntarte... El DVD que estaba puesto, ¿no tenía huellas?

—Solo las tuyas —respondió Reid—. Lo siento.

Miller suspiró. Le dio las gracias a Reid y siguió a Roth al exterior.

Hace un tiempo Catherine y yo fuimos hasta aquel barrio en los suburbios. Tomamos la John Hanson Highway, que va de Landover Hills a Glenarden. Fuimos a ver a un hombre llamado Darryl King, un joven heroinómano negro que tenía una hija llamada Chloe. No encontramos a Darryl, pero sí a la madre de Chloe, Natasha Joyce. Chloe estaba con ella. Una niña encantadora; no tendría más de cuatro o cinco años. Me recordó a otros niños, otros tiempos. Catherine fue la que más habló. Yo vigilaba el coche. Vigilaba la calle. Mascaba chicle, pero me moría por un cigarrillo. Natasha Joyce no supo decirnos dónde estaba Darryl King. Vi el miedo en sus ojos. No quería que tuviera miedo, pero no podía decir nada. Le di veinte pavos.

—Para tu hija —le dije—. Cómprale algo bonito, ¿eh?

Creo que fueron las únicas palabras que pronuncié.

Nos fuimos de allí con las manos vacías. Entonces supe que Darryl había perdido el control, que se había convertido en lo que más temía.

Pensé en mi padre mientras nos alejábamos en el coche, en una expresión que ponía y que le veía cada vez con más frecuencia, hasta el punto de parecer permanente. La de que todo lo bueno duraba poco y se olvidaba pronto. La convicción de que siempre había algo peor acechando a la vuelta de la esquina.

Pensé en Natasha Joyce, que parecía mucho mayor de lo que era. Demasiada vida, demasiado rápido. Todo esquinas puntiagudas y aristas afiladas. Una década de vida que se fue a pique en algún lugar entre el primer y el tercer curso de secundaria. Pensé en las cuatro verdades nobles del budismo: que toda la vida está sujeta a sufrimiento, que el deseo de vivir es la causa de la vuelta a la existencia, que la liberación solo se puede alcanzar mediante la destrucción del deseo, y que el modo de escapar es la eliminación del egoísmo. Pensé en lo tonto que me había vuelto. El viejo chiste: «Conozco a un tipo que es tan tonto que le han despedido de un trabajo que no tenía».

Pensé en esas cosas mientras volvíamos hacia el centro, dejando atrás Chinatown, hasta llegar al pequeño apartamento en la esquina de New Jersey Avenue y Q Street. Catherine me dejó a un par de manzanas. Una costumbre que habíamos adoptado meses atrás. No dijo «adiós». Yo tampoco. Otra costumbre. Levanté la mano y sonreí. Ella hizo lo mismo. Me fui a mi casa. Ella arrancó y se marchó.

Pasaría aún un tiempo hasta la muerte de Catherine Sheridan, pero los dos sabíamos que se acercaba el momento.

Mucho tiempo atrás —antes de conocer a Catherine Sheridan, antes incluso de convertirme en John Robey— aprendí una historia.

Parte de esa historia era sobre mi padre.

Todo el mundo lo conocía como Big Joe. Big Joe, el carpintero. Así que yo pasé a ser Little Joe, aunque mi nombre era otro completamente diferente. Seguí siendo Little Joe hasta que murió mi padre, y entonces todo el mundo desapareció de pronto, sin hacer ruido, y me convertí en mí mismo.

—El centro del árbol es el corazón —me dijo—. El duramen, la columna vertebral, el esqueleto. —Levantó un trozo de madera y lo giró con las manos, me enseñó el corte transversal, las líneas, la forma en que crecía hacia los bordes—. La albura es la carne. La carne es débil, y está sujeta a los ataques del tiempo y de la naturaleza.

Sonrió, dejó la madera en el suelo y se volvió hacia su banco.

—Si quieres que algo dure, constrúyelo con el corazón.

A veces me quedaba mirando la madera dando vueltas en el torno, o permanecía inmóvil mientras el cincel o el acanalador se hundían en la carne. La madera estaba viva. Quieta y silenciosa, pero viva igualmente. Mi padre trabajaba la madera como si simplemente le ayudara a convertirse en lo que deseaba ser. El vetado simbolizaba los sueños. El cedro blanco soñaba con estantes, barcas, canoas y cómodas; el hibisco con volutas, quizá con pasamanos o mecedoras; el nogal era una madera dura, impasible, y soñaba con suelos y estanterías; el tupelo era blando, y recordaba sus días de brillante follaje, aunque sabía que iría a parar a las pacientes manos de los ancianos que pasarían con ellos sus últimos años. El castaño negro era denso, casi ininteligible. Yo estaba convencido de que el castaño soñaba con bastones y ataúdes.

—Tu madre nunca será lo que fue —me dijo. Olía el aceite en sus manos, el barniz, la cola. Sonrió—. Esto es algo que no sé cómo explicarte —añadió—, porque ni yo mismo lo entiendo.

»Tu madre va a morir —prosiguió en voz baja, y apoyó la palma de la mano contra mi mejilla, y percibí el olor a madera, a savia, a barniz, a ámbar, sentí el vetado, la densidad..., percibí el propio árbol, soportando el peso de la fruta, orientando las hojas al sol a medida que progresaba el día.

Creía que podría. Quería creer que podría.

Los niños tienen mucha imaginación.

Hasta más adelante —muchos años después— no entendí el peligro que tiene la imaginación, pero para entonces ya era demasiado tarde.

—Un día nos dejará —susurró, y entonces cerró los ojos un momento y respiró hondo—. Y entonces solo estaremos tú y yo, chico..., solo tú y yo.

Me parece irónico. De lo más irónico.

He estado viendo las noticias los últimos días. Aquí mismo, en Washington, a apenas un salto de la Casa Blanca, y con los resultados de las elecciones de medio mandato, ahora ya veo cómo va a acabar todo esto.

Ahora Catherine está muerta, y sé qué es lo que habría pensado, qué habría dicho. «Ha sido mi vida. Ha sido la única que recuerdo ahora mismo». Me miraría a los ojos, me atravesaría con la mirada como solo Catherine Sheridan podía hacer, y diría: «Tal como está montado todo..., el mundo, ¿sabes? Tal como está montado el mundo, los medios de comunicación, la propaganda, las corrientes de opinión que crean con la tele, las películas, los anuncios y todo eso, quieren que creas que no eres nada. No he conocido a ningún adulto que aún crea en la felicidad. La felicidad es una cosa de niños. Si te pegan lo suficiente antes de acabar la primaria, ya empiezas a preguntarte qué sentido tiene la vida. Lo he visto todo. He visto cosas que no desearía a ningún ser humano. Ha sido una bonita historia de cosas terribles, tan americana como el napalm».

O quizá no. Quizá solo habría dicho «adiós». O tampoco, porque «adiós» era muy definitivo, y Catherine creía en la circularidad última de todas las cosas. Quizás un au revoir...

Pero ¡qué narices! Estoy cansado y amargado. He visto y oído lo peor de lo peor durante tanto tiempo que ha afectado a mi sentido común. Quizá no esté todo tan mal. A lo mejor en realidad no hicimos las cosas que vimos. A lo mejor me equivoqué. Se me emborronó la vista. Vi cosas e imaginé que eran otras diferentes. Eso es lo que ocurrió.

Salvo por una. Lo que lo empezó todo. Lo que Catherine Sheridan y yo pensábamos que podíamos arreglar.

Y lo hicimos. Ahora está hecho. Es demasiado tarde para volver atrás.

Y mientras el mundo hace lo que hace, mientras el pueblo estadounidense se pregunta si la situación cambiará ahora que los republicanos han perdido su dominio en el Congreso, yo me pongo manos a la obra, hago mi trabajo y espero que la policía se presente en mi puerta y me diga lo que tanto tiempo llevo queriendo oír.

A veces me sorprende a mí mismo aguantando la respiración, a la espera de que ocurra en cualquier momento.

Ya dentro del coche, Roth se adelantó a Miller:

—¿Qué te parece?

—¿Que qué me parece? —dijo Miller con un tono retórico en la voz—. No me parece que las cosas estén más claras que cuando empezamos.

—Me refiero a que aparentemente esta mujer ni siquiera existe.

Miller hizo ademán de reírse.

—No hay nadie que no exista, Al. Créeme. Habrá un fallo en el sistema, en algún lugar. Tiene un número de la seguridad social, ficha dental, huellas dactilares y ADN, y Dios sabe qué más.

Roth no respondió. No desafió a Miller. Se limitó a preguntar:

—Entonces, ¿adónde vamos ahora?

—Al *Washington Post*.

—¿Tienes la dirección?

—Es el 1150 de la calle Quince, unas tres manzanas al este de la parada de metro de Farragut North.

Roth echó el cuerpo hacia delante y arrancó el motor. Miller miró el reloj.

Miller estaba acostumbrado a que la gente supiera quiénes eran por su aspecto. Lo daba por sentado. La recepcionista del *Washington Post* —una chica guapa, de apenas treinta años, con el cabello a la altura de los hombros— los recibió con una sonrisa, y cuando llegaron al mostrador dijo: «¿Caballeros?», como si supiera que se avecinaban problemas de algún tipo.

Miller echó un vistazo a la placa identificativa que llevaba: Carly Newman.

Sacó la bolsita de plástico del bolsillo interior de la chaqueta.

—Si le doy el texto de un artículo, ¿me puede decir a qué artículo pertenece?

—Todo el periódico está en internet, ¿sabe? —dijo ella con cierto tono de superioridad—. Washingtonpost punto com. Entre, teclee media docena de palabras y el sistema buscará en todos los números del *Post* que tiene archivados. Busca hasta no sé cuántos años atrás.

—¿Puede hacerme el favor de hacerlo usted? —preguntó Miller.

Querría haberle hablado a Carly de una mujer lista y atractiva que alguien había decidido estrangular y apalear sin compasión, para después dejarla en una pose indigna, a pesar de que ya se estaba muriendo de cáncer. Querría haberle dicho todo eso a Carly Newman, antes de que le hiciera un nuevo comentario condescendiente.

—Claro que puedo, agente —dijo Carly, y sonrió como si fuera otra cosa lo que le hubiera gustado decir.

Miller le entregó la bolsita. Ella tecleó unas palabras del artículo y esperó un momento.

—El artículo se titula «Ortega se prepara para arrasarse en las elecciones nicaragüenses». Lo firma Richard Grantham. —Carly levantó la vista—. Es uno de nuestros redactores en plantilla, no un externo. Sección Política.

—¿Puede imprimírmelo?

—Claro que sí —respondió.

Clicó, cambió de pantalla y volvió a clicar. Algo emitió un zumbido bajo su mesa. Ella se agachó, recogió una hoja de papel y se la dio a Miller.

Miller la examinó.

—Elección —le dijo a Roth.

Roth frunció el ceño.

—La palabra que faltaba al final, ¿te acuerdas? «Una victoria le daría al presidente venezolano, Hugo Chávez, un fuerte aliado en la región, pero el gobierno de EE. UU. ya ha expresado sus serias dudas sobre la transparencia del proceso de... elección». Esa era la palabra que faltaba al final del recorte.

—¿De qué fecha es? —preguntó Roth.

—Del diez.

—Un día antes de que la mataran.

—¿Han matado a alguien? —preguntó Carly Newman.

Miller la miró y observó la expresión que había visto tantas veces antes. Algo real había entrado en contacto con su vida. Algo oscuro y extraño, algo que le haría pensar muchas veces antes de que llegara a olvidarlo..., y luego, al día siguiente, o quizá dos días después, alguien diría o haría algo, alguien usaría la palabra «elección» o se encontraría con otra persona que se llamara Miller, y de pronto aquello le recordaría la fugacidad insustancial de todo el asunto.

—Sí —respondió Miller—. Han matado a alguien.

Miró a Roth. Roth tendió la mano para que le devolviera el recorte. Miller preguntó si Richard Grantham estaría disponible en caso de que necesitaran hablar con él.

—Ahora no —dijo ella—. La mayoría del personal de día se ha ido. Ahora solo está el de noche. Pero está aquí casi siempre. —Sonrió—. Richard es una leyenda en la redacción, ¿saben?

—¿Una leyenda?

—Tiene unos setecientos años —dijo Carly—. Pero se conserva estupendamente. Ya estaba aquí cuando Woodward y Bernstein fueron a por Nixon.

—¿Ah, sí? —dijo Miller.

—Pues sí. Richard se encargaba de la edición de los artículos antes de que se enviaran a las rotativas. Tiene muchas anécdotas, historias realmente interesantes.

Miller le dio las gracias de nuevo y, en el momento en que se volvían para marcharse, Carly dijo:

—Esa persona que han matado... ¿Tiene algo que ver con el periódico?

Miller le mostró una sonrisa tranquilizadora.

—No podría tener menos que ver con el periódico —le dijo, y observó el alivio que suponía aquello para ella.

Quizás, al fin y al cabo, no volvería a pensar en ello. Quizá se merecía no pensar en absoluto en cosas así. Algunas personas escogían aquella vida. Algunas personas no deberían verse sometidos a aquello.

Una vez en la calle, Roth y Miller se quedaron de pie, en silencio. Eran casi las ocho, su respiración formaba un vapor visible y el cielo estaba claro.

—Llévate el coche —dijo Miller—. Yo estoy a unas siete manzanas. Saluda a Amanda de mi parte, ¿vale?

—Claro... Nos vemos mañana.

Robert Miller se quedó un rato más, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo. Soltó una bocanada de aire y se quedó mirando cómo se dispersaba. Había llegado el invierno. ¿Qué era lo que decía el *Manual del Doliente*^[1]? «Los minutos avanzan a regañadientes, las horas corren, los años vuelan, las décadas asombran. La primavera seduce, el verano encanta, el otoño sacia, el invierno mata».

Empezó a caminar, intentando no pensar en nada más que el sonido de sus pisadas sobre la acera. Cuando llegó a su apartamento subió por la escalera de atrás. Encendió la calefacción, se quitó los zapatos en dos patadas, se quedó de pie ante las cortinas abiertas y miró por la ventana en dirección a las luces de Corcoran y New Hampshire Avenue. «Esta es mi vida —pensó—. Este es el mundo que me he creado. ¿Es esto lo que quería realmente?».

Se acordó de aquella vez, de niño, cuando estaba en la escalera y oyó una conversación entre sus padres:

—Será un hombre solitario —había dicho su padre—. Le cuesta hacer amigos. Me preocupa.

—Es independiente, eso es todo —había respondido su madre.

—No es independencia, es falta de interacción social. Debería apuntarse a alguna actividad, salir, ir con otros chavales.

—Está bien solo.

—¿Bien? ¿Qué demonios es eso? El chico no es feliz. Por Dios, míralo: tiene que tirarse de los carrillos para forzar una sonrisa.

—Déjalo, le irá bien. No congenia fácilmente. Es más listo que la mayoría de los chicos. ¿No se te ha ocurrido pensar eso?

Evidentemente no, ya que Ed Miller había regañado a su hijo hasta el día de su muerte.

«No sales lo suficiente. ¿Qué es lo que pasa? ¿No tienes una cita para la fiesta de graduación? Por Dios, Bobby... ¿Qué es lo que te pasa? ¿Es que no te gusta la gente? ¿Es eso?».

Miller había entrado en el Departamento de Policía de Washington a los veinticuatro años. Se preguntaba si aquella decisión habría contribuido al accidente coronario que había acabado matando a su padre.

«¿Para qué narices has entrado en la policía? ¿En qué diablos estabas pensando?».

No dijo nada más. A partir de aquel momento Ed Miller actuó como si su hijo fuera otra persona completamente diferente, pero su actitud no duró. Robert estaba presente cuando su padre sufrió el colapso. Usó los conocimientos aprendidos en la policía —el boca a boca, el masaje cardiopulmonar— pero el accidente cardiovascular fue más fuerte que el hombre, y lo aplastó sin piedad.

La madre de Miller aguantó un par de años más. Vio cómo se graduaba, le vio ascender rápidamente en su departamento, le vio volverse serio y concienzudo y que pasaba demasiado tiempo con los libros, en lugar de con chicas y saliendo con los amigos. Se mostraba preocupada, como si ahora que Ed había muerto hubiera tomado el relevo, pero las cosas no cambiaron. Su hijo siguió igual. Destacaba como policía. Si su madre hubiera aguantado un poco más, le habría visto ascender a inspector, el más joven en la historia de Washington. Una sonrisa orgullosa, una lágrima discreta, el deseo de que Ed hubiera estado allí a su lado para ver hasta dónde había llegado su hijo. Pero no, no pudo ser. Ambos llevaban tiempo muertos cuando Robert Miller se subió al estrado y le dio la mano al comisario de policía de Washington, cogió su placa, se volvió hacia las cámaras y aguantó los flashes. Había sido un momento importante, de gran significado, pero ahora todo aquello quedaba atrás, en una serie de recuerdos inconexos, sin sentido a la luz de lo sucedido en los últimos meses.

Miller sacó del bolsillo del pantalón la bolsita con el recorte de periódico. Un recorte de un artículo del *Washington Post* sobre unas elecciones en Latinoamérica. Una asesinada enferma de cáncer que aparentemente no figuraba en ningún registro médico y que, según parecía, no tomaba ninguna medicación. Una forense cuya intuición le decía que los tres primeros asesinatos habían sido perpetrados por un hombre diferente... Si era así, había alguien infiltrado en la policía, en los servicios de emergencia, o incluso en la oficina del forense, que había copiado un asesinato brutal por algún motivo que solo él sabía. Y Roth y él aún no se habían enfrentado a la evidencia de que no había casi nada que saber sobre la vida de Catherine Sheridan. No habían descubierto dónde trabajaba ni de dónde procedían sus ingresos; no tenían los nombres de sus amigos, de sus padres o de sus hermanos...

E incluso su propio nombre se convertía en otro cuando rascaban bajo la superficie. La noche del lunes 13 de noviembre. Ocho meses después del primer asesinato. Ninguna pista sólida. Aquello debía de ser el típico caso que te echa por tierra una racha de buenos resultados.

El típico caso que hacía que muchos se rindieran.

Robert Miller estaba deseando dormir; sabía que no podría.

Estaba agotado. Le pesaban los párpados, tenía jaqueca, pero aun así se quedó un rato sentado, con algo rondándole la cabeza, algo que sabía que tenía algún significado.

«James Stewart —pensó Miller—. No dejo de pensar en James Stewart, la película que habían puesto..., la música que oía desde el piso de arriba...».

En el DVD no había más huellas que las de la propia víctima. El asesino no habría sido tan tonto de dejar sus propias huellas, pero Miller había abrigado la esperanza de que hubiera algún indicio, un rastro de goma de sus guantes de látex, algo que le dijera que había sido el asesino quien había metido el DVD en el reproductor y lo había puesto en marcha. ¿Por qué? Porque sería un elemento más que considerar con respecto al asesino, algo que podría arrojar algo de luz. Había puesto una película y pedido una pizza. Puesto una película y pedido una pizza...

Cerca de la medianoche, Miller se levantó por fin de la silla y se dirigió al dormitorio.

A pesar de tener que pasar de nuevo frente a las cajas del pasillo, el último recordatorio de catorce meses perdidos, no era Marie McArthur quien ocupaba la mente de Miller. No pensó en el lento deterioro de su relación, en la aparentemente interminable naturaleza de su muerte, como si hubiera caído de lo alto de un acantilado, como si ambos caminaran hacia el borde a cámara lenta, convencidos, quizá, de que nunca llegarían...

No, no eran esas cosas las que ocupaban su mente, porque estaba convencido de que había dedicado más energía de la necesaria a intentar comprender todo lo sucedido.

Su último pensamiento —el que le acompañó mientras cerraba los ojos— fue para Marilyn Hemmings. Su mirada a través del ojo de buey de la puerta en el momento en que él llegaba al final del pasillo. Aquel leve asentimiento, aquella extraña sonrisa. Recordaba la sensación de su abrazo tras la declaración del forense, un momento antes de que saltara el flash de la cámara, antes de que se dieran cuenta de cómo quedaría aquello, como si hubiera algo entre ellos dos, como si ella hubiera conspirado para inventar pruebas y exonerarlo de un homicidio...

Recordaba la imagen de los dos, juntos, en el *Globe*. El pie de foto no decía nada significativo. No hacía falta que lo dijera. El mundo creería lo que quisiera creer.

Robert Miller durmió por fin, pero no soñó. Y aunque se despertó a primera hora de la mañana y repasó mentalmente todo lo ocurrido, no por ello consiguió comprender mejor su significado. Se sentía invadido.

Aquella era la única palabra que se le ocurría para describirlo: «invadido».

Un hombre de mediana edad con un traje gris de rayas. De pie, en el pasillo de su casa. Tenía el periódico en la mano, un ejemplar del *Washington Post*. Contemplaba la fotografía de Catherine Sheridan. Y ella le devolvía la mirada, como si esperara que él le dijera algo.

El hombre recorrió el pasillo y entró en su estudio, y a pesar de lo tarde que era, levantó el auricular y marcó un número con una expresión paciente y contenida en el rostro.

Descolgaron.

—¿Has visto el *Post* del domingo?

Asintió y frunció ligeramente el ceño.

—¿Era una de los nuestros? ¿Lo hemos hecho nosotros?

Negó con la cabeza.

—Pensé que habíamos puesto punto y final a toda esa mierda de las etiquetas...

Frunció más el ceño.

—No me importa si lo es o no. Ahora está llamando la atención. ¡Y lo último que queremos es la atención de la prensa, por Dios!

Escuchó, negó de nuevo con la cabeza.

—No, escúchame tú a mí —replicó, levantando la voz, casi en un tono airado—. No necesito ningún tipo de montaje de mierda. Esto no es una peli de segunda. Te he encargado un trabajo y confío en que usarás a las personas más indicadas, no a algún psicópata quemado que se cree que esto es un juego.

Apretó el puño, haciendo un esfuerzo por mantener la calma.

—¡No! —espetó—. Evidentemente no es el caso. No me importa un carajo lo que le haya pasado. Ahora mismo tengo un artículo de periódico delante que dice que esta mierda sigue adelante. Descubre de dónde ha salido. Ponle fin. No hay nada...

Le interrumpieron, escuchó y empezó a asentir.

—Pues encárgate de ello. Encárgate, joder. No quiero volver a oír hablar de esta mierda. ¿Entendido?

Asintió.

—Muy bien. Pues asegúrate de ello.

Colgó, volvió a mirar la cara de Catherine Sheridan y luego tiró el periódico sobre la mesa, a su derecha.

—Malditos capullos —murmuró con los dientes apretados; luego dio media vuelta y salió de la habitación.

—El ancla a barlovento, hijo —solía decir mi padre—. El ancla a barlovento.

Una vez le pregunté qué quería decir.

—El barco entra en el puerto y amarra en el muelle. El viento sopla en dirección a tierra y lanzará el barco contra el muelle, así que el capitán echa el ancla en el otro lado para evitar que el barco se mueva. Significa que debes pensar en todo por duplicado. Haces tus preparativos. Tomas las medidas de seguridad. —Cogió una tablilla fina, barnizada y pulida como el cristal—. Barniz —dijo—. Voy a hacer un diseño con castaño negro y concha de abalone y madreperla. Será lo más bonito que hayas visto nunca..., y tú puedes ayudarme, hijo, puedes ayudarme a hacerlo.

No me quería decir de qué se trataba. Si no le pregunté diez veces, no le pregunté ninguna, pero aun así no soltó prenda.

Siempre el ancla a barlovento.

Ayudé a mi padre con los preparativos sin entender en absoluto qué planeaba hacer. ¿Pensaba que me negaría si lo hubiera sabido?

En ocasiones subía a verla. Tenía quince años. Subía aquella escalera, escuchando el crujido de los escalones bajo mis pies. Sintiendo el corazón en un puño, preguntándome cómo estaría, si estaría despierta y loca, o dormida, como muerta, con aquel ronquido flemático que producía al respirar.

Ella me asustaba. Yo era un adolescente —rebotante de hormonas, pensando siempre en las chicas, en el fútbol, en todas esas cosas en las que tenía que pensar— y mi propia madre me asustaba. Los otros chicos no tenían que enfrentarse a aquello. Los otros chicos tenían padres normales, vidas normales, y su mayor preocupación consistía en si tendrían unos dólares y una cita para el fin de semana.

Me quedé en el rellano un rato, con las manos empapadas de sudor. Luego me acerqué a su puerta y permanecí allí de pie solo un momento, un momento para coger fuerzas, para hacer acopio de valor. Sentí que el pomo se me resbalaba entre los dedos y tuve que limpiarme la palma de la mano con la camiseta para poder agarrarlo bien.

Abrí la puerta con suavidad. No podía ver nada a través de la cortina que había colgado mi padre sobre la cama. Oía su respiración, rasposa y profunda. Estaba durmiendo, y di gracias por ello.

Tenía la piel pálida y transparente. Una piel como una tela fina, como la madreperla, y como la piel de un tambor, tirante sobre el rostro; la tensión se notaba cuando murmuraba y suspiraba. Unos dedos finos, incapaces de agarrar nada, leves

como una pluma, y el cuerpo bajo las sábanas como un espantapájaros. No quedaba nada de ella. Parecía comida por dentro, y llevaba así desde que yo tenía uso de razón. Aquella no era la imagen que yo habría deseado para mi madre. Aquella era otra persona —u otra cosa—, y yo la contemplaba en silencio, sin atreverme a respirar, sin hacer ningún ruido, porque si se despertaba empezaría a gritar o a llorar o a decir locuras, y todo aquello lo había oído demasiadas veces como para enfrentarme a ello una vez más.

No sabía qué iba a hacer mi padre, pero Big Joe siempre tenía una respuesta, siempre tenía una solución para cada problema.

—Hijo, tu madre tiene una enfermedad —dijo—. Tiene una enfermedad para la que en realidad no hay cura.

Yo me sentí mareado y sin aliento, con los ojos llenos de lágrimas. No quería llorar. Nunca quería volver a llorar.

—Llorar no tiene nada de malo —dijo Big Joe, que extendió la mano y me la puso contra la mejilla—. Lloro si quieres.

—¿Va a servir de algo? —pregunté yo.

Él sonrió y negó con la cabeza.

—Hay quien cree que sí.

—¿Y tú? ¿Tú qué crees?

—Yo no veo de qué puede servir.

—Entonces, no voy a hacerlo.

Hubo un silencio que se prolongó un rato más; luego cerré los ojos y pregunté:

—¿Cuánto? ¿Cuánto le queda?

—No lo sé, hijo. No lo sé.

—¿Lo sabe alguien?

Él no respondió.

—¿Y qué hacemos, entonces?

—¿Hacer? Aparte de esperar, no sé si hay algo más que podamos hacer.

—Entonces, eso es lo que haremos —dijo—. Esperaremos.

Aquellos recuerdos son de hace una eternidad, y hoy es lunes por la noche, 13 de noviembre, y Catherine se ha ido. Como mi madre. Eso, más que ninguna otra cosa, ha resultado ser la mayor ironía de todas.

Han acabado las clases. Estoy recogiendo los libros y sacudiéndome la tiza de los puños de la chaqueta. Me vuelvo y miro a la pizarra, donde sigue una cita muy famosa que he escrito, de un extremo al otro del encerado: LA INJUSTICIA, ALLÍ DONDE SE HALLE, ES UNA AMENAZA PARA LA JUSTICIA EN SU CONJUNTO.

Creo que matamos al hombre que lo dijo.

¿Qué les estaba contando yo hoy? ¿Qué les estaba metiendo en sus impresionables mentes? La ética de la literatura. La responsabilidad que tiene el

autor de mantener la honestidad, la integridad, de presentarle al lector una exposición lo más precisa posible de los temas tratados.

—Pero ¿según la perspectiva de quién? —preguntó un estudiante—. Es innegable que la verdad es relativa, que la verdad es percibida de un modo muy diferente por una persona o por otra.

—Sí —respondí yo—. La verdad es relativa. La verdad es personal, es individual.

—Entonces, ¿dónde trazamos la línea? —preguntó el estudiante—. ¿En qué momento la percepción de un individuo de lo que considera cierto pasa a convertirse en mentira?

Me río. Pongo mi mejor cara a lo Jack Nicholson y digo:

—¿La verdad? ¿Queréis la verdad? No estáis preparados para afrontar la verdad...

Suena la campana. Se acaba la clase. El estudiante me contempla mientras se marcha, y veo una mirada desconfiada y acusatoria en sus ojos. La pregunta se queda sin respuesta.

Y yo pienso: «Yo era como tú. Hace mucho tiempo yo era como tú».

Y entonces encontramos la línea que separa la verdad de la mentira. Y la cruzamos tantas veces que se volvió borrosa, hasta que acabó desapareciendo del todo.

Quizá las peores mentiras sean las que hemos contado con la mejor intención.

Quizá las peores mentiras sean las que nos hemos contado a nosotros mismos.

Martes por la mañana, el cielo del color de un vendaje sucio, resistiéndose a la idea de ceder paso a la lluvia. Natasha Joyce estaba en casa después de haber llevado a la niña al colegio, sentada en el último escalón de la escalera. Con el teléfono pegado a la oreja y expresión ausente, algo abstraída. Llevaba esperando unos minutos pacientemente mientras la centralita del ayuntamiento le invitaba a escuchar música de ascensor. Música de ascensor de blancos. Chloe pasaría fuera varias horas. La casa estaba limpia y ella estaba sola. Pensando en el mayor de los dos inspectores, que tanto se parecía al hombre que había venido con la tal Sheridan. La mujer que no se llamaba Sheridan. No se parecían físicamente, pero tenían algo en común. Quizás el otro también era poli...

—¿Señora?

—Sí, sigo aquí.

—Lo siento, señora, parece que tenemos algún problema con nuestro sistema informático. Ha dicho King, ¿verdad? ¿Darryl Eric King?

—Sí, así es.

—La fecha de la muerte registrada es el 7 de octubre de 2001.

—Sí, es correcto.

Un momento de duda.

—Debería estar aquí, señora, de eso no hay duda.

—A lo mejor se han retrasado en el envío de los datos... Antes hablé con alguien que me ha dicho que a los cinco años los datos se introducen en archivos. ¿Puede tratarse de algún retraso?

—Se hace electrónicamente, señora —dijo la mujer al otro lado de la línea. Era negra, de eso no había duda. Daba la impresión de que quería ayudar a Natasha Joyce a encontrar respuesta a su pregunta—. Todo se envía al momento y se carga en nuestro sistema directamente. Si el registro existe, debería estar aquí.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Natasha. Estaba nerviosa, agitada. Aquello no tenía sentido.

—¿Que qué significa? —preguntó la mujer—. Significa que alguien, en algún sitio, ha metido la pata. Eso es lo que significa.

—¿Y qué hago yo ahora?

—Deme su número, señora Joyce, y en cuanto tenga un momento enviaré un correo a los técnicos, a ver qué pueden decirnos de esto, ¿de acuerdo?

—¿Y usted me llamará?

—¿Tiene internet?

Natasha sonrió. Como si pudiera permitírselo.

—No, no tengo internet.

—Entonces, la llamaré, sí. Pero no se impaciente. Conseguir una respuesta de esos tipos a veces lleva tiempo.

—De acuerdo, gracias —dijo Natasha, y le dio su número a la mujer.

—Haré todo lo que pueda, ¿de acuerdo?

—Gracias.

—No hay problema. Que tenga un buen día.

—Sí, gracias..., usted también. —Iba a colgar, cuando de pronto se le ocurrió una cosa—. ¿Señorita? ¿Señorita? —Quería preguntarle el nombre a aquella mujer, pero ya había colgado.

Natasha Joyce dudó por un momento, pero luego posó el auricular en el hueco del teléfono y se levantó del escalón.

Por algún motivo, pensó que quizá no volvería a tener noticias de la Administración Central de Policía.

Por algún otro motivo, tuvo miedo.

Miller abrió la página imdb.com y buscó *Qué bello es vivir*. Dos horas diez de película. Llamó a Tom Alexander, de la oficina del forense, y le pidió la cronología detallada con la que tenían que trabajar. Observó las notas que había tomado en el coche. Ya llevaba despierto casi tres horas, y dos en la oficina. Lo que descubrió le intranquilizó bastante. Si lo que suponía era cierto...

Alexander decía que Catherine Sheridan había sido asesinada entre las cinco menos cuarto y las seis de la tarde del sábado 11 de noviembre. El viejo de la casa de al lado la había visto entrar en casa hacia las cuatro y media. La pizza la habían encargado a las seis menos veinte, lo cual había quedado confirmado por los registros telefónicos del número de Sheridan. El repartidor había llegado hacia las seis y cinco. Debió de tardar dos o tres minutos en encontrar el cuerpo. Miller había recibido la llamada del Distrito Dos poco después de las seis y media y había llegado a las seis y cuarenta y cuatro. Roth se había presentado en el patio unos diez minutos más tarde. Los dos habían subido, y para cuando entraron en la habitación debían de ser las siete y cuarto. Apenas habían pasado unos minutos ahí arriba, habían vuelto a bajar y en aquel momento aparecían en el televisor los títulos de crédito. Si eran las siete y media, la película debía de haber empezado hacia las cinco y veinte. Quizás el hombre la había matado y luego había puesto la película. Miller se rascó la cabeza, se puso en pie y se dirigió hacia la ventana. Había algo en aquella película. Aquella maldita película significaba algo.

Se abrió la puerta tras él y apareció Roth. Tenía la cara roja; debía de hacer frío fuera. Miller no lo había notado. Apenas había notado nada en el trayecto desde casa. Estaba concentrado, con la mente puesta en el universo de Catherine Sheridan, en el

mundo que había habitado durante aquel último puñado de horas. Un mundo en el que Miller no conseguía penetrar.

—Bueno, ¿dónde estamos? —preguntó Roth—. ¿Ya has tomado café?

Miller señaló con un gesto de la cabeza hacia una taza de Starbucks que tenía sobre la mesa. Eran poco más de las nueve; él llevaba despierto desde las seis más o menos.

—No parece que hayas dormido muy bien —observó Roth.

Miller se encogió de hombros.

—Por cierto, recuerdos de Amanda... Me ha preguntado qué haces en Acción de Gracias.

—¿Es una invitación o lo pregunta por educación?

—Por educación, supongo.

—Sería toda una jugada que me presentara, ¿eh? ¿Tienes familia?

—No es una familia. Los judíos no tenemos familias. Tenemos dinastías.

—Dile que tengo plan. Que me han invitado los padres de mi novia.

—Tú no tienes novia.

—Pero así tu mujer dejará de preocuparse por mí.

—No le voy a decir eso, joder. Me someterá al tercer grado hasta que por fin le confiese que es una trola.

—Pues dile lo que tú creas que va a colar, Al. No voy a ir a tocaros las narices a vuestra cena de Acción de Gracias.

—Ya se me ocurrirá algo —dijo Roth, quitándole importancia al asunto con un gesto de la mano.

—Bueno, tenemos que descubrir quién es esa tal Sheridan.

—¿Qué tenemos?

—Nada de nada, ni siquiera sabemos de qué vivía. ¿Tú sabes de qué vivía?

Roth negó con la cabeza.

—¿De qué vivimos nosotros? —preguntó Miller, sarcástico. Echó mano del dossier de Sheridan y apartó el montón de archivos sobre Mosley, Rayner y Lee—. He estado repasando esto..., no hay nada sobre su trabajo. He comprobado el número de la seguridad social en nuestro sistema y corresponde a una mujer portorriqueña llamada Isabella Cordillera, tal como dijo Marilyn. Si buscas «Isabella Cordillera», verás que murió en un accidente de tráfico en junio de 2003. Y si buscas los detalles del accidente de coche, no hay nada.

Roth cogió el dossier y lo hojeó como si pudiera contener algo que se le hubiera pasado por alto a Miller.

—Pero esa no es la única sorpresa que oculta este grupito —dijo Miller—. Las otras tres también tienen número de la seguridad social, y en principio no presentan nada raro. Si los buscas, parecen correctos, hasta que empiezas a profundizar un poco.

Roth frunció el ceño, dejó el dossier de Sheridan sobre la mesa y se inclinó hacia delante.

—Esos dossieres son anteriores —dijo—. Esos archivos contienen la mayoría de los informes de ocho meses de investigación.

—Los informes de la investigación están bien. No tengo ningún problema con ellos. Al, el problema lo tengo con esas mujeres.

—Lo siento, me he perdido algo.

—Estaban buscando denominadores comunes entre ellas, ¿verdad? Los investigadores anteriores..., eso es lo que estaban haciendo.

—Sí, claro. Claro. Eso es lo que yo habría hecho.

—Y yo también —dijo Miller—. Pero yo he empezado a mirármelo desde otro ángulo. Estamos buscando denominadores comunes entre ellas como víctimas de asesinato, cuando en realidad deberíamos estar buscando denominadores comunes entre ellas como personas.

—¿Como qué?

—En primer lugar, todas eran solteras. En segundo lugar, tenían pocos amigos... O sea, en realidad no tenían ningún amigo próximo del que tengamos noticia. Todas las declaraciones proceden de vecinos, colegas de trabajo, pero no hay nada del novio, de la mejor amiga, de la que iba con ella de compras, o de la compañera de gimnasio, esas cosas. Como Amanda, ¿vale? Ella tiene amigas, ¿no? Esas con las que se pasa el día hablando por teléfono.

—Desde luego.

—Pues estas chicas no —prosiguió Miller—. En ningún caso hay una declaración de alguien que afirmara ser amigo íntimo de la víctima.

—Eso no puede ser. Todo el mundo tiene...

—Aparentemente no —le interrumpió Miller—. Aparentemente no todo el mundo.

—¿Y de ahí qué sacamos? —preguntó Roth.

—Que son solteras. Que tienen pocos amigos. Tengo a Metz y Oliver buscando todo lo que puedan sobre sus casas..., detalles de alquileres o hipotecas, adónde fueron sus efectos personales, esas cosas.

—Supongo que el tipo seleccionaría a mujeres solitarias... Las observaría, la seguiría...

—Eso no es realista —dijo Miller—. Debía conocerlas a todas en mayor o menor medida, o hubiera sido un tremendo trabajo de investigación aleatoria. Encuentra a una mujer, empieza a seguirla, apréndete sus movimientos, descubre algo sobre su trabajo, con quién sale, y en el momento en que parece que tiene la más mínima vida social, la descartas y te vas a buscar a otra candidata mejor. A mí no me cuadra.

—Has dicho algo sobre sus números de la seguridad social...

—Sí, las tres primeras. A simple vista todo bien, ningún problema. En cualquier tipo de comprobación rutinaria, ni más ni menos lo que nosotros haríamos de forma

ordinaria, todo cuadra. Si el número de Catherine Sheridan hubiera dado el mismo resultado, no habría investigado más a fondo.

—Pero no ha sido así, ¿verdad?

—Exacto. Así que he empezado a escarbar. He retrocedido cinco años, he buscado sus permisos de conducir, las citaciones de tráfico, las asociaciones a clubes y organizaciones, los detalles sobre sus cuentas bancarias, todo lo que se me ha ocurrido, y he encontrado un patrón.

—¿Qué tipo de patrón? —preguntó Roth, echándose adelante, evidentemente interesado.

—Hay algo en cada una que no cuadra. —Miller se puso en pie, cogió un cuaderno de notas de su mesa y se sentó junto a Roth. Usó el bolígrafo para señalar unas líneas que había escrito en la página—. Margaret Mosley, treinta y siete años, la fecha de nacimiento según su permiso de conducir es junio de 1969. Si buscas «junio de 1969», no hay ningún registro de nacimiento en la ciudad de nadie que se llamara Margaret Mosley.

—Así que no nació aquí.

—La ficha de la seguridad social indica Washington como lugar de nacimiento.

—Así que hay algún error en algún sitio.

Miller sonrió con complicidad.

—Aún no has visto nada, amigo mío. Segundo caso, Ann Rayner, cuarenta años de edad, nacida el 3 de enero de 1966. La ficha de la seguridad social no indica lugar de nacimiento, así que no podemos saber siquiera si se registró su nacimiento.

—La ficha de la seguridad social tiene que incluir el lugar de nacimiento.

Miller asintió.

—Sí, del mismo modo que todo médico o centro sanitario debe registrar a un paciente que acuda a recibir tratamiento, ¿no?

—¿Y la tercera?

—La tercera es aún mejor —dijo Miller—. Barbara Lee, veintinueve años de edad. La fecha de nacimiento es el 24 de febrero de 1977. La ficha de la seguridad indica como lugar de nacimiento Washington D. C. El registro civil de la ciudad confirma que hubo una Barbara Caroline Lee nacida en Washington el 24 de febrero de 1977, pero también tiene registrado el fallecimiento de la misma Barbara Caroline Lee el 27 de febrero del mismo año.

—¿A los tres días?

—El lugar de la muerte es el Hospital Universitario. Quienquiera que fuera Barbara Lee nunca salió de la UCI de la maternidad, o sea que no pudo cumplir veintinueve años y trabajar en una floristería.

—Parece que has estado ocupado esta mañana... Dios, ojalá me hubiera quedado en casa.

—Es todo falso —dijo Miller. Se levantó de la silla y se dirigió de nuevo a la ventana—. El denominador común no está en la faceta de estas personas como

víctimas, sino como individuos. ¿Y quieres saber lo que creo?

Roth levantó las cejas.

—Creo que tenemos que descubrir a qué se dedicaba esa tal Sheridan, quién la conocía, si es que la conocía alguien. Quiero descubrir lo que le ocurrió a ese tal Darryl King, y luego tenemos que descubrir quién fue a verle con Catherine Sheridan.

—¿También quieres averiguar el trato que hizo con ese poli, McCullough?

—Los quiero a todos. Quiero saber quiénes son.

—Haré que alguien busque todos los McCullough de Washington —dijo Roth.

—Ahora vamos a buscar esas fotos de Reid, y luego volvemos a la casa de Sheridan —decidió Miller—. Vamos a analizarlo todo a fondo hasta que descubramos quién era realmente.

Roth se levantó de la silla.

—¿Y las tres primeras? ¿Qué hay de ellas?

—Primero quiero saber de esta... Empezaremos con las otras tres cuando tengamos esa información de Metz y Oliver —respondió Miller, cogiendo su chaqueta—. El tipo pidió una pizza. Y resulta que usó el número de caso de Darryl King. Sabemos sin lugar a dudas que McCullough podía tener ese número. A lo mejor estamos buscando a un poli. A uno retirado, sí, pero un poli igualmente. Y luego está el recorte de periódico, las fotografías bajo la cama... Quizá sea algo, quizá no, pero de este caso tenemos más que de los tres anteriores. Creo que nos está diciendo que lo encontremos, Al... Creo que quiere que lo encontremos.

En el mostrador de la planta baja, Roth le dejó una orden al sargento para que hiciera una búsqueda de Michael McCullough.

—¿Adónde van? —les preguntó el sargento—. Lo digo por si pregunta Lassiter.

—Al departamento forense —dijo Roth—. Tenemos que recoger unas fotos.

Yo nací en julio de 1959 en Salem Hill, Virginia, el día que Castro asumía la presidencia de Cuba. Salem Hill se encuentra en la confluencia de las nacionales 301 y 360, cerca de Ashland. Nuestro pueblo no era más que un ensanchamiento de la carretera. Mi madre murió cuando yo tenía veinte años. El jueves 13 de septiembre de 1979. Mi padre murió al día siguiente. Cuando tenía veintiún años conocí a Catherine Sheridan, y ahora está muerta. Me da la impresión de que muchos de mis conocidos están muertos. Más de los que siguen vivos.

El martes por la mañana siento la tentación de llamar para decir que estoy enfermo.

Me da risa pensar en ello. Si hubiera sabido cómo iba a irme la vida, caray, me habría dado de baja antes de empezar.

Estos últimos días he pensado cada vez más en mi padre. En el tipo de hombre que debió ser para hacer lo que hizo. En cómo influyó aquello en mí, porque aunque lo pensé en su momento, hasta ahora no me estoy dando cuenta realmente de la importancia y el significado de lo sucedido.

¿Qué tipo de persona podría hacer algo así? ¿Un hombre violento o un hombre compasivo? ¿Un hombre egoísta o un hombre cuya profunda generosidad no puedo esperar llegar a comprender? Tengo cuarenta y siete años, y aún no lo entiendo del todo.

Mi vida tiene dos partes, eso lo tengo claro. El Antes. Y el Después.

El Antes:

—Ponte ahí —dijo. Me dio un trozo de madera, fina como la hoja de un cuchillo—. Esto es caoba —dijo—. Ponla a la luz, mira el veteado.

La levanté. Vi las vetas.

—El veteado de la madera es como la huella del tiempo. El veteado de un corte transversal nos habla del tiempo, de las enfermedades, de los ciclos de crecimiento, de los años de sequía y de humedad, del paso de las estaciones, de todo tipo de cosas. El veteado nos dice lo que sucedió..., la vida que discurría en el mundo, alrededor del árbol, ¿entiendes?

Yo asentí, sonriendo. Entendía.

Me dio un trapo, una lata de cera. El trapo era fino como el plumón, amarillo y suave.

—Aplica la cera en un movimiento circular —explicó—, poco a poco. Capa por capa. Harán falta cinco, seis capas, quizá más. —Me enseñó cómo debía plegar el trapo en dos y situarlo sobre el dedo índice—. Pasa el dedo suavemente por la cera. Frota la superficie, no lo hundas. Si lo hundes, cogerás demasiada. Solo necesitas una fina capa en el trapo. Luego la aplicas sobre la madera, en un movimiento circular, dibujando círculos, como te he dicho. Cuando la cera ha penetrado en la madera la dejas una noche, y luego vuelves y repites el procedimiento, extendiendo la cera, frotándola por la superficie de la madera, dibujando círculos.

Me pidió que le enseñara cómo lo hacía.

—Más despacio —dijo—. Más despacio.

Fui trazando círculos con el trapo, más despacio, observando cómo la madera absorbía la cera.

—Bien —dijo. Me dio otra tira de madera, de quince centímetros por cuatro—. Ahora esta. Y cuando hayas acabado con esta, hay más.

—¿Para qué son? —pregunté.

Él sonrió. Se situó a mi lado, con aquel olor a madera, a cera y a tabaco que le rodeaba como una bruma, y sonrió.

—Espera y ya verás —contestó—. Tendrás que esperar para verlo.

Hice lo que me pidió. Esperé. Y lo vi. Si lo hubiera sabido, nunca le habría creído.

Y el Después:

Me encuentro de pie, en un campo, y de pronto me doy cuenta de que todo lo que me había dicho era mentira, y que la mentira llega tan lejos y tan profundo, y que se remonta a tantos años, que incluso los mentirosos han empezado a creerse esa mentira profunda e incuestionable.

De modo que me encuentro de pie, en un campo. Apenas hace unos años era un adolescente, y me imagino que soy la persona más importante de todo el mundo... Joder, tío, se me pone dura solo de pensar en lo importante que soy, y no llevo aquí más que unas semanas, y de pronto me doy cuenta de que voy a tener que empezar a mentirme a mí mismo a toda velocidad y constantemente para poder seguir haciendo esto.

—Odio cómo te miran —dice alguien.

—¿Quiénes? —pregunto. Miro al rostro de ese hombre; tiene la piel como cuero curtido al sol.

—Los chicos..., los hijos de los que acabas de matar.

—¿Matar? —pregunto yo en mi inocencia.

Él me mira intrigado.

—Joder, chico, ¿cuánto tiempo llevas aquí?

—Llegué el mes pasado.

Una sonrisa cómplice, un gesto de la cabeza, un guiño.

—Enseguida te adaptarás, no te preocupes. Hay una primera vez para todo, ¿eh? Solo que aquí se te follan sin preliminares ni nada.

Luego se echa a reír. Se ríe y se va.

Y me quedo ahí, de pie en medio de un campo, en algún lugar de mierda en la otra punta del mundo, preguntándome si hay algo de verdad en todo lo que me ha dicho.

Ceguera selectiva. Sordera selectiva.

Despertaría al día siguiente. El frío y duro puñetazo de la mañana... Bienvenido al mundo real, capullo.

En los años posteriores, con los recuerdos matizados por el paso del tiempo, Catherine y yo hablamos mucho. Hablamos sobre el Caribe y el Pacífico. Sobre la Costa de los Mosquitos y Bluefields. Los volcanes. Los bosques. Los terremotos y los desprendimientos, los huracanes, la erosión del terreno y la contaminación del agua, el índice de mortalidad infantil, la Alianza por la República, los Unionistas Centroamericanos, los de la Alternativa Cristiana, los Independientes Liberales...

Y nosotros.

Hablamos de nosotros. Y de lo que hacíamos. Y de por qué lo hacíamos.

Ancla a barlovento. Eso lo recordaría. Rifles AR7 del calibre 22. Balas de calibre pequeño que se deformaban fácilmente al impactar, dificultando su identificación. Girar los tobillos para chasquearlos antes de entrar en una casa en silencio. El procedimiento de limpieza en seco para detectar la presencia de equipo de vigilancia enemigo. Fumigación para eliminarlo. El Puente del Falsificador, una sencilla técnica con la que se usan los dedos de una mano para dar estabilidad a la otra y conseguir una caligrafía más fluida. El uso de la seducción. Los muñecos colocados en los vehículos para engañar a las patrullas de vigilancia sobre el número de ocupantes. Registros de correo, radiotransmisores, captadores y movimientos orquestados...

Hablamos de hombres legendarios, de lugares como Argelia y El Salvador, de momentos de la historia en los que sistemas políticos que habían tardado una década en asentarse caían estrepitosamente en una hora. Y todo porque se descubría petróleo, o un depósito de gas, o porque el extremo septentrional de un país africano sin salida al mar se convertía en la ruta más segura a otro lugar de mayor importancia.

Y los cócteles en los que los más admirados parecían beber más que nadie y marcharse los primeros. Un grupo de colegas dando una imagen propia de la casa de los espejos de un parque de atracciones. Ellos se seguían viendo como eran antes —hinchidos de orgullo, certidumbre y patriotismo, con aquel ardor convencido— y ahora sabían perfectamente que todo aquello se había perdido en algún rincón

remoto de una jungla diezmada, a los ojos de un niño que había visto morir a sus padres, entre las brasas de un poblado arrasado.

Estaban todos allí. Si se los miraba lo suficiente, podía verse incluso quién mentía a quién, simplemente fijándose en si evitaban a unos o a otros.

En la mayoría de esos sitios nos equivocamos. Meses de preparación, y luego nos equivocábamos de lleno. Los de Inteligencia nos daban una escuela, una reunión de personas importantes. Trece armas incendiarias —del tipo que solían usar la Baader-Meinhof y las Brigadas Rojas, del tipo que les enseñamos a fabricar— y acabábamos matando a once escolares. Joder, no es que los matáramos, es que los mandábamos de una patada en el culo al otro mundo. Herimos a otros treinta. Las represalias no se hicieron esperar. Dejaron veintidós cabezas de decapitados en la escalinata de la iglesia de Esteli. Dos por cada niño. Salimos de allí con el rabo entre las piernas y el corazón en un puño. De los ocho miembros de nuestro equipo, seis tenían niños.

Hablamos de uno de los países más pobres del hemisferio, de la deuda exterior, de los alzamientos, las revoluciones, de los seiscientos setenta millones de dólares de la reserva frente a una deuda de cuatro mil quinientos millones...

De la escala comercial más exitosa de toda América Central para el negocio de la cocaína de Estados Unidos y del intercambio de drogas por armas. Al menos desde principios de los ochenta, cuando nosotros nos implicamos. Al menos desde entonces.

Hablamos del mundo real.

Catherine y yo... Dios sabe cuántas veces hablamos de aquello, y no por mucho hablar resultaba más fácil. Pasamos muchos años huyendo de aquellas sombras, hasta que nos dimos cuenta de que eran las nuestras.

Pero ahora todo ha cambiado, ha cambiado tanto que no hay vuelta atrás. Ahora solo es cuestión de tiempo.

Eran las once de la mañana cuando Natasha Joyce salió de su piso y abandonó el barrio a pie. Tomó un autobús que la llevaría por Martin Luther King hasta Fairmont Heights. Estación de metro de East Capitol Street, media docena de paradas, y salió en la esquina de A Street North East y la Sexta. Un edificio imponente, todo de mármol y granito. Llevaba un abrigo puesto, pues el día era frío, desagradable, y el viento racheado hacía que le lloraran los ojos. Subió la escalera y entró en el majestuoso vestíbulo de la todopoderosa Administración Central de Policía, atendida por personas que no te devuelven la llamada. Un homenaje al hombre blanco. Un monumento a las bravatas y la tontería.

Un hombre en el mostrador, con aspecto de amargado, como si alguien le hubiera dado un bofetón cinco minutos antes, le habló con un tono de superioridad.

—¿Puedo ayudarla, señorita?

—Busco a alguien... He llamado antes, me dijeron que me devolverían la llamada y no he tenido noticias.

—¿Y con quién ha hablado, señorita...?

—Joyce. Me llamo Natasha Joyce. No apunté el nombre de la mujer que me atendía, pero estaba en el departamento de registros.

El hombre mostró una sonrisa de autocomplacencia.

—Según el último recuento me parece que tenemos unas doscientas cuarenta personas trabajando en el departamento de registros, señorita Joyce. Quizá si pudiera darme algún detalle sobre su solicitud, podría buscar la gestión en el sistema.

—Quería información sobre una persona llamada Darryl King. Murió en octubre de 2001. El motivo de que recurra a ustedes es porque lo encontró un policía. Vinieron y me dijeron que estaba muerto. Quería saber quién lo encontró, ¿sabe? Quería saber qué sucedió.

El hombre se quedó anonadado, abrió la boca como si fuera a hacerle una pregunta, pero se lo pensó mejor. Tecleó algo, esperó, negó con la cabeza y tecleó algo más.

Sonrió satisfecho de sí mismo.

—Ha llamado a las ocho cuarenta y ocho de esta mañana, sí. La ha atendido la operadora número cinco..., y aquí está, sí. Darryl Eric King. Hay una nota en el sistema que dice que aquí no tenemos ningún registro, y parece que la operadora número cinco ha hecho una petición a nuestro departamento técnico...

—Todo eso ya lo sé —dijo Natasha impaciente—. Eso fue hace más de dos horas. Dijo que iba a devolverme la llamada, y no me ha llamado. Por eso estoy aquí.

El hombre le sonrió con condescendencia. Su expresión era de paciencia, como si estuviera tratando con una niña, una niña pequeña, quizás una niña algo retrasada para su edad. Todo despacito, todo dos veces:

—Señorita Joyce —dijo. Separó las manos del teclado, las juntó, como si fuera a rezar—. A veces lleva un poco de tiempo buscar estos datos. Estos registros son muy antiguos...

—La mujer con la que he hablado me ha dicho que los envían electrónicamente. Llegan al instante, en un segundo o dos, eso es lo que ha dicho. No me ha dicho nada de que los registros fueran viejos... Ni que tuvieran que venir caminando solos hasta aquí. ¿Es eso lo que me está diciendo? —preguntó indignada. El hombre blanco adoptó de nuevo su expresión amargada, como si fuera a recibir otro bofetón antes de que acabara el día—. Lo que estoy pidiendo no puede ser tan difícil. ¿Cómo va a serlo? —Movi6 la cabeza de un lado a otro.

Estaba a punto de señalar con el dedo a aquel hombrecillo blanco. «Dime lo que quiero oír, hombrecillo, o vas a llevarte un puñado de bofetones —le diría, colocando quizá las manos en las caderas—. Ya basta. Estos cuatrocientos años de opresión se van a acabar aquí y ahora, capullo».

—Señorita Joyce, entiendo perfectamente su posición...

Ella estaba muy cabreada. Hecha una fiera.

—¿Que lo entiende? ¿Qué es lo que entiende? Lo que usted entiende y lo que entiendo yo ni siquiera van por la misma jodida calle, señor...

—Señorita Joyce —dijo con un tono de pronto adusto. Ahora estaba contrariado, y se levantó de la silla—. No hay ningún motivo en absoluto para que use ese lenguaje. Si no se comporta de un modo civilizado voy a tener que llamar a seguridad y hacer que la echen del edificio..., y créame, señorita Joyce, no me intimida lo más mínimo. Estoy haciendo todo lo que puedo para ayudarla con su solicitud, y no le he faltado al respeto ni...

Natasha Joyce se echó hacia atrás y bajó la cabeza.

—Lo siento —se disculpó. Sabía que no iba a llegar a ninguna parte si machacaba a aquel pobre hijo de perra—. Estoy algo disgustada, señor —dijo—. Estoy algo disgustada, y recientemente han pasado cosas que me han recordado otras que pensaba que podría olvidar, y lo único que estoy intentando es buscar un poco de ayuda... —Sacó un pañuelo de papel del bolsillo. Tenía que recurrir a la imagen de la pobre niña perdida, la media sonrisa, la carita de pena. Lo que hiciera falta.

El capullo blanco de cara amargada sonrió. Levantó las manos en un gesto conciliador. «Agua pasada —pensó—. Empezamos de nuevo. Vamos a volver atrás, a rebobinar este pequeño fragmento de nuestras vidas y a empezar de nuevo, ¿vale?».

—Muy bien —dijo—. Disculpas aceptadas. Haremos lo que podamos por ayudarla, señorita Joyce, pero tiene que entender que a veces estas cosas llevan más tiempo del que desearíamos. Tiene que entender nuestra posición: tratamos con los registros de muchísimos distritos policiales y de miles de agentes, en activo, retirados

e incluso difuntos... —dijo, bajando el volumen progresivamente. Escribiendo algo en el teclado. Leyendo la pantalla, asintiendo.

»Espérese aquí —pidió. Sonrió y se levantó de la silla.

No tardó más que unos minutos. Natasha esperó pacientemente, y cuando el hombre regresó no venía solo.

Amanda llamó mientras se dirigían en coche al departamento forense.

—Sí, claro que lo he hecho —le decía Al Roth—. Ya hablaremos cuando vuelva esta noche... Sí, cariño, claro. Yo también te quiero.

—¿Problemas? —preguntó Miller.

Roth negó con la cabeza y guardó el móvil.

—A la izquierda por aquí —dijo—. La primera a la derecha al llegar al final, es más rápido.

Miller siguió las indicaciones de Roth y aparcó a unos cincuenta metros del edificio del departamento forense.

Una vez dentro se identificaron. Parecía que el recepcionista los esperaba.

—De Greg Reid —aclaró el tipo, y les pasó un sobre sin señas por encima del mostrador—. Él no está. Tenía un caso y ha salido. Me ha dicho que dejarían algo para él, ¿no?

Miller asintió y le entregó la bolsita de plástico con el recorte de periódico.

—Cuando le vea, dele las gracias —dijo Miller, y Roth y él salieron del edificio y volvieron al coche.

Reid les había hecho copias de las tres fotografías y las había sometido a un procedimiento digital para mejorarlas, con lo que estaban más claras que los originales.

—¿A ti te parece un asesino en serie? —preguntó Roth, mirando el rostro del hombre de la foto y frunciendo el ceño.

Miller sonrió.

—¿Y qué aspecto tiene un asesino en serie?

Roth le devolvió la foto a Miller y puso el coche en marcha.

—Vete tú a saber —respondió—. En fin, ahora vamos a Columbia Street.

Eran casi las diez cuando llegaron a casa de Catherine Sheridan. Roth aparcó junto al bordillo, apagó el motor y los dos se quedaron en silencio un momento. El motor hizo unos ruiditos mientras se enfriaba.

—¿Qué es lo que esperamos encontrar exactamente? —preguntó Roth.

—Ella volvía a pie por aquí —dijo Miller—. Hace tres días. —Cerró los ojos, frunció el ceño y unos profundos surcos le cruzaron la frente—. Quiero saber dónde narices fue después de pasar por el *deli* y antes de volver a casa.

—Podríamos poner un anuncio en la prensa —sugirió Roth—. Preguntarle a la gente si la vio.

—Creo que no. A Lassiter le quedan quizá dos días más, a lo mejor hasta final de semana, y luego el jefe pedirá un equipo especial. No quieren que aparezca en las noticias, créeme. Joder, tú ya sabes cómo son estas cosas.

Roth se quedó en silencio. Sabía cuándo convenía estar callado.

—¿Qué hizo desde que salió del *deli* y hasta que llegó a casa? ¿Estaba él ya en la casa cuando ella volvió? ¿Puso ella el DVD y luego entró él? —Miller se volvió hacia Roth—. He pensado en eso... En lo que yo hago cuando alguien viene de visita, o cuando suena el teléfono y estoy viendo una película.

—La pones en pausa, ¿verdad?

Miller asintió.

—Exacto. Y ella no la detuvo, y lo que me dice eso es que ella la estaba viendo y él ya estaba en casa, o lo otro...

—Que él la atacó y luego la puso.

—Exacto.

—Eso sería de lo más retorcido.

—Estoy de acuerdo —dijo Miller—. Eso sería de lo más retorcido.

—¿Así que vamos a volver a entrar en la casa?

—Sí —respondió Miller, buscando la maneta de la puerta con la mano—. Y no saldremos de ahí hasta que sepamos quién cojones era Catherine Sheridan en realidad.

Me pregunto qué habría dicho mi padre si hubiera sabido lo que iba a ser de mí. Minnesota elige a un congresista musulmán relacionado con Louis Farrakhan, líder de la Nación del Islam.

Agentes de Virginia informan a ABC News que el FBI investiga denuncias de intimidación a los votantes.

Y apenas hace una semana, el 7 de noviembre, la mayor ironía de todas. Un exrevolucionario marxista, un hombre que yo conocí muy bien durante muchos años, recupera la presidencia. El gobierno de Estados Unidos ha emitido amenazas veladas de que impondrán medidas de castigo.

En noviembre de 1980, Reagan y Bush ganaron las elecciones. La guerra se prolongó cuatro años más, mientras Estados Unidos vendía a los iraníes y usaba el dinero obtenido para darles apoyo. Justo después de Haití, la segunda nación más pobre del hemisferio occidental y donde Reagan tenía un gran interés en evitar la infiltración comunista, que pensaba que se abriría camino hacia el norte por Honduras, Guatemala y México. Guatemala. Joder, allí también estuvimos. Aún estamos allí, interfiriendo y engañando a todo el mundo. Cinco mil asesinatos al año.

Todo es una fina línea. Una fina línea que va de México a Colombia, atravesando el canal de Panamá. La coca. La heroína. Las armas. El dinero. Dios, ¿en qué estábamos pensando? Infiltración comunista a través de las cañerías de América Central. ¿Cuántos años me pasé ahí abajo? ¿Cuántos comunistas de verdad encontré?

Qué agridulce ironía. Sería casi divertido, si no fuera por la cantidad de gente que murió.

Y ahora Bush Júnior ve cómo se desmorona el imperio.

En junio de 1986 Estados Unidos fue declarado culpable de violar la ley internacional al apoyar a los rebeldes. La sentencia del Tribunal Internacional de Justicia falló que Estados Unidos debía pagar una compensación, pero Reagan boicoteó la decisión e hizo caso omiso del veredicto.

«Han violado su obligación, según el derecho internacional consuetudinario, de no usar la fuerza contra otro Estado, de no intervenir en sus asuntos, de no violar su soberanía y de no interrumpir el comercio marítimo pacífico».

Eso es lo que dijo el Tribunal Internacional.

«Se los ha hallado culpables de entrenar, armar y financiar fuerzas paramilitares, y de colocar minas en aguas de otro país...». «Que te jodan a ti, a tu mami, y

también a tu papi..., y que jodan también al caballo en el que montas», dijo Reagan.

Durante los años 1987 y 1988 esperamos intranquilos el resultado de las conversaciones, y por fin se firmó un tratado de paz.

Seis años más tarde llevamos a cabo otro gran montaje. Una rebelión apoyada por Estados Unidos, con la Unión Nacional Opositora a la cabeza, volvió a provocar la expulsión del gobierno. Persistimos en nuestra negativa a pagar las compensaciones por los daños que habíamos provocado, y en 1991 la Unión Nacional Opositora, el gobierno que habíamos puesto en el poder por la fuerza, anunció que renunciaría a las medidas para exigir la compensación por parte de Estados Unidos.

Y ahora el hijo pródigo ha vuelto. Hijo bastardo, mejor así. Usa la inmunidad del Congreso para evitar las acusaciones de violación por parte de su hijastra, y vuelve a ocupar el escaño de la presidencia.

Venezuela se parte de la risa. ¿Qué ha dicho Chávez? «Nos uniremos como nunca antes para construir un futuro socialista. América Latina está dejando de ser el patio trasero del imperialismo de Estados Unidos. Y para siempre. Yankees, go home!»

El gobierno de Bush califica la elección de «transparente».

Y yo digo: «Oye, George... ¿Te acuerdas de Florida?».

Así que ahora estamos otra vez en Washington, y los demócratas han recuperado el control de la Cámara de Representantes por primera vez desde 1994.

Hace cuatro días el gobierno de Estados Unidos admitió la derrota en las elecciones de medio mandato. Incluso perdieron Virginia, tradicional bastión republicano. Empezaron a aparecer desmentidos a medias, confirmaciones a medias, pero se mire por donde se mire, parece que actualmente están experimentando su propia «rendición extraordinaria». El Watergate..., joder, eso no fue nada.

Las ramificaciones van más al sur de lo que se pueda imaginar siquiera.

Rumsfeld se retira. Por Dios, el tipo tiene ya setenta y cuatro años. Bush dice que necesitamos una nueva perspectiva en Irak, así que, ¿a quién buscan? A Robert M. Gates, el director de la CIA con Bush padre. Por el amor de Dios, Gates fue director de la CIA de 1991 a 1993. Ocupó el cargo de subdirector de la central de inteligencia a las órdenes de William Casey. Y antes de eso fue director de la CIA de 1986 a 1989. Parece que siempre se vuelve a lo mismo.

«Mierda. —Oigo que dice alguien—. Nos van a dar la patada en el culo para los próximos dos años».

No, yo no lo creo..., tal como trabaja esta gente, habrán ideado algo para finales de la semana que viene. Esperad y veréis, amigos míos, solo tenéis que esperar.

Veo cómo van sucediéndose estas cosas y me impresiona la aberrante locura de lo que estamos haciendo con nuestro país, con nuestras vidas. Pienso en los países que hemos bombardeado desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Puedo hacer una lista ahora mismo: China, Corea, Guatemala, Indonesia, Cuba, El Congo, Perú,

Laos, Vietnam, Camboya, Granada, Libia, El Salvador, Panamá, Irak, Sudán, Afganistán y Yugoslavia. Y esos son los que os hemos contado.

Y nosotros estábamos ahí, con todos los demás, en la clandestinidad, en las expediciones preliminares, el día después. Yo vi un par de ellos, y un par de ellos me bastaron. A Catherine también. Estábamos allí, cumpliendo con nuestro papel, haciendo lo que debíamos, en representación del jefe ejecutivo del gobierno federal, el jefe administrativo del Departamento Ejecutivo, el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. Tal como dicen...: «Si sabes lo que hace la CIA, sabes lo que quiere el presidente».

Fuimos el centro de atención durante demasiado tiempo. Sé lo que sucedió allí. También sé lo que sucedió en Afganistán, en Colombia, en demasiados sitios. ¿Y toda la mierda que he visto? ¿Y todas las cosas que sé...?

Tenemos que pagar por lo que hicimos.

Pero creedme, esta vez también van a pagar otros.

A veces ni siquiera puedo soportar pensar en ello.

Me pregunto qué habría pensado mi padre si estuviera vivo.

Pero no lo está. Murió. Y quizás un poco de mí murió con él.

Hasta más tarde —una hora, quizá dos— Natasha Joyce no tuvo una sensación de inquietud y desasosiego. Sutil, casi intangible. No era lo que le dijeron, ni lo que le preguntaron, sino cómo se lo preguntaron.

El recepcionista de la Administración Central de Policía había regresado con una mujer blanca bien vestida, de cuarenta y muchos, que mostraba una actitud abierta y comprensiva. Le mostró a Natasha un despacho privado. Natasha la siguió, no hizo preguntas, y una vez en el interior de la sala, austera y sin decoración, ambas permanecieron sentadas un momento. Natasha sintió que estaba siendo observada, examinada, y entonces la mujer dejó un fino dossier de color marrón sobre la mesa, una serie de hojas rayadas y una pluma.

—Me llamo Frances Gray —dijo la mujer—. Trabajo para la oficina de relaciones públicas del Departamento de Policía de Washington. Nuestra función es la de hacer de puente entre el público y la gente que gestiona los asuntos policiales. —La señora Gray sonrió—. ¿Tiene alguna pregunta antes de que empecemos?

—¿De que empecemos el qué? —preguntó Natasha.

—La entrevista.

—¿Entrevista?

—Sobre su solicitud de esta mañana.

—¿Se están ocupando de eso?

Frances Gray asintió.

—Sí, me ocupó yo.

Natasha se echó hacia atrás y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Bueno, sí que tengo una pregunta, señora Gray...

—Llámeme Frances. Esto no es una entrevista formal.

—¿Frances? Muy bien, si es lo que quiere. Bueno... Mi pregunta es esta: ¿cómo es que de pronto me asignan un despacho privado y una persona como usted cuando lo único que he hecho es una llamada telefónica?

—Es el procedimiento estándar en un caso así, señora Joyce.

—¿Me está diciendo que este es el procedimiento estándar que siguen con cualquiera que haga una pregunta sobre alguien que ha muerto?

—No, por supuesto que no... No con cualquiera que solicite información sobre una muerte normal... —Frances Gray se interrumpió y soltó una risita algo tensa—. Eso suena muy frío, muy antipático —reconoció—. No quiero parecer insensible, pero la muerte de su novio...

—Yo no les he dicho que era mi novio —le interrumpió Natasha.

—No, no lo ha hecho, pero sí se lo mencionó a la persona que le atendió en la oficina del registro cuando los llamó ayer.

—¿Lo hice?

Frances sonrió.

—Sí... Llamó al registro ayer, y según parece le dijeron que todos los registros se archivan durante cinco años, y que quizá podría probar aquí.

—¿Tienen esa conversación grabada?

—Sí. Nos gusta ser eficientes cuando tratamos con solicitudes importantes.

Natasha negó con la cabeza.

—Esto no tiene sentido, Frances... Si algo tengo claro es que esto no tiene sentido.

Frances frunció el ceño y ladeó la cabeza.

—¿No tiene sentido? ¿Qué es lo que no tiene sentido, Natasha?

—Que se tomen todas estas molestias por alguien como Darryl. Quiero decir que era el padre de mi hija, pero nunca fue alguien importante. No era más que un ladronzuelo de poca monta y un heroinómano.

Frances permaneció un rato callada, y luego meneó la cabeza lentamente.

—No le dijeron nada, ¿verdad? —preguntó, pausadamente.

—¿Decirme qué? ¿Sobre qué?

—Sobre Darryl King... Sobre lo que sucedió cuando murió.

—Por Dios, ¿es que hay mucho que saber? Le dispararon. Algún poli lo encontró, eso es lo que oí. Quería ver si ese poli aún sigue por aquí, para preguntarle qué sucedió.

Frances asentía lentamente.

—Muy bien..., muy bien, Natasha. ¿Y puedo preguntarle por qué, después de estos años, quiere descubrir lo sucedido?

—Por mi hija —dijo Natahsa—. Tengo una hija de nueve años. Se llama Chloe. Últimamente he pensado que debería saber algo de lo ocurrido. Quería saber si sucedió algo más de lo que he oído. Se está haciendo mayor, empieza a hacer preguntas, y un día me preguntará quién era él y qué le pasó, y si le digo la verdad...

—Natasha hizo una pausa y sonrió—. Si le digo la verdad, Frances, no se me da nada bien mentirle a una niña, ¿sabe?

La expresión de Frances decía todo lo que había que decir; daba la impresión de que entendía exactamente a lo que se refería Natasha.

—Dígame lo que sabe —pidió—. Dígame lo que sabe de lo que sucedió, y yo le contaré todo lo demás, ¿de acuerdo?

Natasha suspiró profundamente. Se recostó en la silla y cerró los ojos un momento. Cuando levantó la mirada se encontró a Frances, que esperaba pacientemente, dispuesta a oír todo lo que Natasha tenía que decirle.

Miller se quedó un buen rato mirando el salón de Catherine Sheridan.

A la luz del día, la ausencia total de personalidad era claramente visible. No había flores, ni ornamentos, ni cuadros en las paredes. Roth y él habían estado en la cocina y habían encontrado lo básico: cubiertos, cazuelas, un cazo, un wok. Y los habituales productos de limpieza, trapos, una caja con crema marrón y negra para limpiar zapatos, un aplicador, un cepillo. No había cortapizzas, ni palillos chinos, ni plantas en tiestos, ni armario de las especias, ni separador de claras. Examinaron los armarios y los cajones. Encontraron todo lo que alguien podría necesitar en una cocina adaptada al más sencillo y vulgar de los gustos, pero lo que no encontraron —al menos desde la perspectiva de Miller— fue nada personal.

Se quedó allí de pie, inspeccionando los utensilios y accesorios expuestos sobre la encimera.

—No está bien —le dijo a Roth—. Hay algo en este lugar que no está bien.

—¿Cuánto tiempo llevaba aquí? —preguntó Roth.

—Según el dossier, tres años o tres años y medio, algo así.

Roth miró hacia la ventana, aparentemente distraído por un momento.

—¿Sabes lo que me recuerda? —dijo por fin—. Me recuerda una película que vi una vez... Encuentran a un tipo muerto en Central Park, completamente vestido, con zapatos, traje, corbata, camisa, todo lo demás, incluso llevaba un abrigo, pero le habían quitado todas las etiquetas. Quiero decir que todo lo que podría revelar algún indicio de su procedencia, de dónde vivía..., se lo habían quitado. No llevaba cartera, ni agenda, ni llaves, ni carné de conducir, ni siquiera etiqueta en el interior de la chaqueta.

—Como si alguien lo hubiera limpiado todo —dijo Miller—. Como si alguien hubiera repasado el lugar y se hubiera llevado todo lo que pudiera decirnos quién era la víctima.

—¿Tú viste alguno de los otros escenarios? —preguntó Roth.

Miller negó con la cabeza.

—¿Tú?

—Solo vi el de la tal Rayner. Eso fue en julio. Visité el escenario una vez. Era de noche. No vi gran cosa. Podía haber vuelto al día siguiente, pero no lo hice. Un par de agentes de uniforme volvieron con los de la Científica, eso es todo.

—Entonces, esto no se ha convertido en algo gordo hasta ahora, ¿no?

—¿Algo gordo? —preguntó Roth—. ¿Qué quieres decir con «algo gordo»?

—El primero, Margaret Mosley..., aquello no fue más que un asesinato. Y con eso me refiero a que fue un incidente aislado. Tenía pinta de crimen pasional. Algo que se le fue a alguien de las manos, ya sabes. El segundo, el que tú viste, fue una coincidencia, ¿no? Si hacemos caso al dicho: «La primera es casualidad, la segunda es una coincidencia, con la tercera tienes una conspiración». Pero luego llega el tercero, el de Barbara Lee, y entonces ya tenemos un patrón. Y con el cuarto entramos en el territorio de un asesino en serie. Así es como lo ven los peces gordos

del Consejo Municipal. Ahora ya tenemos algo de lo que preocuparnos. La noticia se extiende, la gente se olvida de las elecciones, recuerdan que había algo ahí, en el fondo de sus mentes. Empiezan a escribir cartas al *Post*, la prensa se mete por todas partes, y quieren saber qué estamos haciendo para parar esta epidemia de asesinatos.

—Y este es el importante, ¿no? —dijo Roth, más afirmando que preguntando.

—Este es diferente —respondió Miller. Se acercó a la mesa y se sentó de cara a su compañero—. La sensación que tengo yo... Dios, no sé qué sensación tengo. Me da que no es lo mismo. Hay algo en este caso que hace que parezca una imitación, pero no puede serlo... a menos que lo hiciera alguien de dentro del departamento, ¿sabes? En cualquier caso, independientemente de quién pueda haberlo hecho, hay algo diferente en este. Y no me refiero solo a lo del pizzero, o a que nuestro hombre la mató y luego llamó a alguien para que la encontrara. Además de eso, hay algo en este que me dice... —Miller negó con la cabeza—. Joder, Al, no lo sé. Lo del pizzero y lo de esa Natasha Joyce, y eso de que el número de teléfono coincidiera con el número de caso de Darryl King, ¿sabes? Los recortes de periódico debajo del colchón... A lo mejor eso es algo; a lo mejor no.

—A mí se me ha ocurrido —propuso Roth—... que, de ser un imitador, quizá no sea porque el tipo tiene acceso a archivos clasificados o cosas así, sino porque conoce al asesino original.

—¿Cómo? ¿Que haya dos asesinos?

—No es más que otra explicación posible para el parecido entre los casos.

—Por Dios, eso es aún más horrendo que la posibilidad de que sea un poli.

—Bueno, ahora necesitamos algo que nos diga quién era la víctima. De momento no es nadie. De momento su número de la seguridad social es el de una mujer llamada Isabella Cordillera y, por lo que sabemos, actualmente no hay nadie vivo que se llame Isabella Cordillera.

—¿Ese nombre en qué idioma está? —preguntó Miller.

Roth negó con la cabeza.

—¿Español? ¿Portugués, quizá?

—Tenemos que comprobarlo; a lo mejor ahí hay algo.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Estás listo para examinar la casa conmigo?

Miller se levantó de la silla y se quitó la chaqueta.

—Arriba —decidió—. Empezamos por arriba y luego bajamos.

Roth le siguió, dejó la chaqueta colgada en el respaldo de la silla y se dirigió hacia la escalera.

—¿Que era qué? —preguntó Natasha.

—Un informador —respondió Frances Gray—. Darryl colaboraba con la policía en el momento de su muerte. Les proporcionó una cantidad considerable de

información valiosa sobre los canales de venta de droga en esa parte de la ciudad. Como resultado de la investigación...

—Murió —le interrumpió Natasha.

Frances Gray asintió.

—Sí, murió, pero ayudó a meter a muchos traficantes importantes en la cárcel.

Natasha Joyce sintió las lágrimas que rompían la tensión superficial y caían por sus mejillas. No sabía qué decir. Estaba sorprendida, mucho, pero de algún modo se sentía aliviada. Aliviada de que Darryl hubiera intentado hacer algo para reparar el daño que había causado...

—Un momento —dijo—. ¿Estaba detenido, o qué?

Frances Gray frunció el ceño; no respondió.

—¿Estaba informando sobre aquellos tipos porque la policía le había pillado y habían hecho un trato para librarse de algún cargo?

—No, según nuestro informe, no. Según el informe que tenemos de este caso, parece que se presentó voluntario.

—¿Y cómo murió exactamente?

—¿Ya sabe que le dispararon?

—Claro, sé que le dispararon. Pero ¿quién le disparó?

Frances Gray meneó la cabeza.

—Eso no lo sabemos. Al menos del todo. Sabemos que fue uno de los hombres que estaban en el interior del almacén donde se hizo la redada.

—¿Que estaba en una redada en un almacén? ¡Me está tomando el pelo! ¿Por qué narices iba a llevarse la policía a una redada a un informante yonqui?

Frances Gray volvió a negar con la cabeza.

—No estoy al tanto de todos los detalles —dijo—. Lo único que sé es que un agente de policía que hacía de contacto de Darryl también recibió un disparo. Se retiró del departamento, pero tengo entendido que Darryl llevaba trabajando con él un tiempo antes de esta redada... No sé exactamente qué es lo que ocurrió. Tengo muy pocos detalles sobre el caso, ¿entiende? Me gustaría poder responder a todas sus preguntas, Natasha, pero no estoy en posición de hacerlo... No porque no quiera, ni porque el departamento de policía pueda tener algún problema con ello, sino porque los datos han desaparecido...

—¿Qué?

—Hubo una inundación en el antiguo archivo. Eso fue hace dos o tres años, y muchos de los registros que teníamos resultaron dañados hasta quedar irreparables. Ya no existe documentación al respecto, Natasha, de modo que solo puedo decirle lo que sabemos a partir de las notas que escribió el agente después de que le dieran el alta del hospital.

—¿Y quién es? El agente... ¿Quién es?

—¿Su nombre?

—Claro, su nombre... ¿Cómo se llama?

—Lo siento, no puedo darle esa información. No puedo identificar a un agente de policía...

—Acaba de decir que está retirado, ¿no? Si está retirado, ya no es un agente de policía.

Frances Gray sonrió paciente.

—Lo siento... Estas cosas aún requieren cierta confidencialidad. Las personas a las que arrestaron y encarcelaron a resultas de esta acción siguen en prisión, así que...

—Dios Santo, ya volvemos a lo mismo. No hay nadie que se digne a responderme una pregunta claramente. ¿Qué diantres cree que voy a hacer, eh? Le he dicho por qué quería saber lo sucedido. Mi hija tenía cuatro años cuando mataron a su padre. Lo único que nos dijeron es que le dispararon. Ni siquiera pude identificar su cuerpo. Lo hizo su madre, ¿sabe? Tuvo que ver a su propio hijo ahí, tirado, con un agujero de bala en el pecho. Era su único hijo. Ya había perdido a su marido años antes... y vio a su hijo asesinado, como un yonqui, ¿entiende? ¿Sabe lo que le sucedió? Yo le diré lo que le sucedió... Murió con el corazón roto, la pobre anciana. Simplemente se le acabaron las ganas de vivir. Murió a los seis meses. Ahora solo quedo yo. Yo, y la hija de Darryl. Y queremos saber lo que ocurrió, y cuando le hago una sencilla pregunta...

—Ya basta —dijo Frances Gray, interrumpiendo a Natasha en seco—. Parece que no entiende la posición en la que nos encontramos...

—¿La posición en la que se encuentran? No me suelte ese rollo, señora Gray. ¡Por Dios, la posición en la que se encuentran! Le voy a decir algo, aquí y ahora: piense en cómo podría haberse sentido esa mujer si le hubieran dicho que su hijo estaba colaborando con la policía para limpiar de droga una parte de Washington. ¿Ha pensado en cómo se habría tomado la muerte de su hijo si le hubieran contado eso?

—Señorita Joyce... De verdad, intento hacerme cargo de su situación. Intento ayudarla en todo lo que puedo, y ahora mismo su actitud y sus modos no me lo ponen nada fácil.

—¡Dios, debería oírse a usted misma! Soy yo la que ha venido hasta aquí, porque ustedes no me han devuelto la llamada. Usted ha venido a buscarme y me ha sacado del mostrador..., quería hablar conmigo, quería ayudarme a comprender lo sucedido, y solo le pregunto una cosa...

—Que no tengo autoridad para responderle —contestó Frances Gray sin inmutarse.

—Y entonces, ¿qué narices hacemos ahora? ¿Esperamos a que baje alguien que sí tenga autoridad? ¿Es eso lo que vamos a hacer?

Frances Gray sonrió, pero de un modo artificioso y algo falso.

—Vamos a concluir esta entrevista, señorita Joyce, y yo voy a realizar unas gestiones para ver si puedo facilitarle esa información. Eso es lo que voy a hacer.

—Y nunca más voy a volver a tener noticias tuyas, ¿verdad? Así es como va a ir la cosa. Dígame que me equivoco.

Frances Gray meneó la cabeza. Recogió su dossier, sus papeles, su pluma; se puso en pie, se alisó la chaqueta y se dirigió a la puerta. Ya en el pasillo, esperó pacientemente hasta que Natasha la siguió.

—La acompañaré al mostrador —dijo fríamente Frances Gray.

Y mientras la seguía hasta el vestíbulo de recepción, Nastasha Joyce maldijo su poca cabeza, su impaciencia, su carácter explosivo.

Actitud. Eso es lo que solía decir Darryl. «Es cuestión de actitud, chica, y la actitud es la misma en todos los casos, solo que a veces te sirve de ayuda y a veces no».

Frances Gray le dijo a Natasha Joyce que se pondría en contacto con ella en cuanto pudiera. Le deseó un buen día, se dio media vuelta y se alejó repiqueteando con sus tacones sobre el suelo de mármol; luego se hizo el silencio.

El hombre de la recepción sonrió.

—Espero que le hayamos sido de utilidad —dijo, amablemente.

—Mucho —respondió Natasha con una sonrisa forzada y un tono casi de disculpa, y luego se apresuró a salir del edificio y sumergirse en la lluvia de media mañana que había empezado a caer en su ausencia.

Richard Helms, director en funciones de la CIA, en un discurso en el Club Nacional de la Prensa, dijo: «Tenéis que confiar en nosotros. Somos hombres de honor».

El capitán George Hunter White, recordando sus años de servicio en la CIA, recordó: «Yo trabajé duro, buscaba la acción, porque era de lo más divertido. ¿A qué otro lugar puede ir un chaval americano de sangre caliente donde pueda mentir, matar, engañar, robar, violar y saquear con el visto bueno y la bendición de la autoridad máxima?».

Esas fueron algunas cosas del Después...

Después de aquello que le pasó a mi madre, y de lo que hizo mi padre, y de cómo lo planeó todo para que le ayudara...

Pero antes de eso:

La paciencia personificada. Allí, de pie, trabajando en el banco, con una lata de cera a la derecha y una fila de piezas de madera a la izquierda. De una en una. Relucientes como el cristal. Suaves como la pasta roja que usan los joyeros para pulir.

—Son muy finas —dijo mi padre—. Si las doblas, se quiebran como patatas fritas. Tienen que quedar tan pulidas que puedas verte reflejado en ellas.

—¿Para qué son? —volví a preguntar.

Él sonrió y negó con la cabeza.

—¿Ves ese tablón de ahí? —dijo, señalando con su dedo manchado de tinte—. Aún tengo que cortarlo y darle forma. Cuando esté bien lijado, haré un dibujo y luego haré incisiones y huecos en el dibujo, y las piezas barnizadas que estás puliendo encajarán entre sí, formando una imagen.

—Con incrustaciones —dije yo.

—Exacto —asintió—. Incrustaciones.

—¿Y para qué es el tablero?

—¿Que para qué es? ¿Para qué son las cosas? El objetivo es el tablero mismo. Todo tiene un fin, y cuando entiendes ese fin...

—En serio... ¿Para qué es?

Él alargó la mano y me cogió del hombro.

—Te lo diré cuando hayamos acabado —dijo.

Y yo me quedé mirando cómo trabajaba. No pronunció una palabra más.

Más tarde, al recordar el pasado, rememoré a Catherine de un modo extraño. Incluso en sus silencios, tenía más que decir que ninguna otra persona que yo hubiera conocido.

Y, una vez más, del Después:

Nos dimos cuenta de que Reagan era un capullo.

Director ejecutivo del gobierno federal, jefe del Departamento Ejecutivo del gobierno, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. Se suponía que tenía la última palabra.

Los tres poderes del país —legislativo, ejecutivo y judicial—. Bueno, dejemos el legislativo: no son más que abogados y escribanos, burócratas, subalternos sin rostro. El judicial cubre el Tribunal Supremo, tiene autoridad sobre todos los tribunales de Estados Unidos, y la función de «interpretar la Constitución», sea lo que sea eso, pero incluso en ese caso, cuando hablamos del tribunal de justicia principal y de los ocho tribunales que de él dependen, ¿quién nombra a los jueces? Exacto, amigos míos, el capullo todopoderoso en persona.

Pasamos al ejecutivo, y vemos que es una bestia de dimensiones descomunales: Estado, Tesoro, Defensa, el FBI, el Departamento de Interior, la Oficina de la Casa Blanca, el Consejo de Seguridad Nacional...

Y la lista sigue.

Y la CIA, la Agencia Central de Inteligencia, magnífico oxímoron en sí misma... Estos tipos están en lo más alto del poder ejecutivo. ¿Y quiénes son? No nos engañemos: son la central de inteligencia, las operaciones encubiertas, las ejecuciones sin juicio, las actuaciones de limpieza de elementos desestabilizadores, asesinatos, golpes de Estado y socavamiento de todo lo que suponga una amenaza a la unidad del «Gran Modo de Vida Americano» del presidente de Estados Unidos. Su puto ejército personal. Sus sabuesos.

En el interior de la CIA también había gente buena.

Pero esos no conseguían ser buenos mucho tiempo.

Es una falacia. No puedes tener una organización corrupta y al servicio de sí misma, y esperar que los que trabajan en ella sean idealistas. La gente acaba dejándose absorber, y se integran en el programa o, cuando comprenden lo que es el programa, ponen tierra de por medio lo antes posible. Y a veces, como todos sabemos, se los quitan de encima por la fuerza, recurriendo al mecanismo de la «rendición extraordinaria».

Y luego tenemos a gente como yo.

La cosa empezó entonces, tras aquello que pasó con mi madre y mi padre. Tiempo atrás, cuando era un crío y no tenía ni idea de qué iba a hacer con mi vida.

Vieron algo, los «pastores». Así es como los llaman. Ojeadores, tipos que van por ahí buscando gente para reclutarla, adoctrinarla y entrenarla, hacerla pasar por un

montón de cosas, una serie de pasos que van reduciendo la selección hasta que solo quedan unos pocos. Los pastores.

Vieron algo en mí. El solitario. El perdedor. El que no encajaba. Eran buenos. Vaya si eran buenos. Sutiles, inteligentes, insidiosos. Supieron trabajar conmigo. Investigando mis convicciones, mis intereses, las cosas en las que yo creía, las que no. Se colaron en el tejido del campus universitario. Llevaban allí desde siempre. Lawrence Matthews. Profesor de filosofía en la Virginia State University, en Richmond. Yo llevaba allí poco más de un año. No hacía ni ocho o diez semanas que habían muerto mis padres. Cambió mi visión de la vida. Me dejó huella. Lawrence Matthews era paciente, comprensivo, un buen hombre. Entendía que la ingeniería había sido una elección de mi padre, que las matemáticas y la física, y todo eso, no eran lo mío. La lengua y la filosofía. Aquello era lo que me gustaba, y tras la muerte de mi padre fue allí hacia donde orienté mis pasos.

El profesor Lawrence Matthews estaba allí para recibirme, y desde luego puso mucho de su parte. Largos debates. Política. La vida. La muerte. El más allá. Dios como icono, Dios como identidad. Todo una gran mierda y una gran tontería. A Lawrence Matthews le encantaba toda aquella mierda. Podía ponerse a dar vueltas a algo hasta hacerte desaparecer por el agujero de tu propio culo. Era lo suyo. Creo que lo formaron como interrogador, y cuando se quemó o desarrolló una conciencia propia lo colocaron allí, en la Virginia State, para que se ocupara de buscar candidatos para la Compañía. Era un lector. Sabía leer a la gente, y cuando leía algo que le cuadraba, se lo decía al pastor. Entonces venía el pastor, que era un amigo del profesor Matthews. Y el amigo del profesor Matthews era un buen tipo, un tipo normal, que se podía tomar una cerveza, mirando cómo bailaban los estudiantes, mientras se fumaba unos cigarrillos con los mejores de ellos.

Mi pastor se llamaba Don Carvalho, y nunca supe si aquel era su auténtico nombre, aunque en realidad no me importaba cómo se llamara de verdad. Estaba allí para hacer un trabajo, y lo hacía lo mejor que podía. Don Carvalho era señor de su propio destino, por lo menos eso me parecía. Lo sabía todo. Joder, no podía tener más de veintiocho o veintinueve años, pero a mí me daba la impresión de que sabía todo lo que valía la pena saber. Don era un mago, un brujo, un portavoz de las minorías oprimidas, un político, un rebelde, un insurgente, un terrorista espiritual para los estetas. Don podía discutir sobre Camus y Dostoyevski, sobre Solzhenitsyn y Soloviev, sobre Descartes, Kerouac, Ken Kesey, Raymond Chandler o las películas de Edward G. Robinson. Su padre era abogado en Hollywood. Su padre conocía a gente. Y su abuelo conocía aún a más gente, podía contar anécdotas sobre el trabajo de Cary Grant para los servicios de inteligencia británicos, descubriendo a afiliados y simpatizantes nazis en la industria del cine durante la Segunda Guerra Mundial. Don Carvalho conocía a gente que había trabajado para Joe McCarthy. Su madre era israelí, de Tel Aviv, y a principios de los años cincuenta había estado vinculada a

la creación de algo llamado Mossad ha-Mossad le-Modiin ule-Ta'kidim Meyuhadim. El Instituto de Inteligencia y Misiones Especiales. El Instituto.

—Ellos tienen el Instituto —me decía Don Carvalho—. Y nosotros tenemos la Compañía.

—¿La Compañía?

—La Agencia Central de Inteligencia.

—Ya —respondía yo—. La CIA. Ya sé quiénes son.

Y Don sonreía y meneaba la cabeza, me apoyaba la mano en el hombro y decía:

—No, amigo mío, no. Tú no sabes quiénes son.

Y entonces cambiaba de tema.

Así es como funcionaba. Te dejaban con la miel en la boca. Te dejaban hacer una pregunta y luego no la respondían. Cojonudo. Búscate la vida. Siempre poniéndote a prueba, siempre observando, siempre intentando sondear tus principios, tus limitaciones, los extremos a los que estarías dispuesto a llegar con tal de conseguir lo que quieres. Iban en busca de la certidumbre, de la convicción incuestionable del modo correcto de hacer las cosas. Aparentemente. O aparentemente no.

Desde el momento en que conocí a Don Carvalho en la fiesta de Nochevieja de Lawrence Matthews, en 1979, hasta mi primera visita a Langley pasaron seis meses. Ahora no me parece que haga tanto tiempo. Más tarde Don me confesaría que mi «reclutamiento» había sido uno de los más rápidos que había visto.

Pasaría otro año hasta que me llegara el momento de entrar en acción, y las cosas que ocurrieron en aquel tiempo serían algunos de los eventos más importantes de mi vida. Por lo menos así lo veía yo en aquel momento. Ahora sé que fueron todos insignificantes; todos menos uno. Lo más importante ocurrió en diciembre de 1980. Yo vivía en un piso a las afueras de Richmond. Fue entonces cuando todo cambió. Fue entonces cuando empecé a verlo todo bajo una luz diferente.

Aquello, simplemente, fue el fin de lo que yo era y el inicio de aquello en lo que me convertiría. Y pensar que todo empezó por una chica con una boina color turquesa...

Hacia la una y cuarto, a Robert Miller le pareció que ya se había hecho una mínima idea sobre la persona que estaba investigando.

Catherine Sheridan era un enigma.

Tenía delante una identidad única y singular, evidentemente creada. Esa era la sensación que le daba al examinar sus libros, sus papeles, sus libretas del banco, sus tarjetas de crédito, sus talonarios de cheques; encontró fotografías de lugares que en principio había visitado, de personas que conocía, postales que le había enviado alguien que firmaba simplemente como J.

Después de llamar a Reid para comprobar que los CSI y los forenses ya hubieran acabado, que tenían el campo libre y acceso ilimitado a la casa y su contenido, Robert Miller y Albert Roth organizaron los objetos y los aspectos de la vida de Catherine Sheridan en varias secciones. Fueron colocando cosas por la alfombra del rellano superior, y cuando se les acabó el espacio, lo trasladaron todo a su dormitorio. Empujaron la cama, colocándola contra la pared, y metieron el vestidor y la silla en el baño contiguo. La ropa, los zapatos, los bolsos y cosas así los pusieron a la derecha. En el centro de la habitación hicieron varios montones de documentos —cualquier cosa relacionada con su economía, su identidad, vacaciones y visitas, correspondencia personal (de la que casi no había nada), documentos relacionados con la casa y suministros—. Y cuando acabaron, volvieron a caer en la cuenta de que no había nada que indicara su ocupación. Miller repasó los movimientos de sus cuentas y, desde luego, al final de cada mes le ingresaban una cantidad. El último viernes de cada mes llegaban casi cuatro mil dólares procedentes de algo llamado United Trust, y aquellos depósitos venían efectuándose desde junio de 2003.

—¿No había llegado a esta casa hacía tres años y medio? —preguntó Roth.

—Por lo que yo sé, sí.

—De modo que se muda aquí en junio de 2003. No hay nada con fecha anterior a eso. Todos los registros bancarios retroceden hasta ese momento; no hay nada de antes.

—Repásalo todo otra vez —dijo Miller.

—Ya me imaginaba que dirías eso.

A las dos y veinte Miller levantó la vista y negó con la cabeza.

—Eso es. Todo se detiene en junio de 2003. No hay nada anterior. Es como si no existiera antes de esa fecha, hace tres años y medio.

—Que es cuando esa mujer hispana murió en un accidente de coche... Esa tal Cordillera, ¿verdad?

—Exacto.

—Así que tenemos que Catherine Sheridan adopta el número de la seguridad social de una muerta pero no su nombre, que llega a esta casa desde donde sea, y que deja atrás todos los registros anteriores que pudieran existir sobre ella.

—Esto es una locura —dijo Miller—. Es... —Negó con la cabeza—. No entiendo qué cojones es esto.

Roth arqueó la espalda y estiró los brazos por encima de la cabeza.

—¿Protección de testigos, quizá? —preguntó Miller, más a modo de comentario que de pregunta.

Roth sonrió sarcástico.

—Pues en ese caso no han hecho un gran trabajo protegiéndola, ¿no?

La lluvia había amainado, y Natasha Joyce dudó un momento, bajo el toldo de un colmado, antes de cruzar la calle a la carrera y subir la escalera de la biblioteca Carnegie. En el mostrador había una mujer; la insignia que llevaba en la solapa decía: JULIA GIBB.

—¿La sección de periódicos? —dijo Natasha.

La mujer sonrió afablemente y se inclinó hacia Natasha.

—¿Actuales o hemeroteca?

—¿De hace cinco años?

—Eso estará en la hemeroteca... Segunda planta, gire a la derecha al final de la escalera, siga adelante y, detrás de la puerta que hay al final, encontrará Política, luego Historia y luego la hemeroteca, ¿de acuerdo?

—Gracias —dijo Natasha, y se dirigió hacia la escalera.

Solo era un breve, nada digno de mención, pero la encontró. En el *Washington Post* del 8 de octubre de 2001, página cinco: REDADA ANTIDROGA SE SALDA CON UN MUERTO. Natasha pasó la vista por el artículo, leyéndolo en diagonal, sin prestar casi atención a lo que había dicho la policía, a lo que había dicho el consistorio, a lo que todos aquellos capullos...

Y entonces lo encontró.

MICHAEL MCCULLOUGH.

Sargento Michael McCullough, herido durante la redada en el almacén. Natasha cogió un bolígrafo y un horario de autobuses de su bolso, y se apuntó el nombre de aquel hombre. MICHAEL MCCULLOUGH. ¿Sería aquel el hombre con el que había estado colaborando Darryl, el que se lo había llevado a la redada, el que —al menos indirectamente— había provocado que lo mataran? ¿Por qué narices se llevarían a Darryl King a una redada antidroga?

Natasha cerró los archivos, dio las gracias a Julia Gibb con un movimiento de la cabeza mientras salía y se puso en marcha en dirección a la comisaría más próxima.

—McCullough —repitió, como para sí mismo, el sargento del mostrador de la comisaría del Distrito Cuatro de Washington—. Eme, ce minúscula, ce mayúscula y u-l-l-o-u-g-h, ¿verdad?

—Exacto —dijo Natasha—. McCullough.

—¿Y qué es lo que quiere saber?

—En qué distrito... Si es posible. Participó en un caso hace cinco años y necesito que me ayude con una cosa.

—¿Y dice que ya se ha retirado?

—Sí, así es.

El sargento Ronald Gerrity, con una cara como un saco de nueces, ojos pequeños y oscuros como sendos agujeros en la nieve, sonrió y dijo:

—Si existe, estará en el sistema, en algún sitio.

Natasha esperó, intentando hacer acopio de paciencia, deseando achuchar a aquel viejo para que escribiera más rápido, para que leyera más rápido.

—Aquí está —anunció.

A Natasha le dio un vuelco el corazón.

—Oh, no, mierda... Perdona, este es un tal Mark McCullough. ¿Serán familia?

Natasha negó con la cabeza.

—No lo sé... Yo solo conozco a Michael.

El sargento siguió leyendo, pasando pantallas, leyendo, y luego se detuvo.

—Bingo. Michael McCullough. Sargento. Retirado del Distrito Siete en marzo de 2003.

Natasha sacó su horario de autobús y garabateó algo.

—Gracias —dijo—. Le agradezco mucho su ayuda.

—Ningún problema, señora... ¿No necesita nada más?

—No, a menos que tenga su dirección, o algo así —añadió ella esperanzada.

Gerrity sonrió y negó con la cabeza.

—Eso no lo tenemos... No sé cómo puede encontrarlo. Cuando se retiran, se convierten en gente de la calle, como cualquier otro. No les seguimos el rastro.

—Está bien... Gracias. Me ha ayudado mucho.

—Me alegro —dijo Gerrity, que se volvió hacia su ordenador y siguió escribiendo lenta y metódicamente.

Natasha Joyce dejó la comisaría del Distrito Cuatro y se dirigió a la estación de autobuses. Tenía un nombre, un distrito, una fecha de jubilación. Quizá no fuera nada, pero también podía ser algo. Si hubiera tenido tiempo suficiente, si Chloe estuviera con ella en lugar de en el colegio, se habría quedado por el centro buscando más información sobre aquel sargento de policía jubilado, pero se estaba haciendo tarde y tenía que darse prisa para llegar a tiempo de recoger a su hija.

Algo estaba cambiando. Algo se estaba moviendo. Su conversación con Frances Gray había sido extraña, desconcertante, pero al menos había sacado algo en claro. Algo que podría llevar a alguna otra cosa. Lo único que quería hacer era descubrir

qué había sucedido. Darryl había intentado hacer algo, había intentado cambiar las cosas. Aquello le hacía sentir mejor, le daba cierta esperanza de que al menos una de las decisiones que había tomado no hubiera sido completamente irresponsable. Darryl King había sido un buen hombre. Tenía que creerlo. Tenía que creerlo para poder mirar a su hija a los ojos y decirle la verdad.

Eso era lo único que quería. La verdad. La verdad sobre Darryl King y sobre lo sucedido en octubre de 2001. Y si llegaba a saberla, podría descansar tranquila. Podría dejar atrás el pasado y quizá mirar hacia el futuro, y aquello, al menos, supondría un cambio.

Lo descubrieron.

¿Qué te dije?

Ni siquiera tardaron tanto como yo pensaba.

Ahora pelagra el intento de los demócratas por tomar el control del Senado de Estados Unidos. Los demócratas tenían una mayoría de cincuenta y uno a cuarenta y nueve. Un senador demócrata sufre una apoplejía. Si no la supera, si por algún motivo no vuelve a su escaño para cuando el Senado se reúna de nuevo, el 4 de julio, el representante republicano tendrá que escoger a su sucesor. No hay que pensar mucho. ¿A quién elegirá? Pues eso, a sus amigos y vecinos..., escogerá a alguien de su mismo color. Demócratas y republicanos, al cincuenta-cincuenta. ¿Empate? No tan rápido... El voto del vicepresidente Cheney desempata, y es de la misma escuela que Bush hijo, más republicano imposible. Tan sencillo como eso. Coge a un senador demócrata, apártalo sin hacer mucho ruido, haz que el republicano de turno elija un sucesor republicano, dale el voto al vicepresidente, y ya está: los republicanos vuelven a tener el control. El presidente deja de estar en la cuerda floja otros dos años.

Se dice que el médico del senador demócrata había dicho: «La apoplejía no suponía un riesgo inmediato para la vida del paciente. La intervención quirúrgica ha tenido éxito, y se ha conseguido evacuar la sangre y estabilizar la malformación. Se recupera sin complicaciones en la Unidad de Cuidados Intensivos y esperamos que se recupere completa y satisfactoriamente». De su mujer dijeron que estaba «animada y optimista».

¿Os preguntáis lo mismo que yo? ¿Lo harían? ¿Podrían hacerlo? ¿Provocarle una apoplejía a un tipo para recuperar el control del órgano de gobierno más poderoso de todo el mundo?

Yo me limitaré a decir que no me siento ni animado ni optimista.

Hoy es martes 14. Catherine lleva muerta tres días. Su casa es terreno prohibido para mí. Pero me he tomado la mañana libre y me he acercado. He aparcado a doscientos metros y he visto llegar a dos policías. Uno de ellos se llama Robert Miller. Parece serio, profesional, de esos tipos que dedican su vida a hacer preguntas y esperar respuestas. El otro es algo mayor, un hombre de familia, sin duda. Lleva una alianza, ropa con colores a juego y corbatas que combinan con la camisa, lo

propio de alguien que tiene quien se cuide de él. Me gusta su aspecto: el de Miller y el de su compañero. Me he enterado del nombre de Miller por un artículo del periódico. Mencionaba que dirigía la investigación del Asesino de la Cinta. Le han puesto nombre. Tenían que ponerle nombre. Nada es algo a menos que tenga un nombre, ¿verdad? Sea como fuere, Miller está ahí y, según el artículo, participó en la investigación del asesinato de Margaret Mosley, en marzo. No han avanzado nada con respecto a hace ocho meses. Y hasta que yo no vuelva a dar un paso y ponerles algo en bandeja, nunca sabrán de dónde viene todo esto ni adónde va. Aunque quizá sí que lo consigan. Quizá sean más inteligentes de lo que parecen.

Así que los he visto llegar y he esperado un poco. Me he ido antes que ellos. Me tocaba el turno de tarde en el trabajo.

Supongo que tardarán un día, quizá dos o tres. Creo que empezarán a tener suerte cuando vuelvan a Natasha Joyce con las fotos que les dejé debajo de la alfombra. Ella les dirá lo que quieren oír, y entonces les tocará a Miller y a su colega sacar conclusiones.

Estaré esperándolos.

Llevo listo mucho tiempo.

Todo lo que he tenido que hacer... Joder, son cosas que te enseñan a saber esperar como un profesional.

Miller esperó pacientemente a la puerta del piso de Natasha Joyce. Se veía el aliento, sentía el dolor que le producía el frío en los huesos. Le habría gustado estar en casa. Le habría gustado estar prácticamente en cualquier otro lugar.

—No hay nadie —dijo Roth, aunque era evidente.

Miller volvió a levantar el puño y golpeó el marco de la puerta.

—De verdad, Robert, no hay nadie. Volvamos al coche.

Miller admitió la derrota, fue hacia el coche, pero cuando ya estaba dentro decidió esperar, con la esperanza de que Natasha Joyce volviera. Treinta y cinco minutos; eso esperaron: entonces Miller le hizo un gesto a Roth, que miró a la izquierda y vio a Natasha y a la niña avanzando por la agrietada acera y rodeando la alambrada.

—Es un lugar horrendo para una niña tan pequeña —dijo Roth al tiempo que colocaba la mano sobre la maneta.

Miller lo sujetó por el hombro.

—Espera —dijo—. Déjales un rato. Que entren, que se puedan quitar el abrigo. No quiero hablar aquí fuera, con este frío, y con la niña colgando de su madre.

Roth recostó la espalda de nuevo, sin decir nada. Esperó ocho o nueve minutos y luego se dirigieron hacia el apartamento.

—Estaba pensando en llamarlos —dijo Natasha Joyce tras abrirles la puerta y hacerlos pasar al recibidor.

—¿Llamarnos?

Natasha asintió y se dirigió hacia la cocina. Miller y Roth la siguieron, esperando respuesta a su pregunta hasta que estuvieron de nuevo sentados junto a la estrecha mesa.

—He descubierto algunas cosas —dijo Natasha.

Miller la miró. Parecía menos nerviosa. Solo habían pasado veinticuatro horas desde su última visita. Parecía que hiciera un mes.

—¿Qué cosas? —preguntó Al Roth.

—Algo sobre lo que le ocurrió a Darryl —dijo ella—. Llamé a los de la Administración Central de Policía de la ciudad...

—¿Que ha hecho qué?

Natasha frunció el ceño.

—Lo dice como si hubiera cometido un delito. —Se rio, casi con naturalidad, y Miller pudo ver en ella un reflejo de la chica que debía de ser antes de que Darryl King le arruinara la vida con su adicción y los horrores que le causó—. En el ayuntamiento hay una unidad de administración de la policía —prosiguió—. Tienen información de todo lo relacionado con la policía. Los llamé. Me dijeron que me

devolverían la llamada, pero no lo hicieron, así que me fui hasta allí y hablé con una mujer. Me dijo que Darryl era informador de la policía.

Miller miró a Roth y comprobó que los dos estaban pensando en la acusación de posesión de cocaína de agosto de 2001 que nunca llegó a materializarse. El dossier del caso. El número de pedido de la pizzería.

—Y el hombre con el que trabajó, el poli con el que trabajó, encontré su nombre. Michael McCullough. Distrito Siete, aquí en Washington. Se jubiló en marzo de 2003.

—Y esa mujer, ¿cómo se llamaba?

—Gray, Frances Gray.

—¿Eso se lo ha dicho ella? ¿Que Darryl trabajaba con un poli llamado McCullough?

Natasha negó con la cabeza y luego sonrió satisfecha consigo misma.

—Dejó caer que Darryl estaba participando en una redada antidroga en un almacén cuando le dispararon. Fui a la biblioteca y comprobé los periódicos, descubrí el nombre del poli. Así que me fui a la comisaría del Distrito Cuatro y les pedí que me lo buscaran en el ordenador. El tipo que encontré me dijo que ese McCullough se había jubilado en marzo de 2003.

Miller se echó adelante, mirándola con intensidad.

—Y ahora que tiene su nombre, Natasha... Ahora que tiene su nombre, ¿qué va a hacer?

—Pues ir en busca de ese cabrón, ¿no? ¿Qué, si no?

Miller levantó la mano.

—De ningún modo, Natasha —dijo, negando con la cabeza y mirándola fijamente—. De verdad, no puede hacer eso...

—Haré lo que me dé la gana —replicó ella—. Voy a buscarlo y a descubrir qué le sucedió a Darryl. Quiero saber qué le pasó, para poder contárselo a Chloe cuando sea algo mayor. ¿No entiende cómo cambiará eso las cosas?

—¿Qué es lo que cambiará? —preguntó Miller.

—Lo que pensará esa niña de su padre cuando tenga edad suficiente para entenderlo. Le dispararon. Le dispararon mientras ayudaba a los polis a hacer algo para combatir el tráfico de drogas en este barrio. ¿No se da cuenta de lo que cambiará la imagen que tendrá ella de su padre?

Miller abrió la boca para decir algo, pero Natasha siguió hablando.

—Su madre tuvo que ir a identificar el cuerpo. Murió al cabo de seis meses. Aquella pobre anciana falleció de la vergüenza que le causó ver en qué se había convertido su hijo. Si le hubieran dicho la verdad, le garantizo que la pobre mujer aún estaría viva.

Roth levantó la cabeza.

—Perdone —dijo—. ¿Puedo preguntarle dónde está ahora su hija?

—En casa de la vecina. Una anciana que se llama Esme. Le gusta ir a verla de vez en cuando, hacerle compañía un par de horas. Solo ven la tele juntas, hacen un poco de chocolate y meriendan algo, lo que les apetezca.

—Es una buena niña, ¿verdad? —observó Miller.

Natasha Joyce sonrió, y por un momento dio la impresión de que no podía hablar. Miller alargó la mano y cogió la de ella, que no se inmutó. No la retiró.

—Le voy a pedir algo —dijo Miller consciente de que tenía que ir con pies de plomo—. Le voy a pedir que mire unas fotos, y si lo hace, yo le encontraré a Michael McCullough. Me será muchísimo más fácil a mí que a usted. Tendrán sus datos de contacto en algún sitio, y yo puedo localizarlo.

—¿Fotos? —preguntó Natasha—. ¿Qué fotos?

—Solo queremos que eche un vistazo a unas fotos de un tipo y nos diga si lo reconoce, ¿vale?

—¿Qué tipo?

—No lo sabemos. Puede que no sea nadie, y si le decimos quién pensamos que es antes de enseñárselas, podría considerarse que la condicionamos. Necesitamos que las mire sin ningún tipo de idea previa, ¿de acuerdo?

—Sí, claro, lo que sea... Pero no voy a dejar lo de ese tal McCullough. Yo les hago esto, pero luego ustedes tienen que ayudarme a encontrarlo, como dicen.

Roth sacó las fotografías del bolsillo interior de su chaqueta y se las pasó a Miller, que las puso boca abajo sobre la mesa. Entonces le acercó la primera a Natasha.

Miller sintió que el corazón le daba un vuelco cuando ella la giró. No tardó más que un momento en reaccionar:

—Es él.

—¿Quién? —preguntó Roth—. ¿Quién es?

—El hombre que vino aquí con la mujer que ha muerto.

—¿Está completamente segura?

Natasha cogió las otras fotos y las miró todas rápidamente.

—El mismo tipo. El de las fotos es el mismo tipo que vino aquí preguntando por Darryl. Aquí está más joven, pero no hay duda.

Miller miró a Roth, que sonreía, pero parecía preocupado. Ahora tenían algo, pero ¿qué era exactamente?

—O sea que ahora tienen que encontrar a este tipo. ¿Es eso lo que van a hacer?

—Eso es lo que vamos a hacer —dijo Miller, levantándose de la silla y recogiendo las fotos. Se las devolvió a Roth y se dirigieron hacia la puerta—. Hablaremos pronto, ¿de acuerdo?

Natasha Joyce se lo quedó mirando de frente, con expresión fría y decidida.

—Haré lo que le he prometido —dijo Miller—. Localizaré a ese McCullough y descubriré dónde ha ido a parar. Entiendo que quiera acabar con esto. Nos ha ayudado, Natasha, y yo me encargaré de darle los datos de este hombre, ¿de acuerdo?

Natasha miró a Roth.

—Si lo dice, es que lo hará —aseguró Roth.

—Vayan a buscar a quien tengan que buscar —dijo ella—. Pero no se olviden de lo que me han prometido.

Miller sonrió, alargó la mano y se despidió de Natasha.

—Usted cuídese, ¿de acuerdo?

—Hacemos lo que podemos —respondió ella, y a continuación abrió la puerta principal para que salieran.

—Esta mierda va tomando forma como un rompecabezas —dijo Roth cuando llegaban al coche.

—¿Tú ves algo de la imagen que se va formando? —preguntó Miller.

Roth negó con la cabeza.

—¿Y tú?

—Algo... Joder, no lo sé; quizás algo, quizá nada. Pero no me gusta. —Hizo una breve pausa y se volvió hacia el piso de Natasha Joyce—. Sea lo que sea, esto no me gusta nada.

Media tarde. La clase ha acabado. Estoy sentado en mi aula, con los pies sobre la mesa. Tengo una sensación de vacío, un hueco en mi interior. Pienso en cuando era estudiante y me hablaban: Lawrence Matthews y Don Carvalho.

Pienso en la boina. La maldita boina que llevaba ella. Aquella estúpida boina que llevaba aquel día de diciembre cuando la vi en una cafetería en Richmond.

Diciembre de 1980, día 10, miércoles. Un día de frío. Me acuerdo perfectamente. De eso, y de la maldita boina.

Habían pasado cinco semanas desde que Reagan y Bush habían ganado las elecciones con más de diez millones de votos de ventaja sobre Carter y Mondale. Carter había sufrido con la crisis energética, las colas en las gasolineras y sobre todo con la pesadilla de los rehenes en Teherán. Los republicanos habían llegado a la Casa Blanca, iban a poner orden en todo lo que los demócratas habían abortado y corrompido, y yo escuchaba a Don Carvalho mientras me explicaba que no importaba mucho quién estuviera en el gobierno, que la compañía para la que él trabajaba seguía encargándose de mantener el orden y la estabilidad, sin prejuicios ni condicionantes, independientemente del color político del momento.

—Ya no es cuestión de política —me dijo.

Estábamos sentados en una cafetería de estilo italiano en la esquina de Klein y la Cuarta, los dos junto a la ventana, Don con la rodilla levantada y el pie sobre el borde del asiento, con el omnipresente cigarrillo sin filtro aparcado en la comisura de la boca.

—¿Que no es cuestión de política? —pregunté, aunque era más una pregunta retórica que otra cosa—. Claro que es cuestión de política.

Don bajó el pie al suelo y se me acercó, sonriendo.

—Ahí es donde te equivocas, amigo mío. Ahí la política no es más que una apariencia. —Y señaló con la mano en dirección a Langley. Nunca mencionábamos Langley por su nombre. Siempre era «ahí» o «nuestra casa» o «el hotel». Él prosiguió—: Ahí no les importa un bledo quién está en el gobierno. Quieren saber que se mantienen las necesidades fundamentales de la democracia y la estabilidad internacional. Es una cuestión de control, eso es todo, no de política. Les importa un pimiento quién manda en cada sitio, si un dictador de pacotilla se ha impuesto a otro dictador de pacotilla. Los golpes de Estado, toda esa mierda... —Don meneó la cabeza y se rio—. La propiedad del mundo no es el problema, John; nunca lo ha sido. No estamos intentando conquistar el mundo. Solo estamos intentando mantener

el statu quo lo suficiente como para que la gente decente pueda conseguir lo que quiere, y conservarlo una vez lo tenga.

—No esperarás que me crea eso, Don —dije yo, y Don se limitó a sonreír, del mismo modo que siempre hacía, y luego cambió de tema.

Yo veía sus intenciones, las suyas y las de tantos otros como él. Había estado en Langley muchas veces. Me estaban adoctrinando en el «pensar». Ya me iba acercando a las creencias y actitudes predominantes en nuestras reuniones introductorias.

—Ahí es como Maníacos del Control Anónimos —me había advertido Don—. No escuches a los que postulan y pontifican. Escucha a los que manifiestan una opinión y la presentan como tal. Si un tipo dice que sabe cómo funcionan las cosas, puedes estar prácticamente seguro de que no es así. Si otro cree que tiene una idea, que no está seguro, pero que está deseando verla desde diferentes puntos de vista, ese es el que nos interesa..., ese es el tipo que puede pensar con los pies en el suelo, ¿sabes? Por eso estás aquí, amigo mío, porque la gestión de este país... Joder, ¿qué estoy diciendo? Ya no tiene nada que ver con la gestión de este país; tiene que ver con la gestión de todo el jodido mundo... Es igual, sea como fuere, ese trabajo recaerá en unos cuantos hombres que puedan pensar por sí mismos, no en un rebaño de jodidas ovejas, y desde luego no en un puñado de capullos pretenciosos que no ven más allá de los dogmas a los que se aferran.

Así es como trabajaba Don. Me dijo que yo era bueno. Me dijo que era independiente. Me dijo que cada idea que se me pasaba por la cabeza no era un pensamiento autónomo y basado en sí mismo. Si no, ¿por qué ibas a haberlo pensado?

En retrospectiva, ahora veo lo insidioso que era todo aquello. Las reuniones iniciales, la sensación de apertura en los foros de debate. Nos reuníamos dos o incluso tres veces al día. Café, cigarrillos, sillas cómodas, ocho o diez o doce de nosotros en una sala, Don solía estar presente, y otro tipo llamado Paul Travers, que supuse que también sería pastor. Y empezaban a soltar su mierda, a hablar en circunvoluciones, y en todo momento nos observaban, había gente observándonos a través de ventanas de espejo a la derecha de la sala. La siguiente reunión, otro asunto; y la siguiente, otro más. Todo el mes de diciembre hablando del asesinato de John Lennon, de las monjas estadounidenses asesinadas en El Salvador, del regreso de José Napoleón Duarte y de la junta de los cuatro. Hablamos de Reagan, de Carter, de Bush padre, de las huelgas de hambre en el Úlster, del asesinato de Anastasio Somoza Debayle, de la emboscada que sufrió en Asunción, durante su visita a Paraguay, cuando su Mercedes se vio rodeado por un grupo de hombres con armas automáticas y una bazuca. La policía de Asunción informó de la detención de varios hombres cuyas alegaciones de defensa encontraron el apoyo de la junta de gobierno del país, que simplemente expresó «su alegría por la muerte de un hombre malvado». El debate duró varios días. Yo empecé a pensar que aquella era la

dirección en la que nos estaban guiando Carvalho y Travers. Don siempre tenía más que decir que cualquier otro. Siempre sabía más de la historia y del trasfondo de los temas de los que hablábamos. Pasaron los días. Llegó gente nueva. Otros iban desapareciendo discretamente.

—No son el mejor material para lo que necesitamos —me explicaba Don cuando le preguntaba por esas personas.

—¿No son el mejor material? —pregunté sorprendido al oír aquella expresión.

—No son librepensadores. Abiertos. No tienen lo que nos gusta definir como «perspectiva simultánea». Que puedan observar una situación desde ambos lados, desde tres o cuatro lados si la situación es más compleja, ¿sabes? Ese es el tipo de gente que necesitamos, amigo mío... Más gente como tú. —Y me sonrió, alargó la mano y me cogió del hombro, y de nuevo me hizo sentir como si me hubieran elegido por alguna habilidad inherente que poseía y en la que superaba ligeramente a todos los demás.

Y ella era igual. La vi aquel día —el 10 de diciembre— paseando junto a la ventana de la cafetería donde estábamos sentados Don y yo, y entonces entró por la puerta, con un abrigo hasta el suelo de color marrón claro y aquella boina turquesa, y se dirigió a la barra y pidió café para llevar, y se quedó allí, esperando pacientemente, sin volverse, hasta que le trajeron su café.

Cuando se marchaba miró hacia donde estaba yo. Don dijo que era como si alguien me hubiera encendido una bombilla dentro de la cabeza. Vio una caricatura de mí mismo, como salido de unos dibujos de Hanna-Barbera, con la lengua extendida hasta el suelo, los pelos de punta y el humo saliéndome por las orejas. Lo típico. Esa fue la primera vez que vi a Catherine Sheridan, aunque en aquella época no se llamaba así. Fue entonces cuando la vi, y fue entonces cuando decidí que tenía que saber quién era: conocer su nombre, su trabajo, sus ideas, sus pensamientos, sus creencias y su ideología.

Don Carvalho vio cómo la observaba, y sonrió.

Yo me quedé mirándola mientras salía de la cafetería y se alejaba por la calle. Creo que Don percibió mi intención de levantarme y seguirla. Alargó la mano y me cogió por el brazo. Lo hizo fácil, como tantas veces antes, como lo haría tantas veces después.

—No te molestes, John —dijo casi con un murmullo—. Está en el grupo de debate de mañana.

—Ahora hay que investigar a esa tal Isabella Cordillera —dijo Roth, mientras Miller ponía en marcha el coche y se incorporaba a la circulación.

—Y hablar con Lassiter —añadió Miller—. Tenemos que mantenerlo informado.

—Son poco más de las cuatro... —dijo Roth, echando un vistazo a su reloj—. Lassiter estará hasta las cinco, quizás hasta las cinco y media.

Miller sonrió.

—¿Qué pasa?

—Creo que nuestro horario se va a estirar un poco por ambos lados hasta que acabemos con esto.

—Ya avisé a Amanda de que durante un tiempo sería así.

—¿Y le parece bien?

—Claro que le parece bien —dijo Roth—. Ya conoces a Amanda; siempre le parece bien.

—Supongo que es lo mejor que te ha pasado, ¿no?

Roth se rio.

—Únete al club, Miller, únete al club.

El sargento de recepción aún estaba allí cuando volvieron a la comisaría del Distrito Dos.

—No consta ningún Michael —dijo—. Al menos dentro del rango de edad que buscáis. He encontrado uno de setenta años y otro de sesenta y uno. Son los únicos Michael McCullough de toda la ciudad.

—Así que se largó cuando se retiró —dijo Miller, encogiéndose de hombros.

—Amplíe la búsqueda —indicó Roth—. A ver qué encuentra.

—Ya estamos en ello —respondió el sargento.

—¿Puede llamar a Lassiter? —le pidió Roth—. Dígale que hemos vuelto, que subimos.

—Claro.

El sargento descolgó el auricular y llamó al despacho de Lassiter mientras Miller y Roth se dirigían a la escalera.

Natasha miró por la ventana de la cocina hacia el exterior, más allá de las basuras y los escombros que se extendían por los callejones, frente a las puertas y bajo los andamios. Se quedó allí de pie, en silencio, respirando hondo, y se preguntó por qué Darryl nunca hablaba con ella. Hablaban, sí, pero él nunca le contaba cosas. No se sentaba con ella, no le pasaba el brazo por encima del hombro, no la atraía hacia sí

para decirle lo que hacía tanto tiempo que tenía que decirle. «Así son las cosas. Este soy yo, y esto es lo que estoy haciendo. Así es como estoy intentando rectificar el daño que he hecho».

Natasha cerró los ojos, con un nudo indescriptible en el pecho, y pensó en Chloe, en casa de la vecina, y en Esme, en las dos viendo la tele juntas, sin entenderse la una a la otra, aunque aquello no importaba, porque eran felices solo con poder hacerse compañía..., y Natasha deseó con todas sus fuerzas que Darryl King hubiera podido estar allí. Que hubiera podido ver cómo era su hija. Pero estaba muerto. Le había disparado alguien sin nombre, por razones desconocidas. Y en Michael McCullough, retirado y desaparecido, y en aquel hombre, Robert Miller, y su compañero, y en la promesa que le habían hecho de que encontrarían a McCullough y le preguntarían en qué demonios estaba pensando para llevarse a Darryl a una redada policial...

«Esta es la vida que tengo ahora —pensó—. O le sacas el máximo partido, o a la mierda». Se sonrió, dio media vuelta y de pronto se quedó sin aliento.

Miller encendió su ordenador, esperó a que arrancara y luego introdujo «Isabella Cordillera» en la ventana de búsqueda. Esperó un instante y luego levantó la mirada hacia Roth.

—Echa un vistazo —dijo, y sonrió, negó con la cabeza, arrugó la frente y luego se quedó mirando cómo cambiaba la expresión de Roth al leer la primera entrada de la página de búsquedas.

—«Cordillera Isabella —leyó Roth—. Masa de tierra y cadena montañosa que se extiende aproximadamente trescientos sesenta kilómetros desde Chinandega, en el litoral occidental, hasta la frontera hondureña de Montañas de Colón. La cordillera Isabella rivaliza con la cordillera de Talamanca, en Costa Rica, como una de las cadenas montañosas más amplias de la península sudamericana...», etcétera, etcétera... —Roth miró a Miller y meneó la cabeza—. ¿Un recorte de periódico sobre las elecciones y ahora esto?

—Supongo que alguien está intentando decirnos... —comenzó a argumentar Miller, pero le interrumpió el teléfono de su mesa, que empezó a sonar.

Ojos. Unos ojos tan oscuros que apenas eran visibles.

Aquello fue lo primero que vio, quizá lo único que vio, porque había algo en el modo que tenía aquel hombre de mirarla que infundía una sensación de frío, confusión y silencio. Aquel modo de atravesarla con la mirada, anulándola por completo. Ella recuperó la respiración, y entonces él meneó la cabeza y se llevó un dedo a los labios, y había algo en su aspecto que le decía que no debía decir ni hacer nada, que ahí estaba pasando algo infinitamente más grande que ella, y que si decidía enfrentarse a ello, podría comérsela de un bocado, así que lo mejor que podía hacer

era quedarse ahí, callada, y respirar lo mínimo, y esperar a ver qué tenía que decir el hombre.

Y lo que dijo fue:

—Natasha.

Y cuando pronunció su nombre, ella sintió como que se deshacía por dentro y le fallaban las rodillas, y tuvo que echar la mano atrás, buscando la encimera para sostenerse, para encontrar un apoyo y no desmayarse allí mismo.

—Natasha Joyce —dijo el hombre como constatando un hecho.

Y Natasha, a pesar de lo que le decía el sentido común, a pesar de esa vocecita interior que le decía a gritos que aquello era algo de lo que no quería saber nada, asintió y luego, esbozando una sonrisa incómoda, confirmó:

—Sí... Yo soy Natasha.

—Bien —dijo él—. Eso está muy bien.

Y entonces dio un paso adelante, y aunque ella habría querido preguntarle quién era y qué hacía allí, por qué estaba en su piso y, antes de eso, cómo había conseguido entrar en su apartamento, todo aquello perdió importancia, perdió toda la importancia, porque tenía la sensación visceral de que, dijera lo que dijese él, sería prácticamente lo último que oiría, porque aquel único paso que dio el hombre, de apenas veinte o treinta centímetros, dejaba claro que tenía un objetivo, y era algo incomparable a cualquier cosa que hubiera sentido antes..., ni siquiera cuando había gritado como una posesa durante el parto, ni cuando le habían enviado a una policía para decirle que Darryl King había muerto de un tiro en el pecho... Ni siquiera entonces... Ni siquiera entonces...

Se le escapó un sonido entre los labios, y sintió el peso de su propio cuerpo oponiéndose a la gravedad, pero la gravedad era como agua pesada, y la fuerza que solía mantenerla en pie, una fuerza que siempre había dado por segura, parecía escapársele y, aunque se agarraba al borde de la encimera con todas sus fuerzas, aunque se agarró a la vida desesperadamente..., aunque cerró los ojos y elevó una oración a un dios en el que hacía tiempo que había dejado de creer, supo que nada de todo aquello importaba ya...

Se notaba las rodillas elásticas, dúctiles y maleables...

Y cedieron.

Cedieron bajo su peso.

Pero el hombre con pelo entrecano y cabellos oscuros estaba allí para recogerla, y Natasha supo que aquellas serían las últimas manos que sentiría, que su expresión —entre comprensiva, paciente, casi empática, casi compasiva— sería la última que vería en un rostro...

Pensó en Chloe, en casa de la vecina.

Pensó en lo último que le había dicho al padre de su única hija..., de una hija que ahora quedaría huérfana, de una niña que regresaría de casa de la vecina en menos de una hora, que recorrería el pasillo desde casa de Esme y que llamaría a la puerta, y

que al encontrarla cerrada volvería a buscar a Esme, y que Esme vendría personalmente y tendría aquella extraña intuición que te dice que ha pasado algo, que no sabes lo que es, que no te lo puedes ni imaginar... Pero algo inherente a la mente humana, a nuestra propia constitución, te dice automáticamente, sin pensarlo ni un segundo, que, sea lo que sea, lo que ha ocurrido es malo...

Ese tipo de cosas.

Y Esme accionaría la maneta y encontraría resistencia, y llamaría a la puerta, primero suavemente, con los nudillos, y al no obtener respuesta, ni un mínimo ruido, daría media vuelta, giraría a la izquierda y se dirigiría a la puerta de los señores Ducatto. Y el señor Ducatto, un italiano con sobrepeso, un tipo con buen corazón pero con la boca como un túnel de ferrocarril, sucia y estentórea, sonreiría, comprensivo, haciendo un esfuerzo supremo por controlar sus impulsos para no asustar a la pobre niñita negra que Esme llevaba de la mano. Iría con ellas hasta la puerta e intentaría abrirla, y luego sugeriría que llamaran al portero, y Esme le diría que el portero había salido un rato y que tendría que abrir la puerta él mismo y, sí, que ella se haría responsable de cualquier daño que sufriera la puerta, pero que la abriera aunque fuera echándola abajo, porque allí pasaba algo, algo muy, muy malo...

Y, sí, echó la puerta abajo.

Reventó la jodida puerta con su enorme hombro, y la puerta cayó hacia dentro, llevándose parte del marco. Les dijo a la anciana y a la niña que se quedaran donde estaban, y entró, y buscó por el piso, y ya pensaba que podía volver y decirles que todo estaba bien, que Natasha Joyce se había dormido...

Pero no estaba dormida.

Estaba en la cama, sí, de eso no había duda; o quizá no exactamente en la cama, sino sobre la cama, boca arriba, con los brazos abiertos y la cabeza ladeada, como si estuviera esperando a su amante, como si estuviera esperando que alguien entrara por aquella puerta y la encontrara...

Natasha Joyce había sido estrangulada y apaleada, y estaba cubierta de cardenales y tenía algunos vasos sanguíneos de los ojos reventados, como una de esas víctimas que aparecen en las películas de psicópatas de Los Ángeles que van directamente a los videoclubs, sin pasar por los cines. Y por la forma en que tenía retorcido el hombro daba la impresión de que le hubieran desencajado el brazo, como efectivamente había sucedido. Y cuando Marilyn Hemmings se puso sus guantes de látex, aproximadamente a las dos y cuarto del miércoles 15 de noviembre — consciente de que solo habían pasado cuatro días desde que había examinado el cuerpo de Catherine Sheridan— supo que el modo en que había sido golpeada y estrangulada Natasha Joyce indicaba un cierto propósito.

—Es lo que parece —le diría a Robert Miller.

Pero aquello fue el miércoles.

Aquello fue más tarde.

En el momento en que Natasha Joyce sintió que todo en su interior cedía, en el momento en que sintió el peso de todo su cuerpo cayendo al suelo de la cocina, en realidad solo pensaba en una cosa, solo se hacía una sencilla pregunta, cuya respuesta ya no podría averiguar: ¿qué le había pasado a Darryl?

Y el peso de aquella pregunta era tal que incluso la articuló, con palabras débiles, casi ininteligibles, mientras el hombre con el pelo entrecano y las deportivas de suela blanda se inclinaba sobre ella y le apretaba los globos oculares con las yemas de los pulgares.

—¿Qu... qué le ocurrió..., qué le ocurrió a Da... Darryl?

El hombre no le respondió. No la oyó bien. Pero si la hubiera oído, no habría podido ayudarla. No conocía la respuesta. Es más, su instrucción descartaba cualquier posibilidad de pararse a debatir nada de lo que dijera su víctima.

Aquello habría sido una violación del protocolo.

Tan simple como eso.

El dolor y la presión en los ojos le hicieron perder el conocimiento. Entonces él la levantó suavemente, casi como si levantara a una niña, y se la llevó al pequeño dormitorio donde había sido concebida la única hija de Natasha.

Y la depositó en la cama.

Estiró los dedos e hizo crujir los nudillos. Y se puso manos a la obra.

El presidente dirige la Compañía. La Compañía cumple órdenes.

Si sabes lo que hace la Compañía, sabes lo que quiere el presidente.

Nosotros lo llamamos «denegabilidad plausible»; la afirmación no afirmativa, la negación no negativa. Lo llamamos así para proteger al presidente. En todo lo que hacemos se ha eliminado un paso intermedio. El presidente nunca da una orden directa. Sugiere algo a alguien, y ese alguien toma la responsabilidad de ejecutar una orden que oficialmente nunca ha existido. Esa persona carga con el peso de la acción, por lo menos ante la prensa, pero en realidad recibe como recompensa una bonita finca en Martha's Vineyard, un puesto en el Consejo Asesor de un banco multinacional y una pensión muy generosa.

La secretaria de Estado Madeleine Albright explicó una vez la naturaleza pasiva-agresiva de la CIA: «Tiene el síndrome del niño maltratado», afirmó.

Se calcula que más del cuarenta por ciento de las actividades de búsqueda de información de la CIA se concentran en el interior de Estados Unidos, algo prohibido por ley. En diciembre de 1974, Richard Helms —en aquel momento embajador de Irán, y posteriormente director de la CIA— fue llamado a consultas por Gerald Ford y tuvo que acudir desde Oriente Medio para informar del alcance de la pesadilla a la que se enfrentarían si la prensa o el público llegaban a saber de las operaciones de la Compañía. Ford supo entonces que la gestión personal de los intentos de asesinato de Castro por parte de Robert Kennedy no eran más que la punta de un enorme iceberg. El iceberg tenía unas dimensiones inmensas: indefinidas, incalculables, desconocidas.

Hacia finales de enero de 1981 yo ya empezaba a creer que estábamos haciendo lo correcto, al menos más del cincuenta por ciento del tiempo. Que fuera más del cincuenta por ciento hacía que el resultado fuera positivo. Más del cincuenta por ciento significaba más beneficios que perjuicios.

Además, estaba enamorado de alguien que pensaba lo mismo.

A finales de 1981 ya me había empezado a plantear la posibilidad de que Catherine Sheridan y yo pudiéramos cambiar algo. Aún no le había pedido que saliera conmigo. Aún no había conseguido tener más que tres o cuatro conversaciones informales con ella.

En febrero de 1981 empezamos a aprender parte del procedimiento básico. Interpretación de fotografías, gestión de agentes, protocolos de información, análisis de maquinaria militar y tendencias económicas, relación con comités supervisores del Congreso, el día a día de cualquier oficina de campo en cualquier lugar del mundo. Jefes de base en Estambul, Tánger, Kabul, Viena, Varsovia, Londres, París... Sus vidas, sus nombres, sus procedimientos y sus historiales. Hablamos sobre la realidad de lo que estaban haciendo y del por qué. Hablamos de la fluctuación de las divisas, de la contención intencionada del producto nacional bruto, de la desestabilización de un ethos político mediante la diseminación gradual de elementos de contrainteligencia y propaganda. Hablamos de la posibilidad de que Coca-Cola abriera la puerta a la Compañía. Luego vendrían McDonald's y KFC.

La última semana de febrero me presenté voluntario para un trabajo de campo. La oficina que escogí iba corta de personal. Yo tenía veintiún años, y el mundo que Lawrence Matthews y Don Carvalho me habían vendido me ponía mucho.

Estuve presente en tres de las ocasiones en que Catherine Sheridan explicó lo que estaba sucediendo en Sudamérica, y cada vez me convencía más de que ella era quien debía venir conmigo.

El 4 de marzo hablé con ella.

Salimos juntos de una reunión, casi chocamos en la puerta, y le pregunté adónde iba.

Ella frunció el ceño y meneó la cabeza.

—Tengo que ir a ver a alguien —dijo, fríamente—. ¿Por qué?

—Quería pedirte algo... No, no «pedirte». Quería hablar contigo de algo de lo que hemos estado debatiendo.

Ella esbozó una sonrisa y ladeó la cabeza.

—¿Qué más hay que decir? La oposición está ahí. Damos apoyo a los rebeldes, financiamos su instrucción y el apoyo militar... A mí me parece que tiene sentido; así cerramos la barrera entre el comunismo de América del Sur y México, ¿no?

Yo me encogí de hombros, con naturalidad. Me sudaban las manos. Iba cargado de libros y sentía que se me escurrían.

—En principio sí —dije. Relajado, sin prisas. Intentando olvidar que estaba reteniéndola, impidiéndola ir a ver a quienquiera que hubiera quedado con ella. ¿Un novio, quizá?

—¿En principio? ¿De qué estás hablando? —preguntó ella.

—Estás ocupada —repliqué yo, negando con la cabeza—. Vas a algún sitio, has quedado con alguien...

—No es tan importante —respondió.

Yo me pasé los libros que llevaba de la mano derecha a la izquierda.

—Tengo que hacer algo —dije—. Solo me preguntaba si tendrías tiempo de hablar de ello... Me había planteado la posibilidad de ir allí...

De pronto ella se rio.

—Yo también. Dios... Bueno, sí, claro que me gustaría hablar de ello. Más tarde. ¿Qué haces más tarde?

—Estoy liado hasta mañana por la noche —mentí—. Te veré en la próxima reunión... Ya buscaremos un rato que nos vaya bien a los dos.

Sonreí, pero no demasiado. Mantuve aquella expresión de desapego reflexivo. Me interesaba su opinión, solo eso.

Por un momento pareció sorprendida, pero luego sonrió. Ojos brillantes, cabello largo y oscuro, atado en una cola, un pasador de madera sujeto a un costado; una sonrisa ligeramente torcida hacia un lado que le daba un aspecto de curiosidad constante no declarada. Catherine Sheridan se parecía un poco a Cybill Shepherd en La última película, de Bogdanovich, pero en morena, con los rasgos algo más esculpidos y un rostro algo más aguileño. Cuando me sonreía era como si me metiera de una patada en algo precioso.

Asintió y quedamos para hablar al día siguiente. Se dio media vuelta y se alejó.

—¿John? —me llamó, cuando ya me iba, y me sorprendió, porque no esperaba que recordara mi nombre. Me volví.

Abrió la boca para decir algo; de nuevo aquella sonrisa extraña y curiosa, luego negó con la cabeza y se rio.

—Está bien —dijo—. No, nada.

Yo me encogí de hombros, pero sonreí por dentro. Me pregunté si estaría jugando al mismo juego del gato y el ratón al que jugaba yo.

Volví a mi apartamento y me pasé casi toda la noche sentado, pensando en qué decirle a Catherine Sheridan y, al día siguiente —a pesar de las muchas horas que había pasado pensando— descubrí que lo que había planeado decirle no importaba en absoluto.

Llegó la llamada de Lassiter. Eran poco más de las cuatro y media. Miller fue breve en sus respuestas, colgó y recogió sus dossieres, otras notas y papeles.

Roth se levantó de su silla y se dirigió hacia la puerta, con Miller tras él. Una escalera, y luego al fondo del pasillo. Lassiter ya los esperaba allí, de pie, con los brazos en jarras. Recordaba a Bradlee, el antiguo jefe del *Washington Post*.

—¡Por Dios! —exclamó—. No sé qué narices está pasando con vosotros, chicos... Cualquiera pensaría que esto es un cachondeo.

Roth y Miller entraron en el despacho. Lassiter los siguió y cerró la puerta. Miller se dispuso a hablar, pero Lassiter levantó la mano y le hizo callar:

—Empieza desde el principio —dijo—. Todo desde el momento en que encontraron a esa tal Sheridan... ¡Tengo vuestro informe, pero, joder, es que no sabéis ni escribir!

—El recorte de periódico —dijo Miller—. Eso lo tiene, ¿no?

Lassiter agitó la mano, como quitándole importancia.

—Eso no significa nada...

—No significaba nada hasta que descubrimos que el nombre al que corresponde el número de la seguridad social de Catherine Sheridan es en realidad el de una cordillera centroamericana.

Lassiter meneó la cabeza.

—Decidme lo que tenéis de verdad... Decidme qué pensáis que es todo esto.

—Asesinato en serie —dijo Miller—. De eso no hay duda. Sheridan no existe, al menos con el nombre de Catherine Sheridan. Hemos seguido la pista y hay aspectos cuestionables en todos los casos. Al encontrar el recorte, dimos con esta doble conexión con Latinoamérica, y luego está lo de la chica de los suburbios.

—Esa tal Joyce, ¿no?

—La misma. El número de teléfono que dieron a la pizzería es en realidad el número de caso de su difunto novio, Darryl King. Volvimos a la casa de Sheridan y encontramos unas fotos bajo la alfombra... Sheridan, con otro tipo. Le hemos enseñado las fotos a Natasha Joyce y nos ha confirmado que el hombre de las fotos es el mismo que se presentó en su casa para hablar con Darryl King un par de semanas antes de su muerte, en 2001.

—¿Y adónde queréis llegar con eso?

—Hemos encontrado el nombre del agente que lo detuvo, Michael McCullough. Parece que King era una especie de informador; acabó en una redada en un almacén y le dispararon. Dios sabe qué estaría haciendo allí. Y luego tenemos a la propia

Sheridan. Hay cosas que no tienen sentido. Debemos descubrir qué es eso de la United Trust, de donde recibía su paga...

—Así que tenemos una conexión con un policía jubilado que trabajaba con el novio de esta chica hace cinco años y unos números de la seguridad social que no cuadran. ¿Es eso lo que tenemos?

—Y unas fotos de un tipo con el que nos interesaría mucho hablar —intervino Roth.

—¿Y de cuándo son esas fotos? —preguntó Lassiter.

Miller negó con la cabeza.

—Natasha vio al tipo hace cinco años, y ha reconocido que las fotos son de él, sin duda, pero de cuando era más joven. Voy a llevárselas a los de la Científica, que las pasen por ese programa con el que pueden hacer que alguien parezca cinco, diez o quince años mayor... Le pondremos barba, bigote, cabello gris, lo que sea. Juntaremos media docena de imágenes y pasaremos un aviso de búsqueda, a ver si lo encontramos.

—Una aguja en un pajar —dijo Lassiter sin inmutarse.

—Así es —respondió Miller.

—Lo que es —añadió Lassiter— es una maldita pesadilla. Tengo una reunión informativa con el comisario jefe esta noche. Estoy obligado a informar de todo lo que hagáis a este tal Killarney, del FBI. De cada informe que presentáis, él recibe una copia. Por algún jodido motivo, otra copia va a parar al juez Thorne. Esos malditos compromisos políticos. Así es como lo quiere el jefe, y no sé con qué le estarán apretando, pero no parece que tenga opción. Yo tengo cuatro mujeres muertas en ocho meses. Eso no es gran cosa para nuestros registros, pero ocuparos de que la prensa no haga sangre de la historia del Asesino de la Cinta. En una semana pueden estar vendiendo camisetas o publicando la historia en internet. ¿Os acordáis de aquella del francotirador? —Lassiter negó con la cabeza y respiró hondo—. No sé qué decir. No tengo a nadie más cualificado para llevar este asunto. Van a querer saber lo que estamos haciendo, y yo voy a contarles que estamos siguiendo todas las líneas de investigación a fondo, la misma mierda de siempre. Joder, ¿qué puedo hacer si no?

—Denos más gente —propuso Miller—. Cuando tenga esas fotos, voy a necesitar toda la gente de la que pueda disponer para ir preguntando por ahí.

—Tenéis a Metz y Oliver trabajando en los casos de las tres mujeres anteriores. Están dedicándole todo el tiempo que les queda libre. Es lo máximo que puedo daros. Si queréis, podemos publicar ese aviso. Eso puedo hacerlo. Pero por lo demás, me tienen pillado por todas partes. Conocéis la rutina igual que yo. Mucho ruido en la prensa, unas cuantas preguntas en la reunión con el jefe y la cosa se acalla durante un tiempo. Si ocurre dos veces, el ruido se intensifica, dura unos días más. Una tercera vez, o una cuarta, y la mierda se nos come. Tengo que darles algo. Tenéis que conseguirme algún tipo de declaración, algo que tenga sentido para esa gente.

¿Traficantes muertos y mujeres asesinadas con un número de la seguridad social falso...? Esto no es un jodido regalo de Navidad, ¿me entendéis?

—Ya sabe cómo son las cosas, capitán. Usted se ha dedicado a esto durante años —adujo Miller.

—Que os hagan esas fotos. —Fue la respuesta de Lassiter—. Usad todos los recursos de que dispongamos. Que os las impriman y que las lleven en los coches patrulla. Haced lo que sea que estéis haciendo, pero haced más, y más rápido. Llamadme al móvil si encontráis algo esta noche. Estaría bien que tuvierais algo esta noche. Si recibo una llamada con algún avance en el caso mientras estoy reunido con el jefe, pareceré mucho más espabilado de lo que me siento ahora mismo.

Miller echó una mirada a Roth, que meneó la cabeza; no tenía nada que añadir.

—Venga, idos... y empleaos a fondo —dijo Lassiter.

Roth y Miller salieron del despacho, cerraron la puerta y avanzaron tres metros por el pasillo antes de abrir la boca.

Miller hizo una pausa en el rellano y echó mano del busca, que empezaba a sonar.

Apretó el botón, vio el mensaje, miró a su compañero y dijo:

—Joder..., me cago en...

Y ella me preguntó por mi padre y por mi madre, y yo no quería hablarle de ellos. No quería tener que explicarlo todo de nuevo. Tenía la sensación de que me había pasado los dieciocho meses anteriores contándole mi vida a todo el que me encontraba.

Catherine era diferente. Yo no quería que fuera parte del pasado. Quería que lo fuera del presente y el futuro. Le mentí sobre mis padres, y no me sentí culpable por ello.

Así que ahí estábamos: era el jueves 5 de marzo de 1981. Veinticinco días antes de que un disc jockey y exestudiante de Yale llamado John Hinckley III, de veinticinco años, hijo de un ejecutivo petrolero de Denver, esperara pacientemente en el exterior de un hotel de Washington donde Ronald Reagan estaba dando una charla ante los representantes de los sindicatos. Reagan recibió un único disparo en el pecho. La bala, del calibre 22, se le alojó en el pulmón izquierdo, a apenas siete centímetros del corazón. Uno de los médicos que le asistieron dijo más tarde que si Hinckley hubiera usado una 45, se lo habría cargado. La mujer de Reagan llegó al hospital en coche, y allí él soltó la primera de sus frases famosas, procedente de una película de los años treinta: «Cariño, olvidé agacharme». A los cirujanos del hospital, en el mismo momento en que lo anesthesiaban, les dijo: «Chicos, espero que seáis republicanos».

El intento de asesinato no le causó ningún daño a Reagan. Lo que sí que hizo el intento de asesinato fue dar a la opinión pública americana la primera imagen real de George Bush, vicepresidente de Reagan y ex director de la CIA. Nadie imaginaba entonces que desarrollaría un papel cada vez más significativo en la construcción de la nueva América, de los Estados Unidos de los años ochenta y noventa, de un país que heredaría su propio hijo, George W.

—El hecho de que a Ronald Reagan le dispararan en el pecho con una veintidós—me explicó Don Carvalho más tarde— nos dice algo de la naturaleza de la política y del control político en este país. A Hinckley le dieron un revólver de pequeño calibre. Podían haberle facilitado sin problemas una cuarenta y cinco o una treinta y ocho, algo que hubiera podido causar algún daño, pero, no, se llevó una pistola de juguete a la fiesta...

Yo abrí la boca para hablar, pero Don levantó la mano:

—Te diré algo sobre el servicio secreto... Ya has visto a esos tipos, ¿verdad?

—En televisión. No conozco a nadie del servicio secreto, si es eso lo que preguntas.

—Deberías hablar con uno de ellos. Son robots, tío. Como autómatas. —Sonrió

—. Se los conoce informalmente como «cucarachas».

—¿Cucarachas? ¿Como las cucarachas de la cocina?

—Claro. Cucarachas.

—¿Por qué?

—¿Sabes cuánto tiempo puede vivir una cucaracha después de cortarle la cabeza? —preguntó Don.

—¿Un minuto? ¿Dos minutos, quizá?

—Nueve días.

—¿Qué?

—Nueve putos días. Córtale la cabeza a una cucaracha y el bicho vivirá nueve días. ¿Y sabes de qué muere?

—Ni idea.

—De hambre... Muere de hambre, porque el jodido bicho ya no tiene boca. ¿Tan difícil de imaginar te parece?

—Me parece una guarrada.

—Bueno, pues así es como llaman a los del servicio secreto. Se pondrían en la trayectoria de una bala si esta fuera dirigida al presidente. Son individuos particulares, especiales, capaces de vivir ese tipo de vida. Sin relaciones. Sin amigos fuera de su propia unidad, y eso es más una relación de trabajo que otra cosa. Es otro mundo, John, un mundo del todo diferente, pero independientemente de lo que puedas pensar de esa gente, hay algo admirable en esa actitud.

Yo levanté las cejas.

—Crear en algo —dijo Don Carvalho—. Crear en algo con tal nivel de compromiso y dedicación que se convierte en un estilo de vida por sí mismo. Eso es algo que valoro. Aunque no quiere decir que yo lo pudiera hacer, hasta ahí no llego, pero es algo que valoro.

—Yo no creo que pudiera llegar a creer tanto en algo —dije, y en aquel momento me di cuenta de lo simplón que sonaba.

—Claro que podrías —respondió Don—. Por lo menos, crees en ti mismo. Todo el mundo lo hace.

—Quizá.

—Claro que sí. Y si crees en ti mismo, al final es imprescindible creer de algún modo en la necesidad de mantener la estructura social que te permite disfrutar de tu estilo de vida.

—Sí, supongo que sí.

—Y el propósito de mantener el propio estilo de vida implica la responsabilidad de contribuir del mejor modo posible a proteger tu estilo de vida de la amenaza que

suponen las hostilidades externas, incluidas algunas de las que no tienes por qué ser necesariamente consciente.

—¿Como qué?

—Elementos criminales. El influjo de las drogas en nuestra sociedad. El influjo de ideologías y filosofías que desafían la estabilidad de nuestra democracia.

—Te refieres al comunismo, ¿verdad?

—Al comunismo, las facciones extremistas del socialismo, el tráfico de heroína, la influencia del crimen organizado en la política y en el gobierno. El modo en que pueden afectar los aspectos más oscuros de la humanidad a las vidas de los otros, sin que ellos mismos se den cuenta de que algo está afectando a sus vidas.

—¿Y qué es lo que quieres que haga yo al respecto? —pregunté.

Don se encogió de hombros y sonrió con naturalidad.

—Piensa en ello —dijo—. Es lo único que quiero que hagas. Tú piensa en ello.

Y eso es lo que hice, y lo que en realidad llevaba haciendo las tres semanas anteriores. La conversación que había tenido con Catherine Sheridan había sido precursora de todo aquello: los repentinos cambios de punto de vista registrados tras el atentado contra la vida de Reagan.

Lo que había ocurrido el día 30 influyó tremendamente en la decisión que tomaríamos Catherine Sheridan y yo. Y aquella decisión era algo que marcaría nuestras vidas durante los veinticinco años siguientes. Alguien me dijo una vez que no te alistabas en la Compañía, sino que te casabas con ella, especialmente por lo de «hasta que la muerte nos separe». La primera vez que Catherine Sheridan y yo nos sentamos uno frente al otro en la misma cafetería a las afueras de Richmond donde la había visto por primera vez, la primera vez que tuvimos una conversación de verdad, esta tomó una dirección que me sorprendió.

Tras las frases iniciales, las cosas que nos veíamos obligados a decir, a diferencia de las cosas que queríamos decir, me preguntó cómo había llegado yo a Langley.

—Por un profesor de la universidad —le dije—. ¿Y tú?

—Mi padre estuvo en esto desde el principio.

—¿Era de la CIA?

—Lo llevaba en la sangre —respondió ella. Se recostó en el asiento y apartó la taza de café con el dorso de la mano—. Estuvo aquí desde el principio, dejó el ejército al final de la guerra y pasó a la OSS, la Oficina de Servicios Estratégicos. La OSS nació en junio del cuarenta y dos, con Roosevelt. —Sonrió y se apartó un mechón rebelde de la frente—. ¿Sabes que a principios de la Segunda Guerra Mundial éramos la única gran potencia política sin un servicio de inteligencia?

—No, eso no lo sabía.

—Roosevelt dio la orden, tras Dios sabe cuánto tiempo. Primero se opuso a la idea con fuerza, pero al final cedió. Le encargó el trabajo de dirigir esta agencia a

un hombre llamado William Donovan, héroe de la Primera Guerra Mundial. Duró tres años; luego se quedó en nada bajo el gobierno de Truman. Pero tenían un hombre en Suiza, un tipo llamado Alan Dulles, que le había cogido el gusto al asunto, y fue el que presionó para que mantuvieran una organización central de inteligencia.

—He oído hablar de Dulles, pero no de Donovan —reconocí.

—Donovan fue quien estableció bases en Gran Bretaña, Argelia, Turquía, España, Suecia... Incluso mantuvo algún tipo de relación regular con la NKVD, en Moscú. Luego, con la disolución de la OSS, no quedó nada con lo que mantener en funcionamiento aquellas bases, al menos hasta septiembre de 1945, cuando Truman dio su bendición a la creación de la CIA. Dulles se hizo con el control por fin en 1953. Donovan fue nombrado embajador de Tailandia, sufrió una apoplejía, perdió la cabeza en el cincuenta y siete y murió en el cincuenta y nueve.

Yo me puse a sonreír, casi a reír.

—¿Qué pasa? —me preguntó Catherine Sheridan.

—Esto es como un documental, ¿no?

Se rio. Cuando se reía estaba estupenda. La risa la convertía en la persona más real que había conocido nunca.

—¿Sabes el chiste del conejo?

Negué con la cabeza.

—La CIA, el FBI y la policía de Los Ángeles están discutiendo cuál es la organización más hábil en la persecución de criminales. El presidente decide ponerlos a prueba soltando un conejo en el bosque...

—¿Un conejo en el bosque? —dije yo, frunciendo el ceño.

Ella levantó la mano.

—Es un chiste. Tú escucha el chiste, ¿vale?

—Vale —dije—. El presidente suelta un conejo en el bosque.

—Entra el FBI. Dos semanas y sin pistas; queman el bosque, matan todo lo que encuentran y no se disculpan. Informan al presidente de que el conejo se lo ha buscado. Entra la policía de Los Ángeles...

—Espera un minuto... Acabas de decir que el bosque ha sido calcinado y que el conejo está muerto.

—¡Por el amor de Dios! No me extraña que le gustes tanto a Don Carvalho. ¿Quieres escuchar el chiste?

—Sigue. Lo siento. Así que entra la policía de Los Ángeles...

—Exacto. Entra la policía de Los Ángeles. Tres horas más tarde sacan a un oso a rastras. Está magullado, tiene las manos en la cabeza y grita: «Está bien, está bien, soy un conejo, por Dios... ¡Soy un puto conejo!». El presidente envía a la CIA. Ponen informadores entre los animalillos del bosque. Interrogan a todos los testigos vegetales y minerales. Tres semanas más tarde, después de usar mil cien operativos y gastar cuatro millones y medio de dólares, envían un informe de setecientas

cincuenta y cinco páginas con pruebas concluyentes e incontestables de que no solo el conejo original nunca existió, sino que tampoco la especie como tal.

Yo ya me estaba riendo antes de que acabara, no solo porque fuera divertido, sino porque era cierto.

Una hora más tarde, tras dos tazas de café y medio paquete de Lucky Strike, Catherine Sheridan me preguntó si iba a quedarme en Langley. Ella no tenía ni idea de quién era yo. Le dije lo que supuse que querría oír. Me mostré inseguro. Dejé que viera en aquella incertidumbre lo que deseara.

—¿Y tú? —le pregunté.

Ella no dudó. Era una cualidad típicamente suya, que le acompañaría hasta el final. Incluso entonces, en el momento de su muerte —sabiendo lo que sabíamos, con tanta historia a nuestras espaldas—, nunca dudó de que estuviéramos haciendo lo correcto.

—Sí —dijo—. Me quedaré aquí hasta el final.

Los primeros meses que pasó en Homicidios, Robert Miller fue contando los muertos.

Contó treinta y nueve, y entonces decidió dejar de contar. Al cabo de un tiempo eran centenares. No parecía que contar sirviera de nada. Las víctimas empezaban a convertirse en imágenes difusas. Los hombres se parecían a otros hombres; las chicas se parecían a otras chicas; incluso los niños empezaron a diferenciarse cada vez menos. Los muertos no eran más que muertos: extraños con caras desconocidas, con nombres desconocidos: Fulanito o Fulanita de Tal, 123 de la calle Normal, esquina con la Quinta, Ningún Lugar en Particular.

Pero Robert Miller nunca había conocido realmente a ninguno de los fallecidos. No se le había muerto nadie a quien estuviera investigando.

Albert Roth, en cambio, llevaba diecisiete semanas en Homicidios cuando le asignaron la vigilancia de un tipo llamado Leonard Frost. Frost era un informador a punto de entrar en el programa de protección de testigos. Roth lo vigiló tres días, jugó a cartas con él, vieron un poco la tele, tuvieron breves conversaciones sobre nada en particular. Le dio la mano al tipo y le deseó que le fuera bien. Cuatro horas más tarde, Frost estaba muerto. Le metieron una bala en la cabeza en el momento en que entraba en el calabozo de la comisaría del Distrito Cinco. Le disparó un hombre disfrazado de agente de policía. Roth había estado presente en unos trescientos cincuenta escenarios de crímenes. Había visto más de cuatrocientos muertos. Leonard Frost fue el único con el que había hablado.

Al encontrarse frente al cadáver apaleado de Natasha Joyce, Robert Miller y Albert Roth se quedaron sin palabras. Permanecieron un rato a la entrada del dormitorio. La habían tendido en la cama boca arriba, su blusa y la camiseta que llevaba debajo estaban cubiertas de extensas manchas de sangre. Las señales en el rostro y en el cuello indicaban que la paliza había sido brutal e implacable. La piel estaba rota por muchos sitios y los verdugones, rojos y morados, destacaban contra el oscuro color café de su piel. Tenía los ojos tan hinchados que se le habían cerrado, y los labios cubiertos de goterones de sangre seca, igual que el cabello, peinado en apretadas trenzas minúsculas.

Al Roth estaba pálido. Sudando profusamente, dio un paso en dirección al cuerpo de Natasha Joyce. Miller y él se quedaron inmóviles a los lados de la cama. Era como un *déjà-vu*, como la imagen de una película que hubieran visto repetidamente, una escena conocida para ambos.

El agente Tom Suskind, el primero que había acudido a la escena tras la llamada de un vecino llamado Maurice Ducatto, le había dicho a Miller que en el momento

del crimen la hija de la víctima —Chloe, de nueve años— estaba en casa de una vecina, una anciana llamada Esme Lewis. Aparentemente, Esme Lewis había vuelto al apartamento de Natasha Joyce con la niña, se había encontrado la puerta cerrada, había ido en busca del portero y, al no encontrarlo, había alertado al vecino, Maurice Ducatto, que, después de llamar a la puerta varias veces sin obtener respuesta, la había echado abajo. Ducatto había sido el que había encontrado a la víctima. La anciana y la niña no habían entrado en el apartamento. Ducatto se las había llevado a su piso, y su mujer se había quedado con ellas hasta la llegada de la policía. Ahora la niña estaba con los de Servicios Sociales.

—¿Y no ha entrado nadie más? —preguntó Miller.

Suskind negó con la cabeza.

—Aquí no ha entrado nadie más que el propio Ducatto, y luego yo.

—¿Y dónde está su compañero, agente Suskind? —le preguntó Al Roth.

—Enfermo.

—¿Todo el día?

—Desde ayer... Llevo dos días solo.

—¿No le han asignado un compañero provisional?

—No tienen personal —respondió—. Especialmente para cubrir esta parte de la ciudad.

Miller no dijo nada. Estaba repasando mentalmente la conversación que tendría con Frank Lassiter, respondiendo a las preguntas que sabía que le haría. ¿Hasta qué punto conocían a la víctima? ¿Cuántas veces habían visitado su apartamento? ¿Habían notado algo, algún detalle, que pudiera indicar que estuviera en el blanco de alguien? ¿Tenían alguna duda sobre la identidad del asesino? ¿Estaban seguros de que era el mismo que había matado a Mosely, Rayner, Lee y Sheridan? ¿Y por qué esta vez no había cinta? Y si era una más de sus víctimas, ¿qué iban a hacer ahora que era evidente que el asesino los estaba observando? ¿O había sido un asesinato al azar, obra de otra persona?

Eran preguntas que Miller no quería que le hicieran, que no quería afrontar, que no quería responder.

—De acuerdo —le dijo a Suskind—. Quédese un rato. Vaya abajo. Encárguese de que no pase nadie, deje que la Científica haga lo que tenga que hacer, pero todos los demás...

Suskind asintió. Ya conocía el procedimiento. Dejó a Roth y Miller en el dormitorio con Natasha Joyce.

—¿Y la niña? —preguntó Roth.

—¿La niña? Por Dios, Al, sabes cómo va esto igual que yo. Servicios Sociales se ocupará del asunto. ¿Qué quieres que te diga?

Roth retrocedió y se sentó frente al tocador de Natasha Joyce, un sencillo mueble de setenta y cinco dólares con un taburete que no hacía juego. Repasó sus cosas: los cepillos, el secador, los alisadores de pelo, los lápices de ojos y los pintalabios, las

cremas faciales y la antienvjecimiento, el serum contra rizos rebeldes para un cabello sedoso y brillante... Los mismos potingues que su mujer. Los mismos potingues, pero en otro rango de precios. Eso era todo lo que quedaba de Natasha Joyce; eso, y una hija de nueve años que nunca llegaría a entender qué le había pasado a su padre, ni tampoco a su madre.

Miller dio un paso atrás y cerró los ojos. Por la expresión de su rostro parecía que estuviera intentando detectar algo que no veía, como si tratara de extraer algo del ambiente que le diera nueva información.

—Él lo sabe, ¿no? —dijo Roth.

Miller abrió los ojos.

—Tiene que saberlo.

Roth negó con la cabeza.

—Tiene que estar observándonos, tiene que saber adónde vamos, con quién hablamos. —Cogió aire y lo soltó lentamente—. Joder..., esto cambia del todo las cosas.

—Esto no ha sido al azar —dijo Miller—. No ha sido al azar, ni tampoco creo que lo de Catherine Sheridan fuera al azar, ni lo de las víctimas anteriores a Sheridan. Creo que hay un plan, una secuencia y algún tipo de método en esta locura. Todo lo que ha ocurrido aquí encaja..., la historia de Darryl King y Natasha, que la vida de ninguna de esas mujeres esté clara... De algún modo, todo encaja. Hay un vínculo que lo une todo directamente, como una flecha, y estamos tan ocupados observando los detalles que no vemos lo que tenemos delante.

—¿Y por qué no hay cinta esta vez? —preguntó Roth.

Miller cerró los ojos y meneó la cabeza.

—No lo sé, Al... Joder, no tengo ni idea.

—Tenemos que encontrar a ese tipo —dijo Roth—. Tenemos que encontrar al tipo de las fotografías, el que vino aquí a hablar con Darryl.

»Y tenemos que ir a hablar con esa tal Frances Gray y enterarnos de todo lo que podamos sobre Michael McCullough.

Miller tuvo el impulso de acercarse y tocar a Natasha Joyce en un gesto de compasión, para que Natasha supiera que para él significaba algo, que sentía muchísimo lo sucedido. Porque algo en su interior le decía que había sido él el causante de aquella desgracia. Y aunque sabía perfectamente que no era así, que el único motivo de que estuviera muerta era su propia implicación —directa o indirecta— en aquella historia, no podía evitar sentir lo que sentía. Era algo personal. Se había convertido en algo personal. Alguien le había estado observando. Alguien había visto que visitaba a Natasha Joyce, le había visto hablar con ella, hacerle preguntas, y ahora ella estaba muerta.

—¿Estás bien? —preguntó Roth.

—Todo lo bien que se puede estar.

—¿Y qué te parece?

—Haremos lo que dices tú. Encontraremos al tipo de las fotos. Iremos a hablar con esa tal Gray. Encontraremos a Michael McCullough. Eso es lo que haremos.

Abajo se oyeron ruidos. Llegaban los de la Científica. Miller sacudió la cabeza, como si quisiera despejar las sombras. Miró una vez más a Natasha Joyce y luego se dirigió a la puerta.

Solo habían pasado tres días desde la muerte de Catherine Sheridan. Cuatro meses entre el primero y el segundo, un mes y tres días entre el segundo y el tercero, diez semanas más o menos entre el tercero y el cuarto, y ahora solo setenta y dos horas. Catherine Sheridan. Natasha Joyce. La conexión entre ambas —por tenue que fuera— era Darryl King, un informador heroinómano asesinado al acompañar a un sargento de policía ahora retirado a una redada en un almacén cinco años antes.

Miller sabía que todo estaba relacionado. Los puntos de contacto de aquella red eran sutiles, quizás invisibles, pero estaban allí. De eso estaba seguro.

La pista de patinaje sobre hielo está cerrada al público. Algunos días, después de las clases, salgo del Mount Vernon College y me voy a la pista de patinaje de Brentwood Park. Los lunes y los martes por la tarde, y un sábado de cada dos. Sarah está ahí, trabajando su rutina, el número que está preparando para el Campeonato Nacional de Patinaje Artístico de enero del año que viene. Tiene veintidós años. Sé dónde vive, el nombre de sus padres, los colegios a los que ha ido. Sé todo lo que se puede saber.

La observo mientras patina, mientras entrena, con la máxima dedicación y diligencia.

Practica su rutina, y aunque sé que me ve ahí, al borde de la pista, aunque hace como si yo no estuviera, yo quiero pensar que patina para mí, solo para mí.

La canción que ha escogido es «C'est l'amour», de Edith Piaf, y en el mismo momento en que empieza, cuando suena la introducción al piano por los altavoces sobre nuestras cabezas, se agacha hasta rozar el hielo, agazapada, y luego se abre como una flor que crece desde la nada...

Tras el piano suenan las cuerdas, y luego la voz de Piaf:

C'est l'amour qui fait qu'on aime
C'est l'amour qui fait rêver
C'est l'amour qui veut qu'on s'aime
C'est l'amour qui fait pleurer...

Un giro sobre los dos pies, un bucle picado, un medio bucle, un salchow, y luego ejecuta un Biellmann y acaba con una pirueta baja. Cada vez que se desliza hasta el borde de la pista el corazón casi se me detiene en seco.

La segunda estrofa, un ritmo staccato, suave pero insistente, con las cuerdas casi tocando en pizzicato:

Mais tous ceux qui croient qu'ils s'aiment
Ceux qui font semblant d'aimer
Oui, tous ceux qui croient qu'ils s'aiment
Ne pourront jamais pleurer...

Entra de un salto en una pirueta arabesca, y luego el bucle picado, en el que Sarah queda de cara al exterior mientras se desliza hacia atrás, cayendo sobre el pie izquierdo y luego volviendo a saltar con el derecho...

La tercera estrofa, con la sección de viento enfatizando el emotivo crescendo de Piaf:

Et ceux qui n'ont pas de larmes
Ne pourront jamais aimer...

Y yo observo a Sarah, y me pregunto si podrá llegar a entender algún día lo ocurrido, y por qué, y cómo se pudo tomar una decisión así. Porque por eso lo hicimos. Por eso hicimos todo esto.

Después, una hora más tarde quizá, ceno sentado en una cafetería en la esquina de Franklin Street. Le doy un sorbo a mi café. Por primera vez en años siento la necesidad de fumar. Se cierne sobre mí la sensación de algo que se acaba, y una vez más intento convencerme de que todo lo que he hecho lo he hecho por un buen motivo. Sé que es mentira, pero es una mentira que tengo que intentar creerme. Si no por mí, al menos por Margaret Mosley, por Ann Rayner y por Barbara Lee. Tengo que creérmela también por Catherine y, en última instancia, también por Sarah.

Pienso en los años que pasamos Catherine y yo en aquel lugar. Pienso en todo lo que aprendimos, y en lo que no. Recuerdo el calor, el caos, la sensación de alienación, la certeza de que nosotros éramos los extraños, los no deseados, los odiados. Lo que hacíamos allí nunca llegaría a la prensa. Lo que veíamos nunca acabaría convirtiéndose en motivo de debate en alguna asamblea de resolución y ratificación de Naciones Unidas. Lo que hacíamos era perpetrar crímenes contra la humanidad en nombre de..., ¿en nombre de qué? Quizá se me haya olvidado el motivo. Quizá ni se nos hubiera explicado a nosotros. Nos habían entrenado, y hacíamos aquello para lo que nos habían entrenado, y lo que había aprendido en Langley era lo que me mantenía con vida.

Ya pensaré en todo aquello en otro momento. Ahora no. Ahora me quedaré aquí sentado, bebiéndome mi café. Cerraré los ojos y recordaré la visión de Sarah girando y deslizándose por el hielo con una gracia próxima a la perfección. Oiré la voz de Piaf henchida de emoción, y rezaré una oración por Catherine Sheridan esperando, una vez más, que tuviéramos razón.

Mañana es miércoles; miércoles 15. Catherine llevará muerta cuatro días. Me parece que hace una eternidad desde nuestra última conversación. Teníamos una vida que no estaba mal, pero si tuviera que volver a hacerlo, lo haría todo de otro modo, empezando por mi madre y mi padre..., lo que hizo, y cómo me ha perseguido aquel recuerdo todos estos años, como un fantasma.

Y ocurrió otra cosa. Dos días antes de la muerte de Catherine.

Markus Wolf, uno de los personajes más legendarios de la Guerra Fría, murió mientras dormía. Tenía ochenta y tres años. Los rusos le llamaban Mischa, el Paul Newman del espionaje. Organizó una de las redes de espionaje más exitosas que se han orquestado jamás. Durante el tiempo que trabajó para la Stasi pasó a más de cuatrocientos agentes al otro lado del Telón de Acero. La Stasi hacía lo que hacía la KGB, lo que tanto habían perfeccionado sus antecesores nazis. Usaron los cerebros de IG Farben y Eli Lilly para que los ayudaran en sus experimentos, y cuando acabó la Guerra Fría, cuando por fin cayó el muro, sus mejores hombres acabaron aquí. En el corazón de los servicios de inteligencia de Estados Unidos. Yo he visto a alguno de ellos. Unos bastardos retorcidos y de aspecto maligno. Ahora trabajan para nosotros. Nos dicen cómo ganarnos los corazones y las mentes de los pueblos que invadimos. Y si no podemos ganarnos sus corazones y sus mentes, nos dicen cómo machacarlos hasta subyugarlos.

Sé todas esas cosas porque yo he formado parte de ellas: me convertí en lo que tanto luché por evitar. En un monstruo sagrado.

Poco después de las ocho, Miller estaba de pie frente a su escritorio. Roth, sentado a la derecha y Lassiter a la izquierda, con la espalda contra la pared. Lassiter había abandonado su reunión en cuanto Miller le había llamado. Y le había hecho muchas preguntas. ¿Qué habían visto? ¿Había algo —lo que fuera— que les hubiera dado la impresión de que los seguían o los observaban? ¿Les había dicho algo Natasha Joyce que pudiera hacer pensar que temiera por su vida?

Miller respondió lo que pudo.

—No tengo suficiente gente para esto —dijo Lassiter—. ¿A quién se supone que debo asignar? ¡Que me lo digan, por Dios!

Repasaron de nuevo todo el asunto. Lassiter, preocupado por que los periódicos publicaran el caso agarrándose a los detalles truculentos. «La policía visita a un testigo potencial». «La testigo muere a manos del mismo hombre al que investiga la policía». Quizá. Los periódicos presentarían la noticia del modo en que quisieran que la leyera el mundo. Como lo de Miller y Hemmings: «Corrupción en el seno de la policía, y unos cubriéndoles las espaldas a los otros».

Las fotografías de la casa de Catherine Sheridan estaban extendidas sobre la mesa. El rostro de un hombre desconocido, un hombre sospechoso de haber cometido crímenes terribles, pero también un hombre que podría no ser culpable de nada.

—¿Y en qué época situamos estas fotografías? —preguntó Lassiter.

—Entre cinco y diez años antes de que fuera a ver a Darryl King con Catherine Sheridan —dijo Roth—. Hacia 1990, más o menos.

Lassiter se levantó de la silla y miró cada una de las fotografías, una tras otra. Las examinó de cerca otra vez.

—Es que no hay nada —observó—. Nada en absoluto que indique dónde se tomaron... Es casi como si el encuadre fuera intencionado, para no dar ninguna pista del entorno.

—Eso es lo que pensé yo —coincidió Miller.

Lassiter volvió a su silla.

—¿Cuánto tardará el técnico fotográfico? —dijo Roth, echando un vistazo a su reloj—. Debería llegar en cualquier momento.

Lassiter se echó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, con las manos colgando y los dedos juntos, como si fuera a rezar.

—No tenéis ni idea del jaleo que se va a montar con esto —dijo en voz baja—. Cinco mujeres muertas. Elecciones a la alcaldía en febrero. —Se volvió de pronto al oír a alguien al otro lado de la puerta—. ¡Adelante! —gritó.

La puerta se abrió y entró un hombre. De entre cuarenta y cincuenta años, con el pelo entrecano y gafas. Identificó inmediatamente a Lassiter como el jefe, se adelantó con la mano extendida y se presentó como Paul Irving. Lassiter señaló las fotografías sobre la mesa.

—¿Puede hacernos unas imágenes de este tipo y envejecerlo diez, quince o veinte años?

—Claro que sí —dijo Irving, asintiendo.

—¿No tiene ni que mirarlas? —insistió Lassiter.

Irving sonrió.

—Puedo hacer lo que quiera con una imagen —dijo. Alargó la mano y cogió la fotografía de Catherine Sheridan y el hombre sin identificar—. Si quiere, puedo quitarle la cara a este tipo y ponerle la suya en su lugar, quedará tan bien que no se dará ni cuenta.

—Solo necesito que lo envejezca —dijo Lassiter—. Esto parece que es de la Navidad de 1982. Úselo como referencia. Necesito que esté más viejo, con el cabello gris, también con bigote, con barba y con perilla. Necesito ocho o diez variaciones diferentes de la imagen que podría tener este tipo actualmente, y las necesito en una o dos horas. ¿Puede hacerlo?

Irving asintió, y se dispuso a recoger las fotografías.

—Claro que puedo hacerlo. La factura me la pagará el departamento, ¿verdad?

—El departamento le paga, sí —dijo Lassiter.

—¿Esto es por lo del Asesino de la Cinta?

Lassiter negó con la cabeza.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Distrito Dos, llaman fuera de horas, no me preguntan cuánto voy a cobrarles por hacer eso... No seré policía, pero tampoco soy tonto.

—Necesito que no diga nada —respondió Lassiter—. Me han comentado que es el mejor en este tipo de trabajo, y supongo que esa reputación no se basa únicamente en su habilidad técnica, sino también en su discreción y su confidencialidad.

Irving sonrió con franqueza.

—Soy todo lo bueno que le han dicho, y en cuanto a la confidencialidad, no debe tener ninguna duda sobre lo en serio que me tomaré esto.

Lassiter asintió.

—De acuerdo. Vaya a donde tenga que ir. ¿Estará de vuelta hacia las diez?

—Por supuesto. Y antes, si puedo.

—Se lo agradeceremos.

Irving se fue. Se llevó todas las fotografías menos una.

—¿Desde cuándo se hacen estos trabajos fuera de comisaría? —preguntó Miller—. Pensaba que teníamos gente para estas cosas en el departamento.

—«Problemas de financiación» —dijo Lassiter—. ¿Te suena el término?

Miller agitó la mano en un gesto displicente.

—Bueno, mientras tengamos lo que necesitamos...

Lassiter dio un paso atrás y acercó su silla a la mesa. Los tres se quedaron en silencio un momento, y a continuación Miller preguntó si podrían contar con más agentes para localizar al sospechoso.

—Puedo asignaros a los que tengo: Oliver, Metz, Riehl, Feshbach... y quizá Littman, aún no lo sé. Todos llevan sus propios casos, pero cuando tengamos esas fotografías y podamos distribuirlas por las patrullas, podré asignaros a esos cuatro para que atiendan el teléfono y sigan algunas pistas. En cualquier caso, no tengo los hombres que necesitaría.

—¿Hay alguna posibilidad de que vuelva Killarney a echarnos una mano? —preguntó Miller.

—Haré unas llamadas, veré lo que se puede hacer, pero os diré una cosa: el gran jefe y el alcalde esperan que esto lo gestionemos nosotros. Contactaré con el Distrito Cuatro y el Siete, pero no os hagáis demasiadas ilusiones, ¿de acuerdo? En principio vosotros sois el frente de ataque.

—Es un consuelo —dijo Al Roth con una sonrisa socarrona.

Lassiter se puso en pie y volvió a colocar la silla junto a la pared.

—Tenéis a este tipo —dijo—. Evidentemente conocía a Catherine Sheridan. Coincidió con Natasha Joyce al menos en dos ocasiones. Partid de lo que tenéis. Aplicaos a fondo y saldrán más cosas. —Lassiter echó un vistazo al reloj—. Son las ocho y diez. El tipo de las fotos debería volver antes de las diez. Aseguraos de que son buenas. Si no, mandadle que vuelva a hacerlas. Le he pedido a uno de los informáticos que venga a escanearlas y que empiece a imprimir tantas como necesitemos, a cientos. Aseguraos de que lo hace y luego idos a dormir. Mañana por la mañana, a las nueve, quiero que pongáis al día a las patrullas antes de que salgan, que les entreguéis las fotos y que os aseguréis de que entienden la importancia del caso, ¿de acuerdo? —Lassiter vaciló un momento, casi como si tuviera algo más en mente, pero negó con la cabeza y se encaminó a la puerta—. Tenéis mi número de móvil. Llamadme cuando lo necesitéis, ¿de acuerdo?

Miller y Roth se quedaron sentados un momento.

—¿Quieres llamar a Amanda por mí? —preguntó Roth.

Miller negó con la cabeza.

—El trabajo sucio háztelo tú solito.

Informaron de su muerte en televisión. Natasha Joyce.

Lo hicieron mientras yo estaba allí sentado, en el café, y si me hubiera ido un momento antes, no lo habría visto.

Pero lo vi, y entonces me alejé de la esquina de Franklin Street con la fría y silenciosa convicción de que muy pronto me encontrarían.

De algún modo, por raro que parezca, supongo que el alivio será inmenso.

Irving regresó a las diez menos cuarto. Llamó a la puerta, esperó un momento, entró y dejó un grueso sobre encima de la mesa.

Miller abrió el sobre, lo cogió de un extremo y extendió las fotografías por la mesa.

—¿Está bien? —preguntó Irving.

—Muy bien. Realmente bien —dijo Miller.

Firmó el recibo de Irving y, cuando este se fue, Roth y él se quedaron uno al lado del otro, mirando las fotografías del compañero desconocido de Catherine Sheridan.

No había duda de que era el mismo hombre, a pesar de cómo se había alterado su aspecto. Sin embargo, había algo constante: los ojos. Los ojos nunca cambiaban.

Roth recogió las imágenes, abandonó la habitación y desapareció casi veinte minutos. Miller se preguntó si la orden de búsqueda daría algún resultado, si alguien en Washington reconocería al hombre que andaban buscando. Pero es que aunque lo hicieran, quizá no era nadie en particular. Simplemente un amigo que había acompañado a Catherine Sheridan en una visita a los suburbios para hablar con Darryl King. Natasha Joyce no sabía el motivo de las visitas. Darryl King habría podido decírselo, pero estaba muerto. Y la única persona que quedaba aparte del propio King era el sargento retirado Michael McCullough, y eso era harina de otro costal.

Miller necesitaba dormir. Era como si su mente se resintiera de la intensidad de todo lo ocurrido desde el 11 de septiembre. La frustración era casi física, una sensación tangible de presión contra algo que parecía decidido a no ceder. Roth trabajaría hasta tarde. Harían las mismas horas, pero él siempre tenía algo esperándole en casa. Su esposa, sus hijos. La casa en E Street y la Quinta. Había una vida más allá de las paredes de la comisaría del Distrito Dos. Una vida en la que Robert Miller cada vez era más consciente de que no participaba.

Miller se levantó y se acercó a la ventana. Recorrió la ciudad con la vista, tenía los ojos irritados y secos, y un sabor cobrizo y amargo le habitaba el fondo de la garganta.

Se sonrió, con una especie de resignación filosófica que matizaba todas sus emociones, y entonces cayó en la cuenta de dónde se encontraba, de que no era más que una silueta contra la luz que tenía detrás.

Una especie de descarga eléctrica le recorrió el cuerpo. Dio un paso atrás, instintivamente, y se apartó con rapidez de la ventana. Tuvo una palpitación y luego se le aceleró el pulso. Alargó la mano izquierda y tiró del cordón de las persianas, las bajó rápidamente y giró las láminas, cerrándolas del todo.

Oyó unos pasos en el pasillo y dirigió la mirada a la puerta.

Apareció Roth.

—Todo controlado —dijo este—. Tendremos cien de cada... —Se detuvo en seco y frunció el ceño—. Por Dios, Robert, pareces...

—Estoy bien —dijo Miller con brusquedad—. Estoy bien. Solo es el cansancio...

—Bueno, pues tendremos cien copias de cada foto a las nueve de la mañana. La reunión con los chicos de las patrullas será abajo, en la sala de reuniones. ¿Queda algo pendiente?

Miller negó con la cabeza, y en aquel mismo instante sonó el teléfono de la mesa que tenía delante. Lo cogió. Escuchó un momento y luego dijo:

—Sí claro... Sube.

—Metz —le dijo a Roth, y volvió a poner el auricular sobre el teléfono—. Nos trae información sobre las tres primeras.

Esperaron unos minutos, sin decir palabra ninguno de los dos. Miller era consciente del sudor que le bañaba las manos y de la sensación de pánico, que ya iba a menos pero que aún le presionaba el estómago. Entonces apareció Metz en la puerta, con cara de no saber qué hacer.

—¿Qué tienes? —preguntó Miller.

Metz se sentó.

—No lo que queréis oír —dijo—. Las casas de las dos primeras, Mosley y Rayner, eran de alquiler y ahora están ocupadas por otros inquilinos. Las han reformado completamente. La tercera, la de Barbara Lee, la pintaron de arriba abajo y sigue vacía, pero parece que va a entrar gente en una semana o así. No hemos encontrado ni rastro de hijos, nietos, tías, tíos, primos, hermanos, hermanas o padres vivos en ningún caso. Nada.

Miller echó el cuerpo hacia delante.

—¿Cómo?

Metz asintió.

—¿Sabéis lo que pienso? Que estaban en un programa de protección de testigos...

—Eso ya se me ocurrió a mí —le interrumpió Roth.

—De ningún modo —dijo Miller—. No podéis estar hablando en serio... ¿Ningún familiar en absoluto? ¿Nadie?

—Nadie —respondió Metz—. Y sus efectos personales los llevaron al Tribunal de Sucesiones. Los empaquetaron y los mandaron a algún almacén a las afueras de Annapolis. He solicitado un listado, pero me han dicho que puede tardar un mes en llegar...

—Pide una orden —espetó Miller.

—Ya la he pedido... Deberían decirme algo mañana.

—Esto es ciencia ficción. Es una jodida historia de ciencia ficción... No puedo creerme lo que estoy oyendo.

—Esto es porque estaban en protección de testigos, seguro —insistió Metz—. Tiene que ser por eso. Los únicos casos en los que me he encontrado con algo parecido ha sido con testigos inscritos en el programa.

Miller no respondió.

—¿Algo más? —preguntó Roth.

Metz negó con la cabeza.

—Insistiré en lo de la orden de registro por la mañana. Y luego iremos a ver.

—Bien —asintió Roth—. Ahora vete a casa... Te necesitamos a las nueve, en la reunión.

Metz les deseó suerte y se fue.

Miller aún no había abierto la boca.

—Estoy aturdido —dijo en voz baja—. Este jodido asunto me tiene aturdido...

—Vete a casa —dijo Roth—. Come algo medio decente y duerme un poco, por el amor de Dios. No puedes hacer nada más esta noche.

—Ahora voy, ahora voy... Vete tú, que yo me marcho enseguida, ¿vale?

Roth se puso en pie.

—La pequeña nunca quiere irse a la cama si no me ve antes.

Miller no respondió.

—Estaré aquí antes de las nueve —dijo Roth, mientras se dirigía hacia la puerta—, para preparar las cosas antes de que lleguen todos.

—Nos vemos entonces —repuso Miller, y se volvió hacia la ventana, donde se oía el repiqueteo de la lluvia contra el cristal.

Era casi medianoche, y Robert Miller estaba en la cocina de su apartamento de Church Street, apoyado de espaldas sobre el fregadero. Aún llovía. Lo oía a través de la ventana que tenía detrás. Intentó asimilar las cosas que estaban consumiéndole la vida. Intentó no pensar en lo que podría ocurrir. Intentó no pensar en lo que podría llegar a convertirse si fracasaba con aquel caso. Era importante. Todo había sido importante de algún modo, pero quizás aquello fuera lo más importante de todo. Sentía los ojos de todo Washington puestos sobre él. Habían muerto cinco mujeres, y nadie sabía por qué. Nadie tenía ni una sospecha, nadie veía ningún motivo aparente... Había muchas cosas que habrían hecho más fácil enfrentarse a esta tarea. Un testigo, por ejemplo. Solo uno. Un único testigo ocular que pudiera ver las fotos, responder preguntas, darles quizás alguna idea de si iban por el buen camino o no. Pero no, no tenían nada en absoluto. Solo podían confiar en la esperanza y en la suerte, que eran los mejores activos que podría desear un investigador. Una esperanza inquebrantable, la voluntad de persistir metódicamente pese a todos los caminos sin salida que iban apareciendo, y un poco de suerte. Algo que abriera el caso y les susurrara al oído el camino hacia la verdad.

Observó la oscuridad a través de la ventana hasta que apareció de nuevo la luz, recordando en todo momento la sensación que había tenido en su despacho. Como si le observaran. Igual que habían observado a Natasha Joyce.

Miller se duchó, se afeitó, se vistió, y a las siete y cuarto ya estaba de nuevo en su cocina. Se tomó una tostada seca y media taza de café solo, y volvió a comisaría, como si fuera su hogar espiritual.

Recogió las fotografías para las unidades: media docena por juego, cien juegos en total. Los agentes se las llevarían en los coches patrulla, y esos coches patrulla recorrerían sus respectivas zonas de la ciudad, y los agentes sentados en el asiento del acompañante mantendrían los ojos bien abiertos. Habría llamadas, habría falsas alarmas, habría gente que sabría con toda certeza el nombre y la dirección del hombre de la imagen. Y los agentes de patrulla seguirían la pista, y se encontrarían con que el hombre en cuestión no se parecería en nada al de la foto, y les darían las gracias a todos por su cooperación y se disculparían por las molestias, y volverían a comisaría con la convicción de que Catherine Sheridan había visitado a Darryl King acompañada por un fantasma. Así funcionaba el mundo en el que vivía Robert Miller. Aquello no era «Policías de Nueva York», ni «CSI», ni «Ley y orden». Los casos no empezaban y acababan con el episodio. La vida no era así. La vida era laboriosa y agotadora, ponía al límite la paciencia y los nervios, y los resultados se obtenían con diligencia, constancia y una inagotable perseverancia. Y a veces, a pesar de todos los esfuerzos, no encontraban nada.

Se reuniría de nuevo con Oliver y Metz, Riehl y Feshbach. Les diría que respondieran a cada llamada como si fuera la única. Sabía que no había nada garantizado, que no había sistemas para filtrar las llamadas; sabía que siempre habría alguien que sabía algo pero que no llamaría, o que llegaría incluso a marcar el número pero que vacilaría y colgaría, o que quizás odiara a la policía y decidiría que ayudarlos en su investigación suponía traicionar sus principios. O que tuviera miedo. Eso, por encima de todo.

Miller salió a por un café. Se lo llevó a la sala de reuniones y se sentó hasta que llegó Roth, a las nueve menos cuarto.

—¿Llevas aquí toda la noche? —preguntó Roth.

Miller sonrió y meneó la cabeza.

—Se supone que eres investigador, ¿no? Llevo una camisa de otro color.

—No tienes pinta de haber pasado por casa.

—He enviado mi cuerpo —respondió Miller—. Yo me he quedado aquí, trabajando en esto, y he enviado mi cuerpo a casa.

Roth frunció el ceño.

—Me estás empezando a preocupar —dijo Roth.

Miller abrió la boca para replicar, pero en aquel momento alguien llamó a la puerta.

Entraron Carl Oliver y Chris Metz.

—Tenemos la reunión aquí, ¿no? —preguntó Oliver.

—Sí, claro —contestó Roth—. Sentaos.

Metz echó un vistazo al reloj.

—¿A qué hora empezamos?

—Oficialmente a las nueve.

—Voy a fumarme un cigarrillo y a buscar un café antes de empezar. ¿Alguien quiere algo?

—Yo estoy bien —dijo Miller, negando con la cabeza.

—Tráeme un *capuccino* —pidió Roth.

Metz frunció el ceño.

—Eso seguro que no te lo traigo. Solo o con leche, esas son las opciones.

—Tráeme lo que sea —dijo Roth, agitando la mano en señal de resignación.

Metz se dio media vuelta y se fue.

—Yo tomaré un *frappé* con leche descafeinado, con la leche semidesnatada, un toque de esencia de almendra y una sombrillita encima —ironizó Oliver, siguiendo a Metz.

—Que os den por culo a los dos —espetó Roth.

—Así me gusta —dijo Miller—. Con este nivel seguro que encontramos al Asesino de la Cinta.

—Lo que yo querría saber es quién narices se inventa estos nombres —replicó Roth—. El Asesino de la Cinta. Por Dios, es de lo más melodramático. El Asesino de la Cinta. La mitad del problema que tenemos con estas cosas es que creamos una leyenda en torno a estos criminales...

Miller levantó una mano y le hizo callar.

—Me duele la cabeza, Al. Ya basta.

Roth asintió comprensivo.

—Necesitas echar un polvo.

—Necesito muchas cosas..., y ahora mismo eso está en el número quince en mi lista de prioridades. Lo primero es hacer esta reunión y distribuir esas fotos. No sé tú, pero yo quiero ir a la Administración Central y encontrar a esa tal Frances Gray.

—Claro —dijo Roth—. Y luego vamos a ver con quién habló Natasha en el Distrito Cuatro.

Se oyeron unas voces en el pasillo, murmullos y comentarios de los agentes que se iban congregando.

—No os quedéis ahí —dijo Roth—. Estamos dentro.

Un puñado de hombres entraron y empezaron a tomar asiento. Miller estaba de pie en la parte delantera de la sala, y a la derecha tenía una mesa con un montón de paquetes de fotos.

Lassiter apareció en un segundo grupo y, tras él, Oliver y Metz. Todo el mundo se calló. Lassiter señaló el fondo de la sala con un gesto de la cabeza. Estaba allí para darle mayor autoridad a la reunión, para recordarles la gravedad de la situación. A las nueve y ocho minutos ya se habían sentado los últimos en llegar.

Miller se aclaró la garganta, cogió uno de los paquetes de fotos y sacó una de las imágenes.

—Necesitamos hablar con este hombre con la máxima urgencia —arrancó Miller.

Quizá sea algo sobrenatural, producto de mi propia imaginación o paranoia, pero creo que están a punto de llegar.

Miércoles por la mañana. 15 de noviembre. Me encuentro frente a un aula llena de estudiantes, y hay un momento de silencio. Posiblemente crean que se me ha olvidado lo que iba a decir. Posiblemente no les importe. Nunca podrían imaginarse que en esos breves segundos he visualizado y recordado una conversación sobre el equilibrio, una conversación que ahora parece pertenecer a la vida de otra persona.

—Tú tienes ese equilibrio —dijo él, como si fuera algo raro y extraordinario. Algo de gran belleza. Algo que vale la pena conservar y proteger.

Se llamaba Dennis Powers. Tenía un rostro ancho, unos rasgos casi caricaturescos y una sonrisa con demasiados dientes. Era instructor de monitores, y aunque me pasaba ocho o diez centímetros, tenía un aspecto compacto y tenso. Había algo en Dennis que me asustaba. Me hacía sentir como si tuviera que estar preparado para cualquier cosa, y lo más probable era que no fuera nada bueno.

—Es un buen tipo —me había dicho Catherine el día anterior.

Llevaba puesta la misma boina turquesa, y se dirigía a algún sitio, con unos libros bajo el brazo: la escena podría pertenecer perfectamente a un campus universitario de la Costa Este. Ahí es donde estábamos; éramos estudiantes, pero lo que estudiábamos no podía encontrarse en ninguna guía de carreras universitarias. Geopolítica y asuntos exteriores; guerra contra la infiltración comunista; subversión, golpes militares, asesinato...

Era abril de 1981, unos tres meses antes de mi vigesimosegundo cumpleaños, y yo ya creía. Sería «adoctrinamiento», «lavado de cerebro», «propaganda» —lo que se le quiera llamar—, pero era sutil, y funcionaba. Para cuando Catherine y yo llegamos a conocernos el uno al otro, estábamos metidos hasta el cuello. Y para cuando nos pidieron que hiciéramos un trabajo de campo, ya estábamos afiliados, inscritos, enrolados, apuntados, certificados, aprobados y documentados. Para julio del mismo año, en el momento en que nos subíamos juntos al avión, llevábamos en nuestro interior la convicción de que estábamos haciendo lo correcto.

—Tiene que haber algo en tu interior —me diría alguien muchos años después—. Algo en tu interior que coincide en lo fundamental con ese alocado montaje que hacen por ahí para implicaros. Los pastores, los lectores, los formadores..., todos saben cómo detectarlo, y lo ven en tu interior, como si llevaras un puto farolillo en la cabeza.

Más tarde lo entendería, pero en aquel momento no sabía decir qué era lo que veían en mí. Quizá fuera el desacuerdo de base con la vida que me había tocado vivir. Quizá la muerte de mis padres —o, más bien, las circunstancias de su muerte— y mi implicación indirecta en ellas. Quizás el hecho de que lo que había hecho mi padre era una locura, pero que al mismo tiempo yo comprendía por qué lo había hecho. Quizá fuera aquello lo que vieron en mí, porque aquel domingo, el día en que conocí a Dennis Powers, me miró de frente, fijamente a los ojos, y me dijo que yo tenía ese equilibrio.

—Necesitas el equilibrio —dijo, y luego sonrió, y supuse que tendría unos cuarenta y cinco o cincuenta años, pero luego me dijo lo joven que era cuando fue a Vietnam, en 1967...—. Apenas tenía veinte años en 1967, era más joven de lo que eres tú ahora.

Dennis Powers nació en 1947. Cuando lo conocí, en 1981, tenía cuarenta y cuatro años. El hecho de que pareciera mucho mayor me asustaba. Era como si le hubieran metido tres o cuatro vidas bajo la piel, a presión.

—Puedo contarte algo de lo que he visto, pero no quiero contártelo —dijo—. En realidad no quieres oír las cosas que he visto, créeme.

Yo alcé la vista y levanté una ceja.

Dennis sonrió.

—Ahora me dirás que quieres oír alguna anécdota, ¿verdad? Que quieres que te hable de los horrores que he presenciado, y que eso te ayudará a ponerlo todo en perspectiva. Vas a decirme eso, ¿verdad?

No me dio tiempo a responder.

—No voy a contarte esa mierda —dijo—, pero sí te contaré una cosa. Lo que he visto ahí fuera... —Señaló con un gesto de la cabeza hacia el perímetro de las instalaciones de Langley, como si todo lo que hubiera más allá perteneciera a algún mundo extraño y lejano—. Ahí fuera todo es una locura —dijo, tranquilamente. Estaba transmitiendo verdades universales, pasándolas de una generación a otra—. Ahí fuera tienes el principio de un mundo del que ni siquiera te gustaría formar parte. El mundo que nos espera no es un lugar al que te pueda apetecer traer niños. A la gente no le importa un carajo el planeta. Todo lo que no sea dinero, sexo y drogas, y más dinero y más sexo les importa un carajo. La gente necesita despertar, ¿sabes? Pero con la tele y con todo lo que les dicen para mantenerlos atontados, nunca abrirán los ojos ni verán lo que está pasando a su alrededor. ¿Entiendes lo que te digo?

Yo asentí.

—Y una mierda lo entiendes.

Estábamos en un anexo de uno de los edificios principales del complejo. Por la ventana veía pasar gente.

—Tú formas parte de ello, amigo —dijo Dennis Powers—. Hasta que no salgas ahí fuera y veas parte de lo que los seres humanos son capaces de hacerse unos a

otros... Joder, no tendrás ni idea.

Permanecí en silencio.

—Imagina que te doy una pistola —continuó Dennis—. Te doy una pistola y te envío a algún lugar en los años veinte, ¿vale? Estás en algún lugar de Europa, Austria, quizás Alemania, y te envío a un bar en algún sitio. Te digo que hay un hombre sentado a la barra y que tienes que ir directamente hacia él, sacar la pistola y dispararle a ese cabrón en la cabeza, en el mismo lugar donde está sentado tomándose su cerveza. —Dennis hizo una pausa y me miró—. Yo te digo que hagas eso, y tú vas y lo haces por mí. ¿De acuerdo?

Yo solté una risa nerviosa.

—No —respondí—. Yo no voy a hacer eso.

—Bueno, pues te digo que el tipo sentado a la barra es Adolf Hitler, y tú entras y lo ves sentado ahí, tomándose su cerveza, y tienes una treinta y ocho en el bolsillo... ¿Qué harás, entonces?

Sonreí y asentí.

—Me iré directamente a su lado y le dispararé en la cabeza.

—¿Sin preguntas?

Negué con la cabeza.

—Ninguna.

—¿Por qué?

Era evidente.

—Si mato a Adolf Hitler, quizás evite la muerte de veinte o treinta millones de personas —respondí.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente.

Powers asintió lentamente.

—Muy bien, muy bien. Así que tenemos un punto de partida. Adolf Hitler. Ninguna pregunta, ¿eh?

—Ninguna.

—¿Y Stalin?

—Lo mismo. Sin preguntas.

—¿Y Gengis Kan, Calígula, Nerón, el káiser Guillermo?

—Qué sé yo, sí... Dios, supongo que todos ellos también.

—¿Y Churchill?

—¿Winston Churchill? No, por supuesto que no —respondí.

—En 1914 era conocido como el Carnicero de Belfast —dijo Powers—. Situó el tercer escuadrón de batalla frente al Úlster. Churchill puso los barcos de guerra en el puerto y bombardeó la ciudad...

—Estás priorizando una serie de incidentes negativos sobre un número considerablemente mayor de incidentes positivos —dije yo, meneando la cabeza.

—Así que lo que dices es que deberíamos examinar las acciones de esos personajes a la luz de la historia, para poder evaluar si hicieron más bien que mal, y si hicieron más mal...

Sonreí.

—En cualquier caso, llegados a ese punto es demasiado tarde para hacer nada.

—Exacto —afirmó Powers—. Lo cual plantea la cuestión de quién decide sobre esas cosas, y cuándo lo decide.

—Si es que hay algo que decidir —respondí yo.

Powers miró un momento hacia la ventana, y antes incluso de volverse empezó a hablar en voz baja:

—Sí que hay que tomar decisiones así —dijo—. Hay que tomarlas, y hay gente encargada de tomarlas, y ahora mismo se están tomando decisiones así a trescientos metros de donde estás sentado, y cuando estén tomadas, serán comunicadas a gente para que las ejecute con todas sus consecuencias... Y te voy a decir algo, John... —Powers se volvió hacia mí y me miró fijamente—. Esa gente está muy interesada en el papel que tú puedas desempeñar en esas consecuencias.

—¿El papel que yo pueda desempeñar? ¿Qué quieres decir?

—No eres tonto —respondió Powers—. Sabes lo que ha ido pasando aquí las últimas semanas. Hay gente con la que llegaste y que ha desaparecido, ¿verdad? Un día los ves, y al siguiente no están: no lo han conseguido. Pero tú has llegado hasta aquí, y ahora mismo me tienes delante, y yo voy a pedirte que tomes una decisión, y tal como van las cosas va a ser la decisión más importante que hayas tomado nunca. Si eliges un camino, tu vida se convertirá en algo que valdrá la pena recordar, y si eliges el otro... Bueno, si eliges el otro, tu vida será lo que decidas hacer de ella, pero desde luego no se podrá comparar con lo que podría haber sido.

Hizo una pausa, y luego sonrió comprensivo.

—Esa chica con la que vas... ¿Cómo se llama?

No respondí.

—Venga, hombre —insistió Powers—. ¿Tú crees que hay algo de lo que ocurre aquí que no sepamos? Se llama Catherine Sheridan.

—Si lo sabías, ¿por qué me lo preguntas?

Powers se rio.

—Tienes que derribar esas barreras, amigo. Tienes que aprender a confiar en alguien. Confías en Lawrence Matthews, ¿verdad?

—Claro que sí —respondí.

—¿Y en Don?

—Don Carvalho... Sí, confío en él. No sé si estoy de acuerdo con todo lo que dice, pero...

—No se trata de estar de acuerdo. No se trata de que todos tengamos el mismo punto de vista sobre el mundo. Si todos estuviéramos de acuerdo con todos sería un asco, ¿no? No, no estamos hablando de tener la misma actitud frente a las cosas;

estamos hablando de tener la misma actitud de cara a poder tomar una decisión sobre algo, y luego ir y llevarla a cabo.

—¿Como qué?

—Muy bien, muy bien, ahora parece que llegamos a algo. Como Centroamérica, por ejemplo.

—¿Centroamérica?

—Claro. ¿Por qué no? Ahora mismo es un lugar cojonudo. Zona de guerra, pero con un paisaje natural precioso.

—¿Y qué?

—Ahí es donde va a ir tu novia en julio.

—No es mi novia.

—Vale. Pues es donde Catherine Sheridan, la que desearías que fuera tu novia, va a ir en julio.

—¿Por qué?

—Porque necesitamos que vaya.

—¿Para qué?

—Para arreglar las cosas. Para desempeñar su papel en el juego. Para hacer su contribución. Pero el principal motivo por el que va es porque realmente quiere ir.

—¿Y por qué me dices esto?

—Porque creo que deberías ir con ella.

—¿Para qué narices iba a querer yo ir a Centroamérica?

Dennis Powers sonrió complacido.

—Para matar al maldito Adolf Hitler, para eso.

—Ayer por la tarde —dijo Miller—, aproximadamente a las cinco menos cuarto, una joven llamada Natasha Joyce apareció asesinada en su apartamento en un complejo de viviendas protegidas entre Landover Hills y Glenarden. Tenía veintinueve años de edad y una hija de nueve llamada Chloe. Sin marido, ni novio conocido, y el padre de su hija, un heroinómano llamado Darryl King, murió asesinado en octubre de 2001.

Miller miró a los hombres que tenía delante. Eran veteranos curtidos, acostumbrados todos ellos a cosas así. Aquello no era nuevo. Una víctima de asesinato. Mujer negra en un barrio pobre, madre soltera, el padre de su hija muerto, sin nadie que se ocupara de ella, sin nadie que pudiera cuidarla, y muy probablemente nadie más que su hija para asistir a su funeral.

Miller se aclaró la garganta.

—El asesinato se parece mucho al de Catherine Sheridan, que hace cuatro días apareció muerta en su casa en Columbia North West. Como ya sabéis, los periódicos le han puesto nombre a este tipo: el Asesino de la Cinta. Deja una cinta atada alrededor del cuello de cada víctima. Las apalea salvajemente, las estrangula y deja la cinta. En esta última no había cinta, pero estaba directamente relacionada con la investigación. El hecho de que la estuviéramos interrogando puede haber alertado al asesino sobre su paradero.

Un agente de patrulla levantó la mano:

—¿Alguna conexión conocida entre las víctimas?

—Todo circunstancial, nada probativo. Lo que tenemos es un varón no identificado, de edad incierta, pero es probable que de entre cuarenta y cincuenta y cinco, que aparentemente fue visto por el barrio de la cuarta víctima hace cinco años. Natasha Joyce nos identificó a este hombre como el mismo que acompañó a Catherine Sheridan en una serie de visitas al complejo de viviendas protegidas de Glenarden en septiembre y octubre de 2001 con el fin de contactar con el novio de Natasha Joyce, Darryl King...

Otro agente levantó la mano:

—De modo que sí había relación entre la cuarta y la quinta víctimas.

—Tal como he dicho, es poco más que circunstancial, pero ahora tenemos una fotografía de este hombre, y parece ser que conoció tanto a Joyce como a Sheridan. Hemos creado una serie de fotografías con la imagen que podría tener actualmente. Son aproximaciones basadas en un cálculo estimado de su edad.

Roth se levantó de la silla y empezó a distribuir los paquetes de fotos.

—Lleváoslas durante la patrulla —dijo Miller—. Tenedlas siempre encima. Hablad con la gente, id enseñándolas por ahí... A ver si alguien reconoce a este

hombre.

Lassiter se puso en pie y se dirigió a la parte de delante de la sala.

—Esto es prioritario —anunció—. Entre misiones o servicios, necesito que vayáis haciendo circular estas fotografías por vuestras respectivas zonas. Hablad con gente que conozcáis. Comerciantes, gente de los mercados, entrad en los bares... Ya sabéis cuál es la rutina en estos casos. Necesito averiguar si alguien reconoce a este hombre, y en cuanto tengáis algo, lo que sea, quiero que contactéis con Oliver, Metz, Feshbach o Riehl. Ellos actuarán de enlace con Roth y Miller. Que todo pase por aquí. Y «todo» significa «todo».

—¿Y si alguien lo ha visto? —preguntó un agente.

—Si alguien lo ha visto... —Lassiter se lo pensó un momento—. Si alguien lo ha visto, quiero que lo sigáis hasta que podáis detenerlo sin necesidad de usar la fuerza. Debe considerársele armado y peligroso. No provoquéis la alarma; contactad con nosotros inmediatamente. Dadnos todos los detalles que podáis, pero aseguraos de que alguien le sigue. Si corre, id a por él. Si dispara, devolved los disparos. Pero, a ser posible, lo necesitamos vivo para que responda a nuestras preguntas. Cualquier llamada que queráis hacer, usad el código nueve como prefijo y el operador ya sabrá que tiene que pasaros con los inspectores asignados. Si no hay preguntas, ya podéis marcharos.

Los agentes e investigadores empezaron a salir. Lassiter se adelantó.

—Vosotros cuatro —dijo, señalando a Feshbach, Riehl, Metz y Oliver—. Vosotros no estáis relevados de cualquier caso que os toque, pero necesito que os ocupéis de las llamadas que lleguen sobre este tipo. He dado instrucciones a dos agentes de uniforme para que se encarguen en caso de que los cuatro estéis fuera, pero preferiría que os organizarais de modo que al menos uno de vosotros esté en comisaría en todo momento. Necesito a alguien de confianza para coordinarnos con Asignación de Servicios, por si hay que enviar alguna patrulla a confirmar un posible avistamiento.

—Supongo que, si tenemos que coordinarnos, nos irá mejor si nos instalamos en la central —propuso Metz.

Lassiter asintió.

—Organizaos como mejor os parezca. Si alguien os toca las narices, decidle que os lo he dicho yo. Poneos en marcha. Vamos a necesitar organización y cooperación máximas para procesar todos los avisos que lleguen —dijo, agitando la mano y señalando las fotografías que aún había sobre la mesa, a su lado—. Debe de haber unos cien mil tipos de mediana edad en Washington que se parezcan a este personaje.

—¿Horas extra? —preguntó Riehl.

—Las que haga falta —respondió Lassiter—. Si es necesario que hagáis horas extra, intentaré que se os paguen. Pero con sentido común, ¿eh? Si es tarde y no recibís llamadas, no necesito que estéis aquí los cuatro, doblando turno.

Metz asintió. Riehl hizo algún comentario que Miller no entendió. Los cuatro salieron de la sala, uno tras otro.

Lassiter se volvió hacia Miller.

—Bueno. ¿Y qué vais a hacer ahora vosotros, pareja?

—Descubrir con quién habló Natasha Joyce en el Distrito Cuatro, y luego buscar a esa tal Frances Gray, en la Administración Central, para que nos ayude a localizar a McCullough.

—¿De qué distrito era?

—Del Siete —respondió Roth.

—¿Y cuándo lo dejó?

—En 2003... Marzo, creo.

Lassiter frunció el ceño.

—2003... 2003... Creo que Bill Young aún estaba en el Siete en 2003. Si tenéis algún problema, llamadme. Bill Young se ha jubilado, pero tengo su número en algún sitio. Él se acordará de cualquiera que estuviera allí.

—Bueno es saberlo —dijo Miller—. Iremos a ver a estos dos y luego volvemos.

—Id a ver también qué es lo que han montado en la central esos cuatro —ordenó Lassiter—. Aseguraos de que tienen lo que necesitan, suficientes teléfonos y todo eso, ya sabéis lo que quiero decir. Y mantenedme informado de cualquier avance, ¿vale? Recibo tres o cuatro llamadas cada hora.

Lassiter salió de la sala. Miller esperó hasta que dejó de oír las pisadas del jefe y luego se dirigió a una de las sillas y se dejó caer encima. Respiró hondo y cerró los ojos.

—Tuve ese cuerpo delante —dijo en voz baja—. El de Natasha Joyce. Ayer estuve en esa habitación y tuve a aquella mujer delante, y no pude evitar pensar en su hija. —Levantó la cabeza y miró a Roth—. Una niña de nueve años. Hija de una chica tan joven, criada en los suburbios, con un padre adicto, tan metido en todo tipo de mierdas que acaba haciendo de informador, participa en una redada y le pegan un tiro... Está claro que no debería haber estado allí, si es que aún sé algo de cómo funciona el protocolo. De modo que muere, y esa niña tiene que crecer sin padre, y al final su madre acaba muriendo asesinada. Ahora la niña tiene un padre yonqui muerto y una madre víctima de un famoso asesino en serie. —Miller abrió los ojos y se echó hacia delante—. ¿Qué cojones es eso, eh? Quiero decir... ¿Qué mierda de vida es esa? Ahora está con Servicios Sociales. Acabará en alguna institución del Estado, en algún centro para menores, y luego de una casa de acogida a otra...

Emitió un suspiro que sonó a derrota y agotamiento.

Roth se echó hacia delante y le agarró la mano por un momento. Un gesto de paciencia, de comprensión.

—Te diré algo...

—¿Qué? Me vas a decir que necesito follar más, ¿no?

Roth se rio.

—No, no es eso... Bueno, en realidad no está tan lejos de eso, si quieres que te diga la verdad. Lo que iba a decirte es que te falta equilibrio...

Miller frunció el ceño.

—Yo me encuentro con esta mierda todos los días, igual que tú, ¿verdad? Me enfrento a la chusma y a la mala vida. Trato con chiflados, con suicidas y con cualquier otro tipo de personaje que la vida nos pueda poner delante un lunes por la mañana cualquiera, pero hay una diferencia fundamental entre tú y yo.

—Que tú tienes mujer y familia. Joder, ya lo sé, tío... ¿Cuántas veces más tengo que oír esto?

Roth levantó la mano.

—El fin de semana antes del asesinato de Catherine Sheridan, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. ¿Qué día era? El 4 y el 5.

—El 4 —dijo Roth—. El sábado 4.

—Bueno, ¿y qué?

—¿Qué hiciste?

—Dios, no lo sé. ¿Cómo cojones voy a recordar lo que hice un sábado de hace dos semanas?

Roth sonrió complacido.

—A eso me refiero.

—¿A qué? ¿A que tengo mala memoria?

—No, joder. A que no hiciste nada que valga la pena recordar.

—¿O sea que ahora me estás diciendo que no tengo vida propia?

—Por supuesto... Tú sabes que no tienes vida propia.

—Vale, vale. Así que ya hemos localizado el problema —dijo Miller sarcástico—. ¿Y qué hiciste tú que fuera tan memorable?

—El sábado por la mañana nos fuimos a ver a los padres de Amanda, cerca del casco antiguo de Alexandría. Habían organizado una excursión para los chicos sin avisarnos, una salida al Parque Nacional Shenandoah, a un hotel donde pasamos la noche, y con el paisaje más alucinante que te puedas imaginar. Fue impresionante, colega, absolutamente impresionante. A media tarde estábamos al pie de las montañas Blue Ridge; el padre de Amanda llevaba a Abi a hombros, Amanda iba caminando junto a Luke, Stacey iba algo más atrás con la madre de Amanda y yo me paré un momento y levanté la vista hacia la montaña Bearfence, y vi algo que me dejó sin respiración. Desde luego, ver algo así te ayuda a poner el resto de cosas de tu vida en perspectiva. Cuando ves algo así, lo que has dejado atrás y lo que te encontrarás de nuevo cuando vuelvas te parece menos imponente. El hotel en el que nos alojamos era del siglo XIX, pero renovado...

Miller levantó la mano.

—Ya basta. Vamos a la Administración Central de Policía, a ver a Frances Gray. Eso es lo que vamos a hacer.

—Pero aún no he acabado...

Miller sonrió.

—Claro que sí. Es solo que tú crees que no. Venga, coge el abrigo. —Miller se abrochó la chaqueta, cogió su abrigo, que estaba tendido sobre el extremo contrario de la mesa, y antes de que Roth hubiera podido siquiera hacerse a la idea, ya estaba esperándole en el pasillo.

—No es una persona normal —murmuró Roth—. Ni hablar. El muy jodido no es una persona normal.

—No lo entiendo —dije.

Catherine desplazó el peso del cuerpo ligeramente a la derecha y sacó la pierna de debajo. Se quedó sentada frente a mí, en el sofá de su apartamento; yo estaba en el suelo, con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en la pared y la cabeza ladeada, de modo que veía el techo mientras hablaba.

—¿Qué es lo que no entiendes? —preguntó. Yo no quería mirarla—. ¿Qué es lo que te dijo, John?

—¿Dennis? Dijo que tú y yo deberíamos ir allí. Dijo que debería trabajar con alguien, coger práctica en el trabajo. —Negué con la cabeza—. ¿Cómo puede decir eso de algo así?

—¿El qué?

—Lo de «coger práctica», por Dios... Hablaba de algo equivalente al asesinato. Equivalente al asesinato.

Catherine sonrió, aunque más que verlo directamente, lo percibí.

—No es algo equivalente al asesinato. Es asesinato.

—¿Y crees que está justificado?

—Indudablemente. —Su tono era de certeza.

Aquello era algo que siempre se podía decir de Catherine, incluso hasta en el peor momento, en el último: Catherine Sheridan era un modelo de certeza.

—¿Indudablemente?

—Mírame un minuto.

Bajé la mirada y la fijé en ella.

—¿Ya te ha enseñado las grabaciones?

Negué con la cabeza.

—Me ha dicho que me iba a enseñar unas grabaciones esta tarde.

—Ve a verlas. Ve a ver qué está haciendo esa gente. Esa gente son... —Negó con la cabeza, y por un momento me pareció que estaba enfadada—. Dios, no sé ni qué decir. Ve las grabaciones y luego decide si quieres hacer algo y participar en la acción directa.

—«Acción directa». ¿Es así como lo llaman ahora?

—Creo que lo han llamado siempre así.

Me quedé callado un rato. Al otro lado de aquellas paredes había gente que no sabía nada de lo que estaba sucediendo. Quizá la gran mayoría de la población quería creer que nadie hablaba de cosas así. La gente no discutía sobre asesinatos

políticos. No tomaban decisiones sobre las vidas ajenas: sobre vidas de personas que no conocían, que nunca conocerían, que solo verían una vez en la vida y a través de la lente de un teleobjetivo, a través de la mira de un fusil, en el mismo momento en que apretaban el gatillo.

—¿Qué pasa? —preguntó Catherine.

—Solo estaba pensando.

—Sopesando argumentos éticos y morales, ¿verdad?

—Exacto.

—¿Entiendes la diferencia entre la ética y la moral?

Yo me encogí de hombros.

—La moral son las reglas y normas impuestas por la sociedad. No matarás. No robarás. Ese tipo de cosas, ¿vale?

—Sí, claro. Eso lo entiendo.

—Bueno, la ética es diferente. La ética tiene que ver con las decisiones que uno toma cuando se enfrenta a una situación auténtica en base a su conciencia. Alguien se cuele en tu casa. Tiene un cuchillo. Coge a tu hijo. Tú tienes una pistola y una línea de tiro limpia, un momento en que todo está ahí, frente a ti, y tienes la certeza de que puedes dispararle al tipo en la cabeza y que así acabará todo. ¿Qué haces?

—Le disparo.

—¿Estás seguro?

—Seguro. Estoy seguro... Defensa propia, ¿no?

Catherine sonrió y negó con la cabeza.

—No, no es defensa propia: es ética. La moral te dice que no puedes matarlo. La ética te dice que sí. Tú te has comprometido a acatar la moral de la sociedad, y la sociedad dice que no mates a nadie. Pues bien, tú acabas de decidir que sí, y has matado a alguien.

—Eso es diferente.

—¿Y por qué?

—Porque el tipo estaba a punto de matar a mi hijo. Era necesario matarlo para proteger la vida de mis seres queridos.

—¿Y si fueran extraños?

—Eres buena, ¿sabes? —dije, riéndome—. Hablas como Matthews o Carvalho, como Dennis Powers. Realmente te han...

—... abierto los ojos, John. Eso es lo que han hecho. Me han abierto los ojos y me han dado la oportunidad de ver algo que no había visto. Por Dios, he presenciado tanta mierda que me avergüenzo de mi condición de ser humano. Cuando veo todo eso, me siento absolutamente inútil. Impotente, tremendamente impotente. Y quiero hacer algo.

—Y ahora has visto la luz, y Dennis Powers te ha enseñado cómo puedes restablecer el equilibrio...

—No seas sarcástico. Venga, hombre, escúchate: lo que dices suena de lo más ingenuo, John. De hecho, no quiero siquiera seguir hablando de ello. Tú haz lo que tengas que hacer. Yo ya he tomado mi decisión. Joder, puede que no sea la decisión correcta, o la mejor decisión, pero al menos tengo la suficiente perspectiva sobre toda esta mierda como para tomar una decisión.

Por un momento me convertí en un niño al que le dan permiso para sentarse con los mayores y los abochorna a todos con su lenguaje.

—Y, sí, he hablado con Carvalho y Dennis Powers —añadió Catherine—. Y, sí, he visto las grabaciones, y quizá sean un montaje propagandístico, pero no me lo pareció cuando las vi —dijo, agitando la mano, como para quitarle importancia—. Piénsatelo. Piensa lo que sea que tengas que pensar, y cuando te hayas decidido, dímelo, ¿de acuerdo?

Yo me quedé donde estaba.

Catherine movió el cuerpo, puso los pies en el suelo y se echó hacia delante.

—Este es mi apartamento, John. Te estoy pidiendo que te vayas. ¿Lo entiendes, o necesitas que te aclare algo?

Aquello me pilló a contrapié. La sorpresa debió de reflejarse en el rostro, y ella se rio.

—Ahora parece como si tuvieras doce años —dijo—. Te estoy pidiendo que te vayas. ¿Qué es lo que no te ha quedado claro?

Yo meneé la cabeza con gesto de disculpa.

—Perdóname si...

Catherine levantó la mano, mostrándome la palma, indicándome que parara.

—Ya vale. Ve a ver las grabaciones. Si después tienes algo diferente que decirme, vuelve y habla conmigo —dijo con tono autoritario y expresión dura, sin pestañear—. ¿La verdad? ¿Quieres saber la verdad?

—Claro que quiero saber la verdad. ¿Por qué te crees que estoy aquí? ¿Crees que dejé la universidad y me vine hasta aquí por motivos de salud?

—La verdad es que todo esto es más grande que nosotros mismos, más grande que todos los que estamos aquí. El viejo dicho, ¿no? «El todo es mayor que la suma de sus partes». ¿Has leído a Truman Capote? Bueno, escribió un libro llamado Plegarias atendidas. El título procede de un viejo dicho: «Las plegarias atendidas provocan más lágrimas que las que no reciben respuesta». ¿Lo coges?

—Claro que lo cojo.

—Pues ahí va otro: «Si Dios te odia de verdad, te concederá tu mayor deseo».

—Ese es muy cínico.

—Será cínico, pero aun así es muy cierto. Bueno, ¿sabes qué? Que yo estoy aquí, John. A mí se me ha concedido mi mayor deseo. Un día miré alrededor y vi un poco de lo que pasa en el mundo, y llegué a la conclusión de que no soy más que una persona, que no cuento más que con mis propias fuerzas. Quería hacer algo, de verdad, pero solo soy una persona. Una chica de veintitrés años, a un salto de la

América profunda, y de pronto viene alguien y me dice que quizá no esté sola. Vienen y me dicen que puedo hacer algo al respecto, y que si hay aspectos morales cuestionables en el asunto no importa, porque podemos apelar a la ética. En este caso no estamos hablando de una vida, de una persona... —Se interrumpió un momento. Tenía color en las mejillas, y los ojos brillantes, como si se los iluminaran desde dentro—. Estamos hablando de todo un país, de una nación... Por Dios, ¿no ves lo que está ocurriendo? Estamos hablando de tener la posibilidad de hacer algo para reparar las injusticias que se cometen en aquel lugar...

—¿Y qué hay de las injusticias de aquí? —dije—. Aquí, en Estados Unidos, deben de haber tantas injusticias como en cualquier otro lugar del maldito mundo.

—Claro que sí. Estados Unidos tiene sus problemas. Ya lo sabemos. Pero los problemas que tenemos aquí son mucho más complicados, mucho más complejos. Estás hablando de inmigrantes ilegales, de la corrupción en la policía, en el ayuntamiento, en el gobierno. Estás hablando de la manipulación de la justicia, de ese tipo de cosas.

—Pues sí, y esas cosas son tan importantes como cualquier otra que pueda estar pasando allí.

Catherine sonrió.

—Estás pasando algo por alto, John, algo tan evidente que resulta sorprendente. Para que se produzca una manipulación de la justicia tienes que tener un sistema judicial. Para que puedan sobornar a un policía tienes que tener un cuerpo de policía. En este caso estamos hablando del comunismo... Estamos hablando de la infiltración del comunismo por el corredor centroamericano en dirección a México. Pongamos que sigue adelante: ¿Cuánto tardaremos en tener revueltas comunistas en Honduras? Y luego están El Salvador y Guatemala, y luego pasarán a Costa Rica, y antes de que te des cuenta, los comunistas controlarán el canal de Panamá...

—¿Y qué es lo que propones, Catherine? ¿Me estás diciendo que para evitar que los comunistas se hagan con el control del mundo tú y yo tenemos que coger un avión hasta allí y aprender a usar armas de fuego, a hacer lo que sea...?

—Tendrá que morir gente, John. Te lo digo tal como es. Tenemos que afrontar la verdad. Tenemos que abrir los ojos y ver lo que hay delante de nosotros. Hay gente por ahí matando a otra gente, y los hay que los matan a montones, y no les importan un carajo los derechos humanos, la ética ni nada que se acerque a los principios morales que nosotros damos por sentados. Y se nos presenta la ocasión de hacer algo al respecto, y yo pensaba que quizá tú y yo podríamos ir allí y poner algo de nuestra parte...

Yo levanté ambas manos en un gesto conciliatorio pero que al mismo tiempo dejaba claro que no quería oír más. Al menos de momento.

—Me voy —anuncié, poniéndome en pie—. Iré a ver a Dennis Powers y veré esas grabaciones. Y tú y yo ya hablaremos en otro momento.

Me di media vuelta y me dirigí hacia la puerta del apartamento. Sabía que me diría algo, o que al menos intentaría disculparse a su modo por el sermón. O eso creía. Incluso me frené un momento en la puerta por si decía algo, pero no lo hizo.

Por aquel entonces no conocía a Catherine. Creía que la conocía, pero me estaba engañando. Mucho tiempo después me plantearía si Powers y ella habían preparado la escena: «¿Y si él dice esto y lo otro, tú qué dices?». Pero me equivocaría. Nadie le decía a Catherine Sheridan lo que debía pensar o decir. Durante su juventud había estado con los hippies de Haight-Ashbury, pero solo el tiempo necesario para darse cuenta de que allí se hablaba mucho pero no se pasaba a la acción. Aquellos tipos querían la revolución, pero estaban demasiado colocados como para fabricar molotovs. Catherine quería luchar por una cosa y contra otra. Quería vivir una vida que se recordara. Incluso me citó a Martin Luther King: «La injusticia, allí donde se halle, es una amenaza para la justicia en su conjunto».

Después de ver las grabaciones, aquella tarde, supe sin lugar a dudas lo que sería Catherine para mí. Veintiún años de edad, y el mundo real y yo estábamos a punto de chocar el uno contra el otro.

Esquina de A Street NE y la Sexta. Un viento feroz casi derribó a Miller en el momento en que salía del coche y se disponía a cruzar la acera. Roth salió tras él a la carrera, y los dos subieron la escalera y cruzaron la doble puerta en lo alto.

Miller se dirigió primero al mostrador y sonrió al hombre impecablemente vestido que estaba sentado tras él; sacó la cartera, le mostró la placa y volvió a sonreír cuando el hombre bajó la nariz y levantó las cejas.

—Ayer por la mañana —dijo Miller— una joven llamada Natasha Joyce vino a hacer una consulta. Tengo entendido que la atendió una mujer llamada Frances Gray.

El hombre asintió.

—Me preguntaba si podríamos hablar con la señora Gray.

El hombre se volvió hacia el teclado de su ordenador y la pantalla plana que tenía delante.

—¿Ayer? —repitió. Y tecleó algo—. ¿Gray con «a» o con «e»?

—Con «a» —dijo Miller.

El hombre escribió algo más. Hizo una pausa, repasó los datos, hizo otra pausa, sonrió y meneó la cabeza.

—No hay nadie con ese nombre —dijo—. He probado «Frances» con «e» y con «i», y también «Gray» con «a» y con «e». No tenemos a nadie en la unidad que se llame Frances Gray.

—¿Quizá sería de otra agencia? —sugirió Miller.

El hombre volvió a negar con la cabeza.

—Si lo fuera, no atendería a nadie aquí. Y no tengo ningún registro de que nadie llamado Natasha Joyce viniera por aquí, y le puedo asegurar que, aunque hubiera algún error en nuestros registros y efectivamente hubiera acudido a nuestras oficinas, no le atendió nadie que se llamara Frances Gray. ¿No se habrá equivocado de nombre la joven?

—¿Tiene un registro de todas las entrevistas que se realizaron ayer aquí?

—Pues sí —respondió el hombre, que giró la pantalla de modo que Miller pudiera verla—: Doce cuarenta y cinco, una reunión en el despacho trece. Una apelación contra la cancelación de una pensión de discapacidad. Tres treinta, reunión en el despacho ocho, y fue para recoger unos documentos relacionados con un juicio sobre armas de fuego que está en proceso. Eso es todo lo que tenemos de ayer. —El hombre sonrió—. Los martes suelen ser bastante tranquilos.

—¿Está seguro de que no hay nada más?

—Estoy seguro.

—¿Quién estaba ayer en este mostrador? —preguntó Roth.

—Estaba yo.

Roth sacó su cuaderno.

—¿Y su nombre es...?

—Lester Jackson.

Roth tomó nota.

Miller se acercó un poco más al mostrador. Intentó dar una imagen de autoridad sin parecer condescendiente.

—Señor Jackson —dijo—, una pregunta sencilla de la que ya me imagino la respuesta, pero... ¿cree que existe alguna posibilidad, por remota que sea, de que haya olvidado la visita de esta mujer?

Lester Jackson esbozó una sonrisa con expresión de sorpresa. Abrió la boca para decir algo, pero Miller llegó antes.

—A veces ocurren cosas —dijo—. A mí me pasa... Interrogo a alguien un día, y luego suceden otras cosas, y al final acabo convencido de que el interrogatorio no fue ayer, sino el día anterior, y...

Jackson levantó la mano.

—Todo el que accede a este edificio queda identificado al entrar y al salir —dijo sin cambiar el tono de voz—. Todas las entrevistas que se realizan quedan registradas en el sistema informático, siempre. Sería una gran dejadez por mi parte si no me asegurara...

Miller le interrumpió:

—Puedo garantizarle, señor Jackson, que no dudo lo más mínimo de que el protocolo del departamento funcione perfectamente; es solo que hablamos con esta mujer ayer, y nos dijo que había estado en este edificio, en este mismo departamento, y que la atendió una mujer llamada Frances Gray que se presentó como agente de la Administración Central del Departamento de Policía.

Jackson negó con la cabeza.

—Eso no puede haber ocurrido —dijo, pacientemente—. Créame, agente, si una joven llamada Natasha Joyce hubiera estado aquí ayer, yo podría confirmárselo, y si hubiera alguien empleado aquí que se llamara Frances Gray, estaría en el sistema. Y resulta que en el registro no hay rastro de la visita de Natasha Joyce ni de esa supuesta entrevista, así que creo que la única posibilidad que queda es volver a hablar con esa joven y ver si se ha equivocado...

—No puedo hacerlo —dijo Miller.

Jackson frunció el ceño.

—Resulta que la han matado, ¿sabe? Por eso estamos aquí. La mataron, y por lo que nosotros sabemos, este es uno de los últimos lugares a los que fue, y si la información que tenemos es correcta y realmente vino por aquí, entonces eso significa que usted debe de haber sido una de las últimas personas que vio.

—No puede estar sugiriendo...

Miller sonrió paciente.

—Yo no estoy sugiriendo nada, señor Jackson. Simplemente me cuesta mucho creer que la señorita fuera tan específica con respecto adónde fue y con quién habló, y que ahora nos encontremos en una situación en la que esas dos cosas parecen no haber sucedido en absoluto.

—No sé qué decir, agente. Ojalá pudiera hacer algo para ayudarlo.

—Ha sido usted de gran ayuda, señor Jackson —dijo Miller, sonriendo—. De gran ayuda.

Se volvió hacia Roth, asintió y ambos se dirigieron a la salida sin cruzar palabra.

Una vez en el exterior, con el viento azotándoles mientras regresaban al coche, Miller miró a Roth y levantó las cejas.

—Está mintiendo —dijo Roth.

—De eso no hay duda —respondió Miller.

—La cuestión es por qué.

—El Distrito Cuatro —dijo Miller.

—¿Ahora vamos al Cuatro?

—Y descubriremos si para ellos Natasha Joyce tampoco existe.

—Gerrity —dijo el sargento Richard Atkins—. Es quien estuvo en el mostrador ayer, de las doce a las seis de la tarde. —Atkins se echó hacia delante, cogió el teléfono, marcó un par de números y esperó. Estableció conexión—. ¿Quién eres? ¿Untermeyer? Oye, ¿está Ron Gerrity por ahí? —Atkins asintió—. Muy bien. Dile que baje... Tengo a un par de inspectores del Dos que quieren hablar con él.

Atkins colgó y les señaló unas sillas a la derecha del vestíbulo de recepción.

—Siéntense por ahí; bajará enseguida.

Miller y Roth se sentaron. Pasaron un par de minutos sin que ninguno de los dos hablara.

—Algo de todo esto tiene que tener sentido —dijo Roth por fin.

Miller sonrió socarrón.

—No, no lo tiene.

—Vale, pues no tendrá sentido por sí mismo, pero tiene que haber algo en todo esto que resulte comprensible.

—Parece como si lo hubieran dispuesto de este modo, ¿sabes lo que quiero decir?

—Miller hizo una pausa, miró al otro lado del vestíbulo, a la izquierda y a la derecha. No podía quitarse de encima la sensación paranoica que tenía desde la muerte de Natasha. La sensación de que le estaban observando.

Un agente de policía de mediana edad se acercó al mostrador de recepción, cruzó unas palabras con Atkins, y luego se volvió y miró a Miller y a Roth. Se les acercó.

—Sargento Gerrity —dijo, mirando a Roth—. Es usted Miller, ¿verdad?

Roth le estrechó la mano.

—Yo soy Roth. Él es Miller.

Gerrity cogió una silla de la esquina del vestíbulo y se sentó. Miró a Miller y a Roth por un momento con la ansiedad propia de un encuentro con polis que no visten de uniforme. Podían ser de Asuntos Internos, el eslabón más bajo del espectro genético, y seguramente no traían nada bueno.

—Ayer vino aquí una mujer —dijo Miller—. Una joven negra llamada Natasha Joyce.

—Sí. ¿Y? —preguntó Gerrity.

Miller parecía sorprendido; vaciló un momento.

—¿Vino aquí? —repitió.

Gerrity frunció el ceño.

—Lo ha dicho usted. Una mujer negra, Natasha Joyce. —Miró a Roth—. ¿He dicho bien el nombre?

—Es que venimos de otro lugar —intervino Roth—. Y alguien nos acaba de decir que no la habían visto.

Gerrity se encogió de hombros.

—Bueno, pues..., sí, vino aquí ayer, hizo un par de preguntas y se fue. Nada del otro mundo.

—¿A qué hora fue eso? —preguntó Miller.

—Iré a ver —respondió Gerrity, levantándose de la silla. Miller miró a Roth, que no reflejaba emoción alguna. Gerrity fue a comprobar el dato al mostrador—. Llegó a la una y cuarenta, estuvo aquí unos cinco minutos y luego se fue —dijo al volver.

—¿Y qué quería saber? —preguntó Miller.

—Algo sobre un agente retirado. Un tipo llamado McCullough.

—¿Y qué le dijo usted?

—Solo lo que se me permite decir. Si buscan a un agente en activo, les puedo dar el distrito, el número de teléfono y decirles si están de servicio o no. Con los retirados les puedo decir cuál fue el último distrito en el que trabajaron, cuándo se retiraron y ya está. No conservamos direcciones privadas en el sistema, por motivos obvios.

—No estamos aquí por ningún tipo de investigación interna —le tranquilizó Miller—. No somos de Asuntos Internos, ¿de acuerdo? Es que hemos ido a la Administración Central, el lugar al que fue Natasha Joyce antes de venir aquí, y niegan tener constancia de su existencia. La verdad es que es un alivio que nos confirme que pasó por aquí.

—¿Le ha ocurrido algo? —preguntó Gerrity, levantando las cejas de pronto—. Oh, mierda, no sería esa...

—Ayer —repuso Miller—. No mucho después de que pasara por aquí. La mataron en su piso.

Gerrity soltó un silbido por entre los dientes.

—Mierda —dijo—. Esto es de película. Por Dios, no sé qué más decirles. Preguntó por este tal McCullough, yo le dije que estaba jubilado..., del Distrito Siete, ¿verdad?

—Del Siete, sí —confirmó Roth.

—Eso era todo lo que quería saber. Me preguntó si tenía una dirección; yo no la tenía, y eso fue todo.

—¿Y si tuviera que buscarlo, usted qué haría? —preguntó Miller.

—Volvería a la Administración Central —dijo Gerrity—. Son los que se encargan de los registros de servicio y de las pensiones, todo eso. ¿Cuántos años de servicio cumplió?

—Dieciséis.

—¿Quién demonios se retira a cuatro años de conseguir la pensión de los veinte?

—Eso mismo pensamos nosotros —dijo Roth.

—¿Y tiene algo que ver con eso del Asesino de la Cinta? —preguntó Gerrity.

—No sabemos cuál es su papel en todo esto —respondió Miller—. No sabemos nada de él. Pero tenemos que localizarle.

—Como ella —dijo Gerrity, que vaciló un momento, esperando quizá por si llegaban más preguntas, y cuando tuvo la sensación de que no habría más se levantó de la silla.

Miller se puso en pie, le tendió la mano, le dio las gracias por su tiempo y por la ayuda.

—No es nada —dijo Gerrity—. Ya saben dónde estoy por si hay algo más que pueda hacer.

—Se lo agradecemos —respondió Miller.

Cuando Gerrity ya no podía oírlos, Roth le preguntó a Miller si volvían a la Administración Central.

—Primero quiero ver a Marilyn Hemmings —dijo este—. Y luego volveremos a visitar a nuestro amigo, el que no recuerda a Natasha Joyce.

Dennis Powers sonrió comprensivo. Había algo en su expresión que me decía que todo aquello ya lo había oído antes.

Yo había visto las grabaciones sentado en una salita del complejo Langley, una salita equipada como un cine. Dennis Powers había dado instrucciones de que me proyectaran varias cintas de 16 milímetros en la pantalla que tenía delante. Observé en silencio. Powers se sentó a mi lado, fumando sin parar como siempre, mientras ante mis ojos iban discurriendo decapitaciones, ejecuciones sumarias e improvisadas, entierros de personas vivas, destripamientos y violaciones. Quizás esperara que aquello me afectara. A lo mejor pensaba que apartaría la vista, horrorizado, con las imágenes de gente descuartizada ante mis propios ojos, pero no lo hice. Un joven —no podría tener más de dieciséis o diecisiete años— era sacado a rastras de su escondrijo por una puerta. Le cortaban la garganta, y luego dos hombres procedían a pasarle la base de la lengua a través de la herida del cuello. La sangre manaba a borbotones, creando copiosos torrentes que iban empapándole la camisa. Le separaban el cuerpo y los hombres se disputaban el turno para darle patadas. Una niña de siete u ocho años era metida en un saco de lona, como los de correos. Tiraban el saco al suelo y la pateaban repetidamente. Al cabo de unos segundos la niña dejaba de debatirse en el interior del saco, pero ellos seguían dándole patadas. Un rato después, el saco no era más que un mapa de sangrientas huellas de bota.

En una breve pausa entre el final de una película y el principio de otra, Powers se inclinó hacia mí y me susurró:

—Colaboradores... Creen que esos niños están colaborando con los americanos.

Y antes de que pudiera responder, había empezado otra cinta, el mismo movimiento tembloroso en monocromo, la misma cuenta atrás de cinco a uno, y luego las imágenes que se sucedían, una tras otra. Imágenes de torsos decapitados, de pies aplastados a martillazos hasta convertirlos en una masa sangrienta, de niños sin ojos... Cosas así, una tras otra, que me dejaban paralizado, incapaz de apartar la mirada.

Cuando todo acabó, cuando se encendieron las luces y el murmullo del proyector se detuvo, Dennis Powers giró su silla, poniéndose de cara a mí, y me miró sin hablar durante un buen rato.

—De esto —dijo por fin—, podemos concluir que hay algunos lugares en el mundo adonde no conviene ir. —Encendió otro cigarrillo—. Lo que tenemos aquí es

una situación de enorme importancia y de la que nadie sabe. No es un país muy importante, pero en cierto modo puede ser más decisivo incluso que Polonia en el treinta y nueve.

—¿Polonia?

—Los Aliados y las potencias del Eje en 1939. Firmaron un acuerdo por el que Hitler no debía invadir Polonia, pero él lo hizo igualmente. Eso es lo que vio el mundo, lo que le llegó al mundo. Antes de eso se habían producido otros intentos por conseguir el derecho de invasión de otros territorios. Hitler ya estaba manos a la obra en el treinta y siete y en el treinta y ocho. Churchill lo sabía ya desde 1931, o incluso antes, cuando fue primer lord del Almirantazgo. Sabía lo que era capaz de hacer aquel maníaco nacional socialista y, sin embargo, a pesar de todas sus protestas, a pesar de todo lo que dijo y de la cantidad de veces que lo dijo, nadie hizo ni caso hasta que Hitler invadió Polonia en 1939.

—¿Y qué tiene eso que ver con...?

—Esto no es Polonia —dijo Powers—. Guatemala sería el equivalente a Polonia, junto a la frontera mexicana. Si alguien decidiera invadir Guatemala, no tendríamos ninguna duda sobre lo que habría que hacer, pero este país nos da igual. Está a tres fronteras de México, y esa distancia es suficiente como para que no nos preocupemos.

—Es mejor prevenir que curar —dije yo.

—No hay cura, amigo mío —dijo Powers, meneando la cabeza—. Solo existe la prevención. Treinta años de Guerra Fría han dejado claro que no hay cura contra esto. O haces algo antes de que empiece, o te quedas mirando cómo crece, como un cáncer. Una vez ha arraigado en una cultura, no se puede hacer nada para combatirlo. Es una enfermedad. Lenta, insidiosa: es algo impresionante. Es como un virus. Propugna la igualdad. Propugna la defensa de la cultura y la sociedad. Y en realidad no es más que una excusa para que una élite selecta pueda eliminar a la oposición, y lo hacen con los métodos que has visto esta tarde. Lo que has visto en la película está ocurriendo a menos de tres mil kilómetros de donde estamos sentados, y está afectando a gente que nunca lo ha pedido. —Dio una calada a su cigarrillo. La ceniza le cayó sobre la chaqueta, pero él no hizo caso—. El hecho es que hay muy poca gente que pueda enfrentarse a algo así. Hay muy poca gente con la fuerza necesaria para visionar todo esto y ver lo que es realmente. Catherine lo vio. Se sentó en esta sala, igual que tú, y lo vio, y antes incluso de acabar el primer rollo ya había decidido ir. —Powers soltó una risa fría—. Por lo que yo sé, ya había decidido que iba a hacer algo mucho antes de venir aquí; simplemente no tenía una idea clara de qué dirección tomar.

Power se esperaba un centenar de preguntas, todas importantes, todas difíciles de formular. Yo no dije nada.

—¿Por qué tú? —preguntó él, quizá poniendo en palabras una pregunta que vio en mis ojos.

Yo me encogí de hombros.

—Dímelo tú.

—No se te conoce familia. Coeficiente intelectual muy alto. Sin un pasado ni afiliación comunista. Eres un solitario. Nunca has tenido una relación con una mujer que haya significado gran cosa para ti. Sin orientación política clara. Se te ve con empuje, quieres hacer algo útil e importante con tu vida, pero no tienes la mínima pista de lo que podría ser... Eso, y otras razones que no son importantes.

—¿Que no son importantes? ¿Qué razones podrían no ser importantes?

Desestimó mi pregunta con un movimiento de la mano. No parecía que le hubieran afectado lo más mínimo las películas que habíamos visto. Parecía estar tranquilo y a gusto en todo momento. Su seguridad y su equilibrio me inquietaban sobremedida.

—Así pues, ¿qué te parece? —preguntó.

—¿El qué?

—Lo que acabas de ver. Lo que hemos hablado, las conversaciones con Catherine. La idea de hacer algo sobre todo lo que está ocurriendo en ese lugar.

—¿Me estás preguntando lo que pienso en general, o lo que creo que debería hacer al respecto?

—Ambas cosas.

—¿En general? Dios, no lo sé. Hay que hacer algo al respecto. ¿Cómo se plantean esto? ¿Lo ven como si pudiera convertirse en otro Vietnam?

Powers se rio.

—¿A quién te refieres?

—No lo sé, el gobierno...

—«Un gobierno por el pueblo y para el pueblo». ¿No es eso lo que dicen la Constitución y la Declaración de Derechos?

—Algo así, ¿no?

—Ahora no estoy hablando de mí; estoy hablando del gobierno, de la Casa Blanca, del presidente...

—Lo que ellos piensen no tiene importancia —dijo Powers—. Por lo menos, no es más importante que lo que tú o yo pensemos. Esa gente solo está en el Congreso y en el Senado... Joder, Reagan está en la Casa Blanca solo porque nosotros lo pusimos allí. Tienes que empezar a ver estas cosas como algo que te incumbe. El motivo de que esta sociedad esté tan jodida es que todo el mundo piensa que nada tiene que ver con ellos. Van a trabajar, y se creen que el trabajo siempre va a estar ahí. Vuelven a casa. La mujer ha preparado la cena, los niños están jugando en el patio, ven la tele. Se sientan ahí, mientras el mundo se viene abajo, y creen que siempre habrá alguien que lo arregle, que el gobierno, la Casa Blanca, el presidente de Estados Unidos lo tiene todo bajo control. Bueno, pues te diré algo, John Robey..., el presidente no lo tiene todo bajo control. Solo ve la imagen global. Ve la infiltración comunista como una amenaza real...

—¿De verdad esperas que me crea que el presidente de Estados Unidos piensa que yo puedo hacer algo con lo que está pasando?

Powers meneó la cabeza.

—El presidente de Estados Unidos ni siquiera sabe quién eres tú. Y tampoco conocía a ninguno de los que fueron a Vietnam, ni a los que fueron a Corea, ni a los que desembarcaron en Dunquerque. Nosotros somos los hombrecillos en la sombra, John, siempre lo hemos sido y siempre lo seremos. Nunca llegaremos a generales, ni a almirantes, ni a nada parecido, pero ¿sabes una cosa? No son los generales ni los almirantes los que ganan las guerras. Son los hombrecillos, cientos de miles de ellos, los que ganan las guerras. Eso Catherine lo entiende...

—Ya está bien con Catherine, ¿vale? ¿Qué narices pasa con Catherine Sheridan? Si apenas la conozco...

—Bueno, ella cree que te conoce, y eres la persona que ha pedido que le asignemos para acompañarla, y me consta que lo ha hecho por un motivo.

—Vaya. No me digas. ¿Y qué motivo es ese?

—Equilibrio.

Fruncí el ceño, negué con la cabeza y me eché a reír.

—Eso lo has dicho tú. No lo ha dicho ella.

Powers sonrió.

—Ella lo dijo antes. Fue ella quien sugirió que te dedicáramos algo de tiempo y energías. Dijo que, de toda la gente que había conocido aquí, eras el que más equilibrio tenía.

—¿Y eso qué cojones significa?

—Que tienes mayor perspectiva que la mayoría. Eres maduro para tu edad. Dijo que cuando miras algo ves lo que es, y no lo que esperas que sea...

—Todo eso es un poco esotérico, ¿no crees?

—¿Qué quieres de mí, John? ¿Qué demonios quieres de mí? Estás aquí porque quieres. Lawrence Matthews te habló, te contó algo de lo que estamos haciendo. Aquí es donde pasa todo. Esta es la Agencia Central de Inteligencia, la CIA. Es el corazón de Estados Unidos, donde nos encargamos de que todo lo que lees en la Constitución y en la Declaración de Derechos se haga realidad. Aquí es donde la gente que no puede hacer nada para cambiar su situación encuentra quien se ocupe de ello, ¿entiendes lo que te digo? Y si no quieres formar parte de esto, si realmente crees que te has equivocado de lleno aceptando venir aquí para hablar de esto...

—No me he equivocado —dije convencido. Powers no entendería lo que había ocurrido hasta mucho, mucho más tarde, ni tampoco Catherine, pero para entonces los meses que había pasado en Langley quedarían muy atrás. Las conversaciones con Dennis Powers y Lawrence Matthews serían tan insignificantes que no las recordaríamos siquiera—. Vine aquí porque me interesaba —dije—. Vine aquí porque Lawrence me dijo que nuestras conversaciones tenían un fondo real, que quizá podría hacer algo al respecto. Por eso vine, Dennis, y por eso me quedé. El hecho de

que aún siga aquí tras esta charla sobre muertes y asesinatos, a pesar de haber visto grabaciones sobre los horrores que se perpetran a tres mil kilómetros de distancia... —Sonreí—. Bueno, eso te dice todo lo que necesitas saber.

Se produjo un silencio entre nosotros que duró unos momentos.

—¿Y tú? —pregunté yo.

Powers se rio.

—¿Yo? ¿Por qué quieres saber de mí?

—Me interesa, Dennis... Me interesan los motivos de tus decisiones.

—Yo tengo la sensación de que llegué aquí hipnotizado —respondió—. Como si estuviera en el interior de una burbuja protectora de ignorancia. Desafiaron algunas de mis convicciones. Hubo quien me hizo mirar cosas que la gente no suele mirar, y me sentí como si me hubieran mostrado una perspectiva de la vida muy poco común... —Powers se aclaró la garganta y por un momento lo vi pensativo—. Pero nunca me pareció que fuera algo que hubiera buscado activamente. No quería que le dieran la vuelta a mi visión del mundo. Eso no lo había pedido, pero me lo encontré, y da la impresión de que una vez que ves la verdad... —Levantó la vista—. Eso que dijo Einstein, que una mente que se expande una vez a causa de una idea no puede recuperar nunca sus anteriores proporciones.

Se recostó en el asiento y cerró los ojos un momento.

—Sabía que estaban pasando cosas que no comprendía del todo —dijo—. Al mismo tiempo tenía la sensación de que necesitaba comprenderlas. No tenía a nadie a mano a quien pudiera dirigirme y preguntarle: «Oye, ¿qué piensas de todo esto? ¿Es real o qué? ¿Es esto de lo que va la vida, o vivimos metidos en una tremenda broma interminable?». Quería conocer la respuesta a esa pregunta. Eso es lo que quería, y cuando encontré la respuesta a aquella pregunta decidí que ya sabía lo que quería hacer.

Powers abrió los ojos y me miró fijamente.

—Por desgracia, en un juego como este, funciona de otro modo. Por desgracia para nosotros, lo hacemos al revés. Primero vamos allí. Miramos. Vemos. Decidimos, y luego actuamos. Ganamos experiencia a posteriori.

—¿Así que me estás diciendo... que quieres que tome una decisión basada únicamente en lo que tengo ahora mismo?

—Sí, eso es, más o menos.

—¿Y se supone que voy a salir ahí fuera y matar a gente?

—No queremos que salgas ahí a matar a gente. Al menos no así, de pronto. Hay un proceso de entrenamiento, ¿sabes? Entrenamos a la gente para que haga esas cosas.

—Entonces, hasta que llegue la hora, ¿qué es lo que queréis que haga?

—Queremos que vayas con Catherine Sheridan. Tenemos gente allí, gente que trabaja en la «retaguardia», por decirlo así. Necesitamos gente que pueda recabar

información sobre cosas que pasan dentro de la maquinaria del gobierno. Necesitamos gente...

—Que pueda decirnos quién debe morir. Eso es lo que necesitáis, ¿verdad? Eso es lo que necesitáis que hagamos Catherine Sheridan y yo.

Powers cogió aire lentamente y lo soltó de nuevo.

—Puedes irte si lo deseas, John. Puedes hacer la maleta y volver a la universidad, y hacer lo que sea que tuvieras pensado hacer con tu vida —dijo, mientras se levantaba de la silla—. Mándame una postal desde el lugar adonde vayas a parar. No puedo obligarte a hacer nada, y desde luego no voy a intentar forzarte. Esto funciona así. No funciona de ningún otro modo. Necesitamos a gente. Siempre necesitamos a gente. ¿De dónde la sacamos? La reclutamos. Tenemos observadores por todo el país. Mantienen los ojos y los oídos bien abiertos. Se plantean quién puede ser candidato a hacer algo más importante que trabajar de nueve a cinco en una ciudad de provincias, cambiarse el coche cada tres años, irse de vacaciones a las Rocosas, toda esa mierda. Buscan personas a quienes no les importe ensuciarse un poco las manos con la convicción de que lo que hagan pueda marcar una mínima diferencia en el esquema general de las cosas. No dan medallas por lo que hacemos nosotros. Podemos pasarnos toda la vida trabajando por el bien común y ni siquiera podemos contarle a nuestro vecino nuestras heroicidades. Y, además, el muy imbécil tampoco nos creería si se las contáramos. No podemos tener hijos. Intentamos no casarnos a menos que sea con alguien de la agencia, y aun así resulta duro, porque a uno pueden destinarlo a Colombia y al otro a Londres. Es una vida jodida, John, una vida muy jodida, pero es una vida. Eso sí que te lo puedo decir: sin duda es una vida, y hay algo de todo esto que algunas personas recordarán dentro de unos años. Puedes contribuir o no. No es tan complicado, John, en realidad no es complicado.

—¿Y ahora qué?

—¿Y ahora qué? Bueno, o ya te has decidido y te quedas a aprender más sobre este negocio, o vas a darte un paseo y a poner en uso ese equilibrio objetivo y esa perspectiva que Catherine Sheridan cree que tienes y sopesas las cosas para tomar tu decisión. Y mañana, o quizá pasado, vienes a verme y me comunicas si quieres un billete de autobús o si te busco alojamiento.

Se dirigió a la puerta y apoyó la mano en el pomo.

—¿Y si...?

—Ya vale de preguntas, John. A partir de ahora eres tú quien tiene que responder a todas tus dudas. —Dennis Powers abrió la puerta. Miró hacia el techo y sonrió—. Y no olvides apagar la luz cuando salgas.

Marilyn Hemmings se sentó. Miller se quedó de pie junto a la pared, a la izquierda de la puerta, y Roth se apoyó sobre un archivador bajo. Hemmings no se disculpó por la falta de espacio. Tal como ocurría con todas sus visitas, Miller y Roth no eran más que un añadido temporal a su agenda del día.

—No puedo estar segura. Dije lo que dije. Era mi opinión —dijo con una sonrisa socarrona—. Yo veo «CSI» y me dejo llevar, ¿sabéis?

—Ya sé que era tu opinión —dijo Miller—. Eso nadie lo ha cuestionado en ningún momento.

—Los primeros tres casos eran lo que eran —dijo Hemmings, que miró a Miller, a Roth y de nuevo a Miller mientras hablaba—. Los primeros tres fueron obra del mismo tipo. Eso no lo he dudado ni por un momento. El cuarto, Catherine Sheridan... —Hizo una pausa, respiró hondo y luego meneó la cabeza lentamente—. Dios, no lo sé. Tienen suficientes cosas en común y suficientes diferencias. Me estáis pidiendo que tome una decisión que no es fácil de tomar.

—¿Y Natasha Joyce? —preguntó Miller.

—Si hubiera sido la cuarta, en lugar de Sheridan, no tendría dudas. Le dio una paliza descomunal y luego la estranguló. Muy bien, no hay cinta, ni lavanda, pero... ¿qué demonios? No sabemos lo que ocurrió. Quizás algo le hiciera cambiar de planes. ¿Qué os puedo decir yo? El caso de esta tal Joyce parece obra de la misma persona. Realmente da la impresión de que tenemos un tipo...

Hemmings no acabó la frase. Miró a Miller, con cara de resignación.

—Bueno, ¿y tú qué piensas?

—¿Yo? Yo no soy el forense patólogo...

—Yo no soy la investigadora —protestó Hemmings.

—Yo creo que el asesino de Sheridan es un imitador —dijo Miller—. A mí me parece una imitación. Y luego nuestro tipo lee los periódicos, ve la tele, se entera de quiénes somos, nos sigue, ve con quién hemos hablado y mata a Natasha Joyce.

—Tom Alexander también lo ve así —dijo Hemmings—, pero yo no lo veo. Su «marca». Así lo llamáis vosotros, ¿no? La firma de este tipo, lo que le hace especial.

—Pero puedo esperar encontrarla, ¿no? —dijo Miller.

—Puedes esperar lo que quieras. Esta es una sociedad democrática, inspector Miller. Puedes hacer prácticamente lo que te dé la gana.

—Igual que nuestro amigo, el autor de esto —intervino Roth.

—Él aquí no ha hecho lo que le ha dado la gana, inspector Roth, ha hecho lo que necesitaba hacer. Este tipo de cosas no se hacen por placer. Por Dios, el placer es lo

que menos tiene que ver con estas cosas. ¿No habéis leído ningún libro sobre el tema?

—Solo los necesarios...

—Ahí —dijo Hemmings, y señaló un estante por encima del archivador.

Desde su posición, Miller podía leer los lomos de varios de los volúmenes: Geberth, *Guía práctica de homicidios: tácticas, procedimientos y técnicas forenses*; Ressler y Shachtmann, *Luchar contra los monstruos*; Turvey, *Perfiles criminales: Introducción al análisis conductista de pruebas*; Ressler, Burgess y Douglas, *Homicidios sexuales: patrones y motivos*; y Egger, *El asesino entre nosotros: Análisis del asesinato en serie y su investigación*.

—Un hobby que tengo —explicó Hemmings—. Interés extracurricular, podría decirse.

—Así que lo que les pasa a esta gente... —arrancó Roth.

—Lo que les pasa —le cortó Hemmings— es que tienen que hacerlo. No es una cuestión de predilección ni ninguna otra cosa. No es que un día se levanten por la mañana y digan: «Mira por dónde, voy a ser asesino en serie. ¿Cómo es que no lo he pensado antes?». No es cuestión de elección en absoluto. Sienten un impulso, un impulso muy básico y fundamental, una compulsión que los lleva a hacerlo, y la gran mayoría de esta gente se pasa la mayor parte del tiempo intentando contener toda esta mierda. No quieren salir por ahí y destripar a la gente, no tienen conciencia de tomar una decisión. Esto, para ellos, es como sacar la basura después de ver un partido de béisbol en casa tomándote un par de cervezas. No quieres hacerlo, pero tienes que hacerlo.

—Interesante analogía —observó Miller—. ¿Y eso en qué nos ayuda?

—No nos ayuda, pero nos aclara que estáis buscando a alguien que necesita hacer esto, no que quiere hacerlo. Es un punto de vista diferente, otra perspectiva. Yo no sé qué más deciros. No soy psicóloga clínica ni nada de eso. Personalmente, no le doy mucho crédito a nada que se presente como psiquiatría. La psiquiatría no es una ciencia en el sentido en que lo es la medicina o la ciencia forense. Si quieres obtener algún resultado, no hables con psiquiatras. Esos tipos harán que te analices el ombligo y que te preguntes si no será todo culpa tuya.

—Eso es un poco duro, ¿no? —preguntó Miller, sonriendo.

—Tú no sabes todo el daño que le hacen a la gente los fármacos que dan los psiquiatras.

—No lo sé, no —respondió Miller. Se puso en pie y se abrochó la chaqueta.

—¿Adónde vais ahora? —preguntó Hemmings.

—A la Administración Central de Policía..., tenemos que encontrar a un poli desaparecido.

Hemmings sonrió y siguió a Miller hasta la puerta. Roth iba por delante y en el momento en que Miller embocaba el pasillo, Hemmings le tocó la manga.

—¿Qué tal llevas todo esto? —le preguntó.

Miller frunció el ceño y sonrió perplejo.

—¿Qué tal llevo el qué, exactamente?

—Todo lo que está pasando aquí... Esta chica que estabais interrogando, el hecho de que quienquiera que sea este tipo sabe quiénes sois, sabe con quién habláis...

—¿Me estás preguntando si creo que me estoy volviendo paranoico?

Ella meneó la cabeza.

—Bueno, todos nos sentimos paranoicos de vez en cuando. Yo pensaba más en si te sentías amenazado.

Miller intentó no mostrar ninguna emoción.

—Va a por mujeres —dijo—. Mata mujeres. Eso es lo que hace. No mata polis.

—Y Natasha Joyce... tenía una niña, ¿no?

—Chloe —dijo Miller—. De nueve años.

—¿Está con familiares?

—Servicios Sociales.

Hemmings apartó la mirada un momento, aparentemente pensativa.

—¿Qué ocurre? —dijo Miller.

—Nada.

Por un momento pasó algo entre los dos. Miller lo notó, y se sintió incómodo.

—¿Qué ibas a decir? —preguntó Hemmings.

Miller miró a Roth. Roth retrocedió en su dirección, pero Miller levantó la mano y le hizo parar.

—En algún momento... —se atrevió Hemmings—. ¿En algún momento te has preguntado si podríamos salir, o algo?

Miller asintió al mismo tiempo.

—O algo..., sí, quizá podríamos salir a cenar, o algo, ¿no?

—¿Siempre te muestras tan seguro de ti mismo?

—Esto no es una película —dijo Miller—. Yo soy una persona normal. No tengo una lista de frases ocurrentes para las ocasiones. Tampoco tengo encanto. Soy un investigador de policía que ha recibido muchos palos.

—Eso hace muy tentadora la perspectiva de salir contigo.

—Te estás burlando de mí —dijo Miller—. Olvida mi propuesta.

—No me lo has propuesto tú. Te lo he pedido yo.

—Me has pillado a contrapié —dijo él—. No venía con la intención de pedirte una cita.

—Claro que no. ¿Quieres saber algo?

Miller levantó las cejas.

—He salido un par de veces con policías... ¿Y sabes lo que pienso de ellos?

—Dispara.

Hemmings sonrió al oír el comentario sarcástico.

—Se pasan toda la vida laboral enfrentándose a situaciones que exigen la presencia de la policía. ¿Sabes lo que quiero decir?

Miller frunció el ceño.

—Empiezan a creer que todas las situaciones del mundo tienen que ver con alguna violación de la ley, con abusos machistas, con muertes, suicidios y sobredosis...

—¿Qué me estás diciendo? ¿Que debería dejar de llevarme el trabajo a casa? Por Dios, eso ya se encargan de repetírmelo Roth y su mujer.

—Yo aquí me dedico a la anatomía... Aquí, en el depósito. Me paso la jornada laboral cortando a la gente y mirando en su interior. Imagina lo que ocurriría si me llevara el trabajo a casa.

—Creo que es un poco diferente...

—Físicamente sí; mental y emocionalmente no. Si cargas con toda esta mierda en la cabeza todo el día, vas a...

—Vale, vale —la interrumpió Miller—. ¿Te parece bien que te llame? Con este asunto no sé cuándo vamos a ver la luz del día. Tengo al capitán del distrito, él tiene al comisario, el comisario tiene al alcalde...

—Entiendo, inspector Miller. Ya sabes dónde estoy. Llámame cuando tengas tiempo para respirar y entonces ya mantendremos esta conversación, ¿de acuerdo? —Miller se sentía igual de incómodo que al principio—. Y recuerda una cosa sobre el caso —añadió Hemmings—: Lo de que buscáis a alguien que tiene que hacer estas cosas, no que quiera hacerlas, ¿de acuerdo?

—Lo recordaré —dijo Miller.

Ya en el exterior, mientras bajaban la escalera y volvían al coche, Roth preguntó:

—¿De qué iba eso? Daba la impresión de que te estaba dando caña.

—Pues sí.

—Mira por dónde... Así que ahí hay algo.

—Por Dios, tío, déjalo. He hablado con ella. Puede que la llame. ¿Qué es lo que te pasa?

—Tengo una idea —propuso Roth—. Quizá podríamos ir a ver un partido juntos, ¿sabes? Amanda y yo, tú y Marilyn Hemmings. Eh, es buena idea. Voy a llamar a Amanda y a decirle...

—Nada. No vas a llamarla y no vas a decirle nada. Aquí no está pasando nada. No es así como funciona mi vida. Ahora mismo lo único que pasa en mi vida es la visita que tenemos que hacer a la Administración Central de Policía. Vamos a hablar con alguien del departamento de pensiones y nos van a decir dónde encontrar a Michael McCullough. Esa es mi vida ahora mismo, Al, y la verdad es que no tengo tiempo para nada más, ¿de acuerdo?

Roth no dijo nada.

—¿De acuerdo? —repitió Miller.

—De acuerdo, de acuerdo... ¿Se puede saber qué narices te pasa? ¿Qué narices...?

—Qué narices nada, Al. Sube al maldito coche.

Me quedé de pie frente a la puerta del piso de Catherine Sheridan un buen rato antes de llamar. Era tarde, poco más de las diez del domingo 5 de abril de 1981, un día que recordaría el resto de mi vida. Días como ese suelen volverse importantes solo a posteriori. Esa vez era diferente. Ese era un día que sabía que sería importante desde el momento en que me desperté.

Levanté la mano, y luego la bajé. Caminé por el rellano —arriba y abajo, abajo y arriba—, volví hasta la puerta y volví a levantar la mano.

Ella abrió de pronto, inesperadamente.

—¿Qué narices estás haciendo? —dijo, y se echó a reír—. Llevas aquí fuera más de un cuarto de hora, caminando arriba y abajo. Decídetes: ¿vas a llamar a la puerta o no?

Me quedé sin habla un momento, con los ojos abiertos como platos y el corazón encogido.

—¿Y bien?

—Voy a llamar a la puerta.

—Vale, perfecto..., pues llama de una vez, ¿no?

Catherine se quedó esperando un momento. Yo di un paso adelante para entrar, pero ella me cerró la puerta en las narices. La oí reírse al otro lado.

Llamé a la puerta.

—¿Quién es? —dijo.

—Por Dios, Catherine, ¿quién demonios crees que soy? Déjame entrar, por favor.

Ella aún se estaba riendo cuando abrió. Yo la seguí, cerré la puerta detrás de mí y, una vez en la sala, me quedé allí de pie y de algún modo me alegré de todo lo que le estábamos haciendo pasar Don Carvalho y yo.

—He visto las grabaciones —dije.

La sonrisa de Catherine desapareció.

—¿Así que entiendes por qué quiero hacer algo al respecto?

—Lo entiendo.

Ella se quedó allí, de pie, esperando a que le dijera lo que había decidido.

Yo no dije nada.

—Realmente no entiendo qué pasa contigo, John Robey.

—A lo mejor no hay nada que entender.

Catherine meneó la cabeza como una madre en un gesto de desaprobación.

—Siempre hay algo que entender de cada persona. Tú sabes quiénes son Lawrence Matthews y Don Carvalho, ¿no? Sabes para quién trabaja Dennis Powers...

—Sé quiénes son —respondí—. Sé lo de Langley, lo de la CIA, lo del programa de reclutamiento que están realizando por las universidades... Sé lo que quieren, Catherine... Lo que no sé es si yo puedo hacerlo.

—¿Si puedes hacerlo, o si estás dispuesto a hacerlo? No es lo mismo.

—Soy consciente de ello.

—¿Y cuál de las dos cosas es?

—He visto las grabaciones. ¿Quién en su sano juicio no querría hacer algo para luchar contra lo que está pasando ahí fuera?

Ella sonrió.

—Los que no están en su sano juicio, precisamente.

Me dirigí a la derecha de la sala y me senté.

—Créeme, Catherine, no es cuestión de si quiero hacer algo; es simplemente cuestión de si tengo lo que hace falta...

—Tienes lo que hace falta —dijo con toda naturalidad.

—Pareces muy segura.

—Créeme, John, si no tuvieras lo que hace falta para esto, no estarías aquí. Contigo llegaron al menos veinticinco o treinta personas. ¿Y cuántas siguen aquí? Todo esto... es una comunidad de inteligencia. Estos cabrones son muy buenos en lo suyo. Esto es un campo de pruebas. Es como la facultad de la CIA. Los tipos como Carvalho y Powers te conocen mejor que tú mismo.

—¿No crees que ya me doy cuenta de todo eso?

—«Sospechar» y «saber» no son lo mismo, John. Esta gente ve algo en ti que los hace estar seguros de que harás exactamente lo que ellos quieren...

—¿Y qué es lo que quieren, exactamente?

—Por Dios, no lo sé, John. Quieren que recopiles datos. Quieren que escuches lo que dice la gente. Que la observes. Quieren que evalúes posibilidades y que les informes.

Catherine apartó la vista un momento, y cuando volvió a mirarme había algo intenso e inquietante en su expresión.

—Aquí todos estamos solos —prosiguió en voz baja—. Ninguno de nosotros tiene padres. Ninguno tiene vínculos con el mundo que signifiquen lo más mínimo. Somos los invisibles, los que pueden esfumarse en un abrir y cerrar de ojos. Aparecemos, y luego desaparecemos. Podemos ir allá adonde quieran enviarnos. Podemos ser los ojos y los oídos de la central de inteligencia en cualquier lugar del mundo, y si de pronto caemos, no importa. Nadie preguntará por nosotros ni presentará una denuncia por desaparición. La gente como nosotros no importa en absoluto para las cosas pequeñas de la vida, pero en el gran esquema de cosas realmente sí contamos para algo.

—¿Ese es el motivo por el que estás aquí? —pregunté—. ¿Porque quieres contar para algo?

—¿No es eso lo que quiere todo el mundo? ¿Sentir que su vida tiene cierto significado?

Yo dejé su pregunta sin responder.

—Por Dios, John... ¡A veces hablas con una convicción, un énfasis, una vehemencia! Eso es lo que ven en ti. Por eso has llegado hasta aquí. Se dan cuenta de que es la gente como nosotros la que puede tener algún tipo de impacto en lo que sucede por ahí.

—¿Y tú no te cuestionas el modo en que se hacen esas cosas?

—Claro que me lo cuestiono. Pero los puntos buenos superan con mucho los malos. Esto no es muy diferente de lo de Vietnam, lo de Corea, lo de Afganistán..., de otros mil lugares donde se están perpetrando todo tipo de injusticias a diario. Esta gente no tiene la organización necesaria para ocuparse de ello. Los han machacado tanto que no tienen fuerzas para levantarse otra vez. Hay mucha historia detrás de esto, John, y puedes elegir formar parte de ella, o participar activamente en ella.

—¿Y qué hay del motivo real por el que vamos a esos sitios?

Ella miró hacia la ventana pensativa, concentrada.

—¿... del hecho de que tenga que morir gente? —insistí.

—Todo el mundo tiene que morir, John.

—Sí, claro, pero mueren de cáncer, de accidentes de tráfico, de apoplejías y de cosas así. El ciudadano medio no muere del disparo de un francotirador mientras pasea por la calle.

—Por el bien común —dijo ella.

—Por el bien común —repetí yo.

—No es algo que podamos cuestionar gente como tú y yo. Lo que hacemos es por el bien común.

—Hitler en un bar en 1929.

—Exactamente.

—De modo que estamos de acuerdo.

Catherine frunció el ceño.

—¿Qué?

—Que estoy de acuerdo con todo lo que dices. He venido hasta aquí para decirte exactamente lo que me has dicho tú a mí.

—¿De qué narices estás hablando?

—Me gusta oír cómo me sermoneas —dije—. Me gusta ver cómo te exaltas y te indignas.

—Anda ya, que te jodan.

—En serio. De hecho es agradable ver que alguien se posiciona de algún modo. Ahí fuera... —dije, agitando la mano en dirección a la ventana, la calle y el mundo exterior—. Ahí fuera la gente es de lo más cerrada. No saben lo que quieren ni lo que

necesitan, y la verdad es que no me importa un carajo, al menos de un modo específico.

—¿Qué? Acabas de decir...

—Siéntate —le dije.

—No quiero sentarme.

—Siéntate. Vas a necesitar estar sentada.

—No.

—Catherine, por una vez en tu vida, ¿quieres cerrar la boca y sentarte?

Boquiabierta y con los ojos como platos, dio un paso a la izquierda y se sentó en el sofá.

—Yo no llegué aquí al mismo tiempo que tú —dije—. Tú pensabas que habías llegado antes que yo. Que ya estabas aquí cuando yo llegué, ¿verdad?

—Sí, llegaste después de mí.

—Yo ya llevaba aquí tres meses antes de que tú llegaras. Pasé toda la rutina con Don Carvalho. Dennis Powers vino más tarde. Había estado fuera, en algún sitio. Le dijeron que yo no sabía nada, que debía adoctrinarme como a todo el mundo, y que debía decirte cómo reaccionaba yo, lo que pensaba, todo lo que decía.

—¿Me tendiste una trampa? —exclamó Catherine—. ¡Por Dios...!

—Nadie te tendió ninguna trampa, Catherine. Necesitaba saber si estabas segura de todo esto. Yo ya había decidido hace mucho tiempo que iba a marcharme. Necesitábamos a alguien que viniera conmigo, preferiblemente una chica. Pensaron que tú serías la mejor, pero tenían que saber que habrías ido independientemente de lo que pensaras de mí.

—¿Y Dennis Powers no sabía que tú ya estabas en acción?

—El único que lo sabía era Don Carvalho. Es mi «preparador», si quieres llamarlo así. Pensó que serías la persona ideal, pero debía asegurarse.

—¿De modo que ya lo teníais todo preparado?

—Desde hace semanas.

—Pero acabas de decirme que no te importa lo que suceda ahí fuera.

—De un modo específico —respondí—. Que no me importa un carajo lo que suceda ahí fuera, en particular.

Catherine tenía una mirada intensa, y al mismo tiempo se la veía confundida. Recordé la primera vez que la había visto con aquella maldita boina turquesa, y cómo había pensado que ojalá pudiera ser ella la persona indicada.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

Era evidente que volvía a cuestionarse todo lo que daba por sentado. Creía que su misión era convencerme de algo, y ahora se daba cuenta de que aquello no había servido más que para ponerla a prueba a ella.

—Quiero decir que son muchos los lugares a los que podríamos ir —dije—: Etiopía, Uganda, Palestina, Israel... Está el intento de golpe de Estado en Portugal, la guerra civil del Líbano, la invasión cubana de Angola. Toda esa mierda y muchas

más cosas que han ido pasando en los últimos años. Esto es la punta del iceberg. Esto no es más que lo que leemos en los periódicos, pero está pasando ahí fuera, y nunca para. Así que no, no me preocupa más de lo que me preocupa cualquier otro lugar, pero es ahí adonde quieren que vaya, y quieren que me acompañe alguien, y parece que vas a ser tú.

—¿Y eres un asesino? ¿Es eso lo que eres?

—Por Dios, no, no soy un asesino. ¿Quién te ha dicho que yo soy un asesino?

—La conversación que hemos tenido antes...

—Esas conversaciones no eran para mí, Catherine, eran para ti. Todo lo que hemos hablado, todas tus conclusiones, lo que le dijiste a Dennis..., todo eso era parte del plan para determinar hasta qué punto querías hacerlo, hasta dónde estabas dispuesta a llegar.

—¿Y ya sabéis hasta dónde estoy dispuesta a llegar?

—Sabemos lo suficiente.

—¿Así que todo esto estaba preparado? Todo lo que ha pasado entre nosotros era parte de mi adoctrinamiento para entrar a formar parte de esta... de esta...

—¿Jauría humana? —sugerí.

—Bueno, ¿y ahora qué? ¿Me tengo que acostar contigo, o qué?

—Estás de broma, ¿no?

Ella se encogió de hombros.

—No, no estoy de broma. Joder, ¿es eso lo que piensas de mí? ¿Que podríais dirigirme así, día tras día, que podrías...?

—¿Que podría qué? —dije yo—. ¿Ponerte a prueba? ¿Poner a prueba tus convicciones con respecto a estas cosas? ¿Qué tipo de juego te crees que es todo esto, Catherine? ¿Qué demonios crees que hacemos aquí? Ahí fuera hay una guerra... Por Dios, incluso diciéndolo así me quedo corto. Las grabaciones que has visto ni siquiera eran las versiones completas. Estamos recopilando información, eso es lo que estamos haciendo. Nos vamos a la mitad de la nada para descubrir qué aspecto tiene en realidad la mitad de la nada. Nos estamos gastando millones de dólares intentando defender esa mierda de lugar de una invasión comunista, y la CIA... Dios, ni siquiera sé si esto es la CIA. Podría ser la NSA, podría ser Inteligencia Naval, podría ser algún grupo fraccionario que responda únicamente al presidente, pero sea lo que sea, yo quiero tomar parte, y, sí, soy igual que tú: no tengo padres, ni a nadie que pueda preocuparse si no vuelvo a casa a la hora. Este no es el tipo de vida... Bueno, ni siquiera sé qué tipo de vida tenía pensado vivir... Lo único que sé es que parece que esto va a ayudar mucho más a conseguir nuestros objetivos que cualquier otra cosa que se me haya ocurrido.

—¿Y yo, qué?

—¿Tú, qué?

—¿Quieres que vaya contigo?

—Sí que quiero.

—¿Y he aprobado el examen que me has puesto?

—Yo nunca te he puesto un examen, Catherine...

—Ahora no estoy hablando de Dennis. No estoy hablando de las conversaciones al anochecer con Don Carvalho. Estoy hablando de las pruebas a las que me habrás sometido. Las cosas que he dicho, cómo he afrontado todo lo que ha ido pasando... Debes de tener una opinión personal de lo que querías.

—Siempre he sabido lo que quería.

—¿Y quieres que vaya contigo?

—Sí, sí que quiero... Quiero que vengas conmigo.

—¿Y crees que puedes confiar en mí?

—Sí, creo que puedo confiar en ti.

—Y, para que trabajemos juntos, ¿no crees que la confianza debería ser mutua?

—Claro que debería serlo.

—Pues cuéntame algo de ti.

—¿Qué?

—Todo este tiempo has estado fingiendo ser quien no eras, has fingido ser el nuevo, el tipo con todas esas dudas y preguntas. Bueno, ahora me dices que llegaste aquí antes que yo, que ya estabas decidido, y que solo querías ponerme a prueba para ver si podía ir contigo...

—Yo nunca he dicho que...

—Pero es así, John. Eso lo tengo claro.

Callé.

—Así que la confianza debería ser mutua, y solo se puede confiar en alguien si sabes algo de esa persona, y con eso abres la puerta a otras cosas, y muy pronto sabes todo lo que hay que saber de esa persona y no queda nada que esconder. Eso es la confianza: la idea de que no te pueden esconder nada.

—Yo nunca te he escondido nada.

—Tampoco me has contado nada de ti mismo.

—«No contar nada» y «ocultar cosas» no son lo mismo.

—Eso es una pedantería.

—No es una pedantería, es cierto.

—Pero aun así estás de acuerdo en que, para que la relación funcione, deberíamos estar en las mismas condiciones, ¿no?

—Sí.

—Así que no te puede hacer ningún daño contarme algo.

—No tengo nada que contarte, Catherine.

—Tus padres.

De pronto me quedé bloqueado.

—¿Mis padres?

—Claro... Dime qué les pasó a tus padres. Dime por qué estás completamente solo en el gran mundo, sin nadie que llame a la policía si no te presentas al trabajo.

—No te voy a hablar de mis padres.

—Pues entonces, te puedes ir a la mierda.

Me reí.

—Eres dura de pelar, ¿eh? Pero eso es una tontería. Ahora que has llegado hasta aquí, sabes que no te vas a echar atrás.

—Ponme a prueba.

Ahí estaba otra vez, esa mirada intensa y dura. La misma que había convencido a Don Carvalho de que Catherine Sheridan era la persona indicada.

—Lo dices en serio.

—Muy en serio. Si quieres que confíe en ti, tienes que confiar en mí. Si quieres que recorra tres mil kilómetros contigo para meterme en el culo del mundo, tendrás que darme algo a cambio...

—Te diré alguna otra cosa...

—Y una mierda. Quiero saber la verdad sobre tus padres, no que me repitas la cantinela de antes.

—¿Por qué? ¿Qué motivo puedes tener para querer saber de mis padres?

—Porque es lo único de lo que nunca hablas, y porque cuando lo he mencionado te has puesto tenso como un alambre. Cuando nombran a tus padres te conviertes en otra persona. Absolutamente inexpugnable. Sería diferente si fueras mi preparador, mi monitor, mi lector. Entonces, sería diferente. No tendría gran importancia. Pero no eres nada de eso, John. Eres el tipo en cuyas manos se supone que tengo que poner mi vida. Eres más joven que yo, por Dios. Probablemente nunca hayas tenido una novia formal. A veces actúas como si nunca te hubieras acostado con nadie. Quiero saber si este tío importante del campus es realmente el chico del momento de la CIA, el niño de oro, el prodigio que probablemente eres, o si no eres más que un pobre pardillo de campo que han recogido en alguna granja perdida y que la CIA considera que puede servir como carne de cañón.

—¿Ya has acabado?

Catherine se rio sin ganas.

—De hecho, no, no he acabado. Lo que estoy diciendo es importante.

—Lo sé... Ya sabemos lo poco que te cuesta encenderte y...

—¿Quieres dejar de interrumpirme?

Me callé. Estaba lanzada.

—Este es el trato. Ahora mismo, este es el trato que te propongo. Lo tomas o lo dejas. Tú me dices lo que quiero oír y yo estaré a tu lado sin reservas. Pero si te cierras en banda, me iré a tomar unas cervezas y a buscarme algún tío que me quiera echar un polvo para quitarme de la cabeza lo capullo que eres.

—Quieres saber qué fue de mis padres. Ese es el trato.

—Sí.

—Podría contarte cualquier cosa. No tengo por qué decirte la verdad.

—Podrías hacerlo.

—No sabrías si te estoy contando la verdad o no.

—Pero tú sí lo sabrías.

—¿Y?

—Que lo sabrías, y que te sentirías como un cabrón. Empezarías a preguntarte si me he dado cuenta o no. Verías segundas intenciones en cualquier comentario inocuo que hiciera yo. Tendrías que acordarte de lo que me has dicho, para la próxima vez que te preguntara por tus padres. Toda esa mierda, vamos. No tenemos tiempo, y desde luego no vale la pena entrar en ese tipo de juegos, amigo mío...

—Pues te lo contaré.

—¿La verdad?

—Sí, la verdad.

Catherine volvió a observarme con tal cara de impaciencia que me resultaba imposible no responder de inmediato. Me aclaré la garganta. Aparté la vista y miré hacia la ventana. Luego miré al reloj.

—Habla, John Robey, o de aquí me voy a algún bar de Richmond a buscar guerra.

—Mi padre —dije.

Miré al suelo. Ya sentía la tensión que se me acumulaba en el pecho. El nervio vago, en el vientre, hacía esfuerzos por contener las tripas en su sitio. ¿Lágrimas en los ojos? Los cerré y me obligué a no pensar en nada más que en lo que estaba diciendo. Quería eliminar cualquier sensación, no sentir nada en absoluto.

Levanté la vista y me quedé mirando a Catherine Sheridan.

—Mi padre mató a mi madre —dije sin más—. Y... yo le ayudé a hacerlo.

Roth condujo mientras Miller pensaba en Marilyn Hemmings, una mujer que conocía desde hacía tres, o quizá cuatro, años. La había visto entrar como ayudante del forense, y ahora tenía su propio laboratorio y se encargaba de todas las autopsias, el trabajo administrativo, del trato con el ministerio y de todos los asuntos legales relacionados con su labor. Y aun así mantenía el tipo, hacía gala de su fino sentido del humor como si fuera una medalla de guerra y tenía un aspecto estupendo. Miller se había planteado varias veces pedirle una cita, pero siempre se había echado atrás.

—Ahora estoy pensando en voz alta —dijo Roth de repente—. Es solo un pensamiento, una idea. Acerca de los dos asesinos. El tipo que mató a las tres primeras y el otro, el que mató a Sheridan. Eso es algo que nos llevamos planteando desde la autopsia de Sheridan. A lo mejor McCullough es uno de ellos, y el tipo de la foto...

—El tipo de la foto podría no ser nadie.

—Conocía a Catherine Sheridan. Y ella estaba relacionada con Darryl King...

—Aquí —dijo Miller, señalando hacia la Administración Central de Policía, al otro lado de la calle. Roth redujo la marcha y detuvo el coche.

Lester Jackson reaccionó al verlos llegar, y luego adoptó una expresión de obligada diligencia.

—Señor Jackson —dijo Miller.

—Me alegro de volver a verle —respondió Jackson con una sonrisa forzada—. Y a usted, inspector. ¿En qué puedo ayudarlos esta vez?

—Departamento de pensiones.

—¿Pensiones? —dijo Jackson con un tono de alivio en la voz—. Tienen que salir, girar a la izquierda y recorrer media manzana, más o menos. Es otro edificio. Como les he dicho, salen, giran a la izquierda, y media manzana más allá. No tiene pérdida.

—Muchas gracias, señor Jackson.

—De nada, inspector.

—Desde luego estará contento de perdernos de vista —dijo Roth al llegar a la puerta.

—Ya hablaremos con Lester Jackson otro día —respondió Miller.

El Departamento de Pensiones de la Policía era un bloque de oficinas de fachada estrecha a menos de ciento cincuenta metros de la Administración Central. La recepcionista dirigió a Miller y a Roth a una fila de sillas frente a la ventanilla principal y les pidió que esperaran allí hasta que pudieran atenderlos. Cuando por fin

llegó alguien, fue una mujer de una delgadez extrema llamada Rosalind Harper, que los acompañó a un despacho de la planta superior con vistas a la Sexta.

Una vez sentada tras su escritorio, frente al ordenador, les preguntó en qué podía ayudarlos.

—Queremos la dirección de un agente de policía retirado —le dijo Miller.

—¿Su nombre?

—McCullough. Michael McCullough.

—¿Distrito?

—Siete.

—¿Y saben cuándo se retiró?

—Marzo de 2003 —dijo Miller.

Rosalind tecleó, pasó pantallas, leyó, frunció el ceño y volvió a teclear. Negó con la cabeza.

—Lo tengo aquí, en el cuerpo, de mayo de 1987 a marzo de 2003. ¿Eso cuánto es? Quince años y diez meses. Parece que no le pagamos ninguna pensión al señor McCullough.

—¿Cómo? —dijo Miller, echando el cuerpo hacia delante.

Rosalind agarró el monitor por un extremo y giró la pantalla para que la vieran. Señaló las columnas correspondientes.

—Miren aquí... Esto indica la fecha en que ingresó, y aquí está la fecha en que se retiró. Esta columna es el número total de meses que sirvió, el sueldo que recibía en el momento de su jubilación... y esta columna en blanco debería contener los pagos que se le han ido haciendo cada mes, hasta su muerte.

—Pero no hay ninguno —observó Roth.

Rosalind asintió.

—Eso es lo que les decía. Parece que no le hemos pagado ninguna pensión al señor McCullough.

—¿Y su dirección?

—No hay pagos, y no hay dirección.

—¿Lo que quiere decir que no se puede localizar? —dijo Roth.

—Exacto. Solo tendríamos la dirección si estuviéramos mandándole algo.

—Como su pensión.

—No, su pensión no. Los pagos se hacen por transferencia directa a la cuenta bancaria. Pero enviamos extractos trimestrales a la dirección que tenemos registrada, y si se trasladan nos lo notifican, para enviar los extractos a la nueva dirección. —Rosalind hizo una pausa y ladeó la cabeza—. Una cosa... —añadió. Se echó hacia delante y volvió a orientar la pantalla hacia ella. Tecleó algo más, y luego sonrió—. ¿Tienen un bolígrafo?

Miller asintió, sacó un bolígrafo y su cuaderno.

—Tengo algunos datos bancarios aquí..., la cuenta registrada como cuenta de destino para ingresarle la pensión a McCullough en abril de 2003. ¿Está listo?

—Sí.

—Washington American Trust Bank, Vermont Avenue. ¿Sabe dónde es?

—Está a unas cuatro manzanas de donde vivo —dijo Miller.

—En esa cuenta no se ha pagado nada, como les he dicho, pero esos eran los datos que dio para cobrar la pensión.

—¿Y es todo lo que tienen de él? —preguntó Roth.

—Eso es todo. Por supuesto, si quieren ir al banco y tener acceso a su cuenta necesitarán una orden.

—Eso no será un problema —dijo Roth.

—Muy bien —respondió ella.

—Pues ya estamos.

Rosalind les indicó el camino de regreso a la puerta del edificio.

—Gracias por su ayuda —dijo Miller.

Rosalind Harper sonrió.

—De nada. Un poco de emoción, para variar, siempre es bienvenida.

Cuesta creer que todas esas cosas tuvieran lugar hace más de veinticinco años. Parece como si fuéramos niños, aunque entonces no nos lo parecía. Nos sentíamos a la altura de los reyes y las reinas del mundo. Pensábamos que podíamos ir a un sitio y cambiar las cosas. Había gente muriendo. Creíamos en la propaganda. Confiábamos en Lawrence Matthews, Don Carvalho y Dennis Powers. Y quizás ellos estuvieran tan ciegos como nosotros. Quizás ellos, a su vez, confiaran en los que estaban por encima de ellos, que les decían que así funcionaba el mundo. Éramos los Estados Unidos de América. Éramos los más importantes, los más fuertes, los más responsables, los más efectivos. Si alguien podía manejar aquello, éramos nosotros. Si alguien podía acabar con aquella locura e instaurar la paz y el orden, éramos nosotros. No había nadie más. Y eso fue lo que se nos escapaba.

No veíamos el motivo de todo aquello. Estábamos demasiado ciegos como para verlo.

Pero aquella noche, sentado en el apartamento de Catherine Sheridan, a un puñado de kilómetros de Langley, Virginia, el sancta sanctorum de la agencia de inteligencia más importante del mundo, con el corazón en la mano y siendo honesto quizá por primera vez en mi vida, me imaginé que todo lo que era, todo lo que deseaba llegar a ser, estaba vinculado de algún modo a aquella chica. No podía decirle que la amaba. No sabía lo que era el amor.

Mi padre sí sabía lo que era el amor. Si no, ¿cómo podría haber hecho lo que hizo?

—¿Carpintero? —preguntó Catherine.

—Sí, carpintero. En realidad ebanista.

—Y tu madre estaba enferma.

—Tenía cáncer. Estaba muy mal. No podía comer sola, no podía ir al váter, apenas podía hablar...

—¿No tenía a nadie que la atendiera?

—Mi padre y mi madre no confiaban mucho en la gente. No sé si se contagiaron la desconfianza el uno al otro, o si los dos eran así desde el principio. En cualquier caso, él pensó que los médicos se llevarían todo el dinero que tenía y que tampoco la curarían, así que leyó todo lo que pudo sobre el tema. Creo que acabó sabiendo más que muchos de los expertos con los que habló.

—Pero cuando la cosa se puso tan mal que no podía hablar... ¿por qué tu padre no pidió ayuda?

—Creo que llegaron a un acuerdo. Creo que mi madre no quería acabar en un hospital, que quería morir en casa, con su marido y su hijo.

—Y él la mató...

—Se estaba muriendo, Catherine. Se estaba muriendo tan rápido que al final no sabíamos si sería hoy, mañana o pasado. Aquello destrozó a mi padre. Se habían pasado más de veinte años viviendo el uno para el otro, leyéndose el pensamiento. Ellos lo querían así. He llegado a pensar que quizá me tuvieron por error.

—¿Y eso?

—No lo sé. Quizá fueran imaginaciones mías. A veces me daba por pensar que el tiempo que me dedicaban habrían preferido pasarlo ellos solos. Recuerdo cuando me fui a la universidad. No llevaba allí más de seis meses y mi padre me llamó, me dijo que necesitaba que le ayudara. No podía hacerlo solo. Recuerdo el miedo que me daba ella. Que ya no parecía mi madre. Se había convertido en alguien que yo ni siquiera reconocía.

—¿Eso cuándo fue? ¿El otoño de 1979?

La miré, en parte sorprendido.

—Dios —dije—. Solo ha pasado año y medio. Parece mucho más.

Durante un rato no dije nada. Estaba en otra parte, pensando en el poco tiempo que había pasado realmente desde la muerte de mis padres.

—Volví allí a principios de agosto. Seis semanas más tarde ella murió.

—¿Y qué ocurrió cuando volviste de la universidad?

Miré a Catherine un momento, nada más, pero en aquel instante reconocí en ella algo muy próximo a mí mismo. Quizás un vago reflejo, o un recuerdo que le pasara por la mente.

—¿Por qué quieres saber esto? —le pregunté.

—No quería saber esto en particular. Pero es lo único de lo que nunca hablas. —Intentó sonreír—. Bueno, no puedo decir que sea lo único de lo que nunca hayas hablado, pero es algo de lo que la gente suele hablar y que tú nunca has mencionado. Los padres son una de esas cosas de las que habla la gente. De eso y del lugar donde se criaron, de la universidad a la que fueron... Pero tú no.

Apartó la mirada, y por un segundo pareció dudar.

—Cuéntame qué pasó cuando volviste de la universidad.

—Me pidió que le ayudara en el sótano..., en su taller de carpintería.

—¿Qué tenías que hacer?

—Lijar y pulir pequeños fragmentos de madera.

—¿Qué...?

—Me puso a lijar y pulir unos fragmentos de madera. Caoba, teca, castaño negro. Todos diferentes, y de diferentes formas. Cada día, durante unas horas, nos sentábamos a hacer eso.

—¿Y para qué?

—¿Sabes algo de las orquídeas?

Catherine negó con la cabeza.

—A mi madre le encantaban las orquídeas. Hablaba de construir un invernadero y cultivar orquídeas..., y había una que la fascinaba. Ni siquiera recuerdo cómo se llamaba, pero parecía la cara de un niño. Mi padre construyó un cuadro de esa cosa fragmento a fragmento, y se convirtió en la imagen central de la tapa de su ataúd.

Levanté la vista y miré a Catherine.

Su sonrisa se desvaneció lentamente.

—¿Te pidió que le ayudaras a construir el ataúd de tu madre?

—Por supuesto. Era carpintero, no iba a dejar que lo hiciera otro, ¿no?

—¿Y tú no sabías que estaba haciéndolo?

—Al principio no... Al principio me imaginé que estaba fabricando una puerta para un armario o algo así, pero cuando acabó la orquídea y la puso en medio de esa... Esa no es ni la mitad de la historia, Catherine. Me dio instrucciones, y mientras estaba arriba, con mi madre, yo trabajaba en el sótano, pero lo que me extrañaba era el tamaño. Era enorme, y al principio no entendía qué era lo que estaba construyendo... —Sentí de nuevo aquel nudo en el estómago. Una sensación irrefrenable de pánico se había apoderado de mí y necesitaba frenar, parar un momento, templar mis emociones e intentar mantener la mínima objetividad sobre el asunto.

»Estaba... Estaba construyendo un ataúd para dos —dije en voz baja.

—¿Qué?

—Para dos... Estaba construyendo un ataúd para dos, y a última hora del día, el martes 13 de septiembre, subió a la habitación de mi madre. Cogió una aguja hipodérmica y la llenó de morfina, y se la inyectó a ella. Luego se estiró a su lado hasta que murió. Le puso su traje de novia, la bajó al sótano y la metió en el ataúd. Se quedó allí sentado un par de horas, luego se puso su traje de novio y se metió en el ataúd a su lado. Tomó una sobredosis de morfina, tiró de la tapa del ataúd hasta colocarla en su sitio y luego se quedó tendido al lado de ella y murió...

Catherine, boquiabierta y con los ojos desorbitados, me miró un rato, y cuando empezó a hablar yo ya sabía exactamente lo que quería saber.

—No —dije yo—. No me di cuenta hasta al cabo de cinco o seis horas. Pensaba que quizá se la habría llevado a algún sitio... Me imaginé que por fin se habría rendido y la habría llevado al hospital, pero su camioneta estaba fuera, y su abrigo, sus botas y la ropa que solía vestir estaban en el mismo sitio donde los había dejado por la noche. Entonces fui al sótano, y tardé un rato en darme cuenta de que la tapa del ataúd estaba cerrada. Me puse a pensar que yo había estado trabajando en aquel ataúd a diario, y que cada vez que le hacía alguna pregunta se limitaba a decirme que tenía que ayudarlo..., me decía que tenía que ayudarlo por el bien de mi madre...

Cerré los ojos y me recosté en la silla.

—¡Dios! —exclamó Catherine Sheridan—. Eso es lo peor... Bueno, no quería decir «lo peor»... Joder, John, ya no sé lo que quiero decir...

Me quedé allí mismo —con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados— y durante un buen rato me pregunté si algún día sería capaz de liberarme de la imagen de mis padres uno junto al otro, mi padre agarrando la mano de mi madre, con la cabeza girada hacia ella, y aquella extraña sonrisa casi beatífica en los labios; eso, y el olor a alcanfor de su traje, el olor a madera y a barniz, a pulimento y a cera... Me pregunté si algún día volvería a ser capaz de pensar en mis padres sin verlos con aquella sonrisa tensa que tenían ambos, juntos por fin, sin ninguna distracción, sin nadie que invadiera su intimidad, que los pudiera molestar...

—¿Qué hiciste? —preguntó Catherine.

Su voz me sobresaltó. Sentí los ojos secos de haber contenido la necesidad de llorar. No había llorado —no lo había hecho entonces, ni lo había vuelto a hacer— y no quería hacerlo ahora. Una mujer agonizante. Un marido compasivo. Una decisión. Eso era todo. No podía ni imaginarme lo que habría sufrido mi padre, pero a posteriori pensé que probablemente él nunca se planteó si debían emprender aquel viaje juntos, sino cuándo debían iniciarlo. Mantuvo a mi madre con vida hasta tenerlo todo listo. Y yo le ayudé. Había intentado recordarlo de otro modo. No con pesar ni incredulidad, sino con gratitud. Todas aquellas semanas que habíamos pasado trabajando juntos en el sótano habíamos estado más próximos que nunca, y eso me había permitido ir conociendo a mi padre. Vi que era un buen hombre, un hombre de principios y de ética, testarudo y luchador. Quería pensar que yo quizás había heredado alguna de aquellas cualidades. Quería que quedara algo de mi padre tras su desaparición.

—¿Y tú qué hiciste, John?

—Esperé un rato. Intenté darle algo de perspectiva a todo aquello. Intenté comprender la decisión que había tomado mi padre. Y entonces subí al piso de arriba y llamé al médico. Él vino con un policía y con el forense, y se los llevaron.

Me quedé callado por un momento. Vi mi imagen allí, en el pasillo, esperando un rato y luego bajando de nuevo al sótano. Estaba atestado: el médico y yo, el policía y el forense.

—Tuvieron que sacar a mi padre del ataúd para subirlo. Recuerdo que la mano de mi madre se levantó al intentar sacarle a él del ataúd. La tenía cogida de la mano, ¿entiendes? La había cogido con fuerza, y luego se produjo el rigor mortis..., y cuando cayeron en que tendrían que forzarle la mano para soltarla, me pidieron que saliera de allí.

La expresión de Catherine iba cambiando a medida que yo hablaba.

—Pensaron que ver a un policía y a un médico separando por la fuerza la mano de mi madre de la de mi padre podría afectarme, pero yo no quería irme. Yo quería quedarme y verlos. Sabía que sería la última vez y no quería darles la espalda. Les separaron la mano, y yo me quedé allí, en silencio, mientras levantaban el cuerpo de mi padre y lo sacaban del ataúd. La escalera era estrecha. La chaqueta de mi padre se enganchó en un clavo y parecía que iba a caérseles de las manos...

Catherine se echó hacia delante, en un gesto casi intangible que reflejaba el deseo de estirar los brazos, de acercarse a mí.

—Consiguieron desengancharla. Lo llevaron a la planta baja, lo pusieron en una camilla y se lo llevaron al coche. Y luego volvieron a buscar a mi madre. Ella no pesaba tanto y no era tan alta, y la subieron sin ninguna dificultad. Yo me quedé esperando en el sótano hasta que oí cómo se alejaba el coche del forense. El médico bajó y me dijo que debería subir, pero yo no quería. Quería quedarme entre las esquirlas de madera y los botes de barniz, las latas de café llenas de clavos y tornillos: todos los olores y los ruidos del sótano, el último lugar donde había visto a mi padre con vida, el último lugar donde lo recordaría.

Hice una pausa para coger aire. Sentía la emoción, la tensión del recuerdo.

—El médico trató de ser amable, pero no podía comprender lo que yo sentía. Creo que decidió no intentarlo. Me deseó lo mejor, me dijo que le llamara si necesitaba algo. Tenía aquel tono de voz, ¿sabes?, el de quien te dice que le llames si le necesitas pero que en realidad espera que no lo hagas. ¿Qué iba a decir? No era más que un médico. Curaba fracturas, atendía partos y firmaba certificados de defunción. De modo que me dijo que lo llamara si quería, esperando que no lo hiciera, y yo le di la mano y le dije que no se preocupara, que estaba bien.

—Pero no lo estabas —dijo Catherine.

—No lo sé... No, no lo estaba. Intento no pensar en ello.

—¿Y entonces?

—El funeral. Los enterraron juntos en el ataúd que mi padre y yo habíamos construido. Puse la casa en venta. Alguien la compró. Pagué la hipoteca y todas las deudas; pagué el funeral y puse al día las facturas impagadas y los préstamos, todo lo que mi padre había ido gestionando como podía. Y cuando acabé, metí siete mil quinientos dólares en una cuenta de un banco en Salem Hill y volví a la universidad.

—¿Cuándo fue eso?

—Marzo de 1980.

—¿Y conociste a Lawrence Matthews en agosto?

—Septiembre.

Catherine se quedó en silencio.

—Bueno, eso es lo que querías saber, ¿no? Querías saber de mis padres.

—¿Lamentas habérmelo contado?

—¿Lamentarlo? ¿Por qué iba a lamentarlo?

—No lo sé... Parecías tan poco dispuesto a hablar de ellos... Era...

—Ahora no importa —dije yo, y me di cuenta de que algo había desaparecido. Un peso, oscuro, pequeño pero oscuro, había desaparecido. Y daba gracias por ello.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Claro —dije yo—. Estoy bien... ¿Qué tal si vamos a comer algo?

—Claro, John. Me gustaría.

Me levanté de la silla y busqué con la vista la chaqueta, el abrigo y la bufanda.

Cuando salimos de su apartamento me cogió la mano. Por un momento no la sentí, pero luego sí. Era una sensación agradable..., una sensación que nunca había experimentado.

—Gracias por contármelo —dijo ella cuando llegamos a la calle.

—Gracias por escucharme.

Más tarde, estaba de pie, en silencio, en el pasillo de mi apartamento. No fue complicado. Ella se anticipó a cualquier reserva que pudiera tener yo. Alargó la mano hacia mí. Me sentí impulsado, atraído, casi magnetizado. Daba la impresión de que se replegaba sobre mí como si no tuviera músculos, huesos ni fuerza. Yo tiré de ella, pasé los brazos alrededor de sus hombros, sentí su cabeza junto a mi cuello y la oí respirar, olí el leve aroma cítrico de su perfume y, por debajo, el olor de su piel.

Nos quedamos así quizás un minuto, y luego ella se dirigió al salón y se sentó. Me miraba fijamente, directamente, y aquello me hipnotizó.

Quería que volviera; quería abrazarla otra vez.

—No quiero que pienses...

Levanté la mano y se calló en seco.

—A veces —dije yo— es mejor tener a alguien que no tener a nadie.

—Eres un buen hombre, John Robey —dijo ella, y aunque su voz era poco más que un suspiro, oí todas y cada una de sus palabras.

Los ojos le brillaban, humedecidos por las lágrimas. Se las limpió con la punta de los dedos.

—Ahora tengo que irme —decidió, y se puso en pie.

—Quiero que te quedes...

—Ya, pero no puedo... No debo.

—¿No debes?

—Sabes perfectamente lo que podría ocurrir si me quedo... Y no quiero...

—¿Qué es lo que no quieres?

—Si... si nos liamos, habría otro motivo para salir juntos, y no puedo hacerte eso.

—¿No tendría que ser yo quien tomara esa decisión?

—Pienses lo que pienses... nuestras vidas serán complicadas, John. Los secretos no traen la felicidad, traen el miedo, los celos y la posesividad. He llegado a un punto en el que, cuando alguien me importa, o cuando creo que podría llegar a importarme, hago un esfuerzo por no implicarlo en mi vida.

—A mí me parece que yo ya estoy implicado.

—Tú estás metido hasta el cuello, John. Da un paso más y puede que te ahogues —dijo, y se dirigió a la puerta.

Yo la seguí.

Catherine abrió la puerta, se detuvo un segundo y, cuando se volvió, me tenía justo delante.

Levantó una mano y me tocó la mejilla.

Yo me eché hacia delante para besarla.

Ella se retiró, en silencio, suavemente, y cuando tuvo claro que yo no la presionaría, me puso la punta de un dedo en los labios.

—No —susurró—. No puedo.

Me estremecí. Por un momento me imaginé lo que habría sido. Sentí cómo se me tensaba la piel de la nuca.

—¿Nunca te sientes solo, John? —preguntó—. ¿Solo de verdad, como si no hubiera nadie en el mundo más que tú?

—Claro que sí... ¿No lo estamos todos?

—¿Y cómo te enfrentas a eso?

Observé su perfil, el cabello recogido tras la oreja, que se fundía suavemente con la línea de su cuello, una línea que a su vez se fundía con la curva de su hombro. Miguel Ángel habría estado orgulloso de aquella línea.

—A veces no puedo creerme lo que ha sucedido —prosiguió—, y a veces tengo la sensación de que quizás es algo que he deseado yo misma. Y a veces pienso que las cosas no deberían ser así, pero no puedo evitar que lo sean. Es como si algunos de nosotros hubiéramos venido al mundo por los demás, no para vivir nuestras propias vidas. —Apartó la mirada y la posó en la ventana—. Mi padre... —empezó, pero fue quedándose sin voz.

Cerró los ojos y, sin decir ni una palabra más, dio un paso hacia mí.

Yo tomé aire lentamente, y lo solté. Sentí que se desencadenaba una tormenta, algo que estallaba en mi interior, y en el mismo momento en que me acercaba a ella, en que sentía la calidez de su cuerpo contra el mío, supe que probablemente aquel sería el mayor y más profundo error de toda mi vida.

Sentí sus dedos contra los míos. Le pasé la mano por la cintura. Sentí la tensión en su interior, el pulso en sus muñecas, cómo aumentaban sus defensas...

Sentí su tristeza, su sensación de pérdida, de desengaño y de soledad, todo enmarañado. Quería deshacer la maraña, ver cada cosa por separado para poder decidir lo que valía la pena conservar y lo que debía descartar.

Ella me puso la mano contra el pecho, como si quisiera defenderse, como recordándose que aquello no era una solución, pero sus ojos reflejaban claramente lo que sentía, y lo que sentía era el vivo reflejo de lo que sentía yo. Y en el momento en que mis labios rozaron su mejilla, y en que mi mano le tocó el rostro, en que mis dedos le rodearon la nuca y tiraron de ella, sentí algo que me consumía, algo mucho más potente que nosotros dos juntos.

Oí su respiración agitada, su corazón latiendo en el pecho, como el de un pajarillo asustado, y noté en los brazos una fuerza que habría bastado para hacerla pedazos.

—John —me exhortó con un tono de súplica en la voz, suplicando perdón, suplicando piedad, suplicando una tregua.

Yo alargué el brazo y cerré la puerta. Di un paso atrás, ella me siguió, y enseguida la tuve delante, casi tirando de mí por el pasillo hasta el dormitorio. Catherine tropezó, casi se cayó, y me soltó. En un momento ya se había liberado de su abrigo y estaba subiéndose la camiseta, sacándosela de dentro del pantalón...

Se apoyó en el borde de la cómoda y se quitó los zapatos agitando los pies en el aire.

Yo me saqué la camiseta, la seguí por la habitación y, cuando llegó a la cama, ya se estaba desabotonando los vaqueros.

Se quedó allí de pie, en ropa interior, la piel pálida y suave. Extendió los brazos, me recibió y pegó cada centímetro de su cuerpo contra el mío.

Sentí sus uñas contra mi espalda, cómo me tiraba de los pantalones. Me empujó sobre la cama y me los quitó; luego se desabrochó el sujetador y, por un instante, me pareció que flotaba sobre el colchón.

Luego Catherine se lanzó sobre mí, como si explotara: sus manos estaban por todas partes, descontroladas, con movimientos bruscos, casi violentos, furiosos y hambrientos. Golpeaba, tiraba, agarraba y amenazaba..., y yo me revolví, como un poseso.

Y cuando alcanzó el orgasmo gritó, y yo grité con ella, y fue como si las ventanas fueran a estallar, comunicando al mundo nuestro escondrijo. Luego, la respiración entrecortada, los cuerpos agotados como motores al rojo, los músculos tensos, los nervios desquiciados, sonidos de pasión y unos corazones golpeando contra el pecho como martillos neumáticos, la sensación de ahogarse, de morir y renacer, algo confuso pero profundo, como la poesía de guerra...

Y entonces llegó el silencio.

Un silencio inmenso. El pecho a punto de explotar, conteniendo la tensión hasta que llegara la calma, la calma suficiente para abrazarnos el uno al otro en un encaje perfecto, como el patrón de una huella dactilar.

La sensación cálida de su aliento contra mi cuello, sus dedos trazando pequeños círculos concéntricos sobre el vello de mi pecho, la presión de sus senos contra mi espalda, su pierna entre las mías, la piel tensándose al secarse y enfriarse el sudor, y el olor a sexo y a perfume, y dos cuerpos que por fin podían gozar del ansiado descanso.

Lassiter negó con la cabeza.

—Unas cuantas —dijo—. Desde luego no las que esperaba yo, y hasta ahora no han dado ningún resultado. Hemos enviado las imágenes por e-mail a Annapolis, a Baltimore, a Fredericksburg, a Chesapeake Bay... Metz y los otros han procesado unas trescientas llamadas, pero la inmensa mayoría eran pirados.

—¿Y cuánto tardará la orden para revisar esa cuenta bancaria? —preguntó Miller. Lassiter echó un vistazo al reloj.

—Ya no debería tardar mucho —dijo. Se acercó a la ventana, sin dejar de hablar—. Aparte de esta foto, no tenemos nada en absoluto, ¿no?

Miller miró a Roth. Su expresión decía: «No digas nada».

—Este asunto de la cuenta bancaria, ese poli... ¿Cómo se llamaba?

—McCullough —respondió Miller.

—Tal como os dije, Bill Young fue capitán en el Distrito Siete en la época en que vuestro hombre trabajaba allí. Le pregunté por él, y descubrió que el hijo de puta sufrió una apoplejía el mes de mayo pasado. Parece que grave, muy grave, así que lo que podáis descubrir por ese lado... —Lassiter meneó la cabeza—. De todos modos... ¿de qué nos sirve ese poli? ¿Qué creéis que tiene que ver con todo esto?

—No lo sabemos —respondió Miller—. Está relacionado con Darryl King, King está relacionado con Sheridan, Sheridan está conectada con el tipo misterioso de las fotos. Ahora mismo, McCullough y la foto son todo lo que tenemos.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Sí! —ladró Lassiter.

Llegó un mensajero del departamento con un sobre marrón.

Lassiter cogió el sobre, sacó la orden, la firmó y le devolvió el sobre al mensajero.

—Salid de aquí pitando —dijo, entregándole la orden a Roth—. Id a ver si los datos bancarios de McCullough arrojan alguna luz sobre lo que sea que está pasando aquí.

Nueve manzanas al oeste, pasada la biblioteca Carnegie y el centro de convenciones, en el cruce de Massachusetts Avenue con la Once, Roth iba hablando de cosas sin importancia mientras Miller conducía, con los ojos puestos en la circulación, con mil cosas en la cabeza y preguntándose qué saldría de todo aquello. Pensando en Marilyn Hemmings, en cómo sería salir a cenar con ella, intentando en vano recordar el rostro de Marie McArthur, la última chica con la que había tenido una relación. ¿Cómo

había ligado con ella? ¿Los había presentado alguien? No se acordaba. Se sintió tonto por no acordarse. Se suponía que debía ser capaz de recordar los detalles. Al fin y al cabo, era investigador de la policía. Y luego la mente le volvió a Marilyn Hemmings. Una mujer atractiva. Y buena gente. La madre de Miller solía decir aquello de: «Te gustará. —En referencia a alguien que había conocido, algún vecino, o un amigo de un amigo—. Es buena gente». Eso es lo que la madre de Miller habría dicho de Hemmings. «Deberías pedirle una cita, Robert... Esa chica es buena gente». Sonrió al pensar en aquello. Se preguntó si debería llamarla. Pero ¿cuándo tendría tiempo para salir con ella?

Quizá debería limitarse a llamar y decirle: «Voy a llamarte, ¿vale? He oído lo que has dicho y me gustaría mucho salir contigo, pero ahora mismo estoy metido en esto». Podía decírselo, porque ella lo entendería. Entendería que no intentaba sacársela de encima. Podía decir: «Ahora mismo estoy metido en esto. La cosa está que arde. Con lo que presionan Lassiter, que es el capitán de mi distrito, ¿sabes?, y el comisario, y hasta el alcalde, ahora mismo no tengo ni tiempo de ir al váter...». No, eso no. Ese tipo de lenguaje no. «Ahora mismo no tengo tiempo ni de abrir el correo, así que por favor, no pienses que no me interesas; tú estás en esto y entiendes cómo funciona, ¿verdad?».

—¿Robert?

Miller volvió en sí, giró la cabeza y miró a Roth.

—Te acabas de pasar el banco.

Miller aparcó el coche media manzana más allá y retrocedieron a pie. Esperaron en el vestíbulo mientras alguien hablaba con alguien que hablaba con alguien más, y por fin —después de unos quince o veinte minutos— llegó el subdirector de seguridad. Un tipo afable, de poco más de cuarenta años. Con un señor traje, observó Miller. De esos trajes que no se venden en los grandes almacenes.

—Soy Douglas Lorentzen, subdirector de seguridad —dijo—. Siento haberlos hecho esperar... Por favor, vengan por aquí.

Dejaron el vestíbulo y tomaron un pasillo que recorría todo el edificio a lo largo. Llegaron a una puerta al final, y Lorentzen marcó un código en un teclado que había en la pared. Una vez dentro, giraron a la izquierda. Miller iba delante de Roth, y de vez en cuando miraba hacia atrás por encima del hombro, como si esperara que Roth dijera algo.

Atravesaron otra puerta al final del segundo pasillo y llegaron a una antecámara y, más allá, a un elegante despacho: grande, sin ventanas, con una batería de monitores de seguridad que cubrían la pared de la derecha. Plantas en tiestos, un gran escritorio de caoba, varias sillas alrededor de una mesa ovalada más pequeña, con la superficie tan pulida que brillaba como un cristal.

—Por favor, siéntense —dijo Lorentzen—. ¿Puedo ofrecerles algo? ¿Un café, agua mineral?

Miller se sentó.

—No hace falta —dijo—. Solo necesitamos que nos ayude con un asunto, y enseguida nos iremos.

Lorentzen no se inmutó, como si aquello formara parte de su día a día: la aparición de dos inspectores con una orden, una reunión en una oficina del sótano, preguntas que responder...

—Supongo que tienen una orden —dijo Lorentzen, adelantándose a Miller.

Miller sacó la orden de su bolsillo y se la pasó deslizándola por encima de la mesa.

Lorentzen leyó la orden y levantó la vista.

—No hay problema —dijo—. Denme un momento.

Lorentzen cogió el teléfono y llamó a Registros y Archivos, cruzó unas palabras con alguien, le dio el nombre de McCullough, la fecha aproximada de apertura de la cuenta, y pidió que le entregaran todos los archivos o documentos relacionados con la cuenta de McCullough en el despacho de seguridad.

Lorentzen colgó.

—Bueno, ¿hay algo que me puedan decir del asunto?

—Desgraciadamente no —respondió Roth—. Es una investigación abierta.

—¿Algo relacionado con algún fraude?

—No lo creo, señor Lorentzen —respondió Miller—. Simplemente estamos intentando recopilar información sobre el paradero de una persona en particular.

—¿Y parece que esa persona, este tal Michael McCullough, abrió una cuenta aquí hace unos años?

—Eso parece, sí.

Sonó el teléfono.

—Disculpen —dijo.

Descolgó, escuchó un momento, respondió a la persona al otro lado de la línea y le dio instrucciones de que fuera para allá. Al poco rato llamaron a la puerta, Lorentzen la abrió y cogió un dossier de manos de alguien; luego cerró la puerta.

Se acercó a Miller y Roth sonriendo. Era un tipo eficiente. Era el subdirector de seguridad del banco, y en unos minutos había demostrado su capacidad para administrar el sistema, colaborar con la policía y encontrar lo que andaban buscando. El Washington American Trust hacía lo que prometía.

Lorentzen se sentó y abrió la fina carpeta marrón. Hojeó unos papeles y luego levantó la vista.

—La cuenta se abrió a nombre de Michael Richard McCullough el viernes 11 de abril de 2003. El señor McCullough se presentó en el banco como nuevo cliente aquella mañana, y le atendió la vicegerente de nuevas cuentas, Keith Beck. Desgraciadamente Keith ya no trabaja con nosotros.

Roth sacó un cuaderno del bolsillo interior de la chaqueta. Escribió «11 de abril de 2003» y «Keith Beck, vicegerente cuentas nuevas, Wash Am Trust».

—El señor McCullough hizo un ingreso de apertura de cincuenta dólares. Es el ingreso mínimo exigido para abrir una cuenta.

—¿Efectivo o talón? —preguntó Roth.

—Efectivo, desgraciadamente —respondió Lorentzen.

—¿Y la identificación que presentó? —preguntó Miller.

—Su carné del departamento de policía, su tarjeta de la seguridad social y una factura de la compañía telefónica para confirmar su dirección, en Corcoran Street.

Miller miró a Roth.

—A tres manzanas de mi casa —dijo, y se volvió hacia Lorentzen—. Vamos a necesitar copias de todos esos documentos.

—Desgraciadamente eso llevará un tiempo. Una vez abierta la cuenta devolvemos los originales al titular. Tenemos copias, pero se escanean en un ordenador y se archivan en nuestra Unidad Central de Seguridad.

—¿Y dónde está?

—Aquí, en Washington —respondió Lorentzen—, pero...

—Es un caso prioritario —dijo Miller—. Necesitaríamos toda la ayuda que nos pueda dar.

Roth echó el cuerpo hacia delante:

—Esto podría contribuir a la resolución de una investigación tremendamente importante, señor Lorentzen. Necesitamos copias de esos documentos cuanto antes.

Lorentzen lo entendió. No era un tipo complicado, sino uno de esos empleados tan poco frecuentes que consideran que su trabajo consiste en ayudar, no en poner trabas con explicaciones o normas administrativas y protocolos burocráticos.

—¿Les importa esperar aquí?

—No hay problema —respondió Miller.

—Haré lo que pueda, ¿de acuerdo?

—Es todo lo que le pedimos.

Lorentzen salió del despacho y cerró la puerta tras él. Miller miró su reloj: eran las tres y diez.

El 20 de julio de 1981 aterrizamos en Managua. No salimos de allí hasta diciembre de 1984. El electorado nicaragüense quería que los sandinistas volvieran al poder. Querían que los contras, con todo su apoyo y financiación yanqui, no fueran más que un elemento más de su tensa y enrevesada historia.

Todo empezó con Anastasio Somoza padre, en 1936. Asumió la presidencia de Nicaragua. Estados Unidos le ayudó todo lo que pudo. Con la guardia nacional como brazo ejecutor, Somoza impuso un trato brutal al país. Toleró y perdonó violaciones, torturas y asesinatos entre el populacho. Masacró a miles de campesinos; robó, extorsionó, traficó con drogas y aterrizó a cualquiera que considerara que se le oponía. Sus clanes somocistas se adueñaron del territorio y de las empresas. Nicaragua era su reino hasta que el revolucionario Partido Sandinista derrotó a la guardia nacional y a los clanes somocistas.

Los sandinistas intentaron poner freno a la debacle. Instauraron un gobierno para el pueblo. Reforma del territorio, justicia social, redistribución de la riqueza. Pero nosotros, los poderosos americanos, no queríamos que el pueblo de Nicaragua fuera dueño de su país, del mismo modo que nos habíamos opuesto a un plan similar de autogobierno en Chile. Empezando por Carter, que firmó la autorización para financiar la oposición a los sandinistas. La CIA publicó propaganda antigubernamental en el periódico La Prensa. Las emisoras pirata de Honduras y Costa Rica le decían a la gente de Nicaragua que su gobierno no era más que una marioneta atea en manos de los marxistas rusos, empeñados en destruir la Iglesia católica y todo lo que era importante para los nicaragüenses. Colocamos una organización en primera línea: el Instituto Americano para el Desarrollo del Sindicalismo Libre. Ahí es donde acabé yo. ¿Y qué hacíamos? Identificábamos a individuos destacados de los programas sanitarios y de alfabetización del gobierno sandinista, y luego los matábamos. Cuando Reagan subió al poder, en enero de 1981, afirmó categóricamente que la situación en Nicaragua era simplemente de invasión por parte de las fuerzas marxistas sandinistas. Dijo que deploraba lo que estaba ocurriendo allí. Aparentemente lo deploraba tanto que expandió la guerra de guerrillas y las campañas de sabotaje de la CIA. En noviembre, diez meses después de jurar el cargo, autorizó un gasto de diecinueve millones de dólares de los contribuyentes para colaborar con Argentina en el entrenamiento de una fuerza de guerrilla en Honduras. ¿Y quiénes constituían la piedra de toque de esa fuerza? Los exmiembros de la guardia nacional de Anastasio Somoza y, junto a ellos, conocidos

criminales de guerra y mercenarios estadounidenses. Incluso se rumoreó que entre los concentrados en Honduras, preparados para enfrentarse a los sandinistas, había soldados sentenciados en tribunales de guerra, elementos descartados de las Fuerzas Especiales y miembros de la Delta Force.

En otoño de 1983 había allí entre doce mil y dieciséis mil soldados. Se hacían llamar la Fuerza Democrática Nicaragüense, pero acabaron siendo conocidos como la Contra, y se ocultaban por las fronteras hondureña y costarricense, atacando repetidamente en campañas relámpago contra pueblos y destacamentos sandinistas conocidos. La CIA no se hacía ilusiones. Sabía que los contras nunca derrocarían a los sandinistas. No era aquella su intención. Simplemente querían frenar la máquina, entorpecer y detener el progreso de cualquier proyecto de desarrollo sandinista: económico, sanitario, educativo y político. Volaban puentes, centrales eléctricas y colegios. Quemaban cosechas, sitiaban hospitales. Destruían granjas, clínicas, silos, industrias, sistemas de irrigación. Un grupo de estadounidenses preocupados que se hacían llamar Testigos para la Paz recopiló información sobre las atrocidades de los contras en un año: violación de niñas, tortura de hombres y mujeres, mutilación de niños, decapitaciones, desmembramientos, extracción de ojos y lenguas, castraciones, bayonetazos a mujeres embarazadas en el vientre, amputaciones de genitales, rotura de dedos, vertido de ácidos en la cara, ejecuciones sumarias, crucifixiones, gente a la que arrancaban la piel, a la que enterraban en vida o a la que prendían fuego.

Reagan llamó a esa gente «luchadores por la libertad». Les atribuía «la altura moral de los padres fundadores de la patria».

El comité del Senado aprobó la enmienda Boland, con la que se prohibía «el uso de tácticas con el objetivo de derrocar al gobierno de Nicaragua». La CIA le dio otros veintitrés millones de dólares a la Contra y nosotros aumentamos nuestra actividad.

Minaron los puertos nicaragüenses con minas C4 de ciento cincuenta kilos. Se destruyeron embarcaciones arbitrariamente, algunas de ellas francesas y británicas. Hubo marineros muertos y heridos. La industria pesquera nicaragüense sufrió pérdidas de millones de dólares por el retraso y el sabotaje de sus exportaciones de gambas.

En abril de 1984 el Tribunal Internacional declaró ilegales las acciones estadounidenses.

El gobierno de Arabia Saudí acordó en secreto con la CIA la financiación de la Contra a un ritmo de un millón de dólares al mes. El dinero se mandaba a través de una cuenta bancaria en las islas Caimán, de allí a una cuenta suiza, y de allí a los contras. Las cuentas estaban a nombre del teniente coronel Oliver North, asistente del subalmirante John Poindexter, asesor de seguridad nacional de Reagan. Pasarían casi tres años antes de que el mundo se enterara de lo sucedido, y aun así la información fue muy superficial.

También llegó dinero de Israel, Corea del Sur y Taiwán. La guerra de Reagan en Nicaragua acumulaba catorce mil muertos. Los niños fallecidos eran más de tres mil, y otros seis mil habían quedado huérfanos. En noviembre de 1984 el gobierno nicaragüense declaró oficialmente que los contras habían asesinado a novecientos diez funcionarios del Estado. Los mercenarios pagados por la CIA habían atacado un centenar de poblaciones y habían obligado a desplazarse a ciento cincuenta mil inocentes.

En octubre de 1984, dos meses antes de que yo me fuera, Associated Press reveló la existencia de un manual de entrenamiento de noventa páginas titulado «Operaciones psicológicas en la guerra de guerrillas». El Comité de Inteligencia del Congreso reconoció que era un manual elaborado por la CIA para la Contra. Yo puedo garantizar que el manual existía. Los capítulos sobre asesinatos y la actividad de los francotiradores los escribí yo.

En el Congreso, le preguntaron a Reagan: «¿Acaso no es esto nuestra propia versión de terrorismo financiado por el Estado?». El Congreso cortó todas las subvenciones. Los saudíes aumentaron su participación con dos millones de dólares al mes. El acuerdo salió a la luz. Reagan tuvo que aparecer en televisión. Había sido actor. Mintió como un profesional.

Esquivó la prohibición de financiar la actividad militar dándole a la Contra trece millones en ayudas a su sistema de inteligencia y veintisiete millones en ayudas humanitarias. Dos años después de mi salida de Nicaragua, solo dos años después, el Congreso dio un paso más y autorizó un gasto de cien millones de dólares para la Contra.

En último término fue la aniquilación económica de Nicaragua lo que hizo que los sandinistas perdieran las elecciones. En un país en el que los ingresos medios anuales habían caído hasta los doscientos dólares al año, Estados Unidos se dedicó a dar cuarenta dólares a todo el que votara al candidato que ellos respaldaban, Violeta Chamorro. El nuevo candidato a la presidencia estadounidense, George Bush, llamó al resultado electoral «una victoria de la democracia».

Aún es vigente la condena del Tribunal Internacional de Justicia de La Haya por el «uso ilegítimo de la fuerza» desplegado en Nicaragua.

Hace un tiempo leí un informe de un analista del Pentágono. Afirmaba categóricamente y sin reservas que la política de Estados Unidos en Nicaragua era un modelo de intervención exitosa en la política del Tercer Mundo. Dijo: «Va a ir directa a los libros de texto».

Yo sé lo que hicimos allí. Sé exactamente lo que hicimos. Lo viví. Aquello fue mi vida durante tres años y medio. Catherine era mi contacto. Ella me comunicaba las órdenes. Pasaba las instrucciones y apretaba los botones. No solo lo hacía conmigo; también con otros. ¿Y cuántos éramos? Al final perdí la cuenta. Decenas, quizá centenares. Íbamos apareciendo de uno en uno, de dos en dos o de tres en tres. Daba la impresión de que nos multiplicábamos como bacterias, como un virus invisible, y

nos íbamos volviendo cada vez más virulentos y destructivos. Lo que hacíamos resultaba adictivo. Acabábamos haciendo más de lo necesario. Al cabo de un tiempo dejó de ser un trabajo y se convirtió en una vocación, en una motivación.

Fuimos a Nicaragua, a Afganistán, a Tánger, a Colombia... Fuimos a aquellos lugares con el corazón y la mente en su sitio, y nos convertimos en algo que nunca imaginamos que podríamos ser.

Como he dicho antes, viajábamos a esos lugares en un momento, casi sin enterarnos, pero el regreso parece no acabar nunca. Quizás, en eso, acabé pareciéndome mucho a mi padre.

A las cuatro menos ocho minutos Lorentzen volvió. Tenía un puñado de papeles en la mano, y una expresión decidida pero tranquila en la cara.

—He movido montañas —dijo, cuando volvió a sentarse. Puso el montón de papeles en la mesa, frente a él, y luego fue cogiéndolos uno por uno y pasándoselos a Miller.

—La copia del carné del departamento de policía del señor McCullough, su tarjeta de la seguridad social y una copia de la factura de teléfono que usó para confirmar su dirección. También tengo una copia del impreso original que rellenó para abrir la cuenta.

Miller ojeó los papeles y se los fue pasando a Roth.

—Señor Lorentzen, estoy en deuda con usted —dijo—. Ha hecho un trabajo excelente. El departamento de policía le queda muy agradecido.

Lorentzen estaba contento de haber solucionado el problema.

Unos minutos más tarde les estaba expresando a Miller y a Roth sus mejores deseos para la investigación, de pie, junto a una de las lunas de la fachada del banco, y se los quedó mirando mientras desaparecían por la esquina. Se quedó allí un momento más, luego dio media vuelta y se fue por donde había venido.

Veinticinco minutos más tarde, en plena hora punta de media tarde, Al Roth y Robert Miller estaban en la acera, frente a un vetusto bloque de pisos en Corcoran Street. Llevaban diez minutos caminando por ambos lados de la calle. Roth había comprobado la numeración de los edificios dos veces. No había duda. La dirección que había dado McCullough al Washington American Trust, confirmada por una factura de la telefónica AT&T, no era más que un edificio en estado ruinoso aparentemente deshabitado desde hacía años.

Miller se quedó allí un rato, con las manos en los bolsillos y una combinación de incredulidad y resignación en el rostro. Daba la impresión de que una irrefrenable sensación de inevitabilidad impregnaba todo lo relacionado con el caso. Nombres que no coincidían con números de la seguridad social. Pensiones no pagadas a sargentos de policía desaparecidos con direcciones ficticias. Fotos bajo la alfombra, recortes de periódico bajo el colchón... Todo ello inconexo, y sin embargo todo parecía formar parte de lo mismo.

—Volvamos a comisaría —propuso Roth—. Tenemos que comprobar su número de la seguridad social y ver si AT&T ha tenido alguna vez un cliente llamado Michael McCullough.

Miller no respondió.

Les llevó media hora más regresar al Distrito Dos. Para cuando llegaron, eran las cinco y cuarto. Roth bajó a la sala de ordenadores, en el sótano, mientras Miller subía a ver a Lassiter. Lassiter se había ido, tenía una reunión en el Distrito Ocho. Había dejado el mensaje de que si Miller o Roth aparecían le llamaran al móvil. Miller pensó que aquello podría esperar, al menos hasta que tuvieran algo que contarle.

Fue a ver si habían recibido mensajes. Habló brevemente con Metz, escuchó sus exabruptos por la cantidad de gente que les hacía perder el tiempo con sus llamadas. Todo aquello resultaba decepcionante.

—Siempre es así —le dijo Metz—. Las pistas que parecen más prometedoras son las que más nos hacen perder el tiempo; es como si el objetivo de la llamada fuera precisamente ese. Joder, tío, esto es de lo más frustrante.

Miller dejó a Metz en el pasillo de la planta baja y volvió a su despacho. Roth ya había vuelto.

—Adivina...

Miller sonrió y levantó las cejas.

—El número de la seguridad social no existe.

—No, el número existe. Y corresponde a un tal Michael McCullough, pero el Michael McCullough en cuestión murió en 1981.

—¿Qué?

—Pues sí. 1981. Nuestro sargento McCullough, que prestó dieciséis años de leal servicio y se jubiló del Departamento de Policía de Washington en 2003, en realidad lleva muerto casi veinticinco años.

—No —replicó Miller, dejándose caer sobre la silla a plomo—. No me jodas. ¿Qué narices está pasando aquí? ¿Es que no hay nada que nos lleve a una persona real?

Roth meneó la cabeza.

—También he llamado a AT&T. Dicen que en su sistema no consta esa dirección, y que sí han tenido un cliente llamado Michael McCullough, pero que causó baja en 1981.

—No me digas. Porque murió, ¿verdad?

—Solo puedo suponer que es la misma persona.

—Por Dios... ¿Y qué nos queda?

—Nada —constató Roth—. En esencia no tenemos nada, Robert. Lo cierto es que todas las pistas acaban en seco. La persona no existe. La dirección es falsa. La factura de teléfono la crearon para abrir una cuenta destinada a recibir una pensión que no llegó. Nada de esto tiene sentido, porque no está hecho para que tenga sentido, y si no puede tener sentido es porque alguien ha querido que no lo tenga. ¿Entiendes lo que te digo?

Miller asintió. Respiró hondo y cerró los ojos. Se masajeó las sienes con la punta de los dedos.

—Así que hemos vuelto a la casilla de salida —dijo—. Al mismo punto de partida.

—A menos que saquemos algo de esa foto que tenemos... A menos que alguien identifique a ese tipo y que efectivamente tenga algo que ver con Catherine Sheridan..., o que nos pueda decir algo que abra alguna otra línea de investigación.

—Ya basta —decidió Miller—. He tenido bastante por hoy. Lo dejo, me voy a descansar. ¿Les puedes decir a Metz y a los demás que si llega algo nos llamen a uno de los dos?

—Claro. ¿Quieres que me quede?

—Vete a casa. Tal como van las cosas, no creo que tengamos mucho tiempo para estar en casa. Si Lassiter se entera de que nos hemos ido, nos volverá a llamar.

—Iré a ver a Metz antes de irme —dijo Roth.

Miller se quedó allí sentado casi media hora, con la cabeza entre las manos, y luego se puso en pie, con la fatiga presionándole como un peso muerto sobre los hombros, salió del edificio y se dirigió al coche. No sabía qué hacer. No quería pensarlo. El día ya había sido lo suficientemente largo.

Para cuando llegó a Church Street, ya le costaba mantener los ojos abiertos.

Harriet le llamó en el momento en que subía la escalera.

—Llevo toda la noche despierto —le dijo Miller—. Estoy muy cansado, cansadísimo.

—Pues vete a dormir —dijo ella—. Vete a dormir, y cuando te levantes baja aquí, come algo y me cuentas qué es de tu vida, ¿de acuerdo?

Miller sonrió, alargó el brazo y le cogió la mano.

—Vete a dormir —dijo ella—. Yo te prepararé algo de comer.

Una vez arriba, Miller se quitó el abrigo y se dejó caer sobre una silla del salón. No se preguntó adónde iba la investigación. El mal presagio que tenía era algo en lo que intentaba no pensar. No se cuestionó su responsabilidad en la muerte de Natasha Joyce. No se preguntó si su vida estaría en peligro. Intentó no imaginarse el rostro de Marilyn Hemmings, la breve conversación personal que habían tenido. No pensó en Jennifer Ann Irving, en el aspecto que tenía su cuerpo cuando la encontraron. Como si algo la hubiera aplastado y la hubiera matado. La investigación de Asuntos Internos, los interrogatorios interminables, las respuestas no aceptadas, las noches sin dormir, los artículos en el periódico, las presuposiciones, las acusaciones...

La sensación de que la vida se le había cerrado, y que luego se había vuelto a abrir, poniéndole delante algo lo suficientemente grande como para acabar con él.

Se había estado engañando. El caso Irving, la muerte de Brandon Thomas... Todo eso no era nada en comparación con lo que pasaba ahora.

Eran las seis y diecinueve minutos de la tarde del miércoles 15 de noviembre. Catherine Sheridan llevaba muerta cuatro días, Natasha Joyce poco más de veintiséis

horas.

El teléfono móvil le despertaría a las ocho y cuarto, y Al Roth estaría al otro lado de la línea, y le diría algo que le dejaría sin respiración. Solo un momento, nada más, pero le dejaría sin respiración.

Dos horas de calma antes de la tormenta. Por un momento, aunque fuera, el mundo se detuvo para Robert Miller y, aunque solo fuera por eso, dio gracias.

Mi primer asesinato no fue significativo. Desde luego, no tan significativo como yo pensaba en principio. Para nada.

Mi primer asesinato fue un hombre con un traje beige. Tuvo lugar el 29 de septiembre —un día de calor, más de treinta grados— y aquel hombre bajito vestido con un traje beige presentaba oscuras manchas de sudor en las axilas. Sudaba tanto que el sudor le atravesaba la camisa, la chaqueta, y su olor llegaba hasta el último rincón de la oficina en la que trabajaba. Lo único que sabía yo era que estaba relacionado con la Alianza, y que tenía algo que no debía tener, o que sabía algo que no debía saber, o que planeaba decir algo a alguien que no debía decir. En realidad no importaba.

Managua era una pesadilla incomparable. Había numerosas casas y habitaciones de hotel seguras por toda la ciudad, y todas iban cambiando con frecuencia. Se usaban quizás una o dos veces, y todo se pagaba en efectivo. Yo no hablaba español, pero Catherine sí. Los nombres de los lugares los adaptábamos libremente al slang de Estados Unidos. Batahola Norte y Batahola Sur se convirtieron en North Butthole y South Butthole, respectivamente. Reparto Jardines de Managua se convirtió sencillamente en Gardens, el barrio El Cortijo se convirtió en The Farmhouse, el barrio Loma Verde era Green Hillock, y lo mismo con los nombres de las calles: pista las Brisas, pista Héroes y Mártires o paseo Salvador Allende se convirtieron en Breezes, Martyrs y Salvador. Así eran más fáciles de recordar, y servía para confundir a los que no hablaban inglés.

Aparte de Catherine, que era mi enlace, tenía un director de sección. Se llamaba Lewis Cotten. Treinta y pico años, de una familia que llevaba dos o tres generaciones sirviendo en la OSS, la precursora de la CIA. No conocí a nadie que se supiera más la historia de la compañía que él.

—Bill Casey tiene planeado volver a instaurar el imperio comunista él solito —dijo, y soltó una risa rasposa—. Sabes que fue de la OSS, ¿verdad? ¿Y presidente de la SEC? El tipo es un hijo de puta cabezadura, pero es un engorro. Mi padre solía jugar a golf con él. Decía que nunca había conocido a nadie con tanta determinación como él en toda su vida.

Lewis Cotten y yo establecimos una curiosa relación. Él sabía para qué estaba yo allí. Yo era el típico instrumento romo y contundente. Más tarde supe que a Cotten todo este juego no le resultaba extraño. Aunque acabaría supervisando y dirigiendo el asesinato del ministro de Asuntos Exteriores nicaragüense Miguel d'Escoto en

1983, y más tarde, en 1984, el de nueve comandantes de la junta de gobierno sandinista, Lewis Cotten había participado directamente en atentados, unos fallidos y otros no, contra el jefe de los servicios de inteligencia panameños, el general Manuel Noriega; contra Mobutu Sese Seko, presidente de Zaire; contra el primer ministro de Jamaica, Michael Manley; contra Gadafi, Jomeini y el general Ahmed Dlimi, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas marroquíes. En 1985, después de que yo me fuera de Nicaragua para siempre, tuvo que ver con la muerte de ochenta personas al participar en el intento de asesinato del jeque Mohammed Hussein Fadlallah, líder chiita libanés.

Cotten parecía vivir únicamente para ver morir a la gente. Era su objetivo, su motivación, y a veces, cuando nos reuníamos para la asignación de una nueva misión, me cogía del hombro, sonreía y me decía:

—¿Qué? ¿Quieres saber qué capullo incauto va a ir hoy a la horca?

Esa era la expresión que usaba —«ir a la horca»—. Y aunque nosotros nunca colgamos a nadie, aunque el medio usado para acabar con nuestras víctimas solía ser una pistola de mano o un rifle de largo alcance, la expresión nunca cambió. Entre septiembre de 1981 y diciembre de 1984 —los tres años en que Catherine Sheridan y yo vivimos pegados el uno a la otra, tres años en que nos limitábamos a ir pasando días, sin saber si realmente habíamos sobrevivido o si aquel sería el último, tres años en que bebíamos, fumábamos y follábamos como si fuera la última vez—, durante esos tres años, fuimos responsables de la muerte de noventa y tres personas. Lewis Cotten recibía la orden, Catherine organizaba la agenda, yo asistía a las reuniones. Estábamos bien organizados. Me dispararon una vez. Me dieron en el muslo. Teníamos médicos y cirujanos a mano. Estuve de baja apenas tres semanas.

Cuando se me curó la pierna, volví al trabajo.

—Caray —dijo Cotten, cuando volví a la habitación de hotel donde había instalado su despacho, un hotel en un extremo del distrito residencial Linda Vista, al norte de la laguna de Asososca—. ¿Cuánto tarda uno en curarse de una herida de bala superficial? ¿Tienes idea de toda la mierda de la que he tenido que ocuparme las tres semanas que te has pasado tumbado a la bartola? Dios Santo, cualquiera diría que esto es el puto ejército. Date un poquito de brillo, ¿no? Joder, Robey, tienes que ponerte en marcha. Dile a tu novia que venga y hablaremos de todo lo que ha pasado mientras estabas de vacaciones.

Pero aquella conversación tuvo lugar a mediados de 1983, y he pasado por alto lo primero. Un asesinato que debería haber sido significativo, que debería haberme cambiado la vida. Pero no lo hizo. Al menos, a mí no. No fue hasta más tarde, entrada la noche, cuando caí en lo importante que era lo sucedido. Allí, sentado en el alféizar de una habitación de hotel de la avenida Veintiocho, en el lado este del

barrio El Cortijo, The Farmhouse, caí en la cuenta de que lo importante era que había matado a alguien y que no sentía gran cosa.

Tiempo atrás, en Langley, durante aquellas semanas de entrenamiento, habíamos tenido interminables conversaciones sobre los efectos mentales y emocionales, sobre el impacto psicológico que podía tener matar. Eran todo palabras. Daba la impresión de que nos pasábamos la vida hablando. Nos decían que algunas personas, a pesar del entrenamiento y los procedimientos de modificación mental, a pesar de la certeza de estar haciendo lo correcto..., bueno, que algunas personas no lo soportaban. Y luego estaban los que iban hasta el final, que apuntaban, echaban un vistazo al tambor, luego a la mirilla y apretaban el gatillo, y después se quedaban mirando el puntito rojo que aparecía en la frente del objetivo, y asociaban causa con efecto, y comprendían que eran ellos los que habían hecho aquello, los que habían puesto punto y final a una vida humana. Y hasta más tarde no se darían con el muro que es la realidad, y entonces quizá vomitarían, se emborracharían o se echarían a llorar pensando en lo que diría su madre si supiera lo que habían hecho.

Un tipo disparó a un capullo en la cabeza, le atravesó el ojo, y luego se quedó mirando el cadáver, comprendió las implicaciones y las consecuencias de lo que había hecho, dio la vuelta a la pistola y se voló los sesos.

Yo no me ponía tan emocional ni melodramático.

Me senté en un pasillo, junto a un despacho. Esperé pacientemente hasta que el hombrecillo del traje beige se acercó por el pasillo y, cuando me rebasó, me puse en pie, le apunté con la pistola y le disparé en la sien. La cara le explotó y fue a dar contra la pared contraria. El color y la inmediatez me sorprendieron. No sé qué era lo que me esperaba. Me quedé allí unos segundos y miré al hombre, tendido en el suelo. Vi las manchas de sudor en el traje, por debajo de las axilas. La pistola que había usado llevaba silenciador, así que no vino nadie corriendo a ver qué había pasado. No se me aceleró el pulso, no me aumentó la frecuencia cardíaca, y recordé la expresión de Lewis Cotten en el momento en que me pasaba una fotografía del hombre en blanco y negro y me decía:

—Está relacionado con la Alianza. Es todo lo que me han dicho, es todo lo que te puedo decir, y es todo lo que necesitamos saber. Eso, y que tu novia sabe dónde estará mañana, así que tendrás que estar allí y meterle un balazo en la cabeza, ¿de acuerdo?

Cotten sonrió, y luego pronunció las palabras que decía antes de cada trabajo. La sonrisa, el guiño, la mirada cómplice, y luego:

—Ah, y una cosa más, Robey... —Se detuvo un instante, creando una pausa dramática perfecta—. No la cagues, ¿eh?

Así que me quedé allí un minuto o dos, con un cadáver a mis pies y gran parte del contenido de su cabeza incrustado en la pared que tenía delante, y me pregunté si mi vida era aquello, si era eso a lo que me dedicaría, por lo que se me recordaría.

«Hola. Me llamo John Robey. ¿Que qué hago? Oh, bueno, no es gran cosa... Mato a gente para el gobierno, nada más».

Y estábamos convencidos de que hacíamos lo correcto. Catherine y yo. Vivíamos como si no existiéramos, pasando de una habitación de hotel a la siguiente, a un apartamento abandonado al norte del reparto Los Arcos, a un chalé de adobe medio en ruinas en el barrio Dinamarca. Comíamos en restaurantes, veíamos a gente que iba y venía —gente de la Compañía—, sabiendo quién era quién y quién no lo era por cómo vestían, por el lenguaje que usaban, las viejas glorias y los veteranos, los novatos y la carne de cañón.

—¡Salimos del anfíbio, cruzamos la playa, y a la línea de fuego! —solía decir Cotten, y entonces ponía esa sonrisa de pirado, y yo me maravillaba ante la locura del mundo, y luego miraba las fotos de las siguientes víctimas.

Tardé un año en descubrir lo que sucedía allí. Tardé un año en enterarme de lo que era la Alianza, y para entonces empecé a entender que lo de Nicaragua no tenía nada que ver con el comunismo. Lo de Nicaragua era otra cosa completamente diferente. Para cuando entendimos lo que significaba, ya era demasiado tarde para volver a casa. Nos habíamos convertido en lo que Lawrence Matthews, Don Carvalho y Dennis Powers querían que fuéramos desde un principio. Tal como le gustaba decir a Matthews, éramos el «monstruo sagrado». Catherine era el cerebro. Yo era el instrumento romo y contundente. Quizás el más romo y contundente que tuvieron nunca. Pero tenía un borde. Me di cuenta al cabo de un tiempo. Y daba la impresión de que todo lo que hacía, cada misión que llevaba a cabo, iba afilando ese borde. Aun así, del mismo modo que nunca les había preocupado lo que hubiera podido ser antes de pertenecerles, tampoco se cuestionaron en qué me había convertido.

Fue la muerte de un abogado, un hombre llamado Francisco Sotelo, en otoño de 1984, lo que hizo que el montaje empezara a venirse abajo. Por muy profético que fuera todo lo que me dijo, aunque entendía que era cierto, y pese a la naturaleza de sus circunstancias personales, eso no impidió que lo matara. Luego, más tarde, por la noche, y durante muchas de las noches que vendrían después, en las que empecé a entender el verdadero significado de lo que habíamos hecho, le conté a Catherine lo que podría ocurrir y nos dimos cuenta de lo bien que nos habían programado.

Entonces aquello se convirtió en algo personal, y si antes había sido capaz de dejar los muertos allá donde caían, a partir de aquella noche empezaron a seguirme hasta casa.

La noticia le cayó como un jarro de agua fría. El sonido del teléfono despertó a Miller de golpe. Con la boca pastosa, dijo su nombre y entonces oyó la voz de Roth, y Roth dijo algo que no entendió. Miller —que seguía vestido— se sentó en la cama, respiró hondo e intentó concentrarse en algo al otro lado de la habitación.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—Que tengo una identificación —repitió Roth—. Una identificación muy exacta, muy real. Alguien le ha puesto nombre a nuestro chico.

—¿Qué?

—Ahora mismo estamos intentando conseguir más datos —dijo Roth—. Me ha llamado Metz. Estoy en comisaría. Lassiter viene de camino. Ven aquí, por Dios.

—¿Qué hora es?

—Las ocho y cuarto.

—Voy para allá —dijo Miller, y antes de que la última palabra saliera de sus labios ya se había cortado la comunicación.

Intentó ponerse en pie. La cabeza se le llenó de sangre. Respiró hondo unas cuantas veces y sintió que se mareaba, trató de ponerse en pie otra vez y se quedó un rato inmóvil, recuperando el equilibrio. La sensación era como de resaca. O quizá no. Hacía tanto tiempo que no tenía una que no se acordaba de cómo era. Se sentía como el día del funeral de su madre. Todo era vago, irreal, todo se le movía de un modo raro ante los ojos. Agarrándose al borde de la mesa, cruzó la habitación hacia el baño. Se echó agua fría en la cara, fue al váter. Se lavó las manos, se peinó con ellas, cogió la chaqueta, colgada de la silla junto a la puerta, y bajó corriendo la escalera hasta llegar al café. Le dijo a Harriet que lo sentía, que tenía que irse, no tenía opción, algo importante...

Ella refunfuñó y frunció el ceño. No dijo nada y le despidió con un movimiento de la mano.

Miller buscó las llaves del coche en todos los bolsillos, pero tuvo que volver a buscarlas. Sacó el coche a la calle y se dirigió al Distrito Dos. Encontró todos los semáforos en verde. Parecía que estaba escrito que tenía que llegar enseguida. Como si por una vez alguien estuviera de su parte.

Llegó a comisaría a las ocho y cuarenta y ocho. Preguntó al sargento de la entrada si había aparecido Lassiter, y este le dijo que no. Subió la escalera a la carrera y encontró a Roth, Metz, Riehl y Feshbach en el despacho.

—Una cafetería —dijo Metz—. En L Street esquina con Massachusetts. Uno de los agentes de patrulla entró y se puso a hablar con la empleada. Le enseñó la foto. Ella dijo que conocía al tipo. Que es cliente habitual. Dos o tres veces por semana. A veces pide café para llevar, otras se queda y toma un bocadillo. Generalmente a la hora del almuerzo, a veces pronto, como si fuera de camino al trabajo. No sabe su apellido, pero dice que se llama John. De eso estaba muy segura...

—Y muy segura de su aspecto —añadió Roth. Parecía agitado, se levantó de la mesa en la que estaba sentado—. Estaba segura de que es nuestro hombre, Robert. Miró todas las fotos. Dice que lleva el pelo más largo por atrás, gris por los lados, como peinado hacia atrás. Que los ojos son inconfundibles. Estaba absolutamente segura...

—Entonces, ¿tenemos a alguien en la cafetería?

—Dos coches de incógnito —dijo Metz—. Uno delante y otro detrás. Tenemos el lugar vigilado.

Miller se acercó a la ventana y se quedó allí un momento, con las manos en las caderas.

—¿Qué fotografía dijo la camarera que se le parecía más?

—La cuarta de la secuencia —respondió Roth—. Con pelo en toda la cabeza, bien afeitado. ¿Sabes cuál es?

—Sí —dijo Miller, mirando por la ventana.

—¿Robert?

Miller se volvió hacia Roth. Tenía el corazón desbocado. Estaba nervioso, casi asustado: aquello podía serlo todo, o no ser nada. No había nada que fuera comparable a eso.

—¿Qué pasa? —dijo Roth.

—Quiero ir allí —dijo Miller—. Quiero ver a esa camarera.

Era como si las calles estuvieran vacías. Fueron sin parar desde New York y la Quinta, pasando por la biblioteca Carnegie y Massachusetts, hasta L Street. Roth iba al volante. Miller se volvió en dirección a la biblioteca y recordó las horas del último día de Catherine Sheridan, de las que no sabían nada. Aún le costaba creer que solo hubieran pasado cuatro días. Se preguntó qué sería de Chloe Joyce. Una niña de nueve años que había tenido poco en la vida, y que ahora no tendría nada. Atención a la Infancia se ocuparía de ella. Estaría en algún sitio con otros niños a los que la vida se les había quebrado en seco...

—Es por aquí —dijo Roth, interrumpiendo los pensamientos de Miller.

Un rótulo de neón brillante: LAVAZZA. Unas cálidas luces amarillas que daban al local un aire acogedor, amistoso. En el toldo se leía: DONOVAN'S.

—¿Cuál es el coche de incógnito? —preguntó Miller.

—Al otro lado de la calle. ¿Ves la tienda de deportes?

Miller vio la berlina aparcada unos metros más atrás.

—Voy a entrar —dijo Miller—. Tomaré una taza de café, hablaré con la camarera.

La cafetería era tan cálida por dentro como parecía desde fuera. Había un puñado de clientes habituales al final de la barra. Cuatro tipos, todos ellos de cincuenta y muchos y sesenta y pocos años. No levantaron la vista cuando entraron Miller y Roth, pero cuando Miller se sentó y pidió café, cuando la camarera llegó con la jarra, les sonrió a ambos y les preguntó si querían comer algo, uno de los tipos de la barra le hizo un gesto a Miller y dijo:

—Vienen por lo mismo que los otros, ¿verdad?

Miller sonrió. Era la segunda vez en pocos días que alguien lo identificaba como policía.

—Deberíamos llevar un cartel —dijo Miller—. ¿Tan evidente resulta?

—Por cómo se mueven, lo mismo daría que llevaran uniforme —dijo el tipo. Se rio, y los otros se rieron con él.

La camarera —AUDREY, según su broche identificador— les sirvió café. Volvió a dejar la jarra en su sitio y regresó a la parte de la barra donde estaban ellos. Miller supuso que tendría poco más de cuarenta años. Parecía cansada, pero no derrotada. Quizá fuera la dueña. A lo mejor allí tenía algo más que un empleo mal pagado.

—No les hagan caso —dijo ella—. Esos tipos están ahí porque sus mujeres no los soportan en casa.

—No me molestan los tipos así —dijo Miller, que volvió a mirar al otro extremo de la barra; los hombres volvían a charlar entre ellos—. De modo que tú eres Audrey.

—Lo llevo escrito en el broche por si se me olvida.

—Yo soy el inspector Miller... Robert Miller.

—Robert. No Bob, ¿verdad?

—No. ¿Por qué? ¿Le dicen algo los nombres?

—La gente —dijo Audrey—. Me fijo en la gente, pero es sorprendente lo mucho que puede influir un nombre en la personalidad de la gente. Como vuestro hombre, por ejemplo. Ni de coña se llama John.

Miller negó con la cabeza.

—No lo entiendo.

—No es difícil —dijo Audrey, encogiéndose de hombros—. John es el nombre que da, pero no el que le pusieron.

—¿Está segura?

—No, no estoy segura, pero algunas personas transmiten sensaciones. John es nombre de alguien normal. De un tipo que trabaja duro, ya sabéis. Pero ¿este? ¿El de las fotos que me enseñó el otro agente? —Audrey meneó la cabeza pensativa—. No es un tipo como cualquier otro... Puede que a la mayoría se lo parezca, pero yo les digo que ese hombre ha visto y ha hecho cosas. ¿Me entienden?

Roth se echó hacia delante.

—¿Nos está diciendo que eso lo percibe?

Audrey se rio de pronto, sonoramente. La cara se le llenó de líneas, como una bolsa de papel. Las arrugas en la comisura de los ojos, los dientes de fumadora, algo amarillentos, las pestañas, pegadas con máscara en grupos de tres o cuatro..., esas cosas denotaban su edad.

—¿Cómo si fuera una mentalista? No, qué va. —Eché un vistazo al grupo de hombres al final de la barra—. Si fuera así, esos cabrones me quemarían por bruja. No, no tengo poderes. Simplemente observo, y veo lo que veo. Llevo aquí más de quince años —dijo, mirando hacia la puerta del local—. Donovan era mi marido. Murió hace trece años y me dejó esto. Veo entrar y salir tanta gente que no podría llevar la cuenta. Estoy acostumbrada a hablar con las personas, ¿saben? —Miró a Miller—. Usted es poli. Los polis hacen lo mismo. Hablan con la gente, observan, escuchan, ven lo que ven y se imaginan lo que no. No es tan difícil leer a la gente.

Miller sabía de lo que estaba hablando.

—De modo que lo único que digo es que hay gente que te transmite sensaciones. Acabas sabiendo quién necesita compañía. No importa lo que sean, aquí viene gente de todo tipo que abre sus heridas al mundo. Y luego están los otros. Hay tipos que son como un trozo de metal: aunque te pases horas con ellos, no les sacarás más de una docena de palabras. Este John dice lo que cree que esperas que diga, eso es todo. Bueno, podría equivocarme con él, pero no lo creo. A mí me parece que lleva un peso sobre los hombros. Es todo lo que puedo decirles.

—¿Y no hay duda de que el hombre del que está hablando sea el mismo que el de las fotos que le enseñaron?

—Eso fue una galería de variaciones sobre el mismo tema —dijo Audrey—. Una foto con diferentes peinados y demás. Pero una de ellas se acerca bastante al aspecto que tiene ahora. Se le parece. Es de esos tipos que se parecen a un millón de personas más. Entonces te habla, le miras a los ojos y a partir de ese momento te resulta inconfundible.

—¿Le asustó? —preguntó Miller.

—¿Asustarme? No, qué va. Hace falta mucho más que un cliente para asustarme. Audrey soltó otra carcajada, y Miller sonrió.

—Él entra aquí, pide café para llevar, en raras ocasiones pide un bocadillo, se sienta a la barra y se pasa unos minutos leyendo el periódico y charlando de vaguedades, y luego se levanta y se va.

—¿En qué dirección? —preguntó Roth.

—A la izquierda —dijo Audrey—. Hacia la biblioteca y la facultad.

—¿Facultad?

—El Mount Vernon College, al otro lado de la plaza.

—¿Y es de ahí de dónde viene? —preguntó Miller.

—A veces. Viene de ambos lados, a veces de la biblioteca y otras veces de Thomas Circle.

Miller se quedó callado un momento. Dio un sorbo a su café y se quedó pensando.

—Quiero que venga alguien a instalarle un botón bajo la barra.

—¿Un botón?

—Sí, claro. Un botón. Como en los bancos. Lo conectaremos para que pueda activar una alarma silenciosa.

Audrey abrió la boca para decir algo, pero luego vaciló.

—Este tipo no ha estafado al fisco, ¿verdad? Lo buscan por algo un poco más gordo, ¿no?

—Podría ayudarnos con un asunto.

—Y eso quiere decir lo que quiere decir, claro. Es...

Miller sonrió a Audrey, estiró el brazo y le puso una mano encima de las de ella.

—Audrey —dijo—. Lo que haya o no haya hecho en realidad no significa gran cosa a menos que podamos hablar con él. Ahora mismo usted es la única persona en todo Washington que nos ha podido decir algo útil sobre este tipo. Llevamos buscándolo un tiempo, y ahora parece que en un par de días podríamos encontrarlo. Y eso es gracias a usted. Yo no quiero que le pase nada malo, y por supuesto no quiero que este tipo sospeche algo y desaparezca. Podría ser alguien, o podría no ser nadie, pero ahora mismo es lo único que tenemos. Necesito que vengan y que le instalen un botón tras la barra. Lo pagará la policía, y no le estropearemos nada...

—¡No me preocupa que me estropeen algo! —Eché un vistazo al reloj tras la barra. Eran casi las nueve menos cuarto—. Cierro a las diez. Si quieren que venga alguien a hacer bricolaje, más vale que lo llamen enseguida.

Roth sacó el móvil y marcó un número. Bajó del taburete y se acercó a la puerta principal del local.

Audrey se lo quedó mirando y luego observó a Miller.

—¿Y qué es lo que ha hecho este tipo que buscan? —preguntó.

—Como le he dicho, no sabremos lo que ha hecho hasta que hablemos con él.

Audrey esbozó una sonrisa cómplice.

—Esto es un asunto serio, ¿no? —Cogió una taza de detrás del mostrador y se sirvió café—. No envían tres o cuatro inspectores por pasarse un semáforo en rojo.

—Lo siento, Audrey, eso es algo de lo que no puedo hablar con usted.

—Cariño, eso ya lo sé. Yo solo tiro la caña, a ver lo que pesco. Si corre la voz de que por aquí ha pasado un gánster importante, el local se me llenará hasta los topes.

Roth volvió con ellos.

—Vendrá alguien hacia las nueve y cuarto —anunció.

Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la puerta; quería que Miller se separara de la barra para cruzar unas palabras a solas.

—Lassiter ha vuelto; quiere que vayamos a comisaría.

Miller volvió junto a Audrey. Le dio las gracias y le prometió que la instalación no les llevaría más de una hora.

—Esta alarma que me van a poner —dijo—, ¿dónde va a sonar?

—En comisaría, en el Distrito Dos —dijo Miller.

—De modo que si viene, pide café, aprieta el botón, se lleva el café y se marcha, no sé cómo van a tener tiempo de llegar antes de que se vaya.

—Tenemos gente fuera. Ahora mismo hay agentes en la calle. Usted presiona el botón, nosotros recibimos el aviso en comisaría, llamamos a los nuestros y ellos entran en un momento. Estará segura, ¿vale?

—No me preocupa la seguridad —dijo Audrey—. Es solo que, si este tipo es tan importante, he pensado que no querrán que se les escape por un par de minutos.

—No se nos escapará, Audrey —dijo Miller.

Y se dio cuenta de que hacía ocho meses que se les escapaba, de que él mismo lo había metido en la vida de Natasha Joyce y había dejado que la matara. Se le había escapado tanto que había conseguido dejar huérfana a Chloe Joyce.

—Tenemos que irnos —anunció Miller—. Un placer conocerla... A lo mejor me paso a desayunar un día cuando todo esto acabe, ¿vale?

Audrey sonrió y los despidió con la mano.

—Invita la casa, cariño, invita la casa.

Miller se detuvo junto a la puerta y se volvió.

—¿A qué hora abre por la mañana?

—A las seis y media —respondió Audrey—. Yo llego a las seis. Abro a las seis y media.

Miller y Roth se acercaron al coche. La calle estaba tranquila. Una de las farolas, en la esquina, estaba rota y la sombra creaba una mancha oscura, casi amenazante, de mal agüero.

Roth se detuvo junto al coche y volvió a mirar hacia la cafetería.

—¿Crees que tenemos posibilidades?

Miller también miró hacia las intensas luces del local.

—Quizás una —dijo, y abrió la puerta del acompañante.

Me quedé allí de pie, esperando en silencio, en la estrecha oficina de Francisco Sotelo en el paseo Salvador Allende, entre los distritos de Dinamarca y de San Martín. Ya había registrado la habitación en busca de armas; sabía que no solía llevar un arma para protegerse. Quizá Francisco Sotelo pensara que nunca se encontraría en una situación en la que pudiera necesitarla.

No le maté en cuanto entró en la oficina. Ya había levantado la pistola, tenía el dedo en el gatillo, y cuando se volvió hacia mí, cuando me miró como si mi presencia allí fuera algo que esperaba, sonrió con una calidez y una sinceridad que me hicieron detenerme un momento.

—Me gustaría beber algo —dijo, sentándose a su mesa—. Acabo de tener una reunión muy larga. Estoy cansado. Creo que, teniendo en cuenta todo lo que he hecho para ayudar a su gente, es la cortesía mínima que podrían tener conmigo antes de llevar este asunto más lejos.

Habló sin subterfugios, y parecía tan poco afectado por el hecho de que un extraño le estuviera esperando con un arma que despertó mi curiosidad.

—¿Me quiere acompañar? —preguntó.

Yo asentí.

—¿Cómo se llama?

Yo negué con la cabeza. Él sonrió.

—Creo que eso no es justo. Usted sabe mi nombre. De hecho, posiblemente sepa más de mí que la mayoría de mis amigos. Seguro que tiene la dirección de mi domicilio, el nombre de mi esposa y de mi hijo. Es más que probable que haya estudiado mi fotografía muchas veces. Imagino que incluso me habrá observado entrar y salir para asegurarse de que no se equivocaría a la hora de identificarme. Tengo razón, ¿no?

Yo volví a asentir.

—Así que lo mínimo que podría hacer es decirme su nombre. Lo cierto es que imagino que este encuentro concluirá con mi muerte —dijo Sotelo con una sonrisa sarcástica—, así que no importará mucho que sepa su nombre.

—Me llamo John.

—Muy ingenioso —respondió, esbozando una sonrisa.

Es mi nombre de verdad.

—Su nombre de verdad, o el nombre que le han dado.

—¿Sabe quién soy yo? —pregunté.

Sotelo asintió.

—Claro que sé quién es. Es la CIA. Es el tío Dólar, el representante de los todopoderosos Estados Unidos de América. De hecho, yo sé mucho mejor por qué está aquí que usted mismo.

—¿Por qué cree que estoy aquí?

—Tomémonos una copa; hagamos esto algo más civilizado. Siéntese, conversemos un rato. ¿Le parece aceptable?

Me encogí de hombros.

—Supongo que no tendrá ninguna cita urgente..., ¿John?

—No, no la tengo —respondí.

Me gustaba aquel hombre. Su aparente naturalidad, su actitud despreocupada, incluso su aspecto: elegante, con un traje hecho a medida y una camisa blanca impecable.

—Hay una botella de whisky en el cajón de mi mesa —dijo—. ¿Quiere venir a cogerla usted mismo?

Yo negué con la cabeza. Sabía dónde estaba la botella. La había visto antes cuando había registrado el despacho. También sabía que había vasos en el cajón de debajo.

Francisco sacó la botella y los vasos, y los puso sobre la mesa. Yo le observé atentamente mientras servía las copas. Me pasó un vaso. Me senté en una de las altas sillas, con una elaborada estructura de madera tallada y un enrejado de hierro forjado que se levantaba por encima de mi cabeza. La silla de Francisco era igual, y por un momento ninguno de los dos habló, como si ambos estuviéramos esperando algo. Yo crucé las piernas y sostuve la pistola en el regazo, con la boquilla apuntando directamente al pecho de Francisco. Sentía el olor del whisky del vaso que sostenía con la mano izquierda.

—¿Entiende usted a la Alianza? —preguntó Francisco.

—Entiendo lo que necesito entender.

Francisco sonrió.

—¿Sabe lo que dicen los chinos de un hombre callado?

Yo negué con la cabeza.

—Que un hombre callado, o no sabe nada, o sabe tanto que no necesita decir nada en absoluto.

—¿Y es así?

Francisco hizo una breve pausa y luego se echó hacia delante mínimamente.

—¿Puedo preguntarle qué le han contado sobre mí?

Yo levanté el vaso y di un sorbo al whisky.

—No.

—Soy abogado —dijo Francisco Sotelo—. Eso lo sabe, ¿verdad?

No respondí. Francisco estaba alargando su vida todo lo que podía. Tenía razón. Yo no tenía ninguna otra cita. Era media tarde. Oficialmente el complejo de oficinas

estaba cerrado y, por los informes de vigilancia, sabíamos que él a menudo se quedaba trabajando solo hasta tarde. Nunca había recibido visitas.

—Soy abogado, y represento a cualquiera que su gobierno me diga que represente. Tengo información sobre muchas de las operaciones que han llevado a cabo los suyos desde la invasión de Nicaragua. Sé de Rowan International y de la Zapata Corporation. Sé de las plataformas petrolíferas marítimas que sirven de estaciones de escala para los helicópteros que llevan cocaína a Estados Unidos...

—¿Por qué me cuenta esto, Francisco? —dijo yo, apoyando mi vaso en la mesa.

Él hizo una pausa y recorrió el despacho con la mirada. Había algo en su expresión que hacía que pareciera perdido, quizá triste al saber que ahí se acababa su vida.

—En este despacho hay testimonios —dijo en voz baja—. Testimonios firmados de exagentes antidroga estadounidenses que demuestran que los cárteles de los Quintero y los Gallardo son responsables de la entrada en Estados Unidos de toneladas de coca al mes. ¿Sabe quiénes son?

—No.

—Financian la Contra desde Guadalajara, en México. Eso es lo que hacen, John, e introducen cuatro toneladas al mes en su país, y el dinero que sacan se invierte en la guerra que supuestamente están librando ustedes contra los comunistas. —Francisco se rio con amargura—. Esto nunca ha tenido nada que ver con el comunismo, amigo mío. Esta guerra es por otra cosa que no tiene nada que ver. Le diré algo... Con Noriega en Panamá, John Hull en Costa Rica, Félix Rodríguez en El Salvador y Juan Ballesteros en Honduras, todos ellos conocidos por su fidelidad a la CIA y por el apoyo que dan a la Contra, su bello y todopoderoso país consigue el setenta por ciento de la cocaína que consume. La CIA tiene que relacionarse con las mafias allá adonde va. Para conseguir algún tipo de influencia en la zona, tiene que establecer acuerdos con las máximas autoridades del crimen en el lugar. Y esos acuerdos son la base de todas las operaciones encubiertas que su magnífico gobierno ha llevado a cabo. La CIA está en todas partes, en todas partes hay demanda de narcóticos... ¿Cree usted que no van a intercambiar favores en algún momento, John? Claro que sí.

—Yo de eso no sé nada —dije.

—¿No sabe nada, o lo sabe todo y decide no decir nada?

Levanté ligeramente la pistola de modo que la boquilla del silenciador quedara apuntando a la garganta de Francisco.

—No sé nada.

—Lo cual suscita la pregunta... «¿Es que decide no preguntar?».

Le di otro sorbo al whisky. Era un buen escocés, de sabor limpio, y la sensación que me dejaba en la garganta me resultó agradablemente familiar.

—¿Sabía usted que el aeropuerto internacional de Miami es el punto de partida de los aviones de la CIA y del Consejo de Seguridad Nacional que aprovisionan a los

contras en Nicaragua? —preguntó Francisco.

—No, no lo sabía.

—Envían material a Managua y a cambio se llevan cocaína. Los pilotos son delincuentes conocidos. Tienen un notable historial delictivo en su país. Y compran su absolución participando en estas cosas. Sus visados reciben la autorización directa del propio Departamento de Defensa. Tienen credenciales de la CIA, y las usan para evitar los controles de aduanas. Las armas y el material llegan a Nicaragua, y en los mismos aviones se envía la coca; los pilotos entregan la coca, envían el dinero a Panamá y ese dinero se blanquea a través de cuentas abiertas por Manuel Noriega.

Yo no dije nada.

—Sabe quién es Manuel Noriega, ¿no?

—Sí —dije—. Sé quién es.

—Bueno, ha abierto cuentas corrientes a nombre del gobierno estadounidense, y el dinero de la cocaína pasa por esas cuentas y se manda a Costa Rica. Y esas cuentas en Costa Rica... van a nombre de conocidos dirigentes de la Contra. Todo está organizado bajo la bandera de algo denominado Enterprise. Enterprise fue obra de un hombre llamado Oliver North, asistente del asesor de seguridad del presidente de su país. Y Enterprise trabaja con el Pentágono, con la CIA, con el Consejo de Seguridad Nacional... —Francisco Sotelo soltó una risa silenciosa—. El teniente coronel Oliver North, asistente del asesor de seguridad del presidente de Estados Unidos y el almirante John Poindexter son más que conscientes de la existencia de esta organización..., una organización creada para proteger y dar apoyo a los mayores narcotraficantes del mundo.

Francisco se calló un momento y miró hacia la ventana que tenía a su derecha.

—Hace un tiempo leí un informe —dijo—. Lo había escrito un hombre llamado Denis Dayle, exdirector de una unidad ejecutiva de élite de la agencia antidroga, ¿y sabe lo que decía?

—No sé si me interesa, Francisco.

Francisco se rio.

—Claro que sí, John. Son de los suyos. Son sus jefes, sus colegas, sus amigos. Son las personas con las que jugará a golf en algún club exclusivo de Florida cuando se retire de este truculento negocio. —Levantó la mano—. No quiere saberlo, pero se lo voy a decir de todos modos. Dayle decía que en los treinta años que llevaba en la Agencia Nacional Antidroga y otros organismos relacionados, casi siempre había acabado descubriendo que los principales objetivos de sus investigaciones trabajaban para la CIA. Eso es lo que decía. ¿No le impresiona ni le intriga una afirmación de ese calibre en boca de uno de los suyos?

—No, señor Sotelo, no me impresiona. Ni siquiera me interesa vagamente. Lo único que sé es lo que necesito saber. Por algún motivo usted ha disgustado a la gente para la que trabajo, y en un esfuerzo por disuadir a sus amigos de que

disgusten a mis jefes aún más, me han enviado para que entregue un mensaje. El mensajero no necesita saber lo que contiene el paquete, ni quién lo ha enviado, ni por qué se envía. Simplemente tiene que hacerlo llegar. Ese es su trabajo. Un buen mensajero no se hace esas preguntas, simplemente entrega el mensaje.

Francisco Sotelo se agitó en la silla. Vacío el vaso y alargó la mano hacia la botella para volver a llenarlo.

—Ya ha bebido bastante —dije yo.

Abrió aún más los ojos.

—Uno más..., por favor —dijo en voz baja.

Le dejé servirse medio vaso más.

—¿Sabía que la CIA dirige operaciones encubiertas de tráfico de drogas en Birmania, Venezuela, Perú, Laos y México? ¿Sabía que la mayor oficina de la CIA fuera del país está en Ciudad de México? Y lo mismo ocurre con el FBI y la Agencia Nacional Antidroga. ¿Sabía que más del noventa por ciento de las drogas ilegales pasan de México a Estados Unidos? ¿Sabe lo fácil que es pasar de Nicaragua a Honduras y Guatemala, y de ahí a México? Podría preguntarse por qué lo permiten. México tiene una deuda externa de ciento cincuenta mil millones de dólares, en su mayor parte con el Citibank, banco estadounidense. Les cuesta catorce mil millones de dólares al año solo pagar los intereses. ¿Y de dónde sale ese dinero? De sus propios acreedores. Citibank envía millones de dólares a los hermanos Salinas y a los cárteles mexicanos. Ese dinero paga los intereses. Y todos contentos.

—Ya vale —decidí.

—Es la verdad, John. Es la verdad, no lo dude. En cuanto se hizo evidente que se traficaba con drogas de Honduras a Estados Unidos, su gobierno cerró la oficina de la agencia antidroga aquí y trasladó a sus empleados a Guatemala. Las drogas no llegaban vía Guatemala, sino vía Honduras, y el gobierno americano lo sabía. Y en el momento en que alguien empieza a fijarse demasiado en Guatemala, la agencia volverá a trasladarse, muy probablemente a Costa Rica —dijo, y negó con la cabeza—. La sucesión de hechos no deja lugar a dudas, John... En cuanto Estados Unidos se implicó en Nicaragua, la cocaína empezó a entrar por la puerta trasera desde México...

El sonido del vaso al romperse en pedazos contra el duro suelo de madera fue mucho más ensordecedor que el del disparo con silenciador. Una pequeña rosa de color intenso apareció justo por encima del puente de la nariz de Francisco Sotelo, y se me quedó mirando lo que me pareció una eternidad. Gran parte del contenido de su cabeza atravesó la rejilla de hierro forjado del respaldo de su silla, dejando una mancha simétrica sobre la pared que tenía detrás.

Me quedé allí sentado un tiempo considerable. Llené mi vaso dos veces y saboreé el whisky. Pensé en lo que me había dicho Francisco Sotelo, y aunque no me había dicho nada que me pillara por sorpresa, los detalles sí me sorprendieron. Yo había decidido no prestar atención a las cosas que había ido oyendo. Había que financiar

una guerra. Había que comprar armas. Se sacrificaban vidas en un esfuerzo fútil por instigar o plantear resistencia a las invasiones, pero una vez acabada la guerra, ¿qué? ¿Quería creer que todo lo que estábamos haciendo en Latinoamérica se financiaba con la droga? Joder, no. ¿Quería creer que el objetivo final de nuestra lucha contra la infiltración comunista era simplemente conseguir un mayor control sobre los grandes centros internacionales de producción de droga? No, no quería creer algo así.

Registré la habitación en busca de la documentación, de los testimonios de los agentes de la agencia antidroga de los que me había hablado Sotelo. No encontré nada.

Maté a Francisco Sotelo porque me habían ordenado que lo hiciera. Lo maté porque estaba pasando información a los sandinistas, o eso me había dicho Lewis Cotten.

—Ese tipo es un cabrón —decía—. Francisco Sotelo es abogado... Joder, John, ¿qué otro motivo puedes necesitar para matarlo? ¡Es un puto abogado, por Dios! En cualquier caso, no se puede confiar en él. Tiene información que de un modo u otro va llegando a los sandinistas, y ese canal de información se está usando para desbaratar ciertas operaciones muy necesarias en el norte. Se ha determinado sin ningún margen de duda, razonable o no, que es él quien está causando el problema. Ve a verle, arregla esto, y todos dormiremos muchísimo mejor.

Y lo arreglé.

Lo que no podía saber es si aquello había servido para que alguien durmiera mejor.

Yo no dormía mejor, y eso era lo único que me preocupaba.

Salí del despacho sin que nadie me viera y crucé la ciudad hasta la casa de Sotelo. Tenía que encontrar los documentos que creíamos que poseía. Era lo único que se me pedía.

Los sucesos de aquella noche, el efecto que provocó lo que descubrí en la casa, todo aquello adquirió un significado mucho mayor que cualquier cosa anterior. Me di cuenta de que la verdad siempre era mucho más poderosa que la propaganda, y de que tenía un alcance mucho mayor.

Era el principio del fin, y yo sabía —igual que Catherine— que habíamos hecho algo terrible.

—Esto que tengo aquí —dijo Frank Lassiter, señalando media docena de carpetas apiladas al borde de su mesa— son los informes forenses finales de cada uno de los casos. Han revisado las observaciones originales y han cruzado los datos. —Sonrió con resignación—. Y digo que aquí tengo algo, pero si los leen con atención observarán que no tenemos nada en absoluto.

Lassiter rodeó la mesa y se dejó caer pesadamente en su silla. Parecía tan exhausto como se sentía Miller. El silencio en el despacho era tangible. Se extendía entre los tres llenándolo todo. Miller lo rompió:

—Ya sabe lo del café...

Lassiter asintió.

—He oído lo del café, lo de esa casa abandonada donde se supone que vivía McCullough. También tengo entendido que hay una camarera que cree haber reconocido al tipo.

Miller echó el cuerpo hacia delante, apoyó los codos sobre las rodillas y por un momento hundió el rostro en las manos. Una oscuridad le llenaba la cabeza, como algo que se hinchara en su interior. Como si fuera un castigo que le hubieran impuesto por algún motivo. Recordó el rostro de Brandon Thomas, su expresión al caerse de espaldas, escaleras abajo. Como si creyera que Miller le había empujado intencionadamente. Miller levantó la vista y miró a Lassiter.

—Estamos haciendo todo...

—Estáis haciendo todo lo que podéis —le atajó Lassiter—. Ya entiendo que estáis haciendo todo lo que podéis, pero no basta.

—Necesitamos más gente... —intervino Roth.

—Ya sabéis que no tengo más gente —replicó Lassiter—. ¿Sabéis cuántos asesinatos se producen en Washington cada año? —Sonrió y meneó la cabeza—. No tengo que decir cuántos asesinatos hay en Washington cada año, ¿verdad? Estos cinco no son más que una pequeña parte de lo que nos encontramos en este distrito, por no hablar del resto de la ciudad. Treinta y ocho distritos, y a eso sumadle el tráfico de casos que compartimos con Annapolis, Arlington y cualquiera que considere que disponemos de más recursos que ellos... —Lassiter fue bajando la voz hasta que se apagó. Hizo girar la silla y miró hacia la ventana desde detrás de su mesa—. ¿Sabéis qué me ha dicho mi mujer esta tarde?

Miller abrió la boca para decir algo, pero Lassiter prosiguió antes de que pudiera hacerlo.

—Que estamos mirando con demasiada intención como para ver nada.

Lassiter giró la silla de repente. En su rostro había una sonrisa divertida.

—Mi mujer de pronto se ha convertido en toda una budista, ¿eh? ¿Qué os parece? Estamos mirando con demasiada intención como para ver nada. ¿Lo pilláis? O sea... No sé ni qué querrá decir eso, pero si mi mujer empieza a decirme cómo debería hacer mi trabajo... —Lassiter volvió a girarse hacia la ventana.

Miller se aclaró la garganta.

—Yo creo...

—No necesito oír lo que crees, Robert —le cortó Lassiter—. Lo que necesito ahora mismo son hechos. Necesito pruebas. Necesito algo que pueda presentar y decir: «Aquí tienen, caballeros... Aquí tienen algo que compensa lo que los ciudadanos pagan en impuestos». Y que ellos puedan verlo y decir: «Vaya, desde luego, fíjate en eso. Ahí tienen algo... Ahora ya podemos relajarnos, irnos a casa y decirles a nuestras esposas y a nuestras hijas que duerman tranquilas porque la todopoderosa policía del Distrito Dos tiene a ese cabrón controlado». Eso es lo que necesito, Robert; eso es lo único que necesito.

—Y eso —respondió Miller sin más— es algo que yo no puedo darle aún.

—Ya lo sé, Robert, pero eso no es lo que quiero que me digas. ¿Lo entiendes? Quiero que me digas que tienes el asunto controlado, que estás progresando, que mañana habrás pillado a ese tipo y que te va a decir todo lo que querías saber sobre lo que sea que le ocurrió a esa tal Mosley, a Barbara Lee, y a... —Lassiter se detuvo de pronto y se echó a reír. Era una risa forzada, nerviosa—. Oh, mierda, se me ha olvidado decíroslo. Por Dios, ¿cómo puede haberseme olvidado? Esto es una perla. Es una jodida perla que no podríamos ni imaginarnos. Esa tal Rayner, Ann Rayner..., secretaria de dirección, ¿verdad? Pues no podéis imaginaros para quién solía pasar a limpio declaraciones y sentencias. ¿A que no?

Miller negó con la cabeza.

—¿Juez retirado, congresista dos veces por Washington?

Miller abrió los ojos como platos.

—¿Bill Walford?

—¡Bingo! —respondió Lassiter—. Fue secretaria del juez Walford entre junio de 1986 y agosto de 1993. Siete años, nada menos. Conozco a tipos en esta comisaría que han vivido dos matrimonios en menos tiempo.

Roth negaba con la cabeza.

—¿Walford?

—Luego te lo cuento —le dijo Miller.

Lassiter volvió a reírse.

—¿Nunca has tenido el placer de tratar con el juez Walford, amigo mío? ¡De todas las personas para las que podía haber trabajado una de estas mujeres, tenía que ser él!

—¿Ahora está metido en esto? —preguntó Miller.

—No, por Dios. El pobre hombre tiene unos cien años, pero ahora tenemos otro motivo de peso para evitar que esto llegue a los periódicos. Sé que el juez Thorne está

muy interesado, y resulta que el juez Thorne es compañero de partidas de golf del alcalde, y Thorne conoce a Walford... —Lassiter se paró por un momento—. La verdad es que hasta ahora nos hemos librado bastante bien. Me sorprende la escasa repercusión que ha tenido esto en la prensa. Podía haber sido mucho peor, y cuando pasó lo de Natasha Joyce... Bueno, habéis tenido mucha suerte de que los periódicos no tuvieran nada sobre la chica. Si hubieran descubierto que estabais tratando con ella... Dios, ni siquiera me atrevo a pensarlo.

Lassiter se puso en pie, cogió el abrigo del respaldo de la silla y se lo dobló sobre el brazo.

—Ahora mismo necesito algo sobre el caso, algún avance en algún sitio que justifique el dinero que se invierte en nosotros. ¿A qué hora abre el café?

—Oficialmente a las seis y media —respondió Miller.

—¿Oficialmente?

—La camarera... en realidad es la dueña. Llega a las seis.

—Pues a las seis menos cuarto os quiero allí a los dos —dijo Lassiter sin inmutarse—. Cuando aprieten ese botón, quiero que estéis en la puerta del café en unos minutos. Voy a dejar a Metz y Feshbach de guardia esta noche; Riehl y Littman tomarán el relevo a las cuatro de la mañana. —Vaciló, y luego miró a Roth y a Miller, uno tras otro, casi como si quisiera desafiarlos a que dijeran algo—. Os estoy dando todo lo que os puedo dar, ¿lo entendéis?

—Ya lo sé, capitán, ya lo sé... —respondió Miller.

Pero Lassiter le interrumpió:

—No quiero oír nada que no sea que tenemos a ese tipo. Y no quiero más mujeres muertas, ¿de acuerdo?

Lassiter no esperó a obtener una respuesta. Salió al pasillo y dio un portazo tras él.

—Voy a ver cómo va lo del café —decidió Miller.

Roth no quiso discutir; no lo desafió. Apenas había visto a su familia desde la primera semana del mes. Así era su vida. Amanda lo sabía, y los niños también, pero eso no cambiaba el tono de voz con que le preguntaban: «¿Cuánto tardarás, papá? ¿Cuándo vas a volver a casa? ¿Te veremos este fin de semana?».

Roth se puso el abrigo. Al pasar junto a Miller estiró el brazo y le agarró del hombro.

—¿Estás bien?

Miller sonrió con resignación.

—Estoy bien —dijo en voz baja—. ¿Te vas?

—Ya me he ido —respondió Roth, levantando la mano.

Miller se quedó escuchando hasta que dejó de oír los pasos de Roth; luego se puso en pie junto a la ventana, mirando a la calle, y apoyó la mano contra el cristal. El cristal estaba frío, y por los espacios de entre los dedos se quedó observando los faros de los coches que circulaban por la carretera y por el paso elevado en un flujo

constante de luces. Intentó concentrarse en los espacios oscuros que quedaban entre las luces, pero la vista se le iba a los neones de colores, a las farolas, a las lámparas de sodio, a los fluorescentes. Se preguntó si la mujer de Lassiter tendría razón. Miraban con demasiada intención como para ver nada...

Quince minutos más tarde llamó al café. Sí, el técnico ya había pasado. Sí, el botón estaba instalado. Sí, lo habían probado y funcionaba bien, y ahora ella se iba a casa a dormir y volvería con fuerzas renovadas a las seis de la mañana. Tenía el café a punto. ¿No querría pasar a tomarse una taza?

Miller le dijo que no, pero le agradeció la invitación. Quizás en otro momento.

Colgó el auricular del teléfono. Salió del despacho, bajó a la calle y paró un taxi. Se dirigió al norte por la Quinta, luego a la izquierda por P Street hacia Logan Circle. Pasó por Columbia de camino, y se volvió cuando pasaron frente a la casa de Catherine Sheridan, allí plantada, en un negro silencio, un hueco oscuro entre las luces de la calle, y se dio cuenta de que seguía sin entender gran cosa de lo que había ocurrido allí el día 11.

Cerró los ojos y no los abrió hasta que el taxi paró frente a su casa. Pagó al taxista, entró y se quitó la chaqueta. Se hizo un té y se sentó en la cocina. Se preguntó si el tipo aparecería al día siguiente y, si lo hacía..., bueno, si lo hacía, ¿le sacarían algo, por poco que fuera?

Hoy es un buen día.

Hoy tengo la sensación que, de entre todos los demás, va a ser un buen día.

Hoy creo que sucederá algo.

Creo que Robert Miller sabe lo que está haciendo, al menos mejor que cualquier otro.

Es la mañana del jueves 16 de noviembre. Me levanto y me doy una ducha. Me afeito y me peino. Me plancho una camisa de color azul pálido, escojo un traje del armario del dormitorio. No soy un hombre que destaque por su aspecto, pero sé cómo sacar el mejor partido de mi altura, mi complexión y mi postura. Tengo cuarenta y siete años, pero mis alumnos me dicen que parezco más joven, y muchos de ellos me consideran más listo que sus padres, pero también dicen que me ven como un rompecabezas, un misterio. Yo sonrío, y me pregunto cómo se sentirían si supieran la verdad.

Les podría contar anécdotas. Les podría hablar de la instrucción. Les podría hablar de los calcetines altos y la ropa de camuflaje, de los AR15 y los 223s, de la munición del calibre 22 plastificada para que no dejara estrías, ni canales, ni marcas ni hendiduras en el casquillo. Les podría hablar de los proyectiles con mercurio inyectado, de las balas Glaser de dispersión, de las de tiro al blanco, de las recortadas, de los Colts largos y cortos, de la munición de punta redonda y de punta hueca. Podría hablarles de las manchas púrpura de sangre que pueden aparecer en un cuerpo, de cómo se puede matar a una persona con un alambre o con una revista enrollada. De los dos tipos de Puerto Sandino a los que apodamos Dexter y Sinister, que mataban a quien se les pidiera por veinticinco dólares y una botella de Seagram's. Podría hablarles de los años que se tarda en crear una relación de confianza, y de cómo puede quedar destruida en un momento —y no por un hecho probado, sino por simples sospechas—. Podría decirles que todo favor comporta una deuda. De los medios y los métodos de manipulación mediante propaganda.

¿Qué dijo el cardenal Richelieu? «Si alguien me diera seis líneas escritas de la mano del hombre más honesto, yo encontraría algo en ellas para hacer que le colgaran». Algo así. Lo sé todo, de esa mierda. Todo.

«Si te acuestas con el diablo, te despiertas en el infierno».

Eso me lo dijo Catherine una vez. Estábamos en un bar en Managua. Yo había bebido demasiado. Había bebido demasiado por problemas de conciencia, de culpabilidad, por algo que no podía afrontar.

¿Tendrían esos chavales la mínima idea de lo que significaba algo así?

Y si se lo contaba, ¿qué pensarían, esos niños ricos, hijos de papás tan importantes? Yo he conocido a esos padres, esos hombres instalados en puestos de gran poder, con ojos que han visto demasiado y que han entendido demasiado poco. Y si les dijera lo que he hecho, ¿qué pensarían de mí? ¿Aún me saludarían con un gesto de la cabeza el vicerrector o el tesorero de la universidad? Creo que no. Me convertiría en una cucaracha, en una basura. En un ser humano de la peor calaña. Y todos hablarían de mí como si fuera una enfermedad: algo doloroso, intenso, terminal, que había que extirpar, eliminar, desterrar. Y se dirían unos a otros que siempre habían sabido que había algo raro en el profesor John Robey; que habían tenido aquella sensación, aquella intuición, y que debían confiar más en sus intuiciones, porque nunca se equivocaban con esas cosas...

El mundo que tienen se lo deben a gente como yo. Nosotros nos hemos subido a la proverbial muralla y hemos protegido su mundo de lo oscuro, lo maligno y lo destructivo. Nos hemos subido a esa muralla a la que nadie quiere subirse y hemos hecho que sea segura. Es jodido. Claro que es jodido. Lo sé yo, lo saben ellos... Sí, claro, todos nos hemos criado en el mismo sitio, pero de no ser por gente como yo, todo sería mucho peor. ¿No es así?

Bueno, pues no. Esa es la verdad, y eso es lo que no pueden afrontar. Ahí está el monstruo sagrado, amigos y vecinos. Ahí está lo que hemos creado y que ahora tanto intentamos convencernos de que no existe. Pues lo hicimos, sí, y ahí está, y ahí sigue.

Afrontadlo.

El jueves por la mañana me pongo en pie y me miro al espejo. Un buen traje —una mezcla de lana y cachemira—, camisa azul claro, sin corbata..., porque no quiero llevar corbata hoy, y si me pusiera una me la quitarían, la enrollarían, la meterían en una bolsa de plástico y la estropearían.

Así que nada de corbata hoy.

Solo un traje, una camisa y un par de zapatos bajos de cuero.

Me quedo en el pasillo un momento, me agacho y recojo mi maletín, cierro los ojos y respiro hondo; espero unos segundos más y luego me dirijo hacia la puerta...

El día es fresco y limpio. Camino hasta el cruce y giro a la derecha por Franklin Street. Son las ocho y cuatro minutos. El autobús llegará entre las ocho y ocho y las ocho y doce. Bajo junto a la biblioteca Carnegie y recorro el resto del camino hasta Massachusetts; me tomo un café en Donovan's. Saldré de Donovan's hacia las ocho y treinta y cinco, volveré sobre mis pasos y pasaré junto a la iglesia de la esquina de K Street, y allí me sentaré en un banco diez o quince minutos. A las ocho y cincuenta y cinco cruzaré la calle y subiré la escalinata del Mount Vernon College. Diré «hola» y saludaré con la mano a Gus, el guardia de seguridad de la facultad, y luego accederé por la entrada principal, giraré a la derecha y me sumiré en el bullicio de un nuevo

día, abriéndome paso hasta llegar a mi aula. Para cuando llegue, serán las ocho y cincuenta y nueve. La clase empieza a las nueve y cinco. Nunca llego tarde. Controlo muy bien el tiempo. Me enseñaron la importancia del tiempo. Mis estudiantes también lo entienden. Raramente necesitan llegar tarde más de una vez para comprender que no se llega tarde a la clase del profesor Robey.

Sonríó al pensar en ello y, con el maletín en la mano, salgo de mi piso y bajo la escalera hasta la calle.

Soy lo que parezco, y lo que los demás quieren que sea, y, por encima de todo, ya no soy el hombre que fui.

Así de sencillo.

Me subo al autobús. Hago mi recorrido de siete manzanas al sur, hasta el borde de la biblioteca Carnegie. Allí bajo y sigo a pie por Massachusetts. Observo la berlina en la esquina, y los dos hombres en su interior. Me pregunto, solo por un momento, si serán Miller y su compañero. No lo son, pero me observan igualmente, y percibo la tensión cuando me miran por encima del hombro, cuando saben que ya no los puedo ver.

Llego a Donovan's. Ni tarde ni pronto. En el momento en que me acerco al mostrador, en el momento en que Audrey se vuelve, sonrío y se me acerca, lo sé.

Me pregunto qué ocurrirá ahora.

Me pregunto si tendrá que hacer algo para avisarlos de mi presencia.

—¿Lo de siempre? —pregunta, y su tono es ligeramente más alegre, quizá demasiado natural.

La observo de cerca mientras se dirige al otro extremo del mostrador para recoger la jarra de café caliente.

Alarga la mano hacia el borde de la barra. Levanta la vista, me mira y en esa fracción de segundo me pregunto qué pasará.

Esboza una sonrisa y parpadea dos veces seguidas, yo le miro la mano en el borde del mostrador y entonces vuelve hacia mí, sonriendo, relajada, todo va bien, todo va bien, todo va muuuuy bien.

—¿Para llevar? —pregunta.

Yo sonrío y niego con la cabeza.

—No pasa nada, Audrey —le digo, tranquilamente—. Los esperaré aquí mismo.

Miller se había dormido con la ropa puesta. Se despertó, confundido y con náuseas, poco antes de las cuatro y media de la mañana. Se dio una ducha, encontró una camisa limpia y a las cinco y cuarto ya estaba listo. Se hizo café y llamó a Roth al móvil; intercambiaron unas palabras y luego Miller salió de casa. Llegó al Distrito Dos a las cinco cuarenta. Aún estaba oscuro. Un viento glacial hacía que sintiera la piel del rostro muy tensa. Tenía los ojos irritados, un sabor a cobre en el fondo de la boca, una sensación de desorientación y de vacío. Aunque la ciudad despertaba a la vida a su alrededor, nunca se había sentido más solo. Al llegar a lo alto de la escalera dudó un momento y se volvió a contemplar la Quinta avenida. Se imaginó que, cuando acabara todo aquello, se tomaría un respiro, quizás unas vacaciones. Iría a algún sitio en el que no hubiera estado nunca y se plantearía si la vida se veía diferente mirándola desde fuera. Sabía que se estaba engañando. Sonrió para sus adentros, empujó la puerta y cruzó el vestíbulo en dirección a la escalera.

Roth llegó a los quince minutos. Se sentó sin decir nada y se limitó a saludar a Miller con un gesto de la cabeza.

—¿Qué tal Amanda?

—Amanda siempre está bien. —Roth sonrió.

—¿Lleva bien lo tuyo?

—Quiere unas vacaciones —respondió Roth, encogiéndose de hombros.

—No la culpo.

—Le he dicho que quizá... quizá cuando acabemos con esto podemos planteárnoslo.

Miller echó un vistazo al reloj: eran las seis menos cuatro minutos.

—Estará entrando ahora —dijo—. Audrey.

—¿Quieres ir?

Miller no respondió, parecía estar considerando la posibilidad.

—Tenemos el aspecto que tenemos —dijo al cabo de un rato—. Eso no podemos cambiarlo. La gente nos ve y sabe que somos polis. Si este tipo nos ve ahí dentro, saldrá corriendo.

—Si tiene algo que ocultar, saldrá corriendo.

—No quiero arriesgarme —dijo Miller.

—Estoy de acuerdo.

—¿Quieres café?

—¿De la máquina? —dijo Roth, negando con la cabeza—. No, por Dios. Puedo ir a buscarlo fuera.

—No, déjalo.

—¿Tienes noticias de Littman o Riehl?

—Ellos no van a hacer nada a menos que ocurra algo —respondió Miller—. Así que tenemos que esperar.

Roth guardó silencio un momento, parecía estar en otra parte, y luego miró a Miller.

—¿Alguna vez te has encontrado con algo parecido a esto?

—¿Un asesinato múltiple? No. Una vez estuve en un caso de asesinato doble. Un hispano que había matado a su esposa y a su suegra. Eso fue un par de años antes de ser inspector. Una masacre.

Miller cerró los ojos, pero entonces veía las imágenes más claramente, así que volvió a abrirlos. Dos mujeres: la joven de veintitantos; la madre de cuarenta y cinco más o menos. Les disparó en la cocina de su casa. Según los forenses, no había quedado gran cosa de ninguna de las dos. El marido permaneció allí, disparando y cargando de nuevo, disparando y cargando. Encontraron cuarenta y siete casquillos. «Un picadillo misterioso», lo llamaron los forenses, y luego dijeron que la mayor parte de las pruebas que necesitaban las encontraron en las huellas de él. Sonreía como si estuviera a punto de irse al baile del colegio. Aparentemente, cosas así endurecen a las personas. A Miller no le había servido para endurecerle, y aunque era capaz de entrar en escenarios como el de Catherine Sheridan o Natasha Joyce sin sentir ganas de vomitar, nunca le resultaba fácil.

—¿Puedes llegar a entender qué tipo de persona debe de ser el que hace algo así? —preguntó Roth—. Ya sabes, alguien que da una paliza brutal a otra persona, la estrangula y todo lo demás.

Miller meneó la cabeza.

—Yo no le encuentro ningún sentido. No me trago toda esa mierda de los abusos infantiles que nos sueltan los psicólogos. He conocido a mucha gente que realmente lo ha pasado muy mal, y desde luego no van por ahí pensando a quién le van a arrancar la piel.

Miller intentó concentrarse. Las cosas estaban así. Tenían algo, la primera pista de cierto peso de toda la investigación. Era la sensación de responsabilidad lo que le preocupaba. Si no lo gestionaba bien, quizá muriera alguien más. Si no sacaba alguna conclusión, quizás alguien se despertara un día y se encontrara a un hombre de pie enfrente, con las manos enfundadas en guantes de látex presionándole la garganta, y la mente puesta en su siguiente paso. ¿Y tenían esperanzas? La verdad era que no. Miller no pudo evitar preguntarse quién sería la próxima. ¿Dónde estaría en aquel momento? ¿Cómo se llamaba? ¿Tenía trabajo, familia, alguien que dependiera de ella? ¿Cuántas vidas se verían afectadas por su muerte? Washington era lo suficientemente grande como para absorberlo. Washington podría engullir aquellas muertes en toda su magnitud, y se convertirían simplemente en otra parte de su historia. Pero ¿y las personas afectadas? ¿Y él mismo? Miller se preguntó si sobreviviría indemne a todo aquello.

Había oído historias. Polis devastados por la vida que habían llevado, con el corazón roto, la mente alterada, que acababan viviendo un puñado de años difíciles en un pisito en algún lugar, haciendo visitas diarias a algún bar de barrio donde se reunían con otros polis retirados para charlar de los viejos tiempos y contarse viejas anécdotas sobre las cosas que habían visto. La nostalgia, la interminable promesa de algo que nunca llegaría siquiera a acercarse al ajetreo, la emoción y la locura de la vida que habían vivido. Y entonces se venían abajo. Limpiaban su revólver reglamentario, lo cargaban, se tomaban una copa o dos y ponían fin al sueño. Y nadie volvía a hablar de ellos.

¿Era ese el futuro?

¿Qué pasaría si no llegaban a encontrar a aquel tipo..., si el Asesino de la Cinta no existía en realidad? ¿Si era un fantasma, un espectro, algo que era y que de pronto dejaba de ser?

Robert Miller esperaba algo mejor de la vida. Puede que invocara unas cuantas palabras de una oración medio olvidada. «Que no sea como me temo que será. Que sea otra cosa».

Eran las seis y media. Había tráfico por la calle. Los coches patrulla iban saliendo del aparcamiento subterráneo y alejándose de la comisaría. Vio uno que desaparecía por New York Avenue en dirección a Mount Vernon Square y la biblioteca Carnegie. La biblioteca le hizo pensar en las últimas horas de Catherine Sheridan. Las preguntas sin respuesta: ¿Adónde había ido? ¿Quién la había visto? Y en la visita de Natasha Joyce a la Administración Central del Departamento de Policía. ¿Sería Frances Gray un producto de la imaginación paranoide de Natasha, o se trataba de algo mucho más sospechoso? Y Michael McCullough... ¿Había existido siquiera, o era un invento, como Isabella Cordillera, una mujer con nombre de cadena montañosa nicaragüense?

Por un momento Miller se sintió abrumado, como si el peso de todas estas cuestiones fuera suficiente como para aplastarle allí mismo.

Miró su reloj: las seis y treinta y ocho. La cafetería estaría abierta. Audrey ya habría hecho café, habría encendido la plancha y quizá ya estaría friendo beicon, huevos y patatas. Empezarían a llegar los clientes habituales de diferentes puntos del vecindario. Gente de la que Audrey conocía el nombre, la cara, su desayuno favorito. Para llevar, para comer allí, café en vaso de cartón, triple, mitad y mitad, con sacarina. Bromas de primera hora, ocurrencias... Y entonces llegaría él. Quizás. Llegaría, y ella sentiría lo que sintiera, que podía ser preocupación, o miedo; y habría algo en su expresión que la delataría. Había recibido visitas. Inspectores de policía. Dos. Habían hablado con ella, y luego habían ido otros a instalar un botón de alarma bajo el borde del mostrador, y quizás habría algo en sus ojos —a pesar de su alegre sonrisa y su naturalidad— que él podría ver claramente, porque había algo en este hombre que lo hacía especial, diferente, peculiar; algo que generaba mucha

preocupación entre los polis, que no sabían si tendrían ocasión de hablar con él o no...

Ella no sabía. No quería saber. Pero él quizá le viera las intenciones, y ella tal vez no llegara a tener ocasión de apretar el botón, y luego le daría demasiado miedo decirle a la policía que lo había visto, y él sabría que había intentado delatarlo, y cuando le fuera bien aparecería y...

Miller intentó no pensar en lo que podían hacerle a Audrey.

A las siete y veinte sonó el teléfono. Roth lo cogió de un manotazo.

—¿Sí? —dijo excitado y con una chispa en los ojos, pero la chispa enseguida desapareció.

—¡Oh, por Dios...! —exclamó, y colgó ruidosamente—. Preguntaban por otro despacho.

Miller decidió que había muy pocas cosas peores que esperar. La combinación de tedio y ansiedad. Las dos emociones luchando entre sí. La convicción de que cualquier cosa que se escondiera tras la puerta, cualquier cosa que acechara en el interior de un almacén, cualquier cosa que pudiera conjurar su mente tenía que ser mejor que el vacío vago e insustancial que suponía la espera. Y entonces ocurriría algo, y era como un disparo de salida, algo que nadie que no trabajara en un servicio de emergencias —como los bomberos, los servicios de socorro, el personal de urgencias o las enfermeras de triaje— podría entender. Horas de silencio, inmovilidad, una sensación de estancamiento, y luego el caos. Sirenas, luces, gente corriendo y gritando, ambulancias, coches de bomberos, arterias sangrando, gente saltando de las ventanas, de los puentes, atascos en las autopistas, el olor a goma quemada y el estallido incendiario de las cisternas de gas al prender, y los aullidos de la gente al morir atravesados por sus propios huesos quebrados. Y no queda un momento para pensar siquiera en lo que podría haber ocurrido, o en lo que podría pasar a continuación, porque cada gramo de adrenalina, cada nervio y cada tendón, cada estímulo generado por el cerebro lleva al cuerpo a resistirse al impulso natural de retirarse, de correr, de esconderse, de fingir que el mundo que estás viendo y que el mundo en el que vives no son la misma cosa...

Miller miró el reloj: las ocho y tres minutos. Se levantó de la silla y se puso a caminar arriba y abajo entre la puerta y la ventana.

—¿Y qué hacemos si no sacamos nada de esto? —preguntó, casi haciéndose la pregunta a sí mismo.

—¿Si no le sacamos nada a él o si no aparece?

—Cualquiera de las dos cosas —respondió Miller—. Si aparece, hablamos con él y no tiene nada que decirnos, o si no se presenta. El caso queda en un callejón sin salida y nos encontramos de nuevo en el punto de partida. Entonces, ¿qué? ¿Eh?

—Pues, no lo sé. Intento no pensar en eso. Esta es la única pista sólida que tenemos hasta ahora.

—Sí, tan sólida como el aire.

—Sí, claro, eso ya lo sé... Por Dios, ya sabes a qué me refiero, Robert. Este tipo podría ser alguien...

—O podría no ser nadie.

Miller contempló la ciudad a través de la ventana. El tráfico fluía por las calles, la gente llenaba las aceras, todos ellos tranquilos sabiendo que, fuera lo que fuese lo que le pudiera pasar a los demás, no les estaba ocurriendo a ellos. Se preguntó si había un momento determinado para morir. Si la muerte de cada uno tenía un día, una hora, un minuto, un segundo... Si esas cosas estaban predeterminadas, el hombre que estaba en el cruce, más allá, que quizás esperara noticias del control médico de su esposa embarazada, o que quizás acabara de saber que le habían concedido un ascenso, o que su padre estaba respondiendo a la quimioterapia e iniciaba su recuperación..., quizá pondría un pie en la calzada y recibiría el impacto de un camión conducido por un borracho, o de un coche de bomberos de camino a un incendio, o de una ambulancia que se dirigía a asistir a su propia mujer, después de que esta llamara al hospital para decir que había roto aguas...

La vida era así. Quizá con la muerte ocurriera lo mismo.

Miller estiró los brazos por encima de la cabeza. Bostezó y volvió a bostezar.

Roth se contagió y también bostezó.

Mientras Miller daba media vuelta y volvía a su mesa, unos pasos que pisaban con fuerza la escalera rompieron el silencio.

El sargento de guardia entró como una exhalación, y luego se quedó inmóvil un segundo, intentando recuperar el aliento. Echó un vistazo a la mesa, donde estaba el teléfono, con el auricular mal colgado.

—¡Joder! ¡Por Dios bendito, no podía contactar con vosotros, tíos! Littman ha llamado. El tipo está en el café... El tipo está allí, en el café...

El sargento casi se cayó al suelo empujado por Robert Miller y Albert Roth, que salieron a la carrera del despacho y se lanzaron escaleras abajo.

Audrey, que se llamaba Forrester de apellido, cuyo marido había muerto y le había dejado de herencia un café llamado Donovan's en Massachusetts Avenue, recordaría aquella mañana durante un buen tiempo. No obstante, los clientes habituales de primera hora permanecerían ajenos a todo. Gente como Gary Vogel, recién divorciado por tercera vez a los cuarenta y dos años, y aún en relaciones con la chica de veintiséis que se estaba follando cuando lo pescó su mujer; o como Lewis Burch, técnico del gas de cincuenta y tres años cuyo hijo mayor acababa de comunicarles a todos que era gay, que vivía con un tal Simon y que, si la familia no lo aceptaba, no volvería a presentarse para Acción de Gracias, Navidad, cumpleaños, Pascua..., ¿entendido?; o como Jennifer Mayhew, de treinta y siete, que acababa de empezar en su nuevo trabajo y que estaba encantada con él, que no entendía por qué había pasado tanto tiempo con miedo al cambio, y que cenaría esa noche con un tipo estupendo — vale, sí, lo acababa de conocer en el metro, pero habían hecho el recorrido al trabajo juntos muchos días y parecía una persona auténtica—, y se sentía como si la vida hubiera dado un giro; o como Maurice Froom, un hombre que de algún modo había conseguido sobrevivir cuarenta y ocho años sin convertirse en Morry, y que era una pequeña celebridad en su campo, al haber puesto la voz a más de doscientos treinta anuncios emitidos en la radio durante la última década... Esa gente. Gente normal. Gente con esposas, maridos e hijos, con perros y gatos y con hipotecas; gente que había conseguido evitar los puntos negros que acechaban a cada rincón, esas circunstancias en las que otros cruzaban la línea y observaban cómo cambiaba su vida a peor sin poder hacer nada por evitarlo. Esas circunstancias truculentas con las que gente como Al Roth y Robert Miller se encontraban cada día.

Aquel jueves por la mañana aquellos puntos negros pasaban desapercibidos a todo el mundo salvo a Audrey Forrester y, a las ocho y veintidós de la mañana, allí mismo, en la esquina de Massachusetts Avenue, un hombre había cruzado la puerta del Donovan's y había traído un poquito de oscuridad consigo. Audrey lo había reconocido inmediatamente y, al hacerlo, había sonreído, a modo de saludo, y luego se había dirigido a la otra punta del mostrador a rellenar una taza de café que había dejado allí a propósito, y el hombre que acababa de entrar se sonrió como si supiera que estaba pasando algo, y probablemente lo supiera mejor que nadie.

Se llamaba John, tal como Audrey Forrester les había dicho a los investigadores que habían venido a verla, y John escrutó a la gente que había en la barra: Gary Vogel, Lewis Burch, Jennifer Mayhew, Maurice Froom y otros cuyos nombres tampoco sabía, nunca sabría, no tenía ningún interés en saber.

Y al devolverle la mirada, aquellos extraños no vieron nada más que a un hombre bien vestido de mediana edad, quizá de cuarenta y muchos años, con algo que hacía difícil determinar su edad con exactitud. Vieron su traje oscuro, su camisa azul, el maletín de cuero marrón que llevaba, el abrigo doblado sobre el brazo. Vieron su pelo entrecano hasta el cuello, su rostro —quizás atractivo, quizá no, pero sin duda con personalidad—, el rostro de un hombre que había vivido, de un hombre que llevaba historias en su interior, y todas ellas de las que provocan una reacción emocional. Parecía un promotor inmobiliario de éxito. O quizá fuera un guionista, un poeta, un autor de novelas densas e intelectuales sobre las relaciones humanas que poca gente entendería, pero los que lo hicieran lo considerarían un genio, un hombre con perspectiva, sabiduría y fuerza. O quizá no fuera nadie en absoluto. Una persona igual que ellos. Un tipo normal, un tipo ordinario, un trabajador como otro cualquiera, que había pasado a recoger un café de camino a la oficina.

Se acercó al mostrador. Y cuando Audrey Forrester le sonrió por segunda vez, lo supo. Lo supo cuando vio el breve brillo de ansiedad en sus ojos. Lo supo cuando miró por la ventana en dirección a la berlina aparcada junto al bordillo, en dirección a la calle, donde había notado que pasaba algo..., solo había sido una impresión, algo intuitivo, pero estaba ahí, justo delante de él, y sabía...

—¿Para llevar? —preguntó Audrey.

John sonrió, y negó con la cabeza.

—No pasa nada, Audrey —respondió, tranquilamente—. Los esperaré aquí mismo.

Y Audrey no pudo hacer nada más para ocultar su sorpresa, la inquietud que se había apoderado de ella, porque ya tenía un vaso de papel a punto y la tapa de plástico con el mensaje impreso: «¡La bebida que estás a punto de disfrutar está CALIENTE!», y se dirigía hacia la jarra de café situada en la plancha caliente.

Y John dijo: «Los esperaré aquí mismo», y aquello le hizo pensárselo mejor, dejó el vaso de papel y fue a buscar una taza normal, y se preguntó cuántos segundos habrían pasado desde el momento en que había apretado el maldito botón, y sintió miedo, y la taza parecía pesar muchísimo más que de costumbre, y cuando estuvo junto a la jarra del café miró a la brillante superficie cromada de la cafetera espresso a su izquierda, y en el perfil cromado vio el reflejo de John, y había algo diferente en él...

¿Sería su imaginación?

¿Parecía relajado?

¿Cuántos segundos habrían pasado desde que había apretado el maldito botón?

Se preguntó por qué demonios tardaba tanto aquella gente, y entonces pensó que quizás el botón no habría funcionado. Aquella cosa funcionaba sin cables, con ondas de radio o algo así. Había una chica de pie junto a la barra, con un teléfono móvil, y quizás el móvil estuviera bloqueando las ondas o creando algún tipo de interferencia, y a lo mejor el botón no había funcionado y la policía no iba a acudir...

Pensó en Robert Miller y su colega. Llenó una taza de café para John y sacó una jarrita de crema de leche de la nevera. Le llevó la taza y la jarrita y se las puso delante, y dijo, con el tono más natural e indiferente que pudo:

—¿Hoy no es para llevar?

Y él le respondió algo rarísimo. Le sonrió de frente, con una de esas sonrisas que pones cuando estás realmente contento de ver a alguien, y entrecerró los ojos, y aquello le recordó un lagarto que tomaba el sol en una roca en México..., en un pueblecito que había visitado con su marido durante su viaje de novios, un pueblecito llamado... Por mucho que se esforzara no recordaba cómo se llamaba aquel lugar... y de pronto le vino a la mente, como un rayo cruzando el cielo, y recordó aquel lagarto sobre la roca, al lado de la acera, y supo que el pueblo se llamaba Ixtapalapa —que vete tú a saber qué significaría eso— y por un segundo vio en John un parecido con el lagarto tendido al sol, y Audrey sonrió, no a John, sino ante el recuerdo de su marido y de lo mucho que le había querido. Y entonces John dijo aquello otro:

—Estoy esperando.

Meneó la cabeza en un gesto de resignación y añadió:

—A alguien, ¿sabes? Estoy esperando a alguien.

Y Audrey pensó: «¿A quién estará esperando?». Como si John fuera de esas personas que esperan a alguien. Daba más la impresión de que la gente lo esperaba a él. La gente debía de esperar a John y él se presentaba o no, y la gente nunca se debía de enfadar con él, porque John era de esos tipos que la gente se siente afortunada de conocer, y si no se presentaba cuando decía, solo podía significar que le había surgido algo muchísimo más importante...

Audrey apartó la mirada. Se dio cuenta de que se le había quedado mirando mientras todos aquellos pensamientos le corrían por la mente.

—¿Azúcar? —preguntó.

John negó con la cabeza.

—Yo no tomo azúcar, Audrey. Ya lo sabes.

Y en aquel preciso momento ella supo que la suerte estaba echada, y que si no se presentaban, si los policías no acudían enseguida, él iba a marcharse, y sabría que algo iba mal y que Audrey le había traicionado de algún modo, y no volvería más durante un tiempo hasta que, una noche, en el patio trasero de su casa, mientras sacaba la basura al contenedor, oiría un ruido y sentiría un escalofrío por la columna, se volvería lentamente, con el miedo instalado en su pecho, y vería a John allí de pie, con aquella media sonrisa y los ojos entrecerrados, como el lagarto que tomaba el sol en una roca en Ixtapalapa, y sabría...

—¿Qué, Audrey, te encuentras bien? —preguntó John.

Ella sintió como si fuera a desmayarse.

—Estoy cansada —dijo, y en ese mismo momento supo que lo había dicho demasiado rápido.

¡Por Dios! ¿Qué diablos querían de ella? Lo suyo no era actuar. Para ella todo aquello era nuevo. Un tío entró a tomarse un café, y los polis tenían tantas ganas de hablar con él que se pasaron un par de horas en el local, e incluso pusieron una alarma tras el mostrador, un maldito botón que no funcionaba, y esperaban que mantuviera la sangre fría y que actuara como si todo fuera perfectamente...

Y entonces recordó algo, algo que había relegado al fondo de su memoria, y se preguntó si el hombre al que estaba mirando tenía algo que ver con las mujeres asesinadas...

El corazón le dio un salto.

—Deberías tomarte un día libre —sugirió John, y daba la impresión de que lo decía de verdad—. Caray, estás aquí día tras día. Deberías cerrar el local un par de días y tomarte un descanso...

—No me lo puedo permitir —dijo Audrey, haciendo un esfuerzo por parecer lo más tranquila posible—. Con lo que me cuesta este lugar, no me puedo permitir unas vacaciones. Ya sabe cómo es esto.

—Sí que lo sé —dijo él, y sonrió de nuevo.

Levantó la taza y le dio un sorbo al café, y en el mismo momento en que apartaba la mirada, Audrey vio a los dos inspectores entrando por la puerta.

John levantó los ojos y la miró.

No se volvió.

Ladeó la cabeza, y luego dijo algo que le hizo sentir como si la piel se le fuera a despegar del cuerpo, algo que Audrey recordaría varios días, algo como: «Ahí está. Eso es todo. Esto es lo que esperábamos...».

Y dijo:

—Son ellos, ¿verdad? Están aquí, ¿no?

Audrey retrocedió un paso.

Miller y Roth se situaron detrás de John.

Miller sacó su cartera, la abrió y dejó a la vista su placa.

—Soy el inspector Miller. Me pregunto si podríamos robarle unos minutos de su tiempo, señor.

Y John, sin bajar la taza de los labios ni volverse hacia ellos, asintió lentamente, cerró los ojos y respondió:

—Tengo todo el tiempo del mundo, inspector Miller..., todo el tiempo del mundo.

Después de aclararse la garganta, Alan Edgewood, decano del Mount Vernon College, hojeó la carpeta de color marrón que tenía delante hasta encontrar la página que buscaba. Sonrió, sacó la hoja del montón y luego miró a los policías que tenía delante, al otro lado de su enorme mesa. Se llamaban Riehl y Littman: el primero era un hombre de cabello gris y mediana edad, con cara de estibador de puerto; el segundo era un poco más joven, pero había algo en sus ojos que hacía pensar que pondría en duda todo lo que viera u oyera. Habían ido hasta allí para hablar del profesor Robey. Querían saber qué clases daba, quiénes eran sus estudiantes y cuánto tiempo llevaba trabajando en la facultad. Preguntaron de dónde había venido, sobre la naturaleza de su relación laboral, los términos de su contrato, su salario, su dirección; querían saber su número de la seguridad social, ver todos los documentos de identidad que hubiera en su dossier, y dónde se encontraba su plaza de aparcamiento en el campus. Querían saberlo todo. Ya eran más de las diez, llevaban allí más de una hora y daba la impresión de que acababan de empezar.

—Su currículum, ¿verdad? —preguntó Littman.

Edgewood les presentó aquella hoja de papel y asintió.

—Sí —dijo—, su currículum.

Riehl se cruzó de piernas y se apoyó en el respaldo de la silla.

—Dispare —dijo.

—Bueno, fue subdirector del Departamento de Lengua Inglesa en la NYSU...

Littman iba tomando notas. Levantó la vista y miró a Edgewood a la cara.

—New York... —explicó Edgewood.

—... State University —dijo Littman, y volvió a fijar la mirada en su cuaderno y escribió algo.

—Sí, como decía, fue subdirector del departamento de inglés en la NYSU, licenciado en Estudios Europeos en la Universidad de Oxford, en Inglaterra. Es licenciado en Filosofía por el Quincy College de Illinois, doctor en Sociología y Antropología... Es miembro del Comité de Lenguas Extranjeras del Ministerio de Defensa y también es miembro del equipo de conferenciantes del Great Books Program del Saint John's College de Santa Fe de Nuevo México —dijo Edgewood, sonriendo.

Aquello tenía mérito, era digno de mención. Ni Riehl ni Littman reaccionaron lo más mínimo.

Edgewood volvió a mirar aquella página.

—Fue profesor residente en La Salle de Filadelfia durante tres años, ha declarado ante el Congreso y ante las cámaras de Massachusetts, Filadelfia y Ohio, y también es

miembro vitalicio de la Academia Americana de las Artes y de las Ciencias.

Se produjo un silencio en el despacho, roto únicamente por el murmullo del papel al devolver Edgewood el currículum al dossier.

—¿Y dice que ha escrito algún libro? —preguntó Littman.

—Sí, agente, ha escrito algún libro.

—¿Firmados con su nombre o usando un seudónimo?

—Con su nombre. —Edgewood se puso en pie y se dirigió a las estanterías de la pared.

Tras escrutar los volúmenes un momento, sacó un par de libros finos de tapa dura que le dio a Littman.

—*Más fácil que respirar* —leyó Littman.

—Y el segundo —dijo Edgewood— se titula *Un monstruo sagrado*.

—¿Y de qué tipo son? —preguntó Riehl.

—¿De qué tipo?

—Sí. ¿Son... de misterio, de terror, románticos...? Ya sabe.

Edgewood sonrió comprensivo.

—No son como los de John Grisham o Dan Brown. Ni tampoco como los de Nora Roberts. Lo que escribe el profesor Robey cuestiona las ideas preestablecidas. El primer libro estuvo en las apuestas para el Pulitzer durante el año de su publicación.

—¿Y el segundo? —preguntó Riehl.

Edgewood negó con la cabeza.

—El segundo disgustó a demasiadas personas como para que lo tomaran en consideración. El profesor Robey escribió algunas cosas que no sentaron muy bien.

Littman frunció el ceño.

—¿Como qué?

—Abra el libro —dijo Edgewood—. Lea la primera línea del prólogo.

Littman abrió el libro, buscó la primera página escrita y leyó en voz alta: «De todas las organizaciones internacionales, la Iglesia católica es la más rica; la CIA la más poderosa. Y el jurado aún no se ha puesto de acuerdo sobre cuál es la más corrupta».

Edgewood se rio complacido.

—Esa, caballeros, no es la frase con la que empieza un libro ganador del Pulitzer.

—Ya entiendo —dijo Riehl—. ¿Y usted cómo lo ve?

—¿Que cómo lo veo? —repitió Edgewood—. Yo lo veo bien, agente. Raramente coge la baja.

—Como persona. ¿Cómo es como persona? —se corrigió Riehl—. Lo siento, eso era lo que quería preguntar.

Edgewood frunció el ceño.

—Estoy algo confundido con el motivo de su visita, caballeros. ¿Tengo algún tipo de obligación legal de responder a sus preguntas o están apelando simplemente a mi

generosidad? En realidad no me han explicado como correspondería por qué están aquí, y ahora mismo tengo a un profesor auxiliar dando la clase del profesor Robey, y aunque el sustituto es un docente perfectamente capacitado, desde luego no es él quien tendría que estar haciéndose cargo de la clase del profesor Robey.

Littman sonrió.

—No tiene usted ninguna obligación legal, señor Edgewood.

—Doctor Edgewood.

—Perdón, doctor Edgewood. Como le decía, no tiene usted ninguna obligación legal, aunque yo diría que nuestras preguntas tienen cierta importancia.

—Lo cual implica que el profesor Robey está a malas con ustedes, ¿no?

Littman miró a Riehl, Riehl le devolvió la mirada y luego miró al decano.

—Respóndanme claramente y los ayudaré —dijo Edgewood—. Tómense el pelo y les pediré que se marchen. Educadamente, por supuesto, como corresponde a una persona de bien que soy, pero aun así les pediré que se marchen.

—El profesor Robey está colaborando con nosotros en una investigación —dijo Littman.

—¿Lo han detenido?

—No, no ha sido detenido.

—¿Y dónde está ahora?

—Está con uno de nuestros investigadores —respondió Littman.

—¿Y se le está interrogando sobre algo que creen que puede haber hecho o sobre algo que podría saber?

—Eso no podría decírselo —dijo Riehl.

Edgewood asintió. Se recostó en su silla y se volvió ligeramente hacia la ventana.

—John Robey lleva aquí desde mayo de 1998. Nos consideramos muy afortunados de tenerlo con nosotros. Es un gran activo de la facultad. Hay muchos estudiantes que se han matriculado simplemente porque John Robey enseña aquí. Sus padres sabían quién era él, por su nombre y su reputación, y querían que sus hijos aspirantes a escritores se formaran en el mundo de la literatura de su mano. —Edgewood inspiró profundamente y suspiró—. John Robey es un enigma para mí, caballeros. No se da importancia, y sin embargo sabe que es importante. No se enfrenta a las cosas con intensidad, y sin embargo es una de las personas más intensas que he conocido nunca. Es un hombre callado... —Edgewood hizo una pausa y apartó la mirada un momento—. Pero los chinos ya dicen que un hombre callado, o no sabe nada, o sabe tanto que no necesita decir nada en absoluto. Si eso es cierto, yo situaría a John Robey en la segunda categoría. Por lo que yo sé, no tiene vicios. No bebe, ni fuma, y en cuanto a las mujeres, podría triunfar entre las del profesorado, pero no parece interesado. ¿Podría ser gay? Estoy seguro de que no. ¿Toma drogas? Dios sabe, pero si lo hace lo disimula tan bien que yo mismo juraría que no las toma, ni las ha tomado nunca. ¿Qué pienso de él como educador, como intelectual y como

profesor? Lo tengo en la más alta consideración, aunque eso no significa necesariamente que apruebe o tolere todos sus métodos didácticos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Littman—. ¿Qué es lo que usted no aprueba?

Edgewood sonrió. Se esperaba la pregunta. Se acercó a la ventana emplomada, con un vitral central de rombos rojos y verdes. A través de la ventana, los arces de hierba se veían de un marrón anodino, los caminos limpios y los parterres de flores perfectamente podados para el invierno.

—Durante el tiempo que lleva aquí, John Robey me ha venido a ver una cantidad de alumnos nada desdeñable. No es que critique a sus alumnos, pero los desafía con agresividad. Será que es un hombre apasionado... —Edgewood juntó las manos tras la espalda y cerró los ojos un momento—. El mundo académico es otro mundo, caballeros —dijo en voz baja—. Mientras que algunos buscan la emoción en las persecuciones de coches y las armas de fuego, en los círculos académicos descargamos adrenalina con cosas mucho más tranquilas y cerebrales: un nuevo texto de Norman Mailer. Una colección de poemas antes desconocidos de Emily Dickinson... —Sonrió—. Entiendo que cosas así puedan parecerles absolutamente insignificantes, y quizá lo sean, pero el hecho es que el hombre lleva mucho más tiempo contando historias que colándose en viviendas y robando cosas. John Robey es un «hombre de extremos», podríamos decir. No tolera la complacencia, la falta de profesionalidad, la mediocridad. Preferiría que un alumno le entregara un texto de una prosa terrible en el que creyera a que le presentara una gran composición literaria que no le hubiera costado ningún esfuerzo. No se mete con sus estudiantes por lo que hacen, sino por lo que no hacen. Pone el listón muy alto, y exige que cada alumno se ajuste a ese nivel en la medida en que pueda.

—¿Ha dicho que ha habido estudiantes que se le han presentado llorando? —preguntó Riehl.

—Llorando, sí —dijo Edgewood, alejándose de la ventana y sentándose de nuevo a su mesa—. Por alguna cosa que a ellos les parecía imposible. El profesor Robey les pide diez mil palabras al mes. Un escritor profesional podría producir esa cantidad de palabras en un día o dos, pero estos estudiantes no son escritores profesionales. Lo que son y lo que aspiran a ser no son lo mismo. Robey los presiona para que corran antes de que hayan aprendido siquiera a caminar, y aunque ese es su método, y aunque ha obtenido repetidamente mejores resultados que ningún otro de nuestros profesores, lleva a los alumnos a extremos que en ocasiones han provocado quejas del Consejo de Dirección y del grupo de padres y alumnos.

—¿Y no ha habido respuestas airadas a sus métodos?

—¿Respuestas airadas? Siempre hay respuestas, agente, pero por mucho que digan, no pueden negar los resultados, las estadísticas de rendimiento. Independientemente de lo que pueda decir un padre sobre lo afectado que está su hijo o su hija, en sus ojos siempre se puede ver cierta gratitud por contar con alguien

como Robey. Esta universidad no es barata, agente, y a los padres les gusta saber que a sus hijos se les exige.

—Tiene muy buena opinión de él —observó Littman.

—Tengo muy buena opinión de él y le tengo envidia, pero en otras ocasiones me alegro mucho de no parecerme en nada a él.

—¿Y cómo es eso?

—Porque no tiene vida propia —respondió Edgewood—. No tiene esposa, ni hijos, ni intereses. Se presenta en las reuniones de padres y alumnos solo porque su contrato estipula que no puede faltar. Es brusco con la gente, es un solitario, tiene menos sentido del humor que un enterrador. Puede mirarte de un modo que te haga sentir que no eres nada, y luego puede decir algo que te haga ver que te entiende mucho mejor de lo que pensabas...

Edgewood paró en seco. Por un momento pareció incómodo. Frunció el ceño, meneó la cabeza casi imperceptiblemente y sonrió.

—Lo siento —se disculpó—. Estoy divagando. Entenderán que lo que les estoy contando es simplemente mi opinión personal del profesor Robey... —Se rio algo nervioso—. En realidad no querría que él pensara que he estado hablando sobre aspectos extraacadémicos de su vida...

Littman mostró una sonrisa tranquilizadora.

—No se preocupe, doctor Edgewood, no se preocupe. Solo estamos indagando sobre el profesor Robey como persona, cómo se le ve en la facultad, lo que pueden pensar de él sus colegas y compañeros. Evidentemente, al ser el decano, usted está mejor cualificado que nadie para...

—No estoy de acuerdo con usted, agente —le interrumpió Edgewood—. Puede que sea yo quien contrató al profesor Robey, pero no trabajo con él constantemente. Los auxiliares de su departamento y sus estudiantes estarán mucho mejor cualificados para expresar una opinión precisa sobre sus modos y su actitud en el día a día. Yo lo veo en el pasillo. Nos cruzamos, nos saludamos con respeto, pero raramente hablamos. Lo veo una vez al mes para la reunión de seguimiento, y esas reuniones son relativamente breves y unidireccionales. Yo le comunico las cuestiones en las que se han registrado preguntas o, de haberlas, quejas. Él toma notas, masculla unas palabras de conformidad, y luego... —Edgewood sonrió y se calló.

—¿Qué? —insistió Riehl.

—Siempre acabamos hablando del libro que amenazo con escribir.

—¿Está escribiendo un libro?

—Amenazo con escribir un libro, agente. El profesor Robey es mi conciencia literaria, mi supervisor. Él me anima a que escriba, pero yo no lo hago. Racionalizo y me justifico, y él me dice que mis excusas son más pobres que las que le ponen sus estudiantes. Los dos nos reímos del asunto, pero sé que lo hace con buena voluntad.

En el despacho se produjo un silencio que duró unos cuantos segundos.

—¿Hay algo más, caballeros?

—¿La facultad abre los sábados? —preguntó Littman.

—Sí abre, sí, para estudios extracurriculares. Se abre la biblioteca, y vienen unos cuantos tutores que complementan su sueldo con clases complementarias. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Guardan algún registro de quién da esas clases?

—Sí, claro.

—Y el profesor Robey... ¿Nos puede decir si estuvo aquí el sábado 11 de noviembre?

—Sé que no estuvo aquí —respondió Edgewood.

—¿Y eso?

—Porque la universidad estaba cerrada por el Día de los Veteranos.

Littman y Riehl no dijeron nada.

—Bueno, caballeros, ¿hay algo más? —repitió Edgewood.

—No creo —respondió Littman—. Solo agradecerle su tiempo y su amabilidad.

Riehl se dispuso a levantarse de la silla.

—Un momento —dijo Edgewood, alzando la mano—. Les agradecería que me dieran una estimación del tiempo que retendrán al profesor Robey. Si tengo que contratar a sustitutos durante un tiempo... Bueno, no se imaginan la cantidad de papeleo que supone, por no hablar del gasto.

—Ahora mismo no tenemos una previsión...

—Venga ya, agente. Suena como Richard Nixon. Lo único que quiero es hacerme una idea de cuánto tiempo puede ser.

Littman se le acercó con gesto serio.

—Doctor Edgewood, entiendo su situación, de verdad, pero nosotros también estamos en un momento bastante impredecible. Existe la posibilidad de que el profesor Robey pueda ayudarnos en nuestra investigación, y si es así quizá le lleve un tiempo. Si no, supongo que lo sabremos antes de que acabe el día, y podría estar de regreso por la mañana. Eso, francamente, es todo lo que podemos decirle.

—¿Y ese asunto en el que quizás, o quizá no, pueda ayudarlos?

—Lo siento, señor, pero la verdad es que no puedo contarle nada más.

—Muy bien, pues —dijo Edgewood, y se puso en pie.

Riehl y Littman hicieron lo propio y se dirigieron hacia la puerta.

Edgewood llegó antes, les abrió y les indicó la salida.

—Por favor, comuníqueme mis mejores deseos al profesor Robey —dijo—. Díganle que todos estamos esperándole.

—Por supuesto —respondió Littman.

Edgewood se quedó mirando cómo se marchaban con una expresión de genuina curiosidad en el rostro, y quizá con una pizca de sensación de culpa por haber dicho tanto sobre Robey. Quizá no habría hecho falta ser tan explícito, pero ahora ya estaba hecho, y si John Robey era el hombre que Edgewood creía que era..., bueno, en ese

caso sería perfectamente capaz de cuidarse. El decano volvió a entrar en su despacho y cerró la puerta delicadamente tras él.

—Soy el inspector Robert Miller.

Robey asintió. No dijo nada.

—¿Y usted se llama...?

—Robey. Soy el profesor John Robey.

—Quería hacerle unas preguntas, profesor Robey.

Robey sonrió.

—¿Sobre qué?

—Sobre algunas personas que puede que conozca.

—No conozco a muchísima gente, inspector. La gente de letras solemos llevar una vida solitaria, ¿sabe?

—Lo entiendo, señor, pero creo que igualmente podría ayudarnos.

Robey mantuvo silencio por un momento. Miró hacia la puerta del café, por la ventana de la derecha, y luego volvió a girarse hacia Miller.

—Si tienen pensado retrasarme, lo menos que pueden hacer es enviar a alguien a la universidad. Que diga que me han detenido y que me disculpe. ¿Lo harán?

—Puedo encargarme de eso —dijo Miller.

—Se lo agradecería.

—Así pues, ¿quiere sentarse un momento conmigo? —Miller señaló la mesa junto a la ventana.

Metz y Oliver estaban en un coche, en la acera opuesta, con una visión perfecta de la ventana. En el edificio de enfrente, tercera planta, Miller tenía dos agentes del SWAT. No estaban en estado de máxima alerta, pero estaban ahí por si acaso Robey se ponía tonto o intentaba salir corriendo.

Robey se llevó su café a la mesa y se sentó. Miller se sentó enfrente. Roth se quedó en un taburete, en la barra.

—Parece cansado, inspector Miller.

—He estado muy ocupado buscándole —dijo Miller.

—¿A mí? ¿Y por qué motivo me buscaba a mí?

Miller miró fijamente a Robey. Debía de tener cuarenta y tantos años, el cabello castaño claro, con mechones grises en las sienes, iba recién afeitado y tenía rasgos duros. Sus ojos eran de un color extraño —ni gris, ni verde, ni azul, algo a medio camino— y estaban rodeados de una serie de patas de gallo y de finas marcas de expresión que le surcaban toda la cara. Mostraba la actitud de quien está ya de vuelta. Miller no encontraba otra forma de describirlo. A diferencia de tanta gente —siempre a la espera de un cambio, o de camino hacia una vida mejor—, Robey parecía haber llegado a la meta. No estaba nervioso, no había reaccionado a la defensiva al

acercársele Miller, ni cuando le había pedido que le respondiera a unas preguntas. Su conducta era, ni más ni menos, la de alguien que ya se esperaba aquel encuentro.

—Hemos estado buscándole a causa de unas fotografías —dijo Miller.

—¿Fotografías? —Robey levantó su taza y le dio un sorbo al café.

Echó un vistazo al coche aparcado junto al bordillo, al otro lado de la calle, y volvió a mirar a Roth, en el mostrador.

—¿De los suyos? —preguntó Robey.

Miller asintió.

—¿Por mí?

—Estamos con algo importante, profesor Robey, y hemos llegado a un punto en el que pensamos que usted podría ayudarnos.

—Ha mencionado unas fotos.

—Sí.

—¿De qué?

—De quién —respondió Miller—. Fotografías tuyas con una mujer llamada Catherine Sheridan.

—¿Catherine qué? ¿Sheraton?

—Sheridan. Catherine Sheridan.

Robey asintió comprensivo.

—He tenido una vida, inspector Miller. He recorrido el mundo varias veces. He conocido a cientos, si no ya miles, de personas, y no puedo decir que recuerde a ninguna Catherine Sheridan. No es un nombre que me venga inmediatamente a la mente.

—Pensaba que los hombres de letras llevaban vidas solitarias.

Robey se rio, pero no cuestionó el comentario de Miller.

Miller metió la mano en el bolsillo de su chaqueta. Sacó una copia de una de las fotografías halladas bajo la alfombra de Catherine Sheridan y la deslizó sobre la mesa, poniéndosela delante a Robey. Robey sacó unas gafas del bolsillo superior de su americana. Dedicó un momento a limpiárselas con una servilleta de la mesa y luego se las puso, cogió la fotografía y se la quedó mirando un momento. Meneó la cabeza. Le devolvió la fotografía a Miller y se quitó las gafas.

—Lo siento —dijo—. No creo que pueda ayudarle en esto, inspector Miller. No recuerdo el rostro de esa mujer y, como le he comentado, el nombre no me dice nada.

—¿A pesar de que se fotografiara con ella?

Robey volvió a mirar el coche, y luego a Miller.

—Llevo en el Mount Vernon unos cuantos años —dijo—. Antes de eso viajé mucho, en gran parte por trabajo, aunque otros viajes fueron de placer. En su fotografía no se ve el entorno lo suficiente como para determinar dónde podría haberse tomado. Quizá sea alguien que conocí, quizá la esposa de algún turista que quiso tomarse una fotografía conmigo después de que yo les hiciera una a ellos. Podría ser también de un grupo de asistentes a un ciclo de conferencias, en algún

campus universitario, o algo así. Esas cosas ocurren, ¿sabe? Te encuentras con extraños, y por un momento hay algo..., como ahora, quizás. —Robey señaló hacia el café, a su alrededor—. Alguien nos ve aquí, quizás hasta nos hace una foto, y podría parecer que nos conocemos. ¿Por qué si no íbamos a estar sentados en la misma mesa tomando café? Podríamos parecer amigos, o incluso colegas. Pero no, no somos ninguna de las dos cosas, y no nos conocemos, nunca antes nos hemos visto, y las posibilidades de que volvamos a vernos son exiguas, como mucho. Una apariencia, inspector Miller. Lo que uno ve y lo que supone muy raramente son la misma cosa.

Miller asintió despacio.

—¿Ha oído hablar de una mujer llamada Natasha Joyce? Tiene una hija pequeña que se llama Chloe. Vive en un barrio de viviendas subvencionadas entre Landover Hills y Glenarden...

—¿Natasha, dice?

—Natasha Joyce, sí.

—Vaya, lo siento. Estaba pensando en otra persona. Una estudiante que tuve hace un tiempo. Creo que se llamaba Natasha, pero no creo que su apellido fuera Joyce.

—Entonces, ¿no conoce a nadie que se llame Natasha Joyce?

—No creo, pero ahí me tiene, en una fotografía con alguien que ni siquiera recuerdo, así que... ¿Quién sabe? ¿Eh? Me pregunto cuánta gente conocemos durante nuestras vidas, oímos sus nombres y en cuanto los oímos los olvidamos. Y también nos olvidamos de sus caras, estoy seguro. Usted debe de encontrarse con eso en su trabajo.

—Yo tengo la suerte de tener una memoria excepcionalmente buena para los nombres y para las caras.

—Pues sí, eso es una verdadera suerte, inspector. Y que se dedique a un tipo de trabajo en el que esa facultad resulte tan útil.

—¿Conoce a un tal Darryl King?

Robey se mostró pensativo, torció las comisuras de la boca hacia abajo, y luego —una vez más— negó lentamente con la cabeza.

—No me suena —dijo. Sonrió y soltó una risita contenida—. No estoy resultándole muy útil, me parece, ¿no?

—El motivo de que se lo pregunte, profesor Robey...

—Por favor, inspector, me llamo John... Solo mis alumnos me llaman «profesor».

—Muy bien. Pues el motivo de que se lo pregunte, John, es que Natasha Joyce confirmó que usted había ido a ver a su novio, ese Darryl King, hace unos años. Según parece, usted fue a ese barrio de viviendas protegidas con esta tal Catherine Sheridan, y estaban buscando a Darryl King. No lo encontraron, y usted habló con esta tal Natasha Joyce...

—Ese «según parece» es la clave en este caso, inspector... Puede que me cueste recordar algunas cosas, pero ese viaje a los suburbios del que habla, acompañado de

esa tal Sheridan, para ver a alguien... No creo que pudiera olvidárseme algo así. Esa mujer, Catherine Sheridan, ¿puede confirmar que esas visitas se produjeron?

Miller negó con la cabeza.

—Desgraciadamente, está muerta.

Robey levantó una ceja. Parecía sorprendido, casi afectado.

—Lo siento —dijo en voz baja—. Bueno, quizás esa tal Natasha Joyce podría...

—Ella también está muerta —le interrumpió Miller.

Robey frunció el ceño.

—No lo entiendo. ¿Usted cree que tengo alguna relación con dos mujeres de las que nunca he oído hablar y que están muertas las dos?

—Pues sí —dijo Miller—. Usted visita a alguien, le identifican por la fotografía, y usted niega que eso ocurriera.

—¿Y por qué cree que yo podría ayudarle? —preguntó Robey.

Echó un vistazo a su reloj, y con esa sencilla acción Miller se dio cuenta de que no tenía motivo para retener a aquel hombre, ninguno en absoluto.

—¿Dónde estaba usted a media tarde del sábado 11 de noviembre?

Robey se quedó pensando. Cerró los ojos un momento y luego sonrió.

—Sí, claro. El sábado 11. Estaba en la pista de hielo de Brentwood Park. Voy allí un sábado de cada dos, para ver la sesión de entrenamientos.

—¿Sesión de entrenamientos?

—La pista de hielo se cierra por la tarde, al menos de dos a cinco. Una de las patinadoras del equipo olímpico entrena allí, y yo voy a verla.

—¿La conoce?

—No, no personalmente. He hablado con ella en un par de ocasiones, pero en realidad no la conozco.

—Y si la pista de hielo está cerrada, ¿cómo es que le permiten entrar?

—Conocí a su entrenador hace unos años. Era un buen hombre. Ahora está muerto, pero su ayudante ha ocupado su puesto, y sabe que éramos buenos amigos. Me deja entrar a ver los entrenamientos.

—¿Y ella cómo se llama?

—Sarah Bishop.

—¿Y el entrenador?

—¿El que murió o el de ahora?

—El de ahora.

—Se llama Amundsen, Per Amundsen.

—¿Y podrían confirmar que efectivamente estaba usted allí el sábado 11, entre las dos y las cinco de la tarde?

—Claro que sí —dijo Robey—. Aparte de ellos, soy la única persona que está allí. Me siento atrás. No los interrumpo. Veo el entrenamiento y luego me voy a casa.

—Muy bien, profesor. Tendremos que verificar su coartada...

—¿Coartada? —exclamó con evidente sorpresa—. ¿Considera que necesito una coartada para algo?

—Desde luego, claro que sí —respondió Miller. Estaba cansado, harto y había algo en aquella naturalidad con que hablaba Robey que le tocaba las narices—. Tengo dos mujeres muertas, ambas relacionadas con usted...

—Usted dice que están relacionadas, pero ninguna de ellas puede confirmarlo.

—Porque están muertas, profesor Robey...

—... John.

—Lo que usted diga —dijo Miller con un tono agresivo—. Tengo dos mujeres muertas, una fotografía suya con una de ellas y una declaración de la segunda en la que afirmaba que usted la visitó.

Robey aspiró lentamente y luego echó el cuerpo hacia delante.

—Lo que usted dice no tiene fundamento, inspector Miller. Es la palabra de una mujer muerta que no conozco contra la mía, así que, si no hay nada más...

Miller sintió que apretaba los puños involuntariamente.

—Necesito su dirección y su número de teléfono.

—¿Habrá más preguntas?

—Sin ninguna duda. Estamos investigando una serie de incidentes, y estoy seguro de que habrá más preguntas.

Robey sonrió.

—Habla usted como en una película de la tele.

Miller soltó una risa espontánea que casi le sorprendió a sí mismo. Se había creado una tensión innegable entre ambos, y en aquel momento se rompió inesperadamente, casi sin ningún esfuerzo. Un simple comentario de Robey, «Habla usted como en una película de la tele», y Miller sintió que algo cedía. Era casi una reacción fisiológica, la sensación de algo tenso en su interior se había soltado. Miró al hombre que tenía delante, a ese profesor John Robey —un hombre que estaba convencido de que le daría algo consistente con lo que trabajar, algo que le ayudara a aclarar el caos que habían instaurado aquellos asesinatos en el departamento de policía, en toda la ciudad—, y Robey no le había dado nada.

—¿Pensaba usted que yo podría ayudarle con lo que fuera que están investigando, inspector?

—Pensé que podría decirnos algo de esta mujer, Catherine Sheridan.

—Ya sé lo que es eso. Aparece una borrasca, y uno se cree que va a caer una tormenta... pero no es así. Lo siento.

Miller no respondió.

—¿Esas mujeres han muerto asesinadas? —preguntó Robey.

—No puedo hablar de eso con usted. Ya ha respondido a mis preguntas. Entiendo que tendrá asuntos de los que ocuparse.

Robey metió una mano en el bolsillo de su americana. Sacó su cartera y extrajo una tarjeta de visita. En la parte de atrás escribió su dirección personal y su número

de móvil. Le entregó la tarjeta a Miller y se puso en pie.

—Tengo que pedirle que no salga de la ciudad, profesor Robey —dijo Miller.
Robey sonrió.

—No tengo intención de salir de la ciudad, inspector —dijo.

Recogió su abrigo, su maletín y, sin añadir una palabra, salió del café. Miller se le quedó mirando mientras se ponía en marcha en dirección al Mount Vernon College.

Un momento después, Metz y Oliver se reunieron con Miller y Roth en el café.

—Profesor John Robey —dijo Miller—. Da clases en el Mount Vernon College. Vive en la ciudad, en New Jersey Street con Q Street. No conoce a Catherine Sheridan. Dice que no recuerda haberse hecho esa fotografía con ella. Da ciclos de conferencias, visita campus universitarios, ese tipo de cosas. Dice que una fotografía así podrían habérsela hecho sin tener por qué conocer a todos los presentes. Afirma que nunca ha oído hablar de Natasha Joyce ni de Darryl King. Se ha mostrado muy cooperador, pero no me ha dado nada.

—¿Y el sábado en que mataron a Sheridan? —preguntó Roth.

—El profesor Robey estaba viendo un entreno de patinaje en la pista de hielo de Brentwood Park entre las dos y las cinco.

—¿Cómo explica eso que ella tuviera tres fotos en las que aparecen juntos?

—Eso no se lo pregunté; no he querido enseñarle todas nuestras cartas —explicó Miller—. Tengo que comprobar su coartada. Si estaba en la pista de hielo, simplemente habrá que preguntarle por las fotos. Si no estaba allí, o si no podemos corroborar su coartada, entonces tendremos suficiente como para registrar su casa y ver si hay algo que lo relacione con Sheridan. Ahora mismo, tal como van las cosas, quiero asegurarme de que guardamos todos los recursos posibles para nosotros. Si cree que no tenemos nada más que una fotografía que lo relacione con Sheridan, no se pondrá tan a la defensiva.

—¿Crees que ha sido sensato dejar que se marchara? —preguntó Oliver.

—No tenemos nada para retenerle. ¿Por qué íbamos a detenerle? No tenemos nada más que las tres fotos. Él afirma que no la recuerda. Dice que no conoce a Natasha Joyce ni a Darryl King. Tenemos que encontrar algo, o pillarle en una mentira. Entonces estaremos en posición de actuar.

—Así que vamos a Brentwood Park —dijo Roth.

Miller se volvió hacia Oliver.

—Vosotros esperad a que lleguen Riehl y Littman, y luego volved a comisaría y decidles que pongan por escrito todo lo que le hayan sacado al decano o en la facultad. Luego esperad a que os llame para decidir adónde vamos, ¿de acuerdo?

Miller y Roth se quedaron en la mesa junto a la ventana. Audrey volvió a aparecer, les trajo café y le preguntó a Miller si todo iba bien.

—Todo lo bien que puede ir —dijo él—. Gracias por su ayuda. Ha hecho algo muy importante.

Audrey vaciló por un momento.

—¿Es él? Parecía como si estuviera esperando a alguien, y estoy muy preocupada...

—Descubriremos si es alguien del que haya que estar preocupado mucho antes de que vuelva, ¿de acuerdo?

—¿Me lo promete?

—Se lo prometo, sí. Usted siga con lo suyo como si no hubiera pasado nada. Todo irá bien.

—Confío en ustedes. Los he ayudado, pero no quiero que algún psicópata piense que le he tendido una trampa.

—Audrey, de verdad, no pasa nada. De momento no es más que un profesor de universidad. No ha hecho nada malo, que sepamos.

Ella soltó una risita.

—Lo siento, no quería...

—Está bien. No hay ningún problema. Vamos a asegurarnos de que nadie pueda hacer nada malo a cinco manzanas a la redonda, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Gracias. —Audrey sonrió a Miller y a Roth; luego volvió tras la barra y empezó a prepararse para el jaleo del almuerzo.

—¿Entonces? —preguntó Roth.

—Hay algo en ese tipo... —dijo Miller—. Esa ausencia total de sorpresa. Como si supiera lo que se le venía encima y estuviera preparado.

—Joder, Robert, eso no nos sirve de nada. Lassiter se va a tirar de los pelos. Creo que no deberíamos haberle dejado marchar.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Qué lo arrestara? ¿Por qué? ¿Qué demonios ha hecho?

—Podrías haberle presionado más con lo de las fotos. No era una sola foto, eran tres. ¿Una foto? Sí, vale, puede ser... Alguien podría haberse tomado una foto con un extraño sin saberlo. Pero ¿tres?

—Sé lo que me hago, Al. Tienes que confiar en mí. Sé lo que me hago.

—Me ayudaría si supiera qué narices estás haciendo, Robert. Cuando Lassiter venga y me pregunte por qué hemos dejado que se fuera el tipo, ¿qué le digo?

—Dile que hable conmigo.

Al Roth se quedó callado un momento. Le dio un sorbo al café. Parecía estar relajándose, calmándose, intentando ordenar las ideas y entender lo ocurrido.

—¿Y cómo se llama?

—Robey —respondió Miller—. John Robey.

—Estás de broma, ¿no?

Miller frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No, ¿por qué?

—Ese es el nombre del personaje de Cary Grant en *Atrapa a un ladrón*.

Miller sacó la tarjeta de Robey de su bolsillo y se la pasó a Roth.

—Mira —dijo—. PROFESOR JOHN ROBEY, MOUNT VERNON COLLEGE.

—Se escribe diferente —observó Roth—. El de la película es R-O-B-I-E, pero en cualquier caso es...

Miller agitó la mano en señal de desinterés.

—No es nada. No es más que el nombre del tipo.

—Entonces, comprobamos su coartada, ¿y luego qué?

—Depende de si se sostiene.

—¿Y si es así?

—Ya veremos cuando llegue el momento.

Para cuando dieron con Sarah Bishop ya era casi mediodía. En un gimnasio de Penn Street, a apenas medio kilómetro de la pista de hielo. Lassiter había llamado tres veces. Miller había hablado con él, y las tres veces la conversación había sido breve y expeditiva. Lassiter quería saber si habían encontrado a la tal Bishop. Quería saber justo lo que se imaginaba Roth. ¿Por qué no le había enseñado a Robey las tres fotografías? ¿Por qué había dejado que se fuera? Ya sabía las respuestas, pero eso no le ayudaba a superar la frustración.

Sarah Bishop estaba en el bar del gimnasio. Vestida con un chándal, con el cabello recogido en una coleta. Miller pensó que tendría veintiuno o veintidós años. Era una chica guapa, de cabello oscuro, casi mediterránea; de esas que preferiría competir a ingresar en el equipo de animadoras, que preferiría estudiar idiomas en lugar de estudios sociales. Parecía sorprendida por el repentino interés de dos inspectores de la policía de Washington, y tenía curiosidad por saber cómo la habían encontrado.

—Hemos hablado con alguien en la pista de hielo —le dijo Miller—, y nos han dado el número de teléfono de tu entrenador. Él nos ha dicho que estarías en casa, en la biblioteca o aquí. Hemos probado en la biblioteca, y luego aquí. Ha dicho que no nos daría tu dirección de casa hasta que no probáramos en la biblioteca y en el gimnasio.

—¿Y qué es lo que ocurre? ¿Pasa algo? ¿Ha habido un accidente, o algo?

—No —dijo Miller, sonriendo—. Nada de eso. —Miró alrededor y vio que la gente que poblaba el bar estaba enfrascada en sus propios asuntos—. ¿Podemos sentarnos?

—Claro —respondió Sarah Bishop—. Pónganse cómodos.

Roth cogió una silla de otra mesa.

—Queríamos preguntarte por alguien —dijo Miller—. Tengo entendido que entrenas en la pista de hielo de Brentwood Park un sábado de cada dos.

Sarah asintió. Desenroscó el tapón de una botella de agua mineral y echó un trago.

—Un sábado de cada dos voy por allí a ver a mi padre. Mis padres han acordado una separación de prueba, ¿saben? Tienen muchas tonterías. Quiero decir que, maldita sea, llevan juntos ciento cincuenta años, y no van a encontrar a nadie mejor. Están siendo de lo más infantiles.

—Lo siento —dijo Miller—. Eso debe de ser duro.

Sarah se rio.

—A veces me pregunto si no hemos venido de otro planeta, ¿sabe? Somos todos tan diferentes... Quiero decir que, venga ya... ¿Una separación de prueba? ¡Por Dios! ¿Eso qué es?

—Vale, o sea que entrenas ahí un sábado de cada dos.

—Sí, y casi todas las semanas también los lunes y martes a última hora.

—¿Y estás en el equipo nacional olímpico?

Sarah se rio, y a punto estuvo de atragantarse con el agua.

—No, por favor. ¿Quién les ha dicho eso? ¿Ha sido Per? No, no estoy en el equipo olímpico. Ya querría, pero... ¿tienen idea de lo que cuesta llegar a eso? No se creerían el nivel que hay que tener... Y, además, ahora ya soy un poco demasiado mayor.

—¿Demasiado mayor? —preguntó Miller incrédulo.

—Tengo veintidós años —dijo ella—. Créanme, para el patinaje olímpico, eso es ser un poco demasiado mayor. Tal como van las cosas probablemente acabe de entrenadora, pero aún patino casi cada día. Tiene que gustarte mucho para que dejes que sea el centro de tu vida.

—Yo quería preguntarte por el día 11 —dijo Miller—. El sábado pasado.

—¿Sobre qué?

—Sobre quién estaba en Brentwood mientras entrenabas.

—El sábado pasado no entrené.

Miller frunció el ceño.

—¿No entrenaste?

—No, el sábado pasado no. El sábado pasado fuimos los tres a esa celebración del Día del Veterano, ¿sabe? Se celebró un servicio conmemorativo por donde vive mi madre, y tuvimos que ir hasta allí. Mi abuelo, el padre de mi madre, murió en Vietnam cuando mi madre tenía trece o catorce años, y cada año vamos a la iglesia y pasamos el día con mi abuela, y luego todos se sientan, miran fotografías y cosas así. Es bastante triste, ¿sabe? Mi abuela es muy mayor, y nunca se volvió a casar; se pasa el día hablando de cómo era su marido y todo eso. Está un poquito loca, supongo. ¿Sabe lo que quiero decir?

Miller sentía la nariz despejada. Y la presencia de Roth a su lado. Robey les había mentado. Una mentira directa. Había dicho que había estado en un lugar en el que no había estado. Había dado su ubicación en el momento del asesinato de Catherine Sheridan, y esa ubicación era falsa.

—¿Estás segura de eso? —insistió Miller.

—¿Segura de qué? ¿De que mi abuela está loca?

Miller intentaba contenerse, intentaba no mostrar ninguna emoción.

—No, sobre dónde estabas el sábado pasado.

—Claro que sí. Era el Día del Veterano, ¿no? Eso fue el sábado. Pasé todo el día con mi madre y con mi padre... No le han dicho a mi abuela lo de la separación, ¿sabe? No le han dicho una palabra porque quizá... le daría un infarto o algo así. El

caso es que pasamos todo el día juntos. Iglesia por la mañana, y luego estuvimos en casa de mi abuela, en Manassas. No volvimos hasta pasadas las ocho. Lo recuerdo porque había algo que quería ver en la tele y ya casi había acabado para cuando llegué a casa.

—Muy bien, Sarah. Eso es estupendo. Te agradecemos muchísimo tu ayuda.

—¿Y qué importancia tiene dónde estuviera? ¿Qué es lo que era tan importante?

—Solo necesitábamos aclarar dónde estabas, eso es todo.

Sarah frunció el ceño.

—Venga, hombre. Eso no es justo. No pueden presentarse aquí, preguntarme dónde estaba el sábado pasado y luego marcharse como si tal cosa. Eso no está bien. ¿Qué es lo que pasa? ¿Les ha dicho alguien que yo estaba en algún otro sitio? ¿Estoy metida en algún lío?

—No, no estás en ningún lío —dijo Miller, negando con la cabeza—. Y, no, nadie ha dicho que estuvieras en ningún sitio. Pero alguien dijo que te vio en Brentwood, eso es todo.

—¿Fue John?

Miller se quedó de piedra.

—John Robey, ¿verdad? ¿Ha dicho que yo estaba en la pista de hielo el sábado pasado?

—Sí, la verdad es que sí.

—Y ahora está con la mierda hasta el cuello, ¿no? ¿Ha hecho algo? ¿De eso se trata? ¿Les ha dicho que estuvo en Brentwood, y acabo de desmontar su coartada?

Miller intentó reírse, tomarse a chanza aquel comentario. Había dado en el clavo, pero no podía hacerse una idea de la importancia de lo que había hecho.

—¿Conoces a John Robey?

Sarah negó con la cabeza.

—No, no directamente. Mi entrenador, Per Amundsen, antes no era mi entrenador. Cuando yo era más joven tenía otro entrenador, Patrick Sweeney. Era un tío estupendo, un encanto. Un tío duro, ¿saben? Justo lo que debe ser un entrenador. Pero además era fantástico. Y murió. Per era su ayudante, y entonces se convirtió en mi entrenador. Bueno, el caso es que John conocía a Patrick Sweeney. Creo que eran amigos de tiempo atrás. Se mantenían en contacto. John solía venir a ver a Patrick, y así es como lo conocí. Digo que lo conocí, pero en realidad no lo conozco mucho. Él viene y se sienta al fondo de la pista. Hay asientos para que las familias puedan ver a sus hijos cuando vienen a patinar, ese tipo de cosa. El caso es que John viene un sábado sí, un sábado no, y me ve entrenar. Le gusta ver la rutina de Edith Piaf.

—¿Perdón?

—Una rutina que hago. La música que usamos es una canción de Edith Piaf llamada «C'est l'amour». John dice que esa es la que debería usar para las pruebas de selección para el equipo olímpico en febrero del año que viene.

—Pero no el sábado pasado.

Sarah Bishop negó con la cabeza.

—No, el sábado pasado no, y si le he metido en problemas porque yo era su coartada y no ha funcionado..., ¿le dirán que lo siento, por favor?

—Está bien —la tranquilizó Miller—. No es nada de eso. Has sido muy amable, y te agradecemos el tiempo que nos has dedicado.

—Pero... ¿eso que quizás haya hecho es algo malo? —insistió Sarah.

—No puedo decir nada, Sarah, de verdad que no puedo. Lo que hacemos es esto: tenemos una duda sobre algo, y tenemos que seguir la pista. Nueve veces de cada diez no significa nada.

—Saben que es un tipo muy inteligente, ¿verdad? Es profesor universitario, ha escrito libros, y todo eso. Per me lo contó. John no decía nada, pero la verdad es que John no es de los que dirían algo así.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ya saben..., es un tipo muy tranquilo. La mayoría de las veces no dice gran cosa, y cuando dice algo, siempre es sobre la otra persona.

Miller frunció el ceño.

—¿Nunca han conocido a alguien así? De esos que, por importantes que sean, siempre te hacen sentir como si la persona importante en la conversación fueras tú. Una amiga mía conoció un día a John Travolta. Y dijo que era un tipo muy agradable, muy dulce, y que todo el rato que hablaron no dejó de preguntarle por ella, qué hacía, cómo le iba con el patinaje y todo eso. Mostraba interés y todo. Toda la conversación giraba en torno a ella, como si él no fuera nadie. Bueno, pues John Robey es así. Yo creo que es una persona muy importante, pero por lo que dice y por cómo actúa, no lo parece.

—¿Cuánto tiempo hace que lo conoces?

Sarah se encogió de hombros.

—Uf, no lo sé. Patrick murió hace unos cinco años... Sí, fue en noviembre de 2001, y John solía venir ya antes. No lo sé, quizás hacía ya un año. Supongo que hará seis años que lo conozco, más o menos. Empecé a entrenar con Patrick cuando tenía doce años, así que supongo que tenía unos dieciséis cuando conocí a John.

—¿No te importaba que fuera a verte, ni siquiera tras la muerte de Patrick?

—¿Importarme? No, qué va, no da ningún problema. Él solo se sienta ahí atrás y mira. La mayoría de las veces ni siquiera me doy cuenta de que está. A veces llega tarde, cuando ya he empezado el entrenamiento, y entonces paro un momento, levanto la vista y ahí lo veo, con una bolsa de donuts o algo así. Es un tío inofensivo.

—¿Nunca has tenido la impresión de que hubiera algo impropio en el interés que mostraba?

Sarah se rio.

—¿Eso qué es? ¿Una forma educada de preguntarme si era un asaltacunas?

—Lo siento —dijo Miller—. No es fácil preguntar esto. No quería incomodarte.

—No pasa nada. Yo estoy hecha a prueba de balas. ¿No se acuerda? Soy la que viene de otro planeta, la que tiene unos padres que a su edad piensan que estarán mejor solos. ¿Que si John era un perverso? No, en absoluto. No era de esos. Una se da cuenta cuando alguien te mira así. Acabas dándote cuenta de lo que piensan. John no es más que un tipo agradable. Conocía a Patrick, Patrick murió y debió de pensar que tenía que seguir viniendo a verme para que yo no pensara que el único motivo por el que venía era Patrick. A mí me gusta... —Sarah hizo una pausa y levantó la mirada—. Y ahora me van a decir que es un pedófilo, ¿no? ¿O que es un asesino en serie o algo realmente retorcido?

—Nada de eso —respondió Miller—. Como te he dicho, simplemente estamos haciendo seguimiento de una pista. Gracias por tu tiempo, de verdad.

—No hay problema —dijo Sarah, que se levantó de la silla, cogió la botella de agua, la toalla sobre la que se había sentado, y se volvió hacia la puerta.

—¿Si necesito volver a contactar contigo...? —preguntó Miller.

—Tienen el número de Per. Él puede ponerse en contacto conmigo.

—De acuerdo. Gracias de nuevo.

—No hay problema. Salude a John de mi parte.

—Lo haré —dijo Miller, asintiendo.

Miller y Roth se quedaron mirando cómo se iba.

—Una chica agradable —observó Roth.

—Que se acaba de cargar la coartada de Robey para la hora del asesinato de Catherine Sheridan.

—Lo lógico sería que se hubiera asegurado, ¿no? Si es tan listo como dice Sarah, cabría pensar que habría comprobado si ese día entrenaba antes de utilizarla como coartada.

Miller sonrió y meneó la cabeza.

—Esa es la cuestión, ¿no? Un tipo así, si ha hecho eso, es que está como una cabra. Esa es la desventaja, por muy brillante que sea. Si hacen ese tipo de cosas es que están locos, y la locura no es de gran ayuda cuando intentas evitar que te investiguen.

—O sea que vamos a verle otra vez.

—Desde luego. Pero antes quiero hablar con Lassiter, solo para asegurarme de que hacemos esto de acuerdo con el manual, recurriendo a todos los mecanismos posibles, antes de ir a buscarle. Quiero que Riehl y Littman también vayan, quiero oír qué le han sacado al decano de la facultad.

—Podemos avisarlos desde el coche —sugirió Roth.

Salieron del gimnasio y fueron con el coche hacia el oeste, en dirección al Distrito Dos, pero había algo que le rondaba por la mente a Miller, algo que Robey había dicho durante su conversación en el café. Había usado una palabra rara, y en el momento de decírsela Miller apenas había prestado atención, pero ahora que pensaba en ello le parecía fuera de lugar, una anomalía.

—¿Qué es una borrasca? —le preguntó a Roth.

—¿Una borraja? ¿Como la del agua de borrajas?

—Una borrasca, con ese y ce.

—Un chaparrón, o algo así, con un viento repentino. ¿Por qué lo preguntas?

Miller meneó la cabeza.

—Por algo que dijo Robey... No lo sé, quizá no sea nada. Llamaré a Lassiter y organizaremos esa reunión.

Roth asintió, paró en el semáforo de Florida con Eckington, y cuando se puso verde ya había olvidado aquella conversación. Había cosas más importantes en las que pensar; entre ellas cómo usar su única oportunidad con John Robey y descubrir lo que sabía realmente.

Las dos y cuarto. Estaban todos presentes, salvo Littman, en el mismo despacho de la primera planta con vistas a la calle: Lassiter, Riehl, Metz, Oliver, Miller y Roth. Littman aún estaba en la universidad, aparcado en el exterior, al otro lado de la calle, vigilando por si salía Robey.

Lassiter dirigía la reunión. Hacía preguntas y las repetía hasta que consideraba que había sacado todas las respuestas posibles. Quería saber del decano Edgewood, lo que había dicho la patinadora, y ambos corroboraban la imagen de Robey como un solitario, un hombre de pocas palabras.

—Estos personajes... —dijo— siempre son tipos tranquilos, solitarios.

Quería saber el tono exacto y específico de la conversación de Miller en el café. Hizo una pausa tras cada respuesta, tomó notas, planteó las mismas preguntas de diferente manera y, tras una hora, o quizá más, se levantó de su silla y se puso a pasear por el despacho.

—Tenías razón —le dijo a Miller—. Mejor no arrestarlo todavía. Littman está en el Mount Vernon y contactará con nosotros en cuanto aparezca Robey. Ha almorzado dentro, ¿verdad?

Riehl asintió.

—Yo he entrado un par de veces y he recorrido los pasillos. El decano estaba muy agitado; no le gusta que estemos en el campus. Robey ha dado su clase y, como ha dicho, no ha salido a almorzar. Tienen una cantina dentro para estudiantes y profesores. Suponemos que ha comido ahí.

—O que no almuerza —apuntó Metz.

—Así que tenemos una coartada para la hora de la muerte de Catherine Sheridan que no se aguanta. Eso lo único que significa es que no ha querido decirnos dónde estaba el sábado por la tarde.

—En Columbia, dándole una paliza de muerte a la pobre desgraciada —propuso Oliver—. Es nuestro hombre. Es ese cabrón, os lo digo yo. Hay algo en él que no me gusta.

—Qué curioso —dijo Roth—, porque él ha dicho lo mismo de ti.

—Vale, vale —intervino Lassiter—. No vamos a hacer suposiciones, ni a establecer conclusiones precipitadas. Que no quiera contarnos dónde va un sábado por la tarde no le convierte en Hannibal Lecter.

—Pero le gustan las patinadoras guapas —dijo Metz.

—¿Y a quién no le gustan las patinadoras guapas? —protestó Oliver.

—Ya está bien de chorradas, listillos —dijo Lassiter—. Tenemos una oportunidad con este tipo. Puede que sea alguien, o que no sea nadie, pero si la cagamos, no solo

no tendremos una segunda oportunidad, sino que además nos caerá una buena por parte de Asuntos Internos por acoso. Si vamos a por él sin tener nada en que apoyarnos, estamos jodidos. —Lassiter hizo una breve pausa—. La cuestión es esta: Miller..., ¿crees que podrás hacer que hable contigo otra vez? ¿Podrías dejarle caer que hay alguna duda sobre su paradero esa tarde?

—Puedo intentarlo, claro.

—Vale, pues lo hacemos así. Miller y Roth..., id a buscarle a la facultad cuando haya acabado. Os lo lleváis a algún local con gente, a una cafetería o lo que sea. Le preguntáis si no le importaría responder a un par de preguntas más. Le dejáis caer que habéis tenido algún problema para comprobar su coartada, que Brentwood estaba cerrado el sábado, y si vuelve a contaros una milonga le decís que tenemos más de una foto suya con la tal Sheridan. Valorad su reacción a lo de la coartada antes de jugaros la segunda baza. Quiero que vayáis poco a poco. No quiero que le enseñéis todas las cartas antes de que él mueva ficha, ¿vale? Si le arrestamos sin tener nada en su contra, en menos de doce horas habrá venido un abogado a sacarlo, y nos encontraremos en la oficina de Asuntos Internos respondiendo por la demanda que nos habrá puesto. Antes se ha mostrado dispuesto a hablar. Si resulta que tenemos algo, quiero que su arresto sea a prueba de bombas. ¿Entendido?

Miller y los otros emitieron un murmullo de asentimiento.

—Littman se puede quedar en el campus. Miller, Roth..., id hasta allí y esperad a Robey. Vosotros —dijo, señalando a Metz y Oliver— id a echar un vistazo a Homicidios, por si hay algo nuevo en el caso de Natasha Joyce. Si podéis ayudar en algo, hacedlo, pero no os lieis con nada para lo que tengáis que salir de la ciudad. Necesito teneros localizables por si esto va a alguna parte.

Todos se pusieron en pie a la vez y se dirigieron a la puerta. Lassiter le hizo un gesto a Miller y le pidió que se quedara un momento con Roth.

—¿Qué os parece lo de este tipo? —preguntó.

Miller se sentó.

—No lo tengo claro —dijo—. Y eso es lo raro. Este tipo... parecía estar absolutamente tranquilo todo el rato. Lo llevaba muy bien, como si no le preocupara que fuéramos a por él.

—¿Y eso qué significa?

—Pues que no tiene nada que esconder, o que lo tiene todo y se le da muy bien.

—¿Y tú qué dirías?

—No lo sé. La verdad es que no lo sé. Normalmente la gente transmite una sensación, tanto si son culpables como si no. Como aquello del año pasado, el caso de la universitaria que se ahogó en la piscina. Pero este tipo..., John Robey...

—¿Por qué narices me suena ese nombre? —preguntó Lassiter.

—*Atrapa un ladrón* —intervino Roth—. La película de Cary Grant. Su personaje se llama John Robie..., el mismo nombre, pero escrito diferente.

—Tienes razón. —Lassiter sonrió—. De eso me suena. Vi esa película con mi esposa cuando empezábamos a salir. En fin, ¿qué decías?

—Pues eso, que en este caso no sé decirle. Mi primera impresión es que no, que no es nuestro hombre. Pero cuanto más pienso en él, más quiero que lo sea.

Lassiter frunció el ceño.

—A lo mejor no es más que mi frustración. Sé lo importante que es acabar con esto.

—Razón de más para no joder la investigación antes de que arranque —respondió Lassiter—. Quiero una orden de registro para la casa de este tipo. Quiero empezar a remover toda la mierda que pueda esconder, pero necesito algo concreto que respalde nuestra acusación. No quiero que algún niño recién salido de la facultad de derecho acabe con nosotros antes de que nos demos cuenta.

—Le trataré muy bien —dijo Miller—. Le trataré tan bien que pensará que es su cumpleaños.

Lassiter se puso en pie.

—Otra cosa... Sé que no habéis tenido un respiro con esto. ¿Cuándo fue la última vez que tuvisteis tiempo libre?

—¿Yo? —dijo Miller—. No lo sé..., hace un par de semanas, quizás.

—¿Y tú?

Roth se encogió de hombros.

—Vi a los niños hace un par de noches, creo. Hace un tiempo.

—Entiendo la situación, creedme. Sé que estáis cabreados por la falta de resultados, pero sois los mejores hombres que tengo para el caso. No puedo enviar a nadie más a hablar con este tipo, ¿entendéis?

—No pasa nada —respondió Miller, levantando la mano—. Yo también quiero acabar con esto.

—Cuando todo esto acabe, me encargaré de que tengáis unos días, quizás una semana o algo así.

—Se agradece —dijo Roth—. Mi mujer estará encantada cuando se lo cuente.

—Venga, pues. Id a ver a John Robey y descubrid por qué os ha mentado en vuestra primera cita.

Cuando llegaron al Mount Vernon College eran casi las cuatro. John Robey salió por la puerta del edificio principal a las cuatro y veinte. Llevaba su maletín, y bajo el brazo izquierdo sostenía unos cuantos cuadernos, posiblemente deberes de sus alumnos para leer en casa.

Miller se le acercó, y cuando Robey levantó la vista y lo vio allí, puso una expresión que no decía nada en absoluto. Una vez más, daba la impresión de que no había nada que pudiera sorprenderle, y Miller pensó de nuevo en la frase que había usado, la de la borrasca que no se convertía en tormenta.

John Robey se detuvo en la escalinata; sonrió, ladeó la cabeza y cuando tuvo a Miller lo suficientemente cerca, dijo:

—Inspector Miller... Qué pronto.

Y Robert Miller, sorprendido por la actitud aparentemente despreocupada de aquel hombre, no supo qué decir, así que no dijo nada.

Robey propuso la cafetería del campus, una franquicia de una gran cadena, y allí Miller y Roth encontraron una mesa apartada, hacia la parte de atrás. Estaba decorada de acuerdo con el ambiente universitario, con paneles de madera, colores suaves y sillones de cuero a la derecha, cerca de la ventana.

Robey insistió en pagar los cafés, y llevó la bandeja al lugar donde se habían sentado.

—¿Y en qué puedo ayudarlos ahora? —preguntó.

—Solo son unas preguntas más, profesor Robey.

—No puede evitarlo, ¿verdad? Eso de «profesor», quiero decir.

—A mí me parece que alguien que se ha ganado un título así debería poder oírlo.

Robey se rio.

—Bueno, hágame esas preguntas, inspector Miller.

—Es sobre su paradero el sábado pasado.

—Lo comprobaron, ¿verdad? —respondió Robey—. ¿Con quién fueron a hablar? ¿Sarah? ¿Per Amundsen?

—Hablamos con ambos.

—Y se enteraron de que no estuve en la pista de hielo de Brentwood Park el sábado pasado, porque ellos tampoco fueron, ¿no?

Miller no respondió.

Robey bajó la cabeza.

—Y ahora he quedado mal, porque me han pillado en una mentira tonta.

—Quizá no sea tan tonta, profesor Robey. Era importante saber dónde estuvo el sábado pasado, se lo preguntamos y usted nos lo dijo. Se mostró muy cooperador, parecía encantado de responder a mis preguntas, pero resulta que la respuesta más importante de las que me dio era incorrecta. Tengo curiosidad por saber por qué le pareció necesario mentir.

—Quería saber lo diligentes que eran. No esperaba que volvieran hasta mañana.

—No lo entiendo, profesor. ¿Sabía que volveríamos?

—La verdad es que esperaba que lo hicieran.

—Creo que me estoy perdiendo algo...

Robey miró directamente a Miller, y la expresión de su rostro era tan intensa que pilló a Miller a contrapié.

—No, inspector, no se está perdiendo nada. O quizá sería más preciso decir que solo se está perdiendo las cosas que debe perderse.

—No estoy seguro de comprender lo que quiere decir.

—Esa es una cita muy famosa, inspector Miller. Lo dijo el marqués Charles Maurice de Talleyrand-Périgord en el Congreso de Viena de 1814. Le preguntaron qué era la traición... y él dijo que era simplemente cuestión de fechas. ¿Lo entiende, inspector Miller?

—Eso lo he oído antes.

—No le he preguntado si lo ha oído antes... Le he preguntado si lo entiende.

—Claro que sí... Significa que si apoyas a alguien, a un gobierno o lo que sea, luego puede convertirse en un acto de traición si ese gobierno se vuelve impopular.

—Exactamente.

—¿Y eso tiene algo que ver con lo que estamos hablando?

—Tiene todo que ver con lo que estamos hablando, inspector.

—Ilumíneme, profesor Robey, porque ahora mismo lo único que tengo es una coartada falsa para su paradero el sábado pasado y un montón de cosas que no tienen sentido.

—¿Se considera usted un patriota, inspector?

—Supongo que sí. Tanto como cualquier otro.

—¿Y su patriotismo para con los Estados Unidos de América se mantiene a pesar del clima en el que nos encontramos actualmente?

—¿El clima?

—Nos estamos convirtiendo en los agresores impopulares, ¿no le parece? Con lo de Irak, y Dios sabe qué más, ¿no cree que el mundo está empezando a cansarse de nuestra arrogancia y nuestra prepotencia?

—Intento no pensar demasiado en ello. Por mi trabajo, me preocupa mucho más lo que se hacen los estadounidenses unos a otros, que lo que podamos estar haciéndole al resto del mundo.

—Yo —dijo Robey—, por mi parte, soy más de los que miran el conjunto. Me fijo en las cosas desde un punto de vista global, internacional. Yo me fijo en el largo plazo, no en el corto plazo. Me fijo en la temporada, más que en cada partido. Puedes perder un partido, pero mientras no pierdas demasiados, aún puedes llevarte la Superbowl, ¿verdad?

—Cierto, pero sigo sin entender qué tiene que ver eso con nada de lo que estamos hablando, y desde luego no entiendo qué tiene que ver con dónde estuvo realmente el sábado pasado.

—¿Dónde cree que pude haber estado el sábado pasado, inspector Miller?

—Profesor Robey, me parece que no es en absoluto buen momento para juegucitos. Yo y mi colega...

—Mi colega y yo.

—¿Qué?

—Ha dicho: «Yo y mi colega»...

—No se le ocurra ir por ahí, profesor. No he venido hasta aquí para que me dé una clase de gramática. Quiero saber dónde estuvo el sábado pasado. Nos dijo que en

la pista de hielo de Brentwood Park. Nos dijo que viendo entrenar a una chica, y nosotros hemos hablado con ella y nos ha confirmado que el sábado pasado no entrenó, que de hecho no estuvo en ningún lugar próximo a la maldita pista de hielo. Así que le pregunto de nuevo, amablemente y con toda mi educación..., ¿dónde estuvo el sábado pasado?

—Y yo vuelvo a preguntarle: ¿Dónde cree que estuve el sábado pasado?

—¿Por qué hace esto, profesor?

—¿Hacer el qué, inspector? No me han detenido. No me han dado ninguna pista acerca de en qué modo podría servirles de ayuda con su investigación. Me ha mencionado los nombres de dos mujeres muertas, y lo único que se me ocurre es que pueda pensar que estoy relacionado de alguna manera con esas muertes. Pero incluso ahora, que ha venido a verme por segunda vez, después de montar guardia frente a mi lugar de trabajo, se muestra circunspecto y evasivo. Dígame dónde cree que pude haber estado, y yo le diré dónde estuve yo.

—De acuerdo. Creo que estuvo con Catherine Sheridan.

—Catherine Sheridan..., una de las mujeres fallecidas.

—Exacto, la que dijo que no conocía.

—Dije eso, sí.

—Y si no la conocía, y si sigue diciéndolo, ¿cómo es que hemos encontrado tres fotografías de los dos, uno junto al otro? Una, puedo entenderlo. Quizá dos. Pero ¿tres? —Miller se volvió hacia Roth—. ¿Cómo es aquello que me dijiste de las conspiraciones?

—«La primera es casualidad, la segunda es una coincidencia, con la tercera tienes una conspiración».

—¿Una conspiración? —respondió Robey—. Creo que la frase viene al pelo, teniendo en cuenta la naturaleza del asunto en el que se están metiendo.

—Lo único en lo que me estoy metiendo es en su coartada, profesor.

—De modo que la descripción de mi paradero el sábado pasado se ha convertido en una coartada. Para que exista una coartada generalmente tiene que haber un delito. ¿Está acusándome de estar implicado en un delito, inspector Miller?

—A mí no me gustan los juegos, profesor Robey. Esta es una conversación que no quiero tener con usted, y está empezando a cansarme. Responda a las preguntas, por favor. ¿Dónde estuvo el sábado pasado? ¿Por qué nos dijo que estuvo en un sitio en el que es evidente que no estuvo? Y, por último, ¿cómo es que existen tres fotografías suyas con una víctima de asesinato llamada Catherine Sheridan y sigue sosteniendo que no la conoce?

Robey mantuvo un largo e incómodo silencio. Miró a Al Roth sin parpadear hasta que Roth apartó la mirada, y luego se volvió hacia Robert Miller, manteniéndole la mirada incluso mientras levantaba la taza de café, le daba un sorbo y la devolvía a la mesa. Todo ello, sin apartar la vista ni un segundo.

—Tengo cuarenta y siete años —dijo Robey por fin—. Trabajo en el Mount Vernon College como profesor de literatura inglesa y americana. Llevo aquí desde mayo de 1998. Antes de eso me dediqué a muchísimas cosas, la mayoría relacionadas con el mundo académico, y a causa de mi trabajo he conocido a muchísima gente. He viajado al Lejano Oriente, a Sudamérica, a Inglaterra, París, Praga, Viena, Polonia y muchos otros lugares que no recuerdo siquiera. Algunos de esos viajes fueron a otras universidades y facultades, en algunos casos invitado por los gobiernos, otros como observador independiente de los sistemas educativos de otros países. Me acompañaron otras personas, y coincidí con gente de otros viajes. Quizá me tomaran fotos. Quizá formara parte de un grupo, y esa mujer estuviera a mi lado, o detrás de mí. Son solo suposiciones, inspector, pero ahora mismo no tengo ninguna explicación mejor ni más satisfactoria que la que pueda tener usted. Eso es todo, me temo... que lo ocurrido y lo que usted pueda creer que ha ocurrido no son lo mismo.

—¿Y el sábado pasado?

—El sábado pasado no le puedo decir dónde estaba.

—¿Por qué?

—Simplemente porque he decidido no decírselo.

—Entonces, no es que no pueda, es que no quiere.

Robey asintió.

—Nos pone en una difícil situación, profesor Robey. Estamos investigando un asunto de gran importancia y ha decidido no cooperar.

—Yo considero que ese es un análisis de la situación injusto, inspector. Han venido a verme dos veces en el mismo día. Me han hecho llegar tarde esta mañana y luego me han esperado en el exterior de la facultad hasta que he salido, y están interrogándome de nuevo. No me han explicado la causa de su interés en mis actividades. No me han detenido. No me han leído mis derechos. No me han sugerido que busque asesoramiento legal, y sin embargo, porque decido no responder a una pregunta, me acusan de no cooperar con ustedes. Yo creo que he cooperado todo lo que podía, inspector. —Robey se levantó de la silla, cogió su taza y la apuró. La dejó en la mesa y cogió su abrigo y su maletín.

Miller se le quedó mirando mientras recogía el puñado de cuadernos y se retiraba de la mesa.

—Entonces, ¿aquí se acaba la conversación? —preguntó Miller.

—Yo diría que sí, inspector Miller. Si no, no me estaría marchando.

Miller se puso en pie. Rodeó la mesa y se colocó delante de Robey. La tensión que sentía en el pecho era insostenible. Notaba la fina capa de sudor que le cubría los hombros y la espalda. Por algún motivo sintió miedo. Miedo y rabia, igual que le había pasado en casa de Brandon Thomas, igual que cuando vio lo que le había hecho a Jennifer Ann Irving.

—Siento no haber podido serles de más ayuda...

—Profesor Robey. Parece que no entiende en absoluto la gravedad de su posición.

—Al contrario, inspector Miller. Parece que es usted el que no consigue entender la gravedad de su posición.

—¿Me está amenazando?

—No, por Dios. No necesito amenazarle. Ya tiene bastantes problemas sin necesidad de que yo haga nada.

—¿Qué demonios se supone que significa eso?

Robey se detuvo un momento, sonrió y asintió a modo de saludo.

—Volveremos a vernos, estoy seguro, pero la próxima vez le sugiero que venga un poco mejor preparado.

—¿En qué sentido?

—En el de lo que quiere saber, inspector.

—Creo que he dejado muy claro lo que quiero saber. Su relación con la tal Sheridan, y dónde estuvo usted en el momento de su muerte. Creo que lo he dejado suficientemente claro.

—Está preguntándome por el qué y el dónde, detective, no por el por qué. Buenos días, caballeros.

Y Robey ya estaba de camino a la puerta antes incluso de que Miller pudiera ordenarse las ideas y encontrar una respuesta. Roth se puso en pie.

—Joder —dijo en voz baja—. ¿Y eso?

Miller permaneció en silencio durante un rato. Ahí estaba. La sensación que había tenido antes. La impresión de que le observaban, de que sabía muy poco y de que había mucha gente que sabía más que él.

Lassiter meneó la cabeza.

—No, decídle exactamente lo que ha dicho Robey.

Miller se quedó mirando a la mujer que tenía delante, la ayudante del fiscal del distrito, Nanci Cohen. La había visto tres veces, y las tres había quedado impresionado por la gran determinación de aquella mujer. No tenía pinta de abogada, ni iba vestida como tal. No llevaba el cabello recogido en un peinado austero, casi masculino; no vestía un traje azul o gris marengo ni zapatos de charol, no tenía los gestos bruscos ni la actitud expeditiva que solían mostrar mujeres con cargos similares. Nanci Cohen iba vestida como una madre judía de mediana edad que va a recoger a sus hijos al colegio por la tarde con el coche. De las que hacen galletitas, les dan un vaso de leche y hacen que se laven las manos antes de hacer los deberes, cosas así. Pero Nanci Cohen tenía cuarenta y ocho años y era soltera. Corría el rumor de que se estaba tirando a un procurador de veintisiete de un importante bufete de abogados. También corría el rumor de que había heredado una millonada de un negocio de charcutería fina que había creado su abuelo, que había abandonado la Alemania liberada y había probado fortuna en Estados Unidos. Y corría el rumor de que había otros rumores... Nadie sabía qué creer, y en el fondo a muy pocos les importaba realmente. Nanci Cohen hacía lo que casi ninguno de los ayudantes del fiscal hacía ya: se acercaba a comisaría cuando se la necesitaba y respondía las preguntas como había que responderlas.

—Ha dicho que prefería no responder a la pregunta —explicó Miller.

—¿Sobre dónde estuvo el sábado pasado? —respondió Nanci.

—Sí, sobre dónde estuvo. Y luego, justo antes de marcharse, ha dicho eso de que estamos haciendo preguntas incorrectas, que estamos preguntándonos el qué y el dónde, no el por qué.

Nanci Cohen iba escribiendo mientras Miller hablaba.

—A ver si lo entiendo. Es la segunda vez que habláis con él, ¿verdad? Ya hablaste con él esta mañana, en la cafetería, y luego vuelve a la facultad, da sus clases o lo que sea, y luego sale, le estáis esperando y os lleva a tomar un café.

—Exacto.

Nanci sonrió satisfecha.

—Y el tipo paga el café, ¿no?

Miller asintió.

—Es un chico listo —dijo sin inmutarse—. Miradlo desde fuera. Pensad en cómo lo vería un juez. John Robey entra en una cafetería a primera hora para tomarse su café de la mañana, como siempre. Hay un puñado de polis allí que quieren hablar con

él. Le enseñan una foto. Él dice que no recuerda a esa persona, ni por el nombre ni por la fotografía. Los polis mencionan un par de nombres más y él dice lo mismo. Los polis dejan que se vaya. Él es muy educado. No está a la defensiva. Se muestra muy solícito, y luego se pone en marcha. Los mismos polis lo esperan cuando sale de la universidad, por la tarde. Quieren hacerle más preguntas. Vuelve a aparecer míster Educado, y se los lleva a tomar café allí mismo, a la cafetería del campus. Es un buen ciudadano. No se queja por el hecho de que la policía se fije en él. Me sorprende que no os comprara también unas magdalenas de arándanos.

Miller movió la cabeza.

—No hubo magdalenas.

—¡Por Dios! —exclamó Nanci Cohen exasperada—. Creo que no os podríais haber metido en una situación más difícil aunque lo hubierais intentado.

—¿Y eso? —preguntó Roth.

—¿Y eso? Tú eres judío, ¿no?

Roth frunció el ceño.

—Sí que lo soy. ¿Qué tiene que ver eso con todo lo demás?

—No sigas —dijo Nanci Cohen—. Estás avergonzando a nuestro pueblo, ¿vale? Se supone que nosotros tenemos que ser los listos, por Dios. —Metió la mano en un enorme bolso de cuero que tenía junto a la silla y sacó una botella de agua. Le quitó el tapón y le dio un buen sorbo.

»Vale, vale —prosiguió en voz baja. Se recostó en la silla y entrecerró los ojos—. Así que no tenemos nada más que las fotografías y la palabra de una chica muerta de un barrio marginal, una joven negra que tuvo una hija con un drogadicto conocido, posiblemente un camello, que afirmaba que este tipo fue a ver al yonqui... —dijo, y su voz se fue apagando.

Miller miró a Lassiter. Lassiter meneó la cabeza y se llevó un dedo a los labios.

—Tenéis tres opciones —concluyó Nanci al cabo de un rato—: Número uno, lo arrestáis como sospechoso de entorpecer la acción de la justicia. Le leéis sus derechos, se busca un abogado y luego responde a las preguntas sobre dónde estaba el sábado o se acoge a la Quinta Enmienda. Si lo hace, entonces podrías tener algo: podéis pedirle a un juez una orden de registro de su propiedad. Si entráis en su propiedad, puede que encontréis algo que lo relacione con la tal Sheridan o con alguna otra de las víctimas. La segunda opción es citar el caso de Lansing contra el estado de California en 1989, en el que se revocó una moción para declarar nula una declaración jurada de un sujeto fallecido. Podríais alegar que la confirmación de la presencia de Robey junto a Sheridan que dio la joven os da motivos para creer que está mintiendo. Las opciones son pocas, necesitaréis un juez muy abierto de mente, pero podría probarse. La tercera opción, y esto es lo que haría yo, es que vayáis a verlo a su casa y le habléis muy educadamente, y digo «muy educadamente», y, con un poco de suerte, os deje entrar en su casa.

—¿Con qué objetivo? —preguntó Miller.

—Para que siga con su monólogo. Maldita sea, ¿qué tipo de investigadores sois? Tienes a alguien que quiere hablar, por Dios. Incluso cuestiona las preguntas que le haces. Y te dice que la próxima vez vuelvas con preguntas más elaboradas, ¿no? Pues eso es una invitación clarísima. Más vale que te limpies los zapatos y te cepilles el pelo, que te cambies esa camisa horrible y que vayas a hablarle muy tranquilamente, a ver qué más te cuenta. —Nanci Cohen se volvió y miró a Roth—. Tú. ¿Tú ves a este tipo como autor de los asesinatos?

Roth meneó la cabeza.

—Yo le veo algo. No sé si serán estos asesinatos, pero le veo algo.

—A mí me parece que no le importa en absoluto hablar con vosotros, pero no le estáis dando nada interesante de lo que hablar. Tenéis que preguntaros cómo preguntarle lo que quiere que le preguntéis, y luego ir a verle.

—¿Y qué cree usted que quiere que le pregunten? —preguntó Miller.

Nanci Cohen suspiró y meneó la cabeza. Miró a Lassiter.

—¿Estos tipos son lo mejor que tienes?

—Me temo que sí... —dijo Lassiter con una sonrisa—. Ya sabes lo que dicen: hoy en día siempre falta personal.

Ella se volvió hacia Miller.

—Cariño, ya te ha dicho lo que quiere que le preguntéis. Quiere que le preguntéis...

—Por qué —dijo Miller.

—¿Y si le ponemos un micro? —propuso Roth.

Nanci Cohen se volvió hacia él y le regañó:

—Creía haberte dicho que no hablaras. ¡Un micro, por Dios! ¿Estás de broma? Este tipo no ha hecho nada. No tenéis nada contra él, cero. Damos por sentado que está mintiendo. Para mí eso de las fotos no cuela. Por otra parte creo lo que decís de la mujer de los suburbios, pero no tenemos una causa probable, no tenemos ningún testimonio que se aguante, y mucho menos ante un juez. Tú —dijo, mirando a Miller—, habla más contigo de lo que habla con nuestro colega judío, ¿no?

Miller asintió.

—Sí, claro..., supongo que sí.

—Entonces, ve tú. Ve a su casa. Mira si puedes hablar con él allí. Muéstrate interesado en lo que tenga que decirte. Encuentra el modo de preguntarle por qué cree que están matando a esas mujeres. Si es nuestro psicópata, querrá compartir su mierda con el resto del mundo. Esos cabrones son siempre iguales. Toda esa historia de una infancia desgraciada y Dios sabe qué más. Que si les daban una torta de vez en cuando... Joder, si todo el que ha recibido una torta se lo hiciera pagar al primer extraño que encontrara por la calle... En cualquier caso, son aficionados, y les va el teatro, y un aficionado teatrero es un grano en el culo, de los peores. —Nanci Cohen negó con la cabeza. Se agachó y recogió el bolso. Se levantó de la silla y se alisó la falda.

»Bueno, haced lo que sea —dijo—. Pero no quiero oír más tonterías sobre micros, ¿de acuerdo? No jodáis el asunto con algún truquito que nos deje fuera de juego. Tomáoslo con calma. Hablad conmigo. Haced preguntas. Mantenedme informada de todo lo que diga y yo os avisaré cuando tengáis algo con lo que podamos pedir una orden. —Le dedicó una gran sonrisa a Lassiter—. Es siempre un placer, capitán. Saluda a tu mujer de mi parte. Es una señora encantadora. Y tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros. Tengo que irme.

Ni Roth ni Miller ni Lassiter dijeron nada mientras la ayudante del fiscal del distrito, Nanci Cohen, salía a toda prisa por la puerta y por el pasillo. Cuando dejaron de oírse sus pasos, Roth se quedó mirando a Lassiter:

—Esa mujer es de verdad, ¿no?

Lassiter frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando? Pensaba que te había dicho que mantuvieras la boca cerrada.

Miller se rio hasta quedarse sin resuello.

Miller se fue a casa. Hizo lo que Nanci Cohen le había dicho. Se dio una ducha, se afeitó, se planchó una camisa limpia y se puso una corbata. Cogió el mejor de sus cuatro trajes y le pasó un cepillo. Se limpió los zapatos, se enjuagó la boca, se peinó y luego volvió a comisaría para reunirse con Roth. Cuando llegó eran las siete y diez. Roth estaba esperándole fuera, en la acera.

—¿Lo llevas bien? —preguntó Roth.

—Lo mejor que puedo.

—Vas hecho un dandi.

Miller sonrió.

—Hazme una foto... No vas a verme de esta guisa en un tiempcito.

—Tiene un apartamento en New Jersey y Q Street, pasado Chinatown.

—¿Le ha seguido Littman al salir del trabajo?

Roth asintió.

—Ha ido nada menos que a la biblioteca Carnegie.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No, ha estado ahí una media hora, y luego se ha ido derecho a casa. Riehl está allí; dice que está dentro, no se ha movido.

Miller se quedó callado un momento. ¿Robey en la biblioteca Carnegie? ¿Otra coincidencia?

—¿Y qué sabemos del bueno de John Robey?

Roth negó con la cabeza.

—Nada en absoluto. Nunca le han detenido, ni siquiera le han puesto una multa. Su nombre aparece en la seguridad social, el registro de la propiedad, un par de organizaciones universitarias y, si retrocedemos lo suficiente, encontramos obras escritas por él. Ha publicado dos libros, el último en 2001. Parece que no dio muchas entrevistas, como si se hubiera ido volviendo más discreto. Por supuesto, no tenemos sus huellas, así que no podemos comprobar el AFIS, ni nada así, pero de momento, por lo que sabemos, está limpio.

—Así que no sabemos más de lo que sabíamos esta mañana.

—Eso parece. No es exactamente un personaje público.

—No necesito un personaje público —dijo Miller—. Lo que necesito es algo que nos diga si es capaz o no de hacer esas cosas.

—Pues ve a verle —dijo Roth—. Ve a verle y haz que hable.

—¿Y si no habla?

Roth se encogió de hombros.

—Entonces, no estaremos peor de lo que estamos ahora. Tenemos que hacer lo que podamos hasta que encontremos algo mejor, ¿no te parece?

Miller le tendió la mano.

—Las llaves del coche.

Roth se las sacó del bolsillo y se las lanzó a Miller. Miller las cogió al vuelo y se dirigió al aparcamiento subterráneo.

—¡Buena suerte! —gritó Roth ya a sus espaldas.

Miller no respondió, ni se volvió.

Bajó por la rampa y se sumergió en la semioscuridad del aparcamiento de la comisaría.

Cuarenta minutos más tarde Robert Miller aparcaba a media manzana del cruce entre New Jersey y Q Street. Se quedó allí un rato, escuchando el ruido del motor al enfriarse, el murmullo del tráfico a lo lejos y el rugido intermitente de los coches que iban pasando al otro lado de la calle. A su izquierda salió un grupito de chicas de un bar, riéndose; una de ellas echó a correr hacia el cruce, las otras la siguieron, y al parar la primera en el bordillo chocaron entre ellas desordenadamente. Miller cerró los ojos y escuchó. Lo escuchó todo. Oía hasta el ruido de su corazón al latir, y latía deprisa.

A las ocho y cuatro minutos Miller estaba al pie de la escalera que llevaba al apartamento de Robey. Le sudaban las manos. Incluso al cruzar la calle se había cuestionado qué sentido tenía lo que estaba haciendo. No había nada ilegal, nada cuestionable, nada turbio en su visita a Robey. Quería hablar con aquel hombre. O, más bien, quería que aquel hombre hablara con él. Quería saber qué había querido decir, y desde el momento en que había salido de su piso no había podido quitarse aquella pregunta de la cabeza. La expresión que había usado Robey, la de que una borrasca podía convertirse en una tormenta.

Y entonces se le ocurrió. Casi como si lo hubiera tenido ahí todo el rato. Casi como si lo hubiera tenido empaquetado en una caja en algún rincón de su mente, y el simple hecho de plantearse la pregunta, de pensar en ella, había hecho que se abriera. El recuerdo afloró, y se vio allí, de pie, en la casa de Catherine Sheridan, frente a la pantalla del televisor, contemplando toda la sala, mientras de la tele salían aquellas palabras.

«—A ver a papá, tío Billy.

»—Ya le verás en mejor ocasión, George.

»—Es importante.

»—Ahí dentro se ha levantado una *borrasca* que se va a convertir en tormenta».

Qué bello es vivir. La película que habían puesto en casa de Catherine Sheridan el día en que la mataron.

El recuerdo llegó lentamente, pero lo hizo con suficiente fuerza como para dejarle helado. Extendió la mano y buscó apoyo en la pared.

Demasiadas coincidencias. Ya eran demasiadas.

Miller respiró hondo varias veces. Por un momento sintió que se mareaba, que tenía náuseas, pero luego puso el pie en el primer escalón y empezó a subir hacia el apartamento de Robey.

La visita de Miller tampoco pareció sorprender a John Robey esta vez.

—Inspector Miller —dijo, a modo de constatación, cuando abrió la puerta.

—Profesor Robey —le saludó Miller.

Se produjo un silencio incómodo, y luego Robey bajó la vista por un momento.

—Habrás venido con más preguntas, supongo.

—No, no traigo más preguntas. He venido con respuestas. —Sonrió lo mejor que pudo—. Bueno, no exactamente respuestas... Es más bien información que no tiene sentido, y he pensado que si me explicara... —Miller respiró hondo. Intentó concentrarse. Tenía que conseguir explicarse con tranquilidad, firmeza y calma.

Robey abrió la puerta del todo y dio un paso atrás, quedándose de espaldas a la pared.

—Entre, inspector Miller.

Miller dio un paso adelante, luego otro y luego un tercero. Pasó por delante de Robey, y cuando oyó que la puerta se cerraba tras él supo que ya no había salida posible.

—Adelante —dijo Robey—. Entre y dígame de qué va todo esto en realidad.

Miller dejó pasar a Robey, y luego le siguió hasta una habitación en la parte trasera del apartamento. Una alfombra oscura, un sofá contra la pared de la derecha, la ventana de la izquierda, que daba a la parte trasera del edificio. Las paredes estaban pintadas en un color beige uniforme, y en la que tenía delante había una serie de grabados con marcos de acero inoxidable.

—¿Le gusta el arte, inspector Miller? —preguntó Robey.

Miller asintió.

—Esto son grabados, por supuesto, pero muy buenos. ¿Ha oído hablar de Albrecht Dürer?

—Sí, he oído hablar de Dürer.

—Esto eran esbozos para *Caballero*, *La Muerte y el Demonio*, *San Jeremías en su celda* y *Melancholia I*. El de arriba es de la serie *Apocalipsis*.

—Son muy interesantes —observó Miller.

Robey sonrió.

—Son más que interesantes —dijo con voz suave, y aunque sus palabras podrían sugerir una crítica, Miller no se sintió criticado.

—Por favor..., siéntese —dijo Robey, y le señaló el sofá—. ¿Le apetece beber algo, quizá?

—No, estoy bien, profesor —respondió Miller, negando con la cabeza.

Robey cogió una silla que estaba junto a la pared y la colocó del otro lado de una mesita baja.

—¿Vive usted aquí solo? —preguntó Miller.

Robey sonrió.

—Sabe que sí, o es mucho peor investigador de lo que yo me pensaba.

Miller hacía esfuerzos por encontrar algún punto de arranque. Estaba convencido de que no estaba dejando nada claro por dónde quería ir. Pero Robey se lo puso fácil:

—He hecho averiguaciones sobre usted —dijo—. Cuando les dejé, esta tarde, me fui a la biblioteca. Consulté artículos de periódico, vi lo de esa tal Sheridan de la que habla, y ya sé quién se cree que soy.

Miller abrió la boca para hablar.

—No pasa nada —dijo Robey—, no estoy ofendido. Entiendo lo que está haciendo y, más importante aún, por qué es necesario. Tiene un trabajo que hacer, ¿no?

—Exacto —respondió Miller—. Un trabajo que hacer.

—Y hay algo que le hace pensar que yo puedo ayudarle, o bien porque soy el hombre que buscan o bien porque conocí a esa tal Sheridan, de modo que podría entender por qué la eligieron a ella, ¿no?

Miller se echó hacia delante y miró a Robey a los ojos.

—Tengo cinco mujeres muertas. La primera murió...

—En marzo —le interrumpió Robey—. La segunda en julio, otra en agosto. Catherine Sheridan fue asesinada hace cinco días, y a esa mujer que ha mencionado antes, Natasha Joyce..., la mataron hace dos.

—Pensé que no sabía nada de todo eso.

—No lo sabía. Hasta que usted me ha venido con la noticia, y luego, como le he dicho, he investigado un poco.

—Leyó los periódicos en la biblioteca.

—Pues sí.

—¿En qué biblioteca?

Robey se rio.

—¿Qué demonios importa eso?

—Deme el gusto, profesor.

—La biblioteca Carnegie. ¿La conoce?

—La conozco. La conozco bien. Y si mañana fuera allí y hablara con...

—¿Julia Gibb? ¿Y si le preguntara si he ido hoy buscando artículos de periódico sobre los recientes asesinatos del Asesino de la Cinta, confirmaría que efectivamente he estado ahí, y que he estado buscando precisamente esos artículos de periódico, y le diría que esa tal Catherine Sheridan que fue asesinada en realidad había ido a la

biblioteca la misma mañana de su muerte? ¿Si le diría eso? Sí, se lo diría, inspector Miller, le diría exactamente lo que le estoy contando ahora mismo.

—¿Conoce, entonces, a esa mujer?

—Sí, inspector, conozco a esa mujer. Doy conferencias en las universidades. Visito la biblioteca con frecuencia...

—¿Y alguna vez coincidió allí con Catherine Sheridan?

—No que yo sepa.

—¿Y cuánto tiempo hace que va a esa biblioteca?

—Todos los años que llevo en la universidad.

—¿Y eso cuánto es?

—Ya se lo dije. Llevo en el Mount Vernon desde mayo de 1998.

—¿Y antes?

—Daba clases en otro sitio.

—¿Otra universidad?

—Está en mi currículum, que ya sé que Alan Edgewood le ha enseñado.

Miller se quedó callado un momento, luego se recostó de nuevo e intentó relajarse.

—Dígame algo, profesor... ¿Qué piensa usted de esos asesinatos?

—¿Que qué pienso yo? Probablemente lo que piensa la mayoría.

—¿Esto es...?

—No lo sé. Que son un horror, una tragedia. Lo enfoco como individuo, quizá porque todos tenemos la creencia fundamental de que si nos encontráramos con alguien le daríamos su merecido. Estaríamos mejor equipados para contraatacar. La emoción que queda es de insensibilidad.

—¿Insensibilidad?

Robey sonrió comprensivo.

—Este asunto no ha incidido en mi vida. Una cosa así ni siquiera me llega. Insensibilidad. La incomparable capacidad que poseemos todos para fingir que esas cosas solo les pasan a los demás, y que muy probablemente se las merecían. Somos extraordinariamente capaces de convencernos de que todo ocurre en otro sitio, y siempre que no miremos en esa dirección no tenemos necesidad de afrontarlo.

—Yo sí lo afronto.

Robey asintió.

—Yo también.

—¿De qué modo afronta esas cosas? —preguntó Miller.

—Soy de naturaleza curiosa, inspector Miller. Usted viene y me pregunta por mi paradero. Sugiere que sé algo. Menciona los nombres de unas mujeres que no conozco, y cuando se va, yo no puedo dejar estar el asunto. Quiero saber lo que piensa usted; por qué considera que yo sería capaz de algo así. Quiero comprender qué es lo que le hace pensar eso. Soy curioso. Miro. Escucho. Intento comprender.

—Y por lo que ha oído, por lo que ha leído en los periódicos, ¿qué le parece el caso al que me enfrento?

—Me parece que se enfrenta a una pesadilla.

Miller se rio de pronto, inesperadamente, en una reacción inexplicable. Era la simple exposición de una opinión, formulada con tal énfasis, con tal certeza, poniendo en palabras una idea que Miller había tenido tantas veces, que reaccionó.

Robey cogió aire lentamente y lo soltó.

—¿Si yo fuera usted...?

—Sí, profesor. ¿Qué haría usted en mi lugar?

Robey se apoyó en el respaldo de la silla y se cruzó de piernas. Echó ligeramente la cabeza hacia atrás y se quedó mirando el techo un rato. Cuando volvió a fijar la mirada en Miller su expresión casi reflejaba empatía.

—Yo buscaría el denominador común, inspector.

—¿Entre?

—Las mujeres.

—El denominador común.

—Sí, claro. Cinco mujeres muertas. Todas ellas aparentemente asesinadas por el mismo hombre. Todas viven en Washington. Hasta ahora da la impresión de que eso es lo único que tienen en común. Un asesino en serie está matando a mujeres que viven en Washington, pero tiene que haber algo más. Sé que debo de estar manifestando lo evidente. Imagino que habrán pasado más tiempo intentando identificar ese denominador común...

—¿Quiere saber cuál es el único denominador común? —le interrumpió Miller—. El único denominador común es usted. Dice que no conocía a Catherine Sheridan, y sin embargo Natasha Joyce vio su fotografía y confirmó que usted se había presentado en su piso unos años atrás buscando a un hombre llamado Darryl King. Podría llevarle a ver a Natasha Joyce pero, vaya por Dios, mierda, resulta que también ha acabado asesinada.

—Estrangula a esas mujeres, ¿correcto? —preguntó Robey.

—Sí.

—No hay arma.

—Exacto. No hay arma.

—Cuanto más te acercas, más profesional tienes que ser.

Miller frunció el ceño.

—Matando a gente. Empiezas con un rifle. Pasas a la pistola, luego al cuchillo, luego a la estrangulación. Cuanto mejor se te da, más te puedes acercar.

—¿Y eso es algo que sabe porque...?

Robey se rio.

—Porque veo películas de Luc Besson, nada más —dijo, y negó con la cabeza—. Aún no entiendo por qué está aquí, inspector Miller. Supongo que cree que tiene algo...

—Tengo una fotografía suya con Catherine Sheridan. Tengo tres fotografías de usted con esa mujer, y en el reverso de una de ellas pone: NAVIDAD 1982. ¿Significa eso algo para usted?

Robey se quedó callado un rato; luego levantó la cabeza y lo negó.

—No —dijo—. No significa nada importante para mí.

—¿Dónde estaba usted la Navidad de 1982?

—¡Dios! ¿Cuánto hace de eso? ¿Veinticuatro años?

—Exacto. Veinticuatro años... ¿Dónde estaba en aquella época?

—Déjeme pensar... 1982, ochenta y dos... En la Navidad de 1982 aún estaba en Nueva York. Cogí un trabajo temporal en Nueva York en el verano de 1981, y luego se convirtió en algo más que temporal, y acabé quedándome allí hasta el verano de 1983.

—¿Qué hacía?

—Lo mismo que hago ahora. Aunque era mucho más joven. —Robey se rio—. Parece una vida diferente.

—¿Daba usted clase?

—Sí, daba clases, conferencias. El nombre del trabajo era «Ayudante de lector», pero el lector se pasaba enfermo la mayor parte del tiempo, de modo que acabé haciéndome cargo de la mayoría de las clases. —Robey sonrió nostálgico—. Fue una buena época de mi vida. Me gustaba Nueva York, no tanto como para querer vivir allí, pero me lo pasaba bien. Conocí buena gente, gente que me ayudó a lanzarme a hablar en público.

—¿Y lo dejó en verano de 1983?

—Pues sí... ¿Qué es esto? Se está convirtiendo en una especie de interrogatorio.

—No, no tiene nada de interrogatorio, profesor.

—De modo que yo estaba en Nueva York cuando se tomó esa fotografía. Quizá nos la sacaron sin que yo me diera cuenta. Quizás esa mujer estudiara allí, o fuera una colega. Dios, no lo sé. Como le he dicho antes, podría haber cien motivos para que alguien acabara retratado en una fotografía y no se acordara, o que ni siquiera fuera consciente de ello.

Miller asintió.

—Tiene razón, profesor. No estoy cuestionando esa posibilidad. Lo que estoy cuestionando es que haya podido suceder tres veces.

Robey no respondió.

—Y el hecho de que llevara esas fotos a la casa de esa mujer, Natasha Joyce, y que no dudara ni un segundo al identificarlo a usted como el hombre que se presentó en su piso con Catherine Sheridan. Vio su cara y dijo: «Es él. Es ese hombre», y no tenía la más mínima duda de que era usted.

—Eso es algo que no puedo explicar —dijo Robey con naturalidad.

—Yo tampoco, profesor. Sencillamente no me explico cómo podía estar tan segura. No hubo ningún «quizás». Y no era tonta. Era una mujer muy lista.

—Da la impresión de que esos asesinatos se están volviendo más frecuentes —observó Robey—. Desgraciadamente, creo que somos responsables de que ocurran esas cosas.

Miller frunció el ceño.

—Los franceses tienen una expresión. *Monstre sacré*. Significa, literalmente, «monstruo sagrado». Hace referencia a algo que existe y que su creador desearía no haber creado.

—Su libro —dijo Miller.

Robey le quitó importancia a su libro con un gesto de la mano.

—Nos hemos anestesiado, inspector. Ya no tenemos sensibilidad para esas cosas. Esperar atrocidades de este calibre a diario se ha convertido en la norma. Por supuesto, en parte se debe a la libertad de prensa, a que cada uno puede escoger su titular. Pueden excluir lo bueno y resaltar lo malo. Nos dicen exactamente lo que queremos oír, y no me refiero a un caso determinado, inspector. Estoy hablando de confundir y desorientar a todo un país, o incluso a la población de todo el planeta.

—Yo no sé si soy tan cínico o desconfiado, profesor.

—¿Ah no? ¿Cree que a usted no le afectan esas cosas?

—Yo no digo que no me afecten esas cosas, pero...

—Pero ¿qué? Dígame hasta qué punto influyen las drogas en la dificultad de su trabajo diario. Como en el caso de esa tal Natasha Joyce. Dice que tenía un novio, el padre de su niña, ¿no? ¿No andaba metido en drogas?

Miller asintió.

—De eso es de lo que hablo. ¿Qué proporción de su trabajo diario está relacionado directa o indirectamente con el comercio ilícito de drogas en Washington?

—Mucho.

—¿Cuánto? ¿El diez, el veinte, el treinta por ciento?

—Más, diría yo. Dios, no lo sé..., quizás el cincuenta, el sesenta por ciento.

—El cincuenta o el sesenta por ciento. ¿Y la gran mayoría qué es? ¿Cocaína?

—Sí —volvió a asentir—. Cocaína. Crack, sobre todo.

Los ojos de Robey se iluminaron.

—Perfecto. Absolutamente perfecto. Cocaína en forma de crack. La epidemia de crack que azota a Washington, Baltimore, Los Ángeles, Nueva York, Miami..., ¿verdad? Eso es algo gordo, ¿no? Es algo que afecta de forma directa a la vida de millones de estadounidenses, ¿no está de acuerdo?

—De eso no hay duda.

Por primera vez Robey parecía animado. Tenía vida en los ojos, sus gestos eran vehementes.

—¿Y quién creó el monstruo? —preguntó—. ¿Quién creó la epidemia de crack, convertida ahora en un monstruo entre la niebla?

Miller negó con la cabeza.

—No lo sé. La mayoría viene de Colombia, de Sudamérica..., de los cárteles de allí. La traen y...

Robey negó con la cabeza a su vez.

—No —dijo, tranquilamente—. La hemos creado nosotros mismos.

—¿Nosotros? No entiendo lo que quiere decir.

—Nosotros la creamos. Nosotros. Los estadounidenses. Los contribuyentes, los propietarios, la gente con empleos e hipotecas, los que tenemos cuentas en el banco y colegios privados para nuestros hijos. Los que leemos los periódicos y vemos la televisión. Nosotros hemos creado esta epidemia de crack.

Miller empezaba a ponerse nervioso. No entendía de qué estaba hablando Robey.

—¿Sabe de dónde venía la gran mayoría de la cocaína en los años ochenta? ¿La cocaína que hizo que arrancara el negocio del crack?

Miller negó con la cabeza.

—Nicaragua.

Miller hizo una mueca visible. Robey le miró.

—¿Qué?

—¿Nicaragua?

—Sí, claro, Nicaragua. Parece muy sorprendido.

—No, es solo que... será una coincidencia, pero el otro día estuve leyendo algo sobre Nicaragua.

—¿Lo del regreso de Daniel Ortega? Eso sí que es una coincidencia, desde luego.

—¿Cómo es eso?

—Bush está pasándolo mal. Pierde las elecciones de medio mandato. Manda a Rumsfeld a paseo, y quien entra es Robert M. Gates. ¿Sabe quién es?

—Pues no.

—El que fue director de la CIA de Bush. Fue subdirector de la central de inteligencia a las órdenes de William Casey en el asunto del Irán-Contra y ahora cerramos el círculo volviendo a Nicaragua. Ortega ha conseguido que vuelvan a votarlo, los sandinistas están de nuevo en el poder, y nosotros aún seguimos en la inopia con relación a lo que ocurrió allí, y con cómo, con nuestra ignorancia y nuestro miedo, permitimos que hicieran lo que hicieron.

—¿Permitimos a quién hacer qué?

—A los selectos elegidos. Al gobierno. A los responsables del bienestar del pueblo americano. Supuestamente la guerra de Nicaragua era para proteger al pueblo de Estados Unidos de la presencia de comunistas en el patio de atrás. Y de eso nada. Querían que la línea de aprovisionamiento de Sudamérica estuviera libre de interferencias. Fue un fiasco desde el primer día.

—No entiendo lo que quiere decir. Me está hablando de la guerra de Nicaragua. Toda esa historia de Oliver North, ¿no? ¿Esa guerra se inició porque el gobierno de Estados Unidos quería evitar interferencias en el suministro de cocaína de Sudamérica?

—Sí, entre otras cosas. Ese era uno de los principales motivos. No el único, pero el principal.

—Eso me resulta muy difícil de creer, profesor.

Robey sonrió.

—Sabe quién es John Kerry, ¿verdad? El que se presentó contra George W. Bush.

—Sí, claro.

—La primavera de 1986 había un tipo llamado John Mattes. Era un abogado de Miami. Kerry era senador en aquella época, y Mattes empezó a trabajar con él en una investigación acerca de la conexión entre la Contra y las drogas. Sabe quiénes eran los contras, ¿verdad?

—Los rebeldes, apoyados por Estados Unidos... Trataban de derrocar el gobierno sandinista.

—Exacto. Bueno, pues Mattes dijo algo muy interesante. Dijo que lo que habían investigado y descubierto era la propia infraestructura de las operaciones de la CIA en Nicaragua. Dijo que todo estaba cubierto por un velo de seguridad nacional para protegerlo. Tipos cargando armas a plena luz del día, en aeropuertos abiertos al público, en vuelos con destino al aeropuerto de Ilopango, y esas mismas personas volvían a Estados Unidos cargados de narcóticos sin ningún problema. John Kerry, que tenía un cargo en el Subcomité del Senado para el Terrorismo, los Narcóticos y las Operaciones Internacionales, trabajó en ello durante dos años y elaboró un informe de mil ciento sesenta y seis páginas en total. Las tres grandes cadenas de televisión hicieron caso omiso. De un informe de medio millón de palabras, los artículos publicados en el *Washington Post*, el *New York Times* y el *Los Angeles Times* no publicaron más de dos mil.

—¿Y en ese informe se decía que Estados Unidos enviaba a gente a Nicaragua para que volviera cargada de cocaína?

Robey se rio.

—Parece sorprendido, inspector Miller. Me cuesta creer que algo así pueda sorprenderle siquiera.

—¿Sorprenderme? Ni siquiera me hago a la idea de lo que significa.

Robey sonrió, resignado.

—Eso no es nada comparado con lo que ocurrió realmente allí. Los funcionarios estadounidenses encargados de los temas de Centroamérica no podían tocar siquiera el asunto de las drogas. Cualquier cosa que pudiera poner en riesgo la campaña militar en Nicaragua debía eliminarse. Los grandes políticos americanos sabían que el dinero de las drogas era una solución perfecta a los problemas de financiación de la Contra. Había otro tipo, un hombre llamado Jack Blum. Había sido asesor jefe del subcomité de Kerry. ¿Quiere saber qué dijo en su presentación ante el Senado en 1996? —Robey no esperó a que Miller respondiera. Se puso en pie, cruzó la habitación y de un cajón de un escritorio cerca de la ventana sacó un pliego de papeles y se puso a hojearlos—. Aquí está —dijo, y volvió a sentarse—. Jack Blum,

audiencia ante el Senado del Subcomité para el Terrorismo, los Narcóticos y las Operaciones Internacionales: «No tenemos necesidad de investigar el papel de la CIA en el tráfico de drogas con la Contra. Ya lo conocemos. Las pruebas están ahí. Las organizaciones criminales son aliados perfectos en las operaciones encubiertas. La combinación es perfecta. El problema es que al trabajar con nosotros van adquiriendo cada vez más poder. Hubo una llamada de alerta. Y nosotros miramos hacia el otro lado. La llamada de alerta apelaba al sentido común, pero no tuvo efecto, y nos encontramos con un problema terrible».

Robey levantó la mirada y sonrió a Miller.

—Eso es lo que dijo ante el Senado. ¿Y sabe lo que hicieron?

—Nada.

—Exactamente, inspector.

Robey fue pasando hojas.

—Aquí —dijo—. Un artículo en el *San Jose Mercury News*, del 18 de agosto de 1996... —Robey se echó hacia delante y le pasó el titular fotocopiado a Miller:

LAS RAÍCES DEL CRACK EN LA GUERRA DE NICARAGUA.

—¿Sabe lo que es un memorándum de entendimiento?

Miller levantó la vista del recorte.

—¿Un qué?

—Un memorándum de entendimiento.

—No, nunca he oído el término.

—En 1981 la CIA y el Departamento de Justicia llegaron a un acuerdo. Y así es como lo llamaron: «un memorándum de entendimiento». En dicho acuerdo se indicaba específicamente que la CIA quedaba liberada de cualquier obligación de informar de actividades relacionadas con las drogas llevadas a cabo por sus agentes ante los representantes o agentes del Departamento de Justicia.

—No lo dirá en serio.

Robey se rio.

—No lo digo en serio, no. No hay ningún motivo para ponerse serio. De hecho, probablemente sea mejor reírse ante la soberana idiotéz de lo que hemos creado. Jack Blum no pudo decirlo mejor. —Robey volvió a mirar sus papeles—: «En el desarrollo de la lucha armada contra los sandinistas, ¿hubo alguien vinculado al gobierno estadounidense que se dedicara a abrir vías para que los traficantes pudieran pasar drogas a Estados Unidos? ¿Sabían que los traficantes estaban haciendo precisamente eso y los protegieron de la aplicación de la ley? La respuesta a todas esas preguntas es “Sí”». Y luego siguió, afirmando que estaba convencido de que en su momento el gobierno había tomado una decisión en ese sentido. Una decisión relacionada con el sacrificio, y de hecho usó la palabra «sacrificio»... Dijo que el gobierno americano había tomado la decisión consciente de sacrificar a un porcentaje

de la población de Estados Unidos para recaudar el dinero necesario para combatir a los sandinistas en Nicaragua. Habían considerado que era un sacrificio aceptable, porque la gente que moriría por el efecto de la cocaína que entraba en Estados Unidos era un grupo de población que se consideraba prescindible.

Miller meneó la cabeza lentamente y volvió a recostarse en la silla. Robey le mostró otra hoja de papel:

—Esto es el memorándum de una comisión del Senado. Dice: «Una serie de personas que daban apoyo a la Contra y que participaban en la actividad de la Contra en Texas, Louisiana, California y Florida han sugerido que está entrando cocaína de contrabando en Estados Unidos a través de la misma infraestructura por la que se expiden, se almacenan y se transportan armas, explosivos, munición y equipo militar de Estados Unidos con destino a la Contra». Y aquí hay otro artículo: «La investigación ha demostrado que la Contra disponía de líneas de suministro directo con bandas criminales como los Crips y los Bloods, de Los Ángeles, y esa enorme provisión de cocaína inició la epidemia de crack de los años ochenta. Las iniciativas de la Administración Antidroga, del Departamento de Aduanas, de la Oficina del Sheriff del condado de Los Ángeles y de la Comisión Antidroga de California para identificar y detener a los tres hombres considerados responsables de la enorme entrada de cocaína en Los Ángeles se han encontrado con la oposición de la CIA».

Robey volvió a sonreír, con una expresión que lo decía todo y no decía nada al mismo tiempo.

—Ese, inspector Miller, es uno de los pocos monstruos que hemos creado. Y su asesino, el Asesino de la Cinta..., bueno, no es más que otro producto de la misma sociedad que permite que cosas así queden sin control. Es un lento deterioro de las libertades, una guerra de desgaste... —Robey sonrió—. ¿Sabe lo que dijo Maquiavelo de la guerra?

—¿Qué?

—«La guerra no se puede evitar. Solo se puede posponer, en beneficio de tu enemigo». Así que eso es lo que hicimos en Nicaragua. No pospusimos la guerra para darles ventaja a los sandinistas, sino que la iniciamos nosotros.

A Miller empezaba a dolerle la cabeza.

—Nos hemos apartado del tema —dijo—. Se está haciendo tarde...

—Lo siento, inspector Miller. A veces me dejo llevar con estos temas.

—¿Podría usar su baño antes de marcharme, profesor?

—Claro. Por esa puerta, gire a la derecha y al final del pasillo.

Miller salió del salón, se detuvo por un momento en el pasillo, iluminado con luces tenues, y miró hacia atrás, y por un instante se sintió como un ladrón, como un intruso. Estaba cansado, desde luego, pero tenía la sensación de que Robey le había dado una paliza con una lluvia de información —cosas que no quería saber, cosas que no tenían que ver con las preguntas que le había hecho—. Llevaba más de una hora allí, y se iba a marchar tal como había llegado.

Entró en el baño y cerró la puerta.

Un momento más tarde, de pie ante la pila, sintió la necesidad de abrir el armarito de espejo que tenía delante. Por algún motivo se estremeció. El vello de la nuca se le erizó. Notó que una gota de sudor se le abría paso entre el cabello y le caía por la frente. Le llegó al puente de la nariz y se la limpió. Se sintió como si no fuera él, como si estuviera observando a otra persona, y vaciló al verse reflejado en el espejo.

Sabía que no debía hacerlo, pero había algo en su interior, en lo más profundo, que le hizo abrir aquel armarito y mirar dentro. Sus dedos tocaron la fría superficie del pomo. Tiró suavemente. La puerta se abrió con un sonido casi imperceptible.

Con la mano izquierda abrió la puerta del todo y miró dentro.

Anacin. Excedrin. Un tubo de Bengay. Un multivitamínico. Una botella de Fórmula 44. Un paquete de pastillas para la tos. Enjuague para la boca. Un tubo de pasta de dientes.

Y luego, atrás, en el segundo estante, un cepillo para el pelo de plástico marrón. Alargó la mano y lo levantó suavemente cogiéndolo de una de sus cerdas. Se quedó allí, sujetándolo. No quería mirar. Tenía que mirar. Se sintió como si estuviera cometiendo el peor de los pecados. Giró el cepillo poco a poco hasta que vio claramente el mango a la luz de la lámpara que tenía encima. No había duda. Una clara huella parcial, de hecho varias, habían quedado marcadas en la superficie lisa del cepillo.

A Miller se le cortó la respiración. El cepillo se le cayó en el lavamanos y repiqueteó sonoramente hasta que se paró. Reaccionó de inmediato y tiró de la cadena. El ruido repentino de la cisterna le sobresaltó. Miller dudó por un momento; luego cogió un pañuelo del bolsillo de su chaqueta y, sujetando de nuevo el cepillo por las cerdas, lo envolvió en el pañuelo y se lo metió en el bolsillo interior. Se quedó allí un segundo, con el corazón golpeándole contra el pecho y los nervios tensos como alambres. Sentía náuseas. Tuvo la sensación incluso de estar a punto de ponerse a vomitar allí mismo. Se lavó las manos, se las secó furiosamente con una toalla que había colgada de un toallero junto al lavamanos y abrió la puerta.

—¿Se encuentra bien?

Miller dio un respingo.

Robey estaba allí mismo, casi como si le hubiera sorprendido con la oreja pegada a la puerta y hubiera dado un paso atrás en el último momento para que no le pillaran.

—Sí, sí —farfulló Miller—. Estoy bien..., solo cansado.

Robey dio a entender con un gesto que lo entendía. Retrocedió para dejar pasar a Miller y luego le acompañó hasta la puerta de entrada al apartamento. La abrió y, antes de echarse a un lado para dejarle paso, se volvió.

—Quizá volvamos a hablar, inspector Miller. Tengo que decir que esta vez he disfrutado de su compañía.

Miller le tendió la mano y se despidieron.

—Siento no haber podido serle de más ayuda.

—Al menos ha sido interesante —dijo Miller—. Buenas noches.

Pasó por delante de Robey y salió.

—Conduzca con cuidado, inspector —dijo Robey, y cerró la puerta tras de sí.

De camino a Pierce Street Miller seguía sin poder concentrarse.

Se le había olvidado preguntarle a Robey cómo había conocido al entrenador de Sarah Bishop; preguntarle de nuevo sobre la tarde del sábado 11. A la mañana siguiente tendría que enfrentarse a Lassiter y Nanci Cohen. ¿Qué iba a decirles? ¿Que había robado un cepillo del piso de Robey?

En un momento dado paró a un lado de la calle. Abrió la ventanilla y respiró hondo. Sentía náuseas y estaba empapado de sudor. Tras diez o quince minutos cerró la ventanilla, puso en marcha el motor y siguió hacia Pierce Street.

Marilyn Hemmings estaba marchándose en aquel momento.

—¿Un encargo de última hora? —preguntó.

Miller sacó el pañuelo del bolsillo interior de su chaqueta y lo abrió.

—¿De quién es? —preguntó.

Miller negó con la cabeza.

—¿No lo sabes o no quieres decírmelo?

—Lo segundo.

—¿Así que sí lo sabes?

—Sí.

—¿Y saben que lo tienes?

—Supongo que lo sabrán muy pronto.

—¿Y qué quieres que haga con él?

—¿Puedes sacar las huellas?

Hemmings miró a Miller con cara de preocupación; luego extrajo el cepillo con cuidado cogiéndolo por las cerdas y enfocó el mango hacia la luz.

—Aquí hay varias cosas que puedo mirar —dijo—. Es de un sospechoso que no tenemos fichado, ¿verdad?

—No sabemos si está fichado o no. No tenemos ninguna huella para comparar en el AFIS, si es eso lo que quieres decir.

—Pero esperas que esto nos las dé. —Dudó un momento—. Si lo hago, seré cómplice de lo que sea que hayas hecho, ¿eres consciente?

Miller asintió.

—Pues respóndeme a esta pregunta... ¿Qué te hace pensar que voy a hacer lo que quieres?

—Nada. No sé si vas a hacerlo. Simplemente pensé que podía probar.

—¿Has hecho algo así alguna vez?

—No, es la primera vez.

—¿Tiene que ver con el Asesino de la Cinta?

—Sí, eso creo.

—Esta conversación no ha tenido lugar, ¿vale?

—Vale.

—Llámame por la mañana, a las diez, quizás, o a las once. Veré qué tenemos.

—De verdad te lo agradezco...

Hemmings no sonrió. Meneó la cabeza.

—Vete —dijo con frialdad—. Sal de aquí. Tú no has venido esta noche. Yo no te he visto. Como te he dicho antes, esta conversación nunca ha tenido lugar.

—Te debo una.

—¿Por qué, inspector Miller? Yo no he hecho nada.

Miller asintió. Se volvió y se puso en marcha. Había una línea en algún sitio. La había rebasado, y no se sentía nada bien.

Una hora más tarde, sentado ante su ordenador, introdujo «CIA+drogas» en un buscador. Este le ofreció miles de páginas. Abrió una y echó un vistazo:

Operación Snow Cone. Operación Watch Tower. Balizas secretas estacionadas en puntos remotos entre Colombia y Panamá para guiar a los pilotos de la droga que vuelan entre Estados Unidos y Panamá casi a nivel del mar y evitar que sean detectados por los aviones del Departamento Antidroga de EE. UU. Destino: aeródromo militar de Albrook, en Panamá. Operación Buy Back, a través de la organización Pacific Seafood Company, de la CIA y el FRONT. La droga se mete en contenedores de gambas y se envía a diversos puntos de EE. UU. Organización conjunta CIA-DEA. Operaciones Short Field, Burma Road, Morning Gold, Backlash, Indigo Sky y Triangle. Información proporcionada por Trenton Parker, Gunther Russbacher, Michael Maholy y Robert Hunt, operativos de la CIA y de Inteligencia Naval. Lectura recomendada: la reveladora obra de Rodney Stich *Defraudando a América*. Las ganancias totales de las operaciones de contrabando de marihuana y cocaína de la CIA se estiman entre diez mil y quince mil millones de dólares.

Miller cerró la página y escribió: «Nicaragua Oliver North contrabando cocaína».

Era como si un nuevo mundo se abriera ante él, un mundo que nunca había cuestionado, que nunca se había planteado. Se encontró con páginas y páginas de testimonios y documentos. Escogió una al azar y la fue leyendo, sintiéndose cada vez más incómodo:

El 10 de febrero de 1986, el teniente coronel Oliver North fue informado de que un avión que se usaba para enviar material a la Contra antes había servido para transportar droga, y que la CIA había elegido una compañía cuyos oficiales tenían antecedentes penales conocidos. La compañía, Vortex Aviation, estaba dirigida por un hombre llamado Michael Palmer, uno de los mayores contrabandistas de marihuana de la historia de EE. UU., que estaba imputado por tráfico de drogas en Detroit, con una solicitud de pena de diez años, al mismo tiempo que recibía trescientos mil dólares en fondos de una agencia subcontratada por el Departamento de Estado para enviar ayuda «humanitaria» a la Contra. Al mismo tiempo, DIACSA, empresa con sede en Miami que servía para lavar el dinero con el que Oliver North financiaba a la Contra, estaba dirigida por Alfredo Caballero, socio de Floyd Carlton, piloto que transportaba cocaína para el general Manuel Noriega, de Panamá. Carlton acabó testificando contra Noriega en su juicio.

Y otra:

El 26 de noviembre de 1996, Edén Pastora, exlíder de la Contra, declaró ante el Comité de Inteligencia del Senado: «Cuando todo este asunto del tráfico de drogas salió a la luz entre los contras, la CIA nos dio un documento a César, Popo Chamorro, Marcos Aguado y a mí... y dijeron que era un documento que nos eximía de cualquier responsabilidad, por haber trabajado en la seguridad de EE. UU. [...]».

Miller cerró las páginas. Apagó el ordenador. Tenía los ojos irritados, y la cabeza le iba a estallar. Tenía hambre pero no podía ni plantearse comer. No quería saber lo que habían hecho. No quería ver al monstruo sagrado.

Robert Miller solo quería dormir, pero sabía que no podría.

Nanci Cohen miró su reloj por tercera vez en cinco minutos.

—Solo dispongo de unos minutos —dijo, bruscamente.

Eran casi la diez de la mañana del viernes 17.

Roth se sentó a la derecha de Miller, y Lassiter a la izquierda, junto a Cohen.

—Bueno, me dejó entrar —dijo Miller.

—¿Y qué te dijo?

—No me dijo nada.

Nanci Cohen frunció el ceño. Metió la mano en su voluminoso bolso en busca de un cuaderno y un bolígrafo.

—¿No te dijo nada? ¿Cómo pudo ser que no te dijera nada?

—No quiero decir que no me dijera nada; me dijo un montón de cosas, pero aún no sé la relevancia que pueden tener.

—¿Ah, sí? —insistió ella—. ¿Y de qué te habló?

—De cocaína.

—¿Cocaína?

—Del contrabando de cocaína desde Nicaragua.

Roth se volvió de pronto:

—El recorte de periódico de debajo de la cama.

—¿El qué? —preguntó la ayudante del fiscal; luego asintió y sonrió.

—Debajo de la cama de Catherine Sheridan. Dejó un recorte de periódico sobre las elecciones nicaragüenses.

—¿Y ese tipo te habló de Nicaragua? —intervino Lassiter.

Miller asintió.

—El cabrón está jugando con nosotros, ¿no? —dijo Nanci Cohen con tono sarcástico—. Está jugando con nosotros. Nos está tomando el pelo. ¿Qué probabilidades hay, por Dios? Encontramos un recorte de periódico sobre las elecciones nicaragüenses bajo la cama de Catherine Sheridan, y vas a verle y se te pone a hablar de Nicaragua.

—Estaba exponiendo una idea —dijo Miller.

—¿Me estás diciendo que es una coincidencia?

—No sé qué es... Pero me dejó inquieto, como poco.

—¿El qué? ¿Él?

—No, él no. Lo que dijo. Sobre el contrabando de coca en Nicaragua.

—¿Te refieres a lo de Ollie North y la CIA?

—Sí.

—La noticia es vieja, amigo. ¿Sabes quién es Janet Reno?

—Claro que sí —dijo Miller.

—Bueno..., pues es una señora muy dura. El caso es que la policía de Miami descubrió que se estaba entrenando a contras en Florida, y que eso se pagaba con el dinero del tráfico de la coca. Ella hizo un informe enorme, pero enorme de verdad, y se lo enviaron al FBI. Le pusieron un sello, página por página, que decía: REGISTRADO Y ENTREGADO A GEORGE KOSINSKY, FBI, el nombre del agente con el que colaboraban. Y a pesar de ese informe, Janet Reno, fiscal general del estado de Florida, no vio motivo para seguir investigando. Nadie se cree que una señora dura como ella fuera a arrugarse ante un traficante de coca cualquiera. Le dijeron que no escharbara. Le pidieron educadamente que desviara la mirada, ¿entiendes? Como te he dicho antes, la noticia es vieja.

—Sea como fuere, eso es de lo que me habló Robey.

—¡Por Dios! —exclamó Lassiter—. ¿Quién narices es este tío?

Nanci Cohen le hizo un gesto con la mano para que se callara.

—¿Y bien? —insistió.

—Pues que no sé cómo encaja él en todo esto —prosiguió Miller—, pero no me puedo quitar de la cabeza lo de las identidades de esas mujeres... El hecho de que no hayamos podido encontrar datos precisos e irrefutables sobre sus vidas.

—¿Y la joven negra? —preguntó Cohen.

Miller meneó la cabeza.

—No creo que estuviera en la agenda de este tipo. Empezó a hablar con nosotros. A lo mejor sabía algo, quizá no... Es muy probable que nunca sepamos exactamente de qué modo estaban implicados Darryl King y ella. En cualquier caso, el simple hecho de que hablara con nosotros ya era motivo suficiente como para que la matara. Las cuatro primeras... creo que están relacionadas, y creo que Robey sabe algo. Creo que está implicado. No tengo ni idea de si es el autor de los asesinatos, pero estoy convencido de que sabe algo y de que intenta decirnos lo que sabe sin implicarse.

—¿Y lo de Nicaragua? —preguntó Nanci Cohen.

—No lo sé —dijo Miller, encogiéndose de hombros.

—Tenemos dos pistas... El recorte de periódico y esa charla magistral que te dieron anoche, pero aun así eso no nos da gran cosa. No valen para una orden de registro, y desde luego no justifican un arresto.

—Tenemos que seguir investigando esas identidades —sugirió Miller.

—Por supuesto —afirmó Nanci Cohen—. Tenéis que hacer el trabajo que debería haberse hecho cuando ocurrió el primer asesinato. Alguien dio contra un muro y se paró. A mí me parece que demuestra una desidia tremenda.

Lassiter abrió la boca para decir algo.

—Ahórratelo, Frank —dijo Cohen—. Ya me hago a la idea. Falta gente, falta financiación, limitación de horas extra, la misma mierda que nos encontramos todos. Sucede, ¿vale? No estoy criticando a nadie. No estoy buscando culpables. Pero ahora tenemos cinco mujeres muertas y más vale que nos hagamos una idea general antes

de que haya una sexta. —Eché un vistazo al reloj—. Tengo que irme. No quiero pillar un atasco.

Al llegar a la puerta se volvió hacia Miller.

—Hiciste bien en meterte en su casa —convino—, pero ahora mismo tenemos que encontrar algo para pillarle; no podemos seguir perdiendo el tiempo. Mientras tanto, trabajad lo de las identidades de las víctimas. Y Frank...

Lassiter la miró.

—Llámame cuando tengas algo con lo que yo pueda actuar, ¿vale?

Lassiter levantó las manos en un gesto conciliatorio. Sonrió y meneó la cabeza.

—¿Qué quieres que haga yo, Nanci?

—Pues, no lo sé, Frank... Consigue algo mejor.

Y se fue.

Roth, Miller y Lassiter no dijeron nada. Lassiter se puso en pie lentamente. Se dirigió hacia la puerta y, cuando llegó se volvió hacia los dos inspectores.

—No sé qué decir —dijo—. Seguid con lo de las identidades. Conseguid algo con lo que ella pueda actuar, ¿vale?

—¿No nos puede dar más hombres? —preguntó Miller—. ¿Quizá Metz... y Oliver?

—Vosotros sois lo que hay —respondió Lassiter—. Solo vosotros. Tengo otros tres asesinatos, un homicidio, una pandilla de ladrones de coches que se van de paseo con ellos y tienen aterrorizado Gallery Place, en Chinatown. ¿Queréis saber la verdad? Lo de Catherine Sheridan pasó hace seis días. Ahora ya es un caso antiguo. ¿Y lo de Natasha Joyce? Pues Natasha Joyce era una mujer negra de un barrio marginal que no le importa a nadie más que a nosotros. No sé cómo deciros esto, pero vosotros sois todo el personal que puedo asignarle a este caso.

Lassiter meneó la cabeza en un gesto de resignación y salió del despacho.

—Hazme un favor —le dijo Miller a Roth—. Recoge todos los archivos que tengamos, todo lo que haya de las cuatro víctimas, y tráelo aquí. Yo tengo que hacer una gestión. No debería tardar más de media hora o así, ¿vale?

Roth se puso en pie.

Miller esperó a que se fuera y luego bajó rápidamente la escalera y salió por la parte trasera del edificio.

Miller cogió una discreta berlina del aparcamiento y le dijo al encargado del parque móvil que estaría de vuelta en una hora. Se dirigió al este, hacia Pierce Street, encontró a Hemmings en su despacho y entró sin llamar.

—No sé lo que has hecho, pero no me gusta —dijo Marilyn Hemmings—. Y estoy muy, muy tentada de preguntarte de dónde ha salido esto exactamente. Si ha salido de donde yo creo que ha salido... —Movi6 la cabeza—. No, no te estoy preguntando, no estoy haciendo ninguna suposición. Ya he decidido que no te haría preguntas.

—¿De qui6n son?

—¿Las huellas? Por Dios, ni siquiera quiero saber de qué va esto, Robert. Las huellas est6n protegidas. No puedo decirte a qui6n pertenecen.

—¿Protegidas?

—Exacto. Protegidas. ¿Entiendes lo que quiere decir?

—Que quienquiera que sea..., que esta persona es...

—Que es del FBI, o del NSC, o de Asuntos Internos, o del Departamento de Justicia. De cualquier organizaci6n de Inteligencia.

—¿La DEA?

—El Departamento de Defensa, el Departamento de Estado, de Interior, la Oficina de Inteligencia Naval..., cualquiera. Ya sabes c6mo van estas cosas. Sea lo que sea lo que buscas, aqu6 se acaba, Robert. Has llegado a un callej6n sin salida. Quiero decir... ¿Qu6...? —Se call6 de golpe y respir6 hondo. Levant6 las manos como si quisiera placar a Miller—. No quiero saber de d6nde ha salido esto, y eso que a6n no te he contado lo mejor.

—¿Lo mejor? —Miller ya notaba c6mo se le aceleraba el pulso, sent6a el coraz6n, que le lat6a con fuerza.

Marilyn Hemmings parec6a asustada, y lo entend6a... A 6l le pasaba exactamente lo mismo. Record6 lo que le hab6a dicho Robey en la cafeter6a, que era Miller el que no se daba cuenta de la gravedad de la situaci6n.

—He reconstruido la huella a partir de diversas huellas parciales, y hab6a otra huella en el mango, demasiado peque6a como para identificarla. Pero hab6a pelos, pelos largos, y se me ha ocurrido pensar que quiz6a las huellas y los pelos no eran de la misma persona. Lo he hecho sin pensar, Robert, ha sido algo realmente impulsivo, pero he procesado uno de esos pelos y he obtenido ADN del fol6culo, y lo he introducido en el registro para compararlo...

—¿Y pertenec6a a alguien que estuviera en el sistema? —pregunt6 Miller.

—Catherine Sheridan.

Miller se quedó boquiabierto, como si fuera a cazar moscas.

—No hablas en serio...

—Nunca he hablado tan en serio. Lo he introducido dos veces para asegurarme. Las huellas no son tuyas, pero el cabello sí. Incluso tengo una muestra física para compararlo. ¡Joder, esa mujer aún está en mi congelador!

—Por Dios... —dijo Miller—. Por Dios y por todos los santos...

—¿Quién es, Robert? Dime que no has obtenido este cepillo de alguien del departamento.

Miller frunció el ceño.

—No, Marilyn, qué va. No digas tonterías.

—¿No es de nadie que conozcamos? ¿De alguien con quien trabajamos?

—Dios, no, por supuesto que no. ¿De quién pensabas que era?

—No lo sé, Robert... ¿Qué esperabas que pensara? Me traes esto a escondidas, sé que es problemático... Lo has robado de algún sitio, ¿verdad?

Miller negó con la cabeza.

—No voy a decirte nada, Marilyn. Lo que no sepas...

—Muy bien, muy bien... De modo que te llevaste esto de algún sitio y me lo traes a escondidas, me pides que lo procese y encuentre que tiene unas huellas protegidas, y cabello perteneciente a nuestra víctima de asesinato. ¿Qué demonios se supone que tengo que pensar?

—¿Dónde está ahora el cepillo? —preguntó Miller.

—Lo tengo en la sala de pruebas.

—Tráemelo —dijo Miller—. Tengo que devolverlo al lugar de donde salió.

Ella soltó una risa nerviosa.

—No puedes estar hablando en serio... ¡Ni hablar! No vas a...

—¿Y qué demonios esperas que haga con él? Claro que voy a devolverlo. No se puede quedar aquí, y no quiero que lo tengas cerca más tiempo del necesario. Tráemelo y me iré enseguida, ¿vale?

Marilyn Hemmings se quedó inmóvil un momento, y luego salió a toda prisa de la habitación. Volvió al cabo de un segundo, con una bolsa de pruebas azul y el cepillo dentro. Miller hizo un rulo con la bolsa y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Qué es lo que tienes? —preguntó Hemmings.

—A un mentiroso. A un hombre que dice que no sabe nada y que evidentemente sabe muchísimo más de lo que dice...

—¿Tengo que decirte que vayas con cuidado?

La expresión de Miller no cambió.

—De verdad, Robert, quiero que vayas con cuidado. No sé en qué narices te has metido, pero no quiero que este caso acabe contigo.

—Está bien —dijo Miller—. Saldrá bien. Confía en mí.

Hemmings sonrió y se echó a reír.

—Eso es lo típico que dicen en las películas justo antes de que todo se vaya a la mierda.

—Esperemos que no, ¿eh? Gracias por tu ayuda, ¿vale? De verdad.

Habría querido estirar el brazo y cogerle la mano. Habría querido rodearla con sus brazos. Habría querido decirle que había estado pensando mucho en ella, pero no podía decir todas esas cosas. Lo único que pudo hacer fue dirigirse a la puerta y salir en silencio. Volvió a comisaría y metió el cepillo dentro de una zapatilla deportiva, en su taquilla. Comprobó dos veces que la taquilla estuviera perfectamente cerrada antes de salir de los vestuarios, y cuando llegó a la puerta volvió a entrar y lo comprobó por tercera vez. Se sentía fatal. Estaba asustado, cansado, inquieto. Se sentía como un criminal, como un ladrón y un mentiroso. Intentó convencerse de que estaba haciendo lo correcto, pero aquello no era más que una racionalización. Había infringido la ley. Tan simple como eso. El simple hecho de haber infringido la ley y de haberse enterado de algo útil, consciente como era de que nunca podría usar lo que sabía, solo empeoraba las cosas.

Volvió a subir la escalera hasta el despacho de la primera planta y se encontró a Al Roth rodeado de papeles.

—Esto es una mierda —dijo Roth en cuanto apareció por la puerta—. La administración de esta comisaría debe de ser la peor... Por Dios, ni siquiera sé por dónde empezar. —Tiró un sobre marrón en la mesa y se puso de pie. Se dirigió a la ventana, con las manos en los bolsillos y se quedó allí un rato. Arqueó la espalda y aspiró sonoramente.

Miller echó un vistazo al montón de carpetas. La ficha de registro de Margaret Mosley estaba incompleta. La mitad de la página estaba en blanco, y la otra mitad apenas era legible. En el dossier de Rayner encontró tres entrevistas que pertenecían a Barbara Lee, un informe de autopsia, no había ficha de registro, y garabateada en el dorso de la carpeta una pregunta de Metz: «¿Dónde está el informe original del caso?». Leyó las palabras, pero no podía concentrarse. Lo único que veía era el cepillo, con el cabello enredado entre las cerdas, la certeza de que Robey había mentido una y otra vez...

—De modo que Catherine Sheridan se convierte en Isabella Cordillera —dedujo Roth, interrumpiendo sus pensamientos. Había traído una pizarra blanca de uno de los despachos contiguos. En la pizarra había escrito el nombre de Catherine Sheridan. Debajo había puesto «Isabella Cordillera», y había subrayado el nombre dos veces—. E Isabella Cordillera murió en un accidente de tráfico en junio de 2003. No obstante, no existe información de ese supuesto accidente.

Miller, que se esforzaba por concentrarse en lo que decía Roth, señaló el lado derecho de la pizarra.

—Escribe ahí «soltera».

—¿Soltera?

—Claro. Escribe la palabra «soltera» y luego «sin amigos conocidos».

Roth lo hizo.

—Luego tenemos a Margaret Mosley —prosiguió—. En el registro no figura ninguna persona con ese nombre nacida en junio de 1969.

—Igual que en los otros casos —respondió Miller—. Y no te olvides de Michael McCullough.

—Delincuentes —dijo Roth—. Informadores, protección de testigos, como dijimos. Al menos eso tendría sentido, pero... ¿Cómo podemos saberlo?

—No creo que podamos —repuso Miller.

Se dio cuenta de que tenía los puños apretados y los nudillos blancos. El corazón ya le iba más lento, el sudor se le estaba secando bajo el pelo y eso hacía que le picara la cabeza. No recordaba haber estado más asustado en su vida..., salvo tras lo de Brandon Thomas quizá.

Roth no respondió. Se quedó mirando a la pizarra, concentrado.

—¿Por qué miente Robey? —preguntó Miller de pronto, y se dio cuenta de que había puesto en palabras lo que pensaba, casi de forma involuntaria.

—Porque mató a Sheridan —contestó Roth—. La mató, al igual que a las otras. A lo mejor trabaja a sueldo. A lo mejor simplemente se echa a la calle y mata por contrato. A lo mejor se dedica a eso.

Miller se preguntó qué sabía: Robey conocía a Sheridan. Al menos sabía de su existencia. Había un cabello de ella en su cepillo. Había estado en su apartamento, o quizá Robey se hubiera llevado el cepillo de su casa después de matarla. ¿Un recuerdo? ¿Una prenda? ¿Algo que le recordara los momentos especiales que habían compartido? Cualquiera que fuera el motivo, no había duda de que Robey estaba metido hasta el cuello.

No podía decírselo a Roth. Y desde luego no podía decírselo a Lassiter ni a Nanci Cohen. Y cuando Roth se lo quedó mirando con la interrogación en el rostro, Miller no pudo evitar apartar la cara de pronto.

—Volvamos a las mujeres —sugirió Miller—. Al hecho de que sus identidades no concuerdan con los registros. Pero ¿por dónde empezamos?

—¿Tenemos sus huellas dactilares en algún sitio, o solo aparecen en sus fichas?

Miller negó con la cabeza.

—No lo sé... La verdad es que no lo sé.

—Los dosieres —dijo Roth, levantándose de la silla y dirigiéndose al escritorio al otro lado de la habitación.

Miller fue con él, y los dos empezaron a analizar los documentos de cada dosier.

—Esta, Margaret Mosley, no —dijo Roth, moviendo la cabeza—. Se la identificó por el carné de conducir y por el número de la seguridad social.

—Lo mismo pasó con esta, Ann Rayner —respondió Miller.

—¿Tú crees que al menos les tomarían las huellas? —preguntó Roth.

Miller asintió.

—Es el procedimiento estándar, claro —respondió.

—Llama a Tom Alexander... Pregúntale si tienen las huellas archivadas.

Miller marcó el número, preguntó por la oficina del forense y esperó a que le pasaran.

—¿Tom? Robert Miller. Una pregunta... ¿Vosotros tenéis archivadas las huellas de todas las víctimas, desde Margaret Mosley?

Miller hizo una pausa y miró a Roth.

—¿Sabes si existe alguna identificación con huellas? —Miller frunció el ceño—. No, está bien, ya espero.

Miller puso la mano sobre el micrófono.

—No lo cree. Dice que solo toman las huellas cuando la identificación física resulta imposible. —Se volvió de pronto—. Sí, claro... Guárdamelas; ya iremos nosotros.

Miller colgó.

—Las tienen archivadas, pero no comprobaron las tres primeras, Mosley, Rayner y Lee. No lo necesitaron, porque las habían identificado por sus efectos personales. Vamos a ver qué encontramos si las cotejamos con el AFIS.

Roth cogió su chaqueta y salió detrás de Miller.

Bueno, ahora ya he hablado con Robert Miller.

Vino a mi casa. Habló conmigo. Me dejó hablar. Escuchó lo que tenía que decir, y luego se fue al baño y me robó un cepillo. Encuentre lo que encuentre, no podrá usarlo. Algo así le reconcomerá por dentro. Ha rebasado la línea. Sabía dónde estaba la línea, ahí mismo, delante de él, y seguro que hubo un momento —un breve instante, quizás apenas el tiempo de un suspiro, de un latido— en que tomó la decisión.

¿Debo hacerlo? ¿No debo hacerlo?

Igual que yo. Igual que Catherine Sheridan. Igual que Margaret Mosley, Ann Rayner, Barbara Lee, Darryl King, incluso —de algún modo— Michael McCullough. Pensar en McCullough me hace sonreír... La línea estaba ahí y ellos la vieron, y hubo un momento en que podían haber decidido echarse atrás, irse por donde habían venido... Pero no, no lo hicieron. Ninguno de nosotros lo hizo. Lo que hicimos fue lo que se esperaba de nosotros, y lo hicimos por miedo, por una supuesta lealtad, por la convicción de que poseíamos algo que valía la pena tener...

Diferentes razones para diferentes personas.

Me pregunto cuál es la razón de Miller. Es soltero. No tiene esposa, ni novia. Sus padres están muertos. No tiene hermanos. Robert Miller no tiene familia, y quizá nunca la tenga. Tiene su trabajo. Quizá su trabajo lo sea todo. A lo mejor intenta convencerse de que lo es todo, pero yo sé que no lo es. Y creo que él también lo sabe.

Robert Miller es una estrella en órbita. Una estrella muerta, pero una estrella al fin y al cabo. Para él no hay luz al final del día. No hay motivos para volver corriendo a casa.

Quizás haya cruzado la línea porque creía que descubrir la locura de lo que tiene delante le dará sentido a su vida, un objetivo. Una razón de ser.

Quizá yo también lo hiciera por esa misma razón. Una razón que, mirándolo en retrospectiva, no parece una razón en absoluto. Pero ahora eso no importa. El pasado, pasado está; no se puede recuperar para volver a vivirlo.

Y si pudiera volver atrás, ¿qué haría...? ¿Quién sabe? ¿A quién le importa?

Jugaremos a este juego, inspector Robert Miller, y ya veré..., ya veremos, qué sucede.

Marilyn Hemmings no estaba cuando llegaron Miller y Roth, algo que Miller agradeció. No quería que su presencia le recordara lo que había hecho. Tom Alexander salió al pasillo a recibirlos. Parecía cansado; lucía unas marcadas sombras grises bajo los ojos.

—Sobrecarga —le dijo a Miller—. Doble turno ayer y antes de ayer. Mi madre no se encuentra bien, y mi novia... —Sonrió, y dejó el tema.

—¿De modo que tienes esas huellas? —preguntó Roth.

—Las tengo, y no las tengo —respondió Alexander—. Claro que las tengo, pero las he metido en el AFIS y no he encontrado nada. Ahora mismo las estamos pasando por otra base de datos, la que usamos para investigar a los candidatos a trabajar aquí, pero dudo que salga nada. La mayoría de la gente no está en estos sistemas.

—¿Qué pasó cuando llegaron aquí? —inquirió Miller.

Habían llegado al despachito al final del pasillo y Alexander les indicó que entraran.

—Procedimiento estándar. Cuando llegan aquí, las sometemos inmediatamente a los procedimientos de derrame. Ya os podéis imaginar lo que es, así que no os lo explicaré. Cuando el cadáver está limpio de cualquier posible contaminación, hacemos un examen inicial en busca de causas evidentes de la muerte: lesiones en la cabeza, heridas de bala, ahogo, cosas así, ¿sabéis? Eso se apunta en un informe preliminar. Una causa relativamente evidente de la muerte no tiene por qué acabar siendo la causa oficial de la muerte, pero hacemos nuestro informe preliminar basándonos en lo que vemos cuando llega el cuerpo. Luego pasamos a la identificación. Si el cuerpo se encontró en una vivienda, hay muchas cosas que pueden servir como identificación. El nombre y la dirección de las facturas de suministros, el número de la seguridad social de la víctima, el carné de conducir, el pasaporte..., todas esas cosas. Si todo encaja, no vamos más allá. Tomamos las huellas al cuerpo simplemente para la ficha, pero no operamos a partir de la suposición de que la persona pueda ser quien no parece ser. Suponemos que esa persona es quien parece ser, y luego buscamos cosas que confirmen la identificación, no que la refuten. De ahí que en los primeros tres casos no hubiera necesidad de buscar las huellas. Llegaron con nombre y dirección, con una identificación positiva de numerosos documentos oficiales. Damos por bueno lo que vemos y tratamos cada cuerpo como un cadáver más. Si hay alguna duda sobre la identidad, generalmente la policía ya se encarga de ello antes incluso de que el cuerpo nos llegue a nosotros.

—¿Y con qué sistema estáis cotejando ahora las huellas? —preguntó Miller.

—Es una base de datos de funcionarios del Estado. Está relacionada con el AFIS, el DMV, el Consejo de Educación y organismos así. Es algo que usamos para filtrar a las personas que se presentan para puestos de funcionario del Estado. No lo sé, se me ocurrió probar suerte. No encontramos nada en el AFIS, y pensé que no haría ningún daño.

—Margaret Mosley era funcionaria municipal —dijo Roth—. Trabajaba en una biblioteca, ¿no?

—Entonces, estará ahí —observó Miller—. Las otras dos, lo dudo. Ann Rayner era secretaria en un bufete de abogados, y la tal Lee era florista.

—Ya debería estar acabando. Iré a ver si ya está —dijo Alexander. Pasó junto a Miller y salió del despacho.

—Otro callejón sin salida —señaló Roth—. Yo quiero seguir la pista de McCullough. Eso me tiene intrigado. El dinero de la pensión que nunca llegó.

—¿Recuerdas el nombre del tipo del Distrito Siete que decía Lassiter que conocía?

—Se llamaba Young, ¿no?

—Sí, Bill Young. Lassiter dijo que tenía su número.

—Le llamaremos —dijo Miller. Iba a decir algo más, pero se volvió al oír que Alexander entraba de nuevo en el despacho.

—¿Listos para una sesión de fuegos artificiales?

—¿Has encontrado algo? —preguntó Roth.

—Las tres aparecen en el registro de búsquedas.

—¿Las han buscado? ¿Para qué?

—Ni idea. Lo único que os puedo decir es que han sido investigadas para ocupar un cargo relacionado con el gobierno, o algo así.

—¿El sistema no nos dice quién las investigó? —inquirió Roth.

—No, solo la fecha en que se hizo la búsqueda. Margaret Mosley en agosto de 1990...

—Alto ahí —dijo Roth.

Sacó su cuaderno del bolsillo de la chaqueta y empezó a tomar notas.

—Pues eso, Mosley en agosto de 1990 —repitió Alexander—. Ann Rayner, en febrero de 1988. Barbara Lee, en septiembre de 1999.

—¿Dónde está este sistema de búsqueda? —preguntó Miller.

—En la parte trasera de administración —respondió Alexander—. ¿Por qué?

—¿Está conectado con los registros que tenéis aquí?

Alexander asintió.

—¿Puedes buscarnos algo más?

—¿El qué?

—¿Puedes sacar las huellas de Catherine Sheridan de tu registro y ver si también las han buscado en el sistema?

—Claro que sí —dijo Alexander.

Los tres salieron del despacho y tomaron el pasillo hasta el departamento de administración. Roth y Miller se quedaron mirando mientras Alexander cerraba un programa, arrancaba otro, metía el nombre de Catherine Sheridan y esperaba que apareciera su registro. Arrastró su huella y la colocó en la aplicación de rastreo en la base de datos. No tardó más que un momento.

—También la investigaron —dijo Alexander—, pero fue antes de la introducción del sistema informático.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Roth.

—Significa que fue antes de 1986.

—¿Eso es todo lo que nos puedes decir?

—Exacto.

—¿Puedes comprobar algo más? —insistió Miller.

—Dispara.

—Darryl King.

Alexander frunció el ceño.

—Adelante —dijo Miller—. Tienes las huellas en la base de datos de la policía. Fue detenido en agosto de 2001 por posesión de cocaína.

Le llevó unos minutos, pero Tom Alexander encontró a Darryl Eric King, fecha de nacimiento: 14 de junio de 1974, detenido el 9 de agosto de 2001. El nombre del sargento Michael McCullough volvió a aparecer en todo su esplendor.

Tom Alexander sacó la huella de King y la metió en el sistema.

—Agosto de 1995 —dijo en voz baja.

—¿Cómo? —respondió Miller.

—Que vuestro amigo fue investigado en agosto de 1995 —aclaró Alexander.

Roth negó con la cabeza.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Qué a todos los investigaron como candidatos a trabajar para el gobierno? ¿A todos ellos?

—Parece que así es —confirmó Miller.

—La cosa empeora aún más —señaló Roth—. Dios, eso tiene menos sentido aún que lo de ese sargento desaparecido...

La expresión de Miller cambió de pronto.

—Prueba también con ese —propuso—. Prueba con McCullough. A lo mejor nos da algún detalle que nos ayude a encontrarlo. Vuelve al caso de King, el registro de su detención en 2001. Quiero que metas el nombre de McCullough en el sistema y que me digas cuándo le investigaron para su admisión en la policía.

Alexander ya había escrito el nombre de McCullough y estaba mirando la pantalla. De pronto apareció una pequeña ventana a la derecha.

—¿Qué es eso? —dijo Miller, y entonces leyó lo que decía la ventana.

NOMBRE NO ENCONTRADO. COMPRUEBE ESCRITURA.

Alexander frunció el ceño y volvió a escribir el nombre.

Volvió a aparecer la ventana en la pantalla.

—¿Qué narices se supone que significa eso? —preguntó Miller—. ¿Es que es anterior a 1986, o qué?

Alexander negó con la cabeza.

—Significa que a vuestro hombre no lo investigaron. Los anteriores a 1986 también aparecen, solo que no te da la fecha. Lo que significa esto es que las huellas de ese tipo nunca se buscaron en el sistema.

Miller se inclinó, acercándose a la pantalla del ordenador.

—¿Podría haber errores en el sistema?

Alexander sonrió socarrón.

—Bueno, con los ordenadores siempre puede haber errores. No sabría decirte. Yo estoy ahí, Hemmings está ahí, vosotros también estaréis ahí, pero nada es infalible, inspector.

—¿Puedes imprimirme los otros resultados?

—Claro que sí —dijo Alexander—. Habrá dossieres impresos en algún sitio, pero nunca he tenido la necesidad de buscarlos.

Las hojas empezaron a salir de la impresora. Roth las recogió y los tres hombres salieron de la oficina.

—Gracias por tu ayuda con esto —le dijo Miller a Alexander.

Roth ya estaba recorriendo el pasillo, y cuando estuvo lo suficientemente lejos, Miller bajó la vista, incómodo por un momento, y luego volvió a mirar a Tom Alexander.

—¿Dónde está Marilyn Hemmings? —preguntó.

—Ahora mismo está metida hasta la cintura en una zanja llena de agua, intentando sacar un cuerpo ahogado sin que se le rompa en pedazos. ¿No querrás que la llame?

—Qué mala idea tienes, Tom Alexander —observó Miller, y salió tras Al Roth por el pasillo.

—Le diré que has preguntado por ella —dijo Alexander, a sus espaldas, pero Miller ya tenía la mente en Bill Young y Michael McCullough, y decidió no responder.

Catherine Sheridan está muerta.

Y Natasha Joyce, y Margaret Mosley, y Ann Rayner, y Barbara Lee. Tengo el corazón roto.

Ceno en un pequeño café en Marion Street, a un par de manzanas de mi casa. Pechuga de pollo frita, ensalada y patatas fritas. Me bebo una botella de 7-Up. Mojo las patatas fritas en mayonesa y kétchup. Así es como me gustan. Querría fumar mientras ceno, pero lo dejé hace un tiempo y estoy poniendo a prueba mi fuerza de voluntad. Catherine siempre decía que tenía fuerza de voluntad. «Hace falta fuerza de voluntad para hacer lo que haces tú», me decía, y yo sonreía, asentía y no le decía nada.

Y ahora está muerta.

Mañana me levantaré como siempre. Me vestiré. Me pondré un traje. Iré a trabajar como cualquier otro día y, más que probablemente, una de las chicas hará un comentario sobre el traje y dirá: «Eh, John... ¿Tienes una cita con una chica, o qué?». Y yo sonreiré y asentiré o le guiñaré el ojo, como si hubiera complicidad entre nosotros, y ella se hará preguntas. Todos lo hacen, al menos de vez en cuando. Todos se preguntan por el profesor de inglés del aula 419.

Y cuando llegue el final, que llegará, se hablará mucho de ello en el bar de profesores. Todos se harán preguntas, y suposiciones, e intentarán sacar conclusiones. Pero no lo conseguirán. Ni se acercarán siquiera. Y los estudiantes cotillearán y correrán los rumores, y se preguntarán a cuántas maté. O si realmente maté a alguien.

¿Por qué será que cada vez que puedes hacer algo bueno llega la buena gente y lo lía todo? ¿Quién dijo eso? Fue LaGuardia, ¿no? Fiorello Henry LaGuardia —la Florecilla—, alcalde de Nueva York de 1934 a 1945. Él conocía el asunto. Sabía qué tipo de personas éramos. Aparentemente éramos los buenos, pero ¿y toda la mierda que esparcíamos? Joder, tanta mierda que es imposible siquiera hacerse a la idea. Y llevamos haciéndolo desde siempre. Gente como yo, convencidos de algún modo de que estábamos tomando parte en algo bueno, en algo que cambiaría el mundo. Catherine Sheridan y John Robey, enviados a Managua para cambiar el puto mundo. Bueno, la verdad es que sí cambiamos cosas, y lo que cambiamos sigue reverberando veinticinco años más tarde. Hasta llegar a Washington, y colarse en la vida de

personas que ni siquiera saben qué pasaba en aquella época. Gente como Margaret y Ann y Barbara y Natasha. Gente como Darryl King. Y ahora Robert Miller. Se cree que está rascando la superficie... Y el pobre chico ni siquiera ha visto la superficie, y mucho menos lo que hay debajo.

¿Por qué será que cada vez que puedes hacer algo bueno llega la buena gente y lo lía todo?

Yo os diré por qué: porque la bondad no da dinero. Ahí está la pega, amigos y vecinos. La bondad no da dinero.

Ya de vuelta en su despacho, Roth encontró sus notas de la visita a Lorentzen, subdirector de seguridad en el Washington American Trust Bank de Vermont Street.

—McCullough abrió la cuenta el 11 de abril de 2003 —dijo—. Un mes más tarde, más o menos, se retiró de la policía. Ingresó cincuenta dólares. La vicegerente de nuevas cuentas se llamaba Keith Beck...

—Y ya no trabaja en el Washington American Trust Bank —precisó Miller.

Se sacó la chaqueta y la colgó del respaldo de una silla cerca de la ventana. Tenía el cuaderno de Roth en la mano, y con las notas que había tomado en el despacho del forense empezó a escribir en la pizarra las fechas en que se habían buscado los datos de Mosley, Rayner y Lee en el sistema. Añadió el nombre de Darryl King en la parte baja de la pizarra y al lado escribió «agosto 1995».

—Esto abre una vía completamente nueva —dijo en voz baja.

—¿Y qué vía crees tú que podría ser? —inquirió Roth.

—Pues que todos ellos pudieran ser lo que no parecen. Quiero decir..., bueno, siempre hemos sospechado que ese era el caso de Catherine Sheridan, desde que salió a la luz la tal Isabella Cordillera, pero no que pudiera suceder lo mismo con todos.

—¿Estás pensando en lo del programa de protección de testigos? —preguntó Roth—. Eso explicaría en parte por qué Darryl King cooperaba con la policía.

—De la protección de testigos se encargan los Federales, ¿no? Joder, Al, no lo sé. De pronto parece una cosa, y luego parece otra completamente diferente.

—Probablemente esté pensado justo para eso —respondió Roth.

Miller se frotó las sienes. Apenas había empezado la tarde. No había almorzado, y sentía un dolor en algún punto indefinido de la frente que amenazaba con convertirse en migraña.

—Creo que vas a tener que volver a ver a Robey —decidió Roth.

A Miller se le paró el corazón por un momento. Pensó en el cepillo, perfectamente envuelto en una bolsa de pruebas azul y oculto en el interior de una zapatilla deportiva, en su taquilla. No podía creerse que lo hubiera hecho. ¿Qué le había impulsado a hacer algo así? Le había impulsado la certeza de que Robey era un mentiroso, de que Robey conocía a Catherine Sheridan o había estado en su casa, que había una relación clara y evidente entre ellos, pero también le había impulsado la sensación de futilidad, de impotencia. No podía hacer nada con aquella información. Tanto era así, que de algún modo había conseguido olvidarse del cepillo mientras discutía el caso con Roth. Y ahora Roth le decía que volviera a ver a Robey otra vez. Al menos eso le daría la oportunidad de devolver el cepillo.

—A estas alturas no creo que debas hablar con él sin hacerlo oficial. Tenemos que ponernos de acuerdo con Nanci Cohen...

—No veo que vayamos a llegar a nada haciéndolo oficial. No tenemos nada significativo en su contra. —Miller hizo una pausa y escuchó sus propias palabras, planteándose la posibilidad de que su punto de vista hubiera sido otro de no haberse llevado el cepillo. Había comprometido no solo la investigación, sino su propia objetividad—. Vamos a por McCullough. Eso es lo que tenemos que hacer. Sigamos la pista de McCullough, hablemos con ese tipo que Lassiter conoce en el Distrito Siete y veamos si sacamos algo en claro de ese personaje.

—De acuerdo. Me parece bien —dijo Roth.

Llamó a la secretaria de Lassiter y esta le dijo que Lassiter estaría ilocalizable casi todo el día.

—¿Puedes encontrarme la dirección actual de un capitán retirado del Distrito Siete? ¿Un tal Bill Young? —le preguntó Roth.

La secretaria le puso en espera y reapareció un momento más tarde.

—Aquí tengo a un tal Bill Young en un archivo personal —dijo por fin—. Pero no puedo dárselo sin la autorización del capitán Lassiter.

Roth no discutió; sabía que no habría conseguido nada.

—Vayamos a Administración —le dijo a Miller tras colgar el teléfono—. Ellos tendrán la dirección.

—O llama al Distrito Siete —sugirió Miller—. Seguro que allí hay alguien que lo sabe.

Quince minutos más tarde, pasados en gran parte a la espera mientras unos hablaban con otros y estos hablaban con otros más, alguien les proporcionó la dirección. Era de cuatro años atrás, pero era una dirección. Roth llamó a información preguntando por el número de teléfono, pero no constaba.

—Vamos allá —propuso Miller con la vista puesta en el trozo de papel con la dirección garabateada—. Está a menos de un cuarto de hora de aquí.

Miller le pidió a Roth que sacara el coche y le dijo que se encontrarían en la entrada. En cuanto lo perdió de vista pasó por delante de recepción y se dirigió a las taquillas. Cuando salió a la calle ya llevaba el cepillo metido en el bolsillo interior de su chaqueta.

Miller se puso al volante, y se encontró con el habitual tráfico de la tarde. Lo que debió llevarles quince minutos les costó más de cuarenta, y cuando llegaron a Wisconsin Avenue, cerca del Dumbarton Oaks Park, eran casi las tres. La casa que buscaban estaba en la esquina de Whitehaven Parkway y la Treinta y siete, una atractiva construcción de madera al estilo colonial, separada de la calle por una fila de árboles bajos. Miller se adelantó, y Roth esperó en la acera mientras una mujer de mediana edad abría la puerta.

La conversación entre Miller y la mujer fue breve. Roth estaba demasiado lejos como para oír nada específico, pero un momento más tarde la mujer señaló hacia

atrás, en dirección a Montrose Park y el cementerio de Oak Hill. Roth se preguntó si Young habría muerto.

Ya de vuelta en el coche, Miller dijo:

—Está en una residencia. En Bancroft Street, frente a la Woodrow Wilson House.

Bill Young tenía un pelotón de enfermeras que hacían de mediadoras entre él y el mundo. La Bancroft Care Home era un enorme complejo de casas que compartían un mismo terreno, supuestamente una finca adaptada a aquel uso. El edificio de recepción era un bloque bajo al final de una corta vía de acceso. Las medidas de seguridad eran evidentes, hubo preguntas y respuestas, y cuando Miller y Roth consiguieron hablar con alguien que les pudiera decir algo de Bill Young ya eran las cuatro y cuarto.

—No se encuentra muy bien —le dijo a Miller Carol Inchman, subdirectora del centro—. Bill lleva aquí catorce meses. Sufrió una apoplejía que le paralizó el lado izquierdo del rostro y gran parte del cuerpo. Ha mejorado considerablemente con el tratamiento, pero le cuesta hablar y comer. Se cansa enseguida.

Carol Inchman era una mujer de modos bruscos, pero de alguna manera conseguía resultar cálida al hablar. Era expeditiva, pero parecía empatizar con los pacientes: justo lo necesario para inspirar en las familias de sus clientes potenciales la confianza necesaria para empezar a extender cheques.

—¿Es un asunto de gran importancia? —le preguntó a Miller.

—De vital importancia —repuso Miller—. Nuestro capitán, Frank Lassiter es muy buen amigo del capitán Young, y está seguro de que el capitán Young podría ayudarnos a resolver un aspecto importante del caso en el que estamos trabajando.

Inchman sonrió.

—Aún le llamamos así, ¿saben?

—¿Perdón?

—«Capitán». Así le llamamos. Le gusta. Creo que ser policía lo ha significado todo en su vida, y la enfermedad le ha deteriorado mucho, tanto mental como físicamente.

Miller asintió.

—Entonces, ¿cree que podríamos verlo?

—Yo diría que sí. A lo mejor eso le anima. Ha estado bastante bajo de forma estos últimos días.

—Se lo agradecemos mucho —dijo Miller—. Le prometemos que no será mucho rato... Haremos que sea lo más breve posible.

Inchman se echó hacia delante, cogió el auricular del teléfono y marcó un número.

—Visitas para el Capitán —informó—. Dile que unos agentes de policía necesitan que los ayude con algo. —Colgó el teléfono y se puso en pie—. ¿Vamos?

—dijo sin más.

Miller y Roth siguieron a la subdirectora Inchman hasta la puerta del despacho y por el pasillo.

La mitad de la cara de Bill Young estaba más tensa que la cuerda de un violín. Resultaba inquietante, y cuando sonrió el lado izquierdo de su boca apenas se movió en una mueca extraña, produciendo una expresión que asustaba un poco. Había perdido el control de la musculatura alrededor del ojo, parpadeaba con gran dificultad, y tenía la pupila opaca con cataratas. Cuando la enfermera hizo pasar a Miller y Roth, Young parecía dormido en su butaca, pero el ruido de la puerta bastó para despertarle.

—¿Capitán? —saludó amablemente Carol Inchman.

Young se volvió despacio, y desde su posición reclinada observó a los tres visitantes uno por uno. Tardó un poco en reaccionar, y Miller se dio cuenta de que Young los veía como lo que eran: colegas de otro tiempo, compañeros de profesión, un breve retorno a algo que había sido él mismo en otra época, algo que había dado significado a su vida.

Su agilidad sorprendió a Roth. Bill Young se levantó y cruzó la habitación hasta donde estaban ellos en un momento. La mueca extraña, la mano extendida, algo que decía que aunque su cuerpo había sufrido una debacle, su mente estaba allí, presente, como siempre.

—Capitán Young —le saludó Miller, estrechándole la mano.

Young se rio.

—¿Os ha dicho ella que me llaméis así?

—Somos de la comisaría de Frank Lassiter... Hemos venido a verle por si nos puede ayudar con una cosa.

A Young se le abrieron los ojos de golpe. El lado derecho de su cara sonrió; el izquierdo apenas se tensó unos grados más.

Carol Inchman dio uno o dos pasos atrás.

—Los dejaré con sus cosas —dijo—. Vengan a verme antes de irse, inspectores.

Cerró la puerta suavemente tras ella, dejando a Roth y a Miller de pie en el centro de la habitación, con Bill Young examinándolos de arriba abajo, esperando con impaciencia lo que fuera que pudiera devolverle la sensación de ser útil.

—Tenemos un caso —expuso Miller.

—Lo del asesino en serie, ¿no? —dijo Young.

—El Asesino de la Cinta... ¿Está al corriente?

—Demonios, puede que sea un caso perdido, pero aún leo los periódicos. Ese tío está loco. Habéis dicho que sois de la comisaría de Frank... ¿Cómo está ese golfo? —Young hablaba con una voz algo forzada, pero no resultaba nada difícil entenderle.

Miller sonrió socarronamente.

—Va un poco tenso... Ya sabe cómo es, ¿no?

—¿Que si lo sé? —Se rio—. Jesús, María y José, que si sé cómo es. Tenso, sí..., como el puente de Brooklyn, ¿no?

—Y un poco más —respondió Miller—. ¿Podemos sentarnos?

—Claro, coged un par de sillas.

Young volvió a su butaca, apretó una palanca e irguió el respaldo.

—Le haré un breve repaso de lo que tenemos y lo que no —dijo Miller, pero Young levantó la mano.

—Desde el principio y con detalle. No tengo mucho más en que pensar aquí dentro.

Miller empezó a explicar el caso, le habló a Young de las víctimas, desde Margaret Mosley, le habló de Natasha Joyce, Darryl King, de la información que habían recabado, y antes de mencionar siquiera el nombre de McCullough, Young ya sonreía como si supiera lo que le iban a preguntar.

—Queréis saber algo de McCullough —dijo.

Miller y Roth se quedaron sin habla.

—Darryl King —prosiguió Young—. Ese es el negro al que mataron en la redada antidroga, ¿no?

Miller asintió.

—Y McCullough era su enlace. Darryl King era el confidente de McCullough en ese chanchullo.

—¿Se acuerda de eso? —preguntó Roth.

Young meneó la cabeza lentamente.

—No recuerdo lo que he comido a mediodía, pero las cosas importantes, las cosas que pasaron en aquella época... Joder, lo recuerdo todo como si fuera ayer. Sé lo de McCullough. Llegó en prestación de servicios en... Dios, ¿cuándo cojones sería? En julio, quizás agosto de 2001. El golpe con el negro fue un par de meses más tarde, por lo que yo recuerdo...

—Octubre de 2001 —confirmó Miller.

—Exacto. Al chico lo mataron. Se organizó una jarana del demonio, y luego nada. Nunca había visto nada igual. Se convirtió en lo más importante que había ocurrido nunca, y de pronto se quedó en nada. Como pasar de la noche al día. McCullough estuvo allí una hora, más o menos, y luego desapareció...

Roth se echó hacia delante y frunció el ceño.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que ha dicho?

—¿Qué?

—Que estuvo allí una hora... ¿Ha dicho algo así?

—Sí, claro. A McCullough también le dispararon. Nada grave, una herida superficial. Estuvo por allí unas dos semanas, o quizá menos, habló con Asuntos Internos, habló conmigo un par de veces, no dijo nada que le pudiera servir de un carajo a nadie, y luego se fue de comisaría y desapareció.

—Pero se retiró en marzo de 2003 —señaló Miller.

—Ya sé cuándo se retiró. Tuve que firmar su informe de baja definitiva. Pero llevaba tiempo sin dejarse ver por allí. Se quedaría una semana, o quizá diez días como mucho, después de que mataran a King, y luego se fue. Pregunté por él, adónde había ido, pero lo único que conseguí fue que me aconsejaron educadamente que dejara de preguntar por él. ¿Sabéis lo que quiero decir?

—¿Quién le dijo eso? ¿Quién le dijo que dejara de preguntar?

—El comisario en jefe. Imagino que de él vendría la orden en última instancia, pero me llegó indirectamente. A veces recibes el mensaje sin necesidad de que sea tan directo, ¿sabéis?

Miller no sabía cómo interpretar lo que estaba oyendo. Desde el principio habían supuesto que McCullough se había quedado en el Distrito Siete hasta su jubilación. Eso hacía pensar en un planteamiento completamente diferente.

—¿Dice que llegó en prestación de servicios desde otro sitio? —preguntó Roth.

—Sí, sustituyendo a alguien que se había trasladado. En aquella época teníamos una política de asignación de destinos más humana. «Traslados por causas personales». ¿No habéis oído hablar de ello?

Roth y Miller negaron con la cabeza.

—Quería decir que si tus padres se ponían enfermos, o algo así, o si te casabas y tu mujercita quería estar más cerca de su familia, podías solicitar el traslado a otro distrito, o incluso a otro condado. Ahora no tienen tantos miramientos. Ahora te dicen que te aguantes o que te den morcilla. El caso es que un tipo había pedido el traslado a Port Orchard, si no recuerdo mal, y el que vino en su lugar fue McCullough. Pero McCullough tampoco era el que se suponía que tenía que llegar. No recuerdo el nombre del que nos habían asignado. Tenía un apellido polaco, creo, lleno de zetas y de cas, pero algo pasó, y nos enviaron a McCullough. Tampoco recuerdo de dónde vino. Podría ser de Antivicio, o quizá de Narcóticos. Buen expediente, nada que destacara, un tipo sencillo y directo. Encajó enseguida, no creó problemas. Se mantuvo activo, participó en unas cuantas batidas y luego empezó a traer datos interesantes de narcotráfico a través de ese contacto que se había hecho. —Young sonrió—. Ya sabéis cómo va esto, ¿no? Bueno, McCullough tenía mano con ese tal Darryl King. En septiembre de aquel año nos hicimos con el alijo de coca más grande de la década gracias a él. Lo recuerdo porque fue una semana después del 11 de septiembre, justo antes de la evaluación de la comisaría. Aquello nos dio unos cuantos puntos ante el gran jefe, ¿sabéis? Todo el mundo estaba contento, todos saltando de alegría y felicitándose por aquel decomiso... Fueron casi tres kilos. Nada mal.

»Y entonces la mierda desaparece del almacén de pruebas. Sencillamente se desvanece, y lo que más nos sorprendió a todos fue lo poco cabreado que parecía McCullough. Se lo tomó con naturalidad, diciendo que tampoco había que preocuparse tanto, que ya habría otros decomisos. Se presentaron los de Asuntos

Internos, pusieron aquello patas arriba y al final volvió la calma. La segunda cosa más rara que he visto en mi vida. Sea como fuere, al final lo dejamos estar, no hicimos más preguntas, y entonces McCullough empieza a llegar tarde. Empieza a presentarse con tres horas de retraso. Y en ese momento es cuando arranca todo ese asunto, y yo me veo obligado a hablar con él y decirle que espabile, ¿sabéis? Estaba amargándose la vida hasta el punto de que afectaba a los demás. Al final se vuelve a poner manos a la obra. Le digo que va a tener que ponerse en marcha o abandonar el barco, y entonces es cuando él me cuenta lo de ese almacén, lo de ese golpe a los traficantes de crack que está montando con su confidente. La cosa tiene pinta de ser lo más gordo desde la Conexión Francesa. Yo me emociono con el asunto, y McCullough tiene a todo el mundo en tensión, como un muelle, a la espera del gran golpe. Por supuesto, al final todo se fue a la mierda...

Young hizo una pausa y respiró hondo un momento. Roth se apartó de la cama y se dirigió hacia él, pero Young levantó una mano y le hizo retroceder. Bajó la mano por el exterior de su butaca y sacó una máscara de oxígeno de la nada. Se la puso en la cara y aspiró con fuerza. Cerró los ojos y se calmó un poco. Tras unas cuantas inhalaciones más, bajó la máscara, hizo un gargajo y lo escupió en una batea de cartón prensado.

—Perdonad el melodrama —se disculpó con la voz ronca, como si la sacara del fondo de la garganta—. Voy a morirme antes o después, ¿sabéis? Supongo que aún me quedan cosas por ver, así que me lo estoy tomando con calma. Nunca he fumado ni un pitillo, quizá me he tomado una copa al mes, o cada dos meses. He hecho mi trabajo, le he sido fiel a mi mujer, he criado bien a mis hijos, aunque uno de ellos me ha salido maricón... Haces todo bien, o quizás el noventa por ciento de las cosas, y esto es lo que consigues. —Levantó la mascarilla y respiró hondo una vez más. Luego miró a Miller y Roth.

»Yo era capitán de comisaría... Tenía que encargarme de la política y el protocolo, los funerales de los fallecidos en acción, los presupuestos de horas extra, y todo con los de Asuntos Internos metiendo las narices por todas partes, toda la mierda que viene con el cargo. Envié a un tipo a Port Orchard, y me mandan a este tal McCullough. Hace algo de ruido, muere un confidente negro, la redada se va a la mierda y todo acaba en unos días. Las cosas pasaban muy rápido en comisaría, ¿sabéis lo que quiero decir?

Miller asintió.

—¿Y qué es lo que tenéis? —preguntó Young.

—Tenemos muchas preguntas sobre mucha gente —respondió Roth—. Parece que alguien buscó los antecedentes de todas las víctimas, como si las fueran a contratar como empleados del gobierno.

Young sonrió.

—¿De verdad?

—No tenemos explicación para eso —prosiguió Roth—. Y McCullough ni siquiera aparece en el sistema, y no hay constancia de adónde fue después de dejar su puesto. Y no solo eso: su pensión va a una cuenta corriente a la que nunca ha llegado el dinero.

—Entonces, lo que tenéis es un fantasma —respondió Young—. ¿Creéis que sería del FBI?

—No lo sabemos. Lo que estamos planteándonos es si las víctimas estaban en el programa de protección de testigos, y si el que las está matando...

—Eso es lo que pensé yo —le interrumpió Young—. Los testigos protegidos también son investigados a través de ese mismo sistema. Todo lo que os puedan decir sobre el programa, sus nombres y direcciones, sus fotos, sus alias, toda esa mierda se guarda en archivos a los que se puede acceder desde la mayoría de las comisarías. La protección de testigos no está tan bien pensada como cabría esperar.

—Y luego está John Robey —dijo Roth en voz baja, echando el cuerpo hacia delante y echando una mirada a Miller, y el simple hecho de que Miller no le mirara a su vez con desaprobación, el hecho de que Miller siguiera mirando a Young para valorar su reacción al oír aquel nombre, le dijo a Roth que Miller tenía interés en cualquier cosa que pudiera decirles Young al respecto.

—¿Quién? —preguntó Young.

—John Robey —repitió Miller—. Es un tipo que aparece por todas partes en esta historia.

—Contadme —dijo Young—. Decidme quién es ese tipo.

Miller se recostó en la silla. Empezó a explicar, retrocediendo hasta Natasha Joyce, que alguien se había presentado en casa de la chica con Catherine Sheridan para ver a Darryl King, que Robey había sido identificado gracias a las fotografías que Sheridan tenía debajo de la cama..., todo hasta llegar a su última charla sobre Nicaragua en el piso de Robey, la conexión con el recorte de periódico bajo el colchón...

Young se quedó en silencio un rato. El único sonido en la habitación era el de su afanosa respiración. Al cabo de unos minutos echó mano de su máscara otra vez e inhaló con fuerza. Cerró los ojos y se recostó. Por un momento Miller pensó que se había dormido.

—Fuerzas Especiales —dijo Young entonces—. Fuerzas Especiales, o quizá la Delta Force. Exmilitar. Esos tipos se venden al mejor postor. Algunos pierden la cabeza, ¿sabéis? Se convierten en mercenarios, en asesinos a sueldo. Algunos de los mayores jaleos que se han montado en este país los han iniciado gente así. Lo que pasó con Bush padre y Noriega. Volvió a poner a aquel capullo en el poder, y en cuanto Noriega se pasó con el tráfico de coca, Bush envió los barcos de guerra. Tenían un contingente de exDeltas y Fuerzas Especiales en la capital, los pusieron en contacto con los rebeldes antiNoriega, ¿y qué ocurrió? Los acorazados dispararon, se equivocaron de objetivo, se cargaron a un montón de gente y no quedó nadie en tierra

para dar cobertura a las tropas que desembarcaron. Este tipo de gente es la que hace este tipo de trabajos —dijo Young, que respiró hondo y puso los ojos en blanco, como si estuviera realmente agotado.

Al final reaccionó, pálido hasta el extremo, con la mirada turbia y la barbilla cubierta de baba.

—Me parece que os enfrentáis a algo más gordo de lo que me imaginaba en un principio, chicos. Yo diría que se trata de alguien que está desconectando a gente de algo. Tiene que haber un vínculo entre las víctimas. Excepto en el caso de la joven negra, no lo sé. A lo mejor la mataron porque alguien pensó que valía la pena limpiar el campo de juego. Pero ¿las otras? Todas ellas plantean dudas sobre su identidad. Demasiadas coincidencias, pero claro, eso es algo que ya sabéis vosotros.

Miller asintió.

—Os movéis en un terreno jodidamente peligroso —advirtió Young—. Es como cazar fantasmas sobre una fina capa de hielo, ¿no?

—No sé qué pensar de lo que tenemos... —dijo Miller.

—¿Queréis mi consejo? —le interrumpió Young—. Si queréis saber lo que pienso, yo diría que vale la pena seguir las pistas que tenéis, no las que no tenéis. ¿Ese tal Robey, os parece que pueda ser vuestro hombre?

—Algo nos dice que sí, pero no lo podemos saber.

—Bueno, al menos es un nombre. Es un rostro. Es algo a lo que podéis echar mano. Las víctimas..., bueno, son víctimas, ¿no? No van a deciros nada que no os hayan dicho ya. ¿Y McCullough? Está en algún sitio. Solo Dios lo sabe, pero ahora mismo no lo tenéis a mano. Tenéis a John Robey. Al menos él os habla. Puede que no os esté diciendo gran cosa, pero al menos os dice algo. Seguid esa línea, eso es lo que yo os aconsejaría. Trabajad con Robey y ved qué os da.

Miller apartó la mirada. Quería hablarle a Young del cepillo, sentía su contacto en el interior de la chaqueta, se preguntaba qué habría hecho si hubiera estado a solas con aquel hombre. Pero no podía. No habría sabido qué decir. Se había colocado en una posición insostenible, casi insoportable, y solo podía esperar que Robey le dejara volver a su piso, aunque solo fuera para darle la oportunidad de devolver el cepillo.

Roth echó un vistazo a su reloj.

—Saldrá de la facultad en un rato —observó.

Miller se levantó de la silla, y en aquel momento vio algo en la expresión de Young, quizá cierto alivio al ver que se iban, que podría descansar, recuperar parte de las fuerzas que había gastado, pero también una sensación de pérdida.

Miller no quiso hacer pasar un mal trago a Young intentando darle la mano; se limitó a acercarse y le apretó el hombro.

—Nos ha ayudado mucho —observó—. Vendré a comunicarle cómo ha quedado la cosa.

—Que no lo tenga que leer en los periódicos, ¿vale? —dijo Young. Intentó sonreír, pero estaba agotado.

Antes de salir de la residencia le dieron las gracias a Carol Inchman por su colaboración y le dijeron que Young les había sido de gran ayuda.

—No creo que dure mucho tiempo más —explicó ella—. Pobre hombre. Perdió a su mujer hace unos años y... —Meneó la cabeza—. No querrán saberlo, y en realidad tampoco debería decírselo.

Miller le tendió la mano.

—Tenemos que irnos —dijo con tono amable—. Tenemos que ir a buscar a alguien antes de que desaparezca.

Carol Inchman le dio la mano a Miller, también a Roth, y luego volvió a su despacho.

Ni el uno ni el otro hablaron hasta llegar al coche.

—Otra vez a la facultad —propuso entonces Miller—. Vamos a ver si lo pillamos antes de que se marche.

Inevitabilidad.

Yo os puedo hablar de la inevitabilidad.

La muerte y los impuestos, ¿verdad? Son inevitables.

Os diré qué más es inevitable. El amor, eso es. Inevitable como la gravedad.

Los impuestos se pueden evitar. La gente puede engañar a la muerte, o al menos posponerla. Todo eso se lee en los titulares de los periódicos, del tipo «Un hombre engaña a la muerte», que a veces se ven.

Pero decidme de alguien que nunca haya querido a nadie.

No estoy hablando de deseo. No estoy hablando de desear tanto estar con alguien que te duela. No estoy hablando del amor fraterno, materno, paterno, familiar. Ni de adorar a alguien, o tenerle devoción, o de estar pendiente de alguien como nunca antes en la vida...

Estoy hablando del amor.

De un amor tan intenso que no puedas verlo, percibirlo, tocarlo, saborearlo, oírlo, que no puedas contarlo, definirlo, describirlo o detallarlo; que no puedas explicarlo, racionalizarlo o justificarlo, ni razonar sobre él mientras te tomas una copa de bourbon y te fumas un paquete de Luckies...

De un amor tan intenso que en realidad no sabes hasta qué punto te tiene dominado hasta que intentas pasar página... y te das cuenta de que no puedes.

Estás atrapado, y eres consciente de que lo que estás experimentando es algo que forma parte de ti, tanto que ocurra lo que ocurra, haga lo que haga la persona a la que quieres, considerarías inhumano no seguir queriéndola para siempre.

Eso es el amor... Lo que yo sentía por Catherine Sheridan.

¿Y algo más que sea inevitable? Que Robert Miller me encuentre. Me encontrará porque yo quiero que me encuentre. Porque por fin hemos llegado a la conclusión de que esto tiene que acabar.

Recuerdo a Don Carvalho, la pregunta que quería hacerle hace tantos años. Aún lo veo ahí delante, con esa expresión en el rostro, y esa mirada misteriosa.

—¿Tienes una pregunta? ¿Quieres preguntarme si había alguien en la comunidad de inteligencia de Estados Unidos que organizara, orquestara, pagara o contribuyera de algún modo, directa o indirectamente, en el atentado contra el presidente Reagan?

—Sí —dije yo—. No vas a decirme que esas cosas pasan de verdad, ¿no? Carvalho sonrió.

—¿Kennedy? —dijo—. Los dos Kennedy, Martin Luther King..., hasta Nixon fue asesinado de un modo especial.

No dije nada. Lo sabía, pero no quería saberlo.

—¿Has oído lo que dijo Reagan cuando su mujer llegó al hospital?

—Una frase de una peli..., algo de que se le había olvidado agacharse, ¿no?

Don Carvalho asintió.

—«Cariño, olvidé agacharme». Eso es lo que dijo. ¿Por qué iba a decir eso, John? ¿Se le olvidó? Solo se te olvida algo si te han dicho antes que lo hicieras.

—¿Le dijeron que se agachara?

—Yo no digo eso —dijo Don—. Yo no tengo una opinión formada en uno u otro sentido. Los sucesos particulares no significan nada. En cinco años nadie recordará el intento de asesinato de Reagan. Que intenten matar a alguien no significa nada, aquí lo desconcertante es que alguien pudiera llegar tan cerca de él.

—¿Y Kennedy? —insistí—. Kennedy dijo que cualquiera podía morir asesinado si el asesino estaba dispuesto a sacrificar su propia vida.

Don se rio.

—Claro que dijo eso. Kennedy decía muchas cosas. Eso no significa que sean ciertas. Kennedy era el chico de oro, el que tenía que salvar al país, y luego se convirtió en un grano en el culo, como todo el resto. Lo crearon, del mismo modo que habían creado a todos los que vinieron antes, y cuando lo tuvieron se dieron cuenta de que había sido un tremendo error.

—¿Cómo lo llama Lawrence Matthews? ¿El «monstruo sagrado»?

Carvalho sonrió.

—Más vale que te lo creas, amigo... Más vale que te lo creas.

Miller y Roth fueron hasta el campus universitario en coche, se enteraron de que Robey había salido unos minutos antes de su llegada, y entonces decidieron separarse.

—McCullough —dijo Roth—. Eso es lo que me interesa. Young ha dicho que cambiaron al tipo que les habían asignado al Distrito Siete. Bueno, debió de venir de algún sitio. Tiene que estar en el sistema...

—Lo que estoy aprendiendo con este caso es que nada es lo que se supone que debería ser —respondió Miller.

—En cualquier caso, el tipo era poli. Están los registros que encontramos en el Distrito Cuatro cuando hablamos con Gerrity... Al menos es un inicio.

—Ve a ver si te enteras cómo fue la redada antidroga anterior, la de septiembre —propuso Miller—. Esa tras la cual desapareció la coca del almacén de pruebas.

—A ver qué encuentro —dijo Roth—. Entonces..., ¿ahora vamos al piso de Robey?

Llegaron a la esquina de Franklin y New Jersey y pararon el coche.

—La última manzana la haré a pie —decidió Miller.

—¿Y si no está?

—Ya encontraré una cafetería o algo. Esperaré media hora o así y luego volveré al piso.

—¿Estás seguro?

—No tenemos nada concreto. Hace seis días del asesinato de Catherine Sheridan, ¿verdad? —Miller meneó la cabeza lentamente—. No hemos revisado siquiera el apartamento de Natasha, y mucho menos las casas de las otras víctimas. Haz lo que puedas con McCullough y a ver si pueden cruzar los registros telefónicos y del uso de internet.

Salió del coche. Roth pasó por delante y se puso al volante.

Miller hundió las manos en los bolsillos, se quedó mirando cómo se alejaba Roth en el coche y empezó a caminar en dirección al apartamento de Robey.

—Inspector Miller —le saludó Robey, con naturalidad, al abrir la puerta.

—Profesor Robey. Tengo unas preguntas más, si no le importa.

—Bueno, la verdad es que ahora mismo estoy bastante ocupado corrigiendo exámenes. ¿No podría esperar a otro día?

Miller respiró hondo. Sintió el peso del cepillo en su bolsillo.

—Lo siento, no, la verdad es que no puedo esperar. Estoy siguiendo numerosas líneas de investigación relacionadas con esos asesinatos, y tengo algunas preguntas que creo que solo usted me puede responder.

La expresión de Robey dejó traslucir por un momento un gesto de exasperación, pero luego dio un paso atrás, abrió la puerta y le pidió a Miller que entrara.

—¿Quiere un café o algo? —preguntó.

—Sí, por favor..., estaría muy bien.

—¿Cómo lo toma?

—Con leche, sin azúcar —dijo—. ¿Y podría usar su baño otra vez?

—Claro. Ya sabe dónde está.

Miller atravesó el pasillo, entró en el baño, se aseguró de que la puerta estuviera bien cerrada y luego sacó del bolsillo la bolsa de pruebas de plástico con mucho cuidado. Esperó un par de minutos y luego tiró de la cadena, usó el ruido del agua para ocultar el de la bolsa al sacar el cepillo, abrió el armarito del lavamanos y volvió a dejarlo exactamente donde lo había encontrado. Dobló la bolsa, se la metió en el bolsillo y luego abrió el grifo, como si se estuviera lavando las manos.

La sensación de alivio que sintió mientras volvía al salón de Robey fue inmensa. Sabía lo increíblemente temeraria e irreflexiva que había sido aquella acción. No podía ni imaginarse qué habría sucedido si Lassiter o Nanci Cohen se hubieran enterado de lo que había hecho.

—Su café —dijo Robey, señalando una taza en la mesita baja que había en el centro del salón.

Se sentaron uno frente al otro, Robey de espaldas a la ventana.

—De modo que tiene más preguntas, inspector.

—Pues sí. La última vez que hablamos..., la última vez que estuve aquí me habló usted de Nicaragua. Me habló de muchas cosas..., algunas de ellas ni siquiera las recuerdo demasiado bien.

—Estaba usted muy cansado, creo —dijo Robey—. Yo mismo he estado pensando en quién se creerá usted que soy...

Miller sonrió.

—¿Le parece divertido?

—¿Divertido? No, nada de divertido. La gente no solo sonríe cuando algo le parece divertido. Sonríe cuando reconoce una verdad que no esperaba.

—¿Y qué verdad es esa que no se esperaba?

—Que nos pasamos demasiado tiempo preocupándonos de lo que los demás puedan pensar de nosotros.

—Mi interés no se debía a vanidad o egolatría, inspector. Quizás al instinto de supervivencia, inspector...

—¿Instinto de supervivencia?

—Todo lo que hacemos está guiado por el instinto de supervivencia, y si no es por sobrevivir, es por preservar algo que consideramos nuestro. Su asesino quizás

haga esas cosas porque ve amenazado algo en particular.

—Un individuo que haga ese tipo de cosas tiene que estar loco. Tiene que estarlo, o no las haría.

—¿Quién lo dice?

—Nosotros —dijo Miller—. La sociedad. Va contra las normas y regulaciones acordadas por la sociedad.

—¿Y eso es lo que le sirve de referencia a la hora de considerar si alguien está loco o no? Ha olvidado muy rápidamente la charla que tuvimos la última vez que estuvo aquí...

—¿Sobre qué? ¿Sobre Nicaragua? ¿Sobre la cocaína que se pasaba de contrabando a Estados Unidos?

—Que aún se pasa de contrabando, inspector. Eso aún sigue. ¿No consideraría que algo así es obra de gente que está loca?

—Por supuesto que sí..., o al menos de gente que considera que el dinero vale más que las vidas humanas.

—Tendría que intentar ver la imagen global —precisó Robey.

—¿Y cuál sería?

—Siento volver a lo de Nicaragua —dijo Robey—, pero es un tema por el que tengo debilidad...

—¿Y eso por qué, profesor Robey? ¿Por qué tiene usted esa debilidad por Nicaragua?

—Perdí un amigo hace unos años. Era un buen hombre, un colega mío. Descubrió que su hijo era drogadicto. Se dirigió a mí, me pidió ayuda, pero yo no sabía nada de esas cosas. El hijo sufrió una sobredosis antes de que su padre pudiera hacer nada efectivo por ayudarle, y su pérdida le afectó tanto que nunca se recuperó. Cuatro meses después de la muerte de su hijo se suicidó. Era un profesor excepcional, y puedo decirle con toda honestidad que nunca me he sentido tan impotente en toda mi vida.

—¿Y qué relación tiene eso con Nicaragua?

—Él era de allí. Al menos su familia. Consiguió salir del país antes de que la guerra de Reagan lo destrozara, pero su hijo quiso quedarse, luchó un tiempo con los contras y allí es donde tuvo su primer contacto con las drogas.

—Lo siento, profesor...

Robey agitó la mano, quitándole importancia.

—Tal como le he dicho, de eso hace ya veinte años. Pero la experiencia me enseñó algo. Me enseñó que fingir que no se ven cosas no hace que se reduzca su efecto. De hecho, hay quien dice que cuanto menos te enfrentas a algo, más fácil es que acabe dominándote..., como ese pequeño problema que tuvo usted hace unos meses.

Miller notó cómo se le abrían los ojos sin que pudiera evitarlo. Robey se echó a reír.

—Yo también he hecho averiguaciones sobre usted —confesó—. Ese lío que tuvo con aquella prostituta y su chulo. Brandon Thomas, ¿verdad? ¿Y Jennifer Ann Irving? Todo aquel asunto fue otro ejemplo clarísimo de algo que acaba convirtiéndose en lo que otra persona quiere que sea.

A Miller aquello le pilló desprevenido.

—No entiendo...

—¿El qué? ¿Qué es lo que no entiende exactamente? ¿Cómo pudieron hacer que aquella situación pareciera lo que no era? Un simple interrogatorio de un testigo potencial se convierte en un asunto de coacción, o de intereses creados, o de si un inspector de policía es corrupto o no. ¿Estaba usted implicado? ¿El poli se había tirado a la puta? ¿Discutió con su chulo porque el chulo se había dado cuenta de que la puta se había enamorado del poli y pensó que podía dejarlo tirado? ¿Era una cuestión de celos? ¿Se estaba tirando la puta al chulo, o le estaba dando una paliza él a ella cuando se presentó el inspector? ¿Se pelearon, y fue una pelea justa, en la que el inspector actuó en defensa propia? ¿O sacó la pistola y sacó al chulo al rellano y luego lo tiró escaleras abajo? ¿Qué es lo que pasó realmente aquel día?

Miller abrió la boca para defenderse, pero Robey le interrumpió:

—No se lo estoy preguntando, inspector. En realidad no es asunto mío si mató al chulo o no. Si le digo la verdad, si lo hubiera hecho no me preocuparía lo más mínimo. El asunto aquí no es si mató al chulo intencionadamente o no. La cuestión es cómo lo convirtieron los periódicos en un problema racial. La puta era negra, el chulo era un mulato con rastas. Tenía antecedentes penales. Había sido detenido cuatro veces aquel mismo año por asalto con agresión. Probablemente se merecía morir. Joder, si uno de esos capullos progresistas que pusieron el grito en el cielo, pidiendo que se le procesara, se encuentra con un tipo así en el patio de su casa..., daría lo que fuera por que apareciera alguien como usted para encargarse de que el tipo acabara en la piscina del vecino... —Robey hizo una pausa. Estaba casi sin resuello.

Miller lo miraba atentamente, observando el énfasis con que decía todo aquello, como si fuera importantísimo. El hombre estaba emocionado, se había dejado llevar.

—Ese es el mundo en el que vivimos, inspector Miller, y es el mundo que nos hemos creado nosotros mismos, y aunque tuviera cien mil preguntas que hacerme, lo cierto es que no debería estar analizando lo que ha sucedido con esa estrechez de miras.

—Usted dice esas cosas, profesor Robey... —dijo Miller—. Dice esas cosas como si tuviera alguna idea de lo que está sucediendo, como si supiera cosas que yo no sé. Y le escucho decir todo eso, y en el mismo momento que le salen las palabras de la boca, me pregunto qué demonios es lo que sabe.

—Yo no sé casi nada, inspector Miller, solo lo que he leído en los periódicos.

Miller estaba rabioso, enfurecido. Tenía ganas de agarrar a Robey por la garganta y zarandearle. Querría agarrarlo y ponerle una pistola en la frente, y preguntarle, si no

sabía nada, si solo sabía lo que había leído en los periódicos, cómo podía ser que un cabello de Catherine Sheridan hubiera acabado en el cepillo que había en su baño.

Pero no se lo preguntó. Robert Miller no sacó la pistola, ni levantó la voz, ni agarró al profesor John Robey por la garganta ni le inmovilizó contra la pared. Robert Miller se recostó en su silla.

—Creo que está teniendo demasiada paciencia, inspector.

—Demasiada paciencia... ¿A qué demonios se refiere?

—Todo eso de lo que hemos hablado..., sobre Nicaragua, sobre las guerras de la cocaína que se libraron en aquel tiempo...

—No vamos a hablar de eso —le interrumpió Miller, levantando la mano.

—¿No vamos a hacerlo? ¿Qué quiere decir con eso? Es algo que ya hemos hecho, inspector. Ese es el monstruo sagrado que está buscando..., eso es lo que le cuesta tanto afrontar. Está buscando a un hombre, y lo que tiene que buscar es un monstruo que han creado los hombres.

—Si tiene algo que decirme, dígamelo, profesor...

—Creo que es usted quien tiene que decirme algo, inspector.

Miller pensó en responder, pero luego se contuvo. Robey le miró con una seguridad que hizo que Miller sintiera cómo se le tensaba el espinazo hasta la nuca. Pensó en la retirada ilegal de pruebas, en cómo había recurrido a Marilyn Hemmings, en cómo la había implicado en un delito, en la versión que darían los periódicos, en la fotografía que saldría en el *Globe*, que aparecería una y otra vez... La forense auxiliar Marilyn Hemmings y el inspector Robert Miller, esta vez respondiendo en una investigación de Asuntos Internos, declarando ante el Gran Jurado, acusados de conspirar para implicar al respetado escritor John Robey, profesor de literatura del Mount Vernon College... Y si habían podido robar algo de la casa de aquel hombre, ¿no sería posible también que hubieran colocado ahí el cabello de la víctima? Tenían el cadáver allí mismo, en el congelador del depósito. No podría ser más fácil: se coge un cabello, se enreda entre las cerdas del cepillo, y ya tienen una prueba incriminatoria. Qué práctico. Evidentemente, dos personas capaces de hacer algo así eran más que capaces de falsificar la documentación de una autopsia. ¿Se había caído el chulo mulato, o le habían empujado? El inspector exculpado ahora parece alguien completamente diferente, y su cómplice, la bella y peligrosa forense auxiliar...

Miller cerró los ojos por un momento. Sintió algo, pero por un instante le costó identificarlo como miedo. Se había pasado mucho tiempo fingiendo que todo aquello no le había afectado, que no podía afectarle, pero cada vez que cerraba los ojos veía la imagen de Jennifer Ann Irving, y luego, a su lado, casi como si ambas imágenes tuvieran relación, la de Natasha Joyce, tendida sobre su cama, después de sufrir aquella brutal paliza...

—Lavanda —dijo Robey como quien no quiere la cosa.

—¿Qué? —reaccionó Miller sobresaltado.

—¿No deja un olor a lavanda en la escena del crimen?

Miller no podía creerse lo que estaba oyendo. Era imposible que Robey pudiera saber lo de la lavanda. No había aparecido en los periódicos, ni formaba parte de ningún informe oficial. La cabeza se le fue a la conversación que había tenido con Hemmings y Roth, a las hipótesis planteadas, que si el hombre que había hecho esas cosas tendría que tener acceso a los archivos policiales, a los informes de las autopsias... O eso, o es que él había dejado caer lo de la lavanda sin darse cuenta.

—¿Cómo...?

—¿Cómo lo he adivinado?

—No lo ha adivinado, profesor Robey. No hay modo de que pudiera...

—Sí que hay modo, inspector... Desde luego que hay modo de que lo pudiera saber. Yo no paro de decirle cosas. No paro de indicarle el camino que debe seguir. Voy dándole indicaciones y dejando pistas, y por algún motivo a usted le cuesta mucho verlas. Eso es lo único que le pido, inspector. Que simplemente mire. Abra los ojos bien y vea lo que tiene delante. Haga las preguntas que quiere hacer de verdad. Vaya a hablar con la gente implicada en esas cosas. Descubra qué pueden decirle... Es más, descubra qué es lo que no quieren decirle, y entonces empezará a ver la imagen global. —Robey hablaba con paciencia, como un profesor, acostumbrado a explicar las cosas una y otra vez—. Y más importante, quizá —añadió—, empezará a ver lo que yo he visto.

—No veo que nada de todo eso tenga sentido...

—Lavanda —dijo Robey—. Deja olor a lavanda en el escenario de cada crimen, ¿no?

—Eso no puedo decírselo —repuso Miller.

—Lo cual quiere decir que es cierto, porque si no simplemente lo negaría.

—El mero hecho de que esté tan seguro de eso me da motivos suficientes para someterlo a un interrogatorio oficial.

Robey se rio.

—En absoluto. ¿Qué es lo que va a hacer? ¿Detenerme? ¿Llevarme a comisaría e interrogarme?

—Sí..., basándome en que ha demostrado un conocimiento específico de detalles de una escena del crimen que no se han hecho públicos de ningún modo.

—¿Y quién dice que lo haya hecho?

—Yo.

—En ese caso sería su palabra contra la mía... Yo, el reputado y respetado profesor del Mount Vernon College, y usted, el poli que ha salido en los periódicos porque todo el mundo pensaba que había matado a un chulo en un ataque de celos. ¿Quiere jugársela, inspector? ¿De verdad es así como quiere llevarlo?

Miller no respondió.

Robey negó con la cabeza.

—Ya me parecía..., y lo único que ha hecho es confirmarme que efectivamente deja un aroma a lavanda en la escena del crimen. —Robey hizo una pausa. Cerró los

ojos por un momento, y luego prosiguió—. Y una cinta atada alrededor del cuello, ¿no?

—Eso sí ha salido en los periódicos —respondió Miller.

—Y luego está la etiqueta..., una etiqueta en blanco, como la que se cuelga de un dedo del pie a los muertos cuando los almacenan en el depósito de cadáveres.

—Sí, así es. —Miller había perdido la iniciativa, y no parecía que pudiera recuperarla.

De no haber robado pruebas del piso de aquel hombre, se sentiría en una posición más fácil de defender. Pero se había llevado aquel cepillo, y había implicado a otra persona. ¿Y si la cosa iba mal, mentiría ella por él? ¿La creería el mundo una segunda vez?

—¿Y por qué la lavanda, y por qué la etiqueta, inspector? ¿Por qué les deja esas cosas?

—No las deja para mí...

—¿Eso cree?

Miller sonrió, casi nerviosamente.

—No, no hace todo eso por mí..., claro que no.

—Mató a Natasha por usted.

—¿Por mí? ¿Está loco? ¿De qué demonios está hablando? No mató a Natasha Joyce por mí...

Robey asentía.

—Me temo que sí. Me temo que debo decirle que si usted y su colega no se hubieran presentado en su piso, ella seguiría viva y su hija no estaría con los de Servicios Sociales...

—¿Cómo demonios sabe...?

Robey hizo caso omiso a la pregunta de Miller.

—Tal como le he dicho, he investigado un poco. He escarbado un poco por mi cuenta. He leído sobre el asunto para intentar entender qué tipo de hombre cree usted que soy...

—Todo eso es una patraña, Robey...

—¿Una patraña? ¿Es eso lo que es? Por Dios, inspector, ¿qué es lo que le da tanto miedo? ¿Tiene la más mínima idea del alcance de esto? ¿Tiene la más mínima sospecha de hasta dónde llega el asunto al que se está enfrentando? No se trata de la muerte de unas mujeres..., se trata del asesinato de toda una generación...

—Ya está bien —le cortó Miller—. Dígame lo que quiere decirme o no diga nada.

—O si no, ¿qué? ¿Me detendrá? ¿Acusado de qué? Respóndame a eso, al menos, inspector... ¿Qué excusa podría tener para detenerme?

Miller volvió a mirar a Robey. No hablaba con arrogancia, simplemente estaba seguro de lo que decía. No se daba aires de importancia, era simple certeza. Tenía la mirada tranquila, no parpadeaba, y cuando sonreía no era por engreimiento o con aires de superioridad, sino con una expresión de convencimiento.

—Yo digo lo que quiero decir —respondió Robey—. Siempre.

—Entonces, sencillamente no le entiendo —dijo Miller.

—La comprensión no es una cualidad que se pueda vender o comprar, inspector Miller. Comprender es algo que deriva de la observación y de la experiencia personal.

—Robey apoyó los codos sobre las rodillas y juntó las palmas de las manos—. Yo he visto cosas que harían vomitar a un perro. He visto a niños huyendo de casas en llamas con el pelo ardiendo. He visto a un hombre disparando a su propia esposa para protegerla de lo que sabía que le ocurriría. He visto a hombres enterrados vivos, decapitados, colgados y destripados... He visto a trescientas o cuatrocientas personas inocentes masacradas en cuestión de minutos..., y todo ello se hacía en el nombre de la democracia, de la unidad, de la solidaridad, en el nombre de los grandes y magníficos Estados Unidos de América... O quizás esté loco. Quizás esas cosas existan únicamente en mi imaginación. Quizá yo sea la persona más loca que llegue usted a conocer nunca...

—¿Y va a decirme qué relación tiene todo eso con lo que les ha ocurrido a esas mujeres, profesor Robey? —preguntó Miller—. ¿Va a darme alguna idea sobre la conexión que hay entre todo eso y las cinco mujeres muertas?

—No, inspector, no voy a hacerlo. No voy a decirle nada. Voy a enseñarle algo y luego puede usted pensar por su cuenta... e ir a mirar usted mismo. Entonces podrá decidir si quiere seguir investigando esta pesadilla o no.

—¿Enseñarme algo? ¿Enseñarme qué?

—El monstruo sagrado, inspector... Voy a enseñarle el monstruo sagrado.

—Por lo que parece, ninguna de ellas tenía ninguna propiedad —dijo Chris Metz, que le lanzó un sobre marrón por encima de la mesa a Roth—. Hemos retrocedido todo lo que hemos podido. Las tres, Margaret Mosley, Barbara Lee y Ann Rayner, tenían la casa o el apartamento alquilado. Pagaban puntualmente la mensualidad. Como te decía antes, en el piso de Mosley, en Bates Street, y en la casa de Rayner, en Patterson, ya hay nuevos inquilinos. La casa de Barbara Lee, en Morgan Street, ha sido restaurada por completo, y ninguna había hecho testamento ni nadie solicitó un certificado de últimas voluntades. Todas las posesiones y los documentos se depositaron en el Tribunal de Sucesiones del condado...

—Entonces, ¿lo tenemos todo? —preguntó Roth.

—Solicitud por escrito; el tiempo mínimo que tardan en procesarla es de un mes, independientemente de quien la presente.

—Pues pidamos una orden..., pidamos una orden a quien sea y vamos a sacar toda esa mierda del Tribunal de Sucesiones.

Metz negó con la cabeza.

—No es tan fácil como parece...

—No puedes decir en serio que el Tribunal de Sucesiones...

—Hablamos con ellos —respondió Metz—. Hablamos con el oficial del Registro del Condado, y nos dijo que aunque tuviéramos una orden firmada por el Tribunal Supremo de Estados Unidos, tardarían al menos una semana en hacer todo el papeleo. Tienen cientos de casos al mes, a veces hasta mil. Estas cosas van a parar a toda una red de almacenes, y pueden tardar incluso días en localizarlas.

—Vale, lo que tú digas... Dios, no me lo puedo creer. Entonces, nos olvidamos de todo eso y vamos a por McCullough, ¿vale? Eso es lo que vamos a hacer..., tú y yo vamos a por McCullough. Tenemos que localizar a ese tío de una vez por todas.

—¿McCullough? —dijo Metz, arqueando las cejas.

—El sargento retirado del Distrito Siete.

—¿Y qué está haciendo Miller?

—Está ocupado.

Metz frunció el ceño y esbozó una sonrisa.

—¿Ocupado? ¿Qué cojones significa eso?

—Significa que está haciendo una cosa.

—Se estará haciendo a la forense, ¿no?

—Una cosa —dijo Roth sin hacer caso—. Miller está haciendo algo, y ese algo no es la forense. Desde luego, eres un animal...

—Dime una cosa —insistió Metz—. Ese asunto del chulo... ¿Tú crees que Miller lo hizo? ¿Tú crees que mató a ese tío?

—Se defendió de un capullo —dijo Roth—. Ya sabes cómo cambian las cosas los periódicos. Y lo último que necesita es que los colegas de su propia comisaría...

—Venga, hombre —se defendió Metz—, ¿de verdad crees que me importa algo el aspecto ético del caso? Por Dios, la mitad de la gente con la que tratamos se merece que la tiren rodando por la escalera. No estoy acusándole de nada, Al... Solo estoy...

—Hablando de algo de lo que no tienes ni idea. Eso es lo que estás haciendo.

—Bueno, tú eres su compañero...

—¿Y eso qué significa? —replicó Roth—. ¿Qué tengo información privilegiada sobre lo que hace Miller cuando está solo?

—A lo mejor habláis, ¿no? Eso es lo que hacen los colegas. Se pasan horas juntos sentados en un coche y se cuentan las cosas unos a otros. Y eso que has dicho... El hecho de que estuviera solo cuando fue a ver a aquella mujer...

—Ya está bien —dijo Roth hastiado—. Miller es un policía cojonudo. Y resulta que es amigo mío. No me importa una mierda lo que pienses o no pienses de él. Hizo lo que cualquiera de nosotros habría hecho en la misma situación, y ahí se acaba el asunto.

—Vale, vale —respondió Metz—. Joder, tío, no era mi intención cabrearte.

—Entonces, por qué sigues insistiendo, ¿eh?

—Ya me callo, ¿vale? Fin de la discusión. Vamos a ponernos con lo de McCullough, ¿de acuerdo?

—Sí, vamos a buscar a McCullough.

—¿Y qué es lo que tienes?

—Tenemos una copia de su carné de identidad.

—¿Modelo antiguo o moderno?

—Antiguo.

—Entonces, no lleva foto. ¿No habéis encontrado ninguna foto en los archivos?

—No hemos tenido tiempo ni de mear. Tenemos que seguir con eso.

—¿Qué más?

—La tarjeta de la seguridad social: el número corresponde a un Michael McCullough que murió en 1981. Tenemos una factura de teléfono falsificada y una cuenta en el Washington American Trust que McCullough abrió con cincuenta dólares, una cuenta a la que nunca llegó la pensión que se suponía que debía cobrar.

—¿Y cuánto tiempo estuvo en el cuerpo?

—Dieciséis años... parece.

—No tiene sentido —dijo Metz, meneando la cabeza.

Roth sonrió.

—Si me dieran un dólar por cada vez que alguien ha dicho eso en el tiempo que llevo en este caso...

—Bueno, ¿y qué quieres hacer, entonces? Hemos agotado las vías habituales...

—Un hombre llamado Bill Young era capitán en el Distrito Siete cuando llegó McCullough para una sustitución temporal. Lo recuerda. Tiene una apoplejía de la hostia, pero no ha perdido la memoria. Young lo conoció personalmente, así que sabemos que existe.

—O él, o alguien que decía ser McCullough.

—Exacto.

—¿Y cómo narices encontramos a alguien que usa un nombre falso, un número falso de la seguridad social y que ni siquiera sabemos qué pinta tiene?

Roth adoptó una expresión que se había vuelto cada vez más habitual, una expresión que hasta Amanda había identificado: una cara de incredulidad y resignación a la vez, como si estuviera convencido de que había oído ya todo lo que había que oír, hasta que de pronto la cosa empeoraba aún más.

—Volvamos al Distrito Siete. Encontremos a alguien que haya trabajado con él. Preguntaremos hasta que nos enteremos de qué división vino, y luego veamos si encontramos alguna foto, algo que nos pueda ser de ayuda. Investigaremos esa redada antidroga de 2001..., y lo otro que necesitamos es el informe de la Científica del piso de Natasha Joyce.

Metz se levantó y se puso la chaqueta.

—Y dejamos a Miller con lo suyo...

Roth asintió casi sin expresión en el rostro.

—Sí, y dejamos a Miller con lo suyo.

No había motivo para echar a correr. Simplemente eché a correr. Como Forrest Gump. Un sábado, allí de pie, en el patio trasero de la casa, en pleno verano, el calor sofocante me hizo sentir como si me hubieran dado una bofetada, aunque no tuviera sensación alguna de haber recibido un impacto. Fue algo sutil, que me dejó seco por dentro y mareado.

Salí a la calle y me quedé en la acera, y de pronto sentí el impulso de dirigirme a Rhode Island Avenue y eché a correr. El primer día descubrí músculos de la parte de atrás de las piernas que había olvidado que tenía. Me desperté el domingo por la mañana sintiéndome traicionado y engañado, deshidratado, y tenía un sabor amargo y asqueroso en la boca. Aquel fue el día que decidí dejar de fumar. Y lo hice. Había fumado casi veinte años, y entonces lo dejé. Una semana más tarde ya podía correr kilómetro y medio —la mitad de ida y la mitad de vuelta— sin hacer casi esfuerzo. Tardé dos semanas más en reunir las fuerzas necesarias para correr por todo el perímetro del parque y volver a casa. Pero lo hice. No paré. No vomité. Corrí despacio, con seguridad y cadencia, y seguí hasta encontrarme de nuevo en la esquina de New Jersey y Q Street.

Al cabo de un rato dejé de pensar en mí mismo y empecé a mirar.

Corrí por el recinto de la Shaw Howard University. Vi a los chicos y las chicas cargados de libros, de bolsas y mochilas, con reproductores de CD y iPods y reproductores de MP3, haciendo gala de su juventud, su vigor y de cierta convicción de que acabarían haciendo algo de provecho.

Corrí por toda Florida Avenue hasta llegar a la Séptima, hasta la fila de taxis de la esquina de la Cuarta, y vi el grupito de taxistas apoyados sobre los maleteros y los parachoques, fumando, bebiendo Dr. Pepper, riéndose de alguna gracia, callándose al paso de alguna chica, pensando: «¿Me la haría? Vaya si me la haría... Dios, si la tuviera diez minutos en el asiento trasero de mi taxi, no pararía hasta que me pidiera compasión...», pero sabiendo que, de tener la oportunidad, se sentirían violentos, incómodos, incluso tontos, y casi pedirían perdón, con una sensación de culpa que no les permitiría siquiera levantar el arma.

Corrí hasta los Constitution Gardens, y los recorrí de un extremo al otro, pasé por el edificio de la Reserva Federal, por el monumento a los veteranos y por Ohio Drive, al borde del West Potomac Park, rodeando la Tidal Basin y siguiendo por el puente de la Catorce, y pensé que si aquello fuera Nueva York, sonaría una canción de Simon and Garfunkel mientras corría.

Corrí al son de la música; me compré un reproductor de CD y escuché a Sinatra y a Shostakovich; escuché a Kelly Joe Phelps y a Nina Simone; escuché a Gershwin, a Bernstein y a Billie Holiday. Escuché un CD que daban gratis con una revista —Sonidos de la Amazonia— y me acompañó desde el Clara Barton Parkway hasta el río Potomac, porque me recordaba otra época, otro lugar, e hizo que los ojos se me llenaran de lágrimas y me dio miedo.

Corrí, y pasé junto a mujeres embarazadas y ejecutivos trajeados, junto a escaparates de colmados y salones de masajes, junto a bloques de pisos donde la sensación de soledad y de desolación flotaba en el aire como un perfume barato; por complejos industriales y garajes con el tejado de uralita donde hombres de rostro negro que apestaban a gasolina, a pintura, a aceite y a sudor miraban al exterior desde la semioscuridad; junto a cámaras frigoríficas donde descargaban toneladas de pescado congelado que caía en una especie de torrente desde los camiones sobre el cemento, de donde los recogían un grupo de hombres provistos de palas, hombres que sabían que nunca tendrían que comérselo.

Y pensé: «En tus ensoñaciones, en tus momentos de pensamientos ausentes, siempre hay un lugar al que volver». Y pensaba en esas cosas, y recordaba los lugares en los que había estado, y ella siempre estaba allí, con su sonrisa, con su calidez y su humanidad, y con su pasión por las boinas de colores extraños.

¿Qué es lo que decía Kafka? Que una jaula iba en busca de un pájaro.

La jaula me encontró, y era tentadora e hipnótica, y todo lo que prometía resultó ser mentira.

Corrí dejando atrás recuerdos y emociones: miedo y fracaso y frustración, y la duda acuciante de qué estaba haciendo, que a su vez me hizo dudar de quién era yo.

Corrí, y dejé atrás todas esas cosas, y pensé: «La victoria tiene cien padres, la derrota es huérfana», y no podía recordar quién había dicho aquello.

Enfrentarte a ese tipo de cosas hace que el resto de cosas de tu vida te parezcan absolutamente fútiles.

Dejé atrás rostros: los de las personas a las que disparé, que estrangulé, a los que hice volar con dispositivos incendiarios caseros, con granadas y con cartas bomba o gasolina; los de gente que me miraba a los ojos mientras yo los apuntaba con una pistola y apretaba el gatillo; gente que no lo vio venir, pero que sabía que algo había pasado cuando sintieron el impacto brutal de una bala en el pecho..., y los que ni siquiera se dieron cuenta de que estaban muertos porque la bala les dio de lleno en la frente, haciéndoles caer al suelo implacablemente, como un peso muerto.

Pasé por todas aquellas noches, por aquellas horas extrañas previas al amanecer —siempre oscuras, siempre frías—, oyendo pisadas en algún sitio, sin saber si eran reales o soñadas, y sintiendo por un momento que se me paraba el corazón, y pensando que quizá, solo quizás, algunas fueran el presagio de que llegaba el momento de pagar por mis acciones.

Corrí, dejando atrás a todas aquellas personas, cruzando hacia el otro lado, y seguí adelante, sin dejar de correr..., y no fui tan tonto como para creerme que estaba escapando de algo, o como para plantearme que lo que iba a dejar atrás era a mí mismo. Menudo engaño. Eso sería un tremendo, autocomplaciente, estúpido y patético engaño. No, yo no era tan ignorante. Pero una vez, solo por un momento, creí que había alguna posibilidad de que estuviera corriendo en dirección a algo. No sabía lo que era. Clemencia, perdón, absolución... ¿Paz? Pero entonces razoné y vi claro que moverse en dirección a algo siempre implica alejarse de otra cosa. Una consecuencia lógica. No te puedes alejar de la nada. Catherine se habría reído y habría dicho que un hombre tan superficial como yo no era capaz de algo tan profundo. La filosofía casera no tenía espacio en mí, ni en mi corazón ni en mi vida. La gente como nosotros no podía permitirse pensamientos filosóficos. Estábamos haciendo lo correcto. Lo sabíamos. Estaba tan claro, que no necesitábamos cuestionarnos la naturaleza de nuestros valores.

Corrí, y dejé atrás a las personas que empaquetamos y etiquetamos, que colocamos en filas, y que rociamos con lavanda para intentar disimular el hedor que desprendían al descomponerse los cuerpos ante nuestros propios ojos. Pero el olor se te metía dentro, insidioso e implacable, y es un olor que llevo en los poros de mi cuerpo, en el pelo, en los nervios, en los tendones, en las sinapsis y en los músculos, un olor que llevo arraigado en el interior de la nariz, y que siempre oleré porque, a fin de cuentas, ese olor lo representaba todo.

Y sé que alguien me encontrará tres días después de mi muerte, y que yo oleré igual.

Corrí, dejando atrás el pasado y entrando en el presente, y los muertos se vinieron conmigo, y vi sus rostros y oí sus voces, y me di cuenta de que cargaría con ese peso el resto de mi vida, y que si Catherine tenía razón, también cargaría con él en mi siguiente vida, y en la otra, y en la otra...

Dejábamos que jugaran con nosotros como tontos, como lo que éramos.

Creíamos en ello con tanto empeño..., creíamos lo suficiente como para matar por ello.

Eso es lo que hacíamos. Y cuando la guerra acabó, creímos que todo pararía: las pistolas, las drogas, los asesinatos, la codicia sin sentido, la corrupción y las puñaladas por la espalda, las mentiras, los engaños y el horror maquiavélico de todo lo que habíamos creado. Pero no. No paró. Nos fuimos de Nicaragua y vino con nosotros.

Y lo que me dijo. Lo que me dijo Catherine Sheridan...

«No puedo seguir viviendo en un mundo ciego e ignorante. Ciego ante lo que hemos hecho. La apatía no es una solución para mí, John. ¿Entiendes lo que quiero decir? Estás de acuerdo conmigo, ¿verdad, John?».

De modo que nos trajimos el monstruo sagrado a casa..., un monstruo lo suficientemente grande como para devorarnos a todos.

—Iremos a pie —dijo Robey.

Se quedó plantado en la acera y miró a Miller.

—¿A pie? ¿Adónde?

—Por aquí —respondió él, y emprendió la marcha.

Siguieron New Jersey Avenue. Robey avanzaba rápido, y Miller hacía esfuerzos por seguir su ritmo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Miller, consciente desde el principio de que no respondería a su pregunta.

—¿Alguna vez ha oído hablar de un hombre llamado Robert McNamara?

—¿McNamara? No. ¿Debería?

Robey se encogió de hombros y hundió las manos en los bolsillos del abrigo.

—En un principio trabajó para la Agencia de Seguridad Nacional, luego fue el primer presidente y director general de Ford Motors que no era miembro de la familia Ford. Secretario de Defensa de 1961 a 1968..., aprendió mucho sobre las operaciones encubiertas, enfrentamientos armados, y vivió todo lo de Vietnam. Trabajó para Kennedy hasta 1963, y luego para Johnson hasta 1968. —Robey se volvió hacia Miller, que seguía haciendo esfuerzos para seguirle el ritmo—. ¿Sabe qué es lo que aprendió McNamara en todos esos años?

Miller negó con la cabeza.

—Aprendió que no puedes controlar a un país extranjero con las armas.

Miller no dijo nada.

—¿Sabe adónde se fue cuando Nixon alcanzó la presidencia?

—Ni idea.

—Presidente del Banco Mundial. Promovió un programa para controlar las finanzas de la mayor cantidad posible de países del Tercer Mundo. Hizo préstamos por valor de más de setecientos ochenta millones de dólares cada año durante los primeros cinco años de presidencia de Nixon. Y le demostró a Nixon, y después a Ford y a Carter, que había que seguir una secuencia...

—¿Para qué? ¿De qué me está hablando?

—Del control de un país, inspector Miller, del control de un país. No con las armas. No con la guerra, a menos que sea imprescindible como último recurso. Se empieza con el control económico, y si el control económico falla, recurre a la Inteligencia...

Dejaron atrás O Street y el desvío a Neal Place.

—Instigas operaciones encubiertas, un programa de asesinatos selectivos..., como hicieron en Chile y Ecuador. Te cargas al gobierno de turno, pones en su lugar a

tu gente y entonces, solo entonces, si con todo eso no consigues el control del país, entras en guerra. Cuando Estados Unidos invade un país, es porque al menos lleva un año o dos actuando, y porque las acciones emprendidas no han dado el efecto deseado.

—Está hablando otra vez de Nicaragua, ¿no? —preguntó Miller.

—Nicaragua, Guatemala, Cuba, El Congo, Camboya, Granada, Libia, El Salvador, Afganistán, Yugoslavia..., la lista es interminable. Y esos son solo los países de los que les hemos hablado —dijo y, una vez más, Robey sonrió como si estuviera contando un chiste enorme a su audiencia.

Sonreía porque Miller no lo había pillado, porque se preguntaba si Miller lo llegaría a pillar.

Dejaron Morgan Street a la izquierda, y giraron a la derecha hacia el cruce de New York Avenue. Miller empezó a preguntarse si se estarían dirigiendo hacia el lugar de trabajo de Robey.

—¿La universidad...? —preguntó.

—Espere y verá.

Al final de New York Avenue, el denso tráfico de la tarde procedente de Massachusetts Avenue y K Street en dirección a la Séptima, la forma en que se coló Robey por entre el flujo constante de coches...

Aquello pilló desprevenido a Miller, que ya jadeaba por el esfuerzo de tener que seguirle el paso, y se volvió un segundo, no fue más de un segundo: cuando se volvió de nuevo, vio a John Robey esquivando coches y abriéndose paso por entre ellos, recibiendo bocinazos e incluso las imprecaciones de un taxista que se asomó por la ventanilla.

—¡Por Dios! —exclamó, y se volvió justo a tiempo para ver un Pontiac azul que casi pilló a Robey de lleno.

Pero Robey era rápido, más de lo que parecía, porque desapareció entre el tráfico ante los ojos de Miller, como si pasara entre objetos inmóviles.

Transcurrió un minuto, o quizá más, hasta que el tráfico disminuyó lo suficiente para que Miller pudiera cruzar a la carrera. Llegó a la otra acera y siguió corriendo. Robey había girado a la derecha por la esquina de Mount Vernon Square, pasando entre los árboles del borde del parque.

Entonces, y solo entonces, entendió Miller adónde le había llevado Robey.

Tenía delante la enorme fachada de la biblioteca Carnegie.

Miró a izquierda y derecha, hacia atrás, por encima del hombro; estiró el cuello para ver a través del flujo de vehículos que pasaba por la calle, otra vez hacia la iglesia en la esquina de Massachusetts Avenue, y hacia la oficina de correos que tenía detrás, en la esquina de I Street y la Séptima.

Robey había desaparecido. No porque Miller lo hubiera perdido. No porque Miller le hubiera dejado escapar, sino porque Robey nunca había cuestionado su propia capacidad de desaparecer.

Sencillamente se había esfumado.

Miller respiró hondo, y sintió que el pulso le volvía al ritmo normal.

La biblioteca. Una de las últimas cosas que había hecho Catherine Sheridan. Había devuelto los libros. Devuelto los libros...

Miller bajó la mirada. Llevaba el mismo abrigo que aquel domingo, tras la muerte de Sheridan.

Del bolsillo exterior izquierdo sacó la nota de papel que le había dado Julia Gibb. No se había planteado la posibilidad de que significara nada en absoluto. Hasta aquel momento; hasta el momento en que Robey le había hecho volver a la biblioteca.

¿Por qué?

Para decirle algo, quizá.

Miller miró el trozo de papel, los títulos escritos con la perfecta caligrafía de Julia Gibb.

Ravelstein, de Saul Bellow, dos libros de Steinbeck: *Of Mice and Men* y *East of Eden*. *Beasts*, de Joyce Carol Oates, y *Yesterdays*, de Ella Wheeler Wilcox.

Miller leyó los títulos varias veces. Entonces echó a andar, y cada vez lo hizo más rápido, hasta que acabó corriendo.

Los libros. Había devuelto los libros, pero no había retirado ninguno.

Ravelstein. Of Mice and Men. Beasts. East of Eden. Yesterdays.

Era una tontería. Tan simple que resultaba tonto. Los títulos componían su apellido. R-O-B-E-Y.

Robey. Los libros tenían algo que ver con Robey. Catherine Sheridan había devuelto los libros para decirles algo sobre Robey.

Miller subió pesadamente la escalera de la biblioteca y llegó a la puerta justo en el momento en que Julia Gibb se disponía a cerrar.

—¿McCullough? Claro que me acuerdo de McCullough.

El sargento Stephen Tannahill, del Distrito Siete, estaba sentado en un despacho por detrás de la sala de reuniones de la comisaría, con Roth y Metz frente a él, del otro lado de una mesa ovalada y con una ventana a su derecha que daba al cruce de Randolph Place y la Primera. Tannahill tenía el mismo aspecto apagado que Oliver, Riehl, Feshbach e incluso Lassiter. Había algo en sus ojos que dejaba claro que llevaba demasiados años dedicándose a aquello como para considerar siquiera la posibilidad de hacer algo diferente. Aquella sombra no era exclusiva de los policías, pero a ellos les parecía que se la ganaban más a pulso, y la llevaban con mayor orgullo. Metz y Roth habían llegado justo en el momento en que Tannahill se iba a marchar, pero la disposición con la que aceptó hablar con ellos hacía pensar que tampoco tenía demasiadas ganas de volver a casa. Quizá no hubiera nadie esperándole. O quizá sí hubiera una mujer, alguien que no reconocía ya al hombre con quien se había casado y que lo dejaba bien claro, en silencio pero con todas sus fuerzas. Había parejas que llevaban unas vidas extrañas y desconectadas entre sí. Roth lo veía a menudo, y aquello siempre le recordaba la buena suerte que había tenido al contar con Amanda y los chicos, que siempre esperaban su regreso. La calidad de vida de muchas de las personas que había conocido en diferentes comisarías no era mejor que la de la gran mayoría de las personas que se pasan la vida investigando, buscando y deteniendo a gente. Era algo triste, pero cierto.

—¿Decís que habéis hablado con Bill Young? —preguntó Tannahill.

Era un hombre bajo, no mediría más de metro setenta, pero era ancho de hombros y tenía una cintura fina. Era de los que, aunque se pongan un traje nuevo, siguen pareciendo polis o, como mucho, porteros o convictos de permiso para un funeral.

—Hemos hablado con Bill, sí.

Tannahill asintió como si recordara algo poco a poco.

—¿Está bien?

Roth se encogió de hombros.

—Todo lo bien que puede estar. Ya sabes...

—Menuda tragedia, el pobre hombre. El tío era un oficial cojonudo. Una bestia. Un policía de cojones.

Roth no dijo nada. Tannahill había iniciado un monólogo, y le pareció que más valía no interrumpir. Tannahill se sumió en sus pensamientos un poco más y cuando regresó les sonrió, primero a Roth y luego a Metz.

—Entonces, vosotros sois los que estáis con el caso del cabrón ese de la cinta.

—Pues sí —respondió Metz.

—Pues os ha caído una buena, ¿no? —Se rio—. ¿Y ahora vais a por McCullough?

—Tenemos que verle, sí —dijo Roth—. Estuvo aquí en 2001...

—Por muy poco tiempo —dijo Tannahill—. Tenía que venir otro tipo. Yo entonces era el último mono, un agente más, carne de cañón. Me hicieron sargento a mediados de 2003. Conocí al tipo que se fue a Port Orchard, un tal Hayes, Danny Hayes. Su mujer se quedó embarazada de gemelos. Hubo algún problema. Algo fue mal. Ella quería mudarse cerca de sus padres, en Port Orchard, y acordaron el traslado de Danny. Se suponía que tenía que venir un tipo del Nueve a sustituirlo, pero nos vino McCullough en su lugar.

—¿Recuerdas de dónde vino? —preguntó Metz.

Tannahill meneó la cabeza.

—Nunca lo dijo. Y yo nunca se lo pregunté. McCullough no era de esos tipos con los que te apetece socializar.

—¿Y eso? —dijo Roth, frunciendo el ceño.

—Yo no sé de dónde vino. De Antivicio, quizás. O de Narcóticos. Un tipo complicado. Realmente complicado. —Tannahill sonrió sarcástico—. ¿Nunca os habéis encontrado a alguien así, que parece que ha perdido un tornillo pero que aun así hace su trabajo, que puede organizar buenos golpes?

Roth asintió.

—Pues McCullough era de esos. En el mundo normal te lo llevarías a un lugar tranquilo para asegurarte de que no hiciera daño a nadie; cartulinas y ceras de colores, ¿sabéis? Pero por lo que yo sé tenía un buen historial, y cuando dio aquel golpe, en septiembre, todo el mundo se volvió loco diciendo que el tío era un héroe. Yo no sabía muy bien qué pensar de él. Para mí el tipo era demasiado intenso.

—¿Fue el golpe de la coca? —preguntó Metz.

—Sí, y era de buenísima calidad.

—¿Y desapareció del almacén de pruebas?

—En un suspiro —dijo Tannahill—. Al momento tuvimos a Asuntos Internos metidos por todas partes. Interrogaron a McCullough, pero el tío se podía zampar a tres o cuatro de esos tipos de Asuntos Internos de aperitivo y seguiría con hambre a la hora de comer. Era todo un circo de narices. Lo que pasó realmente nadie lo sabe. No empapelaron a nadie porque no había nadie a quien empapelar. El tipo del almacén de pruebas era absolutamente de fiar; llevaba en el puesto trescientos años. Desde luego se trataba de una cocaína fantasma.

—¿Crees que se la llevó el propio McCullough? —preguntó Roth.

—Claro que sí —respondió Tannahill sin dudarlo—. No me sorprendería que el tipo hubiera entrado en el almacén y que se hubiera llevado de la bolsa tranquilamente.

—¿Tú crees que consumía?

—Yo no creo nada. Si se metía, si estaba loco, si trapicheaba, si tenía un negocio propio de mercancía robada... Yo qué sé, no tengo ni idea. Lo único que sé es que aquel jaleo se acabó cuando desapareció la coca, los de Asuntos Internos llegaron y se fueron como un vendaval, y luego todo estuvo tranquilo hasta octubre.

—La redada antidroga —dijo Roth.

—¿Redada? —respondió Tannahill, sonriendo—. ¿Quién dice que fuera una redada? Fue un auténtico fiasco. El confidente acabó muerto, McCullough quedó herido. Quienquiera que fuera al que iban buscando se escapó...

—¿Estás diciendo que no era una redada? —dijo Metz—. ¿McCullough fue solo?

—Claro que sí.

—Pero eso no es lo que dice la prensa...

—El departamento de relaciones públicas —le corrigió Tannahill—. Una redada fallida queda muchísimo mejor que un poli renegado y su confidente que intentan cambiar el mundo por su cuenta.

Roth guardó silencio un momento, intentando asimilar aquello.

—McCullough estaba de vuelta de todo, ¿sabéis? —prosiguió Tannahill—. Después de lo de septiembre empezó a cagarla. Llegaba tarde cada dos por tres. Bill Young le cantó las cuarenta más veces de las que puedo recordar. Por lo que yo sé, Young estaba planteándose emprender acciones disciplinarias, y entonces fue cuando nos llegó el soplo de que McCullough estaba preparando otro golpe como el de septiembre, solo que esta vez mucho mayor. Todo el mundo se preparaba para algún tipo de reunión para planificar la operación..., todos estábamos a punto, y de pronto nos enteramos de que McCullough había ido por su cuenta con un tipo negro, que el negro había muerto y que McCullough volvía a estar en el punto de mira de Asuntos Internos y Dios sabe de quién más...

—Pero Asuntos Internos no tuvo ocasión de investigar a fondo, o eso es lo que entendí de lo que me dijo Bill Young —objetó Roth.

—McCullough se esfumó, como la coca de septiembre. Desapareció, nunca más se supo de él.

Roth se calló. Miró a Metz, absolutamente inexpresivo. Tannahill se encogió de hombros.

—En realidad eso es todo —dijo por fin—. No sé qué más puedo deciros.

—Una cosa —observó Roth—. No hemos podido encontrar ninguna foto suya. El carné que usó para abrir una cuenta bancaria era de los antiguos, sin foto.

—Joder, no lo sé —respondió Tannahill—. Su dossier se fue a Asuntos Internos. Ahora aquí no guardan un registro. Lo han centralizado en algún sitio, cerca del Distrito Once. Podríais ir a verlos... —Tannahill se quedó a media frase. Se lo pensó, y luego meneó la cabeza—. A menos que...

—¿Qué? —preguntó Roth.

—La evaluación —dijo Tannahill—. Nos hicieron una evaluación en comisaría justo después de la redada de septiembre.

Roth asintió y esbozó una sonrisa.

—Las fotos de la evaluación, claro. ¿Las tenéis aquí?

—Claro. Puedo ir a ver, si queréis esperar.

—Por supuesto —dijo Roth—. ¿Aquí?

—Bueno, es aquí arriba —dijo Tannahill, levantándose de la silla—. ... Si queréis podéis venir y ayudarme a buscar entre los archivos.

Roth y Metz siguieron a Tannahill, salieron del despacho y subieron a la planta de arriba.

El archivo era el clásico caos de archivadores de diferentes tipos situados contra las paredes y numerosas mesas en el centro, muchas de ellas combadas bajo el peso de las carpetas amontonadas. Tannahill sonrió divertido:

—Perdonad el jaleo... La asistenta está de vacaciones, claro.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Roth.

—Esos archivos son el registro de la comisaría —dijo Tannahill, señalando el lado derecho de la sala. Se acercó a la esquina, y Roth y Metz le siguieron. Tannahill abrió el cajón superior del archivador más próximo a la ventana—. 1988 —dijo—. 1988 a 1990. —Abrió el cajón superior del archivador de al lado—. Aquí noventa y tres y noventa y cuatro... Será el cuarto o el quinto empezando por ahí.

Metz se puso a abrir cajones, Roth también, y en un momento encontraron el archivador que contenía los documentos de los años 2000 a 2002. Cuando llevaban veinticinco minutos, Tannahill decidió sacar todas las carpetas y extenderlas por el suelo. Los tres fueron examinándolas todas por duplicado, cada foto, cada documento desde julio de 2001 hasta el final del año. No había ningún archivo sobre McCullough. Ningún rastro. Ninguna foto.

—Alguien debe de habérselo llevado —observó Tannahill—. A veces pasa. Ya sabéis cómo van estas cosas, ¿no?

Roth no respondió. Estaba a punto de perder la paciencia. Sabía que si decía algo, la perdería del todo. Ya se estaba resignando a encontrarse en otro callejón sin salida, otro día que volvía a comisaría sin nada en las manos, cuando Tannahill de pronto levantó la vista y sonrió.

—Demasiado evidente —dijo, lentamente—. Joder, es tan evidente que ni he caído.

—¿En qué?

—Las fotos de cada año; están abajo... Saldrá en pequeño, pero estará ahí.

De nuevo Metz y Roth siguieron a Tannahill, que salió del archivo, bajó la escalera y fue hasta la zona de recepción de la comisaría. Las fotos del personal, tomadas año a año, solían exhibirse en los pasillos, pero en el Distrito Siete colgaban de las paredes de la cantina y de la sala de reuniones. Tannahill encontró la de 2001 en un momento, se subió en una silla para poder descolgarla y se pasó un momento examinando las caras de los hombres que aparecían en ella, del tamaño de una moneda pequeña.

—Ahí lo tenéis —dijo, señalando a un hombre, el tercero o cuarto por la derecha, en la segunda fila desde atrás.

Roth cogió la foto mientras Metz miraba por encima de su hombro. Roth frunció el ceño, negó con la cabeza y luego se echó a reír. Era un sonido extraño, abrupto, breve; luego paró y negó con la cabeza de nuevo.

—¿Qué? —se extrañó Tannahill—. ¿Qué pasa?

Roth no dijo nada, pero comenzó a sentir el peso de todo aquello. Empezaba a hacerse una idea de lo que tenían entre las manos, y le inquietaba profundamente.

—¿Conocéis a este tipo? —preguntó Tannahill—. ¿Conocéis a McCullough?

Roth seguía meneando la cabeza.

—No, no conocemos a McCullough —contestó en voz baja—. Pero conocemos a alguien que estaba usando su nombre.

Creo que fue Matisse quien dijo que un pintor debería empezar por cortarse la lengua.

Para que no pudiera hablar.

Para que no pudiera explicar lo que quería decir con cada pincelada.

Para que no pudiera racionalizar y justificar, analizar, interpretar lo que sentía en ese momento. Solo expresaba lo que sentía. El sentimiento estaba ahí, y luego desaparecía. Eso era el arte. Eso era la vida. Y quizá también la muerte.

Quizás a nosotros también deberían cortarnos la lengua.

Lo siento por Miller. Lo siento por lo que encontrará, y por lo que supondrá para él.

Lo siento por el límite de las cosas, por la línea que se trazó, y veo a un hombre caminando hacia esa línea sin darse cuenta siquiera de que está ahí. En Langley, y de nuevo en Managua, me enseñaron cómo desaparecer.

Nunca he olvidado cómo hacerlo, así que lo voy a hacer otra vez.

Ya he desaparecido... como si nunca hubiera estado allí.

Miller esperó de pie junto al mostrador, mientras Julia Gibb reunía los cinco libros que había devuelto Catherine Sheridan. Ya había llamado a comisaría desde su móvil, para que Oliver fuera al apartamento de Robey y le avisara si aparecía. Pero Miller sabía que Robey no volvería. Todavía no. A menos que hubiera pasado algo. No tenía ni idea de qué podía ser, pero estaba seguro de que Robey estaba orquestando todos los detalles de aquello; quizá llevara haciéndolo desde el principio.

Lo único que sentía Miller era el presentimiento de algo terrible que se avecinaba.

No entendía el significado de aquellos libros, pero no tenía otra opción que ponerlos a buen recaudo, llevárselos a comisaría y echarles un vistazo, ver si había alguna pista, algún mensaje que hubiera podido dejar Catherine Sheridan.

Pero ahora era diferente. Ahora daba la impresión de que Robey le estaba dirigiendo hacia algo que Catherine quería que supiera. Eso podía significar que Robey y Sheridan fueran cómplices, o que ella supiera que iba a ir a por ella, y si ese era el caso, aquello abría todo tipo de posibilidades. En primer lugar, indicaba que Sheridan sabía que iba a morir. Devolvió los libros, y luego la mataron. Miller no creía en las coincidencias. El número de la pizzería. El archivo del caso de Darryl King. La visita a Natasha Joyce. El asesinato de Natasha el martes. Estaban a viernes y aún no tenían el informe completo de la Científica. Las fotografías debajo de la cama, aquellas imágenes inconfundibles de un Robey joven, la coartada fingida, tan débil en sí misma que el propio Robey sabía que le pondría en el punto de mira... Todo aquello formaba parte de otra cosa.

Tenía el corazón en un puño. El pulso acelerado. Se sentía deshidratado y tenía náuseas.

Cuando Julia Gibb apareció por detrás de la estantería más próxima cargada de libros, el busca de Miller sonó. Echó un vistazo. Roth. Lo silenció; Roth podía esperar hasta que volviera a comisaría.

—Aquí los tiene, inspector —dijo Julia Gibb—. Afortunadamente nadie los ha tomado prestados desde su devolución.

Miller le dio las gracias, recogió los libros y se dirigió a la puerta.

—Supongo que nos los devolverán —dijo ella, mientras él se alejaba.

—En cuanto sea posible —respondió Miller.

—Los otros cuatro no me preocupan demasiado, pero el Wilcox ya está descatalogado... Es muy difícil de encontrar, ¿sabe?

—Los cuidaré bien —dijo Miller—. Se los traeré en cuanto pueda.

Casi se le cayeron los libros mientras hacía malabarismos para pasar por la puerta de lado, y luego bajó la escalera a toda prisa. Cruzó la Séptima y tomó New York

Avenue en dirección a comisaría. A las dos travesías ya estaba sin aliento, corría para ver qué era lo que Roth tenía que decirle, y para ver si encontraba algo en los libros que llevaba. Pensó en el informe de la Científica del apartamento de Natasha Joyce, en los resultados de la autopsia, y al hacerlo le vinieron a la mente Marilyn Hemmings, Jennifer Ann Irving y Brandon Thomas... Todo tan distante, tan apartado de lo que estaba haciendo que parecía parte de otra vida. Todo había avanzado a gran velocidad. Hacía seis días de la muerte de Catherine Sheridan. Menos de una semana. Entregaban informes diarios a Lassiter, que se los pasaba a Killarney, y este a quienquiera del FBI que estuviera interesado en el caso. ¿Y qué tenían? Lo único que demostraba la implicación de Robey procedía de una prueba adquirida ilegalmente, y del uso de las instalaciones y el personal del departamento para determinar la naturaleza incriminatoria de esa prueba. ¿En qué posición le dejaba eso? Es más, ¿en qué posición dejaba a Marilyn Hemmings?

A Miller se le fue la mente pensando en las posibilidades y las implicaciones.

Llegó a comisaría, subió la escalera y entró en recepción.

—Roth te estaba buscando —le dijo el sargento de guardia—. Está arriba.

Miller subió los escalones de dos en dos, atravesó el pasillo a la carrera y entró en el despacho, usando el codo para bajar la manija y acceder de espaldas con los libros bajo los brazos.

—Miller —dijo Lassiter—. Joder, ¿dónde demonios estabas?

Miller se volvió, sorprendido de oír la voz de Lassiter y de encontrarse a Al Roth y Nanci Cohen, Chirs Metz, Dan Riehl, Vincent Littman y Jim Feshbach sentados en corro a la derecha del despacho.

Miller dejó el montón de libros sobre el escritorio más cercano y dudó un momento.

—Más vale que vengas a ver esto —dijo Lassiter, que se levantó de la silla, cogió una fotografía en blanco y negro de la mesa y se la pasó para que la mirara.

—¿Qué es? —preguntó Miller, mientras se acercaba al grupo.

—Tu amigo el sargento Michael McCullough —dijo Lassiter—. O, mejor dicho, el motivo por el que no hemos podido localizar al sargento Michael McCullough.

Lassiter se inclinó, le señaló un hombre situado en el cuarto puesto por la derecha de la segunda fila desde atrás, y a Robert Miller se le paró el corazón. Tardó un rato en volver a ponerse en marcha.

—¿Y esto qué significa? —preguntó Lassiter.

Miller no podía articular palabra. Se quedó mirando el rostro que tenía delante, perteneciente a un John Robey vestido de uniforme que le devolvía la mirada, casi sonriendo, iluminado por el sol. Fruncía ligeramente el ceño, como si le molestara la luz, pero ahí estaba, de pie, junto a sus colegas del Distrito Siete.

—¿Y bien? —le apremió Lassiter—. ¿Qué cojones es esto? ¿Nos enfrentamos a un poli renegado, o qué?

Miller meneó la cabeza.

—No lo sé... Dios, ni siquiera sé qué decir. Esto es tan...

—Has enviado a Oliver a casa de Robey, ¿no? —le interrumpió Lassiter—. Parece que Robey no está allí.

—He ido a ver a Robey. Me ha dicho que quería enseñarme algo. Me ha llevado hasta la biblioteca Carnegie y luego ha desaparecido.

Lassiter frunció el ceño.

—¿Que ha hecho qué?

—Ha desaparecido. Hemos ido a pie hasta la Segunda, y entonces se ha marchado corriendo entre el tráfico y ha desaparecido.

—¿Y los libros?

—Son los libros que devolvió Catherine Sheridan la mañana de su muerte. Robey quería que los fuera a buscar a la biblioteca...

—¿Y para qué?

—No lo sé... Son cinco... Si tomamos la primera letra de cada título y las juntamos, forman «Robey». Su nombre. Creo que contienen algo... Un mensaje, quizá. No lo sé.

—Entonces, ¿sabía que iba a matarla? —Fue Nanci Cohen quien habló.

Se puso en pie, se acercó a Miller y cogió uno de los libros. Lo abrió, lo hojeó, le dio la vuelta y lo sacudió para ver si caía algo. No había nada. Hizo lo mismo con los demás. Roth y Metz se acercaron y también los examinaron.

—Dejad eso ahora —dijo Lassiter—. Tenemos algo un poco más urgente ahora mismo... El hecho de que ese profesor de universidad es un poli, o que es alguien que se ha hecho pasar por poli. Esto es jodidamente increíble.

Nanci Cohen dejó el último de los libros sobre la mesa.

—Lo que más me sorprende es que lo tuvieras, y que se te haya escapado.

—No lo tenía —respondió Miller entre frustrado y exasperado—. Usted fue quien dijo que no podíamos hacer nada...

Lassiter levantó la mano e hizo callar a Miller.

—Alto —dijo—. No vamos a empezar una discusión. ¿Tenemos pruebas suficientes para pedir una orden de registro de su piso? —añadió, dirigiéndose a la ayudante del fiscal.

Ella asintió.

—Por supuesto. La sospecha de suplantación de identidad de un agente de policía a mí me parece más que de sobra.

—Encárgate del papeleo —ordenó Lassiter, volviéndose hacia Metz—. Ahora mismo. Quiero la orden esta noche. Vamos a entrar en ese piso y a buscar todo lo que podamos sobre este tipo en las próximas dos horas, ¿vale?

Metz se dirigió hacia la puerta.

—Iré contigo —dijo Nanci Cohen—. Se la llevaré directamente al juez Thorne.

Lassiter se volvió hacia Miller.

—Revisa esos libros con Roth y los demás. A ver qué encontráis. En cuanto tenga esa orden os quiero en casa de Robey. Poned el piso patas arriba. Descubrid quién cojones es ese tipo y qué está haciendo. —Lassiter echó un vistazo a su reloj—. Debo ir a ver a alguien. Tardaré una hora. Llamadme en cuanto tengáis la orden. Si puedo, me reuniré con vosotros.

Miller se quedó mirando cómo se iba, vaciló por un momento y luego se dejó caer sobre la silla.

Eran poco más de las seis de la tarde. No había comido nada desde el desayuno.

Roth se sentó frente a él. Feshbach, Littman y Riehl, al otro lado del despacho, sin saber muy bien qué buscar.

—Un libro cada uno —observó Miller, y cogió *Beasts*, de Joyce Carol Oates.

El inspector Carl Oliver estaba sentado en un coche de incógnito en el cruce entre New Jersey Avenue y Q Street. No envidiaba a Miller. Aquello ya le olía mal desde el primer día. Estaba deseando ayudar, por supuesto, pero la ayuda tenía un límite. Había algunos casos que te obligaban a poner tu vida a disposición del trabajo mientras duraran, y este era uno de ellos. Miller le había llamado por radio. El sospechoso, ese John Robey, ahora resultaba que era también el sargento McCullough. Daba la impresión de que el asesinato de esa tal Sheridan había sido obra de un poli, o algo así. No importaba. Últimamente nada importaba. Era todo política. En los años ochenta habían aparecido muchos asesinos en serie. Ahora estaban pasados de moda, y se trataba simplemente de cerrar un caso porque el jefe de policía quería que lo cerraran. Lo único que tenía que hacer era vigilar el apartamento en busca de un hombre que no volvería nunca. Eso era fácil. Podía fumar, escuchar la radio, lo que quisiera... y vigilar la calle.

Daba la impresión de que era dinero tirado, hasta que Carl Oliver se volvió hacia la derecha y vio a un hombre que encajaba con la descripción física de John Robey cruzando la calle y dirigiéndose al bloque de pisos.

Littman se dio cuenta: vio las marcas al pie de algunas páginas, como una marca de lápiz sobre algunos números. Tenía en la mano un ejemplar de *Ravelstein*, de Saul Bellow. En cuanto lo mencionó, Feshbach también se dio cuenta. Minúsculas marcas en lápiz que indicaban un número, luego otro, y otro más. Examinando las páginas de una en una, los cinco policías fueron tomando nota de las secuencias que iban obteniendo.

—Será algún tipo de código —sugirió Miller—. Quizá cifrado...

—También hay letras —señaló Riehl—. Yo tengo un par de letras marcadas en la página uno, y luego una secuencia de seis números, luego un par de letras más, y una secuencia de cinco.

—Escríbelo todo —dijo Miller—. Escríbelo en el orden en que aparezca.

Miller hizo lo mismo. Primera página: «Lo vi en el área de Oceanía del Louvre: el tótem».

Una marca sobre la «a» de «Oceanía», y luego en la séptima línea: «Pero el niño no era más que una enorme cabeza grotescamente redonda», una marca sobre la «q».

Miller las apuntó, y luego encontró una marca sobre una serie de números de página: el 1 de la 10, el 2 de la 12, el 5 de la 15, el 9 de la 19 y por último el 8 de la 28.

Escribió los caracteres en orden: «a q 1 2 5 9 8».

La secuencia volvió a empezar, esta vez «g j 6 6 9 9», y luego «b d 7 1 4 9 9».

—Fechas —precisó Miller—. Son fechas, ¿no? —Miró a Roth—. Aquí tengo tres: el 5 de diciembre de 1998, luego el 6 de junio de 1999 y después el 14 de julio de 1999...

—¿Y las letras? —preguntó Roth.

—Iniciales. Qué os apostáis a que son iniciales... —propuso Riehl.

—Joder —suspiró Miller—. Nombres y fechas. Esto son nombres y fechas...

—No os saltéis ni una, sobre todo —dijo Roth—. Si os perdéis una, todo se descuadra.

—Que cada uno complete su libro —indicó Miller—. Apuntad cada letra y cada número en orden, y luego pasad el libro a otro. Comprobaremos los resultados para asegurarnos de que son correctos.

Roth lo miró, levantó las cejas y meneó la cabeza lentamente.

—Esto es mucho más de lo que me podía imaginar... —dijo, pero no acabó la frase. Bajó la mirada, se concentró en lo que estaba haciendo y volvió a tomar notas.

Carl Oliver llamó a comisaría desde el coche y dijo que avisaran a Miller y a Roth para que fueran al piso de Robey. Daba la impresión de que John Robey volvía a casa.

Oliver salió de su coche y cruzó la calle. El hombre que había visto cruzó la calle, giró a la izquierda y se acercó a la escalera que llevaba al piso de Robey. Oliver se quedó junto a la fachada del edificio contiguo. No hacía falta que disimulara para pasar desapercibido. Pasar desapercibido era algo inherente en él.

Oliver no vio la cara del hombre. Lo único que conocía de Robey era la imagen que había visto en las fotografías manipuladas, la altura y la constitución que le había dicho Miller. Oliver esperó a que llegara a la escalera y luego le siguió.

—Treinta y seis —dijo Roth—. Treinta y seis secuencias en total... —Hizo una pausa y miró a Miller—. Las ves, ¿no?

Miller asintió, y se dio cuenta de algo que le hizo palidecer progresivamente.

—¿Qué pasa? —se extrañó Littman—. ¿Qué has visto?

Miller giró la página y señaló una secuencia de tres:

m m 3 6 6

a r 7 1 9 6

b l 8 2 6

—¿Y eso qué significa? —preguntó Littman.

—Margaret Mosley, 6 de marzo de 2006; Ann Rayner, 19 de julio; y Barbara Lee, 2 de agosto..., las tres mujeres que han muerto este año, antes de Catherine Sheridan.

Feshbach frunció el ceño y echó el cuerpo hacia delante.

—¿Y entonces? ¿Me estás diciendo que aquí tenemos treinta y seis asesinatos...? ¿Que esta mujer tenía información sobre treinta y seis asesinatos? ¡No puedes estar hablando en serio!

Miller abrió la boca para responder, pero le interrumpió el teléfono que tenía a la izquierda. Roth lo cogió y saltó de la silla en el momento en que recibió el mensaje y colgó.

—Hay alguien en el piso de Robey —anunció.

—¿Robey? —preguntó Miller.

Roth negó con la cabeza.

—No lo sé. Oliver ha llamado a recepción, ha dicho que iba a mirar.

Miller se puso en pie, cogió la chaqueta que tenía colgada de la silla, se volvió hacia los tres hombres que quedaban sentados y se dirigió hacia la puerta.

—Introducíd esas fechas en el sistema y realizad una búsqueda en el territorio de Washington. A ver si hay casos de desapariciones u homicidios que concuerden con las iniciales y con esas fechas. Comprobad los periódicos, lo que se os ocurra, ¿vale?

Y al momento salió por la puerta tras Roth, corriendo por el pasillo en dirección a la escalera. Roth llamó al aparcamiento desde el móvil y les dijo que les tuvieran un coche preparado. Lo único que podría abrirles paso entre el tráfico de la tarde sería una sirena.

Carl Oliver se paró en el primer peldaño de la escalera que llevaba al piso de John Robey. Desenfundó la pistola, la cargó, accionó el seguro y volvió a meterla en la funda. Aguantó la respiración un momento, se agarró a la barandilla y empezó a subir.

Miller se puso al volante y salió por New York Avenue.

—No tomes la Quinta. Echa atrás por ahí —dijo Roth, señalando hacia atrás, por encima del hombro y a través del parabrisas trasero—. Toma la Cuarta, gira a la derecha por M Street y luego gira por New Jersey en el cruce con Morgan Street...

Miller siguió el consejo de Roth, y en un minuto estaba atascado en el cruce de New York Avenue.

—Llama a Oliver por radio —le dijo a Roth—. Dile que esté atento a quien sea, pero que no suba hasta que lleguemos nosotros.

—¿Crees que será Robey? —preguntó Roth, mientras agarraba el transmisor.

Miller negó con la cabeza.

—No. No creo que sea...

—Entonces, ¿quién?

Miller se apoyó con fuerza en la bocina mientras un coche daba un bandazo desde la izquierda y le cortaba el paso.

—¡Capullo! —exclamó, murmurando, y luego volvió a mirar a Roth—. ¿Que quién es? Joder, no tengo ni idea —dijo—. Ni siquiera sé si quiero saberlo.

Roth apretó el botón del transmisor y esperó a que alguien cogiera la llamada en comisaría.

Al llegar a lo alto de la escalera, Oliver se detuvo. Esto era lo que a él no le gustaba. Había tíos a los que esto les daba un subidón, que buscaban la acción, pero él no. A él le iba más el trabajo metódico, la investigación, los interrogatorios. Las heroicidades eran para otros.

Se apoyó en la pared y rodeó la esquina. El rellano del piso de Robey estaba despejado. Dio un paso atrás hacia la escalera que subía y vaciló antes de seguir moviéndose. Por un momento se planteó si debía esperar. No quería entrar en el apartamento. Pero tampoco quería ser el miedica que rehuía la acción. Estaba entre la espada y la pared. Se preguntó si debía sacar la pistola; puso la mano encima de la funda. Sabía que si pasaba algo de pronto quizá reaccionara precipitadamente y podía disparar a alguien sin necesidad. Notaba el sudor que se le iba acumulando en el centro de la espalda. Levantó un dedo y se ahuecó el cuello de la camisa. Se decidió, sin más motivo que poner fin a la indecisión. ¿Qué de malo tenía hacer una comprobación? Tenía que hacerla. No tenía elección. Así era el trabajo del policía. Ibas por ahí buscando problemas, hacías comprobaciones, estabas al otro lado del perímetro de seguridad y sabías exactamente lo que había sucedido.

Carl Oliver respiró hondo, apoyó la mano en su pistola, aún en la funda, y cruzó el rellano en dirección al piso de John Robey.

—No lo encuentran —dijo Roth—. No puede estar en su coche, porque están llamándolo por radio y no responde.

—¡Mierda! —exclamó Miller.

Dio un volantazo para evitar un coche que se incorporaba al tráfico y puso la sirena. Tenía el cruce de O Street a la izquierda, P Street por delante y luego Franklin. Miller golpeaba el volante con la base de las manos. Giraran por donde giraran, el tráfico estaba parado. Por todas partes se habían encontrado «casi» respuestas, «casi» verdades, algo que llevaba a otra cosa, que a su vez llevaba a otra. Y todas esas cosas no eran más que pequeñas piezas de una imagen más grande, una imagen que Miller tenía la sensación de que empezaba a ver en su totalidad. No quería hacer suposiciones; no quería dejar volar la imaginación. Seguro que así solo complicaría aún más algo que ya era demasiado complicado. Quería llegar al piso de Robey,

descubrir si había alguien allí o si Oliver se había equivocado. Quería que Cohen y Metz volvieran con la orden de registro para poder echar un vistazo dentro. Quería que los libros les mostraran sus fantasmas, las cosas que Catherine Sheridan quería que supiera el mundo, y luego quería que todo acabara. Eso, sobre todo: quería que aquella pesadilla llegara a su fin.

De pronto el tráfico se puso en marcha a su izquierda, por Franklin, y la calle se aclaró.

—¡Venga, aprieta! —dijo Roth, y Miller pisó a fondo los últimos doscientos metros hasta su destino.

Ya en la puerta del piso de Robey, Carl Oliver cerró los ojos un segundo y luego levantó la mano lentamente. Llamó una vez, dio un paso atrás y apoyó la palma de la mano en la culata de su arma. No había duda: el corazón se le había desbocado, y el pulso se le aceleraba al mismo ritmo.

Esperó más de medio minuto. Nada. Ni un ruido procedente del interior. Levantó la mano y volvió a llamar, esta vez más fuerte, esperó diez segundos y luego gritó:

—¡Policía! ¡Abra, señor!

Esta vez sí oyó algo; distinguió un ruido en el interior del apartamento.

Oliver sintió que se le paraba el corazón. Hasta aquel momento todo eran suposiciones: que alguien había regresado, que había subido al apartamento, que si llamaba a la puerta le responderían. Ahora era algo más que una suposición. Ahora la situación generaba toda una gama de emociones y pensamientos diferentes.

Oliver dio un paso atrás y se preguntó si debería echarse a un lado de la puerta. No estaba acostumbrado a aquel tipo de situaciones. Lo había visto en películas, y en la academia les habían explicado brevemente cómo enfrentarse a ese tipo de cosas. Pero por mucha formación que les dieran a los novatos, eso no los preparaba para las sensaciones que experimentaban en momentos así. Aquello no se podía comparar con nada de lo que había vivido. Él no era un poli veterano ni exsoldado. No había servido en Irak. No sabía cómo gestionar las sensaciones que experimentaba. Lo único que sabía era que si la cagaba, quizá muriera otra mujer. O quizá dos. O quizá más.

Notó que quienquiera que se encontrara en el interior estaba ya cerca de la puerta, y entonces oyó la voz de un hombre.

—¿Quién es?

—Policía, señor. Es la policía. Necesito que abra la puerta.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que quiere?

—¿Es usted, señor Robey?

Silencio.

—Le tengo que pedir que se identifique, señor. Este es el piso del señor John Robey. ¿Es usted John Robey?

De nuevo silencio.

Oliver tenía un nudo en la garganta. Era una de esas situaciones que solo pueden acabar de dos modos. Seguro que le caería una buena bronca por no esperar refuerzos. Ahí se demostraba que los ejercicios de simulación no servían para gran cosa.

—Señor..., tengo que pedirle una vez más que abra la puerta...

—Vale, vale, vale... Cálmese, joder, ¿vale?

El sonido del cerrojo soltándose. Oliver sintió la tensión que se acumulaba en su interior.

La manija de la puerta se movió y la puerta empezó a abrirse. Oliver dio un paso a la izquierda, apartándose de la línea directa de fuego. Se preguntó qué podía suceder. Había alguien dentro. Ahora mismo estaba cooperando. Estaba abriendo la puerta y todo iría bien. Sería alguien que se suponía que debía estar allí... El hermano de Robey, que tendría llave y habría venido a verle... Un amigo del barrio, que habría venido a dar de comer al gato por indicación de Robey. Se identificarían, se produciría un momento incómodo hasta que Oliver comprobara que se había cometido algún tipo de error.

Todo iba a salir bien. Todo iba a salir perfectamente...

La puerta se abrió.

El hombre que miró al inspector Carl Oliver no resultaba identificable, porque llevaba una bufanda que le cubría la mitad inferior del rostro.

—¿John Robey? —dijo Carl Oliver, y fue lo último que pronunció, porque el hombre dio un paso atrás, levantó la mano y con una 22 con silenciador le puso un signo de puntuación en el mismo centro de la frente.

Una bala del calibre 22 no tenía fuerza suficiente para atravesar el cráneo por el otro lado, así que rebotaría por el interior de Oliver durante ocho o nueve segundos.

Oliver se quedó allí de pie, con la boca entreabierta y una mueca en la cara, como si le hubieran gastado una broma, algún tipo de inocentada que iba asimilando lentamente, dándose cuenta de que le habían tomado el pelo, y que la gente seguía riéndose, y él también se echaría a reír, y sería divertido, se lo tomaría bien, sería uno más del grupo, y al día siguiente todo el mundo lo habría olvidado...

Pero no se echó a reír, ni tampoco lo hizo el hombre que estaba en el piso. Se limitó a esperar hasta que un fino reguero de sangre asomó, como una lágrima, por la comisura del ojo de Oliver, resbalándole por la mejilla, esperó un momento más hasta que Carl Oliver cayó como un peso muerto en el suelo y luego cerró la puerta del apartamento suavemente tras él.

Atravesó el piso con rapidez y en silencio, recogió unas cuantas cosas que pudiera cargar sin problemas y salió por la ventana.

Robert Miller y Al Roth encontraron a Carl Oliver cuatro minutos más tarde, y para entonces quienquiera que le hubiera disparado había desaparecido. Había desaparecido... como si nunca hubiera estado allí.

Media hora más tarde el apartamento de Robey era un hervidero de gente. Robert Miller se quedó un tiempo considerable en el rellano, frente a la puerta de entrada. Sentía lo mismo que la noche del asesinato de Catherine Sheridan. No conocía a Carl Oliver bien, no como conocía a Al Roth, pero la muerte de un colega le produjo un miedo muy especial. No era por el hombre al que habían matado, sino por lo que representaba. Había llegado en el momento equivocado. Miller nunca había entendido aquella expresión. «Estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado». No. O estaba en el lugar que debía en el momento equivocado, o al revés. Nunca pasaban ambas cosas. Las dos a la vez no tenía sentido. El piso de Robey. Ahí es donde se suponía que tenía que estar Oliver. Si hubiera estado allí dos horas antes, ahora no estaría muerto. Lugar correcto, momento equivocado. Tan simple como eso.

Pero la muerte de Oliver significaba muchísimo más. Su asesinato significaba que quienquiera que estuviera implicado en aquello consideraba que estaba por encima de la ley. Ya no se trataba de unas cuantas mujeres muertas. Quizá se trataba de más de treinta asesinatos, personas aún desconocidas y sin identificar, una red de conexiones que pasaba por John Robey y Catherine Sheridan y que se extendía muchísimo. Miller estaba convencido de que así era, lo creía con todas sus fuerzas, pero no había pruebas, nada definitivo que pudiera sugerir un vínculo, salvo un cepillo que estaba a cinco o seis metros de donde se encontraba él ahora mismo.

Llegó Lassiter, junto a la ayudante del fiscal Cohen y Chris Metz, con la orden de registro en la mano, una orden que ya no era necesaria. El apartamento de Robey era el escenario de un crimen; ya estaba lleno de fotógrafos y forenses, y cuando aparecieron los de la Policía Científica, fue como si todo el Distrito Dos se hubiera trasladado a New Jersey Avenue esquina con O Street.

—Esto es enfermizo —decía Lassiter sin parar con un tono de voz que dejaba claro lo que se le presentaba, todas esas llamadas entrada la noche, las preguntas que no podría responder, las reprimendas, las críticas, las amenazas y las insinuaciones sobre cómo acabaría su carrera si no...

Miller no podía hablar. Se quedó mirando cómo tomaban fotos al cuerpo de Carl Oliver. Observó mientras lo subían a una camilla, que maniobraban por la escalera para sacarla a la calle. Apareció Marilyn Hemmings. Levantó una mano y le sonrió. Miller le devolvió el saludo. La vio solo ese momento, mientras firmaba algo, y luego desapareció.

Lo único que quedó fue una mancha de sangre. Era pequeña. Procedente de la boca de Oliver. No parecía que la bala le hubiera salido de la cabeza. Tenía treinta y

cuatro años. Le gustaba R.E.M. Fumaba cigarrillos que se liaba él mismo.

En un momento dado Miller se puso de cuclillas y pasó los brazos por delante de las rodillas. Al Roth salió del piso y se quedó a su lado, en silencio. Al cabo de un minuto o dos, dijo:

—Cuando puedas..., cuando puedas deberías entrar y echar un vistazo.

Entonces volvió a entrar y dejó allí a Miller, en el rellano, con la frente en las rodillas y el corazón en un puño.

Cuando Miller se levantó eran casi las ocho y media. Entró en el apartamento y esperó pacientemente a que viniera alguien que reconociera. Fue Lassiter, y aunque parecía que le hubiesen dado una paliza, aunque en realidad no tenía mucho que decir, Miller supo por su expresión que lo que había encontrado en el interior del piso le había hecho cambiar de opinión sobre el asunto al que se enfrentaban. Por completo.

La sala donde Miller había hablado con Robey estaba idéntica. La alfombra oscura, el sofá contra la pared de la derecha, la ventana de la izquierda, que daba a la parte trasera del edificio, las paredes de color beige y los grabados enmarcados en acero inoxidable.

—Entra —dijo Lassiter—. Tienes que ver lo que hemos encontrado.

Nanci Cohen estaba allí, y también Al Roth y Chris Metz. Metz salió cuando Miller y Lassiter entraron. Parecía sobrecogido y agotado.

Miller pasó un buen rato sin decir nada. La ventana que daba a la calle estaba abierta de par en par, y debajo había una gran mesa. Sobre la mesa había dos ordenadores de sobremesa, una radio de policía, dos ordenadores portátiles, un montón de sobres marrones, algunos de los cuales se habían caído al suelo. Había cables colgando del borde de la mesa.

—Suponemos que habría otro portátil —dijo Roth—. Hay una ventana ahí atrás, en la cocina. Quienquiera que estuviera aquí salió por allí. Hay una escalera de incendios... —Fue quedándose sin voz al darse cuenta de que Miller no le prestaba ninguna atención.

Tenían la pared delante.

Lo importante era la pared.

La pared medía unos cuatro metros de anchura, y tendría casi tres de altura, y aparte de los mapas y los bocetos, aparte del jaleo de alfileres de colores que marcaban calles y cruces y otras localizaciones, eran las fotos las que comunicaban todo lo que había que saber. Algunas eran fotografías tradicionales, otras polaroids, otras recortes de periódicos y revistas.

Miller localizó a Ann Rayner sin dificultad. En cuanto encontró a Rayner vio a Lee y a Mosley. Catherine Sheridan tenía su propia colección de fotografías en el extremo derecho de la pared, su propio santuario, compuesto de ocho o diez imágenes, todas pertenecientes a diferentes momentos de su vida. Entre ellas había un

duplicado exacto de una de las fotografías que habían encontrado bajo la cama de Catherine Sheridan.

Miller se volvió y miró a Lassiter. Lassiter estaba apenas un metro por detrás de él. En su cara había una expresión a la vez de incredulidad y de comprensión.

—Robert —dijo Roth.

Miller se volvió.

Roth levantó la mano y señaló una de las fotografías colgadas de la pared.

—Alan Quinn, 5 de diciembre.

Miller asintió. Sabía quiénes eran esas personas. Sabía que los nombres y las fechas de cada una de esas fotografías coincidirían exactamente con las iniciales y los números marcados en las páginas de los libros de Catherine Sheridan. Fuera lo que fuese, lo que relacionaba a todas aquellas personas era más grande de lo que nadie se habría podido imaginar en todo el departamento de policía. John Robey y Catherine Sheridan sabían algo, y ese algo se remontaba a muchos años atrás, y Miller, Al Roth, Frank Lassiter y Nanci Cohen se quedaron allí, mirando una pared llena de fotografías, al menos unas treinta, que decían todo lo que tenían que decir sin una sola palabra.

Había muchos muertos. Y habían muerto asesinados, todos y cada uno de ellos. Habían sido asesinados por algún motivo desconocido. Quizá por Robey, quizá por Robey y Sheridan. Quizá por otra persona completamente diferente, a lo mejor Robey se había limitado a registrar los sucesos, a recoger pruebas, y luego había atraído a Miller a su red.

—Lo sabía —señaló Miller por fin, volviéndose hacia Roth, Lassiter y Cohen—. Él sabía lo de todas esas personas...

Roth se adelantó, y con la mano, enfundada en un guante de látex, cogió una de las fotografías de la parte baja de la pared. La sostuvo un momento y luego se la mostró a Miller.

—Natasha Joyce —dijo en voz baja—. Ella no estará en los libros.

—Sea lo que sea, se remonta a no sé cuántos años —observó Miller—. Creo que son parte de lo mismo... Creo que vamos a encontrar que se han buscado datos en el sistema de todas ellas, y que sus nombres desaparecen en algún momento dado, o que sus números de la seguridad social no están bien, o que tienen una cuenta bancaria que supuestamente debía recibir algún dinero, pero ese dinero nunca llegó.

—Lo que yo tengo es un sospechoso —dijo Lassiter—. John Robey. Y ahora mismo es el único nombre y el único rostro que barajo. Hay que sacarlo en la tele. —Lassiter se volvió y miró a Nanci Cohen—. Hay que organizar una caza al hombre a nivel estatal. Tenemos un agente de policía muerto... y gracias a Dios que no estaba casado ni tenía hijos, es lo único que puedo decir. Pero eso no cambia el hecho de que esté muerto, y ahora mismo a mí me parece que el único que ha podido hacer esto es John Robey...

—Yo no creo que haya sido Robey —dijo Miller con naturalidad.

—¿No crees que Robey haya sido qué?

—El que mató a esta gente... Yo no creo que Robey haya matado a la gente de esta pared. No creo que matara a Natasha Joyce. Lo que creo es que sabe quién los mató y que está intentando ayudarnos...

—¿Que qué...? —estalló Lassiter—. ¿Has perdido la chaveta? Todos los indicios señalan a Robey. Ahora mismo nos enfrentamos al asesino en serie más exitoso de la historia de la raza humana, o casi. Por Dios bendito, no me puedo creer que me estés diciendo esto...

—Lo digo porque lo creo —respondió Miller—. Creo que él sabe la verdad, y que ha estado intentando decirnos la verdad y que no le hemos escuchado...

—Bueno, pues escucha esto —le interrumpió Lassiter—. Tenemos un sospechoso a la fuga, y ahora mismo no me importa un carajo cuál sea su nombre real o si es o no es nuestro hombre, o si el puto arcángel san Gabriel va a bajar del cielo a mostrarnos la verdad. Quiero que lo encontréis. Quiero cobertura en la tele. Quiero organizar una rueda de prensa. La orden de búsqueda que hicimos la otra vez la quiero extensiva a todas las patrullas del Estado. Necesito vigilancia en los aeropuertos, en los muelles. En las agencias de alquiler de vehículos, en las estaciones de autobuses, en las estaciones de tren... La prioridad es encontrar a John Robey. Eso es lo que vamos a hacer ahora mismo. Vamos a encontrar a ese tipo. Tenemos que hablar con él en relación con el asesinato de un inspector del Departamento de Policía de Washington. Esa es la línea que vamos a seguir. Puede que la gente esté cabreada con nosotros por las multas de estacionamiento que les ponemos, pero seguro que no les gustará que haya quien se ponga a matar polis, ¿verdad que me entendéis?

Miller guardó silencio. Se quedó mirando los rostros de la pared. Imagen tras imagen tras imagen. Una tras otra, aparentemente sin fin. ¿Quiénes eran esas personas? ¿Cómo se llamaban? ¿Qué hicieron para que las mataran antes de tiempo? Una idea vaga le rondaba la cabeza. Una idea vaga formada a partir de las cosas que le había dicho Robey. Nicaragua. La memoria de una guerra olvidada que nadie quería recordar. De eso le hablaba Robey. Eso es lo que quería que entendiera.

Lassiter se quedó mirando a Roth.

—¿Tú también estás con esas tonterías?

—Denos un minuto o dos —pidió Roth—. Déjenos procesar lo que tenemos aquí... Pondremos en marcha la búsqueda. Denos la autoridad necesaria y pondremos la búsqueda en marcha.

—Voy a poner en esto a todo el departamento —dijo Lassiter—. Y a varios departamentos más. Ahora me voy a ver al comisario. Tengo un poli muerto, joder... —Dejó la frase a medias en el momento en que una unidad de la Científica entraba por la puerta.

Empezaron a saltar flashes.

—¡Por Dios, esto es un puto zoo! —exclamó Lassiter.

Se retiró, Nanci Cohen le siguió y tras ella fueron Roth y Miller. Los cuatro se abrieron paso hasta la sala donde Miller había hablado con Robey por primera vez. Miller recordaba el aspecto que tenía Robey entonces. Recordaba cómo se había sentido cuando había robado el cepillo y cuando lo había devuelto. Las conversaciones que habían tenido: Nicaragua, el tráfico de cocaína, la CIA, todo ello le daba vueltas en la cabeza como un torbellino, después de ver lo que Robey había dejado tras de sí. Porque para Miller no había duda de que Robey lo había creado todo, que quería que registraran su apartamento, que había cosas allí que quería que vieran todos. John Robey y Catherine Sheridan. Quienesquiera que fueran se habían creado su propio mundo, y ahora el mundo exterior estaba invitado a ver su creación.

—Vosotros quedaos aquí —ordenó Lassiter—. Aseguraos de que todo se hace según el manual. En cuanto me concedan autoridad para actuar a nivel estatal y en las noticias, os llamaré. Tendréis que estar en la rueda de prensa. —Lassiter echó un vistazo al reloj—. Son las nueve y diez..., esperad noticias mías para las diez, ¿de acuerdo?

Roth asintió.

—¡Miller! —gritó Lassiter.

—Sí, sí. Ya lo he oído.

Lassiter y Cohen salieron juntos; Miller y Roth se quedaron en el salón de John Robey mientras la procesión avanzaba adelante y atrás, gente cargada de bolsas de pruebas, cámaras, montones de dosieres y rollos de papel de la habitación de atrás.

Miller aguantó la respiración un momento. Cuando soltó el aire, le dio la impresión de que se doblaba por la mitad debido a la presión de lo que estaba experimentando. Se volvió para mirar a Roth, abrió la boca para decir algo pero entonces una voz le llamó para que regresara a la habitación de atrás. Miller no se había dado cuenta siquiera, pero Greg Reid dirigía la unidad de la Policía Científica.

—He encontrado algo —dijo Reid—. Me lo voy a llevar, pero he pensado que querríais verlo antes.

Los tres hombres volvieron a entrar en la habitación. Había un ordenador portátil en marcha, y en el monitor una imagen congelada: Catherine Sheridan los miraba, como si estuviera allí mismo, en la habitación.

Reid apretó el botón del ratón y el vídeo se puso en marcha.

—Baja eso, por Dios —decía Catherine Sheridan, agitando la mano ante quienquiera que la estuviera grabando.

Había árboles de fondo. Llevaba puesta una boina de lana turquesa y el pelo recogido debajo. No parecía más joven que en las fotografías de la autopsia.

—Esto es reciente —dijo Miller.

Catherine Sheridan se echó a reír.

—John, por Dios —decía—. Baja esa cámara.

Y allí acababa. Unos cuantos segundos, nada más. Una fracción de la vida de Catherine Sheridan.

—Es él, ¿no? —dijo Roth—. John Robey... Él grabó eso, ¿no?

Miller asintió.

—Y quería que viéramos...

—Y quería que viéramos qué aspecto tenía cuando estaba viva.

A las diez y treinta y uno de la noche del viernes 17 de noviembre de 2006, el capitán Frank Lassiter aparecía en las pantallas de televisión de bares y salas de billar, en aeropuertos, en salas de espera de estaciones de tren y de autobús, de casas y apartamentos de toda la zona de emisión de Washington. Sus palabras fueron claras y sucintas, y tras él aparecía una gran imagen del rostro de John Robey, una de la serie que habían tomado en el momento de la primera aparición de Robey, en el Donovan's Diner. Aquel era el aspecto que había tenido John Robey hasta el momento. Aquel era el aspecto que tenía la última vez que lo había visto Miller. No había ninguna garantía de que aún tuviera el mismo.

Miller y Roth estaban presentes, y a su lado la ayudante del fiscal del distrito Nanci Cohen y dos de sus colaboradores. El comisario en jefe de Washington no estaba allí: en aquel momento estaba reunido con el alcalde de la ciudad. Estarían hablando de cosas suyas, de la repercusión de algo como aquello en las encuestas de popularidad y de los calendarios electorales.

La declaración de Lassiter fue breve y concisa. Un inspector del Departamento de Policía de Washington había sido asesinado. Buscaban al hombre de la foto para interrogarle en relación con aquel asunto. Eso era todo, interrogarle. En aquel momento la policía no podía ni confirmar ni descartar su participación en el incidente, pero en cualquier caso era de importancia vital que lo localizaran. No se hacía referencia a nada más. Ni a Catherine Sheridan ni al Asesino de la Cinta. Nada.

La declaración por televisión duró aproximadamente un minuto y ocho segundos; luego las cámaras se apagaron, y Miller y Roth se quedaron allí, atontados por el brillo de los focos, mientras Lassiter se alejaba de la tarima debatiendo animadamente con Nanci Cohen.

—Al menos así mi mujer sabrá dónde estoy —dijo Roth, intentando quitarle hierro al asunto de algún modo.

Miller sonrió con resignación.

—¿Y ahora adónde vamos? —preguntó Roth.

—Volvamos a comisaría, a ver qué han encontrado en los libros.

Roth estuvo de acuerdo. De hecho, no había ningún otro sitio al que ir.

—Alan Quinn —dijo Jim Feshbach—. Entraron en su casa, lo mataron y salieron corriendo, justo antes de la Navidad de 1998. —Tenía en la mano la hoja de papel con las iniciales y las fechas—. Solo hemos encontrado unos cuantos... Aquí hay una chica de veintiséis años, Jacqueline Price. Le dispararon en la cabeza con una veintidós en Archbold Park. A media tarde. Ninguna pista... Nunca detuvieron a nadie.

—Ejecuciones —señaló Miller sin levantar la voz.

—¿Qué?

—Ejecuciones, eso es lo que eran..., todas y cada una de ellas.

Feshbach parecía desconcertado.

—No lo entiendo...

—Yo tampoco —admitió Miller—. No habrá denominadores comunes entre ellos, al menos aparentemente... Pero si profundizamos un poco, os puedo garantizar que alguien los habrá buscado en el sistema de empleados públicos en algún momento...

—Hemos encontrado a tu yonqui negro, el informador —dijo Vince Littman.

—¿Darryl? —preguntó Roth.

—Ese mismo. Darryl King... 7 de octubre de 2001. Muerto en plena redada antidroga con vuestro amigo el sargento McCullough supuestamente cubriéndole la espalda. ¿Qué narices hacía llevándose a un tipo cualquiera a una redada antidroga...?

—No era un tío de la calle —dijo Miller—. Ninguno de ellos lo era.

—¿Y quiénes eran? —inquirió Littman—. ¿Decíais algo de protección de testigos, quizá?

Miller sonrió con sorna. Era casi una ironía.

—¿Protección de testigos? Supongo que sí, que sería protección de testigos..., o más bien eliminación de testigos.

—¿Crees que sabían algo? —preguntó Roth—. ¿Qué podían saber? Quiero decir... Maldita sea, todos tenían trabajos diferentes... Estás hablando de asesinatos que se remontan a nueve o diez años atrás...

—Más, diría yo. Y no creo que estos sean todos... Creo que son solo los que Robey empezó a registrar cuando se dio cuenta de lo que estaba sucediendo.

—Me he perdido —confesó Roth—. ¿Cuándo se dio cuenta de lo que estaba sucediendo?

—Aún no lo sé, pero todo esto lo ha hecho para involucrarnos. Es algo que supongo que intentaría gestionar él solo... —Miller meneó la cabeza. Echó el cuerpo hacia delante, apoyó los codos sobre las rodillas y juntó las palmas de las manos—.

Aún no lo entiendo —dijo en voz baja—. Aún no entiendo de qué va todo esto. Él sabe que están matando a gente. Mantiene un registro de los asesinatos. ¿Cómo sabe qué asesinatos están relacionados, y cuáles no, cuáles son obra de atracadores u otros delincuentes? ¿Cómo lo sabe? Porque tiene registros, o porque tiene acceso a los registros. Estudia los periódicos, encuentra informaciones de muertes: asesinatos, matanzas, homicidios sin explicación, posibles accidentes... Cruza los datos de algún modo. Tiene ordenadores en su piso, dos o tres. Tiene una radio con acceso a la banda de la policía. Sabe lo que se está haciendo; sabe lo que está buscando.

Miller se volvió hacia Roth.

—¿Cuándo empezó a trabajar en el Mount Vernon?

Roth buscó el dossier y lo hojeó.

—Mayo de 1998.

—¿Y la primera fecha que tenemos cuál es?

—Doce de mayo de 1998.

—Lo cual me hace pensar que es él quien comete los asesinatos —dijo Feshbach—. Llega a Washington y empieza a morir gente. Tiene sentido, ¿no?

—Tiene sentido, pero no creo que sea el caso —respondió Miller.

—De modo que lo del Asesino de la Cinta... ¿Dónde nos deja eso? —preguntó Riehl.

—Yo estoy pensando en más de un asesino —dijo Roth.

—Sabía lo de la lavanda —señaló Miller.

—¿Qué?

—Robey. Sabía lo de la lavanda...

—¿Cómo cojones podía saber eso...? Ni siquiera salió en los periódicos.

—Entonces, Robey debe de ser uno de ellos —insistió Riehl—. Debe de haber matado a esa gente, si sabía lo de la lavanda. Y probablemente matara también a Oliver.

Miller se puso en pie.

—No lo veo claro —dijo, caminando adelante y atrás por el despacho—. Sabe lo que sucede, pero no creo que sea él...

—O está en el ajo, o ha accedido a registros policiales confidenciales y ha encontrado detalles que no se habían hecho públicos.

Sonó el teléfono del despacho. Feshbach lo descolgó.

—Sí —contestó, y le pasó el auricular a Roth—. Lassiter.

Roth cogió el teléfono, escuchó un momento, asintió y colgó.

—Al despacho de Lassiter —le indicó a Miller.

Miller y Roth subieron al despacho del capitán.

—Sentaos —dijo Lassiter, cuando Miller y Roth entraron.

Parecía que al capitán le hubieran dado una paliza. La ayudante del fiscal Cohen, en cambio, seguía teniendo buen aspecto. Era una mujer dura; aguantaba bien toda aquella mierda. Miller la respetaba mucho.

—Tenemos una situación jodidísima —expuso Lassiter—. Parece que hemos creado nuestro propio Frankenstein... —Esbozó una sonrisa fatigada—. Hace un cuarto de hora he recibido una llamada de una tal Carol Inchman, de la Bancroft Care Home...

—La residencia donde está Bill Young —observó Miller.

—Exacto —respondió Lassiter—. Me ha dicho que Bill le ha pedido que nos diga que la fotografía de John Robey que hemos difundido no es correcta...

—Que era McCullough, ¿no? —dijo Roth.

Lassiter se recostó en su silla.

—Tengo una idea vaga de lo que puede ser esto... —señaló. Miró a Nanci Cohen como buscando su aprobación, pero no encontró nada—. ¿Quieres contárselo tú o lo hago yo?

—Tenemos un comunicado —anunció la ayudante del fiscal.

—¿Un comunicado? —se extrañó Miller.

Ella asintió.

—Un comunicado.

—¿De quién?

—Del Departamento de Justicia. Ya sabéis cómo funciona la cosa, ¿no?

—¿El qué?

—La línea de mando en este tipo de asuntos.

—¿Qué quiere decir?

—Tenemos al presidente, que está en lo más alto de la cadena alimenticia. Luego hay tres cuerpos por debajo. El legislativo, el ejecutivo y el judicial. Cabría pensar que el Departamento de Justicia queda por debajo del judicial, pero depende de la rama ejecutiva del gobierno.

—Y la CIA también está en esa misma rama, ¿no? —preguntó Roth.

Cohen asintió.

—La CIA, el FBI, el Departamento de Estado, el Consejo de Seguridad Nacional..., todos ellos. El Departamento de Justicia es el Tribunal Supremo y el resto de tribunales... y en última instancia la gente ante la que respondo yo como letrada, como ayudante del fiscal del distrito.

—De modo que tenemos un comunicado del Departamento de Justicia. ¿Y...?

—Y no han perdido el tiempo en confirmar que... —Nanci Cohen hizo una pausa mientras Frank Lassiter le pasaba una hoja de papel—. Aquí —dijo—. Esta es la transcripción exacta de la llamada telefónica que hemos recibido unos quince minutos después del comunicado de Frank. —Se aclaró la garganta—: «El Departamento de Justicia querría manifestar que actualmente no hay indicios claros de que John Robey trabajara en ningún momento en ninguna dependencia oficial de ningún organismo

del gobierno de Estados Unidos, y que no existen registros de ningún tipo de que se haya iniciado ningún procedimiento criminal en su contra. No obstante, teniendo en cuenta la naturaleza de la investigación de alto nivel que se está llevando a cabo actualmente, y que ha sido asesinado un agente del Departamento de Policía de Washington, el secretario del Departamento de Justicia ha decidido que esta investigación pase a la jurisdicción del FBI...».

Miller se levantó de un salto.

—¿Qué? ¿Qué cojones...?

—¡Siéntate! —le espetó Lassiter.

Miller se dejó caer en la silla, con los ojos desorbitados y boquiabierto.

—«... del FBI, y que todas las acciones policiales en marcha se coordinen a través de este cuerpo. Se reconoce el gran esfuerzo y el compromiso que han demostrado los agentes que se han ocupado de la investigación hasta el momento, pero a partir de ahora quedan relevados del caso, a la espera de que su capitán les asigne otro nuevo».

Nanci Cohen miró a Miller y luego a Roth.

Miller estaba pasmado. No sentía las piernas. Tenía la respiración acelerada. Notó que parpadeaba frenéticamente, que se retorció las manos, una contra la otra, de forma involuntaria.

—Yo no... —quiso decir, pero luego se volvió y miró a Roth.

Roth estaba cabizbajo y con los ojos cerrados. Parecía que le acabaran de comunicar la muerte de sus hijos.

Nanci Cohen se puso en pie y se acercó a la ventana.

—Killarney viene de camino —dijo sin inflexiones en la voz.

—¿Killarney? —se extrañó Miller.

—James Killarney..., el que vino después del asesinato de Sheridan.

—Ya sé quién es... ¿Y viene hacia aquí?

—Ya está de camino —precisó Lassiter—. Llegará antes de la medianoche. Traerá a su equipo. Van a llevárselo todo..., cada dossier, cada archivo, cada hoja de papel. El piso de Robey ya ha sido precintado. Ahora está bajo jurisdicción federal.

—Esto no está bien —dijo Miller—. No puede ser. No pueden hacerlo... Por Dios, ¿cómo puede siquiera ocurrírseles hacer algo así?

—Porque son quienes son —respondió Nanci Cohen. Tenía un cigarrillo en la mano y se lo llevó a la boca. Cogió un encendedor, y por un momento la mitad de su rostro quedó a la sombra—. Se han encargado de examinar los informes que le íbamos enviando a Killarney. Todo lo que nosotros sabíamos, les llegaba a ellos en pocas horas.

—No tenían ninguna intención de dejarnos llegar al final, ¿verdad? —preguntó Miller—. Por Dios, ¿quién narices es ese tal Robey? —Negó con la cabeza—. No me lo digáis. Ya sé quién es.

—Han querido dejar claro que no trabaja para ninguna agencia ni departamento gubernamental —dijo Roth.

—Y el caso es que con eso respondían a una pregunta que nunca les hemos hecho —observó Cohen.

—Lo cual solo puede querer decir una cosa...

—Que está en el gobierno —concluyó Miller—. Pero ¿dónde? ¿En el FBI? ¿La CIA? ¿En Seguridad Nacional? ¿En el Departamento de Justicia?

Lassiter se puso en pie.

—Esta conversación no está teniendo lugar —dijo en voz baja.

Miller se lo quedó mirando; vio a Frank Lassiter como no creía haberlo visto nunca. Un hombre asustado. Un hombre aterrorizado.

—Esta conversación no se está produciendo en este despacho —repitió—. Ahora nos vamos a casa... La ayudante del fiscal Cohen y yo nos vamos cada uno a su casa, y vosotros os quedaréis a esperar al agente federal James Killarney y a los suyos. Les facilitaréis todo lo que tengáis sobre el caso y dejaréis que se lo lleven. No les ocultaréis nada, y aceptaréis el hecho de que este caso ya no es una investigación activa del departamento de policía. Ahora es una investigación federal, y vamos a dejar que ellos se ocupen del tema. Cuando se hayan ido, podéis marcharos a casa. Pasad el fin de semana con vuestras familias o amigos... —Lassiter hizo una pausa, respiró hondo y luego se volvió a sentar. Se agarró a los brazos de su butaca, con los nudillos tan blancos como su cara—. El lunes volveremos al trabajo y empezaremos con casos nuevos...

—¡Todo esto no son más que paparruchas! —le interrumpió Miller con decisión y autoridad—. No me puedo creer que vaya a dejarles que nos hagan esto.

—¿Dejarles que nos hagan esto? —respondió Lassiter con un tono igual de alto—. ¿Dejarles que nos hagan esto? ¿De qué cojones estás hablando? ¿Tienes la más mínima idea de a quién nos enfrentamos? Es el gobierno federal, Miller. Eso es lo que tenemos delante. El gobierno del estado y de la nación me está diciendo que un caso que estoy investigando pasa a uno de sus departamentos y... ¡Por Dios bendito! ¿Tú crees que tienes alguna autoridad sobre lo que está sucediendo? ¿Crees que la tengo yo? ¿Qué es lo que quieres que diga? ¿Quieres que les llame otra vez? ¡Oh, claro! ¿Cómo no se me había ocurrido? Solo tengo que hacer una llamadita al jefe de personal del Departamento de Justicia y decirle que se vaya a la mierda. Joder..., por Dios y por todos los santos...

—¡Ya basta! —espetó Nanci Cohen—. Si quisiera oír una discusión de este nivel me habría ido a los barrios bajos. ¿No veis lo que está pasando? Vosotros tendréis que seguir trabajando juntos el lunes por la mañana. Este asunto os lo está quitando de las manos la mayor autoridad del país, y ellos pueden hacer lo que les venga en gana. Aquí nadie puede hacer nada. Tú —dijo, señalando a Miller—, tú tienes que hacer lo que él te diga porque es tu capitán. Y tú —añadió, dirigiéndose a Lassiter— tienes que entender la frustración que experimentan estos hombres. Eres el único con el que

se pueden cabrear ahora mismo, así que deja que se cabreen. No es culpa de nadie, por Dios. Nos hemos hecho cargo de este asunto y nos hemos metido en la mierda hasta el cuello... Muy bien, ya me habéis hecho usar vuestro lenguaje. —Recogió su maletín, su bolso, su PDA y el móvil que tenía sobre el escritorio de Lassiter—. Me voy a casa. Os sugiero que vosotros también lo hagáis.

Lassiter se puso en pie. La acompañó hasta la puerta, la abrió y se quedó mirando cómo se iba. Cerró la puerta y volvió a su escritorio.

—Tiene razón. Acabamos con esto, y nos vamos a casa. El lunes ya hablaremos de ello..., o no. Joder, no lo sé. Ya no tengo la mente clara —dijo Lassiter.

Miró a Miller, luego a Roth, y en sus ojos había algo que los desafiaba no solo a comprender lo que estaba sucediendo, sino también a comprender lo incómodo de su posición.

—El lunes —dijo Miller.

—Sí, el lunes —respondió Lassiter—. Los dos lo habéis hecho bien. Habéis llegado en este asunto hasta donde se podía llegar.

—Hemos llegado hasta donde nos han dejado...

Lassiter levantó la mano.

—El caso ha acabado, y también las discusiones sobre el tema.

—No nos jugamos la vida con ello, ¿no? —insistió Miller—. Quiero decir que si siguiéramos con esto, ¿podrían encontrar algún motivo para...?

Lassiter se le acercó y le agarró el brazo.

—Robert, te lo diré una vez, y luego no volveré...

—Ya lo he pillado —dijo Miller—. Está clarísimo.

—Pues baja. Espera a Killarney. Sé educado. O mejor aún, no le digas ni una palabra..., solo lo necesario, nada más. Déjales que se lleven lo que quieran, ¿vale? Dame tu palabra de que lo harás.

Miller bajó la cabeza, miró a Roth y luego otra vez a Lassiter.

—Tiene mi palabra.

—Bien —señaló Lassiter—. No tengo ninguna crítica a vuestro trabajo. Id a casa, pasad el fin de semana con vuestra familia. Pasad página, ¿vale?

Lassiter abrió la puerta y se quedó mirando mientras Roth y Miller recorrían el pasillo hasta la escalera.

Cuando los perdió de vista cerró la puerta suavemente, volvió a su mesa y se sentó. Se sentía más cansado y más viejo que nunca.

Cuando James Killarney y sus seis agentes del FBI se fueron de la comisaría del Distrito Dos de Washington en sus furgones con todo lo que Miller y Roth poseían sobre el caso del Asesino de la Cinta eran ya pasadas las dos de la mañana. Dejaron tras de sí un despacho vacío, una habitación que tenía aspecto de no haber sido

ocupada nunca. Lo único que quedaban eran papeleras, ceniceros y cuadernos en blanco.

El fin de semana ya había empezado, y ni Miller ni Roth habían tenido un día de fiesta desde el 11 de noviembre.

—¿Quieres venir el domingo a cenar a casa? —le preguntó Roth a Miller, ya en el exterior del edificio.

La noche era fría, el cielo estaba claro y Miller podía ver su propio aliento flotando en el aire.

Negó con la cabeza.

—Voy a dormir —dijo—. Voy a dormir hasta el lunes por la mañana y luego decidiré si aún quiero este trabajo.

Roth sonrió comprensivo.

—Aún querrás este trabajo.

—¿Qué es lo que te hace estar tan seguro?

—Lo llevas en la sangre, amigo mío... Llevas esta mierda en la sangre.

Una hora más tarde Robert Miller estaba en su apartamento, junto a la ventana que daba a Church Street. Se quedó allí de pie, en silencio. Apenas oía el ruido de su propia respiración. Entonces sacó lentamente un papel doblado que llevaba en el bolsillo. Se volvió, de espaldas a la ventana, y se acercó a la mesita que había frente al sofá. Desdobló el papel, lo alisó presionándolo contra la mesa y se quedó mirando las interminables filas de letras y números que Riehl, Littman y Feshbach habían transcrito de los libros de Catherine Sheridan.

Era lo único que le quedaba del caso. Una única hoja de papel con una representación críptica de una treintena de ejecuciones. Porque eso eran, estaba seguro. Ejecuciones. El motivo no lo sabía. Ni estaba seguro de si John Robey —o Michael McCullough, o cualquier otro de los muchos nombres que imaginaba que habría usado aquel hombre— era responsable de ellas. En cualquier caso, el motivo era lo importante, la causa de que aquella... de que aquella pesadilla empezara, de que se hiciera pública y de que ahora se la hubieran quitado de las manos sin dejarle opinar ni decidir al respecto. A las tres y cuarto de la mañana, Miller se quitó la ropa y la dejó caer en el suelo de su dormitorio. Se tendió en la cama y se tapó. En unos minutos ya estaba dormido. No soñó: no tenía ni la energía necesaria ni las ganas.

—Yo se lo decía a Zalman. ¿Verdad, Zalman? Yo decía: «Se ha ido. Robert ha encontrado una chica y se ha ido». Eso es lo que le dije. —Harriet sirvió más café.

Era casi la una del mediodía del sábado 18. Miller había dormido hasta casi la hora del almuerzo, se había levantado, se había dado una ducha, se había pasado media hora remoloneando por el piso y luego había bajado al café. Había soportado el inevitable interrogatorio: «¿Dónde has estado? ¿Por qué tienes tan mal aspecto? ¿Qué pasa, que no te afeitas cuando te levantas por la mañana? ¿Qué has estado comiendo? Has estado comiendo comida basura y Coca-Cola otra vez, ¿no?». Y las preguntas continuaron hasta que rodeó con los brazos a Harriet Shamir y la abrazó.

—Soy inspector del Departamento de Policía de Washington —le susurró al oído—. Arriba tengo una pistola. Si no deja de hacer preguntas de inmediato, subiré a buscarla...

Harriet se lo quitó de encima y le golpeó repetidamente en el hombro con una cuchara de madera. Le dijo que se sentara, que callara la boca y que cuidara sus modales mientras ella le preparaba el almuerzo.

—Vete, sí... Vete arriba y coge tu pistola. ¿Has oído lo que me ha dicho, Zalman?

—He oído lo que te ha dicho —respondió Zalman.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? ¿Eh?

—Iba a subir personalmente a buscársela.

Miller se rio.

—¿Lo ve? Los hombres nos cubrimos unos a otros.

—Sí, claro —dijo Harriet—. Como una palada de mierda a otra, os cubrís.

—¡Por Dios, Harriet! No puedo creerme que hayas dicho eso.

—¿Que no te lo puedes creer? Pues lo he dicho. Ahora a callar. Y me refiero a los dos —añadió, levantando la voz para que Zalman pudiera oírla desde el mostrador de la cafetería.

Harriet trajo café. Se sentó un momento y luego le pasó la taza a Miller.

—Cuéntame. ¿Eso que estabas haciendo, ya se ha acabado?

—En principio sí —respondió Miller.

—Sí es sí, no es no. ¿En principio sí? Eso no lo entiendo.

—Le han pasado el caso a otro.

—¿Porque no estabas trabajando lo suficientemente duro? Porque comes mal, no duermes bastante y te has vuelto perezoso, ¿no?

Miller meneó la cabeza.

—No, porque estaba trabajando demasiado duro.

Harriet sonrió complacida.

—Bueno, al menos hay alguien en tu trabajo que aún tiene algo de sentido común. Yo te lo digo siempre, que trabajas demasiado. ¿O no?

—No es eso exactamente —dijo Miller.

Entonces tuvo una sensación, un atisbo de ansiedad, casi de paranoia. Como si todo lo que dijera ahora sobre el asunto fuera a acabar llegándoles a otras personas, que podrían escucharlo y analizar cada palabra. Había dormido. Se sentía mejor; necesitaba comer, claro, pero aun así ya pensaba más claramente que la noche anterior. Les habían quitado el caso Robey de las manos. Se lo habían llevado unos tipos que no conocía, que nunca conocería. No era algo que pudiera entender, ni quería entenderlo. Prefería distanciarse. Lo que tenía claro es que quería pasarse un tiempo con gente que no supiera nada de Catherine Sheridan o John Robey, o de cómo había creado el gobierno su propia epidemia de crack en los ochenta y los noventa...

—¿Qué quieres decir? —insistió Harriet.

—No es algo de lo que pueda hablar.

—Pero ya se ha acabado. Sé que te dije que nunca más te preguntaría por tu trabajo mientras estás en ello, pero esto ya se ha acabado...

—No se ha acabado —precisó Miller—. Se lo ha quedado otro departamento.

—Pero ¿no porque no hayas trabajado lo suficientemente duro?

—Exacto.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por algo que alguien no quería que descubrieras?

Miller frunció el ceño. Sabía que había mostrado una reacción, y eso era lo último que quería hacer. Harriet no cedería en su interrogatorio si creía que Miller le ocultaba algo. Normalmente tenía que ver con las chicas, pero esta vez...

—Bueno, cuéntame.

Miller le cogió la mano y la miró a los ojos.

—¿Alguna vez se ha encontrado en una situación que le haya hecho temer por su vida?

—¿Temer por mi vida? —dijo—. Tengo setenta y tres años, Robert. Tenía ocho cuando aparecieron los alemanes y mataron a mis padres. Sobreviví a los campos de concentración, ¿sabes?

—Lo sé, Harriet, lo sé.

—Una vez tenía un mendrugo de pan en la mano, sabía que eso iba a ser motivo suficiente para que me mataran allí mismo. Pero no lo solté, ni dejé que se me viera en la cara, y lo guardé para dárselo a mi hermana.

—No quería...

—¡Eh!

Miller levantó la vista.

—¿Cuánto tiempo hace que somos familia? Dime qué está pasando. ¿Qué es lo peor que podría ocurrir? Si el asunto es tan grave, ya estás metido en problemas, y yo tengo setenta y tres años. A veces pienso que debería echarme en la cama y dejarme

morir de hambre, ¿sabes? A veces pienso que me daría igual, pero ¿sabes lo que dice Zalman?

Miller negó con la cabeza.

—Me dice: «Levanta y ponte a trabajar, o acabarás peor que ese haragán que vive encima del café».

Miller la miró. Frunció el ceño un momento, y luego se dio cuenta de lo que había dicho.

Se echaron a reír los dos, con ganas, una sonora carcajada que hizo que Zalman fuera hasta la trastienda. Se quedó en la puerta, mirándolos.

—Vosotros dos, más vale que no os estéis riendo de mí —les advirtió.

—¿De ti? —dijo Harriet—. Ojalá fueras tan divertido que me pudieras hacer reír así.

—Bah —protestó Zalman, y volvió a la tienda, a atender a los clientes.

—Bueno, cuéntame —pidió ella, cuando se calmaron—. Dime qué puede ser tan grave como para destrozarte la vida.

Miller no la miró. Se observó las manos. Abrió la boca para hablar, sin saber muy bien qué quería decir, o si quería decir algo, pero empezó a hablar, y aunque iba con cuidado con lo que decía, aunque no dio nombres ni datos específicos, sí le contó a Harriet Shamir parte de lo que había descubierto aquella semana. Y cuando acabó, cuando ya le había contado todo lo que pudo sobre mujeres muertas y guerras de antaño, sobre drogas y política, Harriet Shamir le dio una palmadita en la mano y dijo:

—Te diré una cosa sobre cómo veo yo el mundo, y luego puedes tomar tu propia decisión sobre qué hacer.

—¿Me dirá qué?

—Había un pastor, ¿sabes? Ni siquiera recuerdo su nombre, ni de qué Iglesia era..., no importa. Lo llevaron a los campamentos, y muchos años después escribió esa cosa. Dijo que primero habían ido a por los judíos, pero él no era judío, así que no dijo nada, ¿sabes? Mantuvo la boca cerrada. Pasó desapercibido. Después de los judíos fueron a por los polacos, y él no era polaco, así que no dijo nada. Luego fueron a por los académicos y los intelectuales, pero él tampoco lo era, así que no hizo nada. No dijo nada. Luego fueron a por los artistas y los poetas, ya sabes. Y no era ninguna de esas cosas, así que no hizo nada...

Miller asentía.

—Eso ya lo he oído antes... Luego van a por él, y como no queda nadie, no hay nadie que pueda defenderle.

—Eso es lo que dijo.

—Lo entiendo —dijo Miller—, pero no veo qué tiene que ver conmigo.

Harriet sonrió.

—Ahora no me preocupa lo que digan de la Alemania nazi. La Alemania nazi era la Alemania nazi. Antes de ellos ya había una larga historia de persecuciones como

esa, y también la ha habido después. Fíjate en los negros, en la guerra entre Israel y Palestina. En Corea, Vietnam, todas esas cosas en las que ha participado Estados Unidos... Es la misma guerra, que sigue década tras década...

Zalman apareció en el umbral y Harriet levantó la vista.

—¿Qué le has hecho ahora? —le preguntó a Miller—. ¿No le habrás hablado de política, no?

—Vete por ahí —dijo Harriet a su marido, frunciendo el ceño—. Esto es una conversación privada.

Miller oyó refunfuñar a Zalman mientras volvía a la tienda.

—Los secretos mejor guardados son los que todo el mundo tiene a la vista — señaló Harriet.

Miller levantó las cejas.

—Vaya, eso es algo profundo...

—¿Y ahora qué? ¿Te estás riendo de mí?

—No... No, no me estoy riendo de usted.

—Pues escucha lo que te digo. Mira a tu alrededor. La gente tiene miedo de hablar de lo que tienen delante.

—Vamos a dejarlo —dijo Miller—. Esta conversación no es la que pretendía tener hoy.

—Entonces, ¿por qué me lo has contado?

—No es que tuviera muchas opciones...

—¿Opciones? —Harriet soltó una carcajada—. Llevas este asunto como si fuera un abrigo. Bajas aquí, cargando con el peso del mundo a tu espalda, y con una cara que dice: «Pregúntame qué me pasa. Pregúntame qué es...». ¿Tú crees que no me doy cuenta?

Miller no respondió. Sentía esa tensión en el estómago causada por el miedo y la frustración. No sabía si esas sensaciones se debían a lo que podía encontrar si seguía hurgando en aquel asunto, o al miedo de jugarse su carrera, o incluso la vida. En cualquier caso, no importaba. Sabía que no le quedaba otra opción. Ya tenía sus fantasmas. No quería cargar con más. Igual que en el caso de Brandon Thomas y Jennifer Ann Irving, sabía lo que sabía. Era un secreto pequeño, pero un secreto al fin y al cabo. Todo el mundo tenía sus propios demonios. John Robey, Catherine Sheridan, quienquiera que estuviera haciendo ese trabajo, esas ejecuciones...

Estaban ahí fuera, y Miller sabía que tenía que hacer algo.

—Ven a comer con nosotros —dijo Harriet—, y luego ya pensarás qué vas a hacer, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —accedió Miller.

Se levantaron de la mesa a la vez y se dirigieron a la tienda.

Miller no condujo hasta el Old Downtown, a casa de Roth, en la esquina de E Street y la Quinta. No llamó para preguntarle qué le parecía a él, porque no tenía tiempo.

Miller comió con los Shamir. Después, subió a su piso a afeitarse y adecentarse, y entonces, poco antes de las tres, sonó su móvil y, sin pensarlo, sin mirar siquiera quién llamaba, lo cogió del borde de la cómoda, cerca de la cama, y respondió:

—¿Sí?

—Vaya al barrio de viviendas protegidas.

—¿Quién es?

—Calle y escuche...

—¿Robey? —Miller se quedó sin aliento.

Por un momento estuvo a punto de caérsele el teléfono de la mano.

—Vaya a ese barrio. Encuentre el diplomático.

—¿Qué? ¿El diplomático? ¿Quién es el diplomático?

La línea quedó en silencio.

—¿Robey? ¡Robey! —gritó Miller al teléfono, consciente de que no serviría de nada.

Entonces recurrió rápidamente a la función de registro de llamadas. No decía nada, solo: «Apriete 1».

Miller se quedó ahí, con el móvil en la mano, incapaz de moverse.

«Vaya a ese barrio. Encuentre el diplomático».

¿Qué narices significaba eso? ¿El barrio de viviendas protegidas? ¿Donde vivía Natasha Joyce? ¿Ese barrio? ¿Y quién era el diplomático? ¿Qué demonios se suponía que significaba eso?

Miller se vistió a toda prisa, se puso una camisa limpia, los zapatos y una chaqueta. Cogió la pistola del cajón junto a la cama, la identificación, el busca, y salió del piso. Bajó por la escalera lateral y caminó media travesía hasta donde tenía el coche.

Solo podía ser donde vivía Natasha Joyce. No sería ningún otro barrio de viviendas protegidas...

Y entonces Miller se bloqueó. Se quedó allí, parado, con la llave en el contacto, y por un momento se planteó la importancia de la llamada que había recibido. Había recibido una llamada de John Robey, un hombre buscado por la policía y el FBI, un hombre que sabía más de lo sucedido que cualquier otra persona implicada en la investigación, un hombre que acababa de desaparecer, de esfumarse, contra el que había una orden de busca y captura, emitida hasta por televisión...

Y la pregunta era simple. ¿Estaba seguro de que Robey no era el Asesino de la Cinta? ¿Tan seguro estaba? ¿Tanto como para hacer lo que le dijera sin cuestionárselo, sin buscar refuerzos, sin contárselo a nadie?

Las manos le sudaban profusamente. Encontró el trapo que solía usar para limpiar el vaho del parabrisas y se secó las palmas. Bajó la ventanilla. Respiró hondo una y otra vez, sintiendo el esfuerzo que le costaba mantener las emociones controladas, intentando centrarse, comprender qué era lo que quería John Robey, por qué le había escogido a él, o si simplemente había sido cuestión de suerte. ¿Suerte? Miller sonrió para sus adentros. No creía en la suerte. ¿Coincidencia, casualidad? No, no podía ser casualidad. ¿Qué podía sacar él de todo esto? Ahora mismo estaba a punto de continuar una investigación no autorizada, seguir las instrucciones que le había dado el hombre al que supuestamente debía buscar. Había sido su sentido regreso al mundo real, y aquello había vuelto a tomar posesión de su vida. Ahora tenía la ocasión de apartarse. Ahora, por primera vez desde el inicio de aquella pesadilla, tenía la ocasión de alejarse, de dedicarse a otra cosa, de escapar de cualquier alocada conspiración...

Pero no podía.

Harriet Shamir lo sabía. Y John Robey también.

A Miller le temblaba la mano. Agarró el volante y se echó hacia delante hasta tocar con la frente los nudillos.

—Dios... —suspiró.

Y a pesar de lo que sentía, a pesar del miedo que le llenaba el pecho, arrancó el coche y se puso en marcha.

Cuarenta minutos más tarde Miller estaba sentado en su coche, de cara al triste panorama al que ya se había enfrentado cuando iba con Roth a visitar a Natasha Joyce. El motor hacía ruiditos metálicos mientras se enfriaba, y él tenía enfrente el solar vacío que quedaba por delante de aquellos edificios subvencionados, el mismo terreno baldío de antes, desolado e implacable. Miller no pudo evitar pensar en Natasha, en la escena que habían tenido que presenciar cuando encontraron su cuerpo. Pensó en Chloe, en qué sería de ella. Pensó en todas las personas que habrían dejado atrás, Margaret Mosley, Barbara Lee y Ann Rayner, y todas las otras víctimas que pudiera haber...

Encontrar el diplomático.

Miller revisó su arma y abrió la puerta.

Veinte minutos más tarde, después de hablar con tres o cuatro personas, dio con una banda de adolescentes en una esquina de un edificio con aspecto de zona de guerra.

—Aquí no hay nadie con ese nombre —dijo el más espabilado. Siempre había un líder, uno que se ponía a la cabeza del grupo, que hablaba por todos. Sonrió. Un

diente de oro de cada dos. Una sonrisa siniestra—. Aquí tenemos de todo, tío, pero no hay ningún diplomático.

Uno de los chicos de atrás, que no tendría más de catorce o quince años, dio un paso adelante y le hizo un gesto al líder para que se le acercara. El líder dio un paso atrás, intercambiaron unas palabras y volvió a sonreírle a Miller con su sonrisa de cinco mil dólares.

—¿Te ha enviado alguien hasta aquí para que busques el diplomático?

—Eso es —dijo Miller, asintiendo.

—¿Y lo que buscas es una persona?

—Supongo.

—Quiero decir que igual podría no ser una persona.

Miller meneó la cabeza.

—No veo qué otra cosa podría ser.

—¿Tienes cincuenta dólares? —le preguntó el líder.

Miller frunció el ceño.

—Si quieres un poco de ayuda..., si quieres una visita guiada, tendrás que pagar al guía, ¿no?

—No tengo cincuenta dólares —dijo Miller.

—Venga, hombre... ¿No tienes cincuenta dólares?

Miller se rio.

—No los tengo. En serio. Tendré treinta, quizá treinta y cinco, eso es todo.

—Pues suelta la pasta, tío.

—¿Qué?

—Suelta los treinta y cinco, y te enseñaremos el diplomático.

—¿Sabéis quién es?

El líder se volvió hacia el chaval con el que había hablado.

—Aquí el colega sabe dónde está. Tú suelta los treinta y cinco pavos y te llevaremos hasta él.

Miller rebuscó por los bolsillos, los puso del revés y sacó todo lo que tenía.

—Treinta y seis con setenta —dijo, entregándole los billetes y las monedas al líder, que se los metió en el bolsillo de los vaqueros.

—¡Eh! —le espetó el líder al chico—. Enséñale a mi colega dónde está el diplomático.

El chaval sonrió, dio media vuelta y se puso a correr suavemente. Miller le siguió, y los otros seis o siete le fueron detrás. Aquello era una algarabía: chavales gritando, Miller a la cabeza, con un solo chico por delante. Parecía como si lo estuviera persiguiendo, y que la banda fuera tras Miller para intentar pararlo. Corrieron dos o tres minutos, hasta que el chico bajó el ritmo y se volvió hacia Miller. Retrocedió, con el brazo derecho extendido, y al cabo de otros treinta o cuarenta metros señaló a la derecha. Miller miró hacia donde le indicaba el chico.

Miller no veía nada más que la carcasa de un coche quemado, cajas y trozos de madera tirados por el suelo, un sillón boca abajo, rajado por atrás y destripado. No vio a nadie. No veía qué era lo que señalaba el chico.

—¿Dónde? ¿Qué es lo que señalas?

El chico se echó a reír.

—Ahí tienes tu diplomático —dijo.

El líder estaba junto a Miller, también riéndose, mientras Miller se preguntaba qué narices pasaba allí.

—Tiene razón —dijo el líder—. Ahí tienes tu jodido diplomático.

Miller volvió a mirar, pero no vio nada.

—Y una mierda —respondió Miller—. ¿Qué cojones es esto...? Hemos hecho un trato...

—Y nosotros lo hemos cumplido —dijo el líder, que le hizo un gesto al chaval—. Cuéntale a mi colega. Dile qué tenemos aquí.

—Un Dodge —dijo el chico—. Un Dodge le Baron Diplomatic del setenta y ocho. —Y señaló los restos calcinados del coche.

—¿Eso es un diplomático? —preguntó Miller.

—Claro que sí —dijo el líder—. Un Diplomatic. Mi colega conoce cada puto coche que se ha fabricado desde hace no sé cuántos años. La cabeza del chaval es como un archivador de coches, colega, un jodido archivador de coches.

Miller se acercó al vehículo. Estaba negro del fuego; el color original resultaría imposible de identificar, la ventanilla había desaparecido, y los neumáticos estaban fundidos sobre el asfalto. Todo el coche estaba consumido.

Miller se volvió hacia la pandilla.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Dos días —dijo el experto en coches—. Lo trajeron aquí y lo quemaron hace dos días.

—El jueves —precisó Miller.

—El jueves —confirmó el chaval.

Miller miró por los agujeros donde antes estaban las ventanillas. Se acercó a la carcasa del vehículo, toda negra, pisando restos de cristales y oliendo la goma quemada, la pintura quemada, el metal quemado. Alguien había llevado aquel coche hasta allí el día después del asesinato de Natasha Joyce y le había prendido fuego. ¿Por qué? ¿Qué significado tenía?

Los chavales se acercaron a Miller, intrigados, mirando el coche, preguntándose de qué iría la cosa.

—Necesito abrir el maletero —dijo Miller.

Un par de chavales se pusieron a buscar algo. Uno de ellos le dio una palanca de neumáticos con la punta curva. Miller la cogió con ambas manos, atizó con ella la cerradura del maletero hasta que se abrió con un chasquido y la cerradura cayó en el interior. Luego usó la punta de la palanca para abrir el maletero.

El olor era insoportable.

Uno de los chicos empezó a gritar. Otro se volvió y vomitó. Miller se quedó allí un momento, intentando comprender qué estaba mirando. Sabía lo que era. Sabía exactamente qué era, pero parecía que su mente luchara por convencerse de que era otra cosa.

El hombre había sido atado, con las manos y los pies tras el cuerpo y la cuerda tan tensa que tenía la espalda arqueada. Le habían puesto algún tipo de capucha en la cabeza, pero se había carbonizado y degradado con el calor, y lo que quedaba de la cara estaba a la vista. Un rictus que reflejaba el dolor más horrendo. Se le veían los dientes, tenía los labios consumidos, gran parte de la nariz había desaparecido, las orejas y el pelo pegados en una oscura masa de sangre y tejidos que aparentemente se le habían pegado a un lado de la cabeza y luego se le habían disuelto a la altura del pómulo. La protección que ofrecía el propio maletero había hecho que, en lugar de quemarse, el hombre se hubiera cocido en su interior. Miller sintió náuseas, que le nacían en el pecho y le subían por la garganta.

Muchos de los chavales salieron corriendo. El líder del grupo se quedó allí de pie, con los ojos como platos y la boca abierta. Intentó decir algo dos o tres veces, pero luego cerraba la boca y no llegaba a pronunciar palabra.

Miller sacó el móvil. Llamó a Roth, le dijo dónde estaba y lo que había encontrado. Roth le preguntó cómo se había enterado, de dónde le había llegado la información. Miller le dijo que volvería a llamarle más tarde. Luego telefoneó a comisaría y dio la orden de que llamaran a alguien de la oficina del forense para que fuera allí. Por último llamó directamente a Marilyn Hemmings.

—Inspector Miller —dijo ella.

—Eh, hola... Iba a llamarte...

—No, no ibas a hacerlo.

—Claro que sí...

—¿Qué es lo que quieres, inspector Miller? —Su tono era frío, algo cortante.

—Necesito tu ayuda, Marilyn...

—¿Otra vez? ¿Qué soy yo? ¿La Sociedad de Reconocimiento y Apoyo al Inspector Robert Miller?

—Tengo un cuerpo aquí mismo, cocido vivo en el maletero de un coche, y necesito una autopsia ahora.

—¿Ahora? Son casi las cinco de la tarde de un sábado...

—Lo sé, lo sé... pero esto es realmente importante.

—Estoy convencida de que es realmente importante, inspector Miller, pero llegar puntual a donde he quedado hoy a las siete de la tarde también es realmente importante. Cuando la Científica haya hecho todo lo que tiene que hacer y me traigan el cuerpo aquí, serán al menos las nueve o las diez, y eso como pronto.

—¿Puedes venir más tarde...? ¿Podrías venir después? Ya sabes..., después de hacer lo que tengas que hacer a las siete... ¿Podrías venir después y hacerlo?

Marilyn Hemmings se quedó callada.

—¿Marilyn?

—¿De qué cojones va esto, Robert? ¿Quién te crees que soy? ¿Crees que estoy aquí para satisfacer tus necesidades como y cuando te apetezca? Es mi trabajo, claro..., pero acabo mi turno a las cinco y media, y luego voy a salir, y cuando me canse pienso irme a casa, y será tarde, así que lo único que me apetecerá será tomarme una infusión, responder el correo electrónico e irme a la cama. Eso es lo que voy a hacer, Robert... Al menos es lo que tengo pensado hacer hoy, y, no, no tengo ningún interés en volver al trabajo a las diez u once de la noche para examinar el cadáver quemado de un pobre diablo que se ha quedado encerrado en el maletero de un coche...

—Marilyn... Marilyn, de verdad que necesito tu ayuda con esto...

—Déjalo ya, ¿quieres? Que lo hagan los del turno de noche. ¿A quién le toca hoy? —Hemmings apartó la boca del auricular y llamó a Tom Alexander con un grito—. ¿Tom? ¿Tom? ¿Quién está de guardia esta noche?

Miller oyó la voz de Tom Alexander a lo lejos.

—Urquhart, Kevin Urquhart. Es tan bueno como cualquiera de nosotros. Estará aquí toda la noche, Robert, y estará encantado de atenderte, ¿vale?

—Marilyn, de verdad... Necesito que esto lo haga alguien que sepa lo que ha pasado. Para mí es importante, muy importante, y necesito tu ayuda.

—¿Y por qué narices debería hacerlo, Robert? Dime por qué. ¿Por qué narices debería extralimitarme en mis obligaciones para ayudarte otra vez? A mí me parece que ya me he buscado bastantes problemas haciéndolo, y la verdad es que no sé por qué...

—¿Estás enfadada conmigo porque no te he llamado?

Marilyn Hemmings se rio; de pronto, sin más.

—No voy a tener esta conversación, ¿vale? No quiero tener esta conversación contigo.

—Te llamaré más tarde —dijo Miller—. Te llamaré cuando el cuerpo haya llegado a la oficina del forense.

—Haz lo que te dé la gana, Robert...

La llamada se cortó, y en el momento en que Miller empezaba a preguntarse si habría podido gestionar la situación peor oyó el ruido de unos motores, una sirena, y vio las luces azules de dos coches sin marcas y la furgoneta de la Científica, que se acercaban por la calle que rodeaba el bloque de pisos.

Los chavales se dispersaron, todos salvo el líder, y cuando Miller lo miró, le mostró su sonrisa de cinco mil dólares y negó con la cabeza.

—Eh —dijo—. Tranquilo, tío... Puede que por aquí estemos jodidos, pero al menos no cocemos a los nuestros en un puto coche, ¿sabes? —Y luego dio media vuelta, y antes de que Miller pudiera decir nada ya había desaparecido.

A las ocho y cuarenta y ocho de la tarde, la Científica ya había dejado el cuerpo en el laboratorio del forense. Miller había vuelto a hablar con Roth, le había dicho que más valía que se mantuviera al margen, que si había algo, ya se lo diría él. Notó el alivio en la voz de Roth. Miller no llamó a Lassiter, no dejó un mensaje a la ayudante del fiscal Cohen. De momento no quería que nadie más que él supiera de la conexión entre John Robey y el Dodge Diplomatic quemado en aquel barrio marginal. Por otra parte, el informe de la Científica sobre el apartamento de Natasha Joyce no les había llegado. Empezó a preguntarse si lo habrían examinado siquiera.

Fue Greg Reid quien llamó a Miller, le preguntó dónde estaba, qué estaba haciendo y si podía acercarse a las dependencias de la Policía Científica. Miller dijo que sí, que estaría allí hacia las nueve y cuarto.

Reid salió a su encuentro en el pasillo del anexo, le llevó por el lateral del edificio y entraron por la puerta de atrás. Miller no preguntó, no necesitaba preguntar; sabía que Reid no le habría llamado a menos que tuviera algo importante que contarle.

Hizo pasar a Miller a un laboratorio en el ala más alejada del edificio, le llevó hasta una mesa de laboratorio sobre la que había unos fragmentos de algo, y a su lado una bolsita de pruebas de plástico con algo inidentificable en su interior.

—Esto no pinta bien —dijo Reid en voz baja. Y mientras hablaba, lanzaba miradas nerviosas a la puerta por la que habían entrado.

Miller no respondió. Su expresión era todo lo que necesitaba Reid para seguir hablando.

Reid se puso un guante de látex, y luego, con unas pinzas, levantó uno de los pequeños fragmentos que había en la mesa.

—Esto se encontró alrededor del cuello de la víctima —dijo—, y yo diría que originalmente era de color naranja. —Reid dejó el fragmento sobre la mesa, apartó las pinzas y luego levantó la bolsita—. Y aquí dentro, en este batiburrillo de lo que sea, hay una colección de objetos similares de diferentes colores...

Levantó la vista en dirección a Miller.

—Cintas —observó Miller, lentamente.

Reid asintió.

—¿La misma composición?

Reid volvió a asentir.

Miller miró a su alrededor en busca de una silla.

Reid fue a su lado, y los dos se quedaron sentados en silencio, uno junto al otro, al menos tres o cuatro minutos.

—¿Quién lo sabe? —preguntó Miller.

—Tú lo sabes.

—¿Cuándo vas a presentar tu informe?

—Tengo un retraso acumulado de una semana.

—¿Había algo en el coche o en el cuerpo que indicara quién podía ser?

—Nada de lo que hubiera allí resistiría las llamas. Lo único que no se había convertido en cenizas eran esos trozos de cintas.

—¿Revisasteis vosotros el apartamento de Natasha Joyce?

—Otro equipo —respondió Reid.

Miller sentía los nervios en el vientre, y la sangre latiéndole en las sienes.

—¿Cuánto hacía que sabías lo del coche? —inquirió Reid.

—Recibí una llamada.

—¿De quién?

—Anónima.

—¿Era él?

Miller meneó la cabeza.

—No sé quién era..., camuflaron la voz. —No miró a Reid; no se le daba bien mentir, y sabía que Reid se lo vería en la cara.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó Reid.

—Haz lo que hagas habitualmente..., aunque si puedes ocuparte antes de los informes que tienes atrasados, te lo agradeceré.

—Eso no será problema —dijo Reid—. En cualquier caso se supone que tengo que ir pasando los informes en orden de llegada.

—Te lo agradezco.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Voy a intentar que sea Hemmings quien haga la autopsia.

—Que la cosa quede en casa, ¿eh?

—¿Y eso qué significa?

Reid meneó la cabeza.

—Pues que cuanta menos gente se vea implicada en el asunto, mejor.

Miller miró a Reid intrigado.

—¿Por qué dices eso?

—Porque esto es como un nuevo Watergate. Es la pesadilla de alguien que vuelve a visitarle, ¿no te parece?

—Yo esperaba que no lo fuera. A pesar de todo, esperaba que no fuera el caso.

—¿Aún estás en ello?

—No, oficialmente no.

—¿Y de modo no oficial?

—Esa es la segunda pregunta que me haces para la que en realidad no buscas respuesta.

—Claro que sí —dijo Reid, que sonrió sarcástico.

Miller se puso en pie.

—Buena suerte, ¿eh?

—Yo no creo en la suerte —afirmó Miller.

—Pues a lo mejor tendrías que empezar a hacerlo.

Miller llamó a Marilyn Hemmings a las once y diez.

—Estoy en casa —dijo ella.

—Dime dónde vives... Iré a buscarte.

—¿Dónde estás ahora?

—En tu despacho.

—¿Está ahí Urquhart?

—Sí.

—Pues dile a él que te haga la autopsia... Yo he salido. He ido a cenar y me he tomado unas copas. No tengo las manos todo lo firmes que haría falta. Además, ¿qué demonios importa? No estoy de turno. Son casi las once y cuarto. Déjame en paz.

—Marilyn... Necesito que lo hagas tú. Necesito que seas tú por diferentes motivos, y ojalá pudiera decirte cuáles son, pero no quiero hacerlo por teléfono. Déjame que vaya a buscarte y te traiga aquí, ¿vale? Necesito saber quién es este tipo...

—Mañana...

—Puede que mañana sea tarde...

—No fastidies, no me vengas con esas monsergas melodramáticas.

Aquello pilló a Miller desprevenido.

—No sé qué es lo que he hecho, Marilyn...

—¿No sabes lo que has hecho? No te estás escuchando, ¿verdad? ¿Que no sabes lo que has hecho...? ¿Qué tal el robo de pruebas y la colaboración para ocultar pruebas...? ¿Qué tal recurrir a un agente municipal para que te ayudara en el robo de pruebas...? ¿Qué tal todo eso, para empezar?

—Mira, lo sé..., lo siento. Lo siento de verdad. No quería meterte en este lío, pero ahora mismo solo hay tres o cuatro personas que tienen una idea de lo que está pasando, y no quiero que vaya a más. No puedo dejar que esto se airee, Marilyn. Los Federales me han quitado el caso...

—¿Qué?

—¿No sabías que ahora se ocupa del caso el FBI?

—No. Por Dios, ¿cuándo ha pasado eso?

—Ayer.

—¿Entonces...? Entonces, ¿me estás diciendo que ya no llevas el caso pero que querrías que fuera y te hiciera esa autopsia de todos modos? ¿Una autopsia de alguien que podría estar vinculado con el caso que te acaba de quitar el FBI?

—De momento no está claro que haya relación, Marilyn...

—¿No está relacionado como cuando me pediste que te ayudara la otra vez, o no está relacionado por alguna otra causa?

—Está bien —cedió Miller—. Ni siquiera hemos salido y ya estamos discutiendo...

—Esto no es ninguna broma, Robert.

—No, lo siento, no quería que lo pareciera. Simplemente no entiendo muy bien por qué estás tan disgustada conmigo.

Marilyn Hemmings calló un rato, y luego emitió un sonoro suspiro.

—¿Hasta qué punto te afecta? —preguntó.

—No quiero hablar de esto por teléfono, Marilyn, de verdad. Es tarde. Perdóname por molestarte. Le pediré a Urquhart que lo haga.

—¿Te has metido en problemas...? Te lo pregunto en serio, Robert. ¿Estás metido en algún lío?

—No lo sé, Marilyn... Realmente no sé qué tenemos.

—¿Sabes...? —Hizo una pausa—. ¿Sabes qué creo yo? Son más de las once. Por Dios bendito, Robert Miller, en menudo lío me has metido... No sé qué estoy haciendo. Estaré ahí en media hora.

Colgó antes de que Miller tuviera ocasión de responder.

Miller esperó a Hemmings en el vestíbulo del edificio. Sin autorización, no tenía acceso al laboratorio del forense. Cuando ella se acercó por el pasillo, no levantó la vista para mirarle directamente. Parecía calmada, pero cuando fue a recogerlo y lo llevó hasta recepción, había algo en su forma de mirar que dejaba claro que estaba enfadada. Con la situación, sí, pero sobre todo con él.

—Esto no me gusta —dijo, fríamente—. He hecho algo que no debía haber hecho. Ahora me llamas fuera de horas. ¿Qué hago, Robert? ¿Declaro horas extra y luego me invento alguna explicación de por qué estoy aquí a estas horas de la noche, o no digo nada, presento el informe y luego espero a que alguien ate cabos y venga a preguntarme qué hacía aquí? He visto a Urquhart. Le he dicho que me había dejado algo. Suena bien, ¿eh? Oh, sí, me he dejado algo en el despacho, algo tan importante que he vuelto pasadas las once. Y ya que estaba aquí, como tenía un rato libre, he pensado en hacerle un favor al departamento haciendo una autopsia.

Miller no dijo nada.

—¿Dónde has encontrado el coche?

—En el barrio de viviendas protegidas.

—¿El de la mujer negra?

—Sí.

—Entonces, hay conexión.

—Supongo.

—Y esa llamada anónima que recibiste... No era tan anónima, ¿no?

Miller negó con la cabeza.

—¿Era él?

—Sí.

—Y me estás diciendo que te han apartado del caso, que los Federales se han hecho con el control, y que no les vas a informar de esto.

—Exacto.

—¿Y en qué posición me deja esto a mí?

—Tú di que no sabías nada —propuso Miller—. Hazlo, y luego di que no sabías nada.

—Pero sí sé...

—Eso no significa que no puedas decir que no lo sabías.

—¿Así es como funcionas tú? —preguntó ella, y puso un tono especial en la pregunta, una puya que llegó exactamente donde quería llegar, justo entre las costillas.

Era una pregunta de punta afilada. «¿Empujaste a Brandon Thomas escaleras abajo y lo mataste? ¿Mataste a ese hombre, y luego le dijiste al mundo que eras inocente, que había sido un accidente?».

—No —dijo Miller.

—Pero es lo que me estás pidiendo que haga yo, ¿no?

Miller bajó la mirada al suelo. Sentía el peso de todo aquello. De la conciencia, la responsabilidad, la obligación, la promesa que había hecho a Natasha Joyce. Tenía una sensación de pérdida, de todas esas cosas que empezaban y que acababan. Se sentía solo y fatigado, harto y confuso, y nada de todo aquello tenía sentido; empezaba a preguntarse si seguía interesándole que tuviera sentido. Quería saber qué derecho tenía John Robey a romperle la vida en mil pedazos y esparcirlos por el suelo.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Marilyn Hemmings—. ¿Quieres que infrinja la ley? ¿Quieres que viole el protocolo? ¿Quieres que haga una autopsia a alguien y que no presente el informe?

—Quiero saber quién es, Marilyn, eso es todo. Quiero saber quién es ese tipo. Sé cómo murió. Sé lo que le pasó. Sé que alguien le ató una cinta alrededor del cuello y que lo encerraron en el maletero de un coche, y que luego prendieron fuego al coche y que murió quemado dentro...

—¿Llevaba una cinta alrededor del cuello?

—Según Greg Reid, de la Científica, sí...

—Oh, Dios, no.

—Sí. Y en la guantera de su coche había una colección de cintas...

—Entonces, ¿quién narices es?

Miller negó con la cabeza.

—No sé quién es. Necesito saberlo, necesito saberlo ahora, y tú eres la única persona a quien puedo confiarle esto...

—¿Confiar? ¿Se trata de confianza? ¿Es que crees que alguien va a por ti?

Miller no respondió.

—Oh, por Dios... —dijo ella—. Esto está empezando a asustarme.

Miller extendió la mano y le agarró la suya. Se la sujetó un momento y la miró a los ojos. Por un instante tuvo la impresión de que ella no quería mirarle.

—¿Puedes hacerlo? —preguntó Miller—. ¿Puedes echar un vistazo, a ver si encontramos el modo de ponerle un nombre a este tipo?

—¿Dónde han dejado el cuerpo?

—Han dicho «laboratorio Cuatro». ¿Está bien?

Atravesaron el complejo a pie hasta el Laboratorio Cuatro. Hemmings le pidió a Miller que se quedara junto a la pared, y lejos de la puerta. Los restos calcinados de la víctima estaban sobre la mesa de autopsias. Hemmings encendió los focos de arriba y la lámpara a la izquierda de la mesa. Cogió unos guantes de látex de una caja que había al lado y luego se quedó mirando en silencio aquel cadáver retorcido y calcinado.

—Desde luego es varón —dijo casi para sí misma, pero lo suficientemente alto como para que Miller la oyera—. Parece que tenía cuarenta y muchos, o quizá cincuenta y pocos. Mediría 1,75 o 1,77. Le provocaron magulladuras por debajo de la piel; tiene unas líneas de un centímetro de grosor en los tobillos y las muñecas. Parece que lo ataron muy fuerte con algo que ha dejado un residuo plástico. Alguna cuerda de nailon, o quizá bridas.

Miller se acercó y observó cómo Hemmings recogía una esquirra de piel del brazo del hombre, una muestra de células epiteliales que metió en un tubito de cristal. Lo procesó para obtener una muestra de ADN, y mientras la máquina trabajaba, preparó un escalpelo.

—Solo será un pinchacito —dijo en voz baja, y luego introdujo la hoja del escalpelo en el arco del pie y arrancó una muestra de sangre coagulada.

Pasó la sangre del escalpelo a una placa de Petri y la tapó.

—Dos alelos —dijo, tras analizar la sangre. Estaba tan concentrada que a Miller le dio la impresión de que se había olvidado de que él también estaba allí—. Uno de cada progenitor, y en el caso de este hombre el dominante era A, y el otro 0.

Miller apartó la vista un momento. Se sentía la tensión en el ambiente, algo palpable, como si una sombra le presionara desde todas partes y no hubiera modo de determinar su procedencia. Dio un paso atrás y se sentó un momento para no perder el equilibrio. Apoyó los codos sobre las rodillas y juntó las manos.

—No sé por qué he venido —dijo.

Marilyn Hemmings se volvió y lo miró.

—No tengo huellas para comparar —observó—. Tiene las manos demasiado quemadas como para sacar huellas. No tengo suficientes datos para trabajar, Robert...

Miller quiso ponerse en pie. Quería acercarse a ella. Quería dejar atrás los restos calcinados de un tipo hallado en el maletero de un coche y desaparecer. O eso, o

retroceder en el tiempo y declinar la solicitud de asistencia en casa de Catherine Sheridan la noche del 11. Ojalá el problema le hubiera caído a otro, pero no era así, y ahora había hecho que su problema fuera también el de Marilyn Hemmings, el de Greg Reid e incluso el de Al Roth en cierta medida, porque si un miembro de un equipo se hundía, normalmente el otro se hundía con él.

La máquina emitió un pitido. El CODIS no había arrojado ningún resultado. Habría sido tener demasiada suerte.

—¿Así que no hay modo de saber quién era? —preguntó Miller, aunque no hacía falta.

—Eso lo sabías antes de llamarme —respondió ella—. Sabías que llegaríamos a un punto muerto.

Miller no dijo nada.

—¿Por qué? —preguntó ella.

Miller levantó la vista y la miró.

—Por Dios, Marilyn, no lo sé..., por todo lo que ocurrió. Porque parecía que entendías por lo que pasé cuando intentaron crucificarme por lo sucedido con Thomas y la prostituta.

Hemmings se quedó en silencio un momento. Se quitó los guantes y los tiró a un cubo de basura. Cruzó el laboratorio y se sentó junto a Miller. Le tendió la mano y cogió la suya. Cuando Miller se volvió, ella lo miraba directamente. Aquello le hizo sentir tenso, incómodo. Sabía lo que iba a preguntarle.

—¿No era más que una prostituta?

Miller bajó la cabeza y cerró los ojos.

—Responde a la pregunta, Robert... ¿Era una simple prostituta, o había algo más?

—No era más que una prostituta —dijo Miller.

—¿Tú no...?

—¿Yo no qué? ¿Que si me acosté con ella? ¿Que si me la follé?

—No te enfades conmigo... No soy yo la que te metí en esto. No la pagues...

—Lo siento —respondió Miller—. Lo siento. Todo este asunto me pone furioso. Tienes razón. No va contigo. Joder, todo esto me está volviendo loco. —Miller soltó la mano de Hemmings y se puso en pie. Dio un par de pasos y se volvió hacia ella—. No sé por qué te he metido en esto —confesó.

Hemmings sonrió socarrona.

—Ya soy mayorcita —dijo—. Soy perfectamente capaz de decir «no»...

—¿Y por qué no lo has hecho? ¿Por qué no me has dicho que no y te has mantenido al margen de toda esta mierda? No es seguro. Es peligroso. Aquí pasa algo que ha hecho que muera mucha gente, y parece que quienquiera que esté detrás no tiene intención de parar.

Hemmings se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que lo he hecho por ti? ¿Que no me interesaba el caso pero que me interesabas tú? ¿Que pensé que quizás esto nos daría la ocasión de pasar algún tiempo juntos...? Porque si es eso lo que piensas, no es así, Robert. Esto no es solo por ti, ¿sabes?

—No he dicho que lo fuera...

—Déjame acabar, ¿vale? Al menos eso.

Miller asintió.

—No es solo por ti. Es porque me cuesta mucho entender esto. Solo sé una parte de lo ocurrido. ¿Y crees que no me preocupo por ti? ¿Que no siento la mínima compasión por alguien que atraviesa dificultades? Soy humana, como cualquier otra persona. Has acudido a mí y me has pedido que te ayudara, y he visto a alguien que ha sufrido la presión de Asuntos Internos y de los periódicos. He visto a alguien que ha intentado hacer un buen trabajo y que ha tenido que verse involucrado en una historia sobre una puta y su chulo, y pensé que no te iría mal que te echara una mano, ¿vale? Pensé que eras de los que intentan cambiar las cosas, de los que luchan por un mundo mejor, y que necesitabas un poco de apoyo moral. Eso es todo. Ni más ni menos. Si quieres ser como un imán para los problemas, es asunto tuyo. A lo mejor hay algo en las personas como tú que hace que la gente como yo os ayudemos. A lo mejor es que he pensado que estabas tan jodido que si no te echaba alguien una mano podías acabar muerto.

—Eso podría ser exactamente lo que pasara —dijo Miller, y aunque el comentario no pretendía ser gracioso, Marilyn Hemmings sonrió.

—Haré esa autopsia, ¿vale? Soy lo mejorcito que tienen por aquí, y me aseguraré de llegar hasta el fondo.

—Gracias... Me tranquiliza mucho oír eso.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó ella—. ¿Vas a seguir con esto hasta que alguien te descubra y se convierta en una amenaza para tu trabajo?

—No lo sé.

Hemmings se irguió y se puso frente a él. Aunque medía al menos doce o quince centímetros menos, tenía suficiente presencia como para imponerse.

—Mañana haré una autopsia completa —explicó—. No sé si podré decirte algo de este tipo. Su ADN no está en nuestro sistema. No tenemos huellas. Quizás hubiera algo en el coche.

—No había nada. No lo sé... La verdad es que no lo sé. Te llevaré a casa en el coche. ¿Quieres que te lleve a casa?

—He traído el mío. No creo que sea buena idea que hablemos de nada que no sea trabajo hasta que acabe todo esto. Es la sensación que tengo ahora mismo, y no creo que vaya a cambiar de opinión.

—Lo entiendo —dijo Miller—. Yo no quería que fuera así, pero lo entiendo.

—Pues vete —ordenó ella—. Sal por donde hemos entrado. No hables con nadie. Yo limpiaré esto, pondré a nuestro amigo en el almacén, y si mañana obtenemos algo

con la autopsia, te enviaré el informe, ¿vale?

—Gracias —dijo Miller, que le tendió la mano—. Te daría un abrazo, pero no creo que quieras.

Hemmings le dio la mano.

—Adiós, inspector Miller, y buena suerte.

—Yo no creo en la suerte —observó Miller.

Hemmings hizo un gesto con la cabeza en dirección a la mesa de autopsias.

—Probablemente él tampoco.

Era la una de la madrugada del domingo 19 de noviembre y Robert Miller aún no se había quitado los zapatos. Recordaba la noche que había recorrido Columbia Street a pie, las preguntas que se había hecho, aquella intuición que le decía que había algo más en la muerte de Catherine Sheridan que un simple asesinato. No era un arranque de celos, ni la obra de un sociópata descontrolado. Todo se había vuelto del revés. Catherine Sheridan no había sido más que la precursora de un horror inimaginable. Catherine Sheridan había sido su puente de acceso a un mundo completamente diferente.

En la mano tenía una hoja de papel. Las iniciales, las fechas, como un censo de muertos. Daba la impresión de que todo el que había tenido contacto con aquello estaba muerto.

Roth había llamado —había dos mensajes en el móvil de Miller—, pero Miller no le había devuelto las llamadas. Roth no se merecía aquello. Roth tenía que pensar en Amanda y los niños. Tenía una vida que proteger. ¿Qué tenía Miller? Tenía una puta muerta, un chulo muerto y una auxiliar del forense que prefería mantener las distancias y tener un trato profesional con él. Tenía a dos ancianos judíos preocupados por si trabajaba demasiado y comía demasiado poco. Tenía un piso alquilado, un trozo de papel y una sensación de fracaso.

Y tenía a John Robey o, más bien, John Robey le tenía a él.

«Los secretos que compartimos nos unen». Aquello era lo que tenía ahora en mente. No sabía de dónde lo había sacado —lo habría leído, o sería una frase de una película—, pero no se lo podía quitar de la cabeza.

«Los secretos que compartimos nos unen».

Se planteó si no lo habría dicho Robey, pero luego le pareció que no tenía sentido. Robey había dicho de todo, pero en realidad no había dicho nada. Robey le había dado todo lo que necesitaba saber, pero se lo había dado de un modo en que nunca podría comprenderlo.

Miller repasó hasta la última palabra que podía recordar, todas las declaraciones que le había hecho Robey, cada pregunta implícita y cada respuesta inconcluyente. El hombre lo había orquestado todo; de eso Miller estaba seguro.

¿Y quién era el hombre del maletero? ¿El Asesino de la Cinta, u otra víctima? ¿Lo había matado Robey, o no era más que uno más de la lista de treinta, cuarenta o cincuenta que ya habían sido asesinados anteriormente? De nuevo, se preguntó por qué los mataban... ¿Por algo que hubieran hecho? Seguro que no. Era imposible que todos ellos hubieran participado en algún delito castigable.

Miller se sentó y se quitó los zapatos sin desatarse los cordones. Los apartó de una patada y deseó tener algo que beber —una lata de cerveza, un vaso de whisky, cualquier cosa que le ayudara a frenar aquella oleada de pensamientos—. Era un flujo implacable. Implacable y despiadado; no había nada a lo que agarrarse, nada que indicara ninguna vía de escape o una solución. Si había que seguir con la investigación, no sería él quien lo hiciera. Sería Killarney. El asesor invitado del FBI, el experto en asesinos en serie, el hombre que lo sabía todo y que sin embargo se había presentado en la fiesta sin ningún regalo bajo el brazo. ¿Qué les había dicho? Les había dicho lo difícil que sería encontrar al hombre que había hecho todas aquellas cosas. Había hecho que todo pareciera extremadamente vago, impreciso e incierto.

¿Cuál era el vínculo entre las víctimas? ¿Se habían visto implicadas en algo que las convertía en un peligro para alguien? ¿Qué motivación podía justificar la matanza de treinta, cuarenta..., cuántas personas?

Miller volvió a echar mano de la lista, aquella hoja de papel que revelaba una tragedia superior a lo humanamente imaginable, las iniciales y las fechas de los asesinatos, decenas de ellos, y le costaba creer que hubiera un motivo por el que todo aquello estaba allí. Pero también era cierto que habían pasado cosas así anteriormente. La muerte de sesenta y seis testigos materiales del asesinato de Jack Kennedy. Accidentes de tráfico. Caídas. Suicidios. Infartos. Todo, en menos de dieciocho meses desde el suceso. Aquello era algo de una magnitud similar. ¿Y qué era lo que había detrás de todo? Nicaragua. Aquella era la dirección en la que seguía llevándole Robey. Nicaragua era como El Salvador, como Corea, como Vietnam. Períodos de la historia estadounidense que no era seguro recordar, sucesos que la gente solía fingir que no habían ocurrido.

Entonces Miller pensó en Carl Oliver. Pensó en su cuerpo, allí tirado, en el rellano, frente al piso de Robey. Alguien estaba allí dentro, alguien había abierto la puerta y había disparado a Oliver sin más.

Y no había informe de la autopsia ni de la Científica sobre el asesinato de Natasha Joyce.

Y tampoco había ningún hilo conductor, ni nada que tuviera el mínimo sentido...

Miller echó el cuerpo hacia delante, apoyó los codos sobre las rodillas y se cogió la cabeza con las manos. Cerró los ojos e intentó respirar lenta y profundamente.

Estaba agotado, llevaba la fatiga tan dentro que apenas sentía el cuerpo, pero todas aquellas preguntas impedían que pudiera sentir nada que no fuera la tensión y la paranoia de todo lo que no entendía. Solo necesitaba una pista que poder seguir, algo que le abriera otra puerta más allá de las que le habían cerrado...

De madrugada se durmió, completamente vestido. El agotamiento lo engulló entero, y no se despertó hasta primera hora de la tarde. Para cuando se hubo duchado y vestido ya eran casi las cuatro, y simplemente para respirar aire fresco, para ver algo más que dossiers y pantallas de ordenador, decidió salir a estirar las piernas.

Paró en un restaurante pasado Logan Circle, comió más de lo que había comido en las cuarenta y ocho horas anteriores, y se dio cuenta de que en algún punto tendría que encontrar un equilibrio. Si seguía así, no lo conseguiría.

Volvió a casa a pie, se dejó llevar, intentó ver algo en la tele, pero tenía la mente en otra parte. Pasadas las ocho se le ocurrió.

«Seguir el dinero».

Catherine Sheridan había recibido dinero al final de cada mes de..., ¿de quién?

Miller se puso en pie y empezó a caminar arriba y abajo entre la puerta y la ventana. Intentó recordar cuándo había visto los extractos. Intentó imaginarse de pie, en la habitación, con Al Roth, hojeando aquellas páginas, una tras otra, una tras otra...

Miller pensó en llamarle, echó un vistazo a su reloj y se lo pensó mejor.

Se fue a la cocina y se hizo café. Se quedó ahí, concentrado, intentando no ver nada más que los minutos en los que había tenido aquellas páginas en las manos.

Era como la cuenta de McCullough. No la cuenta, pero sí el banco. El Washington American Trust. Había algo que los vinculaba. ¿Washington? ¿Trust?

De pronto le vino a la cabeza. Trust... United Trust. Aquellos pagos se habían originado en una entidad que se hacía llamar United Trust. Aquella pista no la habían seguido. Negó con la cabeza y se maldijo. Había muchas pistas que no habían seguido, pero es que habían tenido muy poco tiempo, y habían pasado muchas cosas...

Se sentó junto a la mesa de la cocina. Cogió un sobre sin abrir, algo de propaganda, y garabateó «United Trust» en la parte de atrás. Se conectó a internet e hizo una búsqueda de esa entidad. No había nada en el término municipal de Washington. Buscó a nivel nacional y encontró una docena de empresas con «United Trust» como parte de su nombre comercial. La más próxima estaba en Boston. En la casa de Catherine Sheridan no había nada que sugiriera una línea de trabajo: ni un comercial, ni un representante de alguna institución financiera. Una vez más, las apariencias engañaban. El hecho era que había estado recibiendo unos ingresos procedentes de alguna entidad con el nombre de United Trust. Esas cosas funcionaban en ambos sentidos. Si no conseguía encontrar la empresa directamente, tendría que llegar hasta ella desde otra dirección. El dinero recibido por Catherine Sheridan se había ingresado en una cuenta. Miller había visto los extractos en su casa. Ahora se trataba de recordar el nombre del banco que usaba Sheridan.

Quizá pudiera hacer algo, pero para hacerlo tenía que recordar el nombre del banco.

Miller sonrió cuando pensó en quién lo sabría. John Robey lo sabría. Era más que probable que supiera todo lo que había que saber acerca de Catherine Sheridan. ¿Se acordaría Roth? No había modo de saberlo. Existían unos límites, y Roth no se mostraría en absoluto dispuesto a cruzarlos. No porque tuviera miedo, sino porque se

debía a su familia y le preocuparía su bienestar, sus necesidades fundamentales, de las que era responsable.

Miller volvió a buscar en internet. Había decenas de bancos en la ciudad. Washington Finance, American Union, Corporate Loan & Savings, East Coast Mercantile, Capital, Merchant & Legal... Página tras página, los nombres se le mezclaban unos con otros hasta que lo vio todo borroso. Se recostó en la silla y cerró los ojos un momento. Una vez más intentó recrear mentalmente las páginas que había tenido en la mano. Veía un logotipo azul y verde, de eso estaba seguro. Un logotipo azul y verde, casi un cuadrado, ¿quizás un óvalo? Abrió el menú de opciones y luego introdujo «bancos en Washington».

Al final de la segunda página lo encontró. Un logotipo azul y verde, un diseño oblongo con las esquinas redondeadas. Clicó en la imagen, esperó un momento y apareció el sitio web. First Capital Bank. Ese era. Sin duda era el logotipo que recordaba haber visto en la esquina superior izquierda de los extractos de Catherine Sheridan.

Aquello le indicaba un camino, algo que podía hacer.

Miller tomó nota de la dirección del banco. Vermont Avenue, la misma que el Washington American Trust, donde estaba la cuenta de McCullough.

La sensación de ansiedad iba en aumento. Estaba asustado, de eso no había duda, pero ¿cómo debía sentirse si no? No había otra emoción más indicada para aquella situación. Estaba pensando en hacer algo que sabía que no debía hacer de ningún modo. A pesar de que su sentido común le advertía a gritos que lo olvidara, no podía.

El lunes por la mañana iría a ver a Nanci Cohen. Le pediría algo sin hacerlo directamente, y luego se iría al First Capital Bank de Vermont Avenue, a ver de qué se enteraba.

Miller separó las cortinas unos centímetros. Miró a través de la abertura y contempló la noche de Washington. Las farolas, el ruido del tráfico en algún punto de la calle, la sensación de que todo estaba ahí, esperando a la llegada de la mañana.

De pronto le invadió la sensación de que le observaban. Cerró las cortinas y dio un paso atrás. Se le paró el corazón un momento. Sentía que las rodillas le fallaban, dio media vuelta y se dirigió a la silla que había junto a la puerta.

Se miró las manos. Le temblaban.

Nunca antes se había sentido así. Invasión. Poseído. Impulsado a investigar algo que le habían dado instrucciones que olvidara. Se preguntó si Robey le había elegido a él desde el principio y, de ser así..., de ser así, ¿por qué motivo?

La muerte de Catherine Sheridan se había asignado como cualquier otro asesinato. ¿Cómo iba a saber Robey que le tocaría a él el caso?

Miller trató de convencerse de que Robey no podía saberlo. Desde luego no podía controlar tanto la situación...

Y entonces Miller intentó dejar de pensar. Se estiró en la cama. Quiso dormir, pero no podía. Se había levantado por la tarde, y ahora no sentía más que agitación y

nervios. Puso la tele de nuevo, fue cambiando de canal hasta que encontró algo que le llamara la atención, perdió interés, volvió a cambiar de canal y así siguió hasta que no pudo más. Hacia la medianoche salió, se subió al coche y se dio un paseo, escuchando la radio, tratando de no pensar en nada que no fuera la conducción.

Cuando regresó, hacia las dos, volvió a ducharse y se metió de nuevo en la cama. Sabía que no dormiría, e hizo acopio de paciencia para esperar hasta el momento en que la luz del amanecer se coló entre las cortinas para decirle que había llegado el lunes.

Cuando bajó por fin a la cafetería debía de notársele algo en la cara, porque Harriet le echó una mirada y asintió, como si lo entendiera todo. No le presionó para que desayunara. Hizo café, le puso la taza delante, en la mesa de la trastienda, y luego se fue a la tienda a ayudar a su marido.

Miller se bebió su café. Se volvió para mirar a Harriet, que cerraba la puerta de la calle de atrás. Ella no dijo nada, y tampoco lo hizo Miller. Quizá, de todas las personas del mundo, fuera ella la que entendiera mejor cómo se sentía.

Miller llamó a Roth poco antes de las nueve; le dijo que iba a dar una vuelta con el coche, quizás hasta Hampton, para ir a ver el mar.

—¿Estás bien? —preguntó Roth.

—Todo lo bien que puedo estar.

—¿Quieres venir luego a casa a ver el fútbol?

—No —respondió Miller—. Quiero salir. Que me dé el aire. Todo este asunto es una mierda. Quiero apartarme de todo unas cuantas horas.

—Llámame si necesitas algo —dijo Roth.

—Ven tú luego a verme, si quieres.

—Quizá lo haga.

Miller colgó, salió de comisaría y se dirigió a la oficina de Nanci Cohen.

La ayudante del fiscal del distrito sonreía mucho para su cargo.

Le pidió a uno de sus empleados que fuera a buscarles café. Insistió en que Miller probara algún tipo de *macchiato* especial. Tenía un regusto a caramelo que a él le pareció nauseabundo.

Nanci Cohen era de esas mujeres a las que Harriet Shamir reconocería al instante. Se ponía en primera fila, a la cabeza de todo, y no había modo de que pasara desapercibida.

—No puedes —fue la respuesta de Nanci Cohen.

Era una respuesta directa y sin condicionantes, y había algo en aquella rotundidad que hizo que Miller sonriera.

—¿Qué pasa? ¿Crees que estoy de broma? —preguntó ella.

—No, no creo que esté de broma.

—Entonces, ¿qué es lo que me estás diciendo? Sonríes como si se tratara de una escena de una comedia. No tienes caso, inspector. No tienes caso. No hay nada. Ha desaparecido. Alguien con las pelotas mucho más grandes que Lassiter, o incluso que el gran jefe, ha enviado a sus matones para que se llevaran toda esa mierda. No queda nada, inspector Miller. Como te he dicho, no tienes caso. No puedes hacer nada.

—¿Y qué? Ya lo he dejado...

—¿Es que no tenemos más asesinatos en Washington? Claro que lo has dejado. De hecho, ni siquiera tienes voz ni voto. Te lo han quitado. Todo. Esta gente tiene autoridad para hacer lo que le venga en gana. Te han quitado el caso, han retirado la orden de búsqueda contra nuestro hombre...

Miller se la quedó mirando.

—¿Que han hecho qué?

—Tu amigo, Robey... Han retirado la orden de búsqueda.

—¿Por qué? ¿Por qué iban a hacer eso?

—Mató a un agente de policía, inspector Miller. John Robey mató a un inspector de policía en acto de servicio. Ahora esto se convierte en algo muy diferente. Ya sabes cómo funcionan estas cosas. La gente no mata a la familia, ¿verdad?

—No hay pruebas de que fuera Robey.

Nanci Cohen sonrió comprensiva.

—No seas tan inocente, inspector. No se trata de si disparó al inspector Oliver o no. Este hombre es un peligro para la población, pero también para la policía. Es..., bueno, tú sabes mejor que nadie cómo va esto. A la gente se le habla de los peligrosos. Sus caras aparecen en los periódicos y en la tele. Pero de los verdaderamente peligrosos nunca oímos ni una palabra. No importa que los cojan o no, porque nadie gana nada con ello.

—De modo que tengo las manos atadas —dijo Miller sin alterar la voz.

—Más bien es como si te las hubieran cortado de cuajo. Tómame un par de días de vacaciones. Te los has ganado. He visto cómo habéis trabajado el tema, pero así son las cosas, ¿no?

Miller, ocultando sus sentimientos, intentando controlar la rabia, la frustración, tratando de no mostrar nada más que una resignación filosófica, se puso en pie y sonrió a la ayudante del fiscal del distrito Cohen.

—Es un buen lío, ¿eh? —dijo—. Un lío de narices.

—Da gracias a que ya no es tu lío, inspector.

Cohen también se puso en pie y le acompañó a la puerta.

—Así pues, ¿qué vas a hacer?

—Me voy a dar una vuelta por Hampton, para ver el mar.

—Me alegro por ti —dijo ella, e hizo que uno de los suyos acompañara a Miller a la puerta.

Miller se paró en un *deli* y compró un 7-Up para calmar el estómago. Se subió al coche y se dirigió hacia el norte, hasta el laboratorio forense de Greg Reid. Este tardó casi media hora en atenderle; cuando lo vio, Robert le pidió una copia del certificado de defunción de Catherine Sheridan.

Reid no parecía sorprendido por la petición. Le llevó a las oficinas de administración, se sentó frente a uno de los ordenadores, introdujo la petición y en un momento la impresora escupió una copia.

Reid acompañó a Miller a la puerta exterior. Hubo un momento de silencio incómodo entre ellos, y luego Miller le dio de nuevo las gracias.

—Buena suerte —dijo Reid.

Miller sonrió con resignación.

—Eso es un lujo poco habitual en este caso, créeme.

Se marchó, rodeó el edificio y fue hasta el coche.

Cuando llegó a Vermont Avenue eran ya las diez y media. Estaba allí, en el vestíbulo del First Capital Bank, y se dio cuenta de lo rápido que había avanzado la investigación inicial del asesinato de Catherine Sheridan. Aquello era algo que no habían hecho. Nunca habían buscado el origen del dinero que había ido recibiendo cada mes. Debería haber sido algo sencillo y básico, pero de algún modo, con todo lo ocurrido, habían pasado por alto un montón de detalles. En retrospectiva siempre todo parecía más claro y sencillo —tendría que haber hecho esto o aquello, tendría que haber seguido esta o aquella pista—, pero era imposible ver el aspecto externo de algo desde dentro.

Miller recordó lo que había dicho Harriet: «Los secretos mejor guardados son los que todo el mundo tiene a la vista».

La vida de Catherine Sheridan, las vidas de Margaret Mosley, Barbara Lee, Ann Rayner —e incluso la de John Robey—, todos los nombres de los libros que Catherine Sheridan había anotado con suma paciencia y meticulosidad para que él los descubriera..., aquellas personas habían vivido unas vidas que no tenían nada que ver con la impresión que daban. Eran fantasmas, todos y cada uno de ellos, y tras la máscara que llevaban ante el mundo escondían una realidad muy diferente, una explicación completamente diferente de sus muerte. No eran accidentes, ni el resultado de un percance. Miller estaba seguro de que los ataques fortuitos, las sobredosis de drogas, los infartos e incluso aquellos asesinatos más recientes, atribuidos a un espectro que los periódicos habían bautizado como el Asesino de la Cinta, de hecho no eran nada más que ejecuciones. Habían puesto fin a aquellas vidas por algún motivo. ¿Había sido Robey? ¿Era Robey quien había matado a toda aquella gente? Y si así era, ¿por qué? La identidad del hombre en el maletero del coche, las cintas en la guantera, las que llevaba en la mano...

—¿Inspector Miller?

Miller levantó la vista algo sobresaltado.

—Perdone —se disculpó—. Tenía la cabeza en otro sitio.

El hombre le tendió la mano.

—Richard Forrest —se presentó—. Subdirector.

—Señor Forrest..., gracias por recibirme. Me preguntaba si habría algún sitio...

—Para hablar en privado, claro. —Cruzó el vestíbulo y tomó un pasillo que había a la izquierda. Un poco más allá, a la derecha, se paró, abrió la puerta de un despacho y le hizo pasar.

—¿Quiere un café? —preguntó mientras Miller se sentaba.

—No, no hace falta, señor Forrest. Gracias.

Forrest se sentó frente a Miller.

—Bueno, inspector, dígame cómo podemos ayudarle.

—Estamos recopilando información de un caso. Desgraciadamente, tiene que ver con el asesinato de una clienta suya...

—¡Oh, vaya! —dijo Forrest, sinceramente afectado—. Qué desgracia.

—¿Le suena una tal Catherine Sheridan?

Forrest se lo pensó un momento.

—Lo siento, inspector Miller... Tenemos más de dos mil quinientos clientes.

Miller sonrió. Sacó el certificado de defunción de Catherine Sheridan del bolsillo.

—Por lo que nos consta a nosotros, no tiene padres ni otros familiares vivos. Debemos actuar en nombre del Estado en estos casos, y ocuparnos de sus asuntos, al menos de las cosas básicas como su cuenta bancaria. Acabo de hablar con Doug Lorentzen, del American Trust Bank, en esta misma calle..., subdirector de seguridad. ¿Lo conoce?

—Creo que sí... Sí, ese nombre me suena.

—Allí tenía seguros y cosas por el estilo. Vamos a liquidar esos temas hoy mismo. Ella tenía una cuenta aquí, y recibía ingresos de una compañía llamada United Trust.

—¿Y desea que les informemos de que se ha cancelado su cuenta?

Miller sonrió.

—Tenemos un departamento que puede encargarse de eso. Les enviamos una copia del certificado de defunción y una notificación oficial.

—Entonces, ¿qué puedo hacer por usted, inspector?

—Hay algo poco habitual, que en realidad no nos explicamos, pero es que entre los efectos de la señorita Sheridan había numerosas referencias a media docena de oficinas diferentes de la United Trust, pero parece que había trabajado en una oficina fuera de Washington. Necesitamos saber de cuál de sus oficinas procedía el salario que recibía.

Forrest sonrió, aparentemente satisfecho de que le pidieran algo que estuviera al alcance de su mano. Por su experiencia, Miller sabía que todas las restricciones normalmente impuestas por la disciplina burocrática solían caer en caso de asesinato. Los ejecutivos que solían ser más antipáticos y engreídos acababan mostrando su lado más humano.

—¿Quiere esperar un momento? —preguntó Forrest.

—Claro, no hay problema.

—¿Y está seguro de que no le apetece un café, o un agua mineral, quizá?

Miller negó con la cabeza.

En la puerta, Forrest se detuvo.

Miller hizo un esfuerzo por mostrarse tranquilo, pero sintió que el corazón se le paraba por un momento.

—Solo para nuestros registros, por si algún día alguien pregunta...

Miller levantó las cejas.

—¿Me permitiría hacer una fotocopia del certificado de defunción de la señora Sheridan?

—Por supuesto, claro —dijo Miller, que se levantó y dio un paso adelante para entregarle a Forrest la hoja.

Forrest la cogió y dijo que tardaría lo mínimo imprescindible.

Los minutos que Miller se pasó esperando, intentó no pensar en lo que le ocurriría a su carrera profesional si lo que estaba haciendo llegaba a salir a la luz. No estaba en buenas relaciones con el comisario en jefe ni con el departamento de relaciones públicas. Sabía que el asunto llegaría a Asuntos Internos. Apenas acababa de recuperarse del caso Brandon Thomas, y ahí estaba, sentado en un despacho del First Capital Bank en Vermont Avenue, esperando que el subdirector regresara con los detalles personales sobre los ingresos de la víctima de un asesinato, un asesinato que ahora formaba parte de un caso que le había quitado de las manos el FBI...

En sí misma, daba la impresión de que cada violación no era más que un exceso de celo cometido por un inspector de policía diligente y comprometido en su afán por resolver un caso. Incluso Lassiter, o la ayudante del fiscal Cohen o el comisario..., todos sabían perfectamente que los agentes solían rebasar esos límites tantas veces que resultaban incluso difíciles de ver. Todos tenían su propio convenio, las verdades aceptables, los puntos en los que la aplicación de la ley y la lucha por la justicia se volvían más importantes que la meticulosidad en el cumplimiento de las normas. Esas cosas se sobrentendían. No se discutían. Pero lo que Miller había hecho, lo que Miller estaba haciendo, era una violación flagrante de los fundamentos más básicos de la investigación criminal.

Ahora se trataba de ver si lo conseguiría, o si aquello acabaría con él. Él no tenía dudas sobre la necesidad de seguir adelante, sobre todo después de lo ocurrido. Y Oliver estaba muerto. Aquello era suficiente motivación. Pero había algo más: la certeza de que así podría llegar a comprender. Cualquiera que fuera el motivo que justificara la muerte de aquellas personas, lo que estaba claro es que tenían un autor. Alguien había causado aquellas muertes. Alguien era culpable, y Miller no creía que fuera una persona. Creía algo completamente diferente, y al considerar las pruebas que tenía, las luces de advertencia que le señalaban el camino, lo fácilmente que se había engañado, pensando que una cosa era otra..., hasta que no vio todo aquello no se dio cuenta del motivo de sus miedos. Aquello era un asunto de vida o muerte, no solo de las de los asesinados, sino también de la suya. Le habían dicho que lo abandonara, que se apartara, que lo dejara en manos de profesionales de verdad. Ya le había parecido antes que las mismas personas que ahora supuestamente investigaban el caso sabían mucho más de él de lo que dejaban ver. Tal como decía Harriet, los mejores secretos son los que están a la vista...

La puerta se abrió. Forrest entró, cruzó el despacho y se sentó. Devolvió el original del certificado de defunción a Miller, y luego le entregó una única hoja.

—Desgraciadamente esto es todo lo que tenemos —dijo—. El nombre que figura es United Trust, y la dirección es un apartado de correos de aquí, en Washington. Normalmente no aceptamos un apartado de correos como dirección, pero...

Miller asintió.

—Esas cosas pasan, señor Forrest, lo entiendo.

—Así que eso es lo mejor que puedo ofrecerle. Tendrá que ir a la oficina de correos. Ellos deberían tener una dirección de facturación para el alquiler del apartado de correos. El número es el 19405. Eso significa que es en la Diecinueve.

—Y no hay nada más sobre esta cuenta, ¿no?

Forrest negó con la cabeza.

—Por lo que yo he visto, el dinero se ingresaba, y luego se retiraba en los cajeros automáticos. No se firmaban cheques... —Levantó la mirada y parecía algo confuso—. En todos los años que estuvo abierta la cuenta, nunca se extendió un cheque. La señora Sheridan nunca vino al banco. Nunca pidió un préstamo, ni una tarjeta de crédito, ni se vio con ninguno de nuestros empleados.

—Poco habitual —dijo Miller.

—Mucho —confirmó Forrest—. Pero no ilegal, ¿eh?

—No, no ilegal.

—Siento no poder hacer nada más para ayudarle, inspector Miller.

Miller se levantó de la silla y le estrechó la mano a Forrest.

—Ha hecho todo lo que ha podido. Le agradezco su colaboración.

—Es algo terrible —comentó Forrest—. De algún modo, resulta aún más inquietante teniendo en cuenta que tuvo tan poco contacto con nosotros... —Negó con la cabeza—. Supongo que usted debe de sentir algo parecido constantemente..., la sensación de que quizá podría haber hecho algo que cambiara las cosas. No es que eso tenga mucho sentido, pero no puedes evitarlo... —La voz de Forrest se fue apagando.

No podía explicar lo que sentía, pero Miller sabía lo que quería decir.

—Siempre —observó Miller—. No puedes evitar pensar que quizá podrías haber hecho algo. —Le vinieron a la mente Jennifer Ann Irving, Natasha Joyce. Incluso Carl Oliver.

—Si hay algo más... —añadió Forrest.

—Gracias. Ya encontraré la salida yo solo —dijo, y se puso en marcha.

No se volvió a mirar a Forrest; quería que Forrest recordara lo menos posible de su encuentro, quería que a Forrest nunca se le ocurriera mencionárselo a nadie. Miller sabía que no sería el caso. Forrest lo comentaría a la hora del almuerzo, o quizás en una reunión interna. «¿Sabéis que una de nuestras clientas ha sido asesinada...?». Eso no significaría nada. Podía contárselo a todos los del banco, pero eso no significaba que la cosa fuera a ir más allá...

Miller atravesó la puerta de salida y no pudo evitar mirar por encima del hombro.

La noche anterior. La sensación de que le observaban. Lo mismo. La misma sensación...

Volvió hacia el oeste de la ciudad, se dirigió a la oficina de correos de la Diecinueve, confiando en su placa, en su autoridad, en la creencia fundamental de la gran mayoría de la gente de que debían cooperar con la policía. A veces funcionaba, otras veces no.

Miller estaba de suerte. Encontró un joven que parecía más interesado en cómo había muerto Catherine Sheridan que en si Miller tenía derecho a acceder a la información relacionada con un apartado de correos.

—¿Asesinada? ¿Cómo? —preguntó.

Se llamaba Jay Baxter, llevaba una placa dorada con su nombre en la camisa.

—No quieras saber cómo murió —dijo Miller.

—Claro que sí. —Baxter sonrió—. Es interesante, tío..., realmente interesante. ¿Cuántas veces tienes ocasión de enterarte de algún detalle de las cosas que hacen esos tíos?

—¿Te interesan los asesinatos?

Jay Baxter se rio.

—No tengo mucho interés en verme involucrado en algo así —dijo—, pero ya sabes, los aspectos psicológicos tienen su miga. He leído un montón de libros, iba a estudiar psicología, pero luego empecé a darme cuenta de que eran todo paparruchas. No tienen ni idea de lo que hace que alguien cometa algo así, ¿no te parece?

Miller negó con la cabeza.

—No, no tienen ni idea... Supongo que en eso llevas razón.

—Bueno, pues dime... Información a cambio de información, ¿eh?

—Le cortó la cabeza —mintió Miller.

—¡No me jodas! —reaccionó Baxter con los ojos como platos.

—Limpiamente —prosiguió Miller—. Creemos que fue con un machete... o quizá con una espada samurái. El corte más limpio que has visto nunca.

—¿Y tú la viste? La viste..., ya sabes..., con la cabeza cortada, y todo eso...

—Claro. Es nuestro trabajo. Vemos las atrocidades que les hacen unas personas a otras.

—¡Joder, tío! —exclamó Baxter—. Joder... ¿Y nunca te ha dado por vomitar, o algo así?

Miller sonrió.

—He vomitado unas cuantas veces, sí... Al principio te afecta, pero luego deja de impresionarte.

—Y todo esto saldrá en los periódicos, ¿no?

—Claro.

—Y lo del apartado de correos... ¿De qué va?

—Es una pista —dijo Miller—. Me vas a ayudar a seguir una pista.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Genial... Sí, claro... Quiero decir que, ya sabes, si te podemos ayudar en lo que sea... Dime el nombre otra vez.

—United Trust. Apartado de correos 19405.

Jay Baxter, con los ojos aún abiertos como platos y quizá con más ganas de seguir haciendo preguntas y la sensación de que no debía, introdujo el número en el

ordenador de su mesa y se quedó inmóvil un momento.

—United Trust... Con sede en la oficina de United Trust Incorporated Finance, 1165 E Street, en el cruce con la Catorce. ¿Sabes dónde es?

—Lo puedo encontrar.

—El apartado está a nombre de Donald Carvalho —señaló Baxter, deletreándole el nombre para que tomara nota.

—Me has ayudado mucho —dijo Miller, levantándose de la silla.

—Me alegro.

Miller se detuvo un momento en la puerta y se volvió para mirar al joven.

—No hace falta que te advierta de que la información es confidencial, ¿verdad?

Baxter sonrió, negó con la cabeza y se pasó la mano por la boca, como si cerrara una cremallera.

Miller le devolvió la sonrisa.

—Buen chico —dijo, y cerró la puerta tras él.

Fue entonces, mientras cruzaba el vestíbulo y se dirigía hacia la puerta principal, cuando vio al hombre de la gabardina.

Miller se fijó en él simplemente porque daba la impresión de que el hombre se había fijado en Miller. Una vez más, al pasar por su lado, tuvo la sensación de que le observaban, y en la puerta se volvió un instante, y sintió los ojos del hombre siguiéndole al salir por la puerta y hasta llegar a la calle.

El hombre estaba apoyado en la pared, y parecía que leía algo, pero se irguió al ver pasar a Miller. Por lo poco que pudo ver al pasar junto a él, calculó que tendría entre cuarenta y cincuenta años, el cabello oscuro, gris en algunos puntos, y que llevaba un traje negro, camisa abierta y una gabardina marrón.

Ya fuera de la oficina de correos, Miller cruzó la calle y bajó hasta el cruce de la Diecinueve y M Street, simplemente para ver si el hombre de la gabardina le seguía. No lo hizo. Miller intentó no dar más importancia a lo sucedido. Quizá no fuera más que un tipo que iba a lo suyo, un hombre que había levantado la mirada al pasar Miller, quizá porque le hubiera reconocido de alguna fotografía del periódico por el caso Thomas, o a lo mejor le había confundido con otra persona...

Por mucho que intentó racionalizar, seguía sintiéndose inquieto. Dudó un momento más, y luego se dirigió a su coche a toda prisa.

A su derecha, el Willard Hotel; a su izquierda, el Teatro Nacional. Enfrente tenía la Freedom Plaza, el Centro de Visitantes de la Casa Blanca y el Ronald Reagan Building. Doscientos metros más allá estaba Constitution Avenue, a dos travesías de la sede del FBI, de los Archivos Nacionales y del Triángulo Federal.

El inspector Robert Miller, con un nudo en la garganta, se paró en la acera, con la certeza de que le estaban observando.

No dejaba de pensar en el momento en que había visto a Carl Oliver en la camilla, mientras los médicos se afanaban en bajarlo por la escalera hasta la calle. Toda una vida que se apagaba en un segundo. Tan simple como eso. Eso decía Marilyn Hemmings, lo recordaba perfectamente. El modo en que había levantado la mano y le había sonreído. Una simple sonrisa de reconocimiento, nada más y nada menos. La vio un momento, y luego desapareció.

Visualizó la mancha de sangre en el suelo frente al apartamento de Robey. Recordaba perfectamente también la expresión de Al Roth, el tono de su voz, las palabras que había usado: «Cuando puedas deberías entrar y echar un vistazo».

Lo recordaba todo.

De un modo próximo y personal.

Miller se quedó allí de pie, en el corazón del distrito de las agencias de inteligencia, frente a un edificio de fachada estrecha. De allí salían los pagos que hacía la United Trust a Catherine Sheridan. ¿Y Don Carvalho? ¿Sería otro alias de Robey, como Michael McCullough? ¿Otra pieza de aquel rompecabezas aparentemente infinito que había creado Robey para el resto del mundo?

Miller cruzó la calle y entró en el edificio por la puerta principal.

Había un buzón de la United Trust en el vestíbulo, pero aquel lugar tenía un aspecto inconfundible. El edificio olía a mohoso y olvidado. Se veía cierta actividad tras una puerta de cristal esmerilado a su derecha con un rótulo que anunciaba el SINDICATO UNIFICADO DE TRABAJADORES FEDERALES. En el tercer piso encontró las oficinas de la United Trust. No se oía nada dentro, ni se veían siluetas al otro lado del cristal. A derecha e izquierda había un pasillo con oficinas también desiertas a ambos lados, y supo que aunque los pagos a Catherine Sheridan pudieran proceder de allí, United Trust era solo un nombre, nada más.

La frustración era casi insoportable. Una pista, mínima quizá, pero era una pista, la tensión al ir tirando del hilo, la sensación de que esta vez habría algo al final, algo tangible... pero de pronto la tensión desaparecía y el hilo se te deshacía en las manos.

Había sido así a cada paso de aquel proceso; todo se quedaba en nada. Miller quería gritar. Quería hundir la puerta a patadas...

Contuvo el aliento un momento.

Se echó hacia atrás y se colocó con la espalda contra la pared.

Luego dio un paso adelante e intentó accionar el pomo. Estaba atrancado, pero la puerta no pesaba gran cosa. La mitad superior era un vidrio enmarcado, y la parte inferior no era más que un panel de madera. Más tarde se diría que ya lo sabía. Más tarde racionalizaría aquello, lo apartaría del reino de la intuición y el instinto, y se diría que Robey lo había predicho desde el principio. Aquella era la única explicación que podía encontrar, porque por lo demás nada tenía sentido. Nada de todo aquello tenía sentido a menos que John Robey hubiera preparado cada paso de toda aquella historia.

La vida no era fácil para los inseguros, para los moderados, para los tranquilos. A veces había que hacer cosas porque no quedaba otro remedio.

El ruido violento de la madera al romperse, un sonido que reverberó por todo el edificio y que hizo que los empleados del Sindicato Unificado de Trabajadores Federales subieran corriendo la escalera para ver qué había ocurrido..., ese sonido en realidad nunca se produjo. Lo que sí se produjo fue un ruido sordo de algo al romperse cuando Miller hizo un agujero en el panel de vidrio del tamaño de su zapato. Pasó el brazo a través y abrió el pestillo desde el interior. Era un simple pasador, nada más, y cuando Miller notó que cedía sintió algo parecido al alivio, la sensación de que ya no había vuelta atrás. Había infringido la ley en dos ocasiones en un mismo caso. El cepillo del apartamento de Robey, y ahora esto. Volvió a pensar en Asuntos Internos. Era un poli con las manos sucias que chocaba con los intereses de un grupo de funcionarios corruptos.

Miller se echó hacia atrás y abrió la puerta del despacho.

Un único escritorio, una silla normal. Una habitación de no más de cuatro o cinco metros cuadrados. La ventana estaba tan sucia que apenas se veía la calle, y el alféizar estaba cubierto de moscas muertas. Olía a polvo, a un rastro añejo de tabaco, quizás, y bajo el polvo se escondían unas alfombras que no se habían limpiado en años.

A la derecha había un único archivador de metal gris con tres cajones.

Miller sacó un guante del bolsillo interior de su chaqueta y abrió el cajón inferior. Ese y el de al lado estaban vacíos, pero en el superior había un único sobre blanco. Lo cogió con cuidado y le dio la vuelta. Estaba cerrado, pero había algo dentro.

Miller volvió a mirar al pasillo, echó un vistazo hacia la ventana y luego abrió el sobre con cuidado.

Era la misma foto. En el reverso había las mismas palabras. NAVIDAD 1982. Pero esta vez John Robey y Catherine Sheridan no eran las únicas caras que le miraban. La fotografía que habían encontrado bajo la cama de Sheridan había sido recortada. En esta aparecían cinco caras, y las reconoció todas menos una.

Miller supo inmediatamente quién era el hombre a la izquierda de Robey: James Killarney, el representante del FBI en Arlington. Y detrás, a la derecha de Catherine,

la cara inconfundible del juez Walter Thorne. Todos estaban más jóvenes. Pero Miller sabía quiénes eran, excepto uno. Un hombre de pelo oscuro junto a Killarney, sonriendo como si estuviera de vacaciones, en una salida de pesca...

Miller frunció el ceño. ¿Podía ser? ¿Qué narices significaba aquello? ¿Qué demonios tenía que ver el juez Thorne con aquello?

¿El FBI y el Departamento de Justicia conocían la identidad de Catherine Sheridan y John Robey? ¿Killarney había acudido a darles consejos sobre la investigación del Asesino de la Cinta, conociendo a Catherine Sheridan personalmente?

Miller volvió a meter la foto en el sobre y se lo metió en el bolsillo. Examinó los cajones del escritorio. Un par de lápices, una chincheta oxidada y más moscas muertas. Miró bajo la alfombra lo mejor que pudo, tras el archivador, pasó los dedos por el borde junto al suelo, para ver si había algo escondido detrás.

No había nada.

Se fue a toda prisa, hizo lo que pudo para recomponer el panel roto de nuevo desde dentro y luego regresó a la calle.

Miller se volvió a mirar el edificio desde la acera opuesta. No había movimiento tras las ventanas, ninguna indicación de que le hubieran podido ver o de que le estuvieran observando. Pero ya tenía claro que aquello no significaba nada en absoluto. Había ojos por todas partes, tenían visión panorámica y miraban sin cesar, y lo veían todo.

Volvió por donde había venido.

Fue entonces cuando lo vio de nuevo. No había duda.

El hombre de la gabardina.

Estaba seguro. No había ninguna duda. Pasaba por el extremo de la calle y giraba a la izquierda en el cruce.

Miller le siguió, primero caminando ligero y luego con una suave carrera atravesó la Freedom Plaza. El hombre no se volvió, no miró por encima del hombro, y cuando giró por Pennsylvania Avenue Miller aumentó la velocidad. Sabía que para cuando llegara a la esquina el hombre habría desaparecido. Tenía miedo, y no le gustaba lo que estaba sintiendo, pero en aquel momento creía que sería mejor enfrentarse al hombre que echarse atrás y no hacer nada.

Tal como había predicho, cuando giró la esquina el hombre de la gabardina había desaparecido. Se preguntó si le habrían recogido con un coche. Se preguntó si habría otras personas observándole con potentes binoculares en aquel mismo momento; gente que sabía que se había colado en las oficinas de la United Trust Incorporated Finance y que había robado una fotografía.

Miller paró para recobrar el aliento. ¿Se estaba imaginando cosas? Se preguntó cuántos hombres habría en Washington que llevaran traje oscuro y gabardina marrón. ¿No habría visto correr al hombre y habría supuesto que huía?

¿Estaría volviéndose loco?

Pasó gente a su lado; Miller no miró a nadie directamente; los vio a todos como una única oleada de humanidad sin rostro; luego retrocedió sobre sus pasos y se dirigió al coche.

Condujo hacia el noreste, en dirección a la parte de la ciudad que le resultaba más familiar, dejando atrás el edificio del FBI, el Ford's Theater, por Chinatown hasta llegar a New York Avenue. Sentía el contacto con la fotografía que llevaba en el bolsillo de la chaqueta cada vez que giraba el volante y juntaba el brazo con el cuerpo.

James Killarney estaba en el ajo. Y Thorne. El juez Thorne. ¿Debía hablar con él? ¿Qué demonios significaba todo aquello?

Miller se preguntó dónde estaría el juez Thorne. ¿En el juzgado? ¿En sus oficinas? Todos los jueces tenían un despacho en Judiciary Square, cerca del Verizon Center. Judiciary Square estaba a solo tres o cuatro manzanas de allí, Miller redujo la marcha y paró el coche a un lado de la calzada. Volvió a mirar la fotografía. Las palabras de atrás estaban escritas en mayúsculas. No tenía sentido intentar adivinar quién podía haberlas escrito. Tenía una fotografía y un nombre: Donald Carvalho.

Miller volvió a poner el coche en marcha, siguió por la Sexta y luego giró a la izquierda por F Street. El resto del camino lo recorrió a pie, pasando por el National Building Museum hasta llegar a la plaza. En el recinto había un directorio con todas las oficinas de los jueces. Había hablado con el juez Thorne en un par de ocasiones, para los trámites habituales y las comparecencias en el juzgado. Thorne se acordaría de la reciente investigación que Asuntos Internos le había hecho a Miller, de la pequeña tormenta publicitaria que había creado aquello. Aparte de eso, Thorne sabría tanto como Miller sobre su investigación actual. Thorne había recibido copias de todos sus informes. Miller se preguntó si Thorne sería un aliado o un enemigo. ¿Le estaban diciendo que hablara con él o que lo investigara? No había modo de saberlo, a no ser que fuera a verlo.

Localizó la oficina de administración del complejo judicial. Le preguntaron de qué se trataba. Le dijo a la recepcionista que tenía que ver con una orden importante, y que esperaría a que el juez pudiera recibirle. La recepcionista le dijo a Miller que el juez estaba en su despacho pero que no podía recibirle. ¿Deseaba concertar una cita?

—¿Podría preguntarle simplemente si le importaría responder a unas preguntas sobre United Trust? —dijo Miller.

La recepcionista le mostró una sonrisa de suficiencia.

—La verdad es que está muy, muy ocupado —insistió.

—Ya —respondió Miller—. Lo entiendo, pero si pudiera preguntarle solo eso...

La recepcionista llamó al despacho del juez Thorne, habló con su secretaria y esperó un momento mientras se transmitía el mensaje. La recepcionista frunció el ceño y asintió.

—Muy bien, se lo diré.

Miró a Miller; la sonrisa de suficiencia se había borrado de su rostro.

—Espere aquí —dijo—. Vendrán a buscarle.

Miller esperó, ansioso, con el pulso disparado. Un sudor frío le caía por la nuca. Por un momento se preguntó si debía pedir permiso para sentarse. No tuvo que esperar mucho. Apareció un hombre de mediana edad, elegantemente vestido con un traje gris marengo, camisa blanca y corbata azul con lunares blancos. Estos tipos eran todos iguales, absolutamente olvidables, y cuando le pidió a Miller que depositara la pistola, que la guardarían a buen recaudo hasta su regreso, cuando le indicó la puerta de salida que llevaba a la calle, sin presentarse siquiera —y sin darle una explicación por la repentina disponibilidad del juez Thorne—, todo aquello no hizo más que aumentar la ansiedad e inquietud de Miller.

—El juez Thorne no dispone de mucho tiempo —le dijo a Miller mientras caminaban hasta un edificio al final de la calle.

Allí, marcó un número en el teclado exterior de seguridad. Se oyó un zumbido y la puerta se abrió; Miller siguió al hombre al interior.

El vestíbulo olía como una biblioteca, e hizo que a Miller se le fuera la mente a la biblioteca Carnegie, a los libros que había marcado Catherine Sheridan; pensó en el día después de su asesinato, cuando él y Roth habían ido a hablar con Julia Gibb, en la nota que les había escrito ella con la esperanza de que pudiera serles de utilidad. Se planteó dónde había empezado aquello, el absoluto desconocimiento que tenían de adónde podía llevarlos: allí. Nueve días después del asesinato de Sheridan, ella misma le había llevado allí, al despacho privado del juez Walter Thorne, un hombre muy respetado e inteligente, candidato al Tribunal Supremo de Estados Unidos, o quizás al Senado.

Le indicaron que esperara un momento en la sala de espera. Lo hizo, y en menos de un minuto le hicieron pasar a un lujoso despacho con estanterías hasta el techo a la derecha y un par de ventanales a la izquierda, y le dijeron que el juez Thorne llegaría enseguida.

Miller apartó la cortina de encaje que tapaba las vistas del patio. Los ventanales daban a un patio cercado con cuidados jardines, preparado para el invierno; en el centro había una pequeña urna de mármol flanqueada por un par de bancos de hierro colado.

Oyó que la puerta se cerraba con suavidad tras él.

Se volvió y ahí estaba el juez Walter Thorne, sonriéndole.

—Cuando hace calor me siento ahí fuera —dijo—. Y cuando no quiero que escuchen mis conversaciones... No es que cambie mucho la cosa, seguro. Imagino que si alguien quisiera pegar la oreja, podría hacerlo en cualquier sitio.

Miller calculó que Walter Thorne tendría sesenta y pocos años. Medía poco menos de metro ochenta, pero la personalidad de su rostro y su gesto autoritario le daban la presencia de alguien mucho más alto. Había algo en Thorne que imponía respeto.

—Tiene suerte de estar vivo. —Fue lo primero que le dijo Walter Thorne a Robert Miller.

Miller frunció el ceño.

—No sea inocente, inspector Miller... No me diga que no se dio cuenta de que debía ser usted quien muriera el viernes por la noche en lugar de su compañero.

—¿Qué? —Miller sintió que le fallaban las rodillas. Dio un paso atrás.

—Yo tenía entendido que usted estaba mucho más al corriente de lo que estaba sucediendo en este caso —observó Thorne. Sonrió y le señaló una silla junto a los ventanales—. Por favor, siéntese. Déjeme que le ponga un brandy.

Miller levantó la mano.

—¿Qué? ¿No quiere brandy? Pero no está de servicio, inspector... Creo que le han liberado de esta investigación, que es libre de hacer con su tiempo lo que desee...

—El FBI nos ha quitado el caso.

Thorne sonrió.

—El caso se lo ha quitado James Killarney. El FBI y James Killarney no son necesariamente lo mismo.

Miller abrió la boca para decir algo, pero no se le ocurrió nada. No entendía lo que estaba diciendo Thorne. Pensó en la fotografía que llevaba en el bolsillo, pero le pareció que más valía no mostrar sus cartas hasta que no entendiera las reglas del juego.

Thorne sacó unas copas de brandy y un decantador. Se volvió hacia Miller, con una copa en cada mano.

—Esto es mejor que el brandy —dijo—. Es un armañac del veintinueve, realmente bueno.

Miller cogió la copa y la vació de un trago, sintiendo el calor que le llenaba el pecho. Thorne levantó las cejas.

—Así no es como se bebe un armañac de 1929, inspector Miller.

Miller no podía mirar a aquel tipo. Se quedó observándose las manos, y vio cómo le temblaban.

—Ha llegado usted un poquito más lejos de lo que habría sido deseable —dijo Thorne sin alterarse—. Desde recepción me han dicho que quería hablar de una orden. Luego me dicen que quiere hablar de United Trust. —Thorne le miró con una expresión de comprensión en los ojos—. Está usted metido en terreno pantanoso, inspector Miller, y el mejor consejo que le puedo dar llegados a este punto es que salga de mi despacho, que se suba al coche, que regrese a casa y que duerma un poco. Vuelva al trabajo en un par de días y olvídese de que ha oído hablar siquiera de John

Robey o Catherine Sheridan, o de cualquier otra persona que pueda o no tener relación con esta cosa.

—Esta cosa... —replicó Miller.

—Esta... cosa... es lo que nosotros llamamos un «monstruo sagrado» —precisó Thorne, sonriendo con benevolencia, como si supiera exactamente por lo que estaba pasando Miller.

Miller abrió los ojos como platos. Aquello lo había oído antes. John Robey había usado la misma expresión.

—*Monstre sacré* —dijo, recurriendo al francés—. Nuestro Frankenstein. —Ahora el juez sonreía abiertamente, como si de pronto se diera cuenta de la ironía de todo aquello—. Uno de nuestros muchos Frankensteins —añadió. Levantó la copa e hizo girar su contenido antes de llevárselo a los labios y darle un sorbo—. Le ofrecería otra, pero es muy, muy cara y usted no la aprecia.

Miller se inclinó hacia la derecha y dejó la copa vacía sobre la mesa.

—No entiendo lo que está pasando aquí...

—Y no creo que lo entienda nunca —respondió Thorne—. El hecho es que esto tiene muchas partes, muchos puntos de vista diferentes y modos de entender cómo ha ido sucediendo todo, y no creo que haya nadie que tenga toda la información... Salvo quizá John Robey. Quizás, de todos nosotros, John Robey sea quien sabe más.

—¿De todos nosotros? ¿Usted también está implicado?

—Uso «nosotros» en el sentido más amplio. Me incluyo solo porque sé de esto desde hace muchos, muchos años. No es algo a lo que nadie quiera enfrentarse. Muchos de los que lo empezaron ya están muertos, y la gran mayoría de los que tenían algún tipo de idea de lo que estaba pasando fueron despachados...

—¿Despachados? ¿O asesinados? ¿Es eso lo que quiere decir cuando dice «despachados»? Está hablando de toda esa gente que ha sido asesinada, ¿no?

—¿Gente? ¿De qué gente habla?

—Las personas que Catherine Sheridan anotó en los libros que devolvió a la biblioteca.

Thorne frunció el ceño.

—No sé qué quiere decir, inspector... ¿Qué libros?

—Ella y John Robey... Sheridan devolvió unos libros a la biblioteca la mañana de su muerte. Los tenemos en el Distrito Dos, y hemos encontrado anotaciones en las páginas..., iniciales y fechas, ¿sabe? Hemos empezado a buscar, para intentar descubrir quiénes eran todas esas personas.

—John Robey —dijo Thorne, en voz baja, casi para sus adentros—. Y pensar que después de todo este tiempo...

—Son nombres, ¿no? ¿Las iniciales y las fechas del libro? Ya hemos empezado a analizarlas, cruzándolas con las denuncias de desapariciones...

Thorne levantó la mano.

—Ya vale, inspector. No hace falta que me ponga al día de los numerosos detalles de su investigación. Han muerto personas. Eso lo entiendo. Hace años que mueren personas por este asunto...

—¿Qué asunto? ¿De qué está hablando?

Thorne guardó silencio un momento, sonriendo como si le concediera su indulgencia. Se acercó a los ventanales. Por un momento le dio la espalda a Miller, y luego se volvió.

—¿Ha visto la película *Algunos hombres buenos*? Tom Cruise, Jack Nicholson, ¿se acuerda?

—Sí, sé cuál es. La he visto un par de veces.

—¿Y cuál le parece que es la esencia de la historia, inspector Miller?

—Lo siento... No comprendo qué tiene que ver eso con...

Thorne le interrumpió:

—Hágame el favor, inspector.

—No lo sé... Que la autoridad puede corromper a un hombre... Que las personas con poder pueden olvidar...

Thorne negó con la cabeza.

—No, inspector, todo lo contrario. Lo que intenta comunicar la película es que es totalmente imposible pasar por alto la imagen global. ¿De verdad cree que sacar a un hombre de la escena cambiaría algo? Por cada hombre que cae, hay tres más listos para ocupar su lugar.

—Me he perdido, juez Thorne... No sé si estamos hablando de lo mismo.

—Claro que sí, inspector... Estamos hablando de Nicaragua.

Los ojos de Miller se abrieron visiblemente.

—¿Lo ve? —prosiguió Thorne—. Estamos hablando de lo mismo. Estamos hablando de Nicaragua, de una guerra ilegal financiada con el contrabando de drogas y el tráfico de armas. Estamos hablando de las cuarenta toneladas de cocaína que llegaban al mes en aviones pilotados por la CIA. Estamos hablando de los operativos de la CIA..., gente que por su trabajo descubrió parte de lo que estaba ocurriendo realmente y que empezó a comprender que la cocaína, las armas y todo lo demás daban demasiados beneficios como para parar una vez terminada esa guerra imaginaria...

Miller se puso en pie de golpe. Quería marcharse. No estaba preparado para oír aquello. Todo lo que le había dicho Robey se lo estaba confirmando un juez de Washington personalmente.

—Siéntese, inspector Miller —dijo Thorne.

—No —dijo Miller—. Me voy ahora mismo. No quiero...

—Lo que usted quiera es la menor de nuestras preocupaciones —le interrumpió Thorne—. Siéntese o llamaré a seguridad y se lo llevarán de aquí, lo llevarán a algún barrio marginal dejado de la mano de Dios y lo matarán.

Miller no podía creerse lo que estaba oyendo.

—Usted es juez...

—Claro que soy juez —replicó Thorne—. Y usted es inspector del Departamento de Policía de Washington, y el caso es que ha metido las narices en algo sin comprender realmente a qué se enfrentaba. ¿Y ese John Robey? —Thorne se rio—. ¿John Robey cree que puede cargarse algo que hemos tardado treinta años en construir? Es un hombre, inspector Miller, solo un hombre, y si cree que tiene la mínima posibilidad de romper esto en pedazos, está muy equivocado.

Thorne se apartó del ventanal y volvió a la silla que había frente a la de Miller. Se sentó y se puso cómodo.

—¿Quiere comprender lo que ha pasado aquí? —preguntó.

Miller levantó la vista.

—¿Comprender qué? ¿Que el gobierno de Estados Unidos sigue trayendo cocaína de contrabando de Nicaragua?

—El gobierno no, amigo mío; la CIA.

—¿La CIA?

—¿Se acuerda de Madeleine Albright, la secretaria de Estado?

—Sí.

—Dijo que la CIA se comportaba como si tuviera el síndrome del niño maltratado. —Thorne se rio—. No sé muy bien qué es el síndrome del niño maltratado, pero aun así da una idea de la sensación, ¿no cree?

Miller tenía el corazón desbocado. Se sentía mareado y con náuseas.

—Se encuentra usted en una situación muy comprometida, inspector Miller. No es más que el último de una larga fila de personas que, adrede o no, han puesto en peligro una operación espectacularmente provechosa en la que ha trabajado la CIA durante muchos, muchos años.

A Miller le costaba respirar. Miró a Thorne.

—Robey lo intentó antes, ¿sabe? Hace cinco años..., con un operativo de la CIA llamado Darryl King. A Darryl King lo tuvieron agarrado de las pelotas en unas tres semanas. Heroína. Crack. Podían haberle dado cualquier cosa.

—¿Darryl King era de la CIA?

—Igual que Catherine Sheridan y Ann Rayner... A Ann la conocí. Una chica muy agradable; solía trabajar para Bill Walford.

Miller recordó la conversación en el despacho de Lassiter, aquello de que la conexión de Rayner con Walford era motivo suficiente como para mantener a los periódicos lejos del caso.

—¿Todos pertenecían a la CIA...? ¿Todos a los que asesinaron? —preguntó Miller.

—De la CIA, familiares, colegas, soplones, informadores..., cualquiera que tuviera relación...

—Pero no pueden matar a gente así, sin más...

—¿Qué quiere decir con eso de que no pueden matar a gente sin más? Los mataron, inspector Miller. Mataron a un montón de personas...

—¿Por dinero?

—Por dinero, sí. Por dinero... y por poder. Por influencia política. ¿Cómo demonios cree que se financia la CIA? ¿Tiene la mínima idea de lo que cuestan algunos de estos proyectos? —Thorne hizo un movimiento despectivo con la mano—. No, qué va a saber. La cocaína procedente de Nicaragua sirve para pagar armas y favores políticos; sirve para pagar los atentados en el extranjero y el asesinato de figuras políticas. No se pensará que vamos con la gorra al Departamento del Tesoro y le pedimos trescientos millones de dólares, ¿no?

—Yo... yo no...

—Y luego está la cuestión de la seguridad nacional —prosiguió Thorne—. Cuando acabó la guerra, cuando abandonamos Nicaragua con el rabo entre las piernas, hacía falta dinero para garantizar la seguridad de la gente. El Departamento de Estado, Defensa, el Consejo de Seguridad Nacional, Asuntos Exteriores, Inteligencia y hasta la propia CIA. Había gente a la que teníamos que proteger, gente que había tomado decisiones sobre Nicaragua y sobre la seguridad de Estados Unidos que se encontrarían en la línea de fuego si la verdad llegaba a salir a la luz. Estamos hablando de gente que tuvo que enfrentarse a lo de Granada en el ochenta y tres, a lo de Libia en el ochenta y seis. El Salvador, Panamá, Irak, Sudán..., personas que aún son necesarias actualmente. Y teníamos el deber, la responsabilidad ineludible de asegurarnos de que las decisiones que se habían tomado por el bien del país nunca se cuestionarían. La verdad habría puesto al gobierno de Reagan de rodillas. Hasta su intento de asesinato fue una treta para distraer la atención de la gente.

Miller abrió la boca para decir algo.

—¿No es evidente, detective? Se suponía que tenían que dispararle. En cualquier caso, Reagan nunca fue una lumbrera, así que no sé qué demonios esperaban de él.

—Esto es de locos... ¿Quién iba a hacer eso? ¿Quién iba a orquestar un intento de asesinato contra un presidente?

—La CIA —respondió Thorne—. Eso es a lo que se dedican. Se suben a la muralla. Se suben a la muralla y defienden el país, y hacen lo que tienen que hacer, todas esas cosas que nadie más puede hacer, porque no tiene las agallas o las pelotas necesarias, y luego se preguntan qué dicen esos capullos liberales en el Congreso cuando hablan de violaciones de las libertades civiles y de los derechos de los extranjeros en sus países. —Thorne se echó hacia delante, con un brillo en los ojos, como si no pudiera evitar contarle a Miller lo que sabía—. Por lo que respecta a la CIA, nadie tiene derecho a nada a menos que la CIA le conceda ese derecho...

—No me dirá que dieron instrucciones a Hinckley para que matara a Reagan...

—No voy a decir ni una cosa ni la otra, pero nosotros estábamos allí para asegurarnos de que no lo hiciera. Oswald pagó el pato por Jack Kennedy, del mismo modo que Sirhan Sirhan lo hizo por Bobby, en el hotel Ambassador, en 1968. ¿Y

quién les puso un micrófono delante a Woodward y Bernstein cuando decidieron echar a Nixon del Despacho Oval? Nosotros. Para eso estamos.

Thorne se inclinó hacia delante.

—¿Y sabe por qué le estoy contando esto, inspector Miller? Porque no puede hacer nada al respecto.

Miller reaccionó con evidente sorpresa.

—No hay motivo para que se sorprenda. ¿Quiere saber lo que le pasó a John Hinckley después de que intentara matar a Reagan? Lo metieron en un sanatorio, le llenaron de psicotrópicos y le dejaron el cerebro hecho puré... Probablemente le inducirían un coma. Le decían que pensara una cosa un día y al día siguiente le decían lo contrario. Una vez y otra, y otra. Le confundieron, le desorientaron, le hicieron cuestionarse hasta su propio nombre, hasta su propia existencia. Lo sumieron en un estado de delirio tan profundo que aunque recordara quién le había dicho que disparara a Reagan, no habría sido capaz de decirlo. Ahora puede contar lo que le parezca, porque tiene pinta de loco y habla como un loco. ¿Y quién iba a creerse a un hombre que intentó asesinar al presidente de los Estados Unidos de América?

Miller sintió una profunda rabia; la rabia que se había ido acumulando en su interior durante días, y cuando por fin había encontrado a alguien que sabía más que él de todo aquel asunto, resultaba que esa persona le tomaba el pelo.

—Eso... eso no puede ser —dijo Miller—. Yo no estoy loco. Yo soy inspector de la policía de Washington, y hay mucha gente que estaría muy interesada en saber lo que tengo que decir de...

—¿De qué, inspector? ¿De una conspiración imaginaria que se remonta a la guerra de Nicaragua, una guerra que la mayoría de los estadounidenses ni siquiera recuerdan? ¿O de John Robey, respetado profesor universitario, autor de libros, candidato al Pulitzer? ¿Va a decir que en realidad era un asesino entrenado por la CIA, responsable de decenas y decenas de asesinatos en Nicaragua, y en una interminable lista de otros países, por orden de sus jefes en el gobierno? ¿Eso es lo que va a contar, inspector? ¿Es esa la historia que quiere contarle al mundo? ¿O quizás esa historia del Asesino de la Cinta, de cómo un mercenario pagado en otro tiempo por el gobierno recibió instrucciones de liquidar un par de problemas aquí en Washington, que se puso creativo y que decidió usar el método clásico de archivo que usábamos en las misiones de campo? —Thorne sonrió con la expresión de quien recuerda algún momento agradable del pasado.

—¿De archivo? ¿Qué quiere decir?

—Los cuerpos..., decenas de ellos. Se colocaban en unas estanterías de madera apilables y se cubrían con una lona. Solíamos rociarlos con agua de lavanda, litros y litros. Aquello apestaba..., un olor asqueroso, a cuerpos en putrefacción y lavanda. No sé de quién sería la idea. Y solían colgarles una etiqueta, con una cinta alrededor del cuello, como si fueran un fardo, y la etiqueta indicaba qué debía hacerse con

ellos. Algunos debían encontrarse, otros tenían que desaparecer, y había brigadas de limpieza que se encargaban de eso tras el envío de los cuerpos.

—¿Y eso era lo que hacía Robey...? ¿Es eso lo que me está diciendo? ¿Que Robey hacía eso en Nicaragua y que luego siguió haciéndolo aquí?

—No, por Dios. Robey nunca habría hecho eso. Robey era, o más bien es, un hombre muy íntegro. No, la persona a la que se enfrentaban era otra, nada que ver... De hecho, usted lo conoce.

—¿Qué?

—El cuerpo que encontró en el maletero del coche... Ese, inspector, era su Asesino de la Cinta...

—¿Y quién demonios era? —preguntó Miller, y en el mismo momento en que hacía la pregunta, comprendió que la verdad era mucho peor que cualquier cosa que hubiera podido imaginarse.

—¿Que quién era? Se llamaba Don Carvalho, pero su identidad no importa en absoluto. Tenía instrucciones de ocuparse de determinados asuntos, les añadió un toque personal por motivos que nadie sabe y a nadie le importan, y tuvieron que sacarlo del campo de juego. El hecho de que fuera John Robey quien se encargara de eso quizá le resulte interesante.

—¿Robey le mató?

—Parece que sí... pero solo porque quería evitar que Carvalho le matara a usted.

Miller apenas podía respirar.

—No se alarme tanto, inspector... Yo creo que a estas alturas cualquier otra revelación no debería afectarle tanto. Robey tenía algo en mente para usted. Cambió hace muchos años... Se volvió contra la Compañía, contra sus propios mentores y colegas. Catherine Sheridan y él creían que el mundo tenía derecho a saber lo que había ocurrido en Nicaragua, lo que sigue ocurriendo, y por motivos obvios eso era algo que no se podía permitir. Y que enviara documentación a esas personas... Barbara Lee, Ann Rayner, la primera... Lo siento, no recuerdo su nombre...

—Mosley. Margaret Mosley.

—Sí, eso es... El hecho de que tras ese fiasco con Darryl King hace cinco años tuviera el valor de volver a empezar, con toda esa mierda tan progresista sobre lo que se hizo y lo que se hizo mal en aquella época... —Thorne dio un puñetazo sobre el brazo de su butaca y Miller dio un respingo—. El bien y el mal no existen cuando se trata de la seguridad de un país.

—Está loco... Está completamente loco...

Thorne levantó la mano.

—No he terminado... —Hizo una pausa—. La opinión pública le ha juzgado, inspector Miller, y le ha encontrado culpable. No importa lo que diga la investigación de la Científica. No importa el testimonio que haya aportado su amiga Marilyn Hemmings... La gente le ha etiquetado de disidente, de poli corrupto. No tiene dudas

de que los policías pueden defenderse unos a otros, así que no le sorprendió a nadie que le exculparan del asesinato de Brandon Thomas. Nadie se esperaba lo contrario.

Miller no se creía lo que estaba oyendo.

—¿Cómo narices...?

—Venga, inspector, no creería de verdad que ese asunto pasaría desapercibido, ¿no? ¿Dónde se cree que estaba James Killarney? ¿En el FBI? ¿Cree que al FBI le interesaban las muertes de cinco mujeres solitarias, una de ellas negra, y de un barrio marginal? Fíjese que yo no lo creo. Killarney es de la CIA, tanto como lo era Robey. Nos trajo esos informes directamente a nosotros.

—¿Qué quiere decir con «directamente a nosotros»? ¿Quiénes son ustedes?

—¿Que quiénes somos nosotros? Pues eso mismo, inspector Miller. No somos más que «nosotros». Somos los que vemos todo esto a una escala global. No nos dedicamos a preocuparnos por la próxima nómina o por si nuestras mujeres se acuestan con otros o no, o por dónde vamos a llevar a los niños de vacaciones. Hay que mantener una visión del mundo, inspector... La visión del mundo que quiere ver la gente, tal como quieren que se mantenga, y nosotros somos precisamente los que damos al mundo, o a la mayoría del mundo, exactamente lo que quiere. El hecho de que usemos a la CIA para esas operaciones, bueno...

—¿Usted se cree eso? —replicó Miller—. ¿De verdad se cree lo que me está contando?

Thorne sonrió con condescendencia.

—Yo le tomaba por un hombre de visión más amplia, ¿sabe? Creía que vería las cosas con más perspectiva que el obrero medio. Pero me ha demostrado que me equivocaba. Raramente me equivoco, inspector. Equivocarse es algo que un hombre en mi posición no se puede permitir. El futuro del gobierno actual, y de los gobiernos que vengan tras él, incluso cuando yo ya no esté... Todo eso son cosas que decidimos ahora. Esos son los asuntos que preocupan a la gente como yo, no si un puñado de personas que meten demasiado las narices en algo acaban muertas o no.

Thorne respiró hondo y se puso en pie. Se acercó de nuevo a los ventanales y se quedó de espaldas al despacho.

—Le aconsejo, inspector Miller, que se aparte de esto. Lo cierto es que tiene mucha suerte de seguir con vida. Debería haber muerto usted en lugar del inspector Oliver. No crea que se ha ganado un indulto. No le puedo garantizar que llegue al final del día, y mucho menos al final de la semana, pero si se aparta de esto, si acepta el hecho de que esta investigación es ahora cosa del FBI, entonces quizá, solo quizá, puede que vaya desapareciendo poco a poco de la mente de determinados hombres. Han muerto algunas personas. Tampoco estamos hablando de tantas. Cincuenta, cien... ¿Qué importa? Deberían haberse apartado, igual que usted. Pero no lo hicieron... Quisieron saber qué pasaba, aunque el instinto y la intuición les decían que aquello les traería más problemas que otra cosa. Cuando alguien entra en este programa lo hace de por vida, y cuando se enteraron de parte de lo que ocurre en

Nicaragua, creyeron que las autoridades, o, peor aún, la opinión pública, tenían derecho a saber. Informaron de sus hallazgos a sus superiores, y sus superiores se dirigieron a nosotros, y nosotros nos ocupamos del asunto. Aceptaron un acuerdo, y luego rompieron el pacto. John Robey, Catherine Sheridan, Darryl King. No les hizo ningún bien. Sheridan y King están muertos. Robey está huido, y aunque puede que sea uno de los mejores asesinos entrenados por la CIA, no deja de ser un solo hombre contra el poder del gobierno de Estados Unidos y sus agencias. Y por lo que respecta a los demás, se les pagaba para que garantizaran la seguridad de este país, y no estuvieron a la altura... —Thorne miró directamente a Miller—. ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

Miller sintió como si tuviera una cuerda entre los dedos y al final de la cuerda estuvieran las respuestas que buscaba...

—Hay cosas que no entiende, inspector Miller. Me hago cargo, pero solo queremos una cosa de usted. Queremos que se aparte de esto, rápidamente y en silencio. Acepte el hecho de que ha realizado un buen trabajo, se ha enterado de algunas cosas, pero ahora toca seguir el consejo de Frank Lassiter y Nanci Cohen y buscar otro caso en el que trabajar.

—Hay algunas cosas que quiero saber —dijo Miller con serenidad—. Creo que eso al menos me lo deben... Al menos algunas respuestas. Hay demasiadas cosas a las que no encuentro el sentido, como para poder dar media vuelta y olvidarme de todo lo ocurrido.

—Eso ya no importa, inspector... Ahora no importa cuántas cosas puedan tener sentido o no.

—Pero usted sabe lo que ha sucedido... Puede responder esas preguntas por mí.

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Porque, tal como ha dicho usted, no importa lo que yo sepa... No puedo hacer nada con ello. La gente no me creería, no solo porque son cosas absolutamente imposibles de creer, sino también porque ya me toman por un mentiroso, por un poli corrupto.

—Sí. Tal como le he dicho, el mundo ya le ha juzgado, inspector Miller, y ha decidido que usted no da la talla.

—Pues explíqueme lo suficiente como para que pueda dar media vuelta y olvidarme de esto. ¿Qué puede perder? Ya sabe cómo son los policías de Washington, tozudos... cuando tienen algo entre las manos, les cuesta soltarlo.

Thorn se rio.

—Me gusta usted, inspector Miller. Es de admirar que haya llegado con vida hasta aquí... De acuerdo, aunque solo sea por eso, responderé a sus preguntas. Pero solo responderé las que quiera, ¿de acuerdo?

—¿Quién mató a las primeras tres mujeres?

—¿Las tres primeras, o las tres primeras de las que usted tuvo noticia?

—Las tres de las que supe yo: Mosley, Rayner y Lee.

—Fueron asesinadas por Don Carvalho, el muerto del maletero... y el Asesino de la Cinta.

—Pero ¿era de la CIA?

Thorn asintió.

—¿Y esa historia de las cintas...?

—Fue solo algo que se le ocurrió..., y aunque Robey no le hubiera encontrado y le hubiera matado, no habría durado ni una semana después de matar a la joven negra.

—¿Natasha Joyce?

—¿La de los suburbios, con una hija? Sí, ella también fue asesinada por Carvalho.

—¿Y Catherine Sheridan?

—Tendrá que preguntarle a John Robey.

—¿También la mató ese tal Carvalho?

—Como le he dicho, tendrá que hablar con su amigo, el profesor Robey.

—¿Y todas murieron porque sabían de la situación en Nicaragua?

Thorne se rio de pronto, inesperadamente.

—¿La situación en Nicaragua? Habla usted como si fuera un congresista, inspector Miller. Empieza a parecerse cada vez más a los políticos.

—¿Es por eso por lo que murieron? ¿Porque sabían lo que pasaba allí?

—No, por supuesto que no. Hay muchas, muchas personas que saben lo que sucedió allí, inspector. Si acabáramos con todos los que saben lo que ocurría en Nicaragua, la mayoría de los congresistas y senadores... Joder, tendría a tres cuartas partes de los empleados del gobierno de Estados Unidos enterrados en Arlington. La CIA tiene su criterio, ¿sabe? No se dejan llevar. Toman decisiones que nadie más podría tomar. Son decisiones ejecutivas, y una vez se han tomado, pasan por los directores, por jefes de estación, jefes de sección y Dios sabe cuántas personas más, y al final de la cadena tiene usted a gente como John Robey y Donald Carvalho. Las personas que tanto le preocupan a usted murieron porque descubrieron que el dinero procedente de las drogas seguía llenando las arcas de la CIA mucho después del final de la guerra de Nicaragua.

—Y la CIA envió a asesinos para que las mataran —concluyó Miller.

—«Limpiadores», «mecánicos», «ejecutores», «solucionadores», «despachadores»..., se les puede llamar de muchos modos.

—¿Y cuántas de esas personas hay?

Thorne frunció el ceño.

—No tengo ni la mínima idea; y aunque lo supiera, no creo que quisiera responder a esa pregunta.

—¿Y quién es el que ordena que muera esa gente?

—Sin comentarios. Volvemos a la muralla, ¿recuerda, inspector Miller? La muralla que alguien tiene que proteger... Mucha gente, diría yo.

—¿Para defenderse de qué? ¿De la amenaza de la infiltración comunista? ¡Por Dios, los años cincuenta hace tiempo que quedaron atrás!

—¿Y cuál es el motivo de que los años cincuenta hayan quedado atrás, de que ya no haya Guerra Fría? Se lo diré, inspector... Que hicimos cosas como lo de El Salvador, Libia... Cosas que nunca se habrían podido financiar si no fuera por Nicaragua. Porque había gente como yo, como John Robey y como Catherine Sheridan, que creían tanto en lo justo y lo democrático que sentían la necesidad de hacer algo al respecto.

—¿De verdad se cree eso? —preguntó Miller—. ¿Que está justificado llenar Estados Unidos con cientos de toneladas de cocaína para pagar con ella las guerras ilegales?

—Oh, venga, inspector, no sea tan inocente. Esa gente de la que está hablando..., negros e hispanos, cubanos, mexicanos... Si no hubieran conseguido coca procedente de Nicaragua, la habrían sacado de otros sitios. A mí me parece que les hicimos un favor. Les dimos la coca de mayor calidad que han tomado nunca. Esa gente son animales, van a seguir haciendo lo mismo, les digan lo que les digan. Consumen droga. Siempre la han consumido. Y van a seguir consumiéndola, y no hay nada, nada en el mundo, que podamos hacer ni usted ni yo para evitarlo.

—Realmente cree lo que dice, ¿verdad? De verdad cree que el mundo es así y que puede dictar quién debe vivir y quién debe morir.

—Dicho así, es como si yo tuviera cierto complejo de Dios —dijo Thorne.

—A mí me parece que eso no se aleja mucho de la verdad.

—Dios es un mito. Las personas nacen, las personas mueren. Tienen el tiempo que tienen para hacer algo significativo o no. Nosotros hacemos lo que hacemos porque creemos que la gente tiene derecho a no caer en la opresión del fascismo y del comunismo. Los operativos de la CIA se entregaron en cuerpo y alma a la agencia. Dijeron que harían el trabajo, que velarían por la seguridad del país, y luego descubrieron algo que no les gustó y que decidieron contar al mundo. Unas docenas de personas. Fueron unas docenas, nada más. ¿De verdad cree que porque un puñado de personas hayan perdido los nervios se pueden poner en juego la estabilidad y la seguridad de este país?

—Debería grabarse y luego escucharse a sí mismo... ¿Tiene la mínima idea de la imagen de loco que da cuando dice eso?

Thorne no hizo caso del comentario de Miller. Metió las manos en los bolsillos y se volvió hacia la ventana.

—Bueno, ¿eso es todo? —preguntó.

—¿Qué van a hacer con respecto a Robey? —inquirió Miller.

—¿Robey? En algún momento se dejará ver, y alguien le matará.

—Así de sencillo —dijo Miller.

—¿Por qué íbamos a hacerlo más complicado? Hay que proteger determinados intereses, y esos intereses son mucho más importantes para el bienestar y la seguridad

de este país que la vida de unos cuantos disidentes.

Thorne regresó a su mesa y cogió el teléfono. Marcó un número.

—Seguridad... El inspector Miller está listo para marcharse.

Cuando Thorne colgó el auricular y le miró, Miller se dio cuenta de lo que iba a suceder. Entendió por qué se había mostrado tan deseoso de hablar: no porque nadie fuera a creerle, sino porque nunca tendría la ocasión de repetir lo que había oído.

El hombre que le había recogido se había quedado con su pistola; ahora estaba perfectamente custodiada en el edificio de recepción, esperando su regreso. Pero Miller no volvería nunca.

—Puede que hasta ahora John Robey le haya protegido —dijo Thorne—, pero John Robey no es un aliado muy fiable.

—Parece que sabe muchísimo sobre él —observó Miller, calculando la distancia que le separaba de la puerta, de los ventanales, preguntándose si las puertas balconeras estarían cerradas con llave, la altura del muro, y qué habría detrás. ¿La calle, quizás? ¿Otra zona del mismo complejo judicial? ¿Habría instalaciones de seguridad en el otro lado?

El corazón le latía a toda velocidad; sentía que la sangre no le llegaba a la cabeza. Era la misma sensación que cuando Brandon Thomas se le había encarado, cuando se dio cuenta de que a Thomas no le importaba que fuera poli. Thomas iba a matarle, igual que Thorne ahora. Pero Thorne no se vería implicado. Daría instrucciones a uno de los suyos, que hablaría con otro, y ese otro se llevaría a Miller y le pegaría un tiro en la cabeza, o le dejaría caer de lo alto de un rascacielos...

—Sé más de John Robey que el propio John Robey —dijo Thorne.

Se desplazó a la izquierda y se quedó de pie, con los ventanales a la espalda, casi como si le hubiera leído el pensamiento a Miller y quisiera evitar cualquier intento de fuga. Aunque Thorne era más pequeño y menos corpulento, le entorpecería lo suficiente el paso como para dar tiempo a que el personal de seguridad llegara al despacho.

—¿Y eso? —preguntó Miller, intentando hacer tiempo, pensar en algo, lo que fuera.

El teléfono sobre la mesa. El pesado decantador de cristal con el que Thorne había servido el armañac. Había muchas cosas con las que podría atacarlo, pero ¿luego, qué? Lo derribaría, saldría corriendo del edificio. Le verían. Sería culpable de agresión. Le seguirían. No tenía pistola, nada para defenderse, y si todo lo que le había dicho Thorne era cierto, si Oliver había muerto en su lugar, esa gente no tendría ninguna consideración por el hecho de que fuera inspector de la policía de Washington.

—¿Eso? —repitió Thorne—. Porque yo le formé, inspector Miller... Yo entrené a Robey, a Sheridan y a Carvalho, y a decenas como ellos.

—Y su nombre en realidad no es Walter Thorne, ¿verdad?

—Walter Thorne, Frank Rissick, Edward Perna, Lawrence Matthews... Soy todos ellos y ninguno, inspector. Soy quienquiera que se suponga que debo ser cuando se requiere la presencia de esa persona. El hecho de que diera con el nombre de Donald Carvalho al investigar la United Trust no cambia nada. ¿Tiene idea de cuántos nombres existen relacionados con fachadas, empresas y operaciones que no son más que rostros que nos ponemos para dar la cara ante el mundo?

Miller estaba en tensión, atento a cualquier ruido de pasos en el vestíbulo, al otro lado de la puerta. No sabía qué dirección tomar: ¿La puerta? ¿O debería intentar cruzar el patio y superar el muro...?

—Y si Robey planteaba tantos problemas...

—¿Por qué no lo despachamos? —Thorne completó la pregunta por él—. Porque tratar con gente como John Robey o Catherine Sheridan no es lo mismo que encargarse de personas como Margaret Mosley, Ann Rayner, Barbara Lee o esa Joyce, inspector Miller. Hay que encargarse también de ciertos asuntos.

—¿Qué es lo que había hecho? ¿Tenía pruebas de todo esto? ¿Tenía pruebas que hubieran salido a la luz en caso de que muriera?

—Tenía pruebas, inspector, y nosotros teníamos algo suyo. Era una situación de bloqueo, de tablas..., y no se movió nada en mucho tiempo.

—¿Ustedes tenían algo suyo? ¿El qué? ¿Qué tenían de Robey?

—No es tanto qué teníamos, sino a quién.

—¿A quién? —preguntó Miller, pero luego asintió—. A Catherine Sheridan, ¿verdad? Le amenazaron con la muerte de Catherine Sheridan si él...

—No, inspector... John Robey no estaba tan preocupado por el bienestar de Catherine Sheridan como para que su muerte lo detuviera.

—¿Entonces? ¿De qué está hablando?

—Estoy hablando de...

El hecho de que no se oyera ningún ruido característico en el instante en que la bala atravesó el cuadrante superior derecho de la puerta balconera izquierda convirtió aquel momento en algo inquietante y surrealista.

Thorne estaba hablando —«Estoy hablando de...»—. Y de pronto dejó de hablar.

Salían palabras de su boca, y de pronto dejaron de salir.

Dio la impresión de que se quedaba un rato de pie, pero en realidad no fueron más que segundos, unos pocos segundos que se alargaron eternamente, y Miller se quedó esperando que Thorne siguiera hablando...

El juez Thorne hizo un movimiento lateral algo raro, como si hubiera sufrido un shock, como si le hubieran dado una noticia terrible. Fue entonces cuando Miller vio el minúsculo agujerito en el ventanal.

Y cuando vio el agujerito en el ventanal, supo por qué hacía esfuerzos el juez Thorne para mantenerse derecho, apoyándose en la estantería, por qué sus ojos habían perdido el brillo y tenía aquella mirada vacía e inexpresiva, por qué el sonido que salía de su boca no era ya habla, sino una especie de silbido ahogado, como

cuando sale el vapor de una cafetera... Y luego estaba ese hilillo de sangre que le resbalaba de la comisura del ojo derecho y le caía por la mejilla...

Miller sintió que el corazón se le paraba, y que luego reemprendía la marcha el doble de rápido.

Walter Thorne cayó de rodillas, y al ladearse hacia la izquierda se golpeó la cabeza con el macizo escritorio de caoba. Cayó como una piedra.

Miller se echó hacia delante de inmediato, instintivamente, en un esfuerzo vano por sostener a Thorne, pero Thorne cayó de lado en cuanto impactó con la moqueta. Miller estaba de rodillas, intentando desesperadamente darle la vuelta, agarrándole la cabeza con las manos mientras la sangre se abría paso por entre sus dedos.

El charco de sangre que se formó en la moqueta engulló el orificio que tenía Thorne en la sien derecha, del tamaño de una moneda pequeña. No había orificio de salida por la izquierda. La bala seguía en el interior de la cabeza.

Fue entonces cuando Miller reaccionó. Abrió la boca para decir algo, para gritar, para pedir ayuda —un médico, algo, cualquiera que pudiera hacer algo—, aunque sabía que era demasiado tarde...

Pero de sus labios no salió ningún sonido.

Empezó a temblar violentamente. Intentó ponerse en pie, pero se cayó de lado. Alargó la mano y se agarró al brazo de la butaca donde había estado sentado Thorne, se puso en pie y, cuando lo soltó, vio la huella escarlata que había dejado.

Se apoderó de él una irrefrenable sensación de náuseas y un miedo repentino y atroz. Quiso echar mano de su pistola, pero allí no había nada.

Se acercó al lado del ventanal, y por el hueco entre el marco y el borde de la cortina miró en dirección al patio.

¿Qué esperaba ver?

El patio vacío, casi monocromático, su inmovilidad, ahora yuxtapuesta al caos que se había desatado en el interior del despacho de Walter Thorne... Miller apenas podía sostenerse en pie. Se apoyó en la pared, dejando otra huella sangrienta a su paso.

Había hablado al menos con dos personas. La recepcionista tenía su nombre, y el ayudante de Thorne tenía su pistola. Estaba ahí. Era la única persona que estaba con Walter Thorne en el momento de su muerte...

Estaba con el agua al cuello. Peor que en el caso de Brandon Thomas.

Empezó a hiperventilar, a hablar solo. Volvió a acercarse al ventanal. Miró el cuerpo de Thorne. Se arrodilló en el suelo y le puso los dedos en el cuello. No había pulso.

Habría querido darle una patada. Habría querido darle de puñetazos en la cara y gritarle obscenidades. Habría querido chillar, contestar a todo lo que le había dicho aquel tipo. Habría querido decirle lo que pensaba de su visión del mundo, que la gente como él era el motivo de que el mundo estuviera tan jodido, que la gente como Walter Thorne era el motivo de las drogas, de los crímenes y de la guerra, y...

Pero no dijo nada.

Robert Miller sintió que toda la emoción acumulada las semanas anteriores se le concentraba en el pecho, como un puño. Sintió que iba a ahogarse, que el corazón le reventaría de la presión, del miedo y del dolor, que caería redondo sobre el cadáver del juez Walter Thorne y que los encontrarían a los dos en aquel despacho, con la puerta cerrada, un pequeño orificio en la ventana, y que nadie podría imaginarse lo que había pasado entre el inspector Robert Miller y el juez Walter Thorne la tarde del lunes 20 de noviembre de 2006.

Y nadie lo sabría. Nunca.

Y John Robey volvería a su trabajo en el Mount Vernon College, y daría clases de literatura y poesía, y sus estudiantes le observarían, escucharían lo que diría, sin tener ni idea de que el hombre que les hablaba cada día había matado a más gente de la que podían llegar a imaginar...

Miller no lo sabía; estaba tan desorientado que no sabía qué creer... Salvo que estaba jodido.

Eso sí lo sabía, y estaba seguro de ello.

Fue en aquel breve intervalo entre la llegada del jefe de seguridad del complejo judicial y la llamada a la ambulancia, al forense...

Un breve intervalo en el que Robert Miller se quedó en el patio, del otro lado de las puertas balconeras, con el jefe de seguridad, mientras ambos buscaban indicios de quién podía haber hecho aquel único disparo a través del ventanal del despacho del juez Thorne...

Un breve intervalo de silencio en el que no tenía nada más en la mente, y en el que aquella imagen le volvió como un destello. La imagen de la pantalla del ordenador que había en el apartamento de John Robey.

Catherine Sheridan.

«Baja eso, por Dios».

La imagen de Catherine Sheridan, saludando con la mano a quienquiera que la estuviera filmando. Había árboles de fondo. Ella llevaba una boina de lana turquesa, y el pelo recogido dentro.

Catherine Sheridan riéndose...

«John, por Dios... Baja esa cámara».

No podía sostenerse en pie, así que se sentó en uno de los bancos de hierro forjado que había en el patio cercado tras el despacho del juez Walter Thorne, en el complejo judicial, mientras observaba al jefe de seguridad intentando mantener la compostura, y en un momento determinado oyó que llegaba Marilyn Hemmings, y por algún motivo no quiso verla... Otra vez no, así no, con otro cadáver en el suelo, otra sonrisa forzada a modo de saludo, otro momento que ambos recordarían como algo traumático y doloroso, como si todos sus momentos compartidos tuvieran que tener algo feo como denominador común: algún acto malvado, algún asesinato, alguna traición...

Miller habló con el jefe de seguridad, un hombre cuyo nombre no se llegaría a aprender, y le dijo que volvería a comisaría, que redactaría su informe, que hablaría inmediatamente con la ayudante del fiscal del distrito y que se aseguraría de que asignaran a todo el personal disponible para la investigación del asesinato del juez Walter Thorne...

El hombre le preguntó qué hacía él con el juez. Necesitaba saberlo, para redactar él su informe. Miller le dijo que tenía que ver con una orden de registro, nada especialmente importante. Al parecer el jefe de seguridad se quedó satisfecho con la explicación.

Miller volvió a recepción. Una secretaria le llevó hasta donde tenían guardada su pistola. Firmó el recibo, salió a toda prisa del edificio, fue a buscar su coche y se

alejó del complejo judicial, del cadáver de Walter Thorne, de todo lo que este le había dicho.

No se dirigió al Distrito Dos; se fue directamente a la pista de hielo de Brentwood Park.

Cuarenta y cinco minutos más tarde Robert Miller se encontraba en el vestíbulo del edificio de Brentwood Park, en silencio. El lugar estaba oficialmente cerrado, pero con solo presentarle su identificación a un bedel consiguió entrar. Fue directo a la pista y examinó las primeras filas de las gradas, escrutando los asientos uno tras otro.

John Robey levantó la mano y sonrió.

Miller no dijo nada hasta que hubo recorrido gran parte del perímetro de la pista. Se paró en el pasillo, unos seis metros por debajo del asiento que ocupaba Robey.

—Profesor Robey.

—Inspector Miller.

—He venido a preguntarle por el asesinato del juez Walter Thorne.

—El asesinato del juez Walter Thorne parecerá algo completamente diferente mañana.

—¿Y eso qué significa? —dijo Miller, subiendo unos pasos, pero atento a cualquier movimiento brusco por parte de Robey, por si este echaba mano de un arma.

—Significa lo que quiera que signifique —respondió Robey—. Lo que es ahora y lo que parecerá que es mañana no tienen por qué ser necesariamente lo mismo... Así es como son siempre las cosas, en mi sector.

Miller dio un paso más hacia arriba.

—Ya está bien —dijo sin alterarse. Oía la fatiga en su propia voz. Sonaba como la de un hombre al que le hubieran reventado la vida—. Estoy muy bien informado de lo que ha ocurrido... Acabo de pasar un tiempo considerable con Walter Thorne, y me ha dicho...

—¿Qué le ha dicho? ¿Le ha soltado el discursito? ¿El de cómo es el mundo, que hay algunas personas que cargan con la responsabilidad de proteger el país? —Robey sonrió conciliador—. No hace falta que me lo cuente... He escuchado toda la conversación.

—¿Cómo?

—Hace meses que tengo pinchado el despacho de Thorne... Hace mucho tiempo que sabía lo que estaba pasando.

—Entonces, habrá visto que aún hay muchas cosas que no entiendo —dijo Miller.

—Ese no era Walter Thorne —dijo Robey—. Llevaba muchos años viviendo con ese nombre, pero es una patraña. Su nombre real era Lawrence Matthews, y yo lo conocí en la Virginia State University hace mucho tiempo.

Miller subió los pocos escalones que le quedaban y se sentó junto a Robey. Sacó el sobre de su bolsillo, con la fotografía dentro.

—Este... No sé quién es.

Robey sonrió y le cogió la fotografía a Miller.

—Patrick Sweeney —dijo Robey—. ¿Ha oído ese nombre alguna vez?

Miller miró a Robey. Había algo diferente en sus ojos.

—¿Sweeney? No lo sé..., me suena. He oído ese nombre en algún sitio.

—Su nombre real era Don Carvalho. Era el entrenador de Sarah. Eso es lo que hacía, lo crea o no. Era entrenador de patinaje sobre hielo.

—Ya me acuerdo..., antes de Per Amundsen —dijo Miller, frunciendo el ceño—. Pero ella me dijo que Sweeney había muerto.

—Una de las cosas que se aprenden en este negocio es que... a menos que veas el cuerpo, nunca puedes estar seguro de quién está muerto y quién no. Y aunque veas el cuerpo, eso tampoco demuestra nada necesariamente.

—¿Qué le sucedió?

—Fue Don Carvalho durante mucho tiempo, y luego se convirtió en Patrick Sweeney. Intentó llevar una vida normal, pero después volvieron a llamarle de la agencia y se convirtió de nuevo en Don Carvalho. Él y yo trabajamos juntos en Nicaragua. Nos fuimos allí decididos a evitar que la cocaína siguiera llegando a Estados Unidos, para que dejara de morir gente. Envié documentación a tres operativos diferentes de la CIA, personas en las que creía que podía confiar, para ponerlos al corriente de lo que ya sabíamos Don y yo. Informaron a sus jefes de sección, los jefes de sección informaron a sus directores, y los directores enviaron a Don la orden de que esos operativos debían morir...

—Mosley, Rayner y Lee —enumeró Miller—. ¿Son ellas a quienes envió la información?

—Exacto... Y fue entonces cuando Don Carvalho vino a decirme que había recibido la orden de matarlas a las tres.

—¿Y usted le dijo que no las matara?

—No, Robert... Le dije que las matara. Que las matara de un modo brutal. Que las apaleara y las estrangulara, y que les atara cintas alrededor del cuello y las rociara con lavanda. Que lo hiciera de forma que no pasara desapercibido, para que el mundo no pudiera pasarlo por alto.

—Así que Thorne tenía razón —afirmó Miller, incrédulo, con los ojos abiertos como platos—. Carvalho era el Asesino de la Cinta...

—No todo lo que le ha dicho Walter Thorne es mentira. Vivimos en un frágil estado de realidad aparente. Lo que parece una cosa casi siempre resulta ser otra. Patrick Sweeney, Don Carvalho, no importa el nombre que use..., era un asesino. Mataba a gente para el gobierno. Eso es lo que hacía. Eso es lo que llevaba años haciendo. Igual que yo. Hace mucho tiempo decidimos que algunas vidas eran prescindibles, que se podían sacrificar por el bien común. —Robey sonrió. Parecía

cada vez más cansado, a medida que hablaba—. No puedo esperar que lo entienda..., la gente nunca quiere entenderlo, y la única analogía a la que puedo recurrir es la de la cura para una enfermedad terrible. El cáncer, quizá, ¿sabe? En el desarrollo de esa cura, una cura que salvará millones de vidas, puede que haya mil, o incluso cinco mil o diez mil, que tendrán que morir mientras se testa el medicamento, se hacen pruebas y ensayos. Al final, lo conseguirán, y nadie más tendrá que morir.

—Así que estuvo allí..., en Nicaragua.

—Todos estuvimos allí —observó Robey, señalando las caras de la foto—. James Killarney. Su nombre era Dennis Powers. El juez Walter Thorne. Cuando lo conocí era profesor universitario en la Virginia State y se llamaba Lawrence Matthews. Yo, Catherine, y Don Carvalho.

—Esto es algo en lo que creen de verdad, ¿no?

—Creíamos. Creíamos en ello, sí..., en aquella época. Hasta que vimos lo que era realmente.

—Y entonces, ¿por qué tuvo que matar Don Carvalho a Mosley, Rayner y Barbara Lee?

—Porque no tenía elección. Porque si no las hubiera matado, se lo habrían cargado a él, y otro las hubiera matado a ellas... Me lo dijo a mí, y yo le dije lo que tenía que hacer.

—¿O sea?

—Que hiciera algo que llamara la atención. De la policía, de los periódicos... Les dimos al Asesino de la Cinta.

—¿Para que descubriéramos que había una conexión entre Mosley, Rayner y Lee?

—Para demostrarles que había una conexión, para demostrarles a nuestros jefes que teníamos voz, que ya no éramos máquinas de matar sin cerebro ni sentimientos... Para intentar hacer algo que cambiara las cosas. —Robey se agitó en su asiento. Se frotó las manos como si tuviera frío.

—Pero nosotros la cagamos, ¿verdad? —dijo Miller.

Robey se rio; parecía que le dolía algo.

—La cagaron, sí. Nunca he visto una organización tan increíblemente inepta como el Departamento de Policía de Washington. Yo formé parte del cuerpo, recuerde, con Darryl King. Entré hace cinco años. Intenté hacer algo desde dentro... Lo único que conseguí fue que mataran a Darryl, que me hirieran, y todo para nada.

—Entonces, como no vimos la relación entre las tres primeras víctimas, tuvo que morir alguien más... Tuvo que morir alguien para recordarnos que seguía ahí, que el problema aún persistía...

Robey asintió.

—Y esa fue Catherine Sheridan.

—Exacto.

—Y Don Carvalho no la mató, ¿verdad?

—Se negó.

—Así que tuvo que hacerlo usted.

—Y lo hice.

—De ahí que fuera diferente de las otras..., que no le hubieran dado la paliza antes de su muerte...

—Ya vale... —le cortó Robey, levantando la mano—. No tiene ni idea...

—¿Y dejó las fotos suyas con ella bajo la cama...?

—Todo —dijo Robey.

—¿Y Don Carvalho también mató a Natasha Joyce?

—No, ese no fue Don. —Robey bajó la cabeza y suspiró profundamente—. Natasha fue asesinada por el hombre que ustedes conocen como James Killarney... —Robey cerró los ojos—. Killarney también recibió la orden de matarle a usted. Lo habría hecho si hubiera ido usted a mi apartamento, en lugar del inspector Oliver. De todos modos, no se trata de quién matara a Natasha Joyce, sino del hecho de que lo hicieron. No deberían haberlo hecho... No deberían haber matado a la madre de una niña, pero... —Robey apartó la mirada hacia el otro lado de la pista, y negó con la cabeza en un gesto de resignación.

—Pero ¿qué?

—¿Qué le estoy diciendo? No deberían haber matado a una madre. Eso es lo que hacen... Joder, eso es lo que hacíamos todos cuando estábamos ahí fuera, ¿sabe? Madres, padres, incluso niños... Si se metían por en medio, morían. Así era la guerra. Las muertes necesarias y las esperadas. —Robey suspiró—. Conocí a Darryl King. Era buena persona. Quería ayudar. Quería a esa mujer... La quería de verdad, y le jodieron por completo, lo convirtieron en un yonqui...

—Thorne dijo que usted mató a Don Carvalho y lo metió en el maletero del coche.

—No, yo no maté a Don. Le dijeron a Killarney que se encargara de él. No podían permitirse más víctimas con etiquetas, ¿sabe? El caso estaba demasiado reciente. Se habría recordado de inmediato. Thorne también le ha dicho que Don Carvalho mató al inspector Oliver, ¿verdad? Bueno, pues también fue Killarney: se suponía que tenía que ser usted en lugar de Oliver.

Robey miró a Miller. Aún había en sus ojos un brillo de orgullo, implacable.

—Nosotros tres..., Catherine, Don y yo..., éramos unos críos cuando fuimos allá. Nos tragamos la mentira. Hicimos el trabajo tal como se nos pidió. Matamos... Dios, matamos a tanta gente... Matamos a tantísima gente...

—Y, hace cinco años, lo de Darryl King. La redada antidroga. ¿Eso fue por la coca que seguía viniendo de Nicaragua? ¿King murió por eso?

—Sí... Llevo intentando que la gente se fije en eso desde que salí de Nicaragua.

—Volvió de Nicaragua y Catherine se quedó embarazada, ¿verdad?

Robey esbozó una sonrisa.

—Sarah Bishop, ¿no?

—No es tan tonto como parece, inspector Miller, pero ahí ha dado un paso en falso...

—¿Sarah Bishop no es su hija...?

Robey negó con la cabeza.

—No —dijo casi en un susurro—. Sarah Bishop no era nuestra hija. Era nuestra conciencia.

—¿Su conciencia...? No lo entiendo. ¿Qué quiere decir con eso de su conciencia?

—Managua, 1984. Maté a un hombre. Se llamaba Francisco Sotelo. Era abogado. Me dijeron que estaba pasando información a los sandinistas. Me ordenaron que lo matara y encontrara unos documentos. Lo maté, por supuesto, pero cuando registré su despacho, los documentos no estaban. Así que me fui a su casa. Entré, y mientras la registraba, su mujer me sorprendió.

—¿Y también la mató?

—Sí..., también la maté. Pero hubo algo que no me esperaba... No me esperaba que hubiera un bebé. Una niña de mes y medio, allí, en uno de los dormitorios, y yo acababa de matar a su padre y a su madre...

—¿Se la llevó? ¿Catherine y usted se llevaron a la niña?

Robey sonrió.

—Nos la llevamos, sí. Nos llevamos a la niña y la trajimos aquí. Le encontramos una familia.

Miller empezó a entender el significado de lo que habían hecho.

—Así que Catherine, Don Carvalho y usted decidieron contarle al mundo lo sucedido, pero James Killarney y el juez Thorne...

—Me cuesta pensar en ellos con otros nombres que no sean Dennis Powers y Lawrence Matthews.

—Pero aún estaban trabajando...

—Aún estaban evitando que la verdad llegara al mundo. Sarah era nuestra prueba. Era nuestra conciencia. Era la prueba de lo que habíamos hecho en Nicaragua.

—Es increíble... todo esto. Es demasiado. No sé si con esto han cambiado algo... Es una pesadilla. Ha durado tanto, tantos años, y aquí estamos... Ha muerto gente, Catherine, Natasha Joyce... ¿Y por qué no los mataron a usted, a Catherine y a Sarah? Así habrían acabado con el problema.

—Si se les iba la mano corrían un gran peligro. Entre Catherine y yo... Entre los dos lo sabíamos todo. Sabían que teníamos información. Sabían que si nos mataban la información llegaría a manos de los periódicos, a otras agencias gubernamentales. En nuestro caso, no se trataba simplemente de hacernos desaparecer. Nunca fue tan sencillo. —Robey hizo una pausa, respiró hondo e intentó sonreír—. Me he pasado todos estos años usando todo lo que me enseñaron para protegerme. Hasta he dado clases en la universidad y he escrito libros, ¿sabe? En algunos sitios era John Robey, en otros... Ni siquiera recuerdo cuántos nombres he tenido, cuántas historias he creado. John Robey y Michael McCullough han sido lo menos que he sido, créame.

—Cambió ligeramente de postura, como si algo le empujara hacia delante—. Pero cuando volvimos, amenazaron a Catherine. Ella quería dejarlo, pero no funciona así. Por aquel entonces no sabían de la existencia de Sarah, y no se lo dijimos a nadie. Tuvimos que tomar una decisión al respecto... —Robey volvió a apoyarse en el respaldo y miró directamente a Miller—. Tuvimos que tomar la decisión de buscarle una familia. La abandonamos. Decidimos hacer eso. Protegerla. Apartar de nosotros lo único que podían usar en nuestra contra. Esa fue la decisión más importante de nuestras vidas, y cuando llegó a la adolescencia le pedimos a Don Carvalho que nos ayudara. Se hicieron íntimos..., la ayudó. Nos dijo cómo era. Yo venía aquí a verla entrenar...

—¿Y ella no sabe quién es usted?

Robey negó con la cabeza.

—Ella nunca ha pensado que pueda ser más que Sarah Bishop. Tenía mes y medio cuando la trajimos a Estados Unidos.

—¿Y Catherine?

—Catherine la veía. A veces veníamos aquí juntos. Catherine se quedaba escondida en el coche y veía cómo se iba con sus padres. Nunca hablaron. Habría sido demasiado arriesgado decirle a Sarah la verdad. Quienquiera que estuviera vigilándome sabía que yo venía aquí. Si me hubieran visto con Catherine, o si hubieran visto que Catherine se reunía con Sarah..., habría sido demasiada coincidencia. Habrían sacado conclusiones de inmediato...

—¿No sabían que era la hija del abogado?

—No, no lo sabían... Por lo que a nosotros nos consta, tardaron años en saberlo, y luego se imaginaron que habría alguna conexión entre Sarah y yo, pero desconocían quiénes eran sus padres biológicos. Puede que incluso creyeran que era hija nuestra. Su adopción no fue oficial. No había registros. Pero sabían que era importante para mí... Eran conscientes de que les bastaba con tenerla amenazada.

—¿Y qué es lo que cambió? ¿Qué es lo que hizo que Don Carvalho y usted decidieran hacer todas esas cosas?

—Descubrimos que Catherine se estaba muriendo... Eso es lo que lo cambió todo —dijo Robey—. No quería morir en algún sanatorio. No quería pasarse los últimos meses de su vida respirando a través de tubos y meando en una bolsa. Quería dejarlo, ¿sabe? Quería dejar atrás esa vida... Quería sentir que había hecho algo para enmendar el mal causado.

—¿Así que le dejó que la matara?

Los ojos de Robey se llenaron de lágrimas.

—No tiene ni idea de lo que es matar a la mujer que amas... Cogerla en tus brazos y saber que la has matado.

Miller meneó la cabeza.

—No tengo ni idea, no —dijo en voz baja.

—Yo sí —dijo Robey—, y mi padre también. Curiosamente, las dos únicas mujeres a las que he querido de verdad murieron a manos de las personas que más las querían.

—¿Cómo? ¿Su padre?

Robey pasó por alto la pregunta.

—¿Amar tanto a alguien como para dejar que te mate? Dé gracias de no tener ni idea de lo que es —añadió.

—Esa tarde..., el día en que murió, estuvo con usted.

Robey cerró los ojos.

—En un hotel. Pasamos unas horas en un hotel. Vimos aquella película... aquella película tan tonta que tanto le gustaba. Es lo que quiso ella... Hasta la tenía puesta en casa, cuando llegué...

—¿Y tenía que matarla para llamar de nuevo nuestra atención? ¿Para que encontráramos la conexión entre todas ellas?

—Sí... De modo que alguien más pudiera entender lo sucedido.

Miller se pasó un rato sin hablar; luego levantó la mirada hacia Robey.

—¿Y está seguro de que fue Killarney quien mató a Natasha Joyce?

—Sí, Killarney. Él la mató. Joyce estaba investigando lo que había pasado con Darryl. Habló con alguien en la Administración Central de Policía. Localizaron el dossier de Darryl King. Imagino que eso le llegó a la CIA y que ellos debieron de enviar a alguien en cuestión de minutos.

—Lo hicieron —dijo Miller—. Una mujer llamada Frances Gray.

—Para entonces ya sabían lo que estaba ocurriendo. Esos informes que le dio a James Killarney iban directamente a Walter Thorne y al jefe de sección de Washington. Killarney fue quien mató a Natasha Joyce. También mató a Don Carvalho y a Carl Oliver. Le encargaron que se asegurara de que todo esto no llegaba a la opinión pública. Ese era su trabajo, suyo y de nadie más..., y fue él quien lo pidió.

—¿Por qué? ¿Había algún motivo en particular?

—Lo mío con James Killarney se remonta a muchísimo tiempo atrás... Hubo cosas en Nicaragua, cosas que yo hice... Y que él nunca... —Robey tosió con fuerza y se llevó la mano al pecho.

Miller frunció el ceño y se acercó algo más a Robey.

—¿Se encuentra bien?

Robey asintió y cerró los ojos un momento. Una única lágrima le atravesó la mejilla izquierda.

—Hubo una historia —dijo Robey—. Es todo lo que puedo decirle.

—¿Y después...?

—Después volvieron a reclutar a Don... Después la pesadilla empezó de nuevo. En cuanto le llamaron otra vez supimos que no podríamos proteger a Sarah como

habríamos deseado. Don se había ocupado de ella, pero cuando retomó la actividad se le hizo imposible...

—¿Así que tuvieron que encontrar un modo de hacer que cualquier posible amenaza contra su vida perdiera importancia?

—Cuando Catherine enfermó... Cuando enfermó supimos... —Robey se agarró a los brazos de la silla, con la frente cubierta de sudor—. Si Catherine moría... Si la muerte de Catherine llevaba a las autoridades a investigar lo que estaba pasando... —Robey respiró hondo. Apretó los ojos como si estuviera soportando un dolor intenso, y vaciló antes de seguir hablando—. Con la muerte de Catherine... Y si se aportaba documentación... Había mucha documentación que llegaría simultáneamente a mucha gente...

Robey se atragantó y volvió a toser.

—¿Qué pasa? —dijo Miller—. ¿Se encuentra bien?

—No pasa nada —dijo Robey con la voz cada vez más débil—. Y si llegaba mucha documentación a un montón de gente a la vez, y si Catherine ya estaba muerta, y si no podían llegar hasta mí, no habría motivo para que fueran a por Sarah... No tendrían modo de amenazarnos... Nada con lo que asustar a nadie...

Robey volvió a toser, esta vez con más fuerza, con un sonido profundo y doloroso. Sacó un pañuelo del bolsillo y se lo llevó a la boca. Guardó silencio un momento, intentando respirar, y cuando apartó la mano había sangre en el pañuelo.

—¿Qué está pasando aquí? —exclamó Miller—. ¿Qué sucede? ¿Está enfermo, o algo?

Robey negó con la cabeza.

—Por esto tenía que tener a alguien más —respondió con una voz que apenas era un suspiro—. Alguien más debía ver lo que estaba ocurriendo... Alguien más tenía que saber la verdad. Sabía que encontrarían a Don... Sabía que Killarney los encontraría a todos..., incluso a usted, ¿eh? Intentó matarlo, pero acabó matando a Oliver en su lugar...

Robey cerró los ojos. Miller le agarró del hombro y lo sacudió.

—¿Qué le pasa? ¿Qué...?

Robey volvió a abrir los ojos.

—Siento que haya tenido que ser usted —se disculpó—. Pero tenía que ser alguien... Quería que fuera alguien sin familia, eso desde luego. Quería a alguien sin familia, que pudiera unir las piezas y comprender bien lo que estaba ocurriendo...

—Ha dicho que hay mucha documentación...

—Ya va de camino —dijo Robey—. Ya va de camino, inspector Miller... —Respiraba sin apenas coger aire. Alargó la mano, cogió la de Miller y tiró de él—. Y Walter Thorne... Hay un rifle en una bolsa..., siga la trayectoria del disparo hasta... hasta el edificio al otro lado de la calle... En una habitación hay una bolsa con un rifle..., tiene huellas...

Robey respiraba con dificultad: resultaba doloroso de oír, y doloroso de ver.

—Hágame un favor... —dijo, apretando los dientes—. Hágame un favor...

Miller se lo quedó mirando, aguantando la respiración, esperando...

—Necesito que alguien se ocupe de que no le pasa nada... Que se asegure de que no van a por ella. Ese es el principal motivo por el que lo necesitaba... Sin mí y sin Catherine, no tienen motivo para amenazarla, pero son vengativos, ¿sabe? Pueden ser vengativos e irracionales, y necesito que alguien la ayude.

Robey parecía incapaz de mantener la cabeza recta. Hacía un esfuerzo por mirar a Miller. Un hilillo de sangre y saliva le asomaba por la comisura de la boca y le caía lentamente sobre la solapa de la chaqueta.

—¿Puede hacer eso por mí? —masculló—. Solo eso... Echarle un ojo... Asegurarse de que no la matan como revancha...

—Sí —dijo Miller—. Puedo hacerlo... Eso puedo hacerlo.

Robey esbozó una débil sonrisa, y del bolsillo del abrigo sacó un sobre blanco que puso en la mano de Miller. Miller lo miró, y vio que en el anverso había escrita una sola palabra en letra clara, la misma caligrafía del reverso de la fotografía que había encontrado en la oficina de la United Trust.

SARAH.

Y entonces vio en los ojos de Robey algo que le decía que todo había acabado, y que no quedaba gran cosa que decir, y que aunque lo hubiera ya no importaría, porque se había acabado la representación, las cosas habían seguido su curso y ya no había motivo para seguir en el teatro...

John Robey fue ladeándose sobre la silla hasta que la cabeza le quedó apoyada en el hombro de Miller.

Miller no se movió. Cerró los ojos y los abrió de nuevo cuando la música de pronto llenó el auditorio.

Sonó un piano por los altavoces, por encima de la cabeza de Miller, y entonces vio a Sarah Bishop deslizándose por el hielo, como salida de la nada, y Miller se quedó sin habla mientras ella se agachaba, reduciéndose a la mínima expresión, y luego se abría como una flor saliendo del suelo...

Las cuerdas entraron tras el piano, y luego una voz de mujer:

C'est l'amour qui fait qu'on aime
C'est l'amour qui fait rêver
C'est l'amour qui veut qu'on s'aime
C'est l'amour qui fait pleurer...

Cada vez que se acercaba al borde de la pista, a Miller casi se le paraba el corazón.

Se quedó mirando a Sarah Bishop, y se le llenaron los ojos de lágrimas, preguntándose si cabía la mínima posibilidad de que llegara a entender lo que había sucedido...

Y entonces ella los vio: el inspector Robert Miller y John Robey, un recién conocido y un muy viejo amigo, observando cómo practicaba desde las gradas.

Levantó la mano y saludó, y Miller le devolvió el saludo. Ella hizo una breve pausa, se puso de cara al borde de la pista y se deslizó hacia atrás, cogiendo impulso con el pie izquierdo y saltando sobre la pierna derecha...

La voz volvió a sonar, con un lenguaje triste y sentido que Miller no entendió...

Et ceux qui n'ont pas de larmes
Ne pourrons jamais aimer
Il faut tant, et tant de larmes
Pour avoir le droit d'aimer...

Pasó una hora antes de que Miller llamara a la policía desde su móvil. Se quedó sentado junto a Robey todo el tiempo que duró la rutina de entrenamiento de Sarah Bishop. Cuando se fue patinando hacia la salida, volvió a saludar. Miller le devolvió el saludo. No hablaron. No había nada que decir.

Vino la policía, y también Tom Alexander. Empaquetaron el cadáver de Robey y lo pusieron en una camilla. Miller se quedó sentado observando cómo se abrían paso con precaución por los pasillos y entre los asientos.

Al cabo de un rato Alexander volvió, le preguntó a Miller si se encontraba bien, si necesitaba que lo llevara a algún sitio. Miller negó con la cabeza.

—Estoy bien, Tom... Estoy bien...

Alexander sonrió.

—Van a darte una mención por pillar a este tipo, ¿eh? ¡El asesino de policías!

—Seguro, sí.

—¿De verdad no necesitas que te lleve a ningún sitio? Puedo dejarte en la ciudad.

—Estoy bien. Tengo mi coche. Solo quiero estar solo un rato.

Alexander asintió.

—Cuídate.

Miller no respondió; se limitó a esbozar una sonrisa fatigada. Se quedó mirando a Tom Alexander, que daba media vuelta y se dirigía a la salida. Miller cerró los ojos.

Respiró hondo.

Pensó en la carretera, en subirse al coche y no parar. Las carreteras eran todas iguales: luces blancas que vienen, luces rojas que se van. Simplemente meterse en una carretera y quemar millas..., no importaba adónde, a cualquier lugar..., hacia el horizonte, allá donde llegara la vista, lo más cerca de la eternidad que pudiera imaginarse...

La mañana del martes 21 de noviembre de 2006, diez días después de la muerte de Catherine Sheridan, una semana después del asesinato de Natasha Joyce, una unidad de la Policía Científica encabezada por Greg Reid accedía a una oficina de la Sexta, una oficina con ventanas y vistas al complejo judicial. Bajo los tablones del suelo de la oficina encontraron una bolsa de lona, y en su interior un rifle ligero AR7. Balística confirmó que la bala extraída del cráneo del juez Walter Thorne tenía las mismas marcas que la bala de prueba disparada con aquel AR7 en condiciones de laboratorio.

Había huellas en el rifle. No eran de John Robey.

A pesar de que la grasa presente en la cámara y en el cerrojo indicaban que el arma no se había usado en muchos años, se confirmó igualmente que había sido usada el día anterior. Se disparó una bala, desde una oficina en el cuarto piso. La bala atravesó la puerta izquierda del ventanal de la oficina del juez Thorne, penetró en la cabeza por detrás de la oreja derecha, rebotó repetidamente por el interior de su cerebro y le mató al instante.

Sacaron huellas de la pistola y las pasaron por el AFIS. No se encontraron coincidencias.

A las diez y dieciocho de la mañana apareció un mensajero de FedEx en las oficinas del fiscal del distrito de Washington. La secretaria del fiscal firmó el recibo de un paquete de documentos de unos doce centímetros de grosor. En las dos horas siguientes, paquetes como ese llegaron a las oficinas y los despachos del presidente del poder judicial de Estados Unidos, a ocho jueces del Consejo, a los ministros de Defensa y de Justicia, al presidente del Consejo de Seguridad Nacional y a la oficina de prensa de la Casa Blanca. También se entregaron paquetes idénticos a los directores del *Washington Post*, del *International Herald Tribune*, del *Los Angeles Times*, del *New York Times* y en las viviendas particulares de los jefes de sección de la CIA en Washington encargados de Operaciones Internacionales, Producción de Inteligencia y Actividades de Apoyo.

Más tarde se diría que la red privada de teléfono del gobierno, entre el Triángulo Federal, el Congreso, el Senado y gran parte de la comunidad de inteligencia, se había venido abajo por la sobrecarga de llamadas. Fue un rumor del que no se informó, y nunca se confirmó.

A la una y dieciocho de la tarde, el cuerpo de un agente del FBI llamado James Killarney apareció en el aparcamiento de G Place, cerca de Union Station. Según parecía, se había suicidado: tenía un único tiro en el paladar, un orificio de salida del tamaño de un puño y gran parte del contenido de su cabeza esparcido por el techo del coche. Al someterlo al procedimiento estándar de confirmación de huellas en el

laboratorio forense, se observó que eran las mismas halladas en el AR7 que había matado a Walter Thorne. No había residuos de pólvora en ninguna de las manos de Killarney, nada que hiciera pensar que hubiera sostenido la pistola del calibre 38 que había acabado con su vida, ni el rifle que había acabado con la de Thorne. Aun así, podían confirmar que Killarney había disparado el arma que había matado a Walter Thorne. Ni el asesinato de Thorne ni el suicidio de Killarney se investigaron en mayor profundidad.

Fue Tom Alexander quien llamó a Miller. Lo llamó a su casa.

—Atropina —dijo.

—¿Qué?

—Se envenenó con atropina.

—¿Qué narices es eso?

—Se extrae de la belladona. ¿Te suena?

—Me suena, sí.

—Diferentes variedades de la misma cosa... Incluso administran una combinación de atropina y algo llamado «obidoxima» a los militares como antídoto contra agentes que afectan a los nervios.

—Dime una cosa, Tom.

Alexander se calló; Miller notó las dudas en su silencio.

—¿Cuánto sufrió?

—¿Eh?

—¿Cuánto le dolió?

—Ingirió una gran cantidad, Robert... Una cantidad enorme. Sabía que moriría. No había vuelta atrás. Se le aceleró el corazón... Eso es lo que hace, acelera el corazón. Básicamente el corazón le iría ocho o diez veces más rápido de lo normal, hasta que se colapsó. No puedo decirte cuánto debió de dolerle... Mucho, diría yo, pero no estoy seguro.

Miller no respondió.

—¿Sabes por qué se llama así? —preguntó Alexander.

—¿El qué?

—La atropina... Por qué se llama así.

—No —dijo Miller—. No tengo ni idea.

—Toma su nombre de Átropos, una de las tres moiras, las personificaciones del destino. Es mitología griega. Átropos era la moira encargada de decidir cuándo le tocaba morir a alguien.

Miller cerró los ojos. Oía su propia respiración.

—Ya nos veremos —dijo Alexander—. Pensé que querías saberlo... Lo de Robey, ya sabes. Por eso he llamado.

—Gracias, Tom. Te lo agradezco.

El teléfono se quedó mudo.

Miller colgó.

Miércoles, entrada la tarde. Sala de reuniones de la comisaría del Distrito Dos de Washington. Lassiter estaba presente, al igual que la ayudante del fiscal Cohen. Miller no había visto a Al Roth hasta media hora antes de la reunión. Intercambiaron unas pocas palabras. No había mucho de que hablar. Miller le preguntó por Amanda y los niños. Estaban bien. Contentos de tenerle en casa.

—John Robey no existió —dijo Lassiter sin inmutarse.

Miller miró a Nanci Cohen y luego a Roth.

Lassiter se encogió de hombros e intentó sonreír.

—Claro que existió... Era una persona de carne y hueso... —matizó, y miró a Cohen.

—Esa es la versión oficial —dijo Cohen—. Envié unas cosas..., envié documentos al gobierno en pleno. Envié papeles a congresistas, senadores, periodistas... —Cohen hizo una pausa y miró a Lassiter—. Y al Tribunal Supremo de Estados Unidos.

—No me lo diga —intervino Miller—. El Tribunal Supremo de Estados Unidos ha prohibido a los periódicos que informen de todo esto.

Cohen no respondió.

—Habrà una investigación en el Congreso... —quiso explicar Lassiter.

Miller le cortó:

—Está bien... No hace falta que me expliquen nada.

Lassiter y Cohen se callaron.

—Me voy a coger una semana de vacaciones —dijo Miller—. Quiero tomarme una semana de permiso, si le parece bien.

Lassiter asintió.

—Claro, claro... Tómate una semana, o dos, si quieres.

Miller se puso en pie.

Nanci Cohen se levantó al mismo tiempo:

—Cuanto mayor sea la mentira...

Miller sonrió.

—Más fácilmente se la creerán.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó ella.

—¿Sobre qué? ¿Este caso? ¿Robey? —Miller meneó la cabeza—. Nada... Eso es lo que voy a hacer. No porque no quiera, sino porque no creo que valga la pena sacrificar más vidas por esto.

—En eso estoy de acuerdo contigo —respondió ella. Alargó la mano y le tocó el brazo—. Cuídate, ¿eh?

—Lo intentaré —dijo él.

Se volvió, abrió la puerta y salió al pasillo.

—Todo lo bien que se le podía conocer —dijo Miller.

Sarah Bishop negó con la cabeza.

—Qué triste —dijo en voz baja.

Estaban sentados a la misma mesa, en el bar del mismo gimnasio donde se habían visto por primera vez.

Esta vez Miller la veía diferente. La veía como a alguien con un pasado.

—Era tan joven... Quiero decir que... parecía estar bien, ¿sabe?

—Era algo hereditario, creo —dijo Miller—. Tenía el corazón débil. No sé qué decir. Era un buen hombre... y pensaba mucho en ti.

Sarah asintió; no habló. Miró el sobre blanco que tenía delante, encima de la mesa, con su nombre escrito en letras claras. El borde del cheque sobresalía por la esquina superior.

Miller se sacó una tarjeta del bolsillo.

—Aquí hay tres números. El de comisaría, el de mi casa y mi móvil. Cualquier cosa que necesites, me llamas. John me pidió que no te perdiera de vista, que me asegurara de que estabas bien.

—No tiene sentido... Quiero decir que en todos los años que hace que lo conozco no creo que hayamos hablado ni diez veces. Yo nunca le dije gran cosa. Ni siquiera sé qué van a pensar mis padres.

—Puedes decirles que era un hombre generoso sin familia que quería ayudarte en tu lucha por llegar a las Olimpiadas.

—¿Realmente cree que eso es así? Es que... no se me ocurre ningún motivo por el que pudiera querer dejarme tanto dinero.

Miller se encogió de hombros.

—No lo sé..., no me lo dijo.

Sarah recogió el sobre.

—¿Quiere venir conmigo? ¿Quiere venir a contarles a mis padres lo sucedido? Ellos no lo conocían. Van a..., no van a entenderlo. No van a entender nada, cuando vean esto.

Miller alargó la mano y le cogió la suya un momento.

—Claro —dijo—. Iré a ver a tus padres.

Ella sonrió, apartó la mirada un momento, y cuando volvió a mirar a Miller había algo en sus ojos, un brillo de comprensión, quizás, un momento de iluminación.

Y de pronto, como un fantasma, había desaparecido.

—Es difícil —dijo Harriet—. Es un hombre difícil... pero creo que valdrá la pena. —
Sonrió, alargó la mano y estrechó la de Marilyn Hemmings.

—Dígame qué hombre no lo es —observó Marilyn—. Todos son inversiones a
largo plazo, de dudoso rendimiento.

—Fíjate en Zalman. Cincuenta y dos años llevamos casados y aún..., ah, no sé
qué decir. Hacemos lo que podemos, ¿eh?

Miller apareció por la puerta, en el rellano inferior de la escalera.

—¿Qué es esto? —dijo.

Marilyn Hemmings levantó las cejas.

—¿Ves? Al menos va limpito ¿no? —dijo Harriet.

—¿Qué pasa aquí...? ¿Una especie de conspiración?

—Ya basta —decidió Harriet, que se puso en pie y se dirigió hacia Miller—. Esta
es una buena chica —le susurró—. Si la fastidias esta vez, es que realmente eres muy
tonto.

Miller frunció el ceño contrariado.

Marilyn Hemmings se puso en pie y se alisó la falda.

—¿Estás listo?

—Está todo lo listo que puede estar —sentenció Harriet—. Venga, a la calle...
Pasáoslo bien, ¿de acuerdo? Yo ya no estaré cuando volváis..., si es que volvéis.

—¡Harriet! —protestó Miller.

Marilyn sonrió y le tendió la mano.

—Ha sido un verdadero placer conocerla.

Harriet le estrechó la mano a Marilyn y se la agarró un momento.

—Lo mismo digo, querida. Ahora salid y divertíos... Yo tengo cosas que hacer.

Miller dio un paso adelante, le tendió la mano a Marilyn Hemmings para
acompañarla a la puerta, y salieron juntos en dirección al coche.

—Son buena gente —comentó ella.

Miller asintió.

—Sí que lo son.

—Ella te quiere mucho.

Miller sonrió, abrió la puerta del acompañante y la sostuvo abierta.

Rodeó el coche por delante y se metió dentro.

—Bueno, ¿adónde vamos? —preguntó Marilyn.

—A cenar, pero antes quiero hacer una parada —dijo Miller—. Si no te importa,
hay alguien a quien querría ver. Solo será un momento.

Marilyn asintió.

—Claro, por supuesto.

Se pusieron en marcha, prácticamente en silencio. A Marilyn Hemmings no le preocupaba que Miller no hablara. Se sentía cómoda. Eso es todo lo que podía decir. Tenerlo cerca de pronto le resultaba cómodo.

La muerte de John Robey había quedado atrás; hacía ya casi dos semanas, y habían ocurrido cosas después, la vida había continuado y el mundo había seguido adelante sin Miller por unos días; muy pronto tendría que volver al trabajo. Miller se había dado un respiro, y ella no le había llamado por miedo a ser inoportuna. Aquella mañana la había llamado él, con ese tono suyo de desidia, pero a ella eso no le importaba.

—Eh.

—Eh, hola.

—¿Qué tal va todo?

—Bien..., todo va bien. ¿Qué tal tú?

Un momento de vacilación.

—He dormido mucho.

Eso le hizo sonreír.

—Te llamaba...

Silencio, pero no un silencio incómodo. Como si hubiera pensado en algo que decir y luego no le sonara bien.

—Sí, has llamado —constató ella.

—Esta noche. Me preguntaba... ¿Sabes?

—¿Te preguntabas si estoy libre?

—Sí, claro, si estás libre.

—¿Por qué...? ¿Quieres salir, o algo?

—Sí... He pensado que estaría bien... Ya sabes, si te apetece, y eso.

Ella volvió a sonreír. Era como si le estuvieran pidiendo una cita para el baile del instituto.

—Sí, me gustaría, Robert.

—¿Quieres venir aquí, o quieres que pase a buscarte?

—Iré yo..., dame tu dirección.

La apuntó.

—¿A las siete?

—Más o menos.

—Más o menos... Vale. Hasta luego, entonces.

—Hasta luego, Robert.

La conversación ya había acabado.

Ahora él estaba sentado a su lado, conduciendo en dirección a algún sitio que ella no conocía. Giró a la izquierda, y a la izquierda de nuevo, siguió tres o cuatro manzanas y luego paró frente a la entrada de una gran casa de ladrillo marrón de tres pisos.

—¿Quieres esperar aquí, o quieres venir conmigo? —preguntó él—. No tardaré mucho.

—Esperaré aquí, si te parece bien.

Miller salió del coche; dejó las llaves puestas.

Cerró la puerta y se dirigió hacia la escalinata de entrada.

Marilyn giró la llave, encendió la radio y encontró una emisora de jazz. Norah Jones. O algo así.

Se quedó mirando mientras Robert Miller se acercaba a la puerta. Llamó al timbre, esperó y volvió a llamar.

Se encendió una luz tras el panel de cristal esmerilado que había en el centro de la puerta.

Intercambiaron unas palabras antes de que se abriera la puerta. Una mujer de mediana edad, con un niño pequeño en brazos: no tendría más de año y medio. La mujer parecía sorprendida; luego sonrió y asintió, se volvió hacia el interior de la casa y llamó a alguien.

Apareció una niña de unos nueve años. Negra, con el cabello recogido en dos coletas simétricas. Llevaba en las manos una muñeca Polly Petal. Alargó la mano y estrechó la de Miller.

La niña volvió a desaparecer en el interior de la casa.

Miller dijo algo más, sacó un sobre de su bolsillo y se lo entregó a la mujer. La mujer no dijo nada; daba la impresión de que no sabía qué decir.

Miller dio un paso adelante y le tocó la mejilla al bebé, un momento tierno, luego se volvió y regresó al coche.

La mujer se lo quedó mirando desde la entrada.

Miller se metió en el coche, encendió el motor y se puso en marcha.

Marilyn Hemmings se volvió y observó a la mujer, que se quedó mirando hacia la calle, viendo cómo se alejaba el coche hasta que doblaron la esquina y desaparecieron de la vista.

—¿Quién era esa? —preguntó por fin.

—Está cuidando a alguien.

—¿Le has dado... dinero?

Miller asintió.

—¿Cuánto?

Miller sonrió, y se encogió de hombros.

—Eso no importa.

—¿Quién era la niña? ¿La de las coletas?

—Solo una niña.

—¿La hija de Natasha Joyce?

Miller se volvió y miró a Marilyn Hemmings.

—¿Cómo iba a saber yo dónde encontrar a la hija de Natasha Joyce...? Eso es confidencial, ¿sabes? Servicios Sociales, y todo eso.

Marilyn Hemmings no respondió.

Miller volvió a fijar la vista en el tráfico.

—Eres un hombre extraño, Robert Miller —dijo ella, al cabo de un rato.

—Extraño es el que hace cosas extrañas —dijo, suavemente.

—Sí, claro... Ahora hablas como Forrest Gump.

—La vida es como una caja de bombones...

Ella le dio un manotazo en el hombro.

—No empieces con esas tonterías —dijo, pero ya estaba riéndose, y luego se rio él.

Lo que pasara en aquella casa con la niña y la mujer que había salido a la puerta, o el dinero que le hubiera dado Miller, dejó de importar.

Al cabo de un rato ella le preguntó:

—¿Quieres hablar de lo sucedido?

—¿De lo sucedido? ¿Con Robey?

—Sí, claro, con Robey.

Miller sonrió. Tenía una expresión de resignación filosófica.

—Esa es la cuestión, Marilyn..., no pasó nada.

—Pero...

—Enseguida llegamos —dijo él—. ¿Te va bien un restaurante italiano?

Ella vaciló, y luego dijo:

—Sí, claro, italiano me va bien.

Miller aparcó junto a una pequeña *trattoria* con unos toldos de color granate, y a través del cristal Marilyn vio una serie de mesitas y reservados iluminados con velas. Él le abrió la puerta, y al salir ella le miró a los ojos.

—¿Algún día? —preguntó.

Miller se quedó inmóvil un momento, se volvió y contempló el horizonte.

—No sé qué decirte —dijo en un tono suave—. En algún punto he perdido unas dos semanas de mi vida... y no creo que las recupere. Todo lo que ha sucedido me parece tan vago e irreal... y ni siquiera lo entiendo. —Bajó la mirada al suelo y luego volvió a observarla a ella.

»Estoy vivo —prosiguió—. Ha muerto mucha gente, pero yo estoy vivo. No sé qué más decir, Marilyn. Ocurrió algo, de pronto todo se acabó y hay muchas personas interesadas en que nadie sepa nunca lo sucedido. Yo me voy a limitar a hacer lo que pueda para salvar todo lo bueno de este asunto.

—¿Y eso no te preocupa? ¿Saber todo eso..., lo que le sucedió a Robey, la gente a la que mataron, y que no puedas decir nada?

Miller cerró los ojos. Respiró hondo.

—Hoy... —dijo en el mismo tono—. Hoy no me preocupa.

Marilyn Hemmings alargó la mano y le tocó el pómulos a Miller.

—Tenía razón sobre ti.

Miller la miró intrigado.

—Brandon Thomas... ¿Se cayó, o lo empujaron?

Miller se la quedó mirando, cuestionándola.

—¿Alguna vez lo has dudado?

—¿La verdad? Sí, lo dudé.

—Entonces, no me conoces.

—Pero ahora voy a tener ocasión de conocerte, ¿no?

Miller sonrió.

—Sí, espero que sí.

—Pues vamos a cenar.

Miller sonrió.

—Vamos a cenar.

Él le aguantó la puerta para que saliera, y se detuvo un momento a contemplar el horizonte.

No podía creerse que Robey hubiera muerto por nada, ni Catherine Sheridan.

Quizás el mundo nunca sabría la verdad de lo ocurrido, pero Miller creía que con la muerte de James Killarney y Walter Thorne, con los servicios de inteligencia aún resintiéndose de lo que había hecho Robey, el monstruo sagrado habría quedado, cuando menos, malherido.

A lo mejor, si le asestaban un nuevo golpe, pensó Miller, el monstruo sagrado revelaría sus secretos y moriría. Pero estaba claro que eso era otra guerra, para otro día.

De momento, quizá durante un tiempo, dejaría que el mundo creyera que la muerte de Catherine Sheridan no había sido más que un simple acto de violencia.

AGRADECIMIENTOS

Aunque el autor sea uno, una novela no es un logro individual.

Una serie de personas han contribuido de diferentes modos y generosamente a este trabajo y, a pesar de que una simple mención no puede hacerles justicia, tienen que saber que esta novela no habría podido llegar a ser lo que es sin ellos. Aunque los he ido conociendo a través de nuestro trabajo, ya se han convertido en parte de mi familia. Los que no menciono por su nombre espero que me perdonen: ellos saben quiénes son.

Estoy especialmente en deuda con mi agente, Euan Thorneycroft, un hombre de paciencia infinita y cualidades incomparables; Jon Wood es el mejor editor que podría desear un autor, y doy las gracias también a su esposa, Ellie, por su amistad y por hacer mejor aún a Jon; mis amigos de Orion —demasiados como para nombrarlos a todos— han hecho que este último año sea realmente memorable. Robyn Karney, que hace que un trabajo tan difícil parezca tan fácil, ha conseguido, con su gran visión y su dedicación, que todos mis libros sean mucho mejores. Y querría mencionar el gran apoyo y los ánimos recibidos de Amanda Ross, Gareth, Duncan, John y todos los de Cactus TV; gracias también a mi hermano, Guy, que lee con tanta atención y me plantea grandes retos.

Por último, aunque desde luego no por ello con menos énfasis, quiero expresar mi gratitud a toda la gente del Richard & Judy Book Club, 2008, por el tremendo apoyo y la promoción que han hecho de *Solo el silencio*.

R. J. ELLORY, 2008



R. J. ELLORY (Birmingham, 1965). Su madurez y cristalización como gran escritor llegó después de escribir muchas obras y recibir numerosos rechazos de los editores. El éxito le llegó con *Solo el silencio*, publicada por RBA y traducida a más de veinte idiomas. Recibió el premio Livre de Poche 2010 y los galardones de mejor novela negra del año, según *Le Nouvel Observateur* y *The Strand Magazine*.

Notas

[1] En inglés, *The Keener's Manual*, obra ficticia a la que hacen referencia varias obras de Richard Condon y de la que el autor extrae supuestas citas. La cita de referencia aparece en su obra *Winter Kills*. (N. del t.) <<

R. J.
ELLORY

**Un simple acto
de violencia**

de

Lectulandia

